EPISODIOS
HISTÓRICOS DE LA GUERRA
DE
INDEPENDENCIA
1-2

F1232
E64
Fondo Reservado
FH 8750

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Biblioteca
"Rafael García Granados"

Su préstamo se vence en la última fecha marcada

EPISODIOS HISTORICOS

DE LA GUERRA

DE

INDEPENDENCIA

RELATADOS

POR

Lucas Alamán, J. M. Lafragua, Manuel Payno,
Guillermo Prieto,
Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, Mariano Otero,
Domingo Revilla, Alejandro Villaseñor y Villaseñor,
Victoriano Agüeros, Genaro García,
Luis González Obregón, Ignacio B. del Castillo, Ezequiel A. Chávez,
Antonio de P. Moreno, Demetrio Mejía,
Manuel M. Escobar, Manuel Alvarez del Castillo,
Ignacio Ojeda Verduzco, Fulgencio Vargas, Eduardo E. Zárate,
Adalberto Carriedo, Joaquín Trejo, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO I.

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR
1ª de Mesones núm. 18

Biblioteca Rafael García Granados
Instituto de Investigaciones Históricas
FONDO RESERVADO

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE HISTORIA U. N. A.
Fondo donado por Don Rafael García Granados

F.R

CLASIF. F1232.E64
ADQUIS. FH-8750 S.59569
FECHA:
PROCED. Don. García
Granados

Invent. Sept. 1976
Inventario 80

INVENTARIO 1994

I-05

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

INST. DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE EN DOLORES.

I.

Dolores es un pueblo perteneciente al Estado de Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tuvo su origen la libertad, un pueblo donde tantos años vivió obscuro el grande hombre de nuestra Independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una población que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, de un aspecto triste y desconsolador, que casi mueve á compasión.

Allá en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y transparente arroyo, se presentaron á mi imaginación, confusos, aglomerados é indescribibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. En este lugar solitario meditó sus planes grandiosos un Cura aislado, pobre y obscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los débiles ecos de los buenos mexicanos, que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña plaza, en las estrechas calles, se atrevieron los ciudadanos á proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y

Fh-8750

se desbordó por la República como un río de lava, llevando por delante el terror que hacía temblar á sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los aniquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdón que había de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas transformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos: cuando se ve patentemente que á pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se vé uno tentado á creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas sementeras de granos, esos ríos someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se crían en el silencio y las tinieblas los más preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo, está criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio á unos pocos. Hé aquí lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de águila para caer después sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

La imaginación me transportó á esos tiempos sangrientos á la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubría algunas páginas brillantes y puras, que el genio mexicano debería conservar eternamente en su trágica historia.

II.

Era la noche del 15 de Septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y descuidados en brazos del sueño. Nada parecía turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin

embargo, una que otra ventana ó puerta iluminada; pero poco á poco fueron extinguiéndose las luces, los perros se echaron á reposar, y todo quedó obscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle próxima á la iglesia, donde se percibía la tenue claridad de una bujía.

El cuarto ó alcoba de donde salía la luz, era de un tamaño regular, y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando, no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca, de madera, con carpeta de paño azul, había esparcidos algunos libros que por la pasta y cantos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes á un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído: sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y revueltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño, y algunos compases y escuadras: en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristal; y por último, junto de un estante de libros estaba colgada una estola y unos relicarios de cera de "agnus," y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una Imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, á no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos pequeños hornillos, y una colmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no sólo un buen cristiano sino un Ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo ó alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un si es no es inclinado hacia adelante, de frente espaciosa, nariz afilada y ojos vivos y chispeantes. Unas veces se paseaba con grande agitación de uno á otro extremo de la pieza; otras se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación: de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas lí-

neas y vocablos. Se conocía que tenía un gran pesar, ó que lo ocupaba algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Púsose en pie, y aproximándose lentamente al postigo, se puso á escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo más perceptible, y finalmente, un jinete embozado se apeó en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la bujía y abrió el zaguán al embozado, el cual sin más ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor Cura, exclamó el recién llegado.

El Cura iba á soltar la bujía, á causa de la sorpresa; pero recobrándose, le contestó con calma:

—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida; y siendo así, falta mucho para que nos consideremos perdidos; mas explíquese usted.

Entretanto, los dos personajes entraron á la alcoba: el Cura tomó asiento en su poltrona y el embozado en otra silla, frente de él.

—Diga usted ahora cuanto guste, continuó el Cura con voz tranquila, que estoy dispuesto á escucharlo.

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana, en Querétaro.

—¡Descubierta!.... ¿y cómo?

—Hace días que en una taberna hubo una riña, de la cual resultó un asesinato. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos, temiendo ser sentenciado á muerte, ofreció descubrir secretos de importancia con tal de que se le perdonase. Se le garantizó la vida y todo lo ha descubierto. En consecuencia, el señor Corregidor Domínguez, aunque amigo de usted y de la patria, toma, en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana á estas horas, el señor Allende, usted y otros varios, caerán en poder de García Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay tral-

dores miserables; pero, ¿cómo ha podido usted saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como usted sabe, es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y.... vamos, llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de usted todas las noticias, ó de lo contrario, la patria se perdía, y usted, señor Cura, sería fusilado....

—Amigo mío, cuando hay corazones tan nobles, es menester confiar en que triunfará la buena causa: continúe usted.

—Yo, que conocí todo lo que importaba que usted supiera las cosas, prometí á la señora, á fe de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenía caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que me salí como un loco á vagar por las calles, pensando cómo vencer tanta dificultad. Estaba á punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se apeó en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo. Dios quiso que el barbero cerrara su puerta; entonces, con mucho cuidado, tomé el cabestro, me monté en el caballo y eché á correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas ha caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe usted todo, es menester que huya usted, que se oculte, que....

—¡Bobada! contestó el Cura, dejando asomar á sus labios una sardónica sonrisa.

—¿Cómo?... ¿qué piensa usted hacer entonces?

—Aprovechar el generoso aviso de usted, y obrar con energía.

—¡Señor....! Está usted loco.

—Estoy más cuerdo de lo que á usted le parece.

El Cura se puso á escribir, y continuó:

—Es necesario que ahora mismo se marche usted para Querétaro, pues usted tiene familia á quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga usted con reserva esta carta en manos de Don Ignacio Allende, que se halla en San Miguel. Le daré á usted otro caballo, y.... Vamos, ami-

go mío, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Reciba usted este abrazo en prueba de mi gratitud, y.... Dios lo guíe por buen camino....

—Adiós, señor Cura, dijo el jinete, besándole la mano, que el eclesiástico le tendió.

—Adiós, amigo. En la caballeriza hay varios caballos; escoja usted el tordillo, que es fuerte, y no olvide mi encargo.

El personaje salió: el Cura se dejó caer en su sillón, é inclinó su venerable cabeza cana sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el jinete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo á galope.

III.

—Este muchacho, pensó el Cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue á tiempo la carta á manos del Capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana.

Al decir esto abrió una gaveta del estante, y comenzó á contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta.

—Vaya,—se dijo—no llega á doscientos pesos lo que tengo, pero no hay cuidado, Dios nos protegerá.

En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió á sentarse.

Sonaron en el reloj de la iglesia, tres cuartos para las doce, se escuchó el ladrido lejano de los perros, y á poco volvió á reinar un profundo silencio.

—¡Oh! exclamó el Cura dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero.... un tropel de gente á caballo se acerca.... ¡Cuánto sentiré perder la vida ó morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México!.... Sin duda vienen á prenderme.... veamos.

La cabalgadura se detuvo en la puerta de la casa del Cura, y éste tomó la luz, y acom-

pañado del criado abrió la puerta. Un jinete se apeó y abrazó al Cura.

—Señor Cura, ¿usted en vela á estas horas?

—Señor Capitán, ¿usted corriendo por esos cerros tan tarde?

—¡Qué quiere usted!, los enemigos no se descuidan, y es menester andar listos, y esto es que aún no comenzamos.

—Entremos, señor Capitán, entretanto el criado coloca á los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz.

—Lo necesitan á fe mía, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, y el criado se dirigió á la caballeriza con las cabalgaduras.

—Sabe usted que nos han descubierto, dijo el Capitán, arrellenándose en una silla, y desviando de su ancha frente su pelo rubio.

—Lo sé, señor Don Ignacio, contestó el Cura, con calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

—Así, pues, continuó el Capitán, todo se ha frustrado. Quince días más, y damos un golpe maestro.

—Aún es tiempo, contestó el Cura resueltamente.

—¿Quién sabe? respondió el Capitán, con tono de duda. A estas horas, Querétaro y Guanajuato están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea usted cómo no duermen....

Al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

—¿Conque nos querían prender? repuso el Cura, con cachaza.

—Cabal; pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me tiene usted aquí.

—¿Y el amigo Abasolo?

—Le he avisado lo ocurrido, y no dilatará en venir.

—Bien, muy bien, amigo mío, contestó el Cura. ¿Y el Regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

—A nuestras órdenes, replicó el Capitán.

—¿Y los amigos de Puebla y Valladolid?

—En corriente; pero para el 1o. de Octubre.

—Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía nos salvarán.

—Permítame usted, señor Cura, que le diga que no veo ningunos elementos para hacer una revolución; y si no cuenta usted con otros materiales, los que existen en esta habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar á ocho millones de habitantes llenos de preocupaciones, y acostumbrados á la ciega obediencia al Rey.

—¿Y esas objeciones, Capitán, tienen algo que huela á temor?

—¡Vive Dios!, exclamó el Capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, más que á Dios, señor Cura. Supongo que ésta es una chanza.... De lo contrario....

—De lo contrario, ¿qué hacía usted, Capitán?

—¿Qué hacía?.... abandonar la amistad de usted, correr yo sólo al peligro, y morir luchando como un hombre.

—Capitán, usted es el hombre digno de ser compañero del anciano Cura de Dolores.... Era una chanza efectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de usted. Yo soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que debo dedicar los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero usted es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud y no debe haber ningún género de reflexión, tanto más, cuanto que de una manera ó de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

—Tiene usted razón, señor Cura, y casi me avergüenzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni....

—El pueblo duerme, Capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá á reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar á sus opresores. A mi vez confieso que tiene usted razón de preguntarme cuáles son los elementos con que

cuento: muy bien, se los enseñaré á usted. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al Capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirándose uno al otro, y después prorrumpieron en una carcajada de risa.

—Somos unos locos, señor Cura.

—Somos unos valientes, señor Capitán.

—Así, señor Cura....

—Así, señor Capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado debajo de los pomposos árboles de Guadiana (*), que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, Capitán, esos sueños terminarán, ¿sabe usted cómo?

—¿Cómo?

—En un patíbulo, al que subiremos juntos.

—Como también juntos hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor Cura.

—Bien dicho, Capitán; Aún conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar á los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus empresas.

El joven Capitán, lleno también de alegría, exclamó:

—Señor Cura, en este momento no me cambio por el más poderoso de los Reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto explayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van á realizarse, y acaso después de las penalidades y fatigas de una sangrienta guerra veremos á México libre y poderoso. Esta esperanza, señor Cura, es la felicidad de mi vida.

(*) Hermoso paseo de San Miguel el Grande.

—¡Valiente y virtuoso joven! murmuró el Cura, á media voz, y luego alzándole le dijo:—Deseo saber cómo se descubrió la conspiración, pues el que me dió el aviso pocos momentos antes de que usted llegara, me aseguró que fué á consecuencia de unos asesinatos....

—Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Iturriaga, que á la hora de ésta habrá pasado á la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos. (*)

—¡Cobarde!, replicó el Cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado....

—¿Qué quiere usted?.... la conciencia. En cuanto á mí, juzgo que Dios me favorecerá.

—Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo: las doce de la noche van á dar, y aún no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

—Eso mismo pienso yo; mas nada digo á usted, porque....

El Cura quedó un momento sumergido en una profunda meditación, y luego dijo:

—En verdad que la empresa es más difícil de lo que parece. Es tan tarde.... pero, ¡miserable de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está usted conforme?

—Lo he dicho.

—Venga esa mano. La libertad ó la muerte, "Sr. D. Ignacio Allende."

El Capitán estrechó la mano al Cura contestándole:—la libertad ó la muerte, "Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla."

(*) El Dr. Mora, en su obra "México y sus revoluciones," asienta que el Dr. Iturriaga fué quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refiero yo. El señor Bustamante en su Cuadro Histórico dice: que un eclesiástico, cuyo nombre no menciona, fué el que hizo la delación. El lector escogerá lo que más le agrade.

IV.

—¡Hola! gritó el Cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzón de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó, y cruzando los brazos, dijo:—¿qué manda su merced, señor Cura?

—Ve con mucho silencio, y llama uno por uno á todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su Cura necesita de ellos mucho.

El criado salió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

—Amigos, ha llegado la ocasión en que deseo probar, si el afecto y respeto que profesáis al pobre viejo Cura de Dolores, es verdadero ó no. Voy á exigiros un gran favor; si no me lo concedéis, paciencia..... entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el Cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:

—Hijos míos, es una noche ésta, que por mi fe ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por.... Acercáos.

—Señor Cura: no nos atrevemos á beber en presencia de usted, dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

—Vaya, hijos míos:.... acercáos, no tengáis temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y éste lo único que debe hacer, es usar con moderación de ellas. Embriagarse es malo; pero beber un trago en compañía de los amigos.... porque yo soy, no un Cura agrio y regañón, sino vuestro amigo, ¿no es verdad?, procuro vuestra felicidad: planteo fábricas de loza, para que no haya necesidad de que vengan de España; cultivo las moreras y las viñas.... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el Gobierno lo

impide y.... pero ¿no bebéis? Afuera miedo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo.

El Cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tomaron casi llorando.

—No es malo este vino, continuó el Cura, colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa; pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con nuestras uvas en Dolores mucho mejor que en Málaga y en Jerez, pero ya lo he dicho; el Gobierno español ha prohibido el que aquí se fabrique vino por no perjudicar á España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. ¿Qué dicen ustedes de esto?

—Que es muy mal hecho, señor Cura, y que debíamos pedir el que se permitiera á los dueños de viñas en Dolores (*)....

—Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado á ustedes para eso. Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra, dicha con energía y decisión, retrocedieron espantados los serenos.

—¿Os asustáis?, dijo el Cura, encarándose resueltamente con ellos.

—No es eso, señor Cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro Rey y nuestro Gobierno, es cosa que jamás nos resolveremos á ejecutar. Ordénenos usted que nos echemos del balcón abajo, y lo haremos al instante, porque queremos á usted mucho; pero hacer armas contra nuestro Gobierno.... nunca.

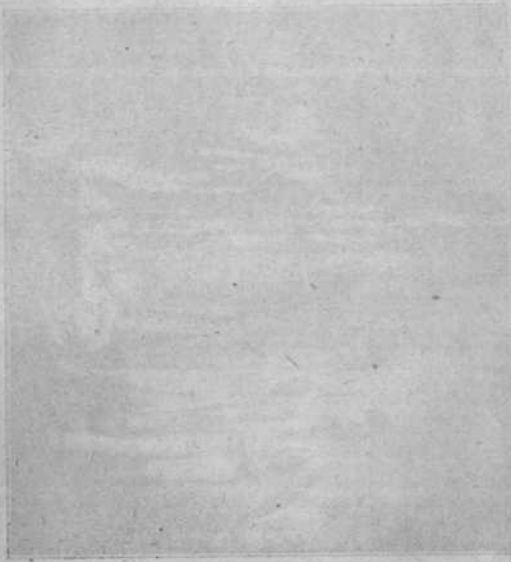
—Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo á lo que quiere el señor Cura. Cuando él nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

—Usted hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo á usted que los pelos del

---

(*) El señor Lic. Don Carlos María Bustamante, en su Cuadro Histórico, asienta que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la sublevación de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.

Hidalgo y los serenos de Dolores,
la madrugada del 16 de Septiembre de 1810.



cuerpo se me erizan sólo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor Cura, con estos otros cuatro muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre á su familia.

El interlocutor tomó su sombrero y otros cuatro lo imitaron.

—¡Miserable canalla!, exclamó el Cura, colérico. Cuando vuestro anciano Cura está pronto á derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religión, lo abandonáis y tenéis miedo como si fuérais unos niños. Id, esclavos, no os necesito. Que el Gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religión; que os trate como si no fuérais hijos de Dios y criaturas inteligentes; que usurpe eternamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa; al fin tengo el placer de que pocos días me quedarán de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la tenéis sobre la mesa.

Los serenos, que vêneraban al Cura como á un Dios, que lo querían como á un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba á los pobres, quedaron aterrorizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

—Perdonadnos, señor Cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos, aunque sea al suplicio.

—Entráis en razón, hijos míos: se quiere que no tengáis ya esa religión santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto exige remedio. Estáis en poder de los egipcios, y es menester libraros de la cautividad. Acordáos de mis sermones y no seais desconfiados como los israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compunción las palabras del eclesiástico; éste continuó:

—Perdonadme, hijos míos, si he podido exaltarme; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

—¡Señor Cura!

—Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire á su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodaré. ¿Quién de vosotros quiere retirarse?

—Ninguno: respondieron á una voz.

—Gracias, hijos míos.

El Cura llenó los vasos de vino.

—Brindo porque el aislado grito de libertad, que va á resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

Los circunstantes bebieron.

—Bien, muchachos, muy bien: mañana á estas horas habremos hecho mucho. El señor Capitán Allende tiene á su disposición el Regimiento de dragones de la Reina, y contamos también con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El Cura comenzó á distribuir dinero entre los serenos, y continuó:

—Dos de ustedes á la torre á replicar las campanas: dos á buscar cohetes: otros dos á los alrededores á convocar gente en mi nombre: y cuatro á las calles á gritar.

—¡Viva el señor Cura Hidalgo!, exclamaron todos.

—No, tened.

El Cura formó una banderola con un pañuelo, y pegó en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la libertad, y mueran los gachupines!

Los serenos, gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del Cura, gritando:—¡Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban; y las gentes y muchachos que por curiosidad salían á las puertas y ventanas de las casas se reunían al grupo y gritaban maquinalmente:—¡Viva la libertad! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Diez minutos después, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discurría y ondeaba como una gran serpiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El Cura condujo á la ventana al Capitán Allende, y señalándole á la multitud, frenética, que se desgañitaba, le dijo:

—La chispa está arrojada: el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dió doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del Gobierno, construído con la calma de trescientos años y consolidado con añejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presenciales, se creería que era una fábula ó cuento, inventado para entretener á los niños.

V.

Dice Víctor Hugo: "El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución." Nada hay más cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablamos. Si el Gobierno español, menos suspicaz, más inteligente, por decirlo así, en su dominación, hubiera concedido ciertas franquicias á los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerrogativas, tal vez hoy seríamos como la Isla de Cuba, una Colonia de España; pero tenía dos medios para conservar su poder: la superstición y el terror. La superstición se combatió con la misma superstición; y el terror se dominó con la perspectiva del libertinaje. Así, rotas estas dos terribles barreras casi con los mismos elementos que se habían construído, el pueblo, como un torbellino, como un huracán, como una columna de fuego, se desbandó asolando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables huellas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los más pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos bíblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió la frente de Goliat: el Párroco de Dolores también dió un golpe mortal á un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene á la memoria que

allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran vírgenes, cuando moraban en la soledad de las selvas unas tribus de indígenas dóciles y humildes, se les arrancó con el hierro y con el acero sus costumbres y su naciente civilización, se les incendiaron sus poblaciones, se les violó á sus mujeres, se degolló á sus hijos, y se les condenó, en fin, á huir á las montañas y á las selvas, y á vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofía las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un Párroco, obscuro y desvalido, y sin más elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo (*) era en la época de la revolución de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desengaños apagan las ilusiones, y extinguen completamente el entusiasmo: sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de un joven, sacude la constante monotonía de su estudiosa vida, descorre el velo que lo había tenido obscuro é ignorado por los pueblos de la Tierra-dentro, y aparece de improviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevídamente obstáculos, proclamando principios que fueron condenados como heregías, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacífico y hasta indolente. ¡Prodigioso y sublime incendio, á cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fin las preocupaciones arraigadas por centenares de años!

La acción de Hidalgo en un país donde

(*) Cuando se leen las obras del Dr. Mora, y se palpa el desprecio é injusticia con que juzga á Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora se haya expresado así.

hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa habría sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no sólo es grande, sino magnífica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió al 16 de Septiembre de 1810.

VI

Hallábase reunido ya Abasolo á los señores Allende é Hidalgo, y en breve confianza se decidieron á ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejército independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con azadones, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el Gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargó en San Miguel. Allí se incorporó á los insurgentes el Regimiento de dragones de la Reina, y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases, que guiada por el instinto, quería participar de las glorias y del botín.

El 18 continuó su marcha el ejército para Celaya.

Luego que en esa ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, todo fué confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detrás de ellas fardos y sacos: las familias se salían de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en paraje seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavéricas atravesaban de unas calles á otras, sin saber verdaderamente á lo que iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos frailes del Car-

men, montados á caballo (*), con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:

—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya: levantáos en nombre de Dios y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se divisó una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El Prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres.

MANUEL PAYNO.

(*) Dr. Don José María Luis Mora, en la obra titulada: "México y sus revoluciones."

GRANADITAS.

I.

Una de las jornadas más deliciosas que pueden hacerse en diligencia por el interior de la República, es la de Querétaro á Guanajuato; entiéndase esto en la buena estación del año, pues cuando las aguas están muy avanzadas, las vertientes de toda la serranía inundan lo que propiamente merece el nombre de bajío, y las cuarenta y dos leguas que hay de camino forman materialmente una sucesión de lagunas y de atolladeros donde es molestísimo y aun á veces imposible caminar.

Pero no quiero conducir á mis léctores por enmedio de los tristes nubarrones y de las recias tormentas que se forman en las crestas elevadas de los Andes mexicanos en los meses de Junio á Septiembre, sino, por el contrario, en esos días diáfanos y puros del mes de Abril, en que la naturaleza rejuvenecida, galana y bellísima, parece una égloga de Virgilio, un canto de amor de Lamartine.

Entonces al entrar á Querétaro se percibe la ciudad meciéndose materialmente entre las copas de los árboles, y al salir se divisa como una canasta de flores, resplandeciendo las veletas de las torres y las cúpulas de los cimborrios, con esa luz dorada, viva y transparente del cielo de México.

El camino á poca distancia de Queréta-

ro, es perfectamente plano é igual, y la diligencia volando pasa por una sucesión de calzadas y de bosques de mezquite y huizache salpicados con flores y matas silvestres.

No es en verdad la perspectiva voluptuosa y oriental de los bosques de liquidámbares y guayaba de Jalapa; pero sí una sucesión no interrumpida de paisajes tranquilos, de escenas de sosiego y de paz, que hacen gozar al alma de una suave delicia.

En los bosques de Jalapa es preciso recordar el amor, las pasiones enérgicas y violentas que hacen de la vida un sabroso martirio.

En las llanuras del Bajío se medita en la vida quieta, en la paz doméstica, en la existencia profunda y silenciosa de los campos.

De los plantíos de naranjos y plátanos de Jalapa cree uno ver salir una de esas jóvenes ardientes, de ojos negros y de sonrisa fascinadora, que nos prometen con sus miradas y con su voz sonora, un mar de delicias, un paraíso en la tierra.

En los valles extensos y verdes del Bajío cree uno ver vagar una de esas figuras pálidas y resignadas de una madre de familia que tiene su amor en sus hijos y su pensamiento en Dios.

Tales son las ideas que me han ocurrido cuando en diferentes situaciones y épocas de mi vida, me he visto por una ú otra parte metido en una diligencia, con compañeros absolutamente desconocidos y extraños, y reducido á encerrarme en mis propios pensamientos y á entretener el cansancio del camino, con estas meditaciones interiores.

II.

El Departamento de Guanajuato es uno de los más ricos y más hermosos de la República.

La Providencia sin duda en un momento de buen humor sacudió sus manos sobre ese pequeño rincón de tierra, y cayó

el oro y la plata en las montañas, y los gérmenes de vida en los valles y cañadas.

Así el viajero ve una sucesión de sementeras de caña de maíz, y unos inmensos trigales que agitan sus espigas amarillas, y forman oleaje como un océano, donde los granos producen hasta doscientos por uno, y observa que el límite de estas llanuras es la cordillera, atravesada toda como un cuerpo humano, de arterias de plata y oro.

La agricultura y la minería se dan la mano: el minero y el labrador duermen en una misma cabaña.

Esto es prodigioso y parece ya imposible aglomerar en un pequeño espacio de tierra más elementos de vida y de prosperidad.

Luego que se ha pasado por el frondoso pueblito de Apaseo, que se ha visto el magnífico puente, y el bellísimo Carmen de Celaya, que se ha recorrido rápidamente á Irapuato, desaparecen las haciendas y las llanuras; el paisaje cambia totalmente.

El carruaje va sobre los cerros, y delante se ven otros cerros altísimos y majestuosos.

En el corazón de las montañas está edificado Guanajuato, ó más bien, incrustado en las peñas como un mosaico.

Pasada la cañada de Marfil, que es un verdadero laberinto, se entra á Guanajuato; pero Guanajuato no se ve hasta que se halla uno dentro de sus calles.

La entrada de Guanajuato es por una calzada de piedra bien construida.

A la izquierda se nota inmediatamente un extenso y bello edificio cuadrado, de gruesas paredes, altas almenas, y que por las cornisas y troneras que tiene, puede conocerse á primera vista que fué construida con el fin de que sirviera de fortaleza.

En efecto, creo que la primera intención fué esa; mas después se dedicó á que sirviera de alhóndiga para encerrar los granos y hoy tiene simplemente el prosáico nombre de "fábrica de cigarros."

Sea lo que fuére, fortaleza, alhóndiga ó fábrica, Granaditas ha pasado ya al dominio

de la historia, pues pasaron dentro de este edificio algunos de los acontecimientos más terribles que pueden citarse en la historia de la independencia de México.

El movimiento que comenzó en Dolores la noche del 16 de Septiembre de 1810 bajo la dirección de D. Miguel Hidalgo, se aumentó más de lo que el gobierno español esperaba, y aun acaso sobrepujó á las esperanzas del mismo caudillo insurgente.

El pueblo en esta ocasión, á semejanza de esas figuras fantasmagóricas que aparecen del tamaño de una mosca, y rápidamente toman una forma gigantesca, se presentó grande, imponente y terrible.

El día 16 á las once de la noche, menos de una docena de hombres gritaron libertad, y el 19 había delante de Guanajuato cerca de 20,000 hombres.

Una vez que el dedo de Dios traza un camino á los acontecimientos, no está en el poder de los hombres volver atrás. Dejemos por un momento esa masa de hombres desorganizados, y sin armamento ni disciplina; pero que se agitaba, rugía, lanzaba muerte y destrucción, como esas hidras fabulosas; y entremos un momento á Guanajuato.

Luego que cundió la noticia de la llegada del ejército insurgente, la conmoción fué grande; aquellas calles angostas y pendientes de Guanajuato, se llenaron de gente que corría en todas direcciones, se atropellaban y preguntaban, temerosos, cuál sería la suerte de la población.

Muchos españoles que calcularon que las cosas no habían de pasar muy bien, tomaron su resolución definitiva, y recogiendo parte de sus intereses y poniendo en seguridad el resto, se marcharon de la ciudad por los caminos no ocupados por las tropas insurgentes. Esta emigración produjo una consternación difícil de pintar; pero fué forzoso que quedaran los que no tenían posibilidad de huir, ó los que, demasiado entusiasmados por la causa del rey, creían en la victoria.

Por entonces el conflicto hubiera sido mucho mayor, si un hombre, sobreponién-

dose al peligro y aun á sus opiniones privadas é íntimas, no hubiera con su actividad y sangre fría asegurado medianamente á la ciudad.

Este era el intendente Riaño, y del cual es forzoso hablar dos palabras. Riaño era uno de esos tipos raros, en quien por una feliz concurrencia de circunstancias están reunidas las cualidades más brillantes, tanto físicas como morales. Hombre de instrucción, de experiencia y de buen juicio, comprendía perfectamente que los pueblos, como las familias, es forzoso que, transcurriendo un número dado de años más ó menos corto, se emancipen y formen otra sociedad. Esta reproducción continua, esta indispensable formación, es la que ha criado las naciones y ha dividido al mundo en pequeñas porciones.

Así, pues, en el fondo de su conciencia, no sólo opinaba por la causa de la independencia, sino que calculaba que una vez encendido el fuego sólo se apagaría con los escombros y las ruinas del gobierno colonial; mas español y caballero, y leal ante todo, como esos soldados casi fabulosos é increíbles, que seguían á Gonzalo de Córdova, en los momentos del peligro, acalló la voz de su corazón, y no escuchando más que el grito del deber, que como primer funcionario público le obligaba á defender al gobierno, se preparó á una obstinada resistencia calculando que el resultado no podía ser otro sino sucumbir.

Así sucedió: Riaño trazó el plano para edificar el fuerte de Granaditas, sin pensar que erigía su sepulcro.

Siempre es un dolor que el destino reserve un fin trágico á esos hombres que, cualquiera que sea su creencia política, son un modelo de honor y de virtudes.

Mas volvamos á nuestra narración.

III.

Riaño, con una actividad increíble, mandó abrir fosos en las calles, construir trincheras, animó á los moradores ya decaídos

y abatidos, y puso sobre las armas cuanta fuerza le fué posible.

Ejecutadas estas medidas, en las que empleó tres días y tres noches, sin dedicar ni una sola al descanso, pasó revista á sus tropas y aguardó más tranquilo los acontecimientos.

Una circunstancia vino á alarmar al jefe y á los propietarios.

Pensaron, y racionalmente, que la fuerza era muy corta para defender la ciudad, y que en este concepto las tropas insurgentes se derramarían por algunas calles, entregándose á la matanza y al saqueo.

La cosa era urgente; así es que después de un largo debate entre los personajes de más categoría y Riaño, se decidió que los caudales del gobierno y los de los particulares que quisieran, se encerrarían en el fuerte de Granaditas, y allí la defensa se haría con éxito.

La medida no hubiera sido del todo mala si Granaditas no se hallara dominada por el Cerro del Cuarto y otros edificios; pero como ya no era posible más dilación, se adoptó la medida que va referida.

Inmediatamente comenzó á trasportarse dinero, plata y oro en pasta, baules de efectos preciosos, alhajas, ropa, y en una palabra, cuanto tenían de más valor y estima los riquísimos comerciantes, mineros y propietarios de la ciudad.

En los días 25 y 26, una cadena no interrumpida de cargadores, estuvo entrando al fuerte y depositando los tesoros en las salas más cómodas y seguras del edificio.

Esta tarea concluida, ya que no había más tesoros que encerrar, se introdujo maíz y otros víveres, y los dueños con sus armas y municiones entraron en el edificio, cerraron con dobles cerrojos y con fuertes trancas las puertas y esperaron al enemigo.

Este no se hizo aguardar: en cuanto al pueblo no era difícil pensar lo que haría, tanto más, cuanto que también tenía un caudillo esforzado que lo guiara.

Este era un muchachillo de poco más de 21 años, pelo rubio, ojos azules, y fisonomía inteligente y picaresca.

Había sido peón en las minas, y después barretero; poseía, como toda esa gente ocupada en recios y peligrosos trabajos, un grado de valor y de audacia casi prodigiosos.

Luego que el cura Hidalgo se aproximó á Guanajuato, el atrevido muchacho salió á reconocer la clase y número de gente de que se componía el ejército invasor, y con aquel instinto natural que muchas veces excede á los cálculos de la ciencia y de la política, pensó que el negocio iba á ser funesto á los guanajuatenses.

En consecuencia, el muchacho se dirigió á Mellado, allí tomó una tea y, descendiendo rápidamente por aquellas lóbregas cavernas, comenzó á gritar: "¡Afuera muchachos; ya tenemos independencia y libertad!"

Los barreteros no comprendían absolutamente el sentido de estas palabras; mas el muchacho les añadió: "que una vez entrando el cura Hidalgo, como de facto entraría vencedor en Guanajuato, los tesoros encerrados en Granaditas serían del pueblo."

Desde aquel momento no hubo más que una sola voz: "á fuera muchachos: á Granaditas."

Aquellos hombres ya preparados á la furia y la matanza, abandonaron sus trabajos, desoyeron la voz de los capataces y salieron de las minas vociferando palabras de muerte y de exterminio.

Algunas bandadas de hombres se dirigieron al cerro del Cuarto, al de San Miguel y á diversas alturas, y otros se desparramaron por las calles de Guanajuato y cercanías de Granaditas, formando grupos silenciosos y afectando una especie de indiferencia fría y terrible.

Riaño, que había contado con el auxilio de la plebe, miró con pavor estas masas de gentes que amenazaban con su silencio terrible, y se convenció que no tenía ya que esperar más auxilio que el de Dios.

IV.

El 28 se presentaron como comisionados de Hidalgo, el coronel Camargo y el teniente coronel Abasolo.

En la trinchera de la calle de Belén fueron detenidos, y habiendo manifestado el primero que deseaba entrar al fuerte y hablar verbalmente á Riaño, se le vendaron los ojos, y en esta forma se le condujo hasta la sala, donde reunida una especie de junta de guerra se discutía lo que sería conveniente resolver.

Abasolo no quiso aguardar, y se retiró al campo insurgente.

—Estáis en disposición de hablar, señor coronel, dijo Riaño á Camargo, con voz afable y serena: decíd el objeto de vuestra comisión.

Camargo sacó un pliego cerrado y sin contestar palabra lo entregó á Riaño; éste lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y luego volviéndose á los que componían la junta les dijo:—El cura Hidalgo me manifiesta que, habiéndose pronunciado por la libertad, un numeroso pueblo lo sigue....

Un rumor sordo circuló entre los circunstantes: Riaño que lo advirtió prosiguió con calma:

—Hidalgo quiere evitar la efusión de sangre, y nos amonesta para que nos rindamos, garantizando nuestras vidas y propiedades: leed.

El oficio se leyó en voz alta por un individuo; un silencio profundo sucedió; ni el aleteo de una mosca se escuchaba, y si acaso un tenue ruido que provenía del latido del corazon de aquellos hombres, cuyos rostros lívidos y descompuestos, cuyas miradas tristes y descarriadas anunciaban que estaban poseídos de espanto y de pavor.

Riaño, que notó estos sentimientos, continuó con voz tranquila y dulce como si estuviera en una conversación familiar:—Mi deber como magistrado me ha obligado á tomar algunas medidas de defensa; pero esto no quiere decir que ustedes deban sacrificarse á mis ideas, á mis caprichos.

—El ejército de Hidalgo puede ser muy numeroso; traerá sin duda artillería, y en este caso, la resistencia es inútil y pereceremos....

—Es verdad, dijeron dos ó tres voces.

—En ese caso vale más rendirse, que no hacer una necia resistencia.....

Hubo un silencio de algunos instantes, durante los cuales Riaño y Camargo cambiaron una mirada de alegría, hasta que una voz ronca y firme gritó:

—No: nada de capitulación: nada: vencer ó morir.

—Sí, vencer ó morir, clamaron también los demás; animándose súbitamente....

—"¿Con que estáis decididos?"—preguntó Riaño tristemente....

—Sí, enteramente.

—Entonces, como español y como jefe, veréis que sé cumplir con mi deber.

—Una vez que sé vuestra opinión, no tendréis que quejaros de mí.

Al decir esto sentóse en una mesa y escribió la contestación negativa; levantándose la dió al coronel Camargo, sin que una sola facción de su rostro se alterara; sin que su voz perdiera ni su firmeza, ni su dulzura; sin que una sola de sus miradas pudiese revelar lo que pasaba dentro de aquel hombre que veía ya el sacrificio muy cercano.

—¿No habrá ya medio de allanar estas cosas mejor?—dijo Camargo.

—Ninguno: esta gente no vuelve atrás, y yo no puedo tampoco hacerles más instancias; dirían que soy un cobarde.

Camargo fué llamado á almorzar en compañía de Iriarte y de algunos otros españoles; cuando hubo concluido, se dirigió á Riaño.

—Con que por fin....

—Está ya dada la respuesta, le dijo Riaño; pero añadid á Hidalgo que, á pesar de la desgraciada posición en que nos encontramos por la diferencia de nuestras opiniones, le agradezco en mi corazón su amistad, y acaso aceptaré más tarde su protección y asilo.

Camargo y Riaño se estrecharon la mano: después vendaron los ojos al primero

y lo condujeron así afuera de la trinchera.

—Ahora, dijo Riaño con voz de trueno y mirando que todos permanecían en la inacción, es menester defenderse; y pues no hay otro remedio, morir como buenos españoles.

V.

Inmediatamente dió sus disposiciones y formó á toda la tropa disciplinada en la plazoleta de la Alhóndiga; á los que tenían mejores armas los colocó en las troneras del edificio, y otra porción la destinó á la noria y azotea de la hacienda de Dolores que se comunicaba con Granaditas y dominada la calzada.

En cuanto al ejército insurgente, luego que llegó Camargo con la contestación negativa, un solo grito se dejó oír, y fué el de "mueran los gachupines," y aquella masa enorme de hombres armados con picas, palos y machetes comenzó á moverse.

Era una larga serpiente la que retorciéndose por los cerros y por el camino se dirigía á Granaditas.

A la una del día ya la multitud había ocupado todas las alturas que dominan á Guanajuato, y los sitiados podían oír los gritos de furor que, de vez en cuando lanzaban los enemigos, y ver las banderolas azules, amarillas y encarnadas, formadas con mascadas, y que eran los estandartes á cuyo rededor se agrupaba todo el populacho.

Los españoles de la hacienda de Dolores dispararon algunos tiros y mataron á tres indios.

Esta sangre fué como la chispa que necesitaba esta inmensa cantidad de combustible.

Un clamor tremendo se escuchó, que fué reproduciéndose desde las cercanías del fuerte hásta la vanguardia de los insurgentes, y una lluvia de piedras cayó inmediatamente sobre los sitiados.

El ejército se dividió en dos trozos; uno de ellos se dirigió al cerro del Cuarto y

á las azoteas y alturas vecinas, y el otro al cerro de San Miguel.

Los grupos de barreteros que habían aguardado inmóviles y silenciosos el principio de este sangriento festín, se levantaron como impulsados por una máquina y corrieron á reunirse con los insurgentes y hacer altísimas trincheras de piedras.

Un trozo de caballería se dirigió á las prisiones, puso á los criminales en libertad y, recorriendo las calles, rompiendo puertas y arrollando cuanto encontraba á su paso, volvió finalmente aumentado con mucha plebe, al lugar del combate.

A las dos de la tarde todo el pueblo de Guanajuato se había hecho insurgente: los únicos realistas eran los que estaban en la Alhóndiga. En cuanto á las gentes temerosas y pacíficas, se habían encerrado en sus casas, asegurando las puertas con los colchones y trastos, y esperaban con la agonía en el corazón, el desenlace de este terrible drama.

Puede asegurarse que desde la conquista hasta hoy, el único movimiento verdaderamente popular que ha habido en México, es el de Guanajuato.

Quiero que por un momento el lector se figure colocado en un punto dominante de Guanajuato y trasladándose con la imaginación al momento en que estos sucesos pasaban, contemple aquellas masas enormes de gente, gritando furiosas, conmoviéndose agitadas como las olas de un mar tempestuoso, cayendo en un profundo y momentáneo silencio, para tronar después de la explosión de las armas de fuego que disparaban los enemigos, como las nubes que con el contacto eléctrico, revientan lanzando mil rayos ...

En efecto, aquellas montañas se movían, aquellos edificios tenían voz, de aquellas profundas grutas salían aullidos horribles, aquellas calzadas parecían agitarse, levantarse y estrellarse contra el punto defendido por españoles.

Eran los elementos, eran las materias inertes las que se animaban; eran los pe-

ñascos los que pretendían lanzarse solos en el aire y caer sobre los enemigos.

Cualquiera que á sangre fría hubiera visto estas escenas, habríase creído presa de un vértigo, al contemplar una visión que tenía mucho de sobrenatural y de fantástico.....

A las dos de la tarde, el ataque estaba en toda su fuerza, y continuamente se veía en el aire una nube de pequeños peñascos que caían en la azotea de Granaditas, como si los cerros hubieran estado haciendo una erupción.

En cuanto á los sitiados no recibían mucho daño físico, por estar á cubierto en las troneras y bardas.

De tiempo en tiempo se suspendía instantáneamente la lucha, y sitiados y sitiadores guardaban un silencio profundo: un casco de fierro de azogue hendía los aires, y caía sobre la multitud que se apartaba, se postraba en tierra; después, cuando el frasco lleno de pólvora reventaba y hacía un estrago espantoso, rompiendo el cráneo y los brazos y piernas de los desgraciados que estaban cerca, aquella masa infinita se oprimía, se lanzaba hasta las trincheras, arrojando alaridos de venganza.

En estos momentos, los españoles aterrorizados no tenían fuerza ni para mover el gatillo de sus fusiles.

A poco, el ruidoso estruendo de la fusilería, los gritos y algazara se aumentaban de una manera tal, que se oía en todo Guanajuato.

Riaño entre tanto, con la serenidad y sangre fría que lo caracterizaba, recorría los puntos de mayor peligro, animaba á los defensores del fuerte, y hacía escuchar su voz de trueno para dar sus disposiciones: su valor llegó al grado que, habiendo visto que un centinela había abandonado el puesto y dejado el fusil, lo tomó y comenzó á hacer fuego.

Allí terminó la existencia de este leal español: una bala certera le atravesó la frente, y cayó moribundo y cubierto de sangre.

El cuerpo de Riaño fué conducido al in-

terior del fuerte, y retirándose también la tropa sitiada en la plazoleta, cerraron la puerta y la atrincheraron cuanto fué posible.

El hijo de Riaño estaba en el fuerte.

Luego que vió el cuerpo de su padre desfigurado y cubierto de sangre, se arrojó á abrazarlo, le regó con sus lágrimas y exhaló las más dolorosas quejas, y luego acometido de un furor inaudito quiso exprimirse una pistola en el cráneo.

—¿Qué hacéis? le dijo uno: vale más que antes de morir venguéis á vuestro padre. Cerca están los enemigos, id, la sangre y la matanza calmarán vuestro dolor.

—Decís bien, decís bien, contestó soltando la arma: necesito sangre, necesito venganza.

Al acabar estas palabras se dirigió á la azotea, desde donde continuamente arrojaba frascos de azogue llenos de pólvora.

VI.

El generalísimo Hidalgo miraba pasmado esta conmoción horrible del pueblo, en que todas las pasiones hervían, ardientes é imponentes en los corazones, y conocía que no podían concluirse estas escenas sino con la toma del fuerte; así, dirigiéndose al leperillo vivaracho de que se ha hablado al principio, le dijo:

—Sería bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pípila.

—Ya se ve que sí, contestó el muchacho, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Pues la patria necesita de tu valor....

Pípila, sin contestar una palabra, tomó una gran losa y poniéndola en sus espaldas, cogió una tea en las manos, y así se fué acercando á la puerta.

Los espectadores contuvieron el resuello, y todos los ojos se fijaron en el atrevido muchacho.

En cuanto á los del fuerte hicieron caer una lluvia de balas sobre Pípila; pero todas se estrellaban en la losa, de suerte que llegó á la puerta y arrimó la tea.

En este momento una bandera blanca

flotó en lo alto de las almenas, y varias voces gritaron: "se han rendido: paz, paz;" pero algunos de los que guarnecían la hacienda de Dolores, ignorando esto, hicieron fuego.

Entonces un grito terrible de "traición" se hizo oír, y los insurgentes se agolparon á la puerta, que ya incendiada no tardó en arder y caer en pedazos.

Por en medio de las llamas y de los escombros se precipitó el pueblo con puñales y hachas en la mano, y derramándose por patios, escaleras y salones comenzó á ejecutar una horrible matanza.

Unos se defendían obstinadamente, otros abrazados de las rodillas de algunos sacerdotes pedían á Dios misericordia y sucumbían traspasados á puñaladas.

Los que guarnecían la hacienda de Dolores, viendo que los enemigos habían destruido un puente de madera de la puerta falsa, se replegaron á la noria, y allí se defendieron desesperadamente, pero acosados y oprimidos por la multitud, tuvieron que sucumbir, arrojándose muchos en la noria.

A las cinco de la tarde un río de sangre corría por las escaleras y patios de Guanajuato, y uno que otro había escapado, ocultándose debajo de los cadáveres.

En cuanto á las riquezas que había encerradas, fácil es concebir lo que sucedería con ellas.

En una hora desapareció el inmenso caudal aglomerado durante muchos años por los propietarios de Guanajuato.

En la noche toda esa multitud frenética, se desbandó por las calles y recorría con teas y puñales en la mano, saqueando las casas, sacando de las tiendas los barriles de licores y entregándose á todo género de excesos.

Hidalgo tuvo mucho trabajo para contener estos desórdenes con que se anunció la independencia de México.

Como si el pueblo en aquella vez hubiera tenido presentes los tiempos primeros de la conquista, la matanza de Santiago y el

asesinato de Guatimoc, se vengaba de una manera inaudita.

¿Acontecerán siempre estos hechos históricos, y las culpas de los padres caerán irremisiblemente sobre las cabezas de sus hijos?

MANUEL PAYNO.

México, 1843.

ESCENAS DE LA VIDA DEL GENERAL D. JOSE MARIA MORELOS Y PAVON

I

Acababa de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado á una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los más remotos confines del Continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían conturbados á nuestros audaces dominadores.

La voz de un Párroco sexagenario, poco antes entregado á las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fué una convocación de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salían de la capital de Valladolid con dirección á México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de más de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos la Imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida á to-

rrentes en "Granaditas," y esta multitud mezclada de mujeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de exterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado "San Miguel Charo," distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibían los obsequios de una persona particular los primeros caudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heróicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animación á los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa, que vitoreaba á sus jefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo de la mesa, en el otro conversaban con calor dos personajes que quiero describir.

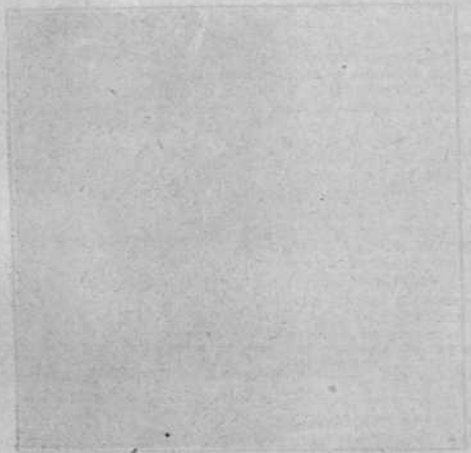
Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguileña y su cabeza inclinada hacia adelante, qué sé yo si por el peso de los años ó agobiada por sus grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años ó treinta y cinco á lo más, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios, que caían sobre ella en desorden, su mirada ardentísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor Cura, decía, déjeme usted con mis dragones, que ¡vive Cristo! que no me queda títere con cabeza y créase usted que mientras no se discipline esa chusma, no vale un comino.

—Sin embargo, señor Don Ignacio, ella ha vencido en "Granaditas," y sesenta mil

Panorama de Charo, pueblo donde Hidalgo
y Morelos tuvieron su única entrevista



hombres, y valientes, no son fáciles de destruir; además, sé que ellos aprenderán.

—¡Sesenta mil hombres! véalos usted, unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formación como quien va á una romería, y hace poco, ¡voto va! que me tuve que echar á pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenía veneno....

—Usted lo quiere todo en una hora.

—No, señor: quiero que el soldado sea soldadó, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios!.... Vea usted....

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues á ese paso....; pero yo los arreglaré: fuera mujeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

—Esos son castillos en el aire: tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera lección; dígalo "Riaño."

Más se hubiera acalorado la conversación, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversación.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigueño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido; su barba terminaba como una línea á la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelaba una alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho, con embarazo y poca gracia á los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de Capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted á abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido á cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?....

—Hace tiempo que lo estoy....

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlona y maligna se di-

vertía á costa del original Capellán que iba á tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el Cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre "obscuro, sin carrera."

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años á la arriería, que en uno de sus viajes compró en México un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor Cura, que cómo se resolvió á seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del Cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije á ustedes, á Valladolid, en fines del año pasado, á la casa de mi hermana; convidáronnos á un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del Cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos, que me tuvo inquieto y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria....

—Bien, muy bien.

—Retiréme con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí á mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo.

Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar imponente, tenía arrebatado y enternecido á su auditorio....

—Padre: me parece que mejor ha de ser usted un General que un Capellán. Vamos, déjese usted de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opone.

—Un pliego de papel....

Llevaron el papel, escribieron, y al calce firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa:—"Miguel Hidalgo y Costilla."

—Con que, lo dicho: á revolucionar el Sur, y véamos si de aquí á algún tiempo recibimos cartas del Coronel Morelos, que anuncian que han olido su pólvora en Acapulco.

—¡Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe usted, "á Ignacio Allende," y ¡vive Cristo! que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al Coronel Morelos, mientras éste, silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin más auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse á Acapulco dentro de pocos días.

II.

Transladémonos ahora al cerro del Veladero, situado en la costa de Acapulco: el Cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía á resistir al enemigo.

—Galeana, dijo á un oficial: ¿dejó usted recomendado á Avila el Ahuacatillo?

—Sí, señor....

—¿Y ese "Niño" cuándo le llora en el oído á París?

—Yo creo que para principios de Diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

—¡Apuros! En poca agua se ahoga usted. ¿No vé usted que salí del curato con dos "trabucos y una carabina descompuesta," y ahora ya hasta artillería tenemos?....

—Sí, artillería, un cañón "Niño."

—Ese "Niño" ha de dar muy malas noches á los "gachupines:" no se olviden las avanzadas por "las Cruces y San Marcos."

—No, señor.

—Vaya usted, que yo mientras soy Ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El día 8 de Diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana, cuando distinguieron á Don Francisco París, que venía sobre el campo de Morelos con 1,500 hombres; éste

hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba á derramarse sangre de hermanos; todo fué en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de Páris combatían con increíble denuedo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano, recorría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo á los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo á sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo, avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente, no; eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

Páris se retiró á "Jonaltepec" para volver de nuevo á la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de éstos, lisonjeó á los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un Capitán, "D. Mariano Tabares," ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

III.

Era una noche obscurísima: el ruido de las olas y el grito de ¿quién vive? de los centinelas interrumpía solemnemente el silencio: el señor Morelos paseaba inquieto en su cuarto, reflexionando su crítica posición, por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre é inspirar confianza á sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrasada en su mano, después tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen á Don Julián Dávila

A pocos momentos se presentó éste:

—¡Señor!

—Búsqueme usted á Don Marcos Landín.

En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabón en manos de uno de ellos, para que sirviese de contraseña, les dejó partir.

Los soldados no sabían dónde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la obscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo, poblaron los aires los gritos de ¡viva Morelos, y mueran los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusión, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y Páris mismo, lleno de pavor, salió disfrazado del campo, preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló á la luz de la victoria, no á un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta á ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terrible en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa

Poco tiempo reposó Morelos á la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de Febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana cuando á cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendíala del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor Cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz á la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que "Gago" no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa: que no muevan el farol de "Puente de Hornos."

—Mi General, avanzaremos nosotros, daremos la contraseña y después irá usted.

—No, marchemos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía ésta desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio.... Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor Cura Morelos y el Comandante Tabares?

Morelos dijo á otro que respondiese que no; hízolo así, y á esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si éste se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente; sólo Morelos, en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrífico.

Conociendo que era mengua que huyesen sus soldados, los exhortó á volver el frente al enemigo; revolvíanse indecisos, tronaba su voz ahogando la grita de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones: por fin, desbándase su gente y emprende la fuga.

—Corréis, cobardes, exclamó iracundo, yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron espantados á vista de aquella barrera, levantaron á su General, y se unieron á su derredor con entusiasmo.

—¿Por qué huyen ustedes? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

IV.

El Virrey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba á la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse á los límites de un artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor á su héroe, mientras yo, cambiando las decoraciones de mi teatro, translado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los Comandantes españoles "Cosío" y "Guevara."

Brillaba la feliz aurora del 12 de Agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños belicosos; el cañonazo de saludo era como el himno á la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificado, lo mismo que la plaza del "Calvario," que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde Cura de "Carácuaro," aquel hombre obscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el General adulado, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla, bajo un dosel de laureles; sus criados, que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaban los insurgentes á la vista de Tixtla y por eso un clamor de júbilo mezclado á la música y los vivas, respondió al primer cañonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, á las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la atmósfera tranquila subió lenta la

columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban á su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su "chaqueta de lienzo," su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartiéronse en orden las tropas: al principio se interrumpió el tiroteo, después empeñóse en una parte, en otra; hízose por fin general: una nube espesa ocultaba la población y el campo: como sombras veíanse discurrir los soldados y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón, aquel humo negro, y amarillento, por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrepidez increíble: con encarnizamiento combatían los insurgentes; retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados ó el gemir doliente de los moribundos.

¿Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido? Alumbraba la frente impasible de Morelos que alentaba á sus compañeros. ¿Retumbaba un acento en medio de la más empeñada refriega? Era la voz de Morelos.

¿Cundían en el aire mil vivas alegres? Era la presencia de su General, á quien lo saludaban como á un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta más de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba: en las tropas insurgentes se comenzó á notar la escasez de parque, que se hizo muy sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguía allí por su arrojo temerario un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo

animaba, y su alborozo inspiraba ardimento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir á dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apodérase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita á sus amigos:—"Ya tenemos parque."

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazón!!

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, crugían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para trepar después serpenteando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mujeres.

Los realistas, despavoridos, refugiáronse en la Parroquia, sonaron las campanas, y el Cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

V.

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó Morelos á Chilpancingo, donde se solemnizaba con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del señor Morelos y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar á las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron á Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; pero aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda é inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita á Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente, en medio del más empeñado tiroteo, y cuando entrevían los españoles insolentes una victoria, suena repique á vuelo en la Parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardid, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con mofa si estaban locos, cuando el cañón "Niño" tronó á sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al señor Morelos con el lanzafuego aún en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba á Morelos: los vivas llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fué completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin jinetes, y veíanse revolcar los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo, además, equipajes, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fué cogido prisionero "Gago" el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos á su Secretario una carta dirigida á Rayón, en la cual, entre otras cosas, le decía:

"Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, " he tenido veintiséis batallas, veintidós " ganadas completamente, y en cuatro hice " una retirada honrosa."

Lejos de envanecerse con una carrera

triufal, magnífica y feliz, que hacía ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como á un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables: "su primer prin-" cipio fué no hacer variación ninguna en " el estado de las cosas, limitándose á " remover las personas que no le inspira-" ban confianza, para lo cual nombró in-" tendentes y subdelegados; pero la admi-" nistración de justicia y la de hacienda " continuaron en los términos establecidos " por las leyes, sin permitir que los Co-" mandantes se arrogasen ni la una ni la " otra, como sucedía frecuentemente entre " los jefes insurgentes que no estaban bajo " sus órdenes; tampoco se permitía á los " jefes militares imponer contribuciones, ni " molestar á los habitantes con vejaciones " arbitrarias, tan comunes en otras partes, " y que habían hecho odiosa la insurrec-" ción."

La junta de Zitácuaro entendía inmaturamente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando no había aún noción de que fuesen representantes aquellos miembros.

Deseaba el señor Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconoció.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería paliar como medida de convención y de una política sagaz, el señor Morelos no quiso que aquel Cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren

interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en quien no creen más que cuando los incensa, ó se deja alucinar con sus doctrinas.

VI.

Grato para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del señor Morelos, que sucedieron á las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese á un festín; allí también lo vieron partir su alimento con el soldado indio, que abría su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos á Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lectores mientras la pluma fácil del señor Mora nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazañas.

"La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías á considerables distancias, y á las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas: su mayor extensión es de Norte á Sur en poco más de media legua, y su anchura de Este á Oeste no excede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte á Sur una atargea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce á catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de más de doscientas varas; pero cuya corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo común sino una parte muy corta, ciñéndose á un canal de doce á quince varas."

En los primeros días de Febrero de 1812, salió de México Don Félix María Calleja, con dirección á Cuautla, al frente de un

ejército que había llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer á Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el General Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

—¿Está usted cierto de lo que me dice, curita? Dirigía esta pregunta á un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con sus ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.

—¿Cómo si estoy cierto? Son más de ocho mil hombres; uno á uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame usted que les vaya á saludar, ¡por vida de....!

—¡Coronel! Guarde usted sus bríos para "Buenavista," y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¿Y dígame usted, señor Galeana, San Diego qué tal está de fortificado? porque lo que de noche se hace....

—Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.

—¡Hola! ¡Hola! Vean ustedes, dijo con interés Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragón, acerca mi caballo!

Galeana se puso al paso del General, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encarecidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente

—"Déjeme usted, Galeana, solo voy al " Calvario á reconocer con mi anteojo al " enemigo."

—Acompañaré á usted, mi General, replicó el valiente.

—No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana se mordió en silencio los labios, y pesaroso dejó alejar á su amado General al frente de su escolta.

—Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va á ser una de las suyas; ¡y estar yo aquí!

—¡Hola! Señor oficial, continuó, mande usted poner al momento vigías en las torres, que observen al General.

Paseábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de

montarlo, y acariciando su crín negra como el ébano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes había emboscado Calleja á los lados del camino: espantados los vigías de las torres, gritan: "que nos cogen al General;" y Galeana en su corcel, rápido como la voluntad de Dios, desapareció, al socorro de su jefe.

Entretanto, alrededor de Morelos se había agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos á su lado: junto de él acababa de caer, acribillado de heridas, un soldado querido: se revolvía en un círculo de enemigos como un león cercado de diestros cazadores; pero se hacía campo con sus armas, disparando sus pistolas á los que más de cerca lo seguían, y sin perder su gravedad majestuosa y tranquila:—"Muchachos," decía con flema, "no " corran, que las balas no se ven por las " espaldas."

—Mi General, mi General, salvémonos, corramos, mi General.

—"Más honroso es morir matando, que " entrar en Cuautla corriendo."

—Avancemos, mi General.

—Este es el paso de mi caballo, el que quiera que lo siga.

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusión y se propagaba la alarma, en los momentos más desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados costeños: como el huracán dispersa las arenas, ahuyentó á los que cercaban á Morelos: los soldados se encarnizaron al extremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus "machetes."

El ejército, después de cobrado su General, lloraba de gozo, y Galeana, con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar á su General, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconvenciones por su arrojo, y sobre todo, porque no lo había llevado consigo.

Al siguiente día, el ataque fué más for-

mal: Calleja marchaba á la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban sus tiros, cubríanse los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose á medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El Coronel que mandaba aquella sección percibió á Galeana, sublime y terrible como era siempre, en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó, desprendiéndose de su filas:

—¡Ah, infame! Sal, que á tí te buscaba.

Galeana estaba á su frente. Disparóle el español una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante Coronel, y cayó en tierra.

—Era valiente, dijo Galeana; y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le ministrasen los auxilios divinos.

La tropa realista seguía enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio: las familias se arrodillaban despavoridas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana había perdido la plaza; cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y sólo un jovencillo obscuro estaba junto á la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragón, le hirió en un brazo; derribado el joven, dejando un rastro de sangre en el suelo, en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañón, conteniendo al enemigo, que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles, que recogieron los insurgentes.

"El día 20 de Febrero de 1812 remitió Calleja al Virrey el estado de muertos, heridos, contusos y extraviados en la acción del día anterior, en los términos siguientes:

Oficiales muertos, 4.—Heridos, 7.—Contusos, 11.

Muertos de tropa, 15.—Heridos de tropa, 55.—Heridos levemente, 40.—Contusos de tropa, 43.—Extraviados, 3.

Mas en el oficio ó parte del 21 del mismo mes, se expresa así:

—"Yo me encuentro embarazado con más de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré á Ozumba, desde donde por Chalco podrán con menos incomodidad dirigirse á esa, ó si me sitúo en alguna hacienda inmediata por no exponerlos á que el camino los empeore."

El día 5 de Marzo Calleja comenzó formalmente el sitio, pronosticando que no dejaría piedra sobre piedra en la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos exterminadores en poco más de ocho días. Aunque en lo público se mentía oficialmente, exagerando los triunfos de los realistas y pintando el de Cuautla como un sitio sin importancia sofocando así la revolución en el Sur de México, la correspondencia reservada entre el Comandante en jefe y el Virrey era amarga, y en sus groseras contradicciones realzaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habían llegado á conocimiento del público, debilitando la opinión entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del General Morelos.

Deseaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenía despierta la atención; y Calleja por su parte rehusaba aventurar en un ataque la nombradía adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prodigaron á Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para manter franca la comunicación con México.

VII.

Entre tanto, el General Morelos en su terreno sumamente abierto, con sus reducidas fuerzas, y sin más recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurría á sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se proveyó de víveres, improvisó trincheras, entabló relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del Gobierno y proporcionarse recursos, y suplía su talento inagotable las faltas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, sus huellas guiaban á sus soldados á combatir; ya como General astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenía; ya por último, alegre compartía con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebraba con regocijo y hacía publicar las acciones heróicas de sus soldados, fomentaba el contento con diversiones que daban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañón y al rasgar los aires las bombas, triscaba con sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas militares.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazañas dignas de renombre: este asedio forma por sí sólo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres Generales, es el episodio más bello de la guerra de la Independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día á día, momento á momento, cóntra fuerzas siete veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son éstos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales á las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Pasaré en silencio el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardid del Capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos á degüello, desconcertando así una vil traición, y convirtiendo ésta en perjuicio de los realistas, que engañados se destrozaron mútuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, reducidas al último extremo, aún insultaban con despecho á los insurgentes en medio de la consternación más sombría; así se expresa este General mismo hablando de los sitiados:

"Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida á una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.

"Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, etc."

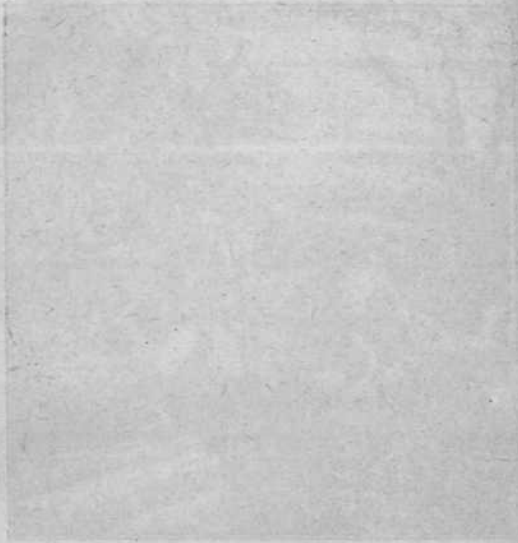
Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero á aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renaciendo su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolvióse, pues, Morelos á dar un ataque decisivo á las baterías del Calvario, que estaban al mando del Brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenía repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana, tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fué, sin embargo, de importantes consecuencias, porque los solda-

Morelos y su ejército rompen el sitio de **Cuautla.**

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.



dos, por apoderarse de los víveres, se distrajeron en la persecución del enemigo.

La dilación del sitio, las prevenciones de Calleja, y las simpatías que se había creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al Gobierno español, que herido en lo más vivo su nombre y poder, veía prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y á las promesas de indulto; al efecto, el 30 de Abril hizo seña y condujo el Alférez Calápiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: "Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos."

La situación de Calleja llegó á ser tan comprometida, que el 2 de Mayo decía al Virrey oficialmente:

"Excmo. señor:—Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios, etc,—Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—A las cuatro y media de la mañana."

Decidióse, por fin, Morelos, á evacuar Cuautla, y una noche de los primeros días de Mayo, á la luz de la luna, comenzó á salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del Agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Galeana ocupaba la vanguardia; entre ésta y el centro iba el General Morelos, mandando la retaguardia el Capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado éste un largo trecho, cuando resonó el ¿quién vive? de un centinela realista; Galeana le contestó con la muerte; pero entonces se hizo la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de: "¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!" "¡Viva la América!", fueron la señal del combate, que se

empeñó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivalió á una victoria, según conceptuó á los americanos.

Hé aquí el rápido bosquejo del célebre sitio de Cuautla: en él gastó el Gobierno español 1.700,000 pesos, sacrificando lo más florido de su tropa, menoscabando extraordinariamente su opinión. El sitio de Cuautla fué el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala hablando de Morelos, después del sitio.

"La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas, un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos."

VIII.

Después de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuápan, Tehuacán, Orizaba y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etla, cerca de Oaxaca.

Era el 24 de Noviembre de 1812: la tropa que rodeaba la tienda de campaña, aun no reposaba de las fatigas de un camino fragoso y despoblado.

En el interior de la tienda había algunas piedras que servían de asientos á varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un extremo disponiendo la cena.

Morelos dictaba á un oficial sus órdenes; todos lo escuchaban en silencio.

—Señor amanuense, haga usted saber á los señores la orden del día. El escribiente leyó:

—"A acuartelarse en Oaxaca."

Todos hicieron un movimento de sorpresa; Oaxaca estaba al mando del Teniente general González Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un

viaje penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

—No dirán ustedes, señores, dijo Morelos á sus oficiales, que no les busco para mañana mejor alojamiento.

—Bien, bien, mi General, veremos al famoso Coronel Saravia, en esa puerta de la Soledad.

—Firme el pulso mañana, señor colegial: usted va á mandar la artillería.

—No hay cuidado, señor; aquí con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

—Bien me pacere, señor Terán.—¿Y usted, señor Galeana, dónde trae el mapa?

—Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los "gachupines" que deje tendidos.

—Eso es pedirme la vanguardia; se la doy á usted.

—El señor Bravo el centro.

—¿Y yo me quedo mano sobre mano, mi General?

—Señor Matamoros, usted manda la retaguardia, y la reserva yo: ven ustedes que soy el menos ambicioso.

IX.

Ardiente es el sueño que antecede al combate. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana todo estaba listo y en poder del Gobernador Bonavia una orden de puño de Morelos, intimando que se rindiese antes de dos horas.

La intimación fué despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbó el cañón como el primer grito de muerte ó de victoria.

La artillería obraba prodigios; el [illegible]ven que la mandaba dirigía sus tiros certeros con el mejor éxito; Morelos lo admiraba regocijado de lejos con su anteojo; dejémosle noticiar sus triunfos á los que tiene á su lado.

—Perfectamente, señor; Terán tomó la puntería: ¡qué horror! ha caído un soldado junto á él; pero ni movió el pulso.... Temerario, ya hace transportar á brazo el cañón de "Llano." ¡Que viva! ¡Bien!.... ahora corre por toda su línea, ya no lo percibo.... ¡Maldita humareda! ¡Jesús!.... es

cierto, véanlo, véanlo.... saltó al puente, se apoderó de él! Valiente joven; tú serás la gloria de tu patria: ya avanzó.... ¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado á la plaza. Muchachos, ¡¡viva Terán!!

—Asistentes, traigan aquí el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de la Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes, tranquilo, allí inspiraba su serenidad y ardimiento.

Entre tanto el Teniente Coronel Victoria sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; oía empeñado el tiroteo en las calles y plazas, envidiaba los triunfos de sus compañeros que anunciaban los repiques del Carmen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios, defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar á sus soldados; rasgaban el aire las granadas y bombas: en el agua del extenso foso caían á plomo los cadáveres, y como fieras encerradas en una jaula, veían á sus enemigos que los burlaban con audacia.

—Aquí los aguardamos, gritaron los insolentes realistas.

Entonces Victoria desnudando el acero, les dijo:

—Va mi espada en prendas, voy por ella; y en seguida se arrojó al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Larios, Matamoros y Morelos mismo, habían penetrado en la ciudad, sosteniendo en cada calle un combate, disputándose palmo á palmo un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique á vuelo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar consternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entregóse al saqueo y al desorden: sobre el campo de muerte se entronizó la orgía.... Siguiéronse las re-

presalias y castigos.... Cumpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afean la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogieron en Oaxaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero, que lo había escarnecido: el Obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida: fugarse á la hora del peligro. Este hombre servil había descrito á Morelos con cuernos y cola, como á los demonios de retablo. ¡Religión santa! más te han perjudicado ministros como éstos, que Lutero y Voltaire!

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, vistiendo á sus soldados, creando una maestranza que dirigía Don Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

X.

Habían transcurrido poco más de dos años, desde que el humilde Cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bizoña, combatía por la primera vez en el Veladero, con el ejército de Don Francisco París.

Era el día 26 de Marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un General ídolo de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huestes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto donaire, "Paso á la eternidad," cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la ciudad y fuerte de Acapulco: fué tomada la primera el 12 de Abril, á las oraciones de la noche.

Intimóse la rendición del castillo, que estaba al mando de Don Pedro Vélez, natural de la villa de Córdoba; pero este mexicano inflexible, manifestó la más decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibía por la

isla de la "Roqueta," distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen con buen éxito las tropas realistas que enviase el Gobierno.

Morelos, inagotable en concepciones felices, emprendió un sitio para él de un nuevo género, hostilizando á los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo recios y continuados combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un auxilio que afligía tanto á los sitiados como á los sitiadores, las enfermedades y la hambre que atormentaba á los insurgentes decidieron á Morelos á volar el castillo, minando el terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración á las familias inocentes que encerraba el castillo.

"El 17 de Agosto en la noche, dice el señor Morelos, determiné que el señor Mariscal Don Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso, por el lado de los Hornos, á la derecha del castillo, y el siempre valeroso Teniente Coronel Don Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número. Superóse todo, no obstando la obscuridad de la noche y la dificultad del señor Mariscal, de pasar dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un Capitán y un soldado heridos de bala de fusil."

Tan imponente maniobra aterró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dió por resultado la completa rendición del castillo, después de seis meses de resistencia.

Por aquellos días se hicieron palpables las diferencias entre los Vocales de la Junta de Zitácuaro, Rayón, Verduzco y Liceaga, enconándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia Junta, titulándola Congreso, expidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la Junta de Zitácuaro, como entorpecedora de las operaciones militares, y como ávida de la reasunción de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente á moralizar la revolución, que se dedicó á discutir los principios más luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramificó é hizo extensiva la revolución cuanto fué posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinión pública por medio de la prensa, de la manera más eficaz y honrosa para la nación.

Antes de que se concediese en México la pasajera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana Roo, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El "Ilustrador americano," debido á la ingeniosa imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los Diputados á las Cortes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban á México de un letargo en que había durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su sólio, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nación independiente y libre; pero esto

exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele ser de funesta trascendencia toda exageración de principios.

La opinión de Zavala es, que el señor Morelos debió haberse restringido á fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia.

De todas maneras, parece inmatura la instalación de un cuerpo que realmente no podía ni aun contar con el terreno en que quería deliberar nada menos que sobre la constitución mexicana.

El Congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer á Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era más necesaria la concentración del poder, para obrar rápido, con arreglo á las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones exaltadas no calculan la distancia de las teorías á los hechos, y ya hemos visto sacrificada más de una conveniencia pública, á un elegante giro oratorio ó al amor propio empeñado en una cuestión escolástica.

El Congreso mismo parece convencido íntimamente de estas verdades, pues en su reglamento, redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura, más bien se establecía la división de poderes, como una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Después, el Congreso fué el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación, y un obstáculo de los planes militares.

Debo á la bondad de mi maestro y favorecedor, el señor Lic. Don Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se queja el señor Morelos de la conduc-

ta observada por el Congreso de Chilpancingo. Dice así:

"El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro Gobierno y reinstaló el Congreso, V. E. lo dictó.—Haga por su parte se cumpla, é influya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza, se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento ó lo que se haga con éste.—En el reglamento se queda el Congreso de representantes con sólo el Poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará á bien la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quién fué su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo más, porque á V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento ó nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará á su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes.—No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oído el Generalísimo, aquel á cuyas instancias se regeneró el Gobierno. Dígame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo.—No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren vales en cobre, pues con continuación están ocurriendo á esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde á V. E. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Vocal, Lic. Don Andrés Quintana."

Perdóneseme esta cansada digresión sobre el Congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al General Morelos después de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el Congreso, en medio del regocijo general, en 13 de Septiembre de 1813.

XI.

Dirigióse Morelos á Valladolid con su división, victorioso; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zénit, hermosos y radiantes, y no vuelven á adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer á nuestros ojos.

El General vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de "Puruarán;" ha visto desaparecer á sus ojos lo más florido de su ejército: á los que daba el título de compañeros y de amigos los vé en poder del bárbaro enemigo vitoreando aún su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres Generales; pero nunca fué más grande Morelos que visto á la luz lívida de la adversidad.

Fué la batalla de Puruarán sangrienta, y mi pluma se resiste á describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo más recio del choque vió Morelos caer de su caballo al General Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima aislada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias....

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene más amigo que Dios

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de Febrero de 1814, con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigía al señor Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y á la letra dice:

"Excmo. señor:—Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño á V. E. copia del oficio-orden que despacho al Coronel Don Víctor Bravo, para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando á la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlán, para cuño y maes-

tranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes "Deo dante" seguiré á alcanzar el ejército, y á que nos veamos "quam primum." El religioso, el mal religioso despachado por Calleja, (*) merece acabar sus días en una bartolina, privado absolutamente de la comunicación, aun de los pájaros. Yo encargo á V. E. esta privación, para que no engañe á los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme á más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún HA QUEDADO UN PEDAZO DE MORELOS Y DIOS ENTERO. —Dios guarde á V. E. muchos años. Tepa y Febrero 9 de 1814.—JOSE MARIA MORELOS.—Excmo. señor Lic. Don Andrés Quintana Roo."

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando á su exterminio. Hubo día en que perdida toda esperanza, aquel General Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese, con voz enronquecida por el llanto:

—General, es forzoso que nos separemos.

—¡Cómo! ¿Podría usted abandonarme en la adversidad, amigo mío?

—Señor, á usted lo defiende su saber y su nombre; yo voy á mi pobre casa á ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin más auxilio que el de Dios: yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos, y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir á su encuentro.

(*) Me han asegurado que éste era un fraile agustino que iba al Congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indultos á sus miembros ó envenenar á los más perjudiciales á la España; le cogieron el arsénico con que debió haber perpetrado crimen tan atroz.—G. P.

—Eso no, mi General: sígame usted, yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nación.

—Vea usted, Galeana, aún tengo esperanzas: debémos continuar nuestros trabajos; si éstos fueren inútiles, usted me admitirá en sus tierras, las labraré para ganar el sustento.

Interrumpámos este diálogo, que sucesos más graves deben ocupar mi pluma.

XII

Es el 5 de Noviembre de 1815; á alguna distancia del pueblo de "Tesmalaca," se percibe un ejército custodio del Congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinación, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente, por la obstinada persecución de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una Constitución, en que á pesar del juicio acre de Zavala, se consignaban nuestros más preciosos derechos, proclamando la soberanía del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre, á quien todos iban sometidos, que les prodigaba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mujeres y niños, ocupaban los carros y se dirigían á Tehuacán.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serían las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lomas á reconocer Tesmalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la acción con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posición.

—¡Avancen! ¡Avancen, "cazadores!" repetía tomando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos después de otros caían, al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—Lobato, evite usted la fuga de esa tropa.

Aprehensión de Morelos en Tesmalaca.

Entonces ese jefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la más horrible confusión.

—¿A qué correr? decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado Don Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que perecían á centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo: retírese usted, "vaya a " escoltar el Congreso, que aunque yo pe- " rezca, importa poco."

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado, pero aún se defendía con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas; tomó otro de un dragón, diciendo:

—"Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco."

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el más valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pie á tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas, al mando de Carranco, cobarde desertor de los americanos.

—¡Cuidado quien dispare al General!

—No lo esperaba de usted, amigo; parece que nos conocemos.—Y le regaló uno de sus relojes por premio de su acción.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prisión, más importante para los españoles, que cien victorias.

XIII.

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regocijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Tesmalaca á México, donde el Gobierno español, aterrado con su presa inerme, multiplicó sus medidas de seguridad.

El 27 de Noviembre, "el Santo tribunal" de la Inquisición juzgó al señor Morelos, y le hizo veintitrés cargos.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de heregía que se le hicieron.

Los inquisidores dictaron su sentencia, y en ella lo condenaban á la pena de deposición, "á que asistiera á su auto en traje " de penitente, con sotanilla sin cuello y " vela verde."

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse á la degradación.

Allí, en un banquillo, frente á sus jueces, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno á uno de los ornamentos sagrados, hasta llevarlo al verdugo á raer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron á su vestido.

Así el "Santo tribunal" lo entregó á la justicia civil, que consumó la obra.

Una noche, en su calabozo, cuando más atormentado se hallaba, por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran á insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo á pedir á usted un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor: aquí tiene usted las alhajas de mi mujer; ésta es la cajita de mis pobres ahorros, señor

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—El carcelero duerme el sueño de la embriaguez; usted no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas..... Sálvese usted, señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra, Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo á su libertador:

—"Amigo mío, es muy fácil cosa averi-

Degradación de Morelos.

" guar que usted me ha sacado, pues us-
" ted entra y sale por razón de su destino
" en estas cárceles; usted tiene familia, y
" de consiguiente, dentro de poco es perdi-
" do con ella."

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo Morelos continuó:

—"No permita Dios que yo le cause el
" menor daño; déjeme morir, y en mí ter-
" minará todo."

La resolución de Morelos fué inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Este, con un enojo mezclado de ternura, le dijo, abrazándolo:

—"Francisco Montes de Oca."

Fué transladado en medio de la noche el señor Morelos á la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel á conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban á sus hijos en brazos, para que lo viesen; las mujeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde de un quijotismo pedante, máscara muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban, captándose su voluntad.

XIV

El día 22 de Diciembre de 1815 lo sacaron de su prisión, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco más de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montones de tierra en que están las salinas, hay un pueblecito de indios que se

llama San Cristóbal Ecatepec; á él llegó el señor Morelos, y á poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes á la mesa estaban pálidos y desconcertados; más de un oficial mezclaba á su alimento sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, sabe usted que esta iglesita no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma usted, que el camino abre el apetito.

—Señor, efectivamente, la igelsia es bonita.

—Sólo el terreno sí es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fué en el jardín de la República.

—Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato á Valladolid.

—No, señor; nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos á otros se veían en un silencio, que tenía no sé qué de pavoroso é imponente.

Paseábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos, y se retiraba arrepentido; por fin, con una voz insegura le dijo:

—¿Sabe usted á qué ha venido aquí?

—No, á punto fijo; pero lo presumo.... A morir.

Los oficiales se extremecieron y quedaron pálidos.

—"Tómese usted el tiempo que necesite."

—Compañeros, "antes fumaremos un puro," porque esta es mi costumbre.

Fumólo despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían á levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el Vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

—Hola, dijo Morelos, á formar..... No mortifiquemos más.

—Vamos, señor Concha, venga un abrazo.

—¡¡Señor General!!

—Nada de afligirse: será el último.

Metió después los brazos en su turca: "Bah! ¡ésta será mi mortaja! aquí no hay otra." Sacó en seguida su reloj: empuñó con solemnidad una "Cruz, y marchó."

—¿Qué va usted á hacer? preguntó al que le iba á vendar los ojos. "No hay aquí objetos que me distraigan."

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar.... dijéronle:—Adelante.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda; azotóse el cuerpo, trémulo, en un lago de sangre; después lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.

GUILLERMO PRIETO.

GUILLERMO PRIETO.

MORELOS EN ZACATULA.

I.

El gran río que con el nombre de Atoyac nace humilde en las vertientes de la Sierra de Puebla, y que descendiendo de la mesa central del Anáhuac, se dirige al Sudeste de México, recibiendo el tributo de cien arroyos y torrentes que aumentan el caudal de las aguas, toma en los profundos valles de la tierra-caliente el nombre de Tlalcosauhtitlan, cuando pasa besando la orla de las montañas tlapanecas; después el de Mescala cuando se abre paso entre las sierras auríferas que limitan por el Norte los planíos de Iguala, y por el Sur los templados oásis de Tixtla y Chilpantzingo; más tarde, cuando enriquecido con la confluencia de veinte ríos salvajes, hijos de las sierras de México, sigue el rumbo del Sudoeste y penetra en las ardentísimas honduras de la Sierra Madre, cadena ciclópea que enlaza los Estados de Guerrero y Michoacán, y cuando caldea sus aguas en aquellas gargantas como en enormes galerías volcánicas, toma el nombre de "río de las Balsas." Por último, cuando después de recibir el último tributo, el más grande, el de los dos ríos tarascos, reyes de las comarcas michoacanas, el de Tepalcatepec y el del Marqués, se dirige lenta y majestuosamente hacia el Sur, para desembocar en el Océano Pacífico, es conocido con el nombre de "río Zacatula."

Todavía después de la unión de los dos ríos tarascos, el padre de las aguas del Sur se hunde entre las altísimas rocas basálticas de la Sierra Madre, que se dilatan hasta la costa y suelen bañar sus últimos crestones en las ondas del mar, todavía arranca en sus crecientes los árboles gigantescos de las obstinadas selvas que revisten las arrugas de la gran cordillera; todavía arrastra en sus poderosas corrientes los restos de cien edades de la tierra, sepultados en el corazón de la montaña. Ese río es el zapador constante de los bosques vírgenes del Sur, y el compañero de la Sierra Madre hasta la costa.

Al llegar á ella, cesa la lucha con las dificultades y las barreras; las colinas se deprimen, se suavizan; las dos enormes y ásperas cadenas de montañas que han ido flanqueando el río se bifurcan, se apartan en ángulo recto; la del Oeste va serpenteando á formar la sierra de Maquilí, y la del Oriente sigue á lo largo de la costa sumergiéndose á veces en el mar ó arremolinándose en torno de las alturas de Coahuayutla.

El río, al salir del intrincado laberinto de la Sierra, desciende al hermosísimo aunque estrecho planío de la costa. Allí desaparecen como por encanto el carácter rocalloso de las márgenes y la vegetación de las grandes selvas que ha recorrido.

La tierra ondula suavemente tapizada por una yerba siempre verde, espesa y salpicada de flores. En las alturas, los mangles de la montaña más corpulentos, aunque menos bellos que los mangles de las marismas, son los únicos que elevan su enhiesta copa, enlazándose con los nazarenos, y dominando los bosquecillos de ébanos que esconden en la sombra sus torcidos ramajes y sus hojas menudas. Los arrayanes inclinan al sol su espesa frente que enguirnalda con dorados hilos, el "choromo" perfumando la atmósfera con su aroma sin rival.

La vegetación de la costa, hija del rocío, del sol y de las brisas del mar, más bien que de la lluvia, recibe al rey de los ríos

perianos sobre una alfombra de flores y bajo un dosel de luz y de perfumes.

Ya cerca de la playa, el río también se bifurca, como el Nilo, y sus dos brazos majestuosos, trasparentes, tranquilos, se deslizan por un plano inclinado imperceptible, con sus márgenes cubiertas de grandes y espesos árboles hasta el mar, en donde uno de ellos produce la barra de Petacalco.

Esta bifurcación del río forma un Delta que es una maravilla de hermosura vegetal, un sueño de poeta. Un bosque espeso y sombrío lo termina á orillas del mar, un bosque en el que son incontables los árboles que encadenan y confunden millares de lianas gigantescas, y en el que apenas se distinguen los palmeros por la esbeltez de sus troncos y la gallardía de sus copas, y los bananos por lo compacto de sus grupos y por la anchúra de sus frescas hojas. La luz solar penetra ténue y temblorosa en aquella mansión en que moran la frescura, el silencio y la muerte.

El río parece entregar con sus dos brazos este Paraíso al mar, que lo recibe con sus ondas de esmeralda.

Así entra el Zacatula en el Océano Pacífico.

II.

Una tarde del mes de Octubre de 1810, ya al declinar el sol, descendía por el camino que serpenteaba entre las colinas boscosas de la sierra que flanquea por el lado de Oriente al río de Zacatula un grupo como de veinte jinetes.

Distinguíanse apenas en los claros del camino volviendo á ocultarse entre la arboleda que revestía las últimas vertientes de la montaña, pero cuando bajaron á la llanura, cuando al seguir el camino que costea la margen izquierda del río antes de dividirse, fueron bañados de lleno por la luz del sol poniente, pudieron ser observados con exactitud.

Parecían campesinos de Michoacán y montaban magníficos caballos, algo estropeados seguramente por las fatigas de un viaje penoso y largo.

El que parecía ser el jefe caminaba á alguna distancia del grupo y sólo acompañado de un mozo, é iba á la sazón sumergido en una meditación profunda de la que no lo distraían, ni la belleza admirable del paisaje, ni la singular perspectiva que presentaba el gran río convertido en una corriente de púrpura y de fuego, á causa de los rayos del sol, ni el concierto de las aves de la costa, ni el aspecto del cielo en esa tarde tibia y apacible.

Este personaje era un hombre robusto, moreno, de regular estatura, de ojos de águila, cuya mirada profunda y altiva era irresistible. Su boca tenía ese pliegue que marca en los caractéres pensadores el hábito de la reflexión y en los grandes de la tierra el hábito del mando. Su traje y aspecto no revelaban á qué estado pertenecía. No era un jefe militar, porque en ese tiempo ningún criollo lo era, siendo este rango reservado solamente á los españoles. No era un eclesiástico, porque su barba negra y crecida, su gallardía para montar á caballo, su aspecto varonil y atrevido lo desmentían; pero no era tampoco un simple arriero, ni un pobre campesino, porque esa mirada, ese continente y esa comitiva proclamaban muy alto que ese hombre estaba sobre el nivel de los demás y que ese cuerpo encerraba un espíritu poco avenido con las faenas de la servidumbre ó con las tareas obscuras del campo. Por otra parte, su traje era raro, inusitado en aquellas comarcas.

Cubríase con una especie de alquicel blanco para guarecerse del sol, y cuyos embozos le cubrían parte de la barba. Llevaba un sombrero finísimo del Perú, y debajo de él, un gran pañuelo de seda, blanco también, cuyos extremos anudados flotaban sobre el cuello, abrigaba la cabeza, á la usanza de los rancheros ricos de esa época. Calzaba botas de campana, y bajo sus armas de pelo guardaba un par de pistolas. El negro caballo que montaba era soberbio, y á pesar del viaje, mostraba su brío avanzando á paso largo, por la pradera que limitaba la ribera del río.

El traje de su compañero y de los demás

Jinetes de la comitiva, en nada se distinguía del que usaban los campesinos acomodados del Sur de Michoacán. Chaqueta obscura de paño ó de cuero, adornada de agujetas de plata, calzón corto de lo mismo, con botas atadas con ligas bordadas, y mangas dragonas azules con las bocas adornadas con flecos de plata ó de oro, sombreros de alas anchas de color obscuro: tal era el traje de esos, al parecer campesinos, cuyo aspecto se convertía en marcial por las escopetas, sables y pistolas que cada uno traía. Caballos y mulas de mano y otras con equipajes, completaban el cortejo de aquel notable personaje.

El sol se había puesto ya, y la humedad, tan sensible en aquellos lugares y que comienza en el crepúsculo, hizo que todos los jinetes se abrigasen en sus mangas.

—Señor, dijo uno de los jinetes, dirigiéndose al personaje de que hemos hablado, ¿llegaremos á buena hora á Zacatula?

El hombre misterioso pareció, al oír esta pregunta, que salía de su honda cavilación. Interrogó á su vez el horizonte y respondió con voz breve y metálica:

—No estamos lejos del pueblo, y llegaremos al obscurecer. Adelántate y avisa de mi llegada á Martínez.

El jinete se adelantó, y un minuto después se perdió entre las altas yerbas del camino.

III.

Aquel hombre que así caminaba por aquellas soledades del Sur, aún no perturbadas por los ruidos de la guerra, era algo más que un jefe militar, era algo más que un eclesiástico, mucho más que un grande de la tierra, era algo más que un caudillo.... era el gigante de la Independencia de México.... era el genio de la guerra.... ¡DON JOSE MARIA MORELOS!

Inspirado por su patriotismo y animado por su espíritu extraordinario, este hombre, "el más notable que hubo entre los insurgentes," (*) se había dirigido á Valladolid

(*) Alamán.—"Historia de México."

cuando supo el paso de las huestes de Hidalgo por aquella ciudad, dirigiéndose á la de México, capital del Virreynato, y no encontrándolas ya allí, las había alcanzado en la hacienda de Charo, en donde después de hablar con Hidalgo recibió del padre de la Independencia, el nombramiento de lugarteniente, y la misión de conquistar la fortaleza y el puerto de Acapulco.

Sólo el nombramiento y la misión, "papel y rumbo," como dijeron después los insurgentes. Ni un elemento de guerra, ni un soldado, ni una arma, ni un cartucho. Morelos no necesitaba de nada de esto que exigen los Generales del vulgo; él era genio, es decir, creador, y todo iba á ser creado con la eficacia de su palabra y por la magia de su voluntad.

Los que lo acompañaban eran amigos escogidos entre los feligreses de sus curatos de Carácuaro y Nucupétaro, apóstoles confiados de aquella propaganda de patriotismo, de sangre y de gloria! Una vez resuelto á llevar á cabo su misión sublime, había salido con ellos de las áridas montañas en que se escondían esos dos pueblos miserables de su curato y los llevaba consigo para emprender la predicación de ese Evangelio armado de la Patria libre, que iba á ser la epopeya más gloriosa de las que registran los anales de México. Tal era el hombre que se aparecía por la primera vez en el campo de la revolución, y en aquel valle de Zacatula, bajo las apariencias de un guerrero del Atlas, envuelto en su blanco alquicel y relampagueando en los negros ojos el rayo de la guerra y el anuncio de la victoria.

Las sombras habían invadido por completo la llanura. El grupo de jinetes apresuró el paso. A lo lejos se distinguían, entre un enjambre de luciérnagas que poblaban la yerba y los arbolados, las lejanas luces que se encendían en el pueblo de Zacatula, situado en la margen izquierda del río.

En 1810, toda la comarca que recorre el Zacatula, desde Ajuchitlán, en la tierra caliente, hasta el mar, pertenecía á la provincia de Valladolid.

En la márgen izquierda del río se veía

ya el pueblecillo de Zacatula que ha ido á ménos, hasta ahora, á causa tal vez de la muchedumbre de barrios en que se ha dividido, y de la formación del pueblo de la "Orilla" en la márgen derecha y que pertenece hoy también al Estado de Guerrero.

La Intendencia de Valladolid dominaba allí y tenía de guarnición en Zacatula algunas tropas realistas, al mando de un jefe. Estas tropas se formaban de lo que se llamaba entonces "milicias," que eran compuestas de "criollos" en su mayor parte.

En Zacatula, el jefe de estas tropas se llamaba Don Marcos Martínez, y su milicia se componía de cincuenta hombres, vecinos del lugar, completamente inexpertos en el manejo de las armas, bizoños en el oficio militar, que, por otra parte, no habían tenido ocasión de poner en práctica.

Afectos al Rey, como casi todos los milicianos de Nueva España, pero residiendo en el extremo Sur del país, apenas habían llegado á sus oídos los rumores de la invasión francesa en la Península, la prisión de los Reyes y la instalación de las Juntas de España. En cuanto al movimiento de Hidalgo en Dolores, no era conocido. Algún arriero de Morelia había dicho algo de motín en Guanajuato, de un Cura que había gritado contra el mal gobierno. Pero se creía que pronto un golilla y un alguacil darían buena cuenta de ese tumulto de pueblo. El Rey era invencible, el Rey era la imágen de Dios y el Virrey era el representante del Rey. La horca iba á trabajar un poco, y eso era todo.

Por lo demás, ¿qué tenían que ver los pacíficos habitantes de Zacatula con todo eso? ¿Qué les importaba el tumulto de Dolores y el alzamiento de los indios? Ellos, los habitantes de Zacatula, eran mulatos y mestizos, hijos de españoles ó de negros. En las costas del Sur de las intendencias de México y de Valladolid, no había indios, y los residentes, que eran advenedizos en la tierra, no llevaban en el corazón los dolores de la antigua Patria, herida y subyugada. Ni aun habían soñado en la nueva; jamás habían pensado en que esta parte del mundo americano podía ser libre y en

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
INST. DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

que ellos podían estar al nivel de los españoles, dueños de la tierra y del mar, de los campos y del comercio, de las armas y de las llaves del cielo.

Esos pobres costeños vivían con la vida candorosa é inconsciente de los salvajes subyugados.

El temor de la horca los encadenaba; el terror del infierno los sometía. Eran un rebaño dominado por el Subdelegado y el Cura.

En la hora de que estamos hablando, no sentía ninguno de ellos germinar la idea de la Patria en su pobre espíritu, y sin embargo, la Patria iba á nacer en él, sin transición, sin infancia, sin debilidad y sin lucha. La Patria nació en Zacatula, adolescente, briosa y hercúlea.

¿Quién iba á hacer ese milagro de magia y de genio? ¿Quién iba así á derramar la luz en un minuto, como la luz del Génesis?

MORELOS, MORELOS, que al dar el toque de oración en la humilde iglesia de Zacatula, llegaba á las orillas del pueblo y hacía alto para orar y fortalecerse.

IV

Sí: se detuvo para orar y fortalecerse. Una de las cualidades que caracterizaban á los héroes de la Independencia, era una profunda fe religiosa que sólo era superada por la inmensa fe que tenían en la justicia de su causa. Casi, casi confundían una cosa con otra. Para ellos la Independencia era derecho divino, y tenían razón, dadas las ideas de aquellos tiempos.

Semejante convicción estaba tan arraigada en el espíritu de los hombres de 1810, que subordinaban á ella todas las demás creencias, todos los demás principios, ya se manifestasen en la forma de opiniones vulgares, ó ya se proclamaran revestidos con el terrible disfraz de las excomuniones eclesiásticas. Y lo que es más grande aún, cuando solía levantarse en el fondo de su conciencia el espectro de la preocupación ó del terror religioso, inmediatamente se desvanecía como una visión nocturna, ante la imagen de la Patria, que como un sol, inun-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

daba de luz la conciencia obscurecida un momento. Para ellos, Dios se ponía del lado del derecho: Dios quería la libertad y les ordenaba combatir por ella. En sus oídos resonaba, con más verdad, aquella palabra misteriosa que empujó en otra época a los soldados de una causa menos justa: "Dios lo quiere." Al oírla se sentían fuertes en la tremenda empresa que acometían.

Así se explica el por qué, ellos, educados en la obediencia del clero inferior ó del creyente sumiso, no hacían caso de los anatemas que se fulminaban en su contra.

No hay que olvidar que los Obispos todos de la Nueva España, y que el alto clero, fueron enemigos acérrimos de la Independencia en 1810, y que cuando la aceptaron en 1821 fué en fuerza de las circunstancias.

Así se explica, seguimos diciendo, el por qué se lanzaban al combate, animados de una fe viva en la causa de la Patria, y no por los ridículos motivos de defender á los abyectos Reyes españoles amenazados por los franceses en la metrópoli, ni la fe católica, que ningún peligro corría, ni la inmunidad de los bienes eclesiásticos, que administraba precisamente el alto clero, enemigo de la insurrección. Cuando se leen estas aseveraciones en ciertos escritores, como Alamán, apasionado ó impotente enemigo de los héroes de 1810, no se puede menos que reputarlas como hijas de un mezquino criterio ó de una triste y despreciable mala fe.

Más altas causas que las que señala el venal escritor, amigo del Gobierno colonial, eran las que movían á los grandes hombres de la insurrección; y se necesita ver las cosas muy superficialmente ó inetrpretarlas con un interés bastardo, para no comprenderlas

En cuanto á Morelos, él más que nadie era superior á las patrañas que los enemigos vulgares de la insurrección señalaban como influyendo en los eclesiásticos que tomaban parte en la lucha, y así lo demostró en todo el curso de su gloriosa carrera.

Si acaso es cierto que publicó en su Pa-

rroquia de Carácuaro el edicto del Obispo Abad y Queipo contra el ilustre Hidalgo, es seguro que en esto no hizo más que ejecutar un acto indiferente de obediencia y que le servía para ocultar los proyectos que iba á realizar dentro de breves días.

Lo que sí consta evidentemente, es que apenas supo por Don Ignacio Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe, el movimiento del héroe de Dolores, cuando en el acto se dirigió á Valladolid para presentarse al caudillo y tomar parte en la guerra.

En vano pretendió disuadirlo de su intento el Conde de Sierra-Gorda, (*) Gobernador de la Mitra, á quien comunicó Morelos sus proyectos, cuando al llegar á Valladolid no encontró allí al ejército insurgente, que había salido ya para México. Sin perder un instante se dirigió á Charo, obtuvo de Hidalgo la autorización para hacer la guerra en el Sur, y con la rapidez de un hombre que conoce el valor del tiempo en las altas empresas, regresó á su curato, armó como pudo á algunos de sus feligreses, y antes de terminar el mes de Octubre, ya estaba en Zacatula. Había andado y desandado un camino larguísimo, y salvado una enorme distancia, como un dios homérico. Es preciso conocer aquella comarca y aquellos caminos para apreciar esta actividad asombrosa. Por lo demás, la prontitud en los movimientos no fué la menor de las cualidades que adornaban á Morelos, como General.

Ya se vé, pues, por todo esto, que á pesar de las excomuniones de la Iglesia, y de la prohibición de su superior, como Cura, Morelos había abrazado la causa de la independencia nacional, y sin embargo, mantenía pura su fe religiosa.

V.

Morelos al detenerse en las orillas del pueblo de Zacatula, esperaba también á su mensajero.

Este volvió, cambió algunas palabras con

(*) Este eclesiástico se apellidaba Escandón, según Mora.

Morelos en Zacatula

su jefe y tornó á internarse en el pueblo, á comunicar seguramente un nuevo recado.

Morelos ordenó á su comitiva que permaneciese bajo los sauces del río, y dejando el pueblo á un costado, se dirigió al paso de su caballo á una punta formada por la desembocadura del río y una curva de la ribera del mar.

El sordo y dulce rumor de las olas rozando la playa, comenzaba á acariciar los oídos del patriota, y las brisas de la noche venían á refrescar su enardecida frente.

La luna salía en ese momento é inundaba de luz el Océano, que aparecía como un inmenso espejo de plata, cubierto de una gasa leve.

Aquella alma grande se sintió conmovida ante ese espectáculo maravilloso que pareció embargarla por completo algunos instantes.

El caballo siguió avanzando hasta un bosque de palmeras que se alzaba en el lugar mismo de la punta. Eran esas grandes palmeras, que agrupadas, presentan la forma de un templo, cuyas columnas fingen sus gruesos y elevados troncos y cuyas bóvedas se construyen con sus anchos ramajes entrelazados. Visto sobre el fondo del horizonte, lleno de luz, y teniendo en segundo término el mar, este templo sombrío y silencioso parecía un monumento gigantesco elevado á los númenes de la naturaleza americana. La luna había ascendido y brillaba con todo su esplendor en el centro de las arcadas del bosque. Era un momento solemne y magnífico y parecía que era llegada la hora de los misterios sublimes de una religión desconocida y grandiosa.

Morelos atraído, como lo era siempre por todo lo bello y lo grande, bajó de su caballo, lo ató á la entrada del bosque y penetró en él, envuelto en su blanco y finísimo poncho como en un manto sacerdotal y cruzados los brazos sobre el pecho, como sobrecogido de sentimiento religioso. Así atravesó la galería majestuosa de aquel bosque, y sólo se detuvo, cuando las olas encrespadas por la marea, que había subido, vinieron á depositar á sus pies una alfombra de blanca espuma.

Allí permaneció largo rato contemplando

la magnificencia del mar Pacífico, iluminado por la luz de la luna, y escuchando el mugido de las corrientes de la barra, que cerca de ese lugar se abría por la entrada de Zacatula.

Algunas voces que resonaron entre el bosque, le sacaron de su contemplación.

Era el Capitán Don Marcos Martínez, jefe de la milicia de Zacatula, acompañado del mensajero.

Acercóse respetuosamente á Morelos y le dijo, después de saludarlo:

—Tal vez he tardado en venir al llamado de usted, pero he tenido que reunir á mis oficiales, que nos esperan.

—¿Está usted dispuesto, Capitán, á seguirme? ¿Confía usted en la justicia de nuestra causa?, le preguntó Morelos con ese acento afectuoso y penetrante que lo hacía dueño de los corazones.

—Yo sí, señor; yo creo ciegamente en que todo lo que usted hace es bueno. Yo le seguiré á todas partes, pero entre mis oficiales y soldados hay todavía vacilaciones. Temen que este alzamiento sea verdaderamente contra el Rey, y no solamente contra el mal gobierno de la Nueva España; temen incurrir en un grave pecado contra la religión; temen....

—Y temen bien, Capitán; todo eso es cierto y no seré yo quien los engañe y les oculte el verdadero objeto de nuestro movimiento. Vamos á pelear contra el Rey, contra el Gobierno español resueltamente, para fundar un Gobierno sólo con criollos, para sacudir el yugo de España y ser libres! En cuanto á la religión, no tenemos necesidad de atacarla. Sin embargo, los Obispos y frailes españoles serán nuestros enemigos y nos excomulgarán; pero Dios estará de nuestro lado; Dios no ha dicho nunca que es padre únicamente de los gachupines; también nosotros somos sus hijos.

Esta verdad, dicha con el tono ligeramente burlón que acostumbraba Morelos las más veces, convenció al Capitán.

—Ya lo considero así, respondió; pero es necesario convencer á esos muchachos y hasta entonces contaremos con ellos.

—Pues procuraremos convencerlos, dijo

Morelos, acercándose á su caballo, que ya tenía su mozo de la brida: vamos allá, añadió, montando con ligereza. Guíeme usted, Capitán, á la casa en que están reunidos los oficiales.

El Capitán se puso en marcha á pie, seguido de Morelos y de su mensajero, que también iba á caballo.

Salieron del bosque, y á poco andar entraron en el pueblo, en el que encontraron varios grupos de gentes que hablaban con animación, sabiendo la noticia de que se preparaba algún suceso extraordinario.

Las casitas de Zacatula son humildes, en su mayor parte hechas de paja, y en esa época eran pocas las que tenían paredes de adobe y techos de tejado; sin embargo, eran más numerosas que hoy. No estaban entonces, ni están ahora, construidas en orden regular y formando calles, como en los pueblos del centro del país, sino desparramadas acá y acullá, agrupadas caprichosamente. Una especie de plazoleta donde estaba la "Casa de Comunidad," convertida á la sazón en cuartel, y en donde se alzaba la pobre iglesia de paja también, era lo único que había más ordenado.

Morelos llegó á esa plazoleta, se apeó y entró en una gran pieza alumbrada con una lámpara de aceite de coco, en torno de la cual se agrupaba una veintena de oficiales y soldados bien armados de tercerolas y de sables. Eran milicianos de caballería, aquéllos. Los caballos piafaban en el patio de la casa.

Luego que Morelos se presentó, algunos oficiales se quitaron el sombrero por respeto al carácter sacerdotal del recién llegado, pero otros permanecieron cubiertos, reservados y taciturnos.

Aquellos milicianos de la costa, ignorantes de las cosas de Nueva España, vecinos acomodados en su mayor parte, luego que vieron llegar á ese eclesiástico desconocido, luego que examinaron su aspecto raro, su barba que él había descuidado por la primera y única vez, á causa de su viaje apresurado y penoso; luego que sintieron aquella mirada magnética y dominadora, no habían podido substraerse á un sentimiento

de temor instintivo, creyendo encontrarse frente á frente de un perseguido de la justicia, de un gran criminal, de un rebelde que venía á envolverlos en una terrible calamidad. Así es: que aunque preparados por el Capitán Martínez á recibirlo, parecíales que estaban cometiendo una mala acción de que más tarde la justicia del Rey les iba á pedir cuenta.

Tal fué la primera impresión causada por Morelos en aquellos hombres sencillos y montaraces.

Pero comenzó á hablarles, comenzó á pintarles el estado del país, los horrores de la servidumbre colonial, las esperanzas de la revolución, el porvenir de la Patria; despertó en estas almas aletargadas las punzantes emociones de la gloria, derramó en aquellas conciencias tenebrosas la luz del derecho, y eso, valiéndose, como era natural, de palabras sencillas, de imágenes familiares, de esa elocuencia poderosa del sentimiento y de la verdad, que es eficaz siempre entre las masas del pueblo. Rompió, en fin, las cadenas del terror, que entorpecían esos corazones... y una hora después todos los milicianos escuchaban al grande hombre descubiertos, estremeciéndose de entusiasmo, impacientes por interrumpirlo con un grito de adhesión.

Morelos calló y el grupo de oficiales y de soldados estalló en un grito unánime y atronador.

"¡Viva la Independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos!"

El caudillo descubriéndose entonces, gritó con voz fuerte y vibrante:

—"¡Viva Don Miguel Hidalgo, Generalísimo de América!"

El entusiasmo se comunicó á los demás soldados, á los habitantes de Zacatula, y hasta á las mujeres y á los niños.

Así, pues, la palabra evangélica del patriotismo había hecho germinar la idea de la Independencia del Sur, y en una hora había nacido, no como planta débil y tierna, sino como un árbol joven, robusto, como los árboles de esa tierra, ricos de fuerza y de sávia.

El historiador Don Luis Mora, dice que

Morelos "se explicaba con dificultad, pero " sus conceptos, aunque tardos, eran sóli " dos y profundos."

Lo último es cierto, no así lo primero. Yo he recogido en el Sur las últimas tradiciones que acerca de la elocuencia de Morelos me confiaron sus viejos Tenientes, sus compañeros, sus soldados, que aún se repetían religiosamente las palabras del insigne caudillo y recordaban con delirio el afecto de sus arengas. Era tan elocuente, como gran General, como gran legislador, como gran administrador. Ese genio era completo. Y aunque las tradiciones vivas y fehacientes no lo acreditasen, bastaría para creer en el efecto mágico de su palabra, la manera con que inspiró en los espíritus de los surianos las grandes ideas y los firmes principios á que fueron siempre fieles y que constituyeron la fuerza de la revolución.

Las respuestas breves, acertadas y profundas que dió en el interrogatorio de su causa y que con razón admira el mismo Alamán, son otra prueba de la rapidez de su percepción y de la facilidad de su palabra.

VI.

Una vez convencidos los milicianos de Zacatula, Morelos hizo entrar en el pueblo á sus pocos acompañantes de Carácuaro y de Nucupétaro, que en el acto fraternizaron con los costeños. El pueblecillo se animó como por encanto; las campanas de la pobre iglesia anunciaron con un repique á vuelo, la proclamación de la Independencia, los habitantes todos improvisaron vítores y serenatas con las grandes y dulces arpas de la costa, á la luz de la luna, que iluminaba las cabañas, el mar y los bosques en aquella noche de otoño, fresca y hermosa. Morelos descansó de su primeras fatigas, arrullado por los cantares del pueblo emancipado, por los vivas de sus primeros campeones y por los suaves murmullos del Océano, que parecía también tomar parte en la fiesta de la Patria.

VII.

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojado ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fué á presidirla y á levantar el acta solemne de proclamación de la independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores y que decía así:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Firmado.—MIGUEL HIDALGO, Generalísimo de América."

Y "este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España," como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

MORELOS EN EL VELADERO.

(El Paso á la Eternidad).

I.

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del Sur, tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florestas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujuriante y salvaje, y con los aspectos del Océano Pacífico, que á esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pie de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratísimos, pueblan el aire. En los bosques millares de millones de aves canoras entonan sus himnos á la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas á las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después los primeros rayos del sol incendian el horizonte y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

El poeta, el meditador, el que quiera disfrutar del goce inefable que se siente, contemplando el aspecto de la naturaleza en esos primeros instantes del día, y asistir á la lucha de las sombras con las primeras claridades del alba, tiene, pues, en la costa del Sur, muy pocos instantes de que disponer, pero ellos pasan como un sueño del paraíso.

La mañana de que vamos á hablar, era una mañana del mes de Mayo de 1811, y á la hora del alba.

Atraído seguramente por los encantos del cielo, del paisaje y del aspecto del mar, un hombre, un extraño personaje había buscado una roca gigantesca desde la que se descubría por el Sudeste toda la bahía hermosísima de Acapulco con el caserío de la ciudad y su fortaleza, sobre la que flameaba la bandera española, por el Sur, los morros del Pié de la Cuesta; y por el Sudoeste los manglares perdidos como una línea negra entre la ancha zona del mar y la gran laguna de Coyuca, y por el Oriente y el Norte los espesos bosques de la Sabana, del Veladero, y el oleaje de montañas que sin interrupción se pierden hasta confundirse en los grandes espinazos de la Sierra Madre.

Por dos lados la inmensidad del mar, por los otros la inmensidad de las montañas, por todas partes la grandeza del Universo y la sublimidad de la creación.

Aquel hombre parecía ser digno de semejante espectáculo, y su mirada profunda revelaba la superioridad de una alma extraordinaria, digna de comprender aquel cuadro asombroso.

Estaba vestido de negro y en pie, pero se reclinaba sobre un picacho de la roca y tenía en una de sus manos su sombrero de paja de alas anchas, mientras que en la otra apoyaba su barba en actitud meditabunda.

A poca distancia de él y siguiéndolo con la vista como pendiente de sus órdenes, se hallaba sentado otro hombre de edad madura y de noble y varonil fisonomía, armado con una carabina, pistolas y un sable, y envuelto en una rica manga roja bor-

Morelos en el Veladero

dada de oro. Dos mozos, también armados, se hallaban todavía más lejos al pie de la roca, que era sumamente escarpada, teniendo de la brida cuatro caballos.

La mañana iba aclarando cada vez más. A los rumores variadísimos que hemos procurado describir y que animaban en esos momentos aquella majestuosa soledad, se unían ahora otros extraños y singulares. Eran toques de guerra lejanos, pero distintos. Eran sonidos de tambores, de pífanos y de clarines, mezclados en una tocata alegre y repetida por varios puntos.

Era la diana que tocaban muchas bandas en un campamento situado á corta distancia.

Pasados algunos minutos, y cuando empezaba á inundar el cielo una luz más viva y más fulgente que permitía distinguir hasta los objetos lejanos, el personaje meditabundo, salió de su inmovilidad, dió un paso adelante y dirigiéndose á su compañero le dijo en voz breve:

—¿Trajo usted por casualidad el anteojo, Don Julián?

—Sí señor, respondió éste, levantándose: nunca se me olvida.... ¿Hay algo, señor? preguntó con timidez.

—Sí, respondió el interlocutor, me parece que asoman por el "Pie de la cuesta" las lanchas cañoneras....

—En efecto, ellas son, añadió, mirando ya con el anteojo.... están ahora bordeando.... tal vez quieran dar unas "mañanitas" á Don Juan José para vengarse de la tunda de ayer.... Puede que allí vaya Recacho, concluyó, sonriendo.... como ahí no hay peligro....

—En efecto, respondió el que se llamaba Don Julián; no hay peligro para nadie, ni para los nuestros; eso es gastar la pólvora en infiernitos.... El tío Caleana verá todas esas valentías, desayunándose con su apetito de costumbre.

—¿Y en las Cruces, señor?

—En las Cruces, dijo el personaje vestido de negro, dirigiendo hacia el Sudeste su anteojo, nadie.... ni una alma.... Si le digo á usted que el miedo del oidor ha contagiado al pobre de Fuentes, y al ataran-

tado de Régules.... Vámonos, añadió, arreglando el anteojo y entregándolo á Don Julián.

Los dos hombres bajaron lentamente por aquel escarpado sendero de la roca, la más elevada del Caravalí, y habiendo montado en sus caballos, se dirigieron al trote al cerro del Veladero, por un camino cubierto por la espesa enramada que formaban los árboles gigantescos del bosque.

Al llegar al campo oyéronse aún más distintas las dianas, que en tal época duraban mucho tiempo, variando las sonatas de los pífanos, á las que comenzaban á mezclarse los aires campesinos de la costa y las alegres canciones de los soldados.

Algunas avanzadas ocultas en la espesura, al reconocer á los jinetes, alzábanse inmediatamente para hacer los honores, y los oficiales venían á dar parte.

Momentos después los jinetes comenzaron á ascender por un camino estrecho, al cerro, en cuya cumbre había construidos grandes parapetos de piedra, á guisa de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera negra que tenía en el centro una calavera y esta inscripción en letras blancas: "Paso á la Eternidad."

Al reconocer los centinelas á nuestros personajes dieron voces; las tropas se formaron é hicieron honores y el grupo de jinetes entró por una puerta estrecha del fortín, única accesible, en una especie de meseta vasta; plana y rodeada por todas partes de trincheras, de parapetos y de abatidas de árboles.

En toda la extensión de la meseta se levantaban tiendas de campaña, enramadas paralelas formando calles muy anchas y en ellas y en las amplias plazoletas, circulaban bulliciosos soldados y oficiales corriendo á formarse por Batallones para pasar lista.

En las enramadas se preparaba el rancho; algunas graciosas morenas atravesaban llevando el cántaro en la cabeza y cantando, y por todas partes notábase, en fin, la extraña animación de un pueblo militar en las primeras horas del día.

Pero al ver toda aquella gente el grupo de jinetes que hemos descrito, se detuvo res-

petuosa, callóse; las bandas batieron marcha, los soldados presentaron las armas, y la muchedumbre atronó el aire, repitiendo uno tras de otro los gritos de....

—¡Viva el General Morelos! que resonaron de una á otra parte del campamento.

El personaje vestido de negro saludó afectuosamente á aquel ejército de patriotas y se dirigió á una gran tienda colocada en el centro de la meseta, sobre la, cual flameaba también una bandera negra con la inscripción blanca "Paso á la Eternidad," y á cuya puerta se hallaba apiñada una multitud de oficiales y de campesinos.

Así, pues, aquel extraordinario personaje de profunda y radiosa mirada á quien hemos visto en un peñasco de Caravalí, absorto en la contemplación de las bellezas del alba, era el gran Morelos, vencedor ya de los españoles en varios encuentros y que el día 1o. de Mayo de 1811, anterior á aquel en que lo encontramos, acababa de obtener un nuevo triunfo sobre el jactancioso oidor Recacho, que prófugo de Guadalajara había venido á Acapulco á fungir de General, y sobre los viejos militares Fuentes y Régules, grandes columnas del poder español en la costa del Sur.

Y aquel campo, era el invencible campo del Veladero que Morelos había bautizado con el tremendo nombre de "Paso á la Eternidad," para significar que el que se acercase á él, se acercaba á la muerte, y que justificó su nombre en aquel gran período de la insurrección mexicana.

El compañero de Morelos, el garboso jinete de la manga roja, era el valiente Don Julián de Avila, el héroe del 1o. de Mayo y el jefe inmediato del campamento.

II.

Morelos se apeó de su caballo á la entrada de la tienda central é inmediatamente, cien personas se precipitaron á su encuentro, unas para becarle la mano, á pesar suyo, las más para saludarlo con una expresión en que se trasluciía más que la sumisión al General, el cariño apasionado

del hijo ó la adoración fanática del sectario.

Aquel hombre, más que un caudillo popular, era un padre de familias, un apóstol ó un taumaturgo. El famoso General español, Calleja, á quien Morelos humilló tanto en Cuautla, sorprendido al ver el fanatismo que el grande hombre inspiraba á sus partidarios, escribía al Virrey Venegas en 1812, diciéndole: "Este clérigo es un segundo Mahoma."

En efecto, sólo el fundador inspirado de una religión, que habla en nombre de la Divinidad y que promete el cielo á sus prosélitos, puede producir un entusiasmo y una adhesión tan excepcional como el entusiasmo y la adhesión que producía Morelos entre sus soldados y entre los pueblos.

Y era que Morelos hablaba en nombre del Derecho y de la Patria, y que era un hombre de genio.

El jefe español, educado en la ignorancia y en el servilismo, no comprendía seguramente el efecto mágico que ejerce en los hombres que desean ser libres, la idea de la Patria, y acostumbrado á contar sólo con los elementos que le proporcionaba su Gobierno con un erario bien provisto, tampoco comprendía los milagros que puede operar el genio, creando, como Dios, un mundo, de la nada.

Así es que, en su miserable pequeñez, frente á frente de Morelos, no podía explicarse acertadamente la grandeza extraordinaria del caudillo mexicano, pero la sentía, y procuraba definirla á su manera, comparándola con la del gran fundador de la religión musulmana, cuya influencia habían podido conocer los españoles durante siete siglos.

Morelos, pues, "segundo Mahoma" para los españoles, fué, es, y será para los mexicanos, el genio de la Independencia.

No hay que extrañar, por eso, que desde el principio de su asombrosa carrera militar, haya inspirado á sus soldados la profunda adhesión rayando en fanatismo, que los distinguió siempre, y de que dieron pruebas combatiendo heróicamente al lado de

su jefe durante la vida de éste, convirtiendo en culto su memoria después de su muerte, y siendo fieles hasta sus últimos días, á los principios que supo inculcarles.

Este es un rasgo característico de la influencia que ejerció aquel genio incomparable en los hombres á quienes enseñó la religión del patriotismo y de la libertad. Los que morían en la lucha mezclaban en su último grito, al de la patria, el nombre de Morelos. Los que sobrevivieron lo consideraban como un semi-dios; ninguno de los suyos renegó de él; ninguno tuvo un solo instante de debilidad, aun en las mayores angustias. Guerrero, Victoria, Don Nicolás Bravo, Don Nicolás Catalán, Don Luis Pinzón y Don Isidoro Montes de Oca, hablaban de él, llorando; Don Juan Alvarez, ya septuagenario, se ponía en pie y descubría sus canas venerables cuando pronunciaba su nombre. Era adoración la que aquellos hombres de hierro sentían hacia el caudillo inmortal.

Volvamos ahora al Veladero, que allí fué donde comenzó á mostrarse en bien de la Patria, el prestigio de Morelos.

Apenas entró en su tienda, cuando al mismo tiempo que tomaba su desayuno dictó á sus Secretarios lacónicamente, notas que eran reducidas á las más pequeñas dimensiones, cerradas y despachadas con emisarios que partían en el acto para diversos puntos, sea de la costa-grande en donde, hasta Zacatula, se hallaba establecida ya una administración regular, bajo el dominio del Gobierno nacional, sea á los pueblos del centro del Sur, de las intendencias de México ó de Michoacán, á los que era preciso llevar el incendio de la insurrección.

Después de este breve despacho, Morelos dictó las órdenes del día á los Coroneles Avila, Ayala y Valdovinos, jefes del campo del Veladero; hizo transmitir las correspondientes al Coronel Don Juan José Galeana, jefe del campo situado en "Pie de la Cuesta," y al Coronel Don Hermenegildo Galeana, jefe del campamento de la Sabana y que se había cubierto de gloria el día anterior, como Avila, derrotando á las tropas españolas de Acapulco, que intentaron un

ataque general sobre las posiciones de los insurgentes.

Apenas acababa de dictar estas órdenes, cuando un gallardo joven, jinete en un magnífico alazán, se apeó en la puerta de la tienda y pidió permiso para entrar.

—El Capitán Galeana, anunció un ayudante.

—Que entre, respondió Morelos, esperando con cierta curiosidad.

—Señor, dijo el joven Pablo Galeana (*) Mi tío me envía á pedir á usted permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Bien: que lleguen enhorabuena.

El joven volvió á partir á galope.

Un momento después y en medio de una muchedumbre de soldados y oficiales deseosos de conocer á los personajes que llegaban al campo con cierto misterio, y cuya venida se había sabido rápidamente, atravesaba un grupo de jinetes con dirección á la tienda del General.

Al frente de ellos iba guiándolos un hombre alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, hermoso como un antiguo guerrero germánico del tiempo de Arminius, respirando en todas sus facciones valor, franqueza, y una sencillez campesina que encantaba al verla.

Los soldados se fijaron luego en este hombre, que les era muy conocido, y se decían en los corros que se habían formado al paso de la cabalgata:

—¡Qué alegre viene "tío Gindo!" Deben ser esos muy buenos sujetos, puesto que los trata con tanta amistad.

En efecto, aquel gigante de cuerpo, como de valor, era el famoso Don Hermenegildo Galeana, el Aquiles del ejército de Morelos. (**) Montaba con la destreza que le era

---

(*) El más joven de esa brillante familia de héroes tan famosos en la guerra de la Independencia. Don Pablo Galeana llegó hasta Brigadier en el ejército de Morelos.

(**) ¿Quién no conoce la historia de Galeana? Morelos le llamaba "su brazo derecho." El heroico Mariscal de campo murió

característica, un caballo negro, de la costa, enjaezado con primor; llevaba atado á la cabeza el gran pañuelo de seda, entonces muy en uso en los campos, y se cubría con un sombrero de paja de anchas alas.

Con él venían, en unión del joven Galeana y seguidos de mozos que llevaban mulas cargadas de almofrejes y de baules, tres jinetes que por su aspecto y traje, parecían procedentes de las tierras templadas.

Debían ser sujetos principales, porque su traje, aunque de camino, era esmerado y rico, lo mismo que los jaeces de sus caballos soberbios, aunque fatigados por un largo viaje. Además, su fisonomía revelaba, como la de los Galeanas, la pura sangre española, aunque los cabellos y las patillas obscuras de los dos mayores contrastaban con las patillas y cabellos rubios de Don Hermenegildo.

En cuanto al más joven de los tres desconocidos, era un adolescente á quien apenas pintaba la barba y que cubierto con finísimo paño de sol, parecía agobiado por el calor ecuatorial de la costa.

Morelos salió á recibirlos hasta la puerta de la tienda con aspecto sonriente y regocijado.

Los jinetes se apearon y Don Hermenegildo, acercándose con respeto, dijo:

—Señor, aquí tiene usted á nuestros amigos Don Leonardo y Don Miguel Bravo.

—Sean ustedes bien venidos, señores, dijo Morelos, abrazándolos con efusión.

Los Bravos no podían hablar, tan conmovidos así estaban. Repuesto prontamente Don Leonardo de su emoción, tomó de la mano al joven y acercándolo á Morelos le dijo:

—Este muchacho es mi hijo Nicolás, que viene á ponerse también á las órdenes de usted.

---

en Coyuca de un golpe que se dió en la cabeza en un árbol, combatiendo con los españoles, en 27 de Junio de 1814. Estos le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma plaza de Coyuca en el tronco de una ceiba.

Y como el joven alargara los brazos....

—No, hijo mío, tú debes besar la mano del padre de la Patria y pedirle su bendición....

—El mancebo se inclinó á besar la mano del caudillo; éste le puso las manos en la cabeza y le dijo solemnemente:

—Te consagro á la Patria, sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor, respondió el joven con vehemencia.

—¿Y Don Víctor?, preguntó Morelos.

Víctor, respondió Don Leonardo, ha tenido que quedarse por allá para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan chiquito, encargados de vigilarnos y de perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede; unas veces estará en Michapa; otras en Amojileca, quizás irá á Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante, como hemos andado todos hace tiempo. Pero no hay cuidado por él. Conoce bien el terreno y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y cómo han podido ustedes atravesar sin ser conocidos, hasta aquí?

—Hemos venido por la sierra, caminando á veces sólo por la noche, y sin embargo no hace cuatro días que hemos salido de allá. Ayer muy tarde, llegamos á la Brea y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Eso por lo que toca á mi hermano Miguel y á mí. En cuanto á este muchacho, añadió, señalando al joven Don Nicolás, ha costado mucho trabajo sacarlo de Chilpancingo, á donde había llegado de México hacía pocos días, como se lo escribí á usted. Estaba vigilado con tanto rigor, que no era dueño de moverse sin que en el acto lo supiera el Subdelegado de Tixtla, por medio de sus espías. Sabían que no se metía en nada; que acababa de llegar de México, en donde había estado de "cajero" en una tienda, y sin embargo, sospechaban que se comunicaba con nosotros, y no lo dejaban quieto ni á sol, ni á sombra. El disimulaba cuanto podía, fingiendo que deseaba volverse á México, ocupándose sólo en diver-

tirse y en bailar el "minuet" y el "campestre" con las Guevaras y las Leyvas. Pero ni esto le ha valido, y á pesar de su amistad íntima con las Guevaras, que son la familia del Subdelegado, hubo orden de reducirlo á prisión. Entonces pudo escaparse, merced á un aviso oportuno, y con dos mozos de confianza vino á reunirse á nosotros en la sierra, á tiempo que salíamos para acá.

—Bueno, todo ha salido bien, dijo Morelos. Pero, ustedes han andado mucho, deben estar muy fatigados y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Galeana, encárguese usted de alojar á los amigos. Ya nos veremos después de medio día.

Los Bravos y Galeanas se dispusieron para retirarse, pero antes, Don Leonardo Bravo sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta, y entregándolo á Morelos con cierto misterio, le dijo:

—Señor, éstas son las gacetas últimas que se han publicado en México y que acaban de llegar á Chilpancingo. Nicolás nos las ha traído, porque las creyó interesantes. Traen noticias graves del Interior, y el parte de Cosío sobre su ataque desgraciado. Véalas usted; creo que importa.

—Muy bien, replicó Morelos, tomando las gacetas y despidiendo á los viajeros, que se dirigieron con Galeana á una gran choza de "palapa," en que se alojaba Don Pablo, sobrino de Don Hermenegildo.

Allí los mozos de los Bravos depositaron y arreglaron los almofrejes y los baúles de sus amos, y éstos se sentaron á tomar el desayuno. Mientras que se batía en las calderetas de cobre el oloroso chocolate de Caracas y se servía á los tres hacendados chilpancingueños en jícaras y macerinas de oro, Don Miguel dirigiéndose á su hermano:

—¿Qué dices, Leonardo, le preguntó, del señor Morelos?

—Digo, respondió el arrogante y apuesto caballero, que si antes amaba yo la Independencia, hoy la quiero más al conocer á este caudillo. Si el amor á la Patria es una religión, Morelos es digno de ser su Profeta. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma. ¿no lo crees así?

—Tan lo creo, que estoy resuelto, como tú, á acompañarlo hasta la muerte.

—Y yo, señor padre, añadió el joven Don Nicolás, yo seguiré á ustedes en este camino hasta vencer ó morir.

Y los tres hermanos se abrazaron, llorando de entusiasmo.

El gran Don Hermenegildo Galeana y su sobrino Don Pablo, que miraban conmovidos á sus huéspedes, los abrazaron también, y Don Hermenegildo, irguiéndose con noble orgullo, dijo:

—Amigos: cuando se ama, como nosotros amamos á la Patria y se tiene un jefe como Morelos, no se pierde nunca, y si se muere, es para triunfar!!

III.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día 2 de Mayo de 1811, Morelos celebró una Junta de guerra, á la que fueron convocados los jefes principales de su pequeño ejército, acampado en el Veladero, en la Sabana, en el Pie de la Cuesta y en otros puntos fortificados frente á Acapulco.

Como estos jefes eran numerosos y la tienda del General reducida, la Junta se verificó al aire libre, al pié de un grupo de coposos amates y de ébanos, que había á un lado de la plazoleta principal del campamento.

A esta junta concurrieron por orden expresa de Morelos, los tres Galeanas, Don Hermenegildo, Don Juan José y Don José Antonio, Coroneles entonces; los dos Avilas, Don Julián y Don Miguel, también Coroneles; Don Ignacio Ayala y Don Rafael Valdovinos, Tenientes Coroneles, todos jefes de las divisiones nuevamente organizadas, ó de los batallones formados en la costa desde Noviembre de 1810, es decir, desde hacía siete meses; los dos Bravos, Don Leonardo y Don Miguel, que acababan de ser nombrados Coroneles y jefes de las fuerzas que debían organizarse en la sierra de Chilpancingo, y por último, el bravo Don José Antonio Talavera, eclesiástico que habiendo comenzado á figurar como Capellán del ejército insurgente, había luego por su arro-

jo y demás dotes militares y abandonando sus funciones de Cura castrense, obtenido el empleo de Teniente Coronel y el mando de uno de los Regimientos.

Este P. Talavera iba á fungir de Secretario de la Junta.

Habíanse acuartelado las tropas desde las tres, rigurosamente, y colocado una guardia á regular distancia del lugar en que la Junta se verificaba, á fin de producir el aislamiento conveniente. Reinaba el más profundo silencio en el campo, apenas turbado de cuando en cuando por los rumores lejanos de la floresta ó por el vago murmullo de los soldados que esperaban en sus rústicos cuarteles, la noticia de alguna grave resolución del General.

Este, después de dar algunas órdenes en su tienda, se dirigió pensativo y grave al lugar de la Junta, y tomó asiento en medio de los jefes patriotas que lo contemplaban con una especie de curiosidad respetuosa.

Y abriendo la sesión con un tono solemne que sólo empleaba en ciertas ocasiones y que no usaba habitualmente, enemigo como era del énfasis, é inclinado por carácter al tono ligero y familiar que no excluía sin embargo, ni las palabras sentenciosas, ni los pensamientos profundos, les dijo:

"Señores:

"Ustedes que han sido mis fieles compañeros y colaboradores, desde el principio de esta campaña, y á cuyo valor se debe el que la gran empresa que hemos acometido haya alcanzado feliz éxito hasta aquí, saben bien, cómo la hemos empezado, sin más elementos que nuestra decisión y la fe en la justicia de nuestra causa.

"Por eso omito entrar en particularidades que ustedes conocen tanto como yo mismo. Pero no estará de más decir que autorizado por nuestro respetado Generalísimo señor Hidalgo para propagar la insurrección contra el dominio español en este Sur, y para operar contra las fuerzas enemigas de Acapulco, he llegado á la costa con un pequeño grupo de amigos mal armados, pero que he encontrado en todos ustedes así como en los pueblos un apoyo tan voluntario

rio y tan eficaz que con él, he podido en pocos meses, realizar en parte, las esperanzas que depositó en mí, el hombre grande que fué el primero en dar el grito de Independencia en Dolores.

"A ustedes, pues, deberá la Patria el haber contado, desde el año 10, con un baluarte de sus libertades en estas montañas, baluarte, que estoy seguro, no será derribado jamás, porque está cimentado en los corazones de ustedes y de sus hijos.

"Ahora bien: mi comisión está cumplida sólo en una parte. Desde mediados de Octubre del año pasado, en que llegué á Zacatula y ocupé á Petatlan, hasta la fecha, van corridos poco más de seis meses apenas, y en este corto tiempo nos hemos hecho dueños de toda la costa grande, sin que nadie intente disputarnos allí el dominio del Gobierno independiente. El grupo de amigos y de mozos con que atravesé el río de las Balsas, se ha convertido en un ejército de tres mil hombres, fuerte y bien organizado. Nuestras pobres escopetas de Carácuaro y nuestros arcos y flechas de Tecpan y de Atoyac, hace tiempo que desaparecieron, y hoy tenemos fusiles y cañones que hemos quitado al enemigo. Para el Gobierno español todo esto ha sido pérdida; para nosotros ganancia. Los fusiles, las pistolas, los sables, las bayonetas, los cañones, el parque con que hoy les hacemos la guerra, eran suyos y hoy pertenecen á la nueva nación, habiendo sido conquistados en buena lid. Sólo los machetes costeños con que hemos arrancado esas armas, son todavía los nuestros. Los españoles con todas sus ventajas de número, de armamento y de disciplina, han atacado á nuestras tropas bizoñas é inexpertas y han sido derrotados repetidas veces, dejando en nuestro poder sus municiones y sus armas, huyendo despavoridos á meterse en Acapulco. Calatayud, Páris, Sánchez Pareja, Fuentes, Rodríguez, Rionda, Caldelas, Cosío, Régules, militares españoles de mucho crédito, en vano han intentado disputarnos la palma de la victoria; han sido vencidos uno á uno, ó todos juntos, y cada uno de ellos

ha encontrado á su vencedor en cada uno de ustedes.

"Todos estos jefes europeos, acostumbrados á desdeñar á los americanos, comenzaron por despreciarnos y han acabado por temernos. Acuérdense ustedes de su soberbia antes de la acción del Egido, y vean ahora su terror, sólo al divisarnos ayer. Después del Egido pudieron tener algunas esperanzas, pero ya en el Aguacatillo y en Llano Grande sufrieron un desengaño. Este fué completo en la Sabana y su desastre de Tonaltepec los aniquiló para no dejarlos ya levantar cabeza. Después, todo ha sido inútil para ellos. Cada ataque á nuestro campo ha sido una vergüenza para ellos y una gloria para nosotros, al grado de que se han hecho nuestros proveedores de armas, de municiones y de bagajes.

"Sólo el Gobernador Carreño no ha querido arriesgar para nada la persona y ha podido verse libre de nuestros ataques, metido entre los espesos muros del castillo y protegido por sus numerosos cañones.

"A este propósito, ya ustedes lo saben: sin artillería, sin elementos suficientes para batir una fortaleza como la de San Diego, artillada con los grandes cañones de Manila y auxiliada del lado del mar por veinte lanchas cañoneras, nos era imposible, como le hubiera sido imposible á todo el mundo, tomarla á viva fuerza. Habría sido una locura intentarlo. Era preciso, pues, apelar á otros medios, entenderse con los de adentro, procurar una sublevación entre los defensores, que auxiliada por nosotros oportunamente, nos hiciese abrir las puertas.

"Ustedes saben que lo hemos procurado y que no somos responsables del mal éxito. El infame Gago, de acuerdo con Carreño, engañó vilmente á Tavares, y nuestro intento sobre el castillo se malogró, no por falta de arrojo de nuestra parte, pues nuestras columnas llegaron hasta los fosos del castillo, sino por la perfidia de aquel hombre y de sus compañeros, que no cumplieron la palabra empeñada.

"Una vez que toda tentativa, por ahora, sobre la fortaleza, es inútil, por falta de artillería de grueso calibre, no nos queda otro

recurso que el de mantener en estrecho asedio al castillo y á la ciudad por el lado de tierra y aplazar su toma para más tarde. Caerán en nuestro poder al fin; es cuestión de tiempo. (*)

"Hé aquí, pues, señores, las ventajas que hemos conseguido en seis meses. Somos dueños de la costa del Sur, y hemos bloqueado por el lado de tierra á la ciudad y castillo de Acapulco. Hemos quitado al enemigo las armas que nos hacían falta, y hemos acabado por infundir temor en nuestros orgullosos contrarios. Pero para mí la mayor de todas consiste en haber dado una organización rigorosamente militar á nuestras tropas y en haberles infundido al mismo tiempo que el amor á la Independencia, el espíritu de disciplina, sin el cual, los ejércitos no son imponentes, ni saben triunfar. Las caterva de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy Batallones y Regimientos regulares. Los combates que hemos sostenido aquí los han adiestrado en el manejo de las armas y en las maniobras de batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor, por grande que sea, se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos, campos de maniobras, y las batallas ensayos de nuestra pericia.

"Siempre recordaremos, señores, estos bosques y estas montañas, y sobre todo "El paso á la Eternidad," como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

"Pero es ya tiempo de hablar á ustedes del objeto principal de la Junta. En mi calidad de Lugarteniente del Generalísimo, mi misión no se limita á hacer la campaña en esta costa. Naturalmente, estoy facultado para extenderla á las comarcas del país en

---

(*) Efectivamente, Morelos ocupó á viva fuerza la ciudad de Acapulco en 1813, y después de haber sitiado la fortaleza durante seis meses, ésta se le rindió por capitulación el 20 de Agosto de 1813.

que la crea necesaria, pues el objeto final de nuestra empresa es libertar á los pueblos de la tiranía, á fin de formar una nación independiente y que se gobierne por sí misma. Para conseguirlo, es necesario ir adelante y no descansar.

"Ahora bien: aquí, por lo pronto, ya no hay nada qué hacer. En los pueblos del centro contamos con amigos que sólo esperan nuestra aproximación, y con enemigos á quienes es necesario aniquilar. El Sur entero, desde aquí hasta la capital del Virreinato, se presenta á nuestras miradas y nos ofrece un campo más vasto para nuestras empresas.

"Además, para apresurarnos á llevar la guerra á esas comarcas, hay ahora una razón más de patriotismo y de necesidad. El señor Coronel Don Leonardo Bravo, aquí presente, me ha entregado esta mañana unas gacetas que llegaron últimamente de México á Chilpancingo, y en una de ellas se encuentra una noticia de suma gravedad que es de mi deber comunicar á ustedes, porque confío en que el carácter varonil de ustedes vé con la misma magnanimidad y entereza, los triunfos que las desgracias.

"Dice así este papel, añadió Morelos, leyendo con voz firme, en la que en vano se hubiera buscado la menor emoción.

"Gaceta extraordinaria del Gobierno de México—Del mártes 9 de Abril de 1811.—Por extraordinario que acaba de llegar á esta capital ha recibido el Exmo. Sr. Virey el oficio siguiente del Sr. brigadier D. Felix María Calleja, general en gefe del exército del Rey contra los insurgentes.

"Exmo. Sr. Ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del teniente coronel D. Josef Manuel de Ochoa, comandante de la división de Provincias Internas en la frontera de Coahuila, el oficio siguiente:

"Las interesantes y plausibles noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova, y firmados por los señores gobernadores D. Simon de Herrera y D. Manuel Salcedo con los demas vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.

"Es muy conveniente me facilite vd. 500

nombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitan Bustamante con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximenez, Lanzagorta, Aranda, Portugal, etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Baján con todos los atajos en que conducian el oro, reales y plata, y muchos prisioneros que se les han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles á baxo, á mas de los que tomó el capitan Bustamante.

"En tal concepto, he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden al cargo del teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi exército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Patos con direccion á la reconquista del Saltillo, lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfaccion.—Dios guarde á V. S. muchos años. Campo de la Noria con direccion al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.—Sr. Comandante general del exército.—Josef Manuel de Ochoa.—Sr. brigadier D. Felix María Calleja."

"Y en el momento despacho dos extraordinarios á esa capital, el uno por la Huasteca y el otro por Querétaro para que se imponga V. E. de tan plausible noticia.

"Dios guarde á V. E. muchos años. San Luis Potosí, Abril 5 de 1811.—Exmo. Sr.—Felix Calleja.—Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas."

"Tan manifiestos beneficios de la Providencia nos hacen esperar que en sus eternos juicios, está decretado el triunfo de las dos Españas contra sus injustos enemigos." (*)

Los jefes de la Junta, al concluirse la lectura de este papel, tenían pintados en el semblante el dolor y la estupefacción y esperaban con ansiedad las palabras de su jefe.

(*) Puede verse esta Gaceta extraordinaria que está copiada literalmente, en la colección de Gacetas.—Imprenta de Arispe.—Tomo II, sin número, pág. 301.

—"Aunque estas gacetas, dijo Morelos, suelen publicar mentiras, cuando conviene al Gobierno español, yo creo que esta noticia es cierta. Ella nos anuncia la mayor desgracia que podía herirnos, y es: la prisión de nuestro amado Generalísimo el señor Hidalgo, y de sus compañeros de Dolores. El Gobierno español debe estar muy contento; tiene en su poder á los primeros caudillos de la Independencia mexicana, y los decapitará; en eso no hay duda. Ya sabemos que nuestro enemigo no da cuartel, ni nosotros se lo pedimos, ni se lo debemos dar tampoco.

"¿Cómo ha ocurrido esta desgracia? Pues otra gaceta, la del día 15 de Abril, que también está aquí, trae una carta de un vecino de Monclova dirigida al Obispo de Durango y que contiene algunos pormenores, de los que se infiere que el señor Hidalgo y sus compañeros han sido víctimas de una infame traición.

"Hé aquí este documento, que es preciso conocer también:

"Gaceta del Gobierno de México—del mártes 16 de Abril de 1811.—México, 15 de Abril. El justicia y el cura párroco de Guayacocotla han remitido al Exmo. Sr. Virey dos cartas que conduxo hasta aquel pueblo un personero que vino buscando con ellas al Illmo. Sr. Obispo del Nuevo Reino de Leon, Dr. D. Primo Feliciano Marin, á quien se dirigian desde Reynosa y Monclova por D. Juan Josef Cárdenas y D. Benigno Vela, dándole noticia del arresto de los cabecillas de la insurreccion: y conteniéndose en la del segundo de dichos individuos algunas particularidades del suceso nos ha parecido insertarla á la letra para satisfacer la curiosidad laudable del público.—Dice así:

"Illmo. Sr. Dr. Don Primo Feliciano Marin.—Monclova y Marzo 25 de 1811.—Mi más venerado amo y señor: estaba deseoso de poder noticiar á V. S. I. la gloriosa reconquista de estas provincias, lo que no podia verificar por no saber de su paradero; y ahora lo hago con el portador por haberme prometido el llevar esta hasta donde se halle.

"Desde la llegada á esta de los señores go-

bernadores y demas oficiales prisioneros de Béjar, empezó D. Ignacio Elizondo á juntar tropa y amigos, con mucho silencio, que le ayudasen para sacudir tan pesado yugo como nos habian puesto los exércitos americanos; lo que se verificó auxiliado de los soldados de estos presidios que estaban en esta capital y vecinos de ella, teniendo ya prontos los auxilios de las demas tropas que estaban de guarnicion en los otros, á el capitan Menchaca con 300 indios Lipanes y al capitan Colorado con 300 soldados aquartelados, á quienes lo avisó mi padrino Elizondo al ponerse en camino y darle el auxilio necesario con la mayor brevedad: y en este intermedio levantó la voz el padre Zambrano con el vecindario y tropas de Béjar; haciendo prisioneros al Lic. Aldama y padre Salazar y á los que habian apresado á los gobernadores, cuyo hecho acabó de animar á la gente; y el dia 17 de este que era para cuando habia mi padrino dispuesto su asalto llegó á esta á la oración de la noche y se estuvo oculto hasta las once de la misma noche, que con cosa de 200 hombres se hizo dueño de la artillería que eran 7 cañones, amarró al mariscal D. Pedro Aranda y demas oficiales y soldados que por todos serian 150 poco mas ó menos, incluso el capellan que lo era el padre Medina que estaba de cura en Santillana cuando la visita: todo esto se hizo en cosa de tres horas, y sin haber habido ni un tiro ni un golpe. Tambien estaban las cosas en buena disposicion por venir ya en camino la mayor parte del exército que estaba en el Saltillo, por lo que inmediatamente se cercó el camino con tropa para que no les fuera el aviso, lo que se consiguió, y así como venian inocentes se les puso un lazo de aquel lado del pueblo de Béjar, que dista de esta, cosa de 14 leguas, que con 270 hombres y 30 individuos se agarró todo el exército sin más que un herido en los nuestros, y en los suyos cosa de 40 muertos y entre ellos el hijo de Allende por haberle disparado su padre á mi padrino tres pelotazos desde el coche; todo el exército se componía de cosa de 1,500, los más, pelados, y otros pocos que venian de tropas que

se dieron luego á estas armas, pero los prisioneros son los 1500 de los cuales son como 60 de plana mayor, y de los cabezas el cura Hidalgo que hacia cosa de quince dias que habia renunciado el cargo de generalísimo en Allende.

"Allende, Ximenez, Abasolo, Zapata, Lanzagorta, Santa María el que era gobernador de Monterey que andaba de quartel maestre, y otra punta de mariscales, brigadieres, coroneles y demas y 6 clérigos y 3 frailes, que son un carmelita, un mercedario y un franciscano y tambien 13 coches y una volanta. Solo Iriarte se fué, pero lo van siguiendo y no se escapará, pues en Parras está un tal Melgares de Viscaya que para esta ya le habrá dado al Saltillo con 50 hombres y sino de aquí se le va á dar para sacar al Sr. Cordero, y tambien se les quitaron veinticuatro cañones y setecientas y tantas barras de plata y mucho dinero en plata y oro, que segun razon será cosa de dos millones por todo ó algo mas, segun se cuenta de ellos, y esta feliz batalla fué el dia 21 del que rige." (*)

—"¡Feliz batalla!" llama este gran pícaro á semejante traición tan vil y tan odiosa!

"Así, pues, ya ven ustedes que nuestros caudillos han caído en un lazo que les tendió el traidor Elizondo, ayudado del clérigo Zambrano y probablemente del mismo vecindario de Monclova. Esto no ha sido más que una horrenda traición.

"Ya comienza el Gobierno español á poner en juego este medio, que es el más temible, aunque el más despreciable.

"De todos modos, es una desgracia muy grande para nosotros, pero debemos recibirla con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. Tal es la guerra, amigos; una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia. Nadie puede prever sus azares y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser sus víctimas. La Patria exige este sacrificio de

---

(*) Gaceta de México del martes 16 de Abril de 1811.—Tomo II, núm. 45, pág. 319.

nosotros; la causa es santa, la empresa grandiosa y digna de las almas heroicas; todavía tenemos que sucumbir muchos para que triunfe, pero morir por ella es una gloria que nos envidiarán las generaciones venideras.

"La muerte del señor Hidalgo y de sus compañeros, lejos de apagar el fuego patrio, debe encenderlo más. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado caudillo, y de probar al Gobierno español, que las traiciones, los reveses y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos.

"Ahora, pues, se hace indispensable avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; mañana mismo si nos es posible.

"Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México, el espíritu de los que simpatizan con nuestra causa, y que debe encontrarse abatido con este infortunio.

"Es necesario probar á la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección palidezca en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos, con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos para que sepan que si muere un insurgente, hay mil para vengarlo.

"Mi intención es, concluyó Morelos, con autoridad, que nos dirijamos mañana mismo al centro de la intendencia de México. Deseo oír la opinión de ustedes."

—Estamos listos todos! dijo, levantándose con entusiasmo, Don Hermenegildo Galeana.

—Sí, todos, exclamaron á una voz los demás jefes, poniéndose en pie.

—Bueno, replicó Morelos, no esperaba menos de la decisión de ustedes. Pero antes será conveniente concertar la manera, y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan, que nuestra marcha sea rápida,

segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virrey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con Calleja. Pero para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar, por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos un pequeño ejército aquí, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando á Acapulco, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la costa grande; dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos, y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer, pues? Eso es lo que ruego á ustedes que me indiquen para ilustrarme con su parecer.

Don Hermenegildo Galeana se levantó de nuevo.

—Señor, dijo, en mi opinión todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos logrado hasta aquí. Tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas pueden quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula y ofreciéndonos una retirada segura que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña; mi Regimiento de Guadalupe, por ejemplo; él es suficiente para el apoyo que necesitamos, y los pueblos vendrán á formar otro ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirigirnos "arriba" al encuentro de Calleja y de su ejército orgulloso, que lo que es para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los señores Bravos nos ayudarán.

—Señor, dijo Don Leonardo Bravo, poniéndose en pie. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias á nuestro respetable General en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho, nombrándonos Co-

roneles y dándonos así un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y de heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aun el de la vida, en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el señor Coronel Galeana, puede contar con él nuestro General. Lo tiene á su disposición y aun le hemos ofrecido hace meses, venir con él á este campamento, si era necesario. No lo ha creído así, en vista de buenas razones, y nos ha ordenado mantenerlo y aumentarlo para tenerlo pronto, en la primera ocasión. En esa virtud, hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la sierra y de Tlacotepec, y á lo sumo, en tres días, podemos presentar mil hombres, armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Esto es lo que podemos ofrecer y esto es lo que deseaban de nosotros los gachupines y el Subdelegado de Tixtla, Guevara, sabiendo las buenas relaciones que tenemos en esos puntos. Pero eso es lo que no hemos querido darles, desde que apareció el señor Morelos en esta costa, y se preparaban para resistirle. Amantes de la Independencia, desde que se dió el grito en Dolores, estábamos decididos mis hermanos y yo, ó bien á secundarlo en el Sur, ó á unirnos al primer caudillo insurgente que por aquí apareciera, y por tal razón, conocidas nuestras opiniones, se nos ha perseguido con encarnizamiento desde que conocieron los "chaquetas" que éramos amigos de los insurgentes. Nos hemos refugiado unos días en la cueva de Michapa para escapar de pronto, pero hemos podido recorrer los pueblos que he mencionado, valiéndonos de disfraces y confiando en los amigos, nos hemos procurado armas y elementos, y así, hemos logrado contar con gente que no espera más que una orden para levantarse.

—Me alegro, dijo Morelos, de conocer la opinión del Coronel Galeana, que ya esperaba, y que es también la mía, pero que deseaba oír de sus labios, porque estoy se-

guro de que es la opinión de todos nuestros compañeros. Esta resolución debía partir de ellos y no de mí. Ahora estoy contento. En efecto, importa antes que todo, conservar nuestros puestos aquí, y nos bastan pocas fuerzas para que formen el núcleo de un nuevo ejército.

"En cuanto á las tropas de que habla el señor Coronel Bravo, me consta, en efecto, que están listas, que habían querido tanto él como sus hermanos, auxiliarme hace tiempo con ellas, y que por orden expresa mía, las han mantenido precisamente para esta ocasión. Siendo originarias de aquellas tierras templadas, nos son más útiles por allá. Ahora, en cuanto á la marcha, dénme ustedes su opinión sobre el camino que será más prudente escoger.

—Opino, respondió Don Miguel Bravo, por que escojamos el camino de la sierra; el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí á la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones, pero es más directo, y sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos-Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino está lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y de los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarían á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se prepararan ó que huyeran, impidiendo así que nos apoderáramos de sus armas. Yendo por el camino de la sierra, no nos sentirá nadie y cuando acuerden, estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la sierra. Además, no llevaremos más que dos cañones de á cuatro y el "Niño," que pueden cargarse en mulas. Véamos ahora qué fuerza es la que debe marchar....

—Señores, dijo levantándose prontamente Don Julián de Avila; tal vez sea contrario á las leyes militares el pedir servicio; pero debe disimularse al entusiasmo. Yo pido marchar con mi división ó solo.

—Nosotros pedimos lo mismo, exclamaron los Galeanas, Ayala y Valdovinos....

—Señor Coronel Avila, señores, dijo, sonriendo, Morelos; en eso es preciso dejarme entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación. En donde quiera son interesantes los servicios de los patriotas. En donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, señor Don Julián, debe quedarse representándome en el Veladero y conservando estos puntos. Tal vez sea lo de más riesgo....

—Como usted lo disponga, respondió Avila, con respeto.

Morelos había llamado á un oficial, momentos antes, y le había dado en voz baja algunas órdenes.

—Necesitamos saber con qué auxilios podemos contar en aquellos pueblos, además de los de Chilpancingo.

En este momento, el oficial de órdenes atravesó la línea de guardia, seguido de un grupo de oficiales, y se acercó á la junta.

—¡Los señores Capitanes que han sido llamados!, dijo.

Morelos hizo seña de acercarse al primero, que venía dando el brazo al joven Don Nicolás Bravo.

Este Capitán era joven también y de aspecto gallardo, trigueño, alto, esbelto, no parecía, por su traje y por su manera de hablar, costeño; más bien revelaba desde luego su origen indígena ó mestizo, lo que se conocía por su nariz pronunciadamente aguileña, por sus pómulos salientes y por sus cabellos lisos, negros y grandes, formando un crecido tupé sobre la frente. Parecía como de veintisiete á ventiocho años; llevaba chaqueta de paño verde obscuro, pantalón de paño obscuro con agujetas de plata y botas de montar con ataderos finamente bordados. Una patilla negra y pequeña flanqueaba su boca ligeramente abultada.

Era el Capitán Don Vicente Guerrero.

—Capitán Guerrero, le dijo Morelos; usted que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos se servirá decirnos, ¿podemos contar allí con algunos partidarios?

—Señor, respondió Guerrero; me da vergüenza decirlo, pero en mi tierra todos son

contrarios. Los únicos insurgentes que había allí, somos los que estamos en este campamento. Los Tenientes Mariano y Manuel Bello, y yo. No conozco otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, señor, sino los pocos ricos "chaquetas" que hay allí, y sobre todo, el Cura Don Miguel Mayol, que predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, repuso Morelos, riendo, ya sé que ese furioso Curá, me pinta como al demonio. Se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el "catalán."

No pudieron menos que reírse los oficiales. Sabían bien que el Cura Mayol, exaltado realista, era un ebrio consuetudinario.

—Y no es el único, añadió Morelos, también Rodríguez Bello me pinta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Los otros Capitanes se acercaron en seguida.

El primero era otro joven alto, de formas hercúleas, pálido, de cabellos obscuros y ensortijados, picado de viruelas, y de ojos y frente en que se revelaba una gran sagacidad unida á una gran firmeza de carácter.

—¿Cómo va la herida, Gallego? (*) le preguntó Morelos.

—Está buena ya, señor, y me hallo listo para darme de alta, contestó el joven, con acento marcadamente costeño.

—Bueno: lo destino á usted á mandar uno de los puntos más peligrosos frente á Acapulco, y le proporciono la ocasión de vengar sus heridas; usted me dará cuenta del Gobernador Carreño.

—No tenga usted cuidado, señor, respondió el joven pálido; yo le daré á usted cuenta de él. Y se retiró á algunos pasos.

—Este muchacho, dijo Morelos, señalándolo á los jefes, es una de las esperanzas de la Nación. Es valiente, sagaz, y sobre todo, sufrido y constante. Es hijo de un gallego,

---

(*) Así llamaban familiarmente á Don Juan Alvarez en su juventud. Todavía uno de los despachos de Coronel que tenía firmados por Morelos trae el nombre de "Juan Gallego."

y sin embargo, es insurgente hasta las uñas. Recibió un balazo que le pasó las dos piernas mandando su Compañía, junto á los fosos del castillo, en nuestro infructuoso ataque, y un soldado lo salvó, echándoselo á las espaldas. Pero él, cuando me lo trajeron, no parecía sentir su herida; estaba indignado contra Pepe Gago y contra Carreño. Hará mucho en esta comarca.

Los otros Capitanes eran dos morenitos, pequeños de cuerpo, pero robustos y musculosos como tigres, vivaces y presentando el tipo de esa raza que puebla en su mayor parte, la costa grande, mezcla de la africana y de la indígena de Filipinas, de que llevaron ahí colonos los españoles. Y otro mestizo de rostro atezado y de aspecto selvático y huraño, pero de talla también hercúlea.

—Capitanes Montes de Oca, Mongoy, y Mayo, ustedes se encargarán mientras que dure una expedición que voy á hacer, de los puntos peligrosos del Caravalí, de las Cruces y del Marqués, en la forma y con la fuerza que les determinará el señor Coronel Don Julián de Avila, á cuyas órdenes quedan ustedes, y á quien obedecerán en mi ausencia, como á mí mismo.

—En cuanto á usted, Capitán Bravo, dijo por último, dirigiéndose al joven Don Nicolás, se queda, por hoy, como ayudante mío.

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de emprender la marcha con nosotros. Aliste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe, para mañana al medio día; que las Compañías que hay en la Sabana estén dispuestas para incorporarse á las que saldrán de aquí á fin de continuar la marcha por los "Organos," hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo.

"Y ha concluido la Junta, señores, añadió, haciendo una seña al Teniente Coronel Talavera para que leyese el acta.

Esta era muy breve y contenía los puntos esenciales tratados en la Junta. Aprobada que fué, se firmó por todos, y Morelos se re-

tiró con los Avilas y los Galeanas á fin de darles sus últimas instrucciones.

Morelos entró un rato después en su tienda con los dos Bravos, y encontró escribiendo en la mesa de la Secretaría á un joven delgadito, muy trigueño y vestido esmeradamente.

—¡Ola, colegial, dijo al joven, arregle usted los papeles con cuidado y disponga la papelera y escritorio, porque vamos á salir mañana á una expedición.

El joven se inclinó respetuosamente.

—¿Quién es este muchacho, señor, que parece muy inteligente? preguntó Don Leonardo.

—Este es el Capitán Luis Pinzón, que estaba estudiando Teología en el colegio de San Nicolás de Valladolid, y que habiendo venido á pasar sus vacaciones á su tierra, que es Corral-falso, barrio que está junto á Atoyac, se entusiasmó por la Independencia y vino á presentarse á este campamento. Ha salido bravísimo el colegial; le agrada más pelear que escribir, pero yo lo tengo en mi Secretaría porque es instruído y trabaja empeñosamente. Sólo cuando hay acción, me es difícil contar con él. Qué quiere usted: es muchacho y le hierve la sangre.

En este momento, otro joven costeño, también moreno y vestido como soldado, se acercó á pedir órdenes.

—Ramos, le dijo Morelos, madrugarás mañana para ir á Coyuca y hacer provisiones. Vamos á expedición. Harás preparar el equipaje, y estarás aquí de vuelta antes del medio día.

—¿Se quedarán aquí algunos caballos y mulas?, preguntó Ramos.

—No: nos llevamos todo, contestó Morelos.

—Muy bien, señor.... ¡Esta es expedición larga! murmuró, alejándose, el soldado.

.. ..

A poco cerró enteramente la noche, una de esas últimas noches de primavera en los bosques de la costa, calurosa y húmeda, con su cielo como velado por una gasa á través de la cual aparecía la luna en cuar-

to creciente, alumbrando débil todavía el espacio y blanqueando apenas las nubes, que parecían prenderse de la cresta de los peñascos y de las copas de los mangles, allá muy lejos del campamento, mientras que la zona obscura de los bajíos y las masas de sombra de los árboles se inundaban con un enjambre inmenso de luciérnagas.

Se habían dado los toques de "retreta" y "silencio;" en el campo todo reposaba tranquilo, y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo el "alerta" de los centinelas en los fortines, ó el "quién vive" dado á las rondas, que pasaban frecuentemente.

En algunas tiendas se velaba; tal vez algunos oficiales del Regimiento de "Guadalupe," que se alistaban para marchar al día siguiente, escribían á sus familias de Técpan, de San Luis ó del Zanjón. Tal vez esos valientes que iban á combatir por la Patria hasta el centro de la Nueva-España, daban el último adiós á sus esposas y á sus hijos!

Morelos se paseaba en la puerta de su tienda, tomando el fresco, en unión de los Bravos.

—Pero, ¡qué inmensa desgracia, señor! decía Don Leonardo, hablando de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros: ¡haber caído en un lazo tan infame!

—Qué quiere usted, respondió Morelos; la traición tiene eso de terrible; que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres, pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal, pero no hay reglas contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y eso no se puede. Ese Elizondo.... dijo, deteniéndose con ademán colérico, no pagará ni con la vida. Su nombre debe ser maldito para todo mexicano. Ahora comprendo, añadió con desprecio, por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia, casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la costa-chica para evitar nuestors campamentos.

—Y, ¿cree usted, señor, que quitarán la

vida al señor Hidalgo y á los demás? preguntó Don Miguel.

—¡Ah! respondió con seguridad Morelos. En eso no hay duda. El Gobierno español no perdona, no perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable: matará al jefe y al soldado que caiga en su poder. Es un Gobierno de sangre. Comienzan los cadalsos: mañana morirán el señor Hidalgo y sus compañeros; después quizás moriremos nosotros; usted Don Leonardo, usted Don Miguel; yo mismo; tal vez todos los que hoy emprendemos aquí la lucha; pero eso sí, la Independencia se hará. Eso está decretado por el cielo. ¡Nuestra Patria será libre!.... concluyó con acento que revelaba una convicción profunda, mientras que los Bravos, á quienes había comunicado su heroica fe, lo contemplaban callados, como si tuvieran delante á un mensajero de la Divinidad.

IV.

Tal fué aquel día 2 de Mayo de 1811, y tal fué aquella Junta de guerra que decidió la gloriosa expedición de Morelos en el centro de Nueva-España. La Junta tuvo de singularmente notable, que contó en su seno á los hombres más ilustres de aquel ejército y á otros que han ocupado después un altísimo rango en el Gobierno de la República Mexicana y en la Historia. Morelos tuvo todos los privilegios del genio. Reunió en torno de sí un gran grupo de hombres que inspirados por él se hicieron grandes.

Don Hermenegildo Galeana, el más valiente de aquellos leones de Morelos, fué el brazo derecho de éste, y murió siendo mariscal de campo, como lo hemos dicho.

Sus hermanos Don Juan José y Don José Antonio fueron Generales é ilustres también.

Su sobrino Don Pablo, también fué General, y muy notable, en las filas insurgentes.

Don Leonardo Bravo, General muy ilustre, después de haber combatido victoriosamente contra el ejército español de Calle-

ja en el sitio de Cuautla, fué hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel al salir de aquella plaza, después de que se rompió el sitio, conducido á México, y á pesar de que su hijo ofreció canjearlo por 300 españoles que tenía prisioneros, fué ejecutado en 13 de Septiembre de 1812.

Don Miguel Bravo, mariscal de campo, fué hecho prisionero en Chila, cerca de Chautla de la Sal, y por el jefe español La Madrid, y aunque habiéndole garantizado la vida, fué ejecutado en 15 de Abril de 1814.

Los dos Avilas fueron también mariscales y siguieron ilustrando su nombre en la guerra de Independencia.

Ayala y Valdovinos fueron mariscales también.

Y de aquellos Capitanes jóvenes que hemos presentado en el "Veladero," el primero, Don Vicente Guerrero, fué uno de los hombres más ilustres de México.

Teniente general por la Junta independiente, fué nombrado después por la República, General de División, tercer suplente del Supremo Poder Ejecutivo, desde 1o. de Abril de 1823 hasta 10 de Octubre de 1824.—Presidente de la República desde 1o. de Abril de 1829 hasta Diciembre del mismo año. Entregado traidoramente por el genovés Picaluga, á quien el Gobierno de Bustamante dió por esta traición 50,000 pesos, fué fusido en Cuilápam.

Don Nicolás Bravo, nombrado General de División, fué primer miembro de la segunda Regencia, de 11 de Abril á 19 de Marzo de 1822, Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 31 de Marzo de 1823 á 10 de Octubre de 1824. Presidente substituto de la República en 1842 y 1843.—Vicepresidente en 1846, y murió ya anciano en Chilpancingo, en 1854.

Don Juan Alvarez, General de División, que después de haber combatido sin cesar en favor de la Independencia, logrando vencer y matar al Gobernador de Acapulco, Carreño, fué después defensor constante de las libertades públicas, que acabó con Armijo, el enemigo implacable de la Independencia en el Sur; más tarde caudillo de la

gloriosa revolución de Ayutla, que fundó las instituciones que hoy rigen al país. Presidente de la República en 1854, defensor de la Reforma, y ya septuagenario, defensor de la Independencia durante la Intervención y el Imperio, tuvo la suerte de ver á su Patria victoriosa de todas estas luchas, y murió cargado de años y de gloria en su hacienda de La Providencia, en 1867.

Don Isidoro Montes de Oca, General de la República, murió en la costa antes de 1844, y acompañó todavía á Guerrero en su guerra del año de 1829 y 30.

Don Francisco Mongoy, Coronel del ejército, murió en la costa, después del año de 1830.

Don Luis Pinzón, General de la República, tenía el cuerpo cubierto de heridas, recibidas en la guerra de Indpendencia, y á pesar de ellas siguió sirviendo en todas las guerras de Libertad, hasta la de Ayutla, después de la cual murió en la costa.

Don Cesáreo Ramos, General de la República, defensor constante de las libertades, campeón de Ayutla, de la Reforma y de la segunda Independencia, alcanzó el triunfo de la República en 1867, y murió después en la costa.

Todos estos hombres fueron beneméritos de la Patria, y los nombres de los primeros Galeana, Guerrero, los Bravos y Alvarez, están inscritos con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso, en virtud de leyes especiales.

V.

El día 3 de Mayo, al caer la tarde, la pequeña columna del Regimiento de Guadalupe, llevando á su cabeza á Don Hermenegildo Galeana, y mnadando su descubierta el Capitán Don Vicente Guerrero, desfilaba, saliendo del campamento del Veladero, entre los vivas de la tropa del campamento y el adiós tierno de los camaradas.

En pos de él, salía un gran grupo de jinetes en cuyo centro iba Morelos, envuelto en su poncho blanco, llevando á su lado á los Bravos y á los Avilas

Cuando iba á perderse de vista el cerro

en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol Poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño á aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose á Don Julián de Avila:

—Hasta aquí, Coronel, vuélvase usted; nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo."

—Señor, respondió Avila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción; si por desgracia llegare á usted la noticia de que el "Veladero" ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré "pasado á la eternidad."

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos. Morelos ocultó bajo sus cejas espesas y altivas, aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

MORELOS EN TIXTLA

I.

Tixtla, hoy ciudad Guerrero, que fué desde la erección del Estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del Sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes, escasos, consagrados en su mayor parte á la agricultura y á la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del Sur de la Independencia de México.

En lo religioso, su Parroquia pertenecía á la Diócesi de Puebla, y en lo político, el Subdelegado dependía directamente del Virrey.

Este Subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos á él todos los Cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.

En 1811 éra el Subdelegado y Comandante militar Don Joaquín de Guevara, rico hacendado de aquel rumbo, avecindado primero en Chilpancingo y dueño de las haciendas de caña de azúcar de Tepechicotlan, Acahuitzotla y San Miguel, situadas á poca distancia de Tixtla unas, y la última en el camino de Acapulco y al pie de la hermosa cordillera de los Cajones. Don Joaquín de Guevara, por sus opiniones realistas, por su caudal y por su influencia poderosa, venía á ser en aquellos rumbos lo mismo que era en la Cañada de Cuernavaca el célebre realista español Don Gabriel de Yermo, es decir, el señor feudal y la fuerte columna del Gobierno español en aquella extensa zona, limitada al Sur por un ramal de la Sierra Madre, y al Norte por el río de Mescala.

Desde que Morelos apareció en la costa á fines de 1810, y se acercó á Acapulco, Guevara, siguiendo las órdenes del Virrey, se mantuvo á la espectativa, creyendo siempre que las intentonas de los insurgentes acabarían por fracasar allí mismo, y aun que los últimos triunfos obtenidos por aquel caudillo le habían dado en qué pensar, no juzgó sino remoto el caso de ver invadida la fuerte y populosa comarca encomendada á su cuidado.

Sin embargo, procuró desde aquellos meses y más todavía en los primeros del 11, poner en buen pie de fuerza los Regimientos de milicias, encargando su mando y disciplina á entendidos jefes españoles, fortificó la plaza de Tixtla, reunió considerable número de municiones de guerra, hizo traer ocho piezas de artillería que colocó en un fortín en una eminencia del lado occidental de Tixtla, á la izquierda de otra conocida con el nombre del Calvario y dividida de ella por una calle profunda y por un acueducto, y en otros puntos de la población, en que levantó fuertes parapetos, y una vez así, se dedicó á vigilar el camino real de Acapulco y á preparar de mil modos á los pueblos para la resistencia.

En semejante empeño le ayudaba oficiosamente y con el entusiasmo de un antiguo predicador de las cruzadas, el Cura de Tix-

tla, Don Manuel Mayol, clérigo poblano, furibundo realista y que ejercía un dominio absoluto en la conciencia de sus feligreses.

Este Cura predicaba cada cuatro días en el púlpito contra la Independencia y sus caudillos, á quienes presentaba con odiosos colores. Pero con particularidad hablando de Morelos, el atrabiliario clérigo llegaba hasta el frenesí. Al principio lo presentó solamente como un rebelde insignificante, que en breve iba á ser colgado en una almena del Castillo de Acapulco; pero á medida que Morelos fué creciendo en importancia militar, á causa de sus victorias, el furor del Cura no conoció límites, y llegó en sus diatribas hasta lo absurdo y lo grosero. De este modo, el Cura Mayol logró exaltar el ánimo de la gente supersticiosa é ignorante de su feligresía, haciéndole entender que la guerra de los insurgentes era una guerra contra Dios y la religión, y que combatir contra ellos era combatir contra los poderes infernales. Así es que en el pueblo de Tixtla había una especie de furor febril contra Morelos, furor que se había apoderado hasta de las mujeres y los niños, de la gente española y mestiza, y hasta de los numerosos habitantes indígenas, que profesaban la religión católica como verdaderos idólatras.

De modo que cuando el Comandante Guevara determinó levantar fortificaciones en la plaza, la población entera se apresuró á ayudarle. Aun las mujeres y los niños cargaban piedras y arena, presididos por el Cura y sus Vicarios, que llevando un Crucifijo, los estimulaba á la tarea, mientras que las campanas de la Parroquia tocaban rogativa.

En semejante disposición de ánimo, Guevara esperó confiadamente. Si los insurgentes se atreviesen á invadir su zona militar, él contaba con buenas tropas, con una plaza bien fortificada y con la adhesión de las poblaciones.

Una sola sombra vino á turbar su ánimo sereno. Habiendo invitado á los Bravos, hacendados de Chilpancingo, para que levantasen tropas también, y se mantuvieran dis-

puestos á la defensa, esos sujetos, los primeros de aquella población por su importancia social y su riqueza, pues eran dueños de la gran hacienda de Chichihualco y de otras fincas, se habían negado con frívolos pretextos, pero en realidad porque les era simpática la causa de la Independencia proclamada en Dolores y sostenida por Morelos.

Desde el día en que tuvo conocimiento de la repulsa de los Bravos, el Comandante Guevara no cesó de vigilarlos, y á pesar de que estaba emparentado con ellos, pues su hija Doña Antonia de Guevara acababa de casarse con el joven Don Nicolás, hijo de Don Leonardo Bravo, los persiguió tenazmente, obligándolos á ocultarse ó á andar fugitivos en aquellas comarcas.

Pero con esta sola excepción, todos los pueblos de la Subdelegación de Tixtla, se manifestaban decididos sostenedores del Gobierno español. Así es que Guevara, á quien sólo inquietaban, de cuando en cuando, las excursiones nocturnas de los Bravos á Chilpancingo, que por otra parte no tenían consecuencias serias, nada temía respecto de la adhesión popular.

A mediados del mes de Mayo, el Coronel realista Don Nicolás Cosío, antiguo Sargento Mayor de Dragones de España, y que había sido nombrado Comandante general de la División del Sur, hasta principios de ese mismo mes en que de orden del Virrey fué substituido en ese cargo por el Coronel español Fuentes, fué enviado por éste último violentamente á la plaza de Tixtla, para tomar el mando de las tropas y ayudar á Guevara en la defensa de la plaza, pues Fuentes previó, con razón, que habiendo salido Morelos del Veladero el día 3 por el camino de la sierra, no tardaría en aparecer en la Zona militar encomendada á Guevara.

Así, pues, al llegar á unirse á ella, sabiendo que los Bravos reunían gente en Amojileca, Zitzicazapan y otros lugares cercanos á Chilpancingo, que elaboraban parque en la gruta de Michapan, en que habían estado ocultos, y que se mostraban ya más á la luz tanto Don Leonardo como Don Mi-

guel y Don Víctor Bravo, determinó, de acuerdo con Guevara, acabar de una vez con aquellos temibles conspiradores. Al efecto, organizó una división compuesta de un piquete del Regimiento "Fijo de México," de algunas Compañías de milicianos llamados patriotas de Chilapa, Tixtla, Zumpango y Tlapa, y del Fijo y Lanceros de Veracruz, todo en número de seiscientos hombres, y poniéndola bajo el mando del Comandante español Don Lorenzo Garrote, uno de los jefes veteranos que habían venido últimamente de la Península, dió á éste orden de que pasase á Chichihualco y de que se apoderase de los tres hermanos Bravos, vivos ó muertos.

Garrote se puso en marcha con la reserva y rapidez que el caso exigía, y mientras que llega á Chichihualco diremos lo que había pasado allí.

Morelos se dirigió, después de salir del Veladero, á la pequeña hacienda de La Brea, que está situada ya en las primeras cumbres de la Sierra Madre, y allí se detuvo, tanto para apoyar á su retaguardia, que fué atacada por el jefe español Fuentes, quien logró apoderarse de un cañón casi abandonado á causa de las asperezas del camino, como para dar tiempo á los Bravos para que se adelantasen y preparasen en Chichihualco á sus tropas.

Adelantáronse, pues, Don Leonardo, Don Miguel y Don Nicolás, y tan luego como llegaron á su hacienda, se pusieron de acuerdo con Don Víctor, y reunieron á todos sus parciales y amigos, á quienes armaron con las armas que pudieron, organizando también una excelente caballería, compuesta de los mejores jinetes de aquellos lugares. De modo que cuando Don Hermenegildo Galeana llegó con su Regimiento de Guadalupe, se encontró ya con la gente de los Bravos dispuesta.

Mientras que venía Morelos, que se había quedado atrás dos jornadas, Galeana, obedeciendo las órdenes recibidas, determinó dar descanso á su tropa, en tanto que los Bravos disponían mejor la suya y se procuraban víveres para alimentar á las dos. A esta sazón, el Comandante Garrote, que

nada sabía, llegó á Chichihualco á las doce del día 21 de Mayo, y encontrando algunos pelotones de gente armada, los atacó, logrando arrollarlos, merced á la sorpresa que recibieron. Pero avisados los Bravos y Galeana, que se hallaban en la casa de su hacienda, corrieron á ponerse al frente de sus Compañías organizadas. Galeana se dirigió al río, en el que sus costeños se bañaban y lavaban su ropa, y haciéndolos tomar sus machetes, así desnudos como estaban, los condujo frente á los realistas, lanzando su terrible grito de guerra: "¡Galeana! ¡Galeana!" que debía ser por mucho tiempo el terror de sus enemigos.

Los realistas, sorprendidos á su vez, aterrados ante el aspecto de aquellos intrépidos combatientes negros, que acometían como fieras, y flanqueados además por la caballería de los Bravos, echaron á correr despavoridos, dejando en poder de los insurgentes, armamento, parque, dinero y cuantas cargas llevaban. El tremendo Comandante Garrote llegó el primero á Chilpancingo á contar el caso, y sin detenerse allí más que el tiempo necesario para beber agua, se dirigió á Tixtla, en donde entró á la madrugada del día 22 á despertar á Cosío y á Guevara con la noticia de semejante desastre.

El pánico y la consternación que ella produjo, no pueden describirse. Era, pues, cierto: los Bravos se habían alzado por fin, y habían llamado en su auxilio al poder infernal de Morelos. Los demonios pintados por el Cura Mayol habían aparecido por fin en la zona militar del Comandante Guevara, hoy defendida, sin embargo, por un militar experto como Cosío. Estos jefes llamaron al Cura Mayol y le comunicaron la fatal nueva. El Cura, después de conferenciar con aquellos jefes, se dirigió á la iglesia y mandó llamar á misa. La dijo temblando, y después subió al púlpito y excitó de nuevo á sus feligreses á defender al Rey y á la religión. Sólo que la muchedumbre observó que en vez del furor de antes, el terrible Cura no tenía ahora más que lágrimas y sollozos, lo que no dejó de ser comentado desfavorablemente.

Después de la misa, Cosío mandó tocar generala, y el Cura echó á volar las campanas, tocando á rebato, toque que duró todo el día y difundió la alarma hasta en los campos y cuadrillas más lejanas del pueblo.

II.

En semejante estado de alarma pasáronse los días 23 y 24 de Mayo de 1811. Cosío y Guevara reunieron todas las tropas de que pudieron disponer: el Regimiento llamado "Fijo de México," cuyos soldados eran conocidos popularmente con el nombre de "Los Colorados," á causa de un brillante uniforme de paño de grana, el Regimiento "Lanceros de Veracruz," las Compañías de milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa, que no habían ido á Chichihualco, y los dispersos de esta acción que fué posible reunir. Además, dieron armas á todos los hombres aptos para combatir en Tixtla, entre los que se hallaban como 400 indígenas, á quienes en razón de manifestarse decididos en favor del Gobierno, se admitió en las milicias, confiándoles la defensa de algunos puntos importantes, siempre bajo el mando de jefes españoles.

De modo que todas estas fuerzas formaban un conjunto respetable de cosa de mil quinientos hombres, teniendo, además, la ventaja de contar con una plaza de guerra con buenas fortificaciones, con ocho piezas de artillería; bien municionada y provista, y con la adhesión del vecindario.

Así las cosas, se supo que Morelos, sin perder tiempo, había llegado á Chilpancingo al anochecer del día 24, al frente de seiscientos hombres. Cosío y Guevara pasaron, pues, el 25, preparándose á la defensa, pues no dudaron que Morelos atacaría la plaza en los días próximamente inmediatos, tan pronto como contara con mayores fuerzas, supuesto que sería absurdo tal intento con las que tenía.

A fin de recibir noticias oportunas, habían enviado numerosos emisarios á Chilpancingo, que evitando las avanzadas insurgentes, situadas en el camino, habían

estado viniendo cada dos horas á dar parte, pues Chilpancingo no dista de Tixtla más que tres leguas escasas.

Hasta las cinco de la tarde del día 25, nada se había sabido de particular. Las tropas de Morelos descansaban. El caudillo, alojado en casa de los Bravos, era festejado con un banquete, al que asistían los jefes y oficiales insurgentes. Los soldados fraternizaban con los vecinos, y las hermosas chilpancingueñas, afamadas por su belleza y su gracia, lejos de espantarse ante la aparición de los "demonios de Morelos," habían despojado sus lindos huertos moriscos, pomposos y ricos en aquella estación, á fin de que la casa del General insurgente apareciera al amanecer del día 25 como apareció, adornada con flores, cortinas y alfombras de bellísimas flores, las incomparables flores de la zona templada del Sur.

Semejantes noticias hacían bailar de cólera al Cura Mayol, quien las repetía y exageraba adrede á Cosío y á Guevara, para exasperarlos, lanzando al mismo tiempo los más terribles anatemas contra los chilpancingueños y amenazándolos con que no quedaría dentro de poco piedra sobre piedra en su pueblo, nido infame de herejes y de rebeldes.

Cosío y Guevara, por su parte, se explicaban aquella conducta del vecindario de Chilpancingo, considerando: que los Bravos estaban emparentados con todas las familias de allí, lo mismo que sucedía con sus adictos de Chichihualco, pues esta hacienda y Chilpancingo formaban una misma población. Pero aquel recibimiento hecho á Morelos, indicaba, de todos modos, que el pueblo de Chilpancingo iba á convertirse desde entonces en enemigo del Gobierno español.

La tarde toda del expresado día 25 se pasó sin novedad. A las seis y media, las tropas acuarteladas en la casa de Comunidad, ó que vivaqueaban en el cementerio de la Parroquia, convertido en fuerte, salieron á formarse para pasar lista, en la plaza bastante amplia y que entonces no tenía los árboles coposos que hoy la adornan.

La plaza se llenó de soldados y de ofi-

ciales, pues con excepción de las fuerzas que guarnecían el fortín del Calvario y los parapetos levantados en lo que se llamaba entonces "Barrio Alto," el costado oriental de la población, es decir, del lado de Chilpancingo, todas estaban allí.

Cosío y Guevara les pasaron revista, después de lo cual y según la costumbre militar de aquel tiempo, los tambores y pífanos tocaron la oración, que escucharon los saldados con las armas al hombro y los oficiales descubierta la cabeza. Luego y al concluir la diana que seguía al toque de oración, Cosío gritó con voz fuerte por tres veces: ¡Viva el Rey!, grito que repitió la tropa y ésta se entró en sus cuarteles al toque de fagina.

La plaza quedó todavía ocupada por los curiosos que habían acudido á ver la formación; pero como comenzaba á obscurecer, y las patrullas de caballería y de infantería circulaban despejando las calles, momentos después, aquel lugar estaba solo y la población entera pareció quedar desierta.

Sólo en la gran casa del Subdelegado, recién construida y situada en el lado meridional de la plaza, junto á la Parroquia, parecía reinar alguna animación, y entraban y salían á cada instante por el enorme zaguán que servía de entrada principal de ella, caballos, mulas, jinetes y soldados de á pie. Además, las ventanas del salón principal que daban á la calle, estaban alumbradas. La casa era baja, pero de aspecto señorial. El único piso se elevaba del suelo como dos metros, resguardado por un fuerte antepecho rematado con una magnífica balaustrada de piedra. Esta balaustrada estaba también convertida en parapeto, y entre ella y el muro de la casa se paseaban varios centinelas guardando el salón y las piezas todas, que daban por un lado á la plaza, y por el otro á la calle Real.

En el salón, bastante lujoso para aquellos tiempos y aquellos rumbos, y cuyo techo de magnífico cedro artesonado era digno de una mansión regia, y cuya alfombra y canapés de damasco y candiles de cristal revelaban desde luego la riqueza de su dueño,

se hallaban en animada conversación cuatro personajes, de los cuales tres estaban sentados junto á una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo y en la que se veían en revuelta confusión, un gran tintero, salvadera y braserillo de plata, con su pirámide de ceniza, candelabro del mismo metal, en el que ardían cinco velas de esperma, muchos papeles, pistolas, sables, y, por último, un frasco de aguardiente de España, con cuatro copas y vasos de agua puestos en una bandeja también de plata. Uno de estos personajes, vestido con el uniforme de Coronel de dragones, huácaro azul con solapas blancas y botones de oro, pantalón blanco y botas fuertes, era un hombre al parecer alto, como de cuarenta años, buen mozo y densamente pálido, casi amarillo; se conocía luego que padecía de calenturas de la costa y que en esos momentos sufría un acceso que en vano procuraba dominar, y que se revelaba en su inquietud, en su humor irascible, en el brillo intenso de sus grandes ojos negros y en el temblor de sus mandíbulas, que parecía sacudir sus pobladas patillas negras. Llevaba el cabello según la moda introducida por el Virrey Venegas, es decir, corto y con espesa furia, sobre la frente.

Era el Mayor Cosío, el pobre Cosío, que destituido del mando de la división realista del Sur por Venegas, á causa del mal éxito de sus operaciones contra Morelos, y á causa tal vez de ser mexicano de origen, se veía ahora subalternado al Coronel español Fuentes quien lo había enviado quizás con toda malicia á unirse á Guevara para que asumiera la responsabilidad de un nuevo desastre.

Sin embargo, Cosío era como todos esos mexicanos que habían abrazado la causa de España contra la insurrección, como Elorza, como Iturbide, como Armijo, realista fiel, exaltado, sumiso hasta el servilismo, y aunque lastimado en su dignidad por aquella destitución, lejos de manifestar resentimiento, procuraba exagerar su adhesión al Gobierno, y se alegraba interiormente de hallarse en aptitud, defendiendo la plaza de Tixtla, de recobrar su perdido crédito. Así

es que hacía todos los esfuerzos posibles por asegurar la victoria.

Guevara, que tenía conocimiento ya de que Cosío había caído de la gracia del Virrey, no se conformaba con sus disposiciones, sino á regañadientes, viéndose forzado á dividir con él los laureles del triunfo, aunque cedía en consideración al carácter y experiencia de un jefe como Cosío, educado en el servicio militar y que disfrutaba de prestigio entre la tropa por su categoría y por su instrucción.

Guevara era el segundo personaje del grupo. Corpulento, grueso, como de cincuenta años, de arrogante presencia, el Subdelegado de Tixtla mostraba el tipo del español acaudalado, aunque era también mexicano de origen. En su semblante fresco y rubicundo, rebosando salud, se veía marcado el orgullo del rico, acentuado todavía por una gran nariz aguileña, y que apenas atenuaba la sonrisa de unos labios gruesos y desdeñosos. Se había puesto también el uniforme de Coronel de milicianos provinciales, uniforme lujoso y flamante que apenas había usado dos ó tres veces en los grandes días de parada. Pero él, conservando los usos añejos de un ricacho del año 9, llevaba todavía el peinado de coleta, cuidadosamente rizado y empolvado, la barba afeitada, los puños y la pechera con encajes, y no pudiendo soportar las botas fuertes, traía calzón corto, ricas medias de seda y chinelas con hebillas de oro. Todo él, en fin, respiraba riqueza, una cierta ostentación un poco rústica y de mal tono.

El tercer personaje era el Comandante Garrote, el derrotado de Chichihualco, cuyo aspecto estaba en conformidad con su extraño nombre. En efecto, era un sujeto de color cetrino, de ojos pequeños, barba espesa é inculta, también con el pelo corto, frente estrecha, alto, seco, membrudo y de fisonomía dura y feroz. Desde su reciente derrota parecía desconcertado y abochornado, pero al través de esta aparente humillación se descubría en él una desmedida soberbia, irritada ahora por el despecho.

Por último, el cuarto personaje que se paseaba con agitación por la sala, deteniéndose

dose de cuando en cuando para contemplar distraídamente los espejos venecianos que decoraban las paredes, ó los santos guatemaltecos que en sus nichos de cristal adornaban las rinconeras, era el famoso Cura Don Manuel Mayol. La figura de este clérigo era singular: flaco, largo, rojo como un pavo de Indias, pelón, con el cuello enorme, embellecido por una nuez pronunciada, con los ojos saltones é inyectados y la boca grande y provista de largos dientes negros.

Vestido con su sotana y manteo, cuyo extremo recogía en un brazo, el irascible Cura parecía presa de una extraordinaria excitación y hablaba en voz muy alta.

Ya sabemos que este Cura era enemigo frenético de la Independencia: sólo agregaremos que sus opiniones exaltadas no le impidieron después de 1821, pavonearse con su cruz de Guadalupe, y añadir á su nombre en todos los documentos que escribía de su puño, el título de "Capellán mayor del Ejército independiente del Sur," título que mendigó del General Guerrero.

Pero en la noche del 25 de Mayo de 1811, todavía este prócer ilustre era Capitán insurgente. Así es que el Cura Mayol trinaba contra él.

—Dicen, exclamó, encarándose á Guevara, que Vicente Guerrero viene ahí de oficial. ¡Semejante pícaro! ¡El que no sabía más que jugar gallos y armar pendencias! Siempre dije yo que ese tunante pararía en ladrón.

—Pero, ¿lo han visto? preguntó Guevara.

—Sí lo han visto, respondió el Cura.

—Yo lo he visto, agregó el Comandante Garrote. Viene con los negros guadalupes de Galeana.

—Lo que no me explico, dijo el Subdelegado, es el cómo ha podido este maldito Cura atraerse á Don Hermenegildo, que parecía buen realista y que se prestó tan de buena voluntad á pelear contra los insurgentes cuando lo de Tepango.

—Y cate usted, que esa ha sido una buena adquisición, observó Cosío, con voz temblorosa. Es lo mejor que tiene Morelos.

—¿Y sus hermanos vendrán también? preguntó Guevara.

—Según me escriben de Acapulco, vienen todos, Don José Antonio, Don Juan José y el muchacho Don Pablo.

—Yo los ví en Chichihualco, añadió otra vez Garrote.

—Según eso, replicó con acento burlón el Cura, usted vió mucho, señor Comandante. Pero hace cuatro días nos dijo usted que no había visto más que negros.... con machetes. Todos eran negros y los Galeanas son blancos.

Cosío fruncio las cejas, Guevara sonrió, Garrote se levantó indignado.

—Señor Cura, respondió con acento colérico, si el carácter sagrado de usted no me pusiera un sello en los labios, yo le respondería como merece. Yo he visto negros, y en efecto, así es; pero usted parece indicar que el susto me hizo ver negros á todos; ¡esto es decir que yo tengo miedo!

—Yo no digo que haya usted tenido miedo, señor Comandante Garrote, repuso el Cura con insolente ironía; yo hago solamente una observación. Por lo demás, la acción tuvo mal éxito para nosotros.... Usted perdió allí los cañones, el parque, los soldados....

—Señor Cura.... dijo Garrote, gangoso de cólera, esos son azares de la guerra. Usted no entiende de milicia.

—Sí, sí, entiendo algo.... ¡los azares de la guerra y luego los demonios negros y encuerados.... Pero, ¿en qué consistirá que los negros guadalupes combaten encuerados?.... ¿ese será su uniforme? añadió el Cura, con una risa silbante y sarcástica.

—¡Basta! exclamó con tono de mando Cosío.

Las groseras burlas del Cura contra el infortunado Garrote lo habían exasperado. Guevara, para dar un giro más cortés á la conversación, dijo:

—Pues, y que haya arrastrado Morelos á Don Hermenegildo, todavía se comprende, puesto que tenía ya á los otros hermanos, rancheros rústicos y candorosos; pero, ¡haber trastornado en unas cuantas horas á

los Bravos! Eso sí que no me cabe en el juicio.

—Esa es la envidia, dijo el Cura; esos se meten por envidia.

—¿Envidia de qué ó de quién?, preguntó Guevara.

—Envidia de usted, señor Don Joaquín.

—¿Envidia de mí? respondió el Subdelegado con tono sincero. No, señor Cura, en esto usted se engaña. ¿Envidia de mi capital? Los Bravos son tan pudientes como yo, y además, son honrados á carta cabal; es preciso hacerles esa justicia. ¿Envidia de mi empleo? Si este cargo más trae congojas que satisfacciones. No, aquí hay otra causa, otro secreto; ese Cura los ha trastornado completamente. Sólo así se explica que dejen sus bienes tan saneados, sus fincas de campo, todo su bienestar, y se lancen en pos de aventuras. Que Vicente Guerrero, que los negros de la costa, que otros como ellos se metan en esta empresa descabellada, se comprende, no tienen qué perder; pero que sujetos acomodados como los Galeanas, los Avilas, los Bravos, se comprometan con riesgo de sus vidas y haciendas, eso sí que es extraño. Debe ser un hechicero el tal Cura.

—¿No lo he dicho en la cátedra del Espíritu Santo? replicó Mayol. Es el diablo en persona, el diablo vomitado por los profundos abismos. Por lo menos, el espíritu de Satanás lo inspira y lo anima. Si no fuera así, ¿cómo habría podido convertir en soldados á esos negros infelices de la Costa Grande, buenos sólo para sembrar algodón y tabaco? ¿Cómo habría podido seducir á esos rústicos Galeanas y convertirlos de la noche á la mañana en generales; cómo habría podido resistir á los valientes jefes (y en esto lanzó una mirada oblicua á Cosío), experimentados en el arte de la guerra, habilísimos tácticos, él, que no ha leído más táctica que la del Misal? Jure usted, señor Don Joaquín, que ese mal sacerdote trae al demonio en el cuerpo. La historia de la Iglesia, por otra parte, presenta numerosos ejemplos de hombres de semejante especie. Simón Mago, Arrio, Nestorio, Lutero, Calvino, todos los heresiarcas....

—Basta, volvió á exclamar Cosío con voz irritada y cogiéndose la cabeza entre las manos.

—¿Le duele á usted la cabeza, mi Coronel? preguntó Garrote.

—Algo, ya sabe usted..... la calentura. Pero este Cura, añadió en voz baja, me marea con su charla.

En esto dieron las ocho y comenzó á sonar el toque de ánimas, que en la Parroquia de Tixtla era prolongado y lúgubre en extremo.

El Cura aprovechó la ocasión para salir del silencio embarazoso á que lo obligaba el enfado de Cosío, y arrodillándose con la cara vuelta á la pared, dijo:

—Recemos por el alma de los fieles difuntos, y especialmente por los que murieron en Chichihualco en defensa de la religión y del Rey.... Y comenzó á murmurar: "Requiem aeternam dona eis Domine."

—"Et lux perpetua luceat eis," respondió Guevara, poniéndose también de rodillas.

Garrote, á su pesar, y conteniendo la ira, se levantó también para rezar. Cosío se reclinó en la mesa, con la cabeza entre las manos.

Después de los sufragios de costumbre, que el Cura multiplicó adrede, éste se levantó, lo mismo que Guevara, mientras que Garrote se dirigió á la puerta que daba al interior de la casa, por donde se oía ruido de gente.

A poco volvió diciendo:

—Es Don Juan Chiquito con el gigante.

—Que entren, murmuró Guevara.

Y entró primero un sujeto pequeño, regordete, cabezón, con grandes patillas rojas, vestido con chaquetón de paño obscuro, botas de montar, llevando ceñido un gran sable y en la mano un sombrero de vicuña adornado de toquillas y chapetones de plata.

Era el Comandante Don Juan Navarro, llamado generalmente á causa de su estatura de enano, "Don Juan Chiquito," y que después de haber servido para escoltar los convoyes de la nao de china de Acapulco á México, y las conductas de plata de México á Acapulco, se había hecho célebre co-

mo guerrillero contra los insurgentes de la Costa.

En pos de él entró, inclinándose para pasar por la puerta, un extraño personaje, un gigante de un poco menos de tres varas de altura, bien proporcionado, como de treinta y siete años de edad, de aspecto bonachón, trigueño, lampiño y vestido de granadero, con casaca y pantalón verdes con vivos rojos y gran shacó adornado de un largo chilillo que casi llegaba al techo.

Era Martín Salmerón, llamado en el Sur vulgarmente Martín de Acalco, por haber nacido en el rancho de Acalco, cerca de Chilapa, y que era famoso por haber recorrido casi toda la Nueva España, desde que el Virrey Branciforte, á quien fué presentado en primero de Noviembre de 1796, le permitió que se mostrase, por paga, como un fenómeno extraordinario.

Era el mismo á quien conoció el Barón de Humboldt y cuyo retrato, hecho por el pintor Guerrero, tenemos en el Museo Nacional.

Cosío, que no lo había visto nunca, se quedó contemplándolo con admiración; Guevara y Garrote contestaron el saludo humilde que les dirigió, y el petulante Cura le alargó una mano flacucha, que el gigante se inclinó á besar, tomándola en una de sus manazas.

—Hasta hoy á la oración pudo llegar de Chilapa, dijo Don Juan Chiquito, y ha estado vistiéndose y tomando algún refrigerio. ¡Vea usted qué magnífico granadero, mi Coronel!, añadió el enano, con una risa estúpida, dirigiéndose á Cosío.

—Muy bien, y, ¿qué va usted á hacer con ese gigante? preguntó Cosío á Guevara.

—¿Cómo qué? respondió éste; ¿no le parece á usted que lo pongamos al frente de la línea de batalla, junto al fortín, ó en otra parte en que pueda ser visto é infundir pavor en los enemigos?

—Eso es, exclamó el Cura; Sansón contra los filisteos.

—Sería una lástima, dijo Cosío, que en vez de Sansón hiciera el papel de Goliat, y que una bala, en vez de una piedra, nos privara de esa maravilla.

—Señor Coronel, se atrevió á observar el Cura; usted parece olvidar que el Dios de Israel está con nosotros, y que por eso este gigante no puede ser más que Sansón, y que los insurgentes no pueden ser más que filisteos, enemigos del pueblo escogido, y que....

—¡Basta! gritó por tercera vez Cosío, pónganlo ustedes donde quieran....

—Vaya usted á descansar, Don Martín, dijo Guevara al gigante; y usted, Don Juan encárguese de alojarlo y de tenerlo listo.

El gigante y el enano salieron.

A la sazón que se verificaba esta entrevista en la casa del Subdelegado, un jinete bajaba apresuradamente por la cuesta que conduce de Chilpancingo á Tixtla y que termina en el bellísimo bosque de ahuehuetes que se llama de la Alberca, porque, en efecto, allí hay una Alberca antiquísima, cuyas aguas abundantes sirven para el riego de las huertas de un barrio entero.

El jinete, luego que bajó al camino llano que flanquean las cabañas y los jardines indígenas, puso su caballo al galope, llegó hasta cerca del Santuario que está escondido en otro bosque de ahuehuetes, y torciendo á la izquierda tomó por la calle Real, respondiendo á cada paso á los centinelas que lo detenían; entró en la plaza por un portillo del parapeto y se apeó en la casa del Subdelegado, diciendo á un oficial de órdenes que lo anunciara.

—Habla, le dijo Guevara, viéndolo aparecer en la puerta de la sala; ¿qué hay?

—Señor, que Morelos está aquí mañana.

—¡Mañana! exclamaron en coro Cosío, Guevara y Garrote. En cuanto al Cura Mayol, se desplomó en una silla.

—Sí, mañana, continuó el emisario; lo sé de cierto; la persona que usted sabe me lo aseguró, diciéndome que viniera yo en el acto á avisarlo á usted.

—¿A qué horas has salido de allá?

—Obscureciendo; pero tuve que extraviar camino, y como no se puede correr por las cuestas, he tardado....

—Pero, y bien, ¿qué notaste tú en las tropas? preguntó Cosío.

—En las tropas, nada; todas están acuar-

teladas; algunos oficiales se pasean cantando.

—Y, ¿Morelos? ¿Viste á Morelos?

—Lo ví en la tarde, paseando á caballo con Don Leonardo Bravo y con otros. Después ya no volví á verlo.

—Y mi hija, ¿viste á mi hija? preguntó con ansiedad Guevara.

—Sí, señor; pero no pude hablarle más que unas palabras. Estaba con la niña en los brazos. Me vió entre los mozos, me llamó y me dijo en voz baja:

—Dile á mi señor padre que no tenga cuidado, que nada le harán mañana.

plaza.

—¿Que nada me harán?

—¿Que nada le harán á usted? añadió el Cura; pero esa gente ya da por suya esta

—Bueno, dijo Cosío; ¿tiene usted confianza en su amigo de Chilpancingo?

—Completa, respondió Guevara. Es seguro que mañana seremos atacados.

—Y, ¿á quiénes viste de Chilpancingo entre los insurgentes?

—A todos, señor, contestó el emisario; á los Bravos, á los Ruedas, los Aldames, los Catalanes, los Alarcones los Salgados, de Amojileca, á todos; todos están con ellos en la infantería y la caballería.

—¡Pícaros! exclamó Guevara. ¿Y mi yerno Nicolás?

—Con ellos; él también está en la caballería; toda la tarde ha andado á caballo con Vicente Guerrero y con Nicolás Catalán.

—Bueno, dijo Cosío, ya estamos enterados; ahora, es preciso tomar nuestras providencias. Morelos, con la gente que tiene, sólo podría quitarnos la plaza estando dormidos nosotros. Pero lo conozco; es capaz de intentarlo. Así es que vamos á pasar la noche en vela. Yo voy á llevarme todo el "Fijo" y los "Lanceros" al fortín, para presentar batalla, si es posible. Usted, señor Don Joaquín, cuide de los puntos de la plaza. Usted, señor Cura, deje el catalán y ayúdenos en lo que pueda.

—Yo, señor Coronel, dijo el Cura con altanería, con catalán y sin catalán, soy un

Ministro del Altísimo, y mi puesto está junto á los altares; allí velaré por mi grey.

—Venga usted, Garrote, dijo Cosío, ciñéndose su sable.

—Con este hereje, dijo el Cura á Guevara, cuando el Coronel hubo salido, temo que nos suceda una desgracia. Por sí ó por no, despache usted á su familia á Chilapa, hoy, en el silencio de la noche. Ponga usted en salvo su vajilla y todo lo que tenga de valor, porque nadie sabe lo que puede pasar con esos judíos. Yo voy á ver si puedo conciliar el sueño, aunque lo creo difícil, y al alba mandaré llamar á misa; desde entonces se tocará rogación y mis Vicarios y yo imploraremos el auxilio divino en favor de las armas del Rey.

Guevara se quedó pensativo un momento, y luego, siguiendo los consejos del Cura, fué á despachar á su familia y á poner en salvo sus tesoros.

Al rayar la aurora, Cosío había formado su batalla en una colina chata y pedregosa cercana al fortín que llamaban del Calvario porque estaba del lado de esa capilla, y frente á otra que se llama "Piedras altas." Sabía, por sus exploradores, que Morelos había salido de Chilpancingo á la una de la mañana, y que no tardaría en presentarse en el camino, justamente frente á la posición escogida.

El "Fijo de México," apoyando en el fuerte su extrema izquierda, estaba listo para entrar en acción. Los "Lanceros de Veracruz," situados á retaguardia del Fijo, y las cuatro piezas de grueso calibre puestas en batería en el fortín, cargadas á metralla, y con sus artilleros, mecha en mano. El plan de Cosío consistía en dejar acercarse á la columna insurgente sin hostilizarla, y teniéndola á tiro de fusil, cargar sobre ella, apoyándose en todo caso, en el fuerte. Así en un combate rápido y terrible iba á decidir ese primer encuentro, quedándole, sin embargo, en caso de un desastre, el poderosísimo apoyo de la plaza de la ciudad, en cuyas fortificaciones se habían colocado otras cuatro piezas, distribuidas en dos boca-calles en el cementerio de la Parroquia, defendiéndolo todo las Compañías de mili-

cianos y los vecinos armados, al mando de Guevara.

La bandera española flameaba orgullosa en el fortín, en la plaza, y en la única torre de la Parroquia. Los tambores y los pífanos acababan de tocar diana y aún resonaban los gritos de "¡Viva el Rey!" que repetían los ecos de las montañas vecinas, cuando al dorar el sol los encinares de la cumbre, por la que serpentea el camino de Chilpancingo, apareció la descubierta de caballería de los insurgentes, bajando poco á poco. Luego comenzó á desfilar también la infantería, el Regimiento de Guadalupe, desplegada al aire la bandera blanca y azul. Después venían tres pequeñas piezas cargadas en mulas, el parque, y á retaguardia la caballería de los Bravos, compuesta de magníficos jinetes de brillantes mangas rojas y azules con fleco de oro y plata. Esa caballería llevaba como enseña un estandarte rojo.

Cosío y Garrote examinaban atentos este desfile pausado y majestuoso.

De repente resonó un ¡viva! en las filas insurgentes, y en una colina más cercana al fuerte, apareció un gran grupo de jinetes, llevando en el centro una bandera negra. ¡Ahí estaba Morelos!

III.

En efecto, era el caudillo que había venido á examinar hasta allí las posiciones enemigas.

Después de que las hubo estudiado con detenimiento, fijando alternativamente su anteojo en el fortín y en la parte de la población que se veía, sus ayudantes fueron á comunicar las órdenes.

La columna descendió á la llanura pedregosa de las Piedras Altas y allí hizo alto. Morelos no tardó en reunirse á ella.

El Capitán Don Vicente Guerrero y Don Leonardo Bravo venían con él. Como prácticos en el terreno, Morelos los había llamado para informarse acerca de los lugares.

Don Hermenegildo Galeana, llamado en seguida, vino á recibir órdenes.

—Señor Galeana—le dijo Morelos—dentro de una hora ese fortín debe estar en nuestro poder. No podemos emplear mucho tiempo, porque inmediatamente después tenemos que tomar la plaza, que á lo que parece está bien fortificada. El Regimiento de Guadalupe, menos la compañía de mi escolta, bastará para eso. Y ya sabe usted, hay que economizar el parque, tanto, que es preciso no disparar, sino á quema-ropa. No haremos uso de nuestras piezas, y pueden quedarse cargadas. En cuanto á los "colorados" y á los "verdes,"—añadió señalando la línea de batalla de Cosío,—corren de mi cuenta.

Galeana partió á galope, y fué á dividir su Regimiento en cuatro columnas de asalto, cuyo mando encomendó á sus hermanos Don Juan José, Don José Antonio, y á su sobrino Don Pablo, quedándose él con la primera, que llevaba la bandera blanca y azul, la bandera de la Independencia.

Luego Don Leonardo y Don Miguel Bravo fueron á unirse á la caballería de Don Víctor, que se había colocado á cierta distancia, haciendo frente á los "Lanceros de Veracruz" y á la guerrilla de cuerudos de Don Juan Chiquito, que parecía muy belicosa. La caballería insurgente se dividió en dos trozos. Don Víctor y Don Miguel Bravo se pusieron á la cabeza del uno, con el objeto de atacar á la caballería realista; Don Leonardo y Don Nicolás, su hijo, al frente del otro, vinieron al lado de Morelos, quien formó su batalla con él y con su escolta, para atacar de frente á la infantería de los colorados y de los milicianos, á cuya cabeza estaban Cosío y Garrote.

En esto y á punto de comenzar el combate, Morelos vió algo raro en las filas enemigas, y llamó á Guerrero, que se disponía á incorporarse á su Regimiento de Guadalupe.

—¿Qué es eso?—le preguntó, señalando á un hombrazo vestido de verde, y que blandía una lanza enorme.

—Señor—respondió Guerrero—ese debe ser "Martín de Acalco," el gigante, el que ha andado enseñándose en las plazas de toros

con ese uniforme de grandadero. ¡Lo traerán para espantarnos!....

Morelos se rió de buena gana.

—¡Qué ocurrencia!—dijo.—Estas gentes son muy cándidas y nos tratan como á chiquillos..... ¡Hola, colegial!—exclamó, llamando al joven Capitán Don Luis Pinzón; y cuando éste llegó, caracoleando en un magnífico caballo que acababa de regalarle Don Nicolás Bravo,—usted ha estudiado Teología y ha leído la Sagrada Escritura, ¿no es así?

—Sí, señor,—contestó Pinzón.

—¿Se acuerda usted de la famosa batalla del valle de Terebinto?

—Sí, señor, aquella en que David mató al gigante Goliat de una pedrada. Eso está en el primer libro de los Reyes.

—Bueno: pues aquí va á haber algo parecido. ¿Ve usted ahí al frente de la línea enemiga aquel figurón vestido de verde, con un enorme gorro y una lanza?.... También es un gigante que se llama Martín.... ¿de qué?

—De Acalco—repitió Guerrero.

—Martín de Acalco—continuó Morelos.—Ahora bien: usted va á ser el David de ese Goliat; pero no un David que lo mate, sino que me lo entregue bueno y sano. Es un pobre hombre, y además un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y es preciso conservarlo. Así es que usted, que tiene ingenio y travesura, verá cómo hace para cogerlo vivo y sano, ¿estamos?

Todos sonrieron. Pinzón parecía consternado.

—¡Cogerlo vivo!—exclamó.—Pero señor, eso es más de lo que hizo el Rey David.

—No hay excusa: usted me responde del gigante Goliat, chiquitín, ¡cuidado con matarlo!

Luego Morelos llamó al valiente P. Talavera, que en su calidad de Teniente Coronel venía muy bien montado y equipado militarmente.

—Amigo Talavera,—le dijo—antes de derramar sangre, es necesario dejar á salvo nuestra responsabilidad. Para mí es un caso de conciencia, y me propongo siempre antes de atacar una plaza, intimarle rendi-

ción. Así es que, más bien por cumplir con este deber de humanidad que por llenar las fórmulas de la cortesía militar, va usted á tomar una bandera blanca y un tambor, y á dirigirse á ese fortín. Allí, en mi nombre, intimará usted al jefe que comande, la rendición del fuerte y de la plaza en el término de dos horas, y sin condiciones. Si acepta, puede usted ofrecer la garantía de la vida para todos; en caso contrario, él será responsable de las consecuencias.

Talavera partió con su bandera blanca y su tambor, y como no mediaba gran distancia entre la meseta de las Piedras Altas, en que se hallaba formado el pequeño ejército insurgente, y la empinada cumbre del fortín, pronto llegó al pie de esta última, y allí tocó parlamento.

Cosío no quiso que se introdujera al parlamentario á la línea realista, sino que salió á caballo, acompañado del Comandante Garrote, bajó rápidamente la quebrada cuesta de la colina y se acercó á Talavera.

Luego que hubo escuchado la intimación, contestó, irguiéndose, con una expresión marcada de altanería y desprecio:

—Puede usted contestar al jefe que lo envía, que los soldados fieles del Rey, como yo, no quieren pláticas con los rebeldes, y que es ridículo hacer intimaciones con una chusma como la que está ahí, á una plaza que tiene fuerza regular y tres veces mayor. Esa es mi respuesta; y no vuelva usted á presentarse con bandera de parlamento, porque no será respetada.

Cosío y Garrote se volvieron al fuerte, sin saludar siquiera al parlamentario, que regresó iracundo á incorporarse á Morelos, á quien comunicó la desdeñosa respuesta de Cosío.

—¡Ah! ¿con que es ridículo intimarles rendición con esta chusma?—dijo Morelos sonriendo.—Pues todo ese ridículo se les va á venir encima cuando les hayamos tomado la plaza que tiene una fuerza regular y tres veces mayor. Me gusta la fanfarronada en el enemigo, porque es como salsa que hace más apetitoso el triunfo. Vamos, amigo Talavera, deje usted la bandera blan-

ca, y empuñe la lanza, que ya es tiempo, y ¡que Dios nos proteja!

Entonces, dadas las últimas órdenes, Morelos, que estaba á pie, montó en su caballo de batalla, un hermoso caballo negro de la hacienda de los Bravos, y que el caudillo refrenaba con destreza. Morelos, aunque grueso, era un gran jinete, y en aquel brioso corcel, y envuelto en su poncho blanco atado al cuello con una cadenilla de oro, parecía verdaderamente majestuoso y terrible. Sus soldados fijaban en él los ojos con idolatría. Don Leonardo y Don Nicolás Bravo, el bizarro Talavera, un grupo de valientes lo rodeaba.

Entonces hizo una seña y los tambores tocaron el paso de ataque; la bandera negra, la bandera terrible, se desplegó á su lado; los Galeanas se pusieron en movimiento á la cabeza de sus columnas y en dirección al fortín, en silencio y á paso veloz.

Como viese Don Leonardo Bravo que Morelos se disponía á combatir en persona, se acercó á él con solicitud y le dijo:

—Señor, usted no debe exponerse así, como un soldado. Para eso estamos aquí nosotros. Usted debe disponer y nosotros ejecutar. Ruego á usted, en nombre de todos, que no se exponga.

—Amigo Bravo, respondió con firmeza Morelos. Hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojo y en que la orden del General debe ser el ejemplo. Este es uno de ellos. El enemigo tiene su fortín, su plaza, su artillería y mil seiscientos hombres. Nosotros no sómos más que seiscientos, y sin artillería. Sólo el arrojo puede triplicar nuestras fuerzas y hacernos superiores. Lo que vamos á hacer es casi un milagro, pero de él depende nuestra suerte futura. Es preciso, pues, que demos el ejemplo, y al vernos, todos serán mejores.

Diciendo esto, desenvainó el sable, y gritando:

—"¡Ahora nosotros!", se lanzó á galope al frente de su columna sobre la línea de batalla realista.

Aquello fué obra de un momento, pero de un momento terrible. Los Bravos y sus valientes chilpancingueños, que combatían por

la segunda vez, queriendo rivalizar de nuevo en arrojo con los Galeanas, y en esta acción más empeñada que la de Chichihualco, se lanzaron como leones y siguiendo el ejemplo de Morelos, sobre la infantería de los "Colorados" y de los milicianos, que fue deshecha en algunos minutos, rindiéndose prisioneros los que no murieron, ó refugiándose en el fuerte con Cosío, que se batió desesperadamente, pero que, como los demás, puso su salvación en la fuga. Los "Lanceros de Veracruz" y los guerrilleros de Don Juan Chiquito, fueron más obstinados y resistieron más largo tiempo; pero los cien jinetes de Don Víctor y Don Miguel Bravo, semejantes á los paladines de la Edad-Media, se avanzaron hacia ellos sin disparar un tiro, se mezclaron entre sus filas y los acuchillaron sin piedad. En aquella confusa mezcla de caballeros, en que no se oía más que el sordo rugido de los combatientes y el chasquido de los sables, fácil hubiera sido que los partidarios se hubiesen matado entre sí, pero Morelos había hecho que todos los suyos pusiesen en sus sombreros, á guisa de escarapela, una rama de encina. Además, los soldados realistas tenían uniforme, y los guerrilleros su vestido de piel amarilla. Así es, que los insurgentes no tenían uniforme, no equivocaban á sus enemigos, ni erraban golpe, derribando á su paso cuanto se les oponía. Por fin, los pocos lanceros y guerrilleros de Chilapa que escaparon de la matanza, se alejaron á todo correr, y como pudieron, del campo de acción, y por una hondonada que se halla á la derecha del fortín, en cuyo fondo corre el arroyo de Cuauhtlapa, se dirigieron unos á la plaza, y otros á la llanura del Norte de Tixtla y camino de Chilapa.

Entonces la pequeña columna de Morelos y la de Don Víctor y Don Miguel Bravo, se dirigieron al costado derecho del fortín, para apoyar el ataque del Regimiento de Guadalupe, que en estos momentos parecía en todo su furor. El fortín, mandado por Garrote y defendido por trescientos hombres y cuatro piezas de grueso calibre, se veía cubierto por una densa y obscura

nube de humo, sobre la cual se veía flotar la bandera española. De los parapetos de piedra y adobe del fuerte, caía una lluvia de metrallas y de balas sobre las columnas de los Galeanas, que trepaban por la cuesta silenciosas y terribles diezmadas á cada paso, pero sin retroceder un palmo, conducidas por aquellos guerreros de la costa, que, como si hubieran sido invulnerables, seguían adelante, siempre adelante, á pie, con el sable desnudo y el brazo extendido hacia la fortaleza.

Morelos, al ver esto desde el punto en que marchaba su columna, exclamó lleno de admiración, hablando con Don Leonardo Bravo:

—¡Qué hombres, Don Leonardo! ¡qué hombres!

—Pero van á acabar todos si no llegamos á tiempo,—respondió Bravo.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando pareció envolver el fortín un cinturón de fuego, y al estallido de una descarga general, sucedió un silencio de muerte.

Don Leonardo pareció angustiado. Morelos hizo alto lleno de confianza, y con el rostro radiante, dijo:

—¡El fortín está tomado!

En efecto, un momento después, la bandera española, que había flameado sobre el fortín, descendía rápidamente, y en su lugar se enarbolaba la bandera blanca y azul, la bandera del Regimiento de Guadalupe.

Al verla, la columna de Morelos prorrumpió regocijada y llena de entusiasmo, en un grito unánime:

—¡Viva la Independencia! ¡Viva Morelos! ¡Viva Galeana!

Morelos y sus soldados llegaron unos instantes después al fortín, y Don Hermenegildo Galeana, cubierto de sangre y de pólvora, salió de los parapetos, y se adelantó respetuosamente á recibir al caudillo, llevando en las manos la bandera española.

—Señor,—le dijo, descubriéndose,—aquí tiene usted la bandera del enemigo; ahí adentro tiene usted trescientos prisioneros. Cosío y Garrote corrieron

—Muy bien, señor Galeana,—contestó Mo-

relos,—guarde usted la bandera; es un trofeo del Regimiento de Guadalupe. Ahí tenemos otras en la plaza,—añadió, señalando las que se veían perfectamente sobre la torre de la Parroquia y en la plaza de Tixtla.

Luego Morelos fué á examinar á los prisioneros, que desarmados y temblando se amontonaban en el glácis del fuerte, lleno de cadáveres, y rodeados por los soldados vencedores. Estos vitorearon calurosamente á su General, que los felicitó por aquella hazaña verdaderamente extraordinaria.

Pero llamando aparte á Galeana, le dijo, con cierta inquietud:

—Tantos prisioneros van á ser un estorbo para nosotros; tenemos que tomar la plaza, y si dejamos aquí una custodia conveniente, no nos quedan soldados para el asalto. ¿Qué haremos? Matarlos..... ¡no puede ser!

Galeana reflexionó un momento:

—No nos queda más que un recurso,—dijo,—los haremos entrar en ese galerón, después de sacar las municiones que están ahí, y les abocaremos una pieza, encargando al oficial, que al menor movimiento de ellos, haga fuego. Esto nada más mientras dura el asalto.

—Bien pensado,—dijo Morelos,—y sobre todo, no queda otro medio. Póngalo usted luego en práctica.

Mientras que Galeana iba á ejecutar esta orden, se oyó una gritería fuera de los parapetos. Era una mezcla de risotadas y de vivas en la columna de los Bravos, que había quedado al pie del fortín.

Causábala el joven Don Luis Pinzón, que conducía al gigante Martín de Acalco, bien maniatado y custodiado por cuatro costeñitos del Regimiento de Guadalupe.

El hombrazo todavía con su uniforme verde, su gran gorro de granadero, y atadas las manos á la espalda, parecía tan mohino y confuso, que daba pena verlo.

Morelos lo miró con curiosidad y con lástima.

—Señor,—le dijo Pinzón,—aquí está Goliat bueno y sano.

—¡Bravo colegial!—le contestó el caudi-

llo,—no creía yo que pudiera usted cumplir tan bien mi orden.

—Me ha costado mucho trabajo, señor, —replicó Pinzón con cierto acento de queja.—Además, me he privado de hacer cosas mejores por tal de coger vivo este elefante.

—¿Y cómo?....—preguntó sonriendo Morelos.

—¡Ah!.... hemos trabajado mucho..... Como que estaba terrible, como todos los animales mansos cuando se enfurecen. Ya "mero lo matábamos," porque también él nos acometía con su lanza. Pero vió correr á sus jefes, y echó á correr también él. Entonces pude manganearlo de un pie, y cayó al suelo. Fué cuando estos muchachos lo amarraron antes de que pudiera levantarse. Pero, señor, pude haber estrenado mi caballo en otra cosa.

—Vamos,—dijo Morelos, fingiendo enfado,—no se queje usted; ¿qué cosa mejor pudo usted haber hecho? Ha cogido prisionero al hombre más grande del ejército realista.—Y luego, dirigiéndose á Martín Salmerón, le dijo:

—Le perdono á usted la vida, porque es usted un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y porque sé que es usted un hombre pacífico, á quien han obligado los gachupines á pelear contra nosotros. Quedará usted libre luego que hayamos tomado la plaza; pero le prevengo, que si vuelvo á encontrarlo en las filas enemigas, no he de ser tan benigno.

El gigante, después de haber dado las gracias con una gran reverencia, fué puesto con los demás prisioneros en el galerón del fuerte.

Después, Morelos llamó á Guerrero, que estaba también cubierto de sangre, pues fué de los asaltantes del fortín, y llevándolo á un lugar desde donde se descubría perfectamente el panorama entero del valle y de la población de Tixtla, pues la colina del fortín es la altura más dominante y próxima al caserío, comenzó á preguntarle acerca de los puntos que importaba conocer.

Abajo del fortín había otra colina que no estaba dividida de la primera, sino por una calle estrecha y profunda. Allí había

una pequeña capilla. Era el Calvario, hasta donde subían las procesiones en la Semana Santa, por una pendiente muy inclinada, que descendía á la plaza y que cortaba por enmedio el barrio Alto. Las casas de este barrio, así como todas las de la población, se veían tan bien, que podían distnguirse á la simple vista hasta las personas. El atrio de la Parroquia, convertido en fuerte, estaba lleno de soldados, y había allí dos piezas de á ocho. Las boca-calles laterales tenían otras dos. Las calles del Empedrado, la Real y la de la Estación, que corren de Norte á Sur de la población, estaban desiertas y por los callejones que comunicaban con ellas, sólo se veían pasar rápidamente y de cuando en cuando, algunos soldados.

Abajo y á la derecha del fortín estaba el hermoso bosque de ahuehuetes de la Alberca; un poco más allá, el bosque, también de ahuehuetes, del Santuario. Al Oriente, más allá del caserío, y á orillas de un hermoso lago azul que confina con dos cerros elevados y cubiertos de vegetación, se veía una zona verde hermosísima, dividida simétricamente, y presentando el aspecto de una alcatifa luciente y aterciopelada.

—¿Qué sembrados son esos?—preguntó Morelos á Guerrero.

—Son las huertas, señor, así las llamamos en Tixtla. Son huertas de sandías y de melones, muy sabrosos que se siembran en el terreno húmedo que deja la laguna cuando se seca en este tiempo; y sólo en este mes existen, porque después viene el tiempo de aguas, y la laguna cubre todo ese terreno.

—Ahora comeremos esos melones,—dijo Morelos.—Y aquellos cerros, ¿cómo se llaman?

—El pequeñito, que está al Norte á orillas de la laguna, se llama Texcaltzin; el cerro grande que se ve detrás de la Parroquia y arriba del lago, se llama Tapaxtla; la barranca roja que lo divide del otro, se llama Xompito, y este otro cerro que está al Sur, Hueyantipan. Abajo, queda el camino para Mochitlán, un pueblo muy fértil que está á cuatro leguas, y más acá, junto

al Santuario, está el camino que va á Acapulco.

Luego, volviéndose hacia el Noroeste, Guerrero señaló los cerros por donde se distingue el camino de Chilapa, arriba de una bella y dilatada llanura; al Norte el camino de Atliaca, que se dirige al río de Mescala, por la cañada de Totoltzintla, y al Nordeste el gran cerro de Coyopula, á un lado del cual había descendido el ejército insurgente.

—¡Qué hermosa es la tierra de usted, Guerrero,—dijo Morelos,—por donde quiera sembrados, arroyos, colinas verdes y montañas magníficas! ¡Lástima que la población sea tan "chaqueta!"

—Sí, señor, es lástima de veras,—contestó Guerrero,—pero si logramos convertirla, sacaremos de ella buenos soldados.

—Vamos á verlo,—concluyó Morelos cerrando su anteojo y llamando á los Galeanas y á los Bravos.

—Son las nueve de la mañana,—dijo, mirando su reloj.—A las doce es preciso que la plaza esté en nuestro poder. Señor Galeana, usted con el Regimiento de Guadalupe penetrará por esas calles,—dijo, señalando las que se llaman del Empedrado y Real. El Capitán Guerrero, con una Compañía, tomará por aquella que se llama de la Estación, y atacará la retaguardia de la Parroquia. Los señores Don Miguel y Don Víctor Bravo atacarán por la parte Norte, y Don Leonardo y yo tomaremos por nuestra cuenta la plaza, y bajaremos por el costado izquierdo de esta colina. Pero para preparar nuestro ataque, empezaremos por cañonear la plaza, y ya que tenemos piezas de batir, las aprovecharemos.

Los jefes fueron á disponer sus columnas, y un momento después, un cañoneo vigoroso y acertado, infundía el terror en la plaza y en la población, desmontaba las dos piezas del frente del atrio, derribaba una parte de la torre, y anunciaba, en fin, el asalto, que no tardó en seguirse.

Este no duró más que el tiempo necesario para que bajasen las columnas la quebrada y áspera cuesta del Calvario. El Regimiento de Guadalupe, muy disminuido

ciertamente, pero fuerte todavía en más de trescientos hombres, y guiado siempre por los Galeanas y por Guerrero, avanzó por los puntos señalados, y horadando casas ó marchando á pecho descubierto, se acercó á las últimas fortificaciones de la plaza, en donde los milicianos y los vecinos armados hicieron una resistencia desesperada. Don Miguel y Don Víctor Bravo tomaron también toda la parte fortificada del Norte; Guerrero penetró hasta el pie de los parapetos levantados á espalda de la Parroquia, y cuando se oyeron las descargas de la columna que guiaba Morelos en persona en la plaza, Galeana ordenó el asalto al atrio de la Parroquia, que fué tomado inmediatamente. Las tropas de la plaza, que aún se hacían fuertes en varias casas de la plaza, aspilleradas y claraboyadas, no tuvieron otro recurso que tocar parlamento y rendirse á Morelos.

Cosío, Garrote y Guevara, se habían escapado durante la refriega y corrían ya rumbo al Oriente de la población, sin que los insurgentes pudieran evitarlo, ocupados, como estaban, en el asalto.

Muchos de los defensores del atrio se refugiaron en la iglesia, que estaba llena de familias, y cuyas puertas se hicieron abrir con terribles clamores. El Cura Mayol y sus Vicarios, trémulos de espanto y revestidos con los ornamentos sagrados, se hallaban en el Presbiterio arrodillados, rezando en voz alta y teniendo al Santísimo expuesto en el altar mayor. Allí, al pie del ara se agrupaban con la mayor angustia, durante el asalto, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, presentando el espectáculo de la mayor desolación.

Aún resonaban algunos tiros en el atrio, cuando las puertas de la sacristía, que daban al Presbiterio, se abrieron, y el Capitán Don Vicente Guerrero, descubierto y con el sable metido en la vaina, se presentó é hizo ademán de hablar.

El Cura se precipitó á su encuentro.

—Señor Don Vicente, Vicentito, hijo mío: tengan ustedes misericordia de nosotros; aquí no hay más que mujeres.

—Señor Cura, dijo Guerrero, la plaza es

nuestra; pero no tengan ustedes cuidado alguno, porque sabemos respetar á la gente pacífica. Tranquilice usted á estas infelices gentes y que se retiren á sus casas. Pero en cuanto á los soldados que se han refugiado aquí, son mis prisioneros y deben rendirse al General.

Las mujeres no se tranquilizaron y al contrario, redoblaron sus ruegos y clamores. El Cura subió al altar, tomó la custodia, y temblando como un azogado dijo á Guerrero:

—Vicentito, amigo mío, por lo más sagrado que tenga usted, acompáñeme á ver á S. E. el señor Morelos para aplacarlo.

—Pero, señor Cura, dijo Guerrero, no hay necesidad de aplacarlo; lo que va usted á hacer es inútil. Ya he dicho que las familias pueden retirarse en paz. Los soldados, que vengan conmigo.

Entonces los soldados de Guerrero penetraron en la iglesia y se apoderaron de los realistas, que entregaron luego sus armas.

Pero el Cura, llevando el Santísimo y seguido de sus Vicarios y de una gran multitud, salió de la iglesia, atravesó el atrio, sembrado de heridos, y fué á la plaza, en donde Morelos aseguraba á los prisioneros que se le habían rendido

Al ver el caudillo todo aquel aparato, se indignó, y descubriéndose, pero sin bajarse del caballo, vino al encuentro del Cura.

—Excelentísimo señor, dijo éste. En nombre de este Divinísimo Señor, ruego á V. E. que tenga misericordia de tantas familias.

—Señor Cura, contestó Morelos, ¿á qué viene todo este aparato que desdora á la religión? Nadie ofende á las familias, ni nosotros somos las fieras que usted pinta. Vaya usted á depositar el Santísimo y á tranquilizar á esa pobre gente, que sólo usted ha podido espantar

El Cura se retiró haciendo reverencias con todo y la custodia, y más sereno, entró en la iglesia; pero no depositó el Santísimo, sino que volvió á colocarlo en el altar y él permaneció arrodillado, llorando y con las manos enclavijadas.

Después, Galeana le presentó á Morelos trescientos indios de Tixtla que habían si-

do hechos prisioneros en la Parroquia y en otros puntos.

—Guerrero, dijo Morelos usted que habla el mexicano, diga á estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, los recibiré con gusto.

Guerrero arengó á sus compatriotas, y les dirigió palabras tan expresivas, que todos ellos pidieron seguir con los insurgentes.

Este hecho fué como un arco-iris en el alma del héroe, poco há agitada por la cólera. Dirigióse contento á la casa del subdelegado, viendo arriar las banderas españolas de la torre y de la casa, y preguntó sonriendo por Cosío y Guevara.

—Allá van, señor, dijo Don Nicolás Bravo, señalando un camino que se dibujaba como una culebra roja en la empinada cuesta del cerro de Tapaxtla. Allá van para Chilapa.

—No quiso su suegro de usted, añadió Morelos, chanceando, deberle á usted la vida.

En la casa del subdelegado, esperaba á Morelos otro momento de disgusto.

El Cura Mayol estaba allí, todavía revestido con su capa pluvial, y con el bonete en la mano, acompañado de los acólitos con cruz y ciriales.

—¿Viene usted ahora á exorcisarme, señor Cura? le dijo Morelos bastante serio. ¿Por qué anda usted todavía con esas ropas sagradas?

—Vengo, Excelentísimo, señor, á decir á V. E. que todo está listo para el "Te Deum."

—Y, ¿quién ha dicho á usted que yo quiero "Te Deum?" ¿Cree usted que Dios recibirá esas acciones de gracias que usted le dirigiera por nuestro triunfo, cuando sólo siente usted odio contra nosotros? ¿Acaso presume usted que ignoro lo que usted ha predicado y hecho? Retírese usted, y no escandalice más á sus feligreses Yo no quiero más "Te Deum" que la gratitud de los pueblos á quienes vengo libertando del yugo español. ¡Váyase usted!

—Pero, señor, ¿me perdona V. E.?

—¿Yo? dijo Morelos fastidiado. Yo no tengo nada que perdonarle. Yo no hago ningún caso de usted.

Luego que el Cura desapareció, Morelos, dirigiéndose á los Galeanas, á los Bravos y á los otros jefes, les dijo.

—Ahora, á atender á nuestros heridos, y á comer; hemos llegado á la hora. Son las doce. Después, á descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos á Zacatula á los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de buen agüero. Las banderas españolas se bajan á nuestro paso; los Generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía á entregarse á sus tareas ordinarias.

Tal fué la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las Gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron á decir de los sucesos de esa campaña del Sur después de Abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, á donde vinieron á explicar el cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena de hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; Don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración, con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares á quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud, en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

LA BATALLA EN EL PUENTE DE CALDERON.

I.

El día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapotlanejo á Tepatitlán, y yo resolví que nos levantásemos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar, sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heróicos campeones de la Independencia, les volvió al fin las espaldas dando al ejército español el triunfo más importante que alcanzara en la lucha de la Independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los más grandes sucesos de mi patria, había sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Barra y Zacoalco, en que había muerto la florida juventud de la ciudad: la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del Obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando: la concentración del ejército independiente y los preparativos de la batalla: la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al recelo de un motín interior: la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugi-

tivos: el terror con que se aguardaba al implacable Flon: la entrada de Calleja y las ejecuciones con que ensangrentó la ciudad; todos estos sucesos pasados del 11 de Noviembre al 21 de Enero, habían dejado en cada familia memorias dolorosas y recuerdos de espanto que aquella generación no podía olvidar, y que los que nacimos algunos días después de tan terribles sucesos, recogíamos desde nuestra más tierna infancia. Antes de poder comprender lo que era una batalla, ni por qué se había dado el terrible combate, el nombre de Calderón era para nosotros un nombre de infortunio, de sangre y de lágrimas, impreso en el alma por los primeros recuerdos de la infancia, é íntimamente ligado después con la idea del sacrificio de los parientes y los amigos de nuestras familias, del terror y la desolación de una ciudad entera, de la sanguinaria venganza de los opresores extraños, y del infortunio de nuestra patria.

Calderón era, pues, para mí, como para tantos otros, un nombre de indefinibles emociones, un recuerdo doloroso y de gloria á la vez; y por el sentimiento natural que excita nuestra curiosidad, deseando ver los lugares en que se han verificado los grandes sucesos históricos, yo ansiaba, hacía mucho tiempo, por pasar en Calderón algunas de aquellas horas solemnes de meditación que se pasan en la soledad, ocupada la mente en serias reflexiones, y conmovido el corazón con el recuerdo de los pasados sucesos. Durante mi vida he contemplado muchas veces los lugares de nuestras ciudades consagrados por alguna memoria, y yo no sé por qué la vista de los hombres despoja de sus encantos á estos monumentos; mientras que en la soledad adquieren un no sé qué de grave y de solemne, que hiere el alma y la aterra.

Tal fué lo que sentí en Calderón. La mañana estaba fría y nublada, como mañana de Diciembre: el viento sutil del Norte penetraba nuestros poros, produciendo un sordo murmullo las hojas secas de algunos árboles, y las extremidades de inmensas tablas de zacate seco, sobre cuya su-

perficie el aire describía mil fantásticos dibujos: delante de nosotros se divisaban las altas cimas de los montes, y á nuestros pies y á nuestro alrededor había una loma árida y desigual, sin árboles y sin agua, de un color rojizo y llena de piedras: en el fondo se veían algunos jacales y uno que otro animal pastaba rumiando en el campo.... Estábamos en Calderón, en Calderón, que silencioso ahora, fué con todo un día el lugar en que cien mil hombres se reunieron para destruirse, para empapar aquel campo en sangre, y dejar sobre él centenares de cuerpos humanos que sirviesen de pasto á las aves de rapiña y á los animales feroces de aquellas cercanías: aquel silencio volvió luego, y no volverá á interrumpirse quizá hasta el fin de los siglos.

Yo llevaba una copia del plano de la batalla, levantado por el Estado Mayor del ejército realista y publicado por Torrente, y guiado por él logré situarme en la loma que se vé al Norte, y desde cuyos puntos más elevados se distinguen bastante bien el frente, los llanos de la derecha y los contornos de la loma, que á la izquierda se extiende hacia el Oriente del mapa. Esto era lo que yo deseaba: saqué mis apuntes, coloqué el plano, y comencé á compararlo con el campo famoso que tenía delante. El lector me permitirá que lo translade á la escena que yo recordaba, y que le diga sobre ella lo que he investigado, con las penas y dificultades que por la incuria de los contemporáneos cuesta ya aclarar los hechos históricos más importantes y más recientes.

II.

El campo de Calderón fué escogido para la batalla, por dictamen de Allende y Abasolo, quienes lo juzgaron como el más á propósito para resistir al ejército realista, que iría indudablemente á combatir á los jefes de la Independencia que ocupaban á Guadalajara. Todos previeron la inevitable necesidad del combate, y difirieron sólo en

cuanto al plan de resistencia, para cuya determinación se reunió una junta. Allende, que conocía la disciplina militar y apreciaba sus ventajas, temiendo el desorden de las masas desarmadas, con las que hasta entonces habían combatido, proponía que se dejasen en Guadalajara, y saliera sólo en busca de Calleja una división poco numerosa, y compuesta de los soldados más disciplinados, la que aventuraría un combate, contando con tener segura la retirada y un buen punto de defensa en Guadalajara, donde quedaría instruyéndose una fuerza considerable. Hidalgo contradijo este parecer: hizo presente que la poca fuerza regularizada que tenían, en su mayor parte no podía competir en disciplina con las tropas del Gobierno, de suerte que no pudiendo en el principio de la guerra apelar á otro recurso que al de la superioridad numérica que les había dado el triunfo en otras partes, era preciso oponerlo á Calleja: manifestó que aquellas masas eran más útiles mientras más cerca estuviesen del centro, porque en las marchas se debilitaban por la deserción y los desórdenes; y expuso el peligro de que retirada de Guadalajara la fuerza más respetable, fuese atacada la ciudad por el Gobierno, ó de que en todo caso se cortara la retirada á Allende. La mayor parte de los jefes fueron de este dictamen, y se resolvió luego dar la acción en un lugar cercano, y separado sólo de la ciudad lo necesario para que ésta no sufriese los desastres de la batalla. La elección recayó en el puente de Calderón, y desde aquel día el nombre obscuro y olvidado de este lugar, perteneció á nuestra historia.

La razón de esta preferencia me parecía obvia mirando el campo, y los hombres del arte nunca la han negado. Calderón se halla situado diez leguas al Este de Guadalajara, y la configuración del terreno es la que denota el adjunto plano, y que se percibe á primera vista. Un pequeño riachuelo conocido con el nombre de Calderón, atraviesa de Oriente á Poniente una loma como de tres cuartos de legua de extensión, y con el tiempo ha hecho un cauce tan pro-

Campo del Puente de Calderón

fundo, que se tiene como invadeable; por lo que en el punto más cómodo se construyó un puente que fuera de su celebridad histórica, nada tiene de notable, ni por sus dimensiones, ni por su arquitectura: es uno de esos puentes de un solo arco y con dos groseros pasamanos de piedra, que á cada paso encontrámos en los caminos. A poco hay un rancho de tres ó cuatro miserables chozas, y siguiendo al Sureste se vé al frente un pequeño llano, limitado por el arroyo de las Amarillas, que como el de Calderón, desemboca en el río Tololotlán. Las grandes fuerzas numéricas del ejército americano, podían cubrir fácilmente una inmensa línea ocupando toda la loma que se extiende desde cosa de media legua al Norte del Puente, hasta tocar las riberas del arroyo de las Amarillas. Ocupando todos estos puntos, el frente por donde tendría que llegar el ejército español, y el puente mismo, quedaban del todo descubiertos, y bajo los fuegos del campo independiente, de manera que habiéndoselas con un ejército instruido y bien armado, el paso hubiera sido imposible.

Escogido ya el lugar, la batalla no podía diferirse. Venegas, que conocía la importancia de la celeridad, dirigió sobre Guadalajara tres ejércitos que debían atacarla en combinación. El más considerable, mandado por Calleja y su segundo, el Conde de la Cadena, constaba de cosa de 6,000 hombres, y victorioso en Aculco y en Guanajuato, se dirigía por el Bajío, pacificando de paso algunas ciudades de tercer orden, como Silao, León, Lagos y Aguascalientes, en las cuales encontraba cortas partidas de insurgentes, incapaces de resistir al ejército de Calleja. La segunda división, compuesta de 3,000 hombres, y mandada por Don José de la Cruz, se dirigía por el rumbo de Valladolid, y después de restablecer en aquella ciudad el Gobierno Virreinal, debía atacar á Guadalajara en combinación con Calleja. Con el mismo objeto había una tercera división al mando de Don Antonio Cordero, Gobernador de Coahuila, quien con las tropas de las provincias internas, se dirigía

por San Luis y Zacatecas. Cordero no pudo llegar porque el Teniente Coronel Don Ignacio Elizondo sublevó sus fuerzas. Cruz ocupó sin dificultad á Valladolid y salió inmediatamente para verificar su movimiento sobre Guadalajara; mas en el tránsito tuvo que batir á Don Ruperto Mier, que se había hecho fuerte en Urepetiro, y así el día 14 se encontraba todavía á más de sesenta leguas de Guadalajara, mientras que Calleja el 15 podía estar ya en frente de las lomas de Calderón.

Hidalgo, sabedor de su marcha, determinó también que el mismo día 14 comenzasen á salir de Guadalajara las fuerzas independientes, que llegaron el 15 á Calderón y establecieron allí sus baterías el mismo día; de modo que en la mañana del día 16, el ejército todo estaba ya acampado.

Si Calleja hubiera observado fielmente las órdenes de Venegas, y hubiera cuidado más de la seguridad del triunfo que del brillo de su fama, hubiera debido aguardar á Cruz y atacar en combinacin con él. Pero Cruz acababa de vencer sólo en Urepetiro: era el rival que Venegas le oponía, y deseando no partir con persona alguna el honor de una victoria tan importante, Calleja el día 16 movió su campo de Tepatitlán, tan mal instruido de los proyectos y la situación del ejército independiente, que, según dijo en su parte al Virrey, pensaba ocupar á Calderón, tanto tiempo hacía destinado por sus contrarios para dar en él la batalla decisiva. Aquella mañana, pues, aquella mañana para siempre memorable, los dos ejércitos se vieron por la primera vez, con los sentimientos indefinibles de espanto, de furor y de venganza, con que deben mirarse los que saben muy bien que van á ministrar un horrible contingente de odio y de barbarie, y que no tienen medio entre derramar la sangre ajena y verter la suya propia. Aterradora fué sin duda la víspera de aquella batalla, y cuando yo dirigía mis miradas al terreno en que cien mil hombres tuvieron un día aquellos sentimientos terribles; cuando me figuraba que aquellos campos que tan tranquilos y solitarios fueron

el teatro de la tremenda lucha; mil y mil pensamientos se sucedían en mi mente, y necesité un grande esfuerzo para fijar mi atención en el plano y los extractos que llevé, con objeto de reconocer los lugares en que ambos ejércitos se situaron.

Comenzando por el en que me hallaba, ví luego que en él se había establecido el grueso de las fuerzas independientes. Una batería de 67 cañones, defendida por una columna cerrada de infantería y apoyada en una línea cuádruple de batalla, constituía la fuerza principal del ejército, y estaba á las órdenes de Don José Antonio Torres, ocupando el frente de la loma que ve al puente. Desde allí está completamente dominado el terreno que hay entre éste y el que ocupó la batería, y hacia la izquierda se estableció una línea cuádruple de batalla, formando un ángulo saliente con ella. En la izquierda de esta loma estaba la segunda batería, defendida con doce cañones, y luego, pasando el río, seguía otra con sólo siete, colocada en la prolongación de la altura que se advierte en el plano y es muy notable en el terreno. De estas dos baterías mandaban la primera Don Juan Aldama y la última Portugal, y para defender las tres, Allende, á quien se había encargado dirigiese la acción, dispuso de la poca fuerza regularizada que tenía. "La in- " fantería arreglada se situó tras de las " baterías en otras tantas columnas cerra- " das: la caballería de la misma clase, se " colocó en los flancos de las baterías pa- " ra apoyarlas: los flecheros debajo de " ellos, y el llano que se hallaba á la iz- " quierda quedó al mando de Hidalgo, lo " que podía llamarse la reserva, y que se " componía de una multitud incontable de " gente sin disciplina, y en la que se " encontraban más de quince mil caba- " llos." (*) Los españoles levantaron hasta el cielo, como lo hacen todos los vencedores, las dificultades con que hubieron de luchar, y que en realidad se redujeron al heróico valor de los defensores de la In-

(*) Dr. Mora.

dependencia; porque teniendo aquéllos una superioridad infinita en cuanto á la disciplina y regularidad de sus fuerzas, no podían en verdad contar con otro obstáculo que el de la ventaja numérica, si es que puede serlo una circunstancia que unida á la falta de disciplina, siempre, como en aquel caso, más contribuye á la derrota que á la victoria. Además, las fuerzas del ejército de Hidalgo que entraron en acción, no pasaron de ocho mil hombres, cuya disciplina claro es que no podía ser buena.

En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á disciplinar y organizar siete Batallones de infantería, seis Escuadrones de caballería y dos Compañías de artillería, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres, (1), tan poco instruidos como podían haberlo sido en tiempo tan corto, y faltando absolutamente oficiales. Los pocos que quedaban del Batallón de la Reina y del de infantería de Celaya, eran los únicos que podían contarse como disciplinados; y en cuanto al armamento, el estado del ejército era tan malo, que no tenían más que mil doscientos fusiles viejos y recompuestos, por lo cual ocurrieron al arbitrio de construir granaditas que se lanzaban con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas de hierro agudas que se debían arrojar contra la caballería. (2) La esperanza de los jefes de la Independencia, se cifraba sobre todo en una numerosa artillería. Se recogieron los pocos cañones que había á las manos, se fundieron otros muchos, y se mandaron traer desde San Blas todas las piezas que componían su artillería gruesa, y cuyos calibres eran de 16 á 24. Su transporte fué un verdadero prodigio, puesto que aquellas piezas enormes fueron arrastradas durante más de cien leguas de un camino fragosísimo, y por el cual en algunas partes jamás han pasado ruedas; sin más máquinas que los hombros de millares de mexicanos que "regaban material-

(1) Dr. Mora.
(2) Bustamante en el Cuadro Histórico.

mente la tierra con el sudor de su cuerpo," como ha dicho el señor Bustamante. Algunos de aquellos cañones quedaron desbarrancados en Mochitiltic, y llegaron á Guadalajara 43, de los que se mandaron treinta y tantos al campo de Calderón, donde se reunieron 103, de los que 8 se desbarrancaron y 87 cayeron en poder de los españoles: de éstos, 43 eran fundidos por los insurgentes. (1) En cuanto á Calleja, su ejército constaba de seis mil hombres perfectamente disciplinados, con la mitad de caballería, diez piezas de campaña y un repuesto enorme de municiones. (2) Tales eran los dos ejércitos que debían batirse.

En la tarde del 16, Calleja se acercó á hacer un reconocimiento del enemigo: dos Compañías de voluntarios de Celaya y Guanajuato, prosiguiendo el reconocimiento, se encontraron con las avanzadas americanas, y sostuvieron con ellas un tiroteo que alarmó á Calleja de tal suerte, que mandó en su auxilio al Cuerpo de infantería ligero de San Luis, á la Compañía de escopeteros de Río-Verde, y á los Escuadrones de España y México. (3) Las avanzadas sostuvieron el fuego, y se retiraron en orden al puente. Calleja se situó á tiro de cañón de éste, y no volvió á ocurrir novedad durante la tarde. Llegó la noche, y los dos ejércitos durmieron acampados á tiro de cañón el uno del otro, y en medio de aquel silencio profundo, que no era más que el lúgubre precursor de las tremendas escenas que debían verificarse á la vuelta del día. Torres instó por que se le diesen unas piezas y alguna fuerza, para molestar toda la noche al ejército realista; pero Allende no convino con esta idea, que según uno de nuestros historiadores, (4) hubiera podido dar grandes resultados, debilitando y aterrorizando á los enemigos, en los cuales, la multitud de los contrarios, debía siempre producir gran temor.

---

(1) Estado remitido por Calleja.
(2) Dr. Mora.
(3) Parte de Calleja.
(4) Dr. Mora.

En cuanto á Calleja, conocía las ventajas de la disciplina: aseguró á su ejército que " aquellas masas inmensas de caballería in- " troducirían el desorden y la confusión en " sus líneas, dándoles la victoria," (1) y después de practicado otro reconocimiento por el Comandante de la artillería, Don Ramón Díaz de Ortega, formó su plan, reducido á que "una columna atacase por la de- " recha del enemigo hasta desalojarlo de la " loma y baterías, al mismo tiempo que " otra por la izquierda, le llamara la aten- " ción por ambos lados, y atravesara el " puente, ó vadease el arroyo según convi- " niera, cayendo á un tiempo con todas las " fuerzas sobre el centro en que se perci- " bía el grueso del ejército contrario." (2) En la noche hizo reconocer si había algún paso vadeable para subir á la loma donde estaba la batería principal, y por la mañana distribuyó su fuerza en tres columnas. La primera se puso al mando de Don Manuel Flon, Conde de la Cadena, antiguo Gobernador de Puebla, y famoso por el carácter implacable y sanguinario que había desplegado en la guerra de Independencia, y se componía del Regimiento de infantería de la Corona al mando de Don Nicolás Iberri, y de los Regimientos de México, Puebla y Querétaro, al mando, el primero, del Capitán Barón de Antonelli, y los otros dos al de los Coroneles Don Diego García Conde y Don Manuel Pastor, con cuatro cañones de batalla. (3) Al mando de Don Manuel Emparán formó otra columna de caballería, para que acometiese por la dere-

(1) Su proclama de la víspera.

(2) Estas son las palabras de su parte, aunque es probable que haya querido presentarse, previendo el plan de batalla, en el mismo orden que observó después, estrechado por circunstancias harto desagradables para él. En su proclama después de la victoria, dice que la batalla fué obra de seis minutos; y en muchas otras de sus comunicaciones, se ven con frecuencia las fanfarronadas y pedanterías más ridículas.

(3) Parte de Calleja.

cha, flanqueando la última batería de aquel lado; mientras que el Coronel Don José María Jalón debía acometer por el centro, quedando Calleja con la reserva para ocurrir á donde conviniera. (1)

Por su parte, Allende dispuso que Abasolo se colocara en la cabeza del puente mandando una fuerte división que se extendía al pie de las dos baterías, con el objeto de impedir el paso del ejército de Calleja. Tales fueron las disposiciones de la batalla.

III.

El día 17 el ataque comenzó con la claridad de la aurora. El Conde de la Cadena marchó el primero con su división, llevando los cañones á mano y superando la dificultad que presentaba el terreno, y la acción se comprometió en el acto. Las valientes tropas de Abasolo le salieron al encuentro, y emprendieron una lucha sangrienta, con objeto de impedirle que subiese á la loma, y pretendiendo cortar de la división principal una sección considerable de infantería, que al mando del Capitán Don José Ignacio Vizcaya, protegía la marcha de aquélla, con la que logró al fin reunirse, llevando dos cañones que quitara á las fuerzas independientes. Entonces Calleja, que se había movido protegiendo la marcha de la primera división, se dirigió hacia el puente con objeto de tomarlo, y no pudiendo hacerlo porque "tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición," (2) se adelantó con su Estado Mayor, cuatro cañones, el Batallón ligero de Patriotas, la Compañía de escopeteros de Río-Verde, las dos de voluntarios y su escolta, y ocupó una pequeña eminencia que se vé á la izquierda del puente y cerca del lugar donde estuvo la tercera batería.

Entre tanto, la acción se había comprometido en la izquierda y en la derecha. El Conde de la Cadena, orgulloso con el éxito que había obtenido, y llevado de su natural

(1) Dr. Mora.
(2) Son palabras de su parte mismo.

fogosidad, atacó la gran batería. Ni el parte de Calleja, ni el detall de los Cuerpos realistas, ni las noticias tradicionales que sobre esta batalla nos han quedado, ministran los datos suficientes para seguir todas las evoluciones del ejército; pero sabemos, sí, que después de cuatro horas de un combate obstinado y sangriento, la victoria parecía favorecer á los jefes de la Independencia. El fuego de la batería principal, el ataque sostenido de la infantería, cuyos tiros eran secundados por multitud de piedras y de flechas, y el recio encuentro de la caballería, tenían, después de dos horas de combate, reducida á la división del Conde de la Cadena al mayor apuro. Fatigada la tropa y escaseando las municiones, se había visto en la terrible precisión de retroceder y hacerse fuerte en su retaguardia: (1) allí la artillería, viendo acabarse su parque, sostenía ya apenas un fuego lento: desordenada la infantería, buscaba más ya la retirada que el combate, y los dos Regimientos de dragones de Puebla y San Luis que se sostenían contra todo el grueso del ejército enemigo, comenzaban á retroceder. (2) cuando se advirtió que Calleja, apercibido de aquel desastre, mandaba una fuerte división, compuesta del 2o. Batallón de Granaderos, los dos Escuadrones de caballería del Cuerpo de Frontera y los dos cañones del Parque, al mando del primer Ayudante, Don Bernardo Villamil. Sin el extraordinario valor de Flon, y las ventajas de la disciplina, el combate hubiera terminado en aquel momento. Allende trataba de aprovecharlo, y mandó que la división de Torres continuara sus ataques con el mayor empeño, y que la caballería se precipitara sobre la indecisa fuerza de Flon. Dos veces se tocó á degüello, y dos veces la caballería fué rechazada, porque el fuego de la artillería no causaba todos los estragos que debiera, porque las cureñas de los cañones eran bastante imperfectas y no podían dirigirse bien con ellas las punterías,

(1) Extracto del parte de la infantería.
(2) Parte de Calleja.

y porque, además, los Cuerpos de infantería no tenían la disciplina necesaria para vencer aquella resistencia de fuerzas perfectamente instruidas y organizadas. Estas circunstancias fatales que por dos veces impidieron la victoria, dieron tiempo á que Villamil llegara dirigiendo los fuegos de su artillería, con lo que la batalla se restableció, salvando á la división del Conde de la Cadena, de una derrota casi segura. Pero los independientes no cedían, y habiéndose incendiado á poco con los fuegos un gran pajonal que había en el campo, (1) Allende quiso aprovechar aquella circunstancia y mandó que en el acto el grueso de la caballería é infantería de fusil dieran un recio ataque á la división; pero lo resistió la

(1) El incendio del zacatal y la explosión del carro de la pólvora, han sido explicados de diversa manera. Torrente, que lleva su parcialidad hasta un extremo ridículo, calla esta circunstancia, que disminuiría el mérito de su héroe, y nada dice de ella el señor Zavala. El Dr. Mora omite el incendio del parque, y atribuyendo el del pajonal á la descarga simultánea de las sesenta y siete piezas en los últimos instantes de la batalla, lo da por principal causa de la derrota. El señor Bustamante, dando igual importancia al incendio del pajonal, lo atribuye al del parque. Yo he procurado examinar este punto con todo detenimiento, y me parece incontestable que hubo en efecto un carro incendiado y un pajonal en el que prendió el fuego. Testigos oculares de aquel suceso me han referido que vieron los estragos del carro, y que encontraron multitud de muertos y heridos por él; de suerte que en este hecho no me cabe duda, y como el pajonal no podía haber causado estos estragos, parece indudable que es inexacta la relación del Dr. Mora. Además, si como este señor supone, el incendio del pajonal se hubiera verificado en los últimos instantes de la batalla, que fué cuando dispararon á un tiempo las sesenta y siete piezas de la gran batería, este suceso no hubiera podido influir en la batalla, porque en

sección de Villamil, haciendo que la infantería cargara á la bayoneta yendo á carrera, formando en batalla y protegida por la caballería. Este movimiento, y la circunstancia de que el viento arrojaba el fuego y el humo contra el frente del ejército mexicano, hicieron que después de disputar largo rato la victoria, se replegase á su antigua posición; sin que las fuerzas enemigas pudieran aprovechar esta ventaja, porque, demasiado fatigadas ya, y habiendo consumido las municiones, se limitaron á guardar su campo, haciendo una resistencia cada vez más débil, y que más presagiaba la derrota que la victoria.

Durante este tiempo, la división española de la derecha estaba en los mayores apuros. El General Empáran, avanzando con

---

aquel mismo instante la caballería y la artillería de los españoles estaban á tiro de pistola de la batería americana, y obraron con tal celeridad que los cañones cargados á metralla no pudieron dispararse. Por esta misma circunstancia creo también que debe rectificarse la relación del señor Bustamante, como yo lo he hecho, poniendo el incendio del parque al fin de la batalla, que es cuando en efecto sucedió, y el del pajonal en la acción particular entre el Conde de la Cadena y la división de Torres. En esta explicación se concibe perfectamente lo que era tan difícil de combinar, en el supuesto de que el incendio del parque hubiera causado el del pajonal, es decir, que el fuego y el humo hubiesen dado contra el frente del ejército independiente, cuyos carros de municiones deben considerarse colocados detrás y no delante de sus filas; y además, está apoyado en un documento de mucho crédito, en el extracto que el Mayor general de infantería hizo de la relación dada por el Teniente Coronel Don Joaquín del Castillo, en cuyo parte se habla del incendio del campo, en el lugar y con las circunstancias que yo lo he adoptado. Y debo agregar que este incendio se verificó también en la tercera batería, y en muchos otros puntos del campo de batalla.

su división, había tomado la espalda de la tercera batería, sobre la cual se dirigían también los fuegos de la artillería de Calleja, y lejos de lograr que se desconcertase la fuerza situada en aquel punto, encontró en ella una resistencia tenaz y obstinada. La artillería había hecho un fuego incesante sobre la caballería, y ésta, desconcertada por tanto valor, por la multitud de enemigos, y por la circunstancia de estar muy mal herido el mencionado general Empáran, cedía ya cuando la división que había quedado á las órdenes de D. José María Jalón marchó con toda celeridad á auxiliarla. Aquellas tropas de refresco vadearon el río teniendo el agua hasta la rodilla y llegando al campo en el momento de la derrota desplegaron en batalla su izquierda, y poniéndose en el intermedio de la caballería casi vencida y del ejército independiente, cargaron á la bayoneta, y con aquél movimiento hábilmente combinado, arrebataron con torrentes de sangre (*) la victoria que los gloriosos campeones de la independencia creían alcanzar por segunda vez. Con todo, no por esto cedieron: Aldama y Portugal que defendían aquella línea, mandaron sobre ella un nuevo refuerzo que ya no llegó al campo, porque el estado de la batalla exigía del jefe realista un movimiento rápido, general y decisivo.

En efecto, después de tantos y tan sangrientos como obstinados combates, la victoria sonreía aún por tercera vez al ejército independiente. En la gran batería de la derecha, después de cinco horas de combate, el conde de la Cadena, sin poder adelantar un paso, se limitaba á guardar su posición en espera de auxilios y municiones, mientras que las fuerzas de sus enemigos sin cesar reforzadas suplían la disciplina con el brío. A la izquierda Empáran, gravemente herido, y apenas escapado de la derrota, estaba acometido por las fuerzas

---

(*) Este combate fué muy sangriento, y en los partes se asegura, que en la infantería de Jalón no había una sola bayoneta que no estuviese manchada de sangre.

que volvían contra él, mientras que una fuerte división se dirigía con objeto de cortar los equipajes del ejército realista y ponerlo entre dos fuegos; operación dispuesta por Allende, y que verificada debía poner en confusión y completa derrota á las fuerzas todas de Calleja. Este conoció la enormidad del peligro, y se decidió á hacer un último esfuerzo, concentrando toda la acción en la batería principal del ejército independiente y aventurando á un golpe instantáneo y decisivo la suerte de aquella batalla, cuya prolongación le era funesta por la superioridad del número y el indomable valor de sus contrarios. Se puso al frente de toda la reserva: reunió la división de la derecha, y pasando el puente fué á reunirse con la división de Flon que estaba en los últimos apuros, y en la que su presencia infundió valor y su prestigio consiguió reunir á los dispersos. Los independientes replegaron en el acto su campo sobre el punto de la batalla, y allí comenzó el combate. Las divisiones de Calleja y Flon, y las de Abasolo y Torres, estuvieron en un momento la una en frente de la otra, y comenzaron un combate sangriento, en el que los americanos no cedían un palmo de tierra. Mas Calleja, que tenía resuelto avanzar, lo arriesgó todo y se adelantó, mandando por delante sus diez cañones de batalla, los que seguidos del batallón de Granaderos y el regimiento de la Corona, tomaron la izquierda por la orilla de la barranca en que estaba apoyada la batería principal: el batallón de Patriotas y los cuerpos de caballería marchaban al mismo tiempo por la derecha, protegiendo el paso de la división de Empáran que en aquel acto desembocaba por el puente: un momento después, aquél por la retaguardia de la derecha y Flón por la de la izquierda se dirigían también á la batería principal, y de esta manera el ejército todo se batía entre el puente y la loma.

El independiente doblaba sus fuerzas con su valor. Abasolo cargaba por detrás: Aldama se dirigía con su división á proteger

la batería, y Torres defendía ésta con una gran serenidad de ánimo. La batalla era general y terrible, y hacía ya un cuarto de hora que los dos ejércitos á medio tiro de fusil se atacaban con un furor recíproco, sin ceder ni uno ni el otro, cuando una granada cayó en un carro lleno de municiones del ejército mexicano, é hizo en su campo una explosión tremenda. Multitud de hombres perecen incendiados: las fuerzas próximas al lugar de la catástrofe se desconciertan, y Calleja aprovecha el momento: la caballería se precipita por la izquierda; por la derecha avanza Ortega, Comandante de la artillería, y detrás de él la infantería ataca á la bayoneta, cargando en batalla y á la carrera. El ejército independiente, aterrorizado con la explosión del carro de municiones, incapaz de poder dar dirección á las piezas de la gran batería, y atacado por un movimiento veloz, se vió estrechado teniendo á su espalda una inmensa barranca y por su frente un ejército de 6,000 hombres bien disciplinados y armados. No pudo resistir, y este fatal momento decidió de la victoria. Las piezas cargadas á metralla no llegaron á dispararse, y las fuerzas que guarnecían la batería principal tomaron la huida; en tanto que Abasolo, Allende y Aldama se retiraron batiendo al ejército español, impidiéndole que persiguiese á los fugitivos, y apoderándose de la última batería prolongaron allí bastante tiempo la resistencia, hasta que cediendo ya al número, á la disciplina y á la fortuna, se retiraron tranquilamente del campo de batalla, teniendo el tiempo necesario para recoger sus equipajes, y organizar las pequeñas secciones con que marcharon después para Aguascalientes.

El enemigo no pudo atacarlos en su retirada (*), y un solo hombre, el conde de la

(*) Torrente, que es sin duda uno de los peores historiadores que se conocen, no sólo calumnia á Allende, suponiendo que se retiró del campo de batalla dejando abandonadas en él sus tropas, sino que asegura que

Cadena, á cuyo corazón no bastaba la sangre derramada y que ciego en su furor se dirigió con solos doce dragones, para continuar su carnicería en los vencidos que huían, encontró bien pronto una muerte horrible y demasiado merecida. En el día de la victoria un cadáver lívido, denigrado y lleno de heridas, era todo lo que quedaba en el campo de los vencedores del feroz asesino de Guanajuato. Guadalajara vencida, entregada sin piedad á la venganza de sus crueles vencedores, era el objeto con que su saña se había deleitado muchos días antes, y así la ciudad inerme tuvo un consuelo al saber que su verdugo ya no podría perseguirla. Pero Calleja y Cruz le quedaban todavía. El primero hizo fusilar en el campo de batalla ciento y tantos prisioneros que se habían tomado (*), reservando otros doscientos para ostentar su triunfo en Guadalajara, en cuyo lugar los diezmó; y Cruz iba á tomar el mando de la Nueva Galicia, donde después de diezmar las poblaciones y sacrificar multitud de inocentes, debía huir como un cobarde á la proclamación de la independencia.

---

el ejército realista no dió alcance porque "las masas que huían eran tan compactas e inamovibles, que la caballería no tenía claros por donde pasar."—Este hombre es mal historiador y peor novelista.

(*) Esta noticia me la ha dado una persona respetable, que asistió á aquella memorable batalla, y la misma me ha asegurado que la pérdida del ejército independiente en la batalla, no pasó de 500 hombres muertos. La del español, según los partes, fué de 50 muertos y 125 heridos. El Dr. Mora dice que los primeros pasaron de 500, y Zavala asegura que en el ejército independiente perecieron 18,000 hombres. Como este guarismo está expresado por número, creo que por error de imprenta hay un cero más; antes que suponer que un hombre como Zavala cometiese tamaño error. Aún el cálculo de 1,800 me parece exagerado, y está deducido sin duda de los partes del ejército español, que dicen una cosa equivalente.

IV.

La batalla de Calderón, tan grande y terrible en la historia, ¿cómo no será un manantial de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por recios encuentros, y la imaginación nos trasporta á aquel día de heroísmo y de infortunio? Yo me auguraba ver los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba á los solos cuatro meses de proclamada la emancipación, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir á batirse con una división bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban á centenares. Me figuraba á los nobles jefes de la independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir á continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadalsos; y entonces ¡cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han querido obscurecer su memoria, reprochándoles los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha; como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos de que pudieran; como si no hubieran hecho todo lo que el valor y el patriotismo podían hacer, y como si los hombres á quienes no ha sido dado figurar dignamente en el obscuro horizonte de las discordias civiles, tuvieran derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!

Siempre he creído que la generación que venga, y que compare á las dos que le han precedido, y cuya herencia habrá de recoger, dirigiéndonos apenas una mirada de compasión, consagrará un culto puro y acendrado á los que destruyeron la obra de Hernán

Cortés. ¡Qué obra! ¡Qué hombres los que la demolieron!

En aquel lugar recordaba yo que allí mismo había estado Torres, honrado y sencillo campesino, que abandonó su familia y sus comodidades para seguir el estandarte peligroso de Dolores, y que vencedor en Guadalajara, no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo verter lágrimas á las familias de los que persiguiera. Torres, al mismo tiempo que Calleja entraba á degüello en Guanajuato, y que Flon inundaba de sangre á Granaditas, dió libertad á todos los prisioneros, y garantías á todos sus enemigos, en la ciudad misma, en la que poco después se le paseó por vilipendio en una carreta, exigiéndole que levantara aquella mirada que debía aterrar á sus asesinos. "Yo no "tengo, dijo, por qué bajar los ojos, y sin "necesidad de ese instrumento los llevaré "altos." Con la misma serenidad subió á la horca, en la que su cadáver permaneció expuesto, hasta que se le bajó para dividirle en trozos, que se clavaron en varios parajes de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe, por el ingrato país, que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la Independencia; y sus asesinos han arrastrado y llevarán hasta el fin de su vida el enorme peso de aquel crimen nefando. (*) La suerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas sobre el triste fin que por lo común han tenido en el mundo la virtud y el heroísmo.

Más adelante estaba el campo en que combatió Abasolo, hombre que, como Torres,

---

(*) Torres murió el 23 de Mayo de 1812. Los ultrajes que se le hicieron en su entrada, y los horribles términos de la sentencia, fueron en realidad la obra de Cruz; mas aquélla la firmaron Don Juan J. de Sousa y Viena, Don Francisco Antonio de Velasco, Don Manuel García de Quevedo y Don Domingo María Gárate.

había libertado de la muerte á multitud de españoles, para sufrir como él el peso de su ferocidad. La historia del noble y valiente Abasolo, cuyas cenizas descansan en una mazmorra extranjera, y la de su heroica esposa, son uno de los episodios más tiernos y sublimes de aquella lucha. Mis lágrimas cayeron sobre los lugares que me recordaban tan vivamente su memoria. ¿Y cómo olvidar la de Allende? ¿Cómo no pensar en el jefe denodado de aquella batalla? Hidalgo, acusado de los malos sucesos de su causa, por la natural división de los jefes de una empresa desgraciada, había dado una relevante prenda de su desprendimiento, cediendo á Allende el mando y todas las disposiciones del combate, del cual se mantuvo retirado con el Cuerpo de reserva, á más de una legua del campo de batalla.

Hidalgo, Aldama y Allende fueron los primeros autores de la Independencia. Sólos los tres, en la casa cural de Dolores, habían pesado la suerte de la patria, en la noche para siempre memorable del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y entonces, desconcertados en sus proyectos, perseguidos ellos y presos ya sus compañeros, Hidalgo, con voz de trueno, anunció que era llegada la hora de quebrantar las cadenas, y sólo con cinco hombres emplazó para un combate de muerte á un poder terrible. Yo no sé que la historia refiera algo que se parezca á esto, y por ello he creído siempre que Hidalgo y sus dos compañeros de aquella noche eran grandes, colosales en la historia. Los tres emprendieron aquella guerra y los tres vieron disiparse á los cuatro meses sus esperanzas en el campo funesto en que me encontraba. Aquí, decía yo, la victoria les sonrió: aquí pudieron creer un instante realizadas sus esperanzas, y aquí también tuvieron que medir su grande alma con el infortunio. ¿Cuáles serían los sentimientos que agitaban á Abasolo y á Allende cuando al frente de sus filas hacían caer las de los opresores de su patria, y cuando resistiendo su choque veían en su esfuerzo y su disciplina, el signo precursor de la vic-

toria? ¡Qué horas también las que Hidalgo pasó oyendo el estrépito de la batalla, y sabiendo sus variables nuevas!....

Yo pensaba en todo esto: yo recorría todos los lugares en que creía que hubieran pasado los sucesos más importantes de la batalla, figurándomelos con la imaginación, y llena el alma de pensamientos dolorosos y de ideas melancólicas. Después, en la mañana misma, procuré encontrar alguna de las piezas desbarrancadas en aquella batalla, y no encontré ninguna: probablemente estos monumentos únicos que han quedado en aquel campo de tan terrible suceso, estarían ya enterrados en el polvo de tantos años. Ví también una multitud de piedras sobre las que en otro tiempo se levantaban unas pequeñas cruces de palo, y en las cuales el vulgo creía que se habían recogido las osamentas dispersas de los cadáveres que quedaron insepultos en aquellos sitios, y retirándome después al rancho, hablé de aquel acontecimiento, esperando encontrar algunos recuerdos tradicionales que nada nuevo revelaban, y que con todo, tenían para mí no sé qué de sorprendente y solemne, escuchándolos en el lugar en que se habían verificado, y de la boca de los que hacían de ellos un recuerdo diario.

V.

En la noche la luna brillaba sobre el firmamento. Millares de estrellas lucían sobre aquel cielo purísimo, y una calma profunda reinaba en los contornos. Me acerqué al puente, y sentado en una piedra de él, pasé largo tiempo revolviendo los recuerdos del día, y pensando sobre todo en las tremendas noches que en aquel mismo lugar pasaron los dos ejércitos, la víspera y el día de la batalla. En la primera, más de cien mil hombres, en la flor de la vida y con el corazón lleno de esperanzas, estuvieron allí, pensando todos en el combate y en la victoria, y los más de ellos en la grande obra de libertad y de justicia, que esperaban alcanzar con su valor y su vida. Al día siguiente, el tigre descansaba ya después de

haber devorado su presa: miles de hombres huían despavoridos con el terror de la derrota: los jefes de la Independencia se retiraban con el corazón lleno de pesar, acercándose al lugar en que debían hallar fin sus días preciosos; el campo estaba lleno de cadáveres, empapado de sangre, cubierto con los escombros de la batalla, y en él existían sólo, vivos, aquellos á quienes la victoria había favorecido, y los que prisioneros en sus manos, se guardaban para servir al orgullo de los vencedores en su entrada triunfal, y satisfacer después su sed implacable de sangre. ¡Cuánto infortunio y cuántos dolores en este horrible drama! Lo que entonces sentí, no puede describirse, porque á pocos hombres ha dado Dios la facultad sublime de revelar lo que hay de más íntimo y de más tierno en el corazón humano. Pero yo jamás olvidaré aquel día, en que á la pálida luz de la luna y con los ojos humedecidos por una emoción profunda, fijos en el teatro del tremendo sacrificio, mi corazón preguntaba á la Providencia: ¿si tantas lágrimas, tanta sangre y tanto heroísmo serían inútiles, ó si bien llegaría un día en que la sangre derramada en Calderón produjera la libertad, como al cabo de diez años produjo la Independencia? En aquellos momentos, al menos mi fe en el porvenir de mi patria fué completa y segura, y mil otras ocasiones ha servido de consuelo á mi corazón, el pensar que Dios no abandonaría jamás la causa, por la cual quiso que se vertiese tanta de la más noble y más pura sangre que ha habido sobre la tierra.

MARIANO OTERO.

EL CABALLO DEL CENTURION.

I.

Allá, hace unos cien años, á principios del siglo que todos hemos visto morir, y que vió nacer nuestra Independencia, sucedió lo que voy á narrar.

En aquella época, y en los pueblos principalmente, las ceremonias de la Semana Santa se hacían de una manera gráfica, para impresionar los sentidos de los sencillos é ignorantes indígenas y hacerles comprender medianamente los sufrimientos que pasó Nuestro Señor para hacer nuestra redención.

Esas costumbres, introducidas por los primeros misioneros, les ayudaron no poco en su obra de evangelización, y subsistieron durante siglos, hasta que habiendo degenerado, fué necesario prohibirlas, no consiguiéndose aún que en ciertas comarcas estén del todo suprimidas.

Pero en los tiempos de que me ocupo aún se conservaban en toda su inocencia y sencillez primitivas.

Fama tenía la Semana Santa que se celebraba en un pueblo de las cercanías de Maravatío, por la suntuosidad de sus ceremonias, suntuosidad que aumentaba de año en año por el cuidado que tenían los Párrocos de que su iglesia conservase esa fama y atrajese durante los días santos el mayor número posible de fieles de las rancherías y poblaciones circunvecinas.

Entre las notabilidades que el pueblo ofrecía en esa época, era una de las primeras, si no la principal, la ceremonia de la lectura de la sentencia de Jesús hecha por el Centurión romano; y no por otra razón sino por la habilidad del caballo que montaba aquel personaje.

Regalo de un rico ranchero de las inmediaciones, el caballo, que era valioso y arrogante, había sido perfectamente amaestrado por su antiguo dueño, y en cuanto escuchaba el redoble de los tambores que anunciaban la lectura de la sentencia, el blanco animal empezaba á caracolear y á seguir con acompasados movimientos el sonido de los parches.

El jinete procuraba ayudarlo en esta tarea, y era de ver el primor con que el bruto, sin salir de un reducido espacio de terreno, bailaba á más y mejor hasta que se perdía el último eco de los redobles.

Acabada la Semana Santa, el caballo permanecía el resto del año en las caballerizas del Curato, perfectamente cuidado y atendido, y apenas era montado alguna que otra vez á la semana para que no se "sobrase" demasiado, por el Cura ó el sacristán.

II.

Aconteció por entonces que el grito dado en Dolores por el Cura Don Miguel Hidalgo, al repercutir en todos los ámbitos de la Colonia, entusiasmó á innumerables personas é hizo que multitud de jóvenes dejaran sus hogares para engrosar las filas de la revolución.

Juan, el sacristán del Curato del pueblo aquél, al tener noticia de los triunfos de los caudillos independientes, sintió bullir su sangre de veinte años, y habríase incorporado al ejército de Hidalgo, á su paso por Maravatío, si la enfermedad de la autora de sus días no lo hubiese retenido á la cabecera del lecho de la enferma.

Pero muerta ésta luego, y sabiendo á poco Juan que Rayón se encontraba en Zitácuaro con el objeto de fortificarse en la Vi-

lla, ya no vaciló más y una noche obscura de Diciembre, dejó su habitación del Curato y con infinitas precauciones, para no ser sentido, fué á la caballeriza, ensilló el caballo del Centurión y salió al campo, incorporándose al día siguiente al ejército del jefe insurgente.

Al principio todo fué bien para el novel soldado, y como buen jinete que era, empezó á ser distinguido por sus superiores en el servicio de exploración.

Pero no tardó en presentarse Calleja frente á Zitácuaro con sus terribles tamarindos, y entonces empezaron los trabajos para el ex-sacristán, que aún no había probado los sinsabores de la vida de campaña.

El día del ataque á la Villa, Juan, que por primera vez oía silbar las balas en sus oídos, conservaba á duras penas su serenidad, y en el momento en que se declaró la derrota de los independientes se encontró entre la retaguardia del ejército insurgente.

El caballo famoso habíase portado hasta entonces sin reproche, pero en el momento en que escuchó bastante cerca el redoble de los tambores del ejército realista, creyó que era llegado el momento de lucir sus habilidades y púsose á bailar y á caracolear, ni más ni menos que como lo hacía en las solemnidades de la Semana Santa.

En vano Juan le hincaba las espuelas para hacer cesar las piruetas y obligarlo á correr en pos de los independientes, que á gran prisa se iban alejando.

El caballo tal vez creía que se le excitaba así para que bailara mejor, y á pesar de las angustias de Juan, no salía de un lugar al oír que los redobles continuaban cada vez con más fuerza.

Los realistas se acercaban á paso de carga y poco faltaba para que estuvieran cerca del ex-sacristán, que sabía perfectamente que aquellos en el primer momento y excitados por la victoria sólo se ocupaban de matar y herir, sin hacer prisioneros.

En tan críticos momentos, Juan, renegando de la hora que se le ocurrió escoger para caballo de batalla aquel animal, sólo acostumbrado á bailar, se apeó de él, y con-

fiando su salvación á la ligereza de sus piernas, echó á correr en pos de los independientes, no sin que los realistas le disparasen algunas balas, que por fortuna no le tocaron.

El caballo, que aun sin jinete seguía bailando, quedó como botín de guerra en poder de un jefe del ejército de Calleja, que pagó cara su adquisición, pues por las mañas del solípedo quedó gravemente herido en el sitio de Cuautla.

Juan el sacristán quedó tan pagado de los caballos, que en adelante, aunque siguió las banderas insurgentes, prefirió militar en la infantería.

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR

EL PRIMER SACERDOTE AJUSTICIADO POR LOS ESPAÑOLES.

Hemos oído repetidas veces que el Cura Matamoros, antes de que fuese fusilado, ya sus verdugos habían querido ahorcarle, por medio de la horrible "mascada" de hierro. Consistía esta mascada en una especie de argolla, del diámetro aproximadamente del cuello humano, que fija á una viga vertical, reducía dicho diámetro, al hacer funcionar un tornillo, hasta causar la estrangulación.

Lo que sucedió en esto fué que "se ha confundido" al ilustre Cura de Jantetelco con el "Padre Salto." Este eclesiástico, probablemente michoacano, fué ejecutado el año de 1811 por el feroz Torcuato Trujillo, especie de tiranuelo que durante largo tiempo hizo sufrir á Valladolid los horrores de un carácter despótico y sanguinario. Los pormenores del suplicio que un caracterizado testigo ocular, el señor Manuel Montaño, nos refiere, fueron éstos:

El "Padre Salto," que había hecho armas contra el Gobierno español por la Independencia de México, fué aprehendido al Occidente de Michoacán; y preso en el "Correccional" de Morelia, se le formó un proceso inicuo. Fué sentenciado á sufrir la pena de garrote vil.

La historia, al recoger ahora el nombre de este mártir ignorado, habrá de consignar en sus fastos esta curiosísima circunstancia: el "Padre Salto," uno de los primeros patriotas mexicanos que vino á fecundar con su sangre el árbol de la Libertad, fué " el primer sacerdote ajusticiado de orden

" del Gobierno español, por haber defendi-
" do la causa santa de la Independencia de
" México."

El nombre del insigne clérigo, por circunstancia tan dolorosa, "debe ir á la cabeza del catálogo sangriento" de nuestros mártires.... La víctima salió del Correccional, perfectamente escoltada. Frente á la casa que es hoy del señor Lic. Manuel Oviedo Alzúa se había levantado el patíbulo. Ese portal, en la actualidad llamado de "Hidalgo," en aquel entonces era conocido por el "Portal de Guadalupe."

Allí formó cuadro la tropa. El infeliz "Salto" ocupó el triste lugar que le correspondía. La argolla de acero aprisionó su garganta. A la seña del Fiscal, el verdugo hizo girar el tornillo: el madero se estremeció á las convulsiones espantosas del ajusticiado.... Hubo que empezar de nuevo.... porque la víctima se presentaba rebelde á la muerte. Así pues, el tornillo, después de haber sido aflojado, volvió á girar, produciendo un pavoroso chirrido.... El rostro de "Salto," empapado por copiosísimo sudor, se puso negro, el blanco de sus ojos, que casi le saltaban de las órbitas, se dejó ver por completo.... Entonces sucedió una cosa indescr'ptible: la argolla de hierro, como impotente para agobiar aquella naturaleza de león, se rompió en dos pedazos. El "Padre Salto," moribundo casi, cayó en medio de las convulsiones más horribles; pero su vida no se extinguía; no parece sino que se aferraba á la tierra, donde se habían menester más que nunca héroes y soldados!

El espectáculo no era para que fuese presenciado sino por corazones de bronce. En muchos semblantes se pintaban á la par que la emoción el más profundo pavor.

Trujillo, subyugado en su ferocidad, hizo imperiosa seña á uno de sus soldados. El dragón adelantó, y apuntando al acaso, descargó su arcabuz sobre el corazón del primer sacerdote, mártir de la Independencia de México.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.

UN RASGO DE TRUJILLO.

I.

Era Don "Torcuato Trujillo,"—Comandante militar de Valladolid,—señor de vidas y haciendas en toda su aterrorizada comarca: por quítame allá esas pajas, despachaba pichones, que no pájaros de cuenta, al otro mundo. Si cuando al año siguiente, quiere decir, el 24 de Diciembre de 1812, que marchó para México cargado de crímenes y dinero, según dice Bustamante, no repicaron los vecinos, fué por temor de que Trujillo, en un rapto de indignación, se quedase.

Cuando el horrendo suplicio del "Padre Salto,"—el primer sacerdote ajusticiado por los españoles, según reza la tradición, al iniciarse la guerra de Independencia,—en momentos en que la argolla de hierro quedó inutilizada y la víctima se retorcía con desesperadas convulsiones, de entre los espectadores hubo de salir una anciana indignada, frenética, y con lágrimas en los ojos.

—"¡Malditos!—dijo á los soldados,—allí está la mano de Dios. Sobre esta tierra que la sangre acaba de empapar, maldita ya como los verdugos, no volverá á llover nunca!"

Trujillo, al oír el acento de convicción de aquella mujer, que con su aire trágico tuvo el aspecto de una pitonisa, no pudo disimular un movimiento de terror.

—"¡Aprehended á esa bruja,"—balbutió con turbación.

La mujer fué sujetada por los brutales sayones. De allí la transladaron á la Cárcel de Mujeres, plazuela de las Animas. No hay que olvidar que era triste teatro de estos sucesos la histórica Valladolid.

II.

Pasaron "muchos" meses, y por el "crimen" que hemos narrado, la anciana vió aumentar el copioso caudal de los hilos de plata que eran aureola á su frente y que pareció tomaron más brillo al soplo del infortunio.

Una mañana, para tranquilidad de la bien negra conciencia de Trujillo, el cielo amaneció encapotado.... A poco, el más copioso aguacero refrescó las áridas callejas de la noble Valladolid.... ¡Al fin llovió! Trujillo daba cada salto de alegría, que á ser más frágil el piso, se hubiera hundido en la tierra, si bien esta desgracia, que fausto suceso sería entonces aun para más de un español ricacho, lamentable la habían de juzgar los amigos de ejecuciones y alcaldadas....

Pero ni Trujillo se hundió y sí seguía lloviendo que era una bendición. De improviso, el tiranuelo pareció recibir una inspiración no se sabe si de lo alto ó de lo bajo, pues, por hechos que guarda la historia, muy sospechoso en sus relaciones con todos los demonios del infierno ha venido á ser el tal soldadote.

Lo averiguado del caso es que él dió ciertas órdenes entre risas y fiestas que hicieron temblar á sus mismos sicarios. Uno de ellos, en marcha apresurada, tomó el camino de la reclusión de mujeres. Entonces llovía más que nunca: á cántaros.

Vióse, pocos momentos después, frente al edificio citado, el espectáculo más singular: una pobre vieja, perfectamente sujetada, y á la que con fina atención colocó su guardián debajo de una canal, ó dicho en buen romance, debajo del grueso chorro de la

agua, que con armonioso estrépito se precipitaba por la susodicha canal....

Era nuestra pitonisa. Ella se retorció, gimió, aulló, pero no hubo remedio: bien limpiecita se fué á su casa. Después de aquel baño forzoso, recobró su libertad.

Y un rasgo tan sólo es éste, del "buen" Trujillo, motivo justo por que los contemporáneos no tendrán empacho en corroborar que el diablo ni envidia le tuvo.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.

UN DRAMA EN 1810.

I.

El 16 de Septiembre.

En la primavera de 1810, al viejo mundo lo oprimía un gigante: la fama y la gloria aumentaban el prestigio de ese gigante por quien hasta hoy el entusiasmo se aviva. Una parte de la Europa, la patria de Pelayo, había lanzado á la arena contra sus legiones, sus guerreros, sus nobles, sus poetas, y hasta sus sacerdotes para que defendiesen sus hogares y sus vírgenes: la lucha era tenaz y terrible para contrarrestar el poder del héroe del siglo que ambicionaba el imperio del mundo: lucha sostenida con la obstinación que inspiraba el orgullo británico, aliado, oficioso y temible contra el nombre francés y el gran Emperador. Tiempo há que á la América se le prescribían los medios para evitar el contagio europeo. Había llegado á Nueva España como el trueno lejano de la tempestad, el eco de las mágicas voces de "Libertad" é "Independencia," que los peninsulares pronunciaban como el náufrago que grita "salvación," y hace esfuerzos para llegar á tierra en medio de las olas que lo arrebatan. El sonido de otra palabra se dejaba oír de vez en cuando; palabra dulce, pero no pronunciada con serenidad, y era la de "hermano." A esta expresión, en lo aparente tierna, seguía la mayor anomalía, enardeciendo el alma me-

dos hablaban con desembarazo, todos presentaban un semblante risueño en medio de los transportes de una alegría enteramente nueva: la atmósfera misma parecía más pura, como si la naturaleza por su parte quisiera celebrar este acontecimiento. Los circunstantes, conferenciaban unos, otros protestaban; todos estaban afanados por la reunión de hombres y de armas: los vecinos todos tenían un mismo deseo, un mismo ardor: el patriotismo los animaba, y la uniformidad de su pensamiento hacía que cada uno obrase con una actividad sorprendente. Diversos correos parten y llegan: la noticia del suceso se propaga como la electricidad: indígenas candorosos é inocentes vuelan á postrarse á los pies de su pastor y á hacerle ofertas hasta de su vida. En la plaza hacían oleadas las diversas reuniones: el concurso era numeroso, y repentinamente se ve á la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe colocada en un estandarte, y "se le proclama por la Patrona de la América." A los vivas de esta Imagen y de Hidalgo, y á algunos mueras de los europeos, los grupos de rancheros y de indios se aumentan: aquéllos con su aspecto rústico é indómito, vestidos con sus cueros, calzones y batas de campana, adornadas en algunos con varias piezas de plata, llenas de deformidad, y con sendos sombreros, estaban mal armados: los indígenas con sus hondas y garrotes, llevaban una estampa de aquella Imagen en sus sombreros. Todos expresaban el júbilo de que estaban poseídos, é introducían una confusión con sus estrepitosas voces, que no permitían escuchar la voz de los que se habían improvisado por sus jefes, ni aun del mismo Hidalgo. En fin, después de algún trabajo por parte de éste y de algunos caudillos, logró hacerse entender.

Estaba en la plaza dando algunas órdenes, cuando se le presenta un joven de las principales familias, de figura interesante, y en cuya fisonomía se traslucían á la vez el entusiasmo y el dolor.

—Señor, le dice á Hidalgo, vengo á seguir á usted en su noble empresa: usted procla-

ma la salvación de esta parte de la América y la ventura de los hijos de ella: yo nada valgo, pero me anima un noble patriotismo, y no vacilo en unirme al libertador de mi patria, y combatiré por ella hasta morir.

—Os veo, le replica Hidalgo, exaltado, pero dudo que habléis con exactitud. Son bien grandes los riesgos que van á correrse, acaso bien pronto os habréis arrepentido: reflexionad, y entonces admitiré vuestros servicios.

—Señor, dijo uno de los que se hallaban presentes: este joven es hijo de un español de los que se hallan presos; deberíais desechar sus ofertas, que son demasiado sospechosas.

—Os engañáis, exclama interrumpiendo una hermosa joven, tan fresca como la rosa que se ha abierto á los primeros rayos del sol y que aún el rocío brilla en sus hojas, y dirigiéndose á Hidalgo, añade: señor, jamás ha habido un hombre más franco y sincero que Angel: yo conozco sus sentimientos más íntimos y sus hechos siempre han estado acordes con sus palabras. Verdad es que á su padre se le acaba de reducir á prisión, y este pesar no puede ocultarlo, porque es un deber sagrado de la naturaleza; pero no por eso es menos noble y generoso con su patria. Disimulad que hable á su nombre, pues lo amo como á mi hermano, y yo no he podido resistir, á pesar de mi edad y condición, al deseo de seguirlo y acompañarlo en el dolor que lo atormenta, en medio de esta confusión que reina.

Cuando concluyó, el rubor coloreó sus mejillas, y llena de confusión por lo que acababa de hacer, bajó la vista como reprendiéndose á sí misma de su temeridad; pero los padecimientos de Angel por la prisión de su padre y los sentimientos de aquél, la habían alarmado en aquellos momentos extraordinarios, hasta el extremo de sobreponerse á toda consideración, no sin abandonar el secreto que tanto la embellecía.

—No os engaña esta joven, señor, repu-

so Angel: os juro por mi honor, que mi anciano y virtuoso padre ama á los americanos; que jamás, y esto lo sabéis, los ha insultado: su casa siempre ha estado abierta para todos los desgraciados. La educación que le ha dado á sus hijos, y que está á vuestro alcance, es una prueba de sus ideas. El siempre ha sido un modelo de virtud. Señor, dadle la libertad, que es tan americano de corazón como vos lo sóis por nacimiento. Yo me ofrezco por garantía suya: sabed que por mis opiniones políticas hace un año que fuí despedido del Colegio de Minería. No desconfiéis de mí: la libertad de mi padre, y disponed de mí absolutamente.

A este tiempo se acerca Abasolo, lo abraza, é impuesto brevemente de lo ocurrido, habla en su favor á Hidalgo, quien dice á Angel:

—Esperadme.

Hidalgo, Abasolo é Isabel su sobrina, que era la joven que había intercedido por Angel, entraron á una casa que estaba inmediata. A poco lo llamaron de orden de Hidalgo, y le dijo:

—Tomad, y le dió dos papeles: ahí tenéis la orden de libertad de vuestro padre y un nombramiento militar para vos. Cumplid con lo que habéis ofrecido y marchad, siendo uno de los primeros.

—Señor, exclamó Angel: creedme, nunca olvidaré lo que me habéis concedido, y pronto conoceréis cuál es mi gratitud.

Era tal la expresión y la actitud de Angel cuando habló, que Hidalgo le tuvo cierta simpatía desde aquel momento. Abasolo y su sobrina se sintieron conmovidos y quisieron acompañar á Angel á la prisión en donde estaba el padre de éste. Las puertas de ella se abrieron para ponerlo en libertad. Corta fué la escena que pasó, pero llena de fuertes impresiones. El amor filial, ese amor angelical que dilata los corazones y que los eleva hasta el trono del Eterno, se apoderó de Angel, que se sentía inundado de gozo al estrechar en su seno á su tierno y adorado padre. En el camino, y cuando regresaron á su casa, supo el an-

ciano todo lo ocurrido, y después que se instruyó y que otra vez se abrazaron ambos, el padre con el llanto en sus ojos, le dijo:

—Hijo mío, hoy te amo con mayor ternura, y doy gracias al Señor de haberme concedido un hijo tan virtuoso: sé fiel á tu patria y á tu General, como has sido amoroso y obediente á tu infeliz padre, que pronto desaparecerá de este mundo: no olvides mis consejos, y en cualesquiera situación dirige tus miradas hacia ese Dios tan grande. Recibe mi bendición, hijo querido, que acaso será la última, y parte á donde te llama tu deber. que yo haré fervientes votos al cielo por tí.

Abasolo le interrumpió diciéndole:

—Amigo, os falta otra bendición: sabed que vuestro hijo y mi sobrina Isabel hace tiempo se aman: llenad sus deseos para que la Iglesia santifique su unión.

El anciano apenas ha oído estas palabras, y que Angel pretendía hablar, acaso para satisfacerlo, cuando sin articular palabra, alza sus ojos al cielo, como para implorarlo, y en seguida bendice á ambos amantes: después los abraza y estrecha en sus brazos, humedeciéndose nuevamente sus ojos. Pasados éstos momentos tan tiernos, el hijo se despidió del padre. El adiós que se dijeron fué muy significativo.

III.

La batalla.

Preciso era que Angel marchase á San Miguel ese mismo día, con una comisión de Hidalgo; esta precipitación, acaso para probar su decisión, le impidió dar su mano á Isabel. Esta, al verlo partir, se consternó demasiado; pero ambos amantes se consolaban con verse pronto. Angel iba tranquilo con que Isabel quedaba en casa de su tío, y que ella le correspondía con grande pasión.

Muy corta fué la diferencia de la marcha de Angel con la del ejército, porque ya lo era la pequeña reunión que se había forma-

do el 16. Un ruido terrible anunciaba la de éste; aquella informe reunión se parecía, al dirigirse á San Miguel y á Celaya, á una colosal serpiente, é infundía un gran terror. Su murmullo, á lo lejos, se semejaba al del huracán, y así podría llamarse aquella turba de hombres que no era fácil contener. En los campos de Celaya, Hidalgo fué proclamado Generalísimo, y á Angel, por su buen comportamiento, se le colocó en el Regimiento provincial de esa ciudad. El ejército se encaminó á Guanajuato; se dió el ataque en este punto, y Angel fué de los primeros. Ya "Pípila" había incendiado la puerta de la alhóndiga; pero la defensa era tenaz, y las balas y los frascos que los enemigos lanzaban á sus contrarios derribaban á muchos de éstos. Angel hacía prodigios de valor y se llenaba al mismo tiempo de sobresalto por los desórdenes de aquellas masas, desbandadas como un torrente. Puesto á la cabeza de sus soldados, penetró al interior del fuerte, y en medio de aquella confusión cayó herido. No obstante, recomendaba la clemencia para con los prisioneros y los que se rendían. En estas circunstancias perdió el sentido y fué transportado á una casa. El Generalísimo, testigo de su heroico valor, le concedió las charreteras de Capitán; pero lo grave de las heridas y falta de cuidado le produjeron una fiebre que se manifestaba con fatales síntomas. Isabel supo la desgracia de su amante: llena de dolor y casi frenética voló á su socorro: merced á sus exquisitas atenciones, logró que recobrara algo su salud, y cuando Angel volvió en sí, se vió en los brazos de su querida Isabel, que le prodigaba mil atenciones llenas de ternura y expresión; mas la calentura le volvió á Angel y nuevamente perdió el conocimiento; su existencia corría bastante peligro, y se creía que el latido que daba su corazón era el último.

IV.

El himeneo.

Un día, serían las cuatro de la mañana, Isabel estaba orando con piedad angelical al pie del lecho de su amante: la fatiga, las continuas vigilias y los esfuerzos que había hecho para arrancarlo de los brazos de la muerte, la habían extenuado. El dolor también había marchitado sus rosadas mejillas; los suspiros que exhalaba y que procuraba reprimir en vano, las lágrimas que como unos brillantes se desprendían de sus párpados, revelaban lo que la virgen sufría. Parecía el angel que asiste al hombre en sus últimos momentos, cuando va á decir adiós al mundo y á sus pompas, y que vigila la hora suprema de la vida. Isabel había quedado en una profunda meditación, cuando su amante, recobrando su conocimiento, exclamó con débil y tierna voz:

—Isabel, Isabel mía, ¿en dónde estás?

—A tu lado, bien mío, cuidando tu preciosa existencia.

—¡Ah! Isabel, qué dichoso soy viéndote junto á mí: ¿y mi adorado padre, qué es de él? ¿no lo has visto?

—Está bueno, y pronto se hallará con nosotros.

—Isabel, conozco que poseyéndote soy feliz; pero aspiro á otra felicidad mayor y que no gozaré aquí abajo. Ves el estado en que me encuentro; me siento muy débil; mis heridas muy poca esperanza dan de alivio, y acaso ésta es la última vez que escucho el canto de las aves en el alba. El conjunto de mis padecimientos no ha podido extinguir mi amor hacia tí.

—Pues bien, dí qué quieres.

—Déjame concluir: cuanto más fuerte ha sido la fiebre, más ardiente he sentido mi amor: en mi imaginación te has presentado, te he visto unas veces en mi delirio, como cuando te conocí, hermosa como la flor antes que sus tallos los destrozara la tormenta; y otras, como estás ahora, triste y melancólica como el lirio, al que los rayos del sol han robado sus colores. Ya no

me es posible carecer por más tiempo del dulce nombre de esposo que deseo oír pronunciar de tus labios: quiero que nuestro himeneo se celebre hoy, y llamándote mi esposa, aunque expire. Isabel, tengo funestos presentimientos, y en nombre de nuestro amor te hace tu desventurado amante esta última súplica.

Isabel tenía anudada la garganta de dolor, y con voz enternecida le dijo:

—¿Qué puedo decirte yo, bien mío? Mi tío y mi virtuoso padre han convenido en nuestra unión: una vez consagrada á tí, no debo sino complacerte.

—¿Y tu tío por qué no está aquí?

—Hace algunos días que ha marchado con el ejército.

—¿Conque el ejército ya no está en esta ciudad?

El esfuerzo que había hecho Angel para hablar lo había debilitado demasiado; dió un profundo suspiro y quedó como aletargado. La infortunada Isabel volvió á mayores penas; sólo su amor y su virtud pudieron darle nuevas fuerzas para resistir tanta desdicha. Había tenido un destello de felicidad, y éste fué cuando lo vió recobrar sus sentidos y decirle, que la tenía presente, y que deseaba ser su esposo con vehemencia.

Durante la enfermedad se había presentado un joven bien apersonado, que decía ser amigo de Angel, y por quien manifestaba grande empeño. Como éste continuó de gravedad, la asistencia del joven fué más frecuente. En el curso de la enfermedad fue adquiriendo alguna confianza, hasta el extremo de tomarse ciertas libertades, cuya explicación no comprendía Isabel. El joven no pudo más disimular sus pretensiones; y un día, cuando nadie estaba en la pieza cuidando á Angel más que Isabel, declaró á ésta, con el mayor atrevimiento, sus pérfidas miras. A semejante audacia Isabel nada contestó: mas llena de sobresalto y de valor, y abrumada de pesar y de sorpresa, su semblante se demudó, y habiendo dirigido al cielo una mirada, como para implorar

su apoyo, con grande resolución se resolvió á decirle con voz firme:

—Señor: os creía un amigo de Angel y un caballero; veo, por vuestras acciones, que ni lo uno ni lo otro sóis. No profanéis más este lugar, y os agradeceré me evitéis el disgusto de vuestra presencia; si no os váis, y no queréis excusar un escándalo, iré á avisar á las personas de la casa que sóis indigno de ser admitido aquí.

Cuando Isabel hubo acabado, y con ademán consternado se fué para las piezas á donde se hallaban las demás personas, antes estuvo en la puerta, pendiente del joven. Este, que no creía hallar tanta resolución y tanta virtud en Isabel, se encendió en ira, y con aspecto feroz quiso detenerla; pero ella ya se había puesto en seguro. Viéndose burlado tomó su sombrero y le dijo con acento horrible:

—Os acordaréis para siempre de vuestra conducta descortés para conmigo; os juro que me vengaré y no os tendré compasión.

Cuando el joven se retiró, Isabel fué á asegurar la puerta, y se quedó abismada en una serie de reflexiones, llenándose de sobresalto á cada instante.

Al día siguiente, Angel manifestaba algún alivio; esto, el temor de que el joven audaz cometiese una tropelía, y el cumplir con los deseos de Angel, decidieron á Isabel para violentar la unión de ambos. A las ocho de la noche ya recibieron del sacerdote la bendición que los ligaba para siempre. Al pronunciar el juramento sagrado, Angel pareció que había recobrado el vigor que en otro tiempo le caracterizaba; sus ojos brillaron llenos de fuego, y dirigiéndolos á Isabel, exclamó:

—Esposa mía.... y el dolor cortó su voz.

—Angel, tuya soy por siempre, y nadie nos separará.

—Isabel, ¿quién cuidará de tí si yo te faltase? Tu tío, quién sabe que será de él, pues la guerra diezma á los combatientes.... y mi padre, mi pobre padre.... no es posible que sobreviva. Todo esto me atormenta.

—Hay uno que cuidará de mí.

—¿Quién?

—Dios.

—¡Ah!.... sí: Dios mío, tengo fe en que mi Isabel.... su virtud.... y sus ojos se humedecieron.

—No hablemos de esto.... ¿Qué, no te aliviarás y viviremos felices? pero al decir esto Isabel procuraba ocultar de Angel su semblante conmovido.

Angel sólo respondió con un suspiro.

V.

El patíbulo.

El ejército mexicano y sus caudillos se habían retirado para Valladolid, y Guanajuato había quedado con una corta fuerza. En estas circunstancias, á los dos días después del himeneo de Angel y de Isabel, se anunció la llegada de Calleja con sus tropas. La ciudad se alarmó, y las familias comenzaron á emigrar, temerosas de nuevos desastres y de las venganzas que pronosticaban los realistas. Isabel, al ver los temores de la población y la salida de las familias, previó los riesgos que corría su esposo. Este, aunque se hallaba un poco aliviado, no podía caminar, y ni le era fácil, cuando casi todos los lugares inmediatos se hallaban invadidos de realistas.

Al otro día llegaron éstos; se hallaban ambos esposos en la más tierna conversación, cuando llegó una persona refiriendo todas las tropelías y crueldades que los soldados cometían. Angel escuchaba con calma aparente la narración de aquellas infamias; pero al oír algunas explosiones de fusiles quiso levantarse, tomar su espada é ir á combatir contra los opresores de su patria.

—Déjame, Isabel, déjame salvar á tanto inocente.

—¿Pero á dónde vas en el estado en que estás?

—Me siento con fuerzas bastantes para vender cara mi vida.

Isabel, y otras personas que la rodeaban, lo conjuraron á permanecer tranquilo, persuadiéndolo de la imposibilidad en que se

hallaba; y por los ruegos lograron que se calmase. A cada hora, en los siguientes días, se sabían las horribles ejecuciones con que el malvado Calleja había pretendido vengar en unos habitantes inocentes las matanzas de Granaditas. En vano el R. P. Belaunzarán recorría con Crucifijo en mano las plazas y calles de Guanajuato para contener aquellas escenas de sangre. Su carácter evangélico, su aspecto de clemencia y de piedad que imploraba para los desgraciados, en vez de calmar á los verdugos los enfurecía más. Habiendo sabido todo esto Isabel, procuró poner á cubierto á su idolatrado esposo, á quien ocultó cuanto pasaba. Se decidió, pues, por temor de las denuncias, bajar á Angel á un pequeño subterráneo de la casa que habitaban: hacía seis horas que ocupaban aquel lugar insalubre, cuando á la una de la tarde tocaron á la puerta de la casa fuertemente, amenazando echarla abajo si no abrían pronto. Apenas había abierto, cuando se presentó á la cabeza de varios soldados el joven que había dicho ser amigo de Angel, y que había pretendido seducir á Isabel, y con odioso aspecto dijo:

—¿Dónde está ese rebelde y su cómplice?

—Señor, ya no habitan aquí, días há que se han ido.

—Mentira; yo sé dónde están: venid, soldados.

Y llegando á la puerta del subterráneo les mandó abrirla, y bajó el primero á donde se hallaban Angel é Isabel. Al verlo ésta y acompañado de aquellos hombres armados, comprendió desde luego su angustiada y comprometida situación. Nunca su corazón había sentido lo que en estos momentos, y dando un grito quedó desmayada junto á su esposo. Este, al verse sorprendido, quiso hacer resistencia; ¿pero qué había de hacer en el lamentable estado en que se hallaba, y sin sus armas? En el acto fueron amarrados los dos esposos y conducidos á presencia de Calleja, cometiendo en el camino con ellos, las mayores violencias: los de la casa huyeron, y no hubo quien pudiera auxiliar en algo á aquellos

tas escenas le han hecho perder el sentido, y que acaso ya habrá dejado de existir. ¡Ah, señor, no me separéis de él!

Con efecto, lo que presenciaba Angel le había causado un paroxismo, y por intercesión de un oficial, amigo del padre de Angel, la dejaron con él, y los pusieron en un cuarto, en el que la infeliz procuraba darle algún pequeño auxilio.

A las cuatro de la tarde ya había vuelto en sí Angel, y ambos esposos se habían dispuesto religiosamente para morir, porque la orden había sido terminante, y Calleja estaba muy irritado.

Un cuarto de hora después ambos habían sido conducidos al cadalzo, levantado frente á la habitación de Calleja: no se esperaba para la ejecución más que los que hacían de verdugos concluyesen con otros ajusticiados. Guanajuato estaba lóbrego y reinaba un espanto sepulcral; las voces de las víctimas, los gritos de aquella soldadesca obscena é infernal aumentaban el pavor; el angel del exterminio recorría aquellos lugares é inspiraba á las almas de aquellos tigres, que no se saciaban con tanta sangre.

Los dos esposos se hallaban allí aislados y desamparados en medio de su infortunio, sin que nadie les concediese el menor consuelo; mas unó al otro se animaban y confiaban en la Providencia.

—Allí, y señalándole el cielo Angel á Isabel, nos vamos á unir para siempre.

—¡Ah, Angel, tu padre.... mi tío, cuando sepan nuestra desgracia! Nosotros vamos á ser felices; pero ellos.... ¡Oh Dios mío!

En este instante se presentó á Calleja el padre de Angel, que había temido por su hijo, de quien ignoraba la pronta ejecución, y confiando en la antigua amistad que había tenido con él en San Luis Potosí. Calleja se hallaba rodeado de una multitud; sin embargo de ella, por ser español el padre de Angel, pudo llegar hasta donde estaba aquél, y le dijo:

—Amigo, concededme la vida de mi hijo y de su esposa, ó si no aquí está la mía. ¿No me conocéis? Salvadlos, y cuanto val-

go y poseo está á disposición del Rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis á mentar al Rey S. M., vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitáos de mi presencia antes que vayáis á acompañarlos.

—Decidme al menos en dónde están.

—Vedíos; y con feroz alegría señaló el patíbulo, para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah, Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hacia donde se hallaban: apenas iba á acercarse á donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.

DOMINGO REVILLA.

SAN AGUSTIN DEL PALMAR EN 1813.

En el curso de la gloriosa revolución que el inmortal Hidalgo inició en el pueblo de Dolores, aparecieron diversos genios, cuya memoria es grata á los mexicanos, y lo será más, cuanto se separe la generación, que indolente y poco agradecida, no reconoce el mérito de los hombres generosos que se sacrificaron por darnos independencia y libertad; generación infectada de todas las tendencias y de todos los vicios con que se nutrió en tiempo del Gobierno colonial, y por lo que las conmociones políticas han sido periódicas en este desgraciado país.

Uno de esos genios benéficos que sobresalieron en el segundo año de la era abierta en Dolores, fué el Teniente general Don Mariano Matamoros. Su nombre sólo basta para recordar algunos días de gloria para México. Uno de sus grandes hechos de armas fué la batalla de la Agua de Quichuca, ó San Agustín del Palmar, en Octubre de 1813.

El General Morelos, para el desarrollo de sus grandes planes, había nombrado Comandante general de las provincias, entonces de México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, al General Matamoros: uno de los movimientos que éste debería emprender, era el obligar á los realistas á que levantasen el sitio que se había puesto á Coscomatepec, en donde con heroicidad se defendía el General Don Nicolás Bravo con 500 hombres, contra más de dos mil que lo asediaban, al mando de varios jefes realistas muy acre-

ditados. El General Bravo, por una de aquellas resoluciones, que fueron tan comunes en él, durante la guerra primera de Independencia, rompió el sitio, y añadió este laurel más á la corona que ya ceñía su frente. Esto hizo que Matamoros cambiase de plan; en estas circunstancias llegó á su noticia que un gran convoy de tabacos y de otros efectos se dirigía de Orizaba para Puebla, custodiado por la mayor parte de las tropas que sitiaban á Coscomatepec.

Matamoros, desde que abrazó la causa de su patria, comprendió que para hacerla triunfar era necesario acreditar á los españoles que los americanos tenían disciplina y valor, y que sabían batirse á campo raso. Matamoros se penetró de que era un punto de honor exhibir estas pruebas, y fué tanto más escrupuloso, cuanto que el buen éxito de sus empresas dependía de esa convicción. Con un carácter severo y esforzado organizó sus Regimientos de infantería y caballería, poniendo á su división bajo un pie brillante, con su correspondiente artillería, que con bastante acierto mandaba el Coronel Don Manuel de Mier y Terán, vencedor ilustre el año de 1829 en Tampico.

El General Matamoros se ocupaba igualmente desde su Cuartel general, que había situado en el pueblo de Tulancingo, de recobrar á Izúcar, ordenando á diversos guerrilleros que se le uniesen. (*) La noticia de la aproximación del convoy, que conducía el brillante Batallón expedicionario de Asturias y otros Cuerpos hasta el número de más de mil hombres, bajo las órdenes de los Tenientes Coroneles Martínez, Candano y Ramiro, satisfizo los deseos del General mexicano. Con la actividad con que siempre obraba, dictó sus órdenes para dar la acción, habiendo dejado en Tulancingo la mayor parte de su división, á las órdenes del Coronel Don Mariano Ramírez, dirigiéndose con el resto á la hacienda de San Pedro. El 13 de Octubre de 1813, el enemigo pernoctó en el pueblo de San Agustín del

(*) El señor Don Carlos M. de Bustamante. Cuadro Histórico, Tomo 2o. Carta 30.

Palmar, y los patriotas en la hacienda de San Pedro, junto á Chalchicomula. Las tropas independientes se componían de 300 infantes del Regimiento del Carmen, de las Compañías de caballería de los guerrilleros Arroyo, Sánchez, Vicente Gómez; de un Escuadrón de Zacatlán, al mando de Inclán y Pozos; otro del Regimiento de San Pedro, de una Compañía de dragones de Otumba que mandaba el joven Capitán D. M. R., hoy Coronel, y de tres piezas ligeras de artillería.

La orden del día, del 13 al 14 de Octubre, que dió el General Matamoros, contenía en substancia estas prevenciones: Santo, "Nuestra Señora de los Dolores;" seña, "Daga;" contra-seña, "Calvario." Se previno al Capitán de granaderos del Regimiento de caballería de San Pedro, Don Manuel Zavala, hoy General de brigada, que con un Escuadrón, en número de doscientos hombres, se situase entre el punto que ocupara el enemigo y la hacienda de San Pedro. A cosa de un cuarto de legua de este punto habían de salir á reconocer al General, el que había de marchar á incorporarse á la división, exigiéndole al Comandante de su vanguardia, para ser reconocido, la palabra "aparición," como nueva contra-seña, debiendo servir esta misma para todos los demás jefes de las secciones independientes. Los Coroneles Don Antonio Arroyo, Don José María Sánchez, el Teniente Coronel Don Vicente Gómez, y el Mayor Don Rafael Pozos, marcharon á observar la llegada y movimientos de los realistas. Ordenó igualmente el General, que se aplicarían tres carreras de baquetas al soldado que durante la batalla se entregase á tomar alguna mula cargada ó cualquiera otro despojo de los enemigos; y al que de la vida.
voltease las espaldas se le impondría pena

El día 14, á las dos de la mañana, Matamoros emprendió su movimiento desde la hacienda de San Pedro, para reconocer los puntos en que debería atraer á los realistas. El Capitán Zavala se había colocado, desde la víspera, á tiro de fusil de ellos: á

las cinco de la mañana del mismo día 14, luego que Candano levantó su campo, comenzó á llamarle la atención con sus doscientos dragones, sobre el flanco derecho de éste; Zavala le rompió el fuego, mandando desmontar su caballería, con excepción de veinticinco hombres, conteniendo el ataque con la infantería y el resto de la caballería, disponiendo la batalla del modo siguiente: La caballería, dividida en tres secciones, debería atacar la retaguardia, y la infantería del Regimiento del Carmen, con la caballería del Teniente Coronel Rodríguez, echando pie á tierra y formando cinco guerrillas, atacase por el costado derecho al enemigo, quedando el General en observación con la reserva, desde un punto bien situado, para obrar según lo exigiesen las circunstancias. Puestas en ejecución estas disposiciones, se dió la señal del ataque, rompiéndose el fuego por todos los puntos, pero tan sostenido, que el humo impedía al General distinguir los movimientos de sus tropas. La obscuridad cedió un poco, y advirtió que el convoy marchaba aceleradamente hacia la vanguardia, y á retaguardia cargaba toda la división enemiga. En el acto dispuso Matamoros que la reserva, unida á una guerrilla de infantería más inmediata, auxiliasen á la caballería para atacar la retaguardia enemiga. El Comandante realista, tan luego como observó la evolución de los patriotas, mandó formar un cuadro de tres en fondo, y cubierto por sus flancos con su caballería, marchaba en la dirección del convoy sin perder su línea y sosteniendo sus fuegos con la mayor actividad.

El General independiente no perdió tiempo para emprender un nuevo plan: luego mandó tocar reunión á sus guerrillas de infantería y las dividió en dos partes: una atacó la vanguardia con un cañón, y la otra, auxiliada por la caballería, lo hizo por el costado derecho y por el izquierdo del enemigo. Los independientes tomaron sus colocaciones y se dispusieron valerosamente á cargar á aquél; la actitud de aquéllos, su sangre fría y el entusiasmo con que se lan-

zaron contra unas tropas tan disciplinadas, acreditaba que un puro patriotismo y la emulación de la gloria los animaban. En el espacio de dos leguas fueron cargando á los realistas, que se iban retirando en buen orden y rechazando con denuedo los diversos ataques que se les daban. Impaciente Matamoros por decidir la acción, mandó colocar á retaguardia de la caballería de su reserva dos piezas de artillería cargadas con metralla, mandando que se retirase la primera abriendo claros. Esta evolución la juzgó el enemigo que era una retirada verdadera: con esa confianza cargó precipitadamente sobre los mexicanos, suponiendo obtener un triunfo completo; pero fué recibido con el fuego de las piezas y el de la infantería, obrando la caballería con decisión heroica contra la realista: entonces el arrogante enemigo pagó su arrojo dejando el campo cubierto de heridos y muertos, y los demás huyeron espantados con aquel destrozo que no esperaban, quedando roto el cuadro.

En estas circunstancias, Matamoros, que todo lo había previsto, y que veía realizarse su plan, mandó tocar á degüello; la caballería mexicana ejecutó esta orden con una resolución é intrepidez jamás vistas, y penetrando hasta el centro de los contrarios hizo un horrible destrozo, en venganza del honor y de la dignidad de la patria, vilipendiadas por tanto tiempo: sin embargo, el General independiente mandó cesar el ataque. La batalla costó al enemigo 215 muertos y 368 prisioneros, (1) con el Teniente Coronel del Batallón de Asturias, Don Juan Candano, (2) y 17 oficiales, 517 fusi-

---

(1) La mayor parte fueron españoles, y en razón del trato generoso que recibieron del General Matamoros, tomaron partido sirviendo á sus órdenes con lealtad, hasta que á su lado sucumbieron en la desgraciada acción de Puruarán.

(2) Candano fué fusilado, y se manejó como un valiente. ¡Cuánto más grande habría sido Matamoros si le hubiese salvado la vida!

les, otras armas y algunas cargas de tabaco: los independientes tuvieron que lamentar la pérdida de catorce valientes, muertos en el campo, y sesenta y dos heridos. La historia ha consignado en sus páginas los dignos mexicanos que singularizó en su recomendación el General Matamoros, y lo fueron los Coroneles Don José Antonio Arroyo, Don Miguel Inclán, el Sargento mayor Don Rafael Pozos, (*) Capitanes Don Vicente Herrera y Don José María Pezera, y del Regimiento del Carmen Capitán de granaderos Don Mariano Molina; Tenientes Don Antonio Lara, Don Mariano Serrano é Ignacio Echeverría, Asistente del General.

Ya se dejan conocer las consecuencias de esta batalla. Calleja y los jefes realistas temblaron al ver la táctica y la intrepidez que los patriotas desplegaron. Este triunfo fué espléndido, y anunciaba al mundo que los mexicanos eran hombres de resolución, excitó un entusiasmo universal y reanimó más las esperanzas nacionales. En aquella lucha á muerte y sin tregua, con que se disputaban la causa de la patria y la del Rey, fué una compensación de tantas desgracias como sufría la primera. Nada faltó para que Puebla hubiera sido abandonada, y Calleja llegó á creerse inseguro en la capital. La reputación del General Matamoros quedó consolidada. Hombre que el Eterno lanzó al nuevo mundo para la predicación de un doble evangelio.... hombre de mediana talla, y sin embargo hoy no tiene México quien pudiera tocar á la línea á que él llegó; y esto no es más sino porque el tipo de los héroes es raro.

Ved, pues, cómo el obscuro punto de San

(*) Pozos, en unión del Brigadier Lobato, había sido hecho prisionero en Zitácuaro por los americanos; ambos eran cabos, el primero de dragones de España, y el segundo del Regimiento de Tres Villas; á su instrucción y á su valor debieron su pronta elevación, habiendo tomado partido por la causa nacional.

Agustín del Palmar quedó inmortalizado en nuestros fastos. San Agustín del Palmar ha sido el teatro de tres batallas sangrientas.

¿Las fechas?
—19 de Agosto de 1812.
14 de Octubre de 1813.
4 de Octubre de 1832.
¿Las víctimas?
—Labaqui.
—Candano.
—Azcárate.
¿Los vencedores?
—Bravo.
—Matamoros.
—Mejía.

Resumiendo, diremos: dos batallas gloriosas en guerra nacional, y una oprobiosa por haber sido en guerra civil. Dos españoles y un mexicano. Dos héroes y un valiente; y de estos vive el primero, considerándosele justamente el decano de los hombres de 1810, y como si no fuera de la sociedad que libertó, lo ha proscripto: el segundo murió para vivir eternamente; y el tercero en un sepulcro ignorado, es causa de remordimientos, y sirve de testimonio de que en las guerras intestinas nada puede el valor.

Coscotitlán, Septiembre 11 de 1846.

DOMINGO REVILLA.

EL TAMBORCITO DE VALLADOLID.

I.

La fatal noticia circuló con asombrosa rapidez por la siempre pacífica Querétaro, consternando los espíritus débiles y arrancando ayes de conmiseración á los corazones tiernos y compasivos. No había remedio: Calleja, á reiteradas súplicas de los principales vecinos de la ciudad, accedía á indultar á los religiosos aprehendidos en la batalla de Aculco, pero se manifestaba duro é inquebrantable para perdonar á los demás prisioneros. Las lágrimas de las damas queretanas ninguna mella habían hecho en el corazón de roca del jefe realista, y, por consiguiente, la cruel sentencia de muerte dictada contra aquéllos se ejecutaría ineludiblemente.

Y no era eso todo. La sociedad, aunque nada acostumbrada á los sangrientos horrores de la guerra, hubiera podido soportar la muerte de los insurrectos prisioneros, pero jamás consentir en ser simple y pasiva testigo de la injusta ejecución del pequeño niño Pablo Armenta, tamborcito del ejército insurgente, sobre quien recaía también la severa sentencia de Calleja. Si era natural que los campos de Querétaro se humedecieran con la sangre de aquellos patriotas, porque así lo exigían las represalias de la guerra, aparecía, en cambio, monstruosamente inhumano arrancar la vida á un pobre niño, merecedor por su inconsciencia,

de misericordia, al menos, ya que no de absoluto perdón.

—Castíguesele en buena hora, decían los queretanos, mas no se le asesine; ninguna ley, ni divina ni humana, ha penado con la muerte á los niños. No todos desesperaban, sin embargo; algunos, aunque muy contados, á cuya cabeza se encontraba el religioso felipense Fray Dimas Diez de Lara, hijo de la tierra de los héroes—Zacatecas,—hombre resuelto, enérgico, abnegado, capaz de cualquier sacrificio, por grande que fuera, dotado de un corazón grande y altruista, y que en más de una vez había demostrado poseer sentimientos humanitarios en alto grado, confiaban en la salvación del pequeño reo, y así se propusieron agotar los medios posibles para obtenerla á toda costa, aun aventurando su propia seguridad personal. Decididos como estaban, creían vencer cuantos obstáculos se interpusiesen ante sus firmes propósitos, y esperaban salir avantes en su empresa: seguramente lo conseguirían, porque eran hombres de fe.

II.

Pensativo, preocupado y taciturno estaba don Félix María Calleja en una de las celdas del Convento de San Francisco, convertida en despacho improvisado, cuando uno de sus ayudantes le anunció la visita del ilustre zacatecano, Fray Dimas Diez de Lara, una de las personas más caracterizadas de la población.

—Pase Su Paternidad y ordene lo que guste, dijo Calleja, levantándose de su asiento y saliendo á recibir al distinguido visitante.

—Doy gracias á Su Excelencia, contestó Fray Dimas con extremada cortesía. Una urgente y delicada misión me trae acá y me obliga á molestar á Su Excelencia, á quien ruego me perdone.

—Puede hablar Su Paternidad, repuso Calleja. Soy todo oídos.

—En nombre de las señoras de la ciudad, tan respetables por sus virtudes y su pie-

dad, y en el mío propio, vengo á rogar á Su Excelencia sea servido de conceder su perdón al infortunado niño que cayó en poder de las valientes tropas de Su Majestad —que Dios guarde—en la reciente gloriosa batalla de Aculco, el cual, según rumores que hasta nosotros han llegado, será fusilado hoy mismo por orden de Su Excelencia.

—Me apena la petición de Su Paternidad, respondió Calleja vivamente incomodado, y si no fuera porque es bien pública su adhesión á nuestro amado Soberano, creería que Su Paternidad, al interceder por ese indigno rapaz, trataba de favorecer la inícua causa de los desleales y pérfidos vasallos que se han levantado en abierta rebelión contra Dios, contra la patria y contra el Rey.

—Puede estar seguro Su Excelencia, replicó, sin inmutarse Fray Dimas, de que mi ruego está inspirado tan sólo en un sentimiento de compasión hacia el niño de quien hablo, y de que yo nunca abjuraré de mi profunda fidelidad á Su Majestad—que Dios guarde.—Creo, sin embargo, que para domeñar la insurrección iniciada en los Dolores son inadecuados é infructuosos los medios hasta hoy usados, y que la única manera eficaz de reprimirla es mostrarse benigno con los mismos que han turbado la paz del Reino, porque sólo así se les puede atraer á la buena causa, y no con la crueldad que se ha desplegado, que únicamente les exaspera, les irrita y les hace afianzarse más y más en sus extraviadas ideas.

—Se engaña Su Paternidad, porque aquellos que, en nombre de una absurda libertad tan sólo deseada para quedarse sin ley y sin gobierno que impidan sus crímenes y latrocinios, se entregan con furor salvaje á saquear las poblaciones, robar á los vecinos, expoliar el comercio, profanar los templos y asesinar á los ministros de Dios, no merecen ni merecerán nunca la indulgencia de los soldados del Rey. Y no obstante, Su Paternidad ha visto que, esta misma mañana, he otorgado el indulto á no pocos prisioneros de guerra que deberían

haber expiado en un patíbulo su grave y enorme delito; pero Su Paternidad mismo comprenderá que esto no puede repetirse ya.

—Perfectamente. Su Excelencia cumplirá con su deber al mostrarse severo é inflexible con los rebeldes adultos que tiene en su poder, si, en su concepto, no son acreedores á consideración alguna. Mas entiendo yo que, como cristiano, debe ser, al mismo tiempo, benigno é indulgente con los niños y otorgar, en consecuencia, la vida al tamborcito por quien abogo, que no sabe lo que ha hecho, porque no está aún en la edad de reflexionar y casi ni de pensar. Devuélvalo, pues, á sus padres, ó entréguelo á mi Convento, donde se educará cristianamente y crecerá fiel á su Rey. Su Excelencia nada perderá con ello.

—No, de ninguna manera; al condenar á muerte á ese precoz forajido, no le castigo por crímenes pasados, sino que evito para siempre que los cometa en lo futuro, que sí los cometería, puesto que se ha lanzado ya, muy temprano, por la peor senda del mal; y si hoy que puedo poner el remedio no lo pongo, mañana tendría que lamentar las consecuencias de mi debilidad. Por tanto, deje Su Paternidad morir en buena hora á ese muchacho y no insista en una petición inconveniente.

—No insisto más en ella, Excelentísimo Señor, y me retiro ya. Pero antes, quiero hacer saber á Su Excelencia, que estoy resuelto á agotar los recursos todos de que pueda disponer, para salvar á ese niño desdichado, y si es necesario que sacrifique mi vida, la sacrificaré gustoso. Su Divina Majestad, en quien confío, me lo tendrá en cuenta.

Calleja nada contestó, limitándose á hacer un saludo con la cabeza á Fray Dimas, que salía de la celda.

III.

Allí van, pobres, demacrados, andrajosos, cargados de cadenas, en medio de soldados, los bravos insurgentes del ejército libertador.

Acaso en los momentos últimos de su existencia piensan en su abandonado hogar, en sus padres, en sus esposas; en sus hijos, en todos esos seres á quienes tanto aman y á quienes debían sostener; pero si esto les apena, no les hace arrepentirse de haber tomado las armas en defensa de la patria, porque el amor á ella es más grande que todos los afectos de familia y, porque el deber que tenemos de ampararla está muy por encima de todos los demás deberes. Caminan, pues, sin angustia, tranquilos, tal vez contentos, porque no es poca satisfacción haber servido á quien más se ama y haber cumplido con el primero de los deberes.

Allí van también Pablito, camino de la Alameda, sin preocupación alguna, indiferente, sin recordar lo que ha hecho, ni pensar, tampoco, en el triste fin que le espera.

Por fin, tras de interrumpido andar, llegan todos á la calle del Hospital, donde inesperadamente se vuelve muy dificultosa la marcha: una compacta muchedumbre, ansiosa, al parecer, de acompañar á los sentenciados hasta el patíbulo, se apiña allí y obstruye el paso. Los soldados de la escolta, para apartar á los curiosos, reparten golpes de fusil á diestra y siniestra; mas sus esfuerzos son vanos, porque la gente no se aparta y, por lo contrario, aumenta más y más á cada momento. Aquéllos no pueden avanzar ya un sólo paso, y lanzan imprecaciones contra la multitud, redoblan los culatazos y hasta amenazan con hacer fuego sobre aquella masa humana; pero todo es inútil.

Durante la afanosa brega, casi olvidan á los reos, y éstos, naturalmente, tratan de aprovechar el desorden para fugarse y salvar sus vidas. En aquellos supremos momentos, un fraile se acerca cautelosamente á los prisioneros y con extraordinaria rapidez arrebata de entre ellos con férrea mano, á Pablito: le toma en brazos, y atropellando á los guardianes, desaparece en seguida entre aquel inmenso grupo de gente.

La escolta apenas se da cuenta del im-

previsto incidente, que no ha podido impedir; dispara sus armas sobre el secuestrador; pero es tarde: el buen fraile se encuentra ya muy distante, y los curiosos, apiñados como por encanto, han desaparecido también.

La calle del Hospital queda desierta, así, ocupada únicamente por los soldados de la escolta, que aturdidos no saben contra quién vengarse de aquella inaudita afrenta.

IV.

Entretanto, había llegado Fray Dimas, jadeante, sudoroso, sin capa ni sombrero, ante la presencia del temible jefe realista don Félix María Calleja del Rey.

—Mi promesa está cumplida, Excelentísimo Señor, exclamó desfalleciente. Vengo, pues, á entregarme á Su Excelencia para que haga de mí lo que á bien tenga.

—Acabo de saber lo que ha hecho Su Paternidad, respondió Calleja con ágrio tono, y ciertamente que no sé qué determinación tomar.

—Muera yo, el culpable, y sálvese el inocente, Excelentísimo Señor, repuso humildemente Fray Dimas.

—No. La acción de Su Paternidad es noble y yo le perdono. Mas tenga en cuenta que sólo soy clemente una vez. Sea ésta la última que vea á Su Paternidad, porque no quiero, al verlo de nuevo, sentir el remordimiento de haber dejado con vida á un pilluelo peligroso.

V.

Así salvó aquel ejemplar fraile zacatecano, con grave riesgo de su vida, á Pablo Armenta, ese niño de doce años de edad que la Historia designa con el sobrenombre de "El Tamborcito de Valladolid."

Uno y otro son verdaderamente dignos de nuestra admiración: Pablito, porque siguió á Hidalgo, que proclamaba la más justa y la más santa de las causas—la de la libertad de la patria—y porque, á pesar de su

tierna edad, no se arredró ante los peligros de la guerra. Fray Dimas, porque con excepcional abnegación y arrojo sobrehumano, llevó al cabo una sublime obra de caridad, inspirada en el más acendrado amor á un desvalido, de quien ninguna recompensa podía esperar.

IGNACIO B. DEL CASTILLO.

EL NIÑO ARTILLERO.

I.

A pesar de sus muchos años, el viejo soldado de Morelos se entusiasmaba con el relato de sus campañas, no careciendo de elocuencia sus conversaciones.

Le conocí ya muy anciano. Blancos, enteramente blancos los cabellos; el rostro rugoso y enjuto por la edad y por tener la boca desdentada, pero conservando en sus ojillos toda la vida y juventud que no tenía el cuerpo debilitado.

Sentábase en cómodo "equipal," con montera en la venerable cabeza, que dejaba entrever mechones de pelo rebelde y plateado; apoyaba las manos sobre un bastón, que de cuando en cuando izaba para accionar y para indicar en el piso lo que describía, forjándose la ilusión de que dibujaba planos de las batallas, de las fortalezas ó de las ciudades que fueron teatro de sus propias hazañas ó de las que le habían contado

Las narraciones épicas de aquel viejecito, que en paz descanse, me cautivaban mucho; aún las conservo vivas en la memoria como si ayer las hubiera escuchado; y entre otras, ahora quiero escribir la siguiente, narrada por él con sencillez encantadora, que ojalá mi pluma pudiera reproducir.

II.

"—Luego que supimos en Cuautla que el feroz Calleja venía á sitiarnos, nadie descansó un instante.

"Todos los habitantes se aprestaron á sostener el sitio. Se acopiaban víveres y municiones, se abrían fosos y se levantaban trincheras, principalmente en las boca-calles por donde podía entrar el enemigo.

"¡Hubiera usted visto, joven, me decía, cómo todos nos ayudaban, secundando las órdenes y los planes de nuestro gran Morelos!"

Aquí el anciano hacía ademán de levantarse la montera, como homenaje póstumo á la memoria del que había sido su General. Debo advertir que siempre que pronunciaba su nombre, trataba de hacer lo mismo, y aun muchas veces le ví ponerse en pie y dejar rodar copiosas lágrimas, que se bebía, llorando de entusiasmo.

"—Sí, joven, todos: los soldados de nuestras tropas y los vecinos de Cuautla; mujeres y hombres, ancianos y niños: todos se preparaban á la lucha.

"En la mañana del día miércoles 19 de Febrero de 1812, el realista Calleja, creyendo que iba á tomar luego la plaza, nos atacó por primera vez y con ímpetu.

"El empuje de sus fuerzas fué tremendo y prolongado. Duró más de seis horas. Retumbaban los disparos del cañón: silbaban las balas de los fusiles y las piedras de las hondas: chocaban las espadas en los encuentros personales, pues hubo puntos que por breves momentos llegaron á ocupar nuestros enemigos; y se hundían las puntas de las lanzas en las carnes de los que atrevidos habían saltado las trincheras, ó de los que acá adentro las defendíamos, chorreando sangre, pero ebrios de obtener victoria.

"De repente, cundió la voz entre nosotros de que Don Hermenegildo Galeana había perdido la plaza de San Diego, con tanto esfuerzo y valor defendida por los soldados que estaban á su mando.

"Aquí fué el ver caras pálidas y rostros de mujeres desfigurados. No por el miedo,

¡porque en Cuautla ni los niños lo conocían!, sino por la consideración de que triunfasen los realistas.

"Esa falsa alarma sembró confusión en los defensores de una de las calles orientales de la plaza de San Diego, que entonces llamaban "Callejón del Encanto," al que le hacían costado la casa de un tal Lazo, casa que después fué de mi comadre la Silva, y la cerca de la huerta que lindaba con el campo de cañas de San Martín.

"Tras de la trinchera del callejón había quedado abandonada una pieza de artillería, calibre de á 4, ya cargada y próxima á disparar la metralla destructora.

"Entonces un niño de doce á trece años de edad, llamado Narciso García Mendoza, natural del pueblo, y que á la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado Norte de la plaza de San Diego, vió venir la columna enemiga de dragones del Regimiento de Guanajuato, con su valiente y arrojado jefe á la cabeza, Don Diego de Rul, "Conde de Casa Rul," que montaba un alazán, hermoso y de gran alzada.

"Los dragones venían a todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos, ahogándose por la fatiga, el calor y el polvo.

"Avanzan, llegan junto al parapeto en donde se encuentra el cañón solitario, al que sólo le hacían compañía mudos y yacentes soldados nuestros que habían caído allí mortalmente heridos, pero vitoreando á nuestra causa y á nuestro gran Morelos.

"El niño García Mendoza no esperó más. Saltó sobre los muertos, pisó sobre la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección de la pieza.

"Uno de los jinetes, previendo lo que el niño iba á ejecutar, extiende su espada sobre la trinchera y hiere á Narciso en el brazo derecho.

"El niño, para no caer, se afianza de una estaca, y, rápido como el pensamiento que había concebido, toma la mecha encendida

que se hallaba allí enclavada y da fuego al cañón.

"Relampaguea la luz del fogonazo: el humo de la pólvora asciende por los aires: el disparo hace ensordecer los óídos y estremecer el piso, la trinchera y las casas de la calle....

"El Conde de Casa Rul cae herido y es llevado por los suyos para morir después. Algunos dragones muertos quedan al otro lado del parapeto; otros bien contusos, y todos acobardados, retroceden, huyen, dejando también el cadáver del que hirió al valiente, al sublime niño!

"Galeana, que ha logrado restablecer el orden, aparece en esos instantes en aquel callejón, que por algo se llamó "del Encanto," y tras de la trinchera abandonada, mira al niño herido, pero orgulloso, satisfecho y sonriente. Lo toma en brazos, lo estrecha con efusión y lo lleva ante el gran Morelos, á quien relata su acción heroica.

"Morelos sabía apreciar y premiar actos tan grandes como el de García Mendoza. También lo abraza y le señala un tostón diario como premio.

"Nosotros, los patriotas insurgentes, salvados aquel día por hechos tan memorables como los de aquel niño, lo paseamos triunfante por las principales calles de Cuautla; todavía manchadas sus ropas con la sangre de la herida que recibió en el brazo; gritándole entusiastas vivas y saludándole con atronadores aplausos, los habitantes del pueblo, los niños, las jóvenes decentes, las mujeres de nuestros soldados, éstos y nuestros jefes, incluso el gran Morelos...."

* * *

Así concluyó el viejo veterano la sencilla narración de aquel heroico episodio, que todavía no graba el cincel en mármoles ni se ha fundido, como se debiera, en bronces inmortales.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

EL SITIO DE LA ISLA DE MEXCALA.

I

El viajero que recorre en la actualidad los hermosos alrededores del lago de Chapala, ó cruza sobre sus ondas azules, observa con tristeza y desconsuelo que en tan amenos sitios, nada indica esa agitación, ni ese movimento, ni ese bienestar que trae consigo el progreso de nuestro siglo; no palpita allí indudablemente la vida moderna, no resplandece el trabajo en ninguna de sus manifestaciones. Un pueblo activo y culto hubiera hecho ya de lugares tan bellos, centro de civilización y de recreo al mismo tiempo: numerosos vapores cruzarían las hoy tranquilas aguas, en todas direcciones, llevando el comercio y la agricultura entre los poderosos Estados de Michoacán y Jalisco á un grado inmenso de prosperidad; las aldeas de indígenas que bordan las márgenes del lago, disfrutarían de todas l- ventajas de una riqueza pública siempre en aumento, y Jalisco sería como otra Suiza escondida en las feraces tierras de México.

No fué ni podía ser éste el sueño deslumbrador de aquel sacerdote y aquellos pobres indios que derramaron su sangre durante cuatro años, con la fe y la constancia de los mártires de la antigüedad, en la isla de Mexcala; pero al pelear por la Independencia, ya entre el fragor de la batalla y el humo del combate, ora en medio de los crueles sufrimientos del sitio, el ham-

bre y la miseria, es claro que les alentaba la esperanza informe y confusa de conquistar para este país por el cual morían, todo género de bienes, todo linaje de venturas. No contaban con que sus pósteros se contentarían con la contemplación lírica de sus hazañas.

El recuerdo de ellas es muy vivo en aquellos lugares consagrados por la historia patria, pues como hemos dicho, todo se conserva en el mismo estado que en la época de la Independencia. Es cierto que en algunas haciendas de las que se encuentran diseminadas en las encantadoras riberas de ese lago, tan bello y delicioso como los de Escocia ó Norte América, se admiran todos los adelantos de la agricultura moderna; las máquinas prodigiosas, los nuevos arados; es verdad que un pequeñísimo vapor, hace la travesía semanariamente desde el pueblo de Chapala, á la ciudad de la Barca, recorriendo una parte del caudaloso Lerma; pero las demás embarcaciones que surcan aquellas históricas aguas, son todavía las mismas canoas toscas y pesadas de los insurgentes, de imperfectísimo velámen, y enormes remos, semejantes á los de los "drakar" escandinavos de la Edad Media; la piscicultura está en la infancia, y los indígenas que habitan en los pueblos del litoral yacen en el mayor abandono, en el más lamentable atraso, desconociendo en su rusticidad é ignorancia los rudimentos más esenciales de la educación social.

Y empero, á pesar de tan triste espectáculo, se llega con alegría á aquellas playas risueñas, teatro de inolvidables y santos recuerdos, y cuando á los primeros rayos de la aurora se ve brotar esbelta y gentil la isla de Mexcala, de las claras olas que la besan amorosamente, se olvida todo para consagrar el pensamiento entero á la epopeya de la Independencia.

II.

Todos los pueblos oprimidos sufren con aparente resignación los ultrajes y vejaciones de la tiranía, hasta que encuentran un

hombre, que teniendo suficiente prestigio é influencia en las masas, condensa en sí mismo las tímidas aspiraciones y los ideales de la muchedumbre. Vióse la realización de esta ley histórica en los infelices habitantes del litoral del lago, que harto sufrían con la crudelísima dominación del General Cruz, esperando, no obstante, un caudillo que les guiase á la venganza. Y ese caudillo apareció en los últimos días de Octubre de 1813. Era Encarnación Rosas, el brioso vencedor de Recacho, que desde su célebre triunfo de La Barca, no había dejado de combatir al Gobierno virreinal, y que según afirma uno de sus biógrafos, era muy joven y vigoroso en aquella época.

Rosas empezó por defenderse con 60 ó 70 indios, del Capitán Don José M. Iñiguez, que con mayor número de realistas había sido enviado por Cruz para perseguirle, y que fué lastimosamente derrotado por los insurgentes; á los pocos días (1o. de Noviembre de 1813) tuvieron éstos un nuevo encuentro con el Comandante de La Barca, Don José Antonio Serrato, y este combate, notable por lo reñido y por la saña y la crueldad desplegadas por los realistas, que entre otros arranques tuvieron el de incendiar el pueblo de San Pedro Ixicán, fué igualmente favorable á los defensores de la Independencia. Allí se le unió á Rosas, José Santa-Anna, otro de los que con él habían de ilustrar su nombre en la isla de Mexcala.

El desventurado Serrato huyó á Poncitlán con los maltratados restos de su incendiaria hueste, para refugiarse en los brazos de Don Rafael Hernández, que con tropas de Ocotlán, Atotonilco, Zapotlán del Rey, Arandas, Jamay y la Barca (*) se hallaba en condiciones de poder consolar á aquellos fugitivos. Allá le siguieron los incansables insurgentes de Rosas y Santa-Anna, enardecidos con sus victorias; y después de batallas rudas y sangrientas como las anteriores, lograron apoderarse del pueblo, ven-

(*) Pérez Verdía, "Apuntes históricos."

ciendo gloriosamente á las tropas realistas que lo ocupaban. No se detuvieron, sin embargo, en Poncitlán, temerosos de que cayera sobre ellos Negrete con fuerzas superiores, sino que, retirándose á la montaña, resolvieron esperar los acontecimientos y dar descanso por algunos días á sus intrépidos guerrilleros, manifestando así tanta prudencia en el triunfo, como arrojo en la batalla.

No fué Negrete, sino el Cura Alvarez, famoso por su sistema crematorio (*), con numerosos realistas, quien ocupó á Poncitlán al ser abandonado por los independientes, y él quien proporcionó á éstos no sólo los laureles de un cuarto triunfo, sino armas, municiones y elementos de guerra.

Tan rápidas victorias en tiempo tan breve, hicieron pensar seriamente al General Cruz, que desde aquel momento decretó el exterminio de aquellos osados indígenas, que con tan pocos miramientos trataban á las fuerzas del Rey, los cuales indígenas pensaron á su vez en defenderse en un punto seguro, eligiendo la isla de Mexcala, por indicación del señor Cura Don Marcos Castellanos, y se marcharon á aquel lugar á fines de Diciembre de 1813.

Tal fué la introducción, el preludio de esa Iliada que no intentaremos referir detenidamente. En los cuatro años que duró la defensa de aquella isla, célebre desde entonces en los anales de nuestra patria, diéronse nobilísimos ejemplos de heroicidad. Los jefes jalisciense Santa-Anna y Rosas, valientes hasta la temeridad, infatigables, serenos, escuchando los sabios consejos del señor Cura Castellanos, hombre que, como

---

(*) ..... el Cura Alvarez, á quien llamaban el "Cura chicharronero," porque tenía la bárbara costumbre de quemar vivos á muchos de los desgraciados á quienes hacía prisioneros. A este Cura lo nombró el Rey en premio de sus inauditas crueldades, Canónigo de la Catedral de Durango, pero el Cabildo de aquella ciudad tuvo el buen sentido de no admitirle.—Pérez Verdía.

dice el señor Zárate, estaba dotado de talentos militares y abrigaba en su corazón un culto sagrado por la Independencia (*) realizaron proezas muy bizarras.

En vano los jefes realistas, con su ingénita vanidad, acampaban incesantemente en las humeantes ruinas de los pueblos de las riberas del lago; en vano el General Cruz enviaba ejércitos y armadas á intimar la rendición de la isla; en vano se traían lanchas cañoneras y marinos de San Blas, y cañones de la barranca de Mochitiltic.

Allí, delante de aquel islote defendido por escaso número de indios mal fortificados y peor armados, se estrellaron los constantes esfuerzos de Don Angel Linares, de Alvarez, del célebre Don Pedro Celestino Negrete, del renombrado marino Don Felipe García, de Navarro, de Murga y de otros muchos. Mil veces las puras aguas del manso lago se tiñeron con la sangre de terribles batallas; mil veces los insurgentes salieron en busca de provisiones, señalando su presencia en los alrededores con gloriosísimos triunfos; el mismo General Cruz quiso ir á presenciar con sus propios ojos aquella heróica, aquella inmortal resistencia que juzgaba fabulosa. Siempre que los jaliscienses abramos la historia patria, en el capítulo de la defensa de la isla de Mexcala, debemos extremecernos de orgullo!

Al anunciar el Virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814, vanidosamente, los grandes triunfos alcanzados por sus soldados en el primer semestre de aquel año, decía lo siguiente, que llena de gloria á los insurgentes de Mexcala: "....en todo el Reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, "la que no tardará en ser su sepulcro." Calleja era un mal profeta, pues la portentosa defensa de Mexcala se sostuvo hasta Noviembre de 1816.

Y hasta para caer fueron grandes y nobles tan sublimes patriotas. Viendo que ya

---

(*) "México á través de los siglos," Tom. III, Pag. 532.

era insostenible la defensa de la isla, porque una epidemia atroz y el hambre hacían estragos horrorosos en la guarnición, resolviéronse á capitular, y Don Marcos Castellanos pactó con el General Cruz una capitulación, que le honrará eternamente.

Obligóse por ella el Comandante del ejército y de la provincia de Nueva Galicia, á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno los Sacramentos; á exceptuarlos á todos del "tributo;" á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar Gobernador de la isla á José Santa-Anna y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones. (1)

III.

Esa capitulación, que se firmó el 25 de Noviembre de 1816, fué, dice el señor Zárate, la primera que en aquella guerra exterminadora y sin cuartel, concedieron los realistas á los partidarios armados de la Independencia. (2)

"Los denodados defensores de aquel peñón, añade otro historiador, vieron con suma tristeza acto semejante, pudiendo sólo conformarlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: el hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habíanse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella, y los que se rindieron estaban en tal estado de extenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz "tres mil" cargas de maíz."

---

(1) Pérez Verdía. Ob. citada.

(2) "México á través de los siglos," tom. III., pág. 542.

El General Cruz cumplió religiosamente lo pactado, respetando su palabra. ¡Y qué regocijo produjo en los partidarios del Gobierno Virreinal la estupenda noticia de aquella rendición, que se juzgaba imposible, y se reputó, en consecuencia, milagrosa!

¿Qué fué de aquellos héroes valerosos, defensores del Mexcala? ¿Cómo terminaron su vida los obscuros campeones de aquella santa causa, los colaboradores ilustres en la formación de la patria mexicana?

"No hay noticias, nos dice la historia, de qué Encarnación Rosas sobreviviera á la rendición de la Isla, y quizá halló la muerte en uno de tantos combates como se libraon en las costas y sobre las ondas del lago. El padre Castellanos volvió á su Curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años despus de consumada la Independencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía, viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas. También el valiente José Santa-Anna, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, vivió en la obscuridad y en la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852."

La historia no les olvidará jamás, y su patriotismo noble y desinteresado será el ejemplo de la generación actual y de las venideras.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Guadalajara, 1898.

MORELOS SALVADO POR GALEANA EN CUAUTLA

I

Amaneció el 18 de Febrero de 1812.

Desde las primeras horas de la mañana fueron ocupadas las principales alturas, en particular las del convento de San Diego, el fuerte más inmediato á la carretera de México.

Terminada la mañana, una extensa polvareda por el Norte de Cuautla, anunciaba la proximidad del enemigo.

El General Morelos con su anteojo, sobre la torre de San Diego, observaba los movimientos.

Las avanzadas de las fuerzas realistas ocuparon el Calvario; el grueso del ejército se tendió á uno y otro lado de aquel punto, en los extensos campos de Guadalupe y Santa Inés.

El General Calleja, seguido de su estado mayor, recorrió velozmente á tiro de cañón el contorno de la ciudad, sin ser inquietado en lo más mínimo. Volviéndose á uno de los jefes que le acompañaban, le dijo:

—No nos será difícil el ataque de semejante poblacho..... Vea usted qué edificios! Exceptuando tres ó cuatro iglesias, todo lo demás son jacales y huertas.

—Cierto, señor. Apenas se concibe cómo este gran corifeo, se ha encerrado en semejante villorrio.—Al decir esto, una sonrisa de desdén plegaba sus labios.

Todos, adulando al General, burlaban más ó menos la candidez del Cura, que con tan corta cantidad de gente, pretendía hacer resistencia en aquel desamparado lugar al más poderoso ejército realista y al más bravo de sus jefes.

Esta era la música que halagaba los oídos de Calleja. Así su vuelta por el corto perímetro de la ciudad se volvió un paseo lleno para él de satisfacciones, tanto por la opinión de sus acompañantes como por el juicio que él mismo se formara á la vista de tan pequeña población.

Llegado de nuevo al Calvario, se propuso hacer avanzar como exploradora una pequeña fuerza, no sin tener la precaución de emboscar en las huertas de los lados un número competente de tiradores con un cañón. Sabía ya el arrojo de Morelos y esperaba hacerlo caer en el lazo.

II

Mientras esto ocurría en el campo realista, el General independiente con Galeana, Matamoros y los Bravos, discutía la conveniencia de inquietar la vanguardia de Calleja.

Galeana no lo creía oportuno y sus compañeros opinaron del mismo modo, temiendo el arrojo de su General; pero éste les tranquilizó por completo, asegurándoles que sólo pretendía con su anteojo observar bien al enemigo desde un punto más cercano.

No fué posible detenerle, y seguido de su escolta, atravesó la trinchera del Norte de San Diego, avanzando lentamente pistola en mano hacia el Calvario.

Galeana, llamando á Torres, le dijo brevemente:

—Suba usted á la bóveda y coloque diversos vigías en lo alto de la iglesia, que observen con atención y al menor peligro del General, me da usted aviso.

D. Luis se inclinó, marchando inmediatamente á la cúpula con José y los soldados de su mayor confianza. Les distribuyó en la mejor situación, colocando dos hombres en la linternilla. Apenas terminaba su ope-

ración, cuando un vivo fuego de fusilería y un disparo de cañón le hizo volver el rostro.

El General había continuado avanzando, y ya bien lejos del fuerte, una descarga cerrada y un cañonazo, le diezmaron su escolta. Cayeron á su lado muchos de sus valientes soldados: á uno de ellos, su preferido, lo contempló Morelos agonizante: al dirigirle una palabra de consuelo y afecto, notándolo muerto, le tomó el fusil exclamando:

—"¡Pobrecito, que no se pierda todo! (1)

La avanzada había fingido huir; pero las columnas de tiradores de las huertas, salían de sus escondites gritando:

—"A cogerlo vivo; ya es nuestro."

Pocos de los acompañantes le permanecieron fieles, la mayor parte emprendieron la fuga. El General les gritaba con todos sus pulmones: "No corran, que las balas no se ven por la espalda." (2) Sus gritos eran sofocados por el ruido de los disparos y por la algazara escandalosa de los soldados que ya le creían su presa; pero de los pocos valientes que le rodeaban, entre ellos algunos costeños, dejando el fusil, esgrimían el terrible "machete" gritando á sus compañeros:

—"Al jierro, al jierro: así es más siguro." (3)

---

(1) Este hecho histórico, lo refiere sin comentarios, el escritor contemporáneo de aquellos sucesos, D. C. M. Bustamante.

(2) Diversos historiadores refieren esto mismo. Todos se hallan de acuerdo en que Morelos poseía una serenidad envidiable en los momentos de mayor peligro. Su razón sana, robusta, fría, le proporcionaba salidas y recursos inesperados por sus enemigos. La viveza de sus ideas y conversación, jamás se perdía, ni áun en los más supremos instantes.

(3) Ese grito llegó á causar pavor á los españoles en el transcurso del sitio. Los surianos usan "machetes" filosísimos, sabiendo manejarlos admirablemente. Es tanta su pujanza, que pueden amputar al pri-

Morelos, con estoica calma, le dijo a un oficial que le instaba para que se volviese:

—"Más vale morir peleando, que entrar á Cuautla corriendo." (2)

Y su pronóstico no tardaría en cumplirse. El enemigo se reforzaba más y más. Un muro de soldados le cercaban, cayendo algunos al feroz golpe de los machetes surianos. Ya no podían disparar sus armas los realistas que en extenso círculo estrechaban al General y á unos cuantos valientes de su escolta.

III

En esos angustiosos instantes, D. Luis, desde su observatorio, jadeante, inquieto, sin poderse contener, bajó precipitadamente los escalones de la torre, en busca de Galeana.

Los vigías de las azoteas, gritaban: "Que se llevan á nuestro General."

D. Luis alcanzó á Galeana en la plazuela, haciendo cubrir los puestos principales y vigilando el reparto de parque.

—Mi coronel, — articuló violentamente — nuestro General está rodeado de enemigos: ya lo arrebatan.

Galeana, descompuesto el semblante, exclamó:

—Cubra y cuide estos puntos.

Volviéndose á una compañía de dragones de la costa formada al lado de San Diego, montó rápido como el pensamiento, gritándoles:

—"A mí los valientes: sable en mano contra ellos!"

Y galopando en desórden, avanzaron hacia el Calvario. En cortos momentos estuvieron al alcance del enemigo que cercaba al Gene-

---

mer golpe un miembro tal, como brazo, mano, etc., etc.

(2) Hombres ilustres mexicanos por J. Zárate. Cuadro histórico por D. C. M. Bustamante.—Tradición de Cuautla contada en el lugar por la generación que siguió á aquella.

ral. A la vista de Galeana y sus dragones, los realistas volvieron sus armas, sin tiempo para dispararlas; pero presentando las bayonetas, que no arredraron á los del Sur. Cada golpe de aquellos feroces combatientes, echaba por tierra dividido el cráneo á algún realista: sobrecogidos de pánico ante tanta pujanza y valor, abrieron ancha brecha, recibiendo Morelos en sus brazos, al bravo capitán.

—Señor,—le dice Galeana con voz resentida—¿no rogaba á vd. evitar un encuentro? Volvamos pronto.

—Vamos, vamos — contestó serenamente el General.

Sus perseguidores habían huído; pero replegados cincuenta varas más adelante, hacían nutrido fuego sobre los independientes. Las balas silbaban por todos lados.

Galeana insistió con el General:

—Señor: vamos más de prisa. A otro paso.

—"Es que mi caballo no tiene otro paso." (*)

—¡Oh, señor!..... No se trata de miedo ni cosa semejante; la guarnición está inquieta; por hoy, nos debemos á ella, y por siempre á la patria.

Morelos obedeció, alijerando su marcha.

Apenas habían atravesado la trinchera más avanzada de San Diego, cuando las campanas de todos los templos se echaron á vuelo: los cohetes surcaban el aire: las músicas recorrían las calles, y gritos penetrantes que le vitoreaban, dejaron comprender la alegría de aquellos hombres por el regreso de su General.

No fué menor la ovación que recibió Galeana, quien se veía suficientemente recompensado con la presencia de Morelos allí.

DEMETRIO MEJIA.

(*) Tradición de Cuautla. Toda esa conversación se refiere igualmente en la ciudad.

La Toma del Agua por Galeana (Sitio de Cuautla.)

LA TOMA DEL AGUA POR GALEANA

(Episodio del sitio de Cuautla)

I.

Terrible angustia pintábase en todos los semblantes, la mañana del 3 de Abril de 1812.

El sol radiaba con todo su esplendor en un cielo despejado, dirigiendo sobre Cuautla sus rayos de fuego.

Desde las primeras horas se extendió entre los habitantes la fatal noticia. ¡Y cómo no había de ser así!... Faltaba al extenso y florido barrio de Xuchitengo, la encantadora armonía de sus murmurantes aguas; á la población toda, el elemento más esencial de la vida.

Ese día el calor era insoportable: la sed, abrasadora.

¡Extraño espectáculo el de la ciudad!

El pueblo recorría las calles consternado. Los pozos estaban agotados. Algunas mujeres con sus niños, aplicaban la lengua al lodo de las calles, para refrescar su boca. Otras, más atrevidas, bajaban al río con la pretensión de llenar jarros y todo género de vasijas, sufriendo horrorosa lluvia de balas, dirigida del campo enemigo.

Se oían diálogos como éste:

—¡Estamos sin agua!.... los españoles cortaron la única que entraba al pueblo por el barrio de Xuchitengo.

—Dicen que la zanja está tapada desde muy lejos y la defienden muchas fuerzas.

Unos soldados quisieron acercarse y los "balearon" mucho. Más abajo, unas mujeres quisieron llenar sus jarros en el río, y lo mismo, las "balearon" tanto que al fin mataron á dos.

Cuando en la madrugada Galeana y Torres, habían pasado á la habitación del General Morelos, éste dispuso que el primero, con parte de sus fuerzas, levantáse un muro y torreón en la toma del agua, para defenderla, y asegurar de un modo permanente su entrada en Cuautla.

Galeana aceptó sin vacilar, despidiendo poco después á Torres, con la recomendación de que descansara, porque había de ocuparle al medio día.

.. ..

El General Morelos atravesó seguido de su escolta la boca-calle, penetrando á la plazuela. Un grito unánime de simpatía le saludó por todas partes.

El General se apeó, dirigiéndose á Galeana. Hablaron algunos instantes y vuelto á montar, presenció con su escolta el desfile de la columna.

El pueblo no pudo dominar su entusiasmo: frenético, gritaba y aplaudía, vitoreando á Morelos, á Galeana y á su naciente Patria.

La columna desapareció por la estrecha calle, situada al frente de San Diego, al Oriente. ¡En el camino de la toma de agua!

.. ..

II.

Durante la mañana del 3 de Abril, festejábase en el campo realista, la feliz operación emprendida en las tinieblas.

Se creía, con bastante fundamento, que las torturas de la sed, acabarían por agotar la paciencia de los sitiados. El General Calleja había dado la orden de cortar de un modo definitivo la entrada del agua, lo cual tocaba realizar al Brigadier Llano, por hallarse en su campo la toma.

Sesenta varas de zanja se habían terraplenado: mucho debía trabajarse para reponer lo perdido. Aquello parecía semi-imposible. Seguros los realistas, comentaban

á su sabor el hecho, celebrando con algazara su próximo esperado triunfo.

La severa disciplina establecida por Calleja en su ejército, se vino relajando poco á poco en este largo sitio.

A la época en que el agua fué cortada, vicios como el juego, la embriaguez y otros, eran comunes en su campo, á despecho de su rigidez. El último golpe á los independientes, privándoles del precioso líquido, fué motivo más que suficiente para nuevos desórdenes. Quizá por esta causa no percibieron que después del medio día, insensiblemente se alzaba un muro á partir del bosque y en dirección inequívoca de la toma. Al notarlo, dirigían furiosamente sus fuegos á los numerosos grupos de trabajadores que con inusitada actividad prolongaban la trinchera.

Los surianos, al mando de Galeana, protegidos ya por el bosque, ya por el mismo reciente muro, contestaban las descargas. Su certera puntería, evitaba los avances del enemigo, poniendo á raya su inquietud. Llovían granadas y balas rasas sobre el "naciente reducto de la toma;" pero el trabajo no se suspendía y mientras unos colocaban los sacos á tierra, reforzando atrás la construcción, otros destapaban el acueducto ó zanja, terraplenada la noche anterior por el enemigo.

El entusiasmo se pintaba en todos los semblantes. Los fuegos realistas, hasta ese momento, nada habían podido contra ellos, y el muro avanzaba sin cesar. Galeana, recorriendo pistola en mano toda la extensión de la improvisada muralla, alentaba á sus zapadores y soldados.

El sol, brillando aún con todo su esplendor en el Poniente, debía alcanzar la obra hasta la toma.

El Coronel en persona, seguido de algunos oficiales, soltó el agua á su antiguo cauce. Un grito unánime de entusiasmo apagó su sonoro murmullo. Este grito se prolongó en el interior de Cuautla. ¡La espumosa corriente llevaba á la ciudad el regocijo, la admiración, la vida!

El pueblo aplaudía con frenesí, vitoreando á la Patria y á sus bravos defensores. Las mujeres sumergían "jarros," vasos, ji-

caras, en el ruidoso arroyuelo, bebiendo con delicia las primeras aguas, enturbiadas y espumosas. Las campanas se echaron á vuelo, renació la alegría en el pueblo y hasta el cielo parecía festejar con sus doradas y risueñas nubes, la acción heroica de un grupo de valientes! Majestuosamente hundióse el sol tras del campo de Calleja, y un crepúsculo de vivos colores agregó sus encantos al cuadro.

La obra aún no estaba concluida. Galeana pretendió alzar en la toma misma, un torreón cuadrado, defendido con tres piezas de artillería, que quedaron colocadas desde las primeras horas de la noche. Continuáronse los trabajos tan activamente, que á las diez aún las guardias ocupaban ya sus respectivos puestos en la nueva fortificación.

La ciudad se había iluminado como por encanto. Las bóvedas de las iglesias, las torres, las mejores casas, ostentaban banderas, cortinas y luces. Las músicas recorrían las calles: el pueblo vitoreaba á Morelos y Galeana, á sus oficiales y soldados.

III.

Aquella alegría, aquel concierto entusiasta de admiración, vino á turbar desde el principio con sus ecos la calma que reinaba en la habitación del General realista. Llamando á uno de sus ayudantes, preguntó:

—¿Qué significa tanta algazara de esos menguados?

—Lo ignoro, señor,—contestó el ayudante.

Calleja, cruzando á pasos largos y violentos la diagonal de su sala, ordenó imperiosamente al ayudante:

—Recorra usted pronto en un buen caballo, toda la línea, averiguando con los jefes respectivos lo que ha ocurrido.

El ayudante hizo una inclinación de cabeza, y salió.

Don Félix continuó paseándose, revelando en su porte, en la brusquedad de sus movimientos, la inquietud de su ánimo.

De algunos días atrás sufría accesos de calenturas, tan comunes en aquel clima. Su humor agriábase más que de costumbre,

hallándole intratable aun su misma buena esposa, que con todo empeño le atendía en su curación.

Esa noche, Doña Francisca trató de calmarle. Había tocado suavemente á la puerta de la sala, y después de oírle decir: "adelante," penetró en la habitación.

—Retírate,—le dijo el General.

—Deseaba ofrecerte una taza de té: tal vez tengas ya la calentura,—contestó la señora con aire y acento de humildad.

—No necesito nada,—repitió el General,—lo que me es indispensable no se cura con té. Esta tierra maldecida que me enferma á mí y á la tropa, acabará con todos si el Virrey se empeña en tenernos por acá indefinidamente, sin enviar los recursos que he pedido para acabar con las turbas que se hallan encerradas, á despecho de nuestros ataques y del valor de mi gente.

—Pero ya te aseguran que pronto recibirás la artillería gruesa de Perote y con ella nuevos recursos.—Al decir esto la señora, temblaba en su interior, compadeciendo á los mexicanos sitiados en la población. Ella deploraba sus desgracias y habría hecho cualquier esfuerzo por remediarlas: pero guárdabase bien de revelar sus sentimientos ante el esposo, cuya ferocidad no había podido dominar con el ejemplo de su cariño y sus virtudes.

Disponíase á convencerle para que se recogiera, cuando tocaron la puerta con precipitación.

El General se aproximó, recibiendo al ayudante, que acababa de apearse, y ordenando á la señora saliese luego. Esta obedeció.

—¿Por fin?—dijo Don Félix,—¿tan pronto recorrió usted la línea?

—No, mi General: desde antes supe el motivo de....

—Acabe usted.... de la nueva bacanal, orgía.... desorden de estos bandidos....

El General estallaba, su humor era pésimo aquella noche. Después de ligera pausa, continuó:

—Y bien: ¿cuál es ese motivo:

—Que el agua volvió á entrar á Cuautla desde las cinco y media de la tarde!....

El General dió un salto involuntario co-

mo si le hubiese mordido una víbora; y asentando sobre la mesa con el puño cerrado, ruidoso golpe, exclamó:

—¡Mal rayo les parta!.... ¿Y qué es de ese Brigadier Llano que se halla frente á Xuchitengo, con los mejores Cuerpos inmediatos á la toma? ¡Miserables!.... Salga usted á dar orden se corte de nuevo;.... pero luego.... inmediatamente....

—¡Señor!—balbutió el ayudante.

Calleja, exaltado, le interrumpió:

—Repito á suted que corra luego á comunicar la orden.

—Obedezco sin vacilar. Solamente quiero hacer presente á S. E. que durante el día.... han construido los enemigos un reducto en la toma, terminando en un torreón que la defiende....

—¡Imposible!...... ¿pues qué acaso está muerto ó dormido el ejército, que á su propia vista consiente se levanten semejantes obras de defensa?.... ¿Cómo ha sabido usted esto?

—Por los oficiales del Cuerpo de Granaderos, que durante la tarde, con el Cuerpo de Lovera, pretendían impedir las obras.

—¡Cobardes!...... ¿No pudieron evitarlo?....

El General se paseó rabioso y mudo. El ayudante permaneció de pie. Calleja se detuvo inmediato á él, diciéndole:

—Vuele usted al campo de Llano y que pase sin pérdida de tiempo á hablar conmigo. Igual orden comunicará al Coronel José Enríquez, á los del mismo grado Agustín de la Viña y Andrade.

El ayudante salió violentamente.. .. .. ..

.. ..

Una hora después el General en jefe despedía á Llano, con los Coroneles de la Viña, Enríquez y Andrade. Habían hablado los cuatro algunos minutos, encerrados en la sala.

Al abrir la puerta, Don Félix les repitió en tono insinuante:

—Sin demora alguna se emprenderá el asalto sobre el nuevo reducto de la toma. Hay que reparar lo perdido, sacrificando cuanto sea necesario.

IV.

Serían las once de la noche. No se interrumpían aún las fiestas en el interior de Cuautla. Repentinamente la población quedó muda. Un nutrido fuego de fusilería, acompañado de frecuentes disparos de cañón, en el rumbo de la toma, indicaba á los habitantes que había principiado el asalto al reducto, para disputar el agua.

En efecto, dos gruesas columnas desprendiéndose del campo enemigo, avanzaron mudas é imponentes sobre el torreón y la muralla. A distancia muy corta de la fortificación y sin haber sido sentidos, rompieron el fuego furiosamente, aproximándose más y más al improvisado reducto.

La caja del río estaba iluminada con los continuos disparos. Densas nubes de humo impulsadas por vientos del Nordeste, pasaban sobre Cuautla, esparciendo como el olor de la muerte.

El Batallón de Lovera cargó con valor por el frente y flanco izquierdo del torreón, que era el punto más difícil. Ciento cincuenta de los llamados patriotas de San Luis, más los cien granaderos, cargaron sobre el muro que comunicaba con el bosque. El triunfo parecía indudable, ¿cómo resistir aquel furioso choque?....

Galeana había cubierto perfectamente toda su línea, tras del parapeto: y como en el asalto del 19 de Febrero, recomendaba á sus soldados no desperdiciar el parque. Así, el fuego de fusilería apenas si era contestado: en cambio el torreón disparaba paulatinamente dos de sus piezas, barriendo al enemigo con la metralla.

Lovera hizo un empuje formidable, gritando frenético: "Al torreón." Los independientes aguardaron serenos. La columna avanzó cerrada, hasta aproximarse al muro y fuerte de la presa. Los independientes hicieron una descarga, que señaló algunos claros en el enemigo: sin embargo, la columna volvió á cerrarse y los más atrevidos soldados del Batallón de Lovera, soñando quizá con sus triunfos recientes, sobre los veteranos de Napoleón, saltaron osadamente al muro. El siniestro ahullido de los surianos y su grito de muerte: "al fierro,

al jierro," acompañado del fúnebre ruido producido por el golpe de sus filosos machetes, sembraron el desconcierto entre los asaltantes, retrocediendo espantados. (*)

Don Luis en el torreón, hacía prodigios al lado de Galeana: habían soltado las carabinas y luchaban con los sables, cuerpo á cuerpo, infundiendo con su heroico ejemplo, ánimo y valor á sus soldados.

En aquellos momentos los asaltantes rompieron de nuevo la presa. El agua cesó de correr por el apantle. Galeana hizo una salida del parapeto con los surianos, sostenidos por los fuegos del muro, á cargo de Torres y otros Capitanes. Los asaltantes huyeron á su campo en la ribera izquierda del río.

Entretanto la toma se había repuesto, extrayéndose algunos cadáveres del seno mismo de las aguas.

La oficialidad española de Granaderos y Lovera, sable en mano, imponiendo obediencia, subordinación y valor á sus soldados, lograron organizarles para nuevo asalto.

Frente al torreón y cuando la columna enemiga se aproximaba por segunda vez, produjose entre ella un espantoso desorden: de su seno mismo, salía un soldado disparando su arma, é hiriendo con un largo puñal á sus propios compañeros.

—"Viva la América," "Viva Morelos," gri-

(*) Tan proverbial era el valor de aquellos soldados del Sur, que en los famosos "Desengaños" escritos por el fanático Dr. Don Agustín Pomposo de San Salvador, y refiriéndose en el "5o. Desengaño" á la destrucción del ejército de Morelos en Cuautla, dice: "No debo negar que aquellos negros y pintos eran feroces, etc., etc." Mucho era mentir con aquello de "la destrucción del ejército de Morelos." Negar el valor á los del Sur, hubiera sido el colmo y por esto solamente nadie habría creído el resto.

Datos tomados de la importante obra, incompleta aún, é intitulada "Documentos para la Historia de Independencia," por F. E. Hernández Dávalos.

taba frenético, aproximándose más y más al muro. Sus compañeros dispararon sobre él, sonando muchos tiros á la vez. El soldado tambaleó, sin soltar sus armas. Trabajosamente ascendió al muro, ya sobre él y chorreando sangre, un costeño alzaba el sable sobre su cabeza; "es de los nuestros," gritó otro deteniéndole. El suriano bajó su machete: en cuanto al herido, falto ya de fuerza y articulando difícilmente las palabras: "Viva Galeana," soltó sus armas, rodando inerte el cuerpo, por tierra.

El combate se prolongó hasta las dos de la madrugada; rechazados definitivamente los españoles, huyeron á su campo, dejando en poder de los independientes, sus muertos, armas y heridos.

Al día siguiente celebróse de la manera más entusiasta en la población, el triunfo alcanzado por sus defensores en la noche anterior.

DEMETRIO MEJIA.

LA CUREÑA HUMANA.

I.

En los últimos días del mes de Marzo de 1811, la causa de la Independencia había sufrido bastantes reveses y parecía perdida.

Los primeros jefes y los más principales, habían caído prisioneros en Acatita de Bajan, gracias á la traición de Elizondo, é iban camino de Chihuahua, donde les esperaba el suplicio.

Los grandes ejércitos que habían formado desaparecieron como el humo, y sólo quedaba de ellos un pequeño Cuerpo de tres mil hombres, desorganizado por las derrotas y desmoralizado por la traición que le seguía por todas partes.

Mandaba ese ejército en el Saltillo un abogado joven, sobrino en grado lejano del Cura Hidalgo y que había sido el Ministro universal de Estado de éste, Don Ignacio López Rayón, que hasta entonces había demostrado entender más de leyes que de cañones, pero que en lo sucesivo iba á poner en evidencia que entendía tanto de los unos como de las otras.

Tenía á sus órdenes al vencedor de Guadalajara, al "amo" Torres, tan leal y tan valiente; á los Mariscales Don Juan Pablo Anaya y Don Víctor Rosales, cuya suerte posterior había de ser tan diversa; al moreliano Villalongín y á los siniestros Ponce é Iriarte, que mucho quehacer habían de darle.

Sin querer pensar en los peligros que le esperaban en su marcha á través de un país enemigo, decidió retirarse á Michoacán, cuyo terreno le era muy conocido, y hacerse fuerte en Zitácuaro, su pueblo natal, donde contaba con sostenerse por mucho tiempo.

Salió del Saltillo con su pequeño ejército, y á las pocas leguas fué atacado por el realista Ochoa, que creía seguro el triunfo, pues tenía inteligencias en el campo insurgente; pero sus esperanzas salieron fallidas, pues Rayón lo derrotó en los Piñones, y en seguida, para hacer un escarmiento, este jefe hizo fusilar al traidor Iriarte.

Empezó á seguir el ejército un camino árido, triste, desprovisto de agua y casi de vegetación y caldeado por los ardientes rayos del sol de Abril; más penoso aún lo hizo la deserción de Ponce y la ruptura de los odres en que se conducía el agua. Los animales, sedientos, caían para no levantarse más, no obstante los esfuerzos que sus conductores hacían, y todos esperaban con espanto el momento en que á los hombres faltasen también las fuerzas y empezaran á caer, señalando el camino de la expedición con un reguero de sedientos y de cadáveres.

En la noche del segundo día de tan terribles sufrimientos, los guías anunciaron que estaban cerca de la hacienda de San Eustaquio, y en consejo de oficiales se deliberó si el ejército insurgente debía apoderarse de la hacienda ó seguir su camino; pero habiendo dicho alguien que dentro de ella había agua en abundancia, armas y provisiones, de todo lo cual estaba tan necesitado el ejército de Rayón, se decidió apoderarse de ella para evitar la desaparición de ese ejército.

Torres fué comisionado para hacer un reconocimiento previo, á fin de combinar el plan de ataque, y la tropa se dispuso á la batalla.

II.

Era la hacienda de San Eustaquio una pesada y maciza construcción colonial de las que ya quedan pocas, y que más pa-

recía una fortaleza que una casa de campo. La casa principal, las dependencias y las rancherías, estaban encerradas dentro de un recinto cercado con gruesas y resistentes paredes rematadas en almenas, que servían para resguardar á los trabajadores de las incursiones posibles de los indios bárbaros.

Una sola puerta, en la fachada principal, daba entrada á toda la hacienda, y á la sazón estaba cerrada y bien atrancada, en previsión de la cercanía de los insurgentes, y un vigía desde lo alto de la torre de la capilla inspecionaba incesantemente los alrededores, para dar la alarma y hacer que la gente se pusiera en estado de defensa.

Esa fachada principal daba sobre el camino real, la de la izquierda á una ladera llena de cactus y malezas inextricables y al través de las cuales era materialmente imposible penetrar si no era limpiándola previamente, y la parte posterior y de la derecha á una profunda barranca cortala casi á pico y que las defendía naturalmente. Además, dentro de la finca había doscientos hombres perfectamente armados, y cuyo jefe era el mismo dueño de la hacienda, un español de carácter duro y cruel que veía con desprecio á los insurgentes y que hacía pocos días había mandado azotar despiadadamente á un Coronel de Allende que cayó en sus manos.

En tales circunstancias, la hacienda era una verdadera fortaleza, casi inexpugnable para el pequeño ejército de Rayón, que no disponía de más artillería que un pequeño cañón de bronce que se llevaba á lomo de mula por carecer de cureña.

El plan de ataque, aunque sencillo de forma, era de difícil realización: se atacaría de frente la hacienda con el grueso de la tropa y se destacaría una pequeña sección para rodearla y evitar, ó la salida de algún mensajero en demanda de auxilio á Zambrano, ó la llegada de refuerzos; y para tratar de salvar la barranca.

El cañón se utilizaría para batir la puerta, y al efecto se intentó colocarlo al frente, sostenido por unas grandes piedras que se encontraron cerca; pero pronto se vió que eran ineficaces, pues al hacer explosión la

pólvora, las piedras se separaban y la bala iba á clavarse en el camino, sin hacer ningún daño á la pared ni á la puerta de la hacienda.

El tiempo urgía, porque los defensores de ésta empezaban á hacer certera puntería y ya algunos cadáveres y heridos se veían regados por el suelo y el fuego á descubierto de los insurgentes ningún daño causaba á aquéllos.

—¡Una cureña! decía con desesperación el jefe insurgente; ¡una cureña y estamos salvados! porque la puerta caerá á los primeros tiros, y encontraremos agua.

Pero en la imposibilidad de encontrarla, los jefes y soldados se veían unos á otros con desesperación, y aun no faltaba alguno que opinase que para ellos era inexpugnable San Eustaquio.

III.

Las circunstancias se iban haciendo cada vez más críticas, hasta que de entre el grupo de los artilleros se destacó un hombre de elevada estatura y de atlética complexión, muy conocido en el ejército por su extraordinaria fuerza.

Se llamaba Valdivia, se había alistado en el ejército de Torres y en la batalla de Calderón se distinguió por haberse defendido, desarmado como estaba, de dos dragones de Flon, á quienes mató de una sola bofetada á cada uno; de una "guantada," como decían sus compañeros de armas.

Se acercó al oficial que mandaba la fuerza y le dijo sencillamente:

—Mi jefe, se necesita una cureña para el cañón, y como no la hay, yo puedo hacer de cureña.

—¡Tú! dijo el oficial estupefacto; pero, ¿no comprendes que eso no es posible?

—Yo aguanto el cañón.

—Pero aunque lo aguantes, el rechazo sólo del cañón te puede matar.

—Veremos. Y aunque me mate, se salva el ejército si cae la puerta.

—Como quieras, pero puedes morir.

—Hagamos la prueba, mi jefe. ¿Me da usted permiso de ser cureña?

—Haz lo que quieras, respondió el oficial, encogiéndose de hombros.

—Amárrenmelo recio, muchachos, dijo entonces Valdivia á sus compañeros.

Empezó entonces una escena extraña en medio del silencio que había sucedido al estruendo de los disparos, pues unos y otros, queriendo ahorrar sus municiones, habían establecido una tregua tácita.

Los artilleros con lazos sujetaron fuertemente el cañón á la espalda de Valdivia, después de poner varios sarapes entre el cuerpo y el arma, tanto para que ésta quedase más firme, como para amortiguar el golpe.

Una vez terminada la operación, Valdivia se puso en pie con facilidad y situándose frente de la puerta de la hacienda, dijo al oficial:

—Apunte usted bien, mi jefe.

Fué cargado el cañón, y hecha puntería, Valdivia, que se había arrodillado, bajó la cabeza, se dió fuego á la mecha y el tiro partió, yendo á dar á un ángulo de la puerta, que aunque quedó agujereada y crugió, no cedió.

Una descarga cerrada de los defensores, asombrados de tanta audacia y temerosos de que la puerta cediera, se escuchó, y al mismo tiempo se levantó entre los asaltantes un clamoreo entusiasta y muchos gritaron:

—¡Otro tiro y la hacienda es nuestra!

Valdivia, densamente pálido, pero sin dar señal alguna de debilidad, levantó la cabeza y el cuerpo para ver los efectos que había causado el cañonazo y dijo:

—Se necesita otro cañonazo.

Fué cargado de nuevo el cañón y rectificada la puntería. La bala sacó de quicio á la puerta y la hizo medio caer sobre los escombros que se habían amontonado por la parte de adentro para reforzarla. Pero la brecha quedaba abierta y el oficial insurgente lanzó inmediatamente su gente al asalto, sin escuchar un ¡ay! desgarrador que la cureña humana había lanzado, ni ver que Valdivia había caído, cuan largo era, sobre el suelo.

Sólo una mujer, una soldadera de las que

acompañaban el ejército, se lanzó á socorrer al humilde héroe que había quedado olvidado; ayudada de otras cortó las ligaduras que sujetaban el cañón al hombre, quitaron con muchos trabajos el arma haciéndola á un lado y trataron de ayudar á Valdivia á levantarse.

¡Pero imposible! Aquel hércules que había resistido dos disparos no pudo ya ponerse en pie, y aunque no tenía ningún hueso roto, su organismo había sufrido tal choque, que había quedado contrahecho.

IV.

Los primeros asaltantes que quisieron penetrar por la abierta brecha, cayeron muertos por las balas de los defensores, pero los llegados después consiguieron entrar y se esparcieron por el gran patio á los gritos de ¡Viva Hidalgo! ¡Viva Rayón! ¡Viva América!

Por un momento, sin embargo, pareció que iban á ser rechazados, pues los defensores empezaron á hacer un fuego certero desde las bóvedas de la capilla; pero los gritos de ¡Viva Rayón! que resonaron á sus espaldas y la irrupción de nuevos combatientes, sembró el pánico entre ellos y los hizo huir.

Era que los del destacamento enviado para circunvalar la hacienda habían realizado una nueva hazaña.

Después de explorar el terreno, atravesaron la barranca y llegando á la ladera, para lo cual hubieron de vencer muchos obstáculos, comprendieron que sólo podían penetrar por ese lado á la hacienda, escalando las elevadas tapias; el jefe que mandaba el destacamento ordenó traer las "reatas" que en la silla de sus cabalgaduras llevaban los jinetes, é hizo que cincuenta de los más hábiles lazaran las resistentes almenas de la fachada.

Hecha esta operación, empezaron á subir en silencio, seguros de que la atención de los defensores estaba concentrada en el punto del ataque principal.

Así que los cincuenta hombres, con excepción de dos que se desbarrancaron, estuvieron sobre el muro, á horcajadas pasaron

al lado interior de él y las mismas reatas les sirvieron para descender á uno de los patios de la hacienda, sin que la atrevida maniobra fuese sentida por los defensores de ésta, ocupados, como estaban, en rechazar el asalto por el lado del camino real.

Formados, con sus pistolas en la mano, llegaron al lugar del combate, y después de hacer una descarga que amedrentó á los sitiados, al grito de ¡viva Rayón! se precipitaron con sus machetes sobre aquéllos, con lo que se declaró la victoria de los insurgentes. Los defensores de San Eustaquio huyeron por todas partes, y al ser perseguidos se rindieron; sólo un grupo pretendió hacerse fuerte en una troje, pero amenazados de perecer achicharrados, á cuyo efecto se llvaron á la puerta grandes barcinas de paja, también se rindieron.

Costó trabajo poner orden en las filas independientes, que pretendían entrar á saco desordenado á la hacienda; pero al fin los jefes se impusieron y el ejército, después de calmar la sed que le atormentaba, se proveyó de todos los víveres que encontró, recogió armas y caballos, y establecidas las guardias necesarias, se entregó al descanso, para continuar su marcha al día siguiente.

Aquella victoria le devolvió la moral perdida, y con las provisiones recogidas pudo seguir su camino sin cuidado,, derrotar á Zambrano y ocupar á Zacatecas, de donde sacó abundantes recursos. Sin embargo, aquella victoria no podía dejar de tener su corolario siniestro, como sucedió en todas las de esa guerra, pues el dueño de ella, Larrainzar, fué azotado, en venganza de los azotes que él había mandado dar á un jefe insurgente, y una mano criminal prendió fuego á la hacienda, cuando los últimos soldados de Rayón salían de ella.

V.

Valdivia, que durante el combate había sido olvidado y sólo quedó en poder de las compasivas soldaderas, fué llevado á la hacienda cuando terminó aquél y atendido con los escasos recursos de que allí podía disponerse. En camilla acompañó al ejército

hasta Zacatecas, siempre al cuidado de la soldadera aquélla, llamada "La Guanajuateña;" que, sin embargo, lo dejó por poco tiempo al ir á empezar el ataque de la ciudad, pues Rayón, para hacer creer que tenía más gente que la que en realidad llevaba, formó una brigada de mujeres disfrazadas de soldados y puso al frente de ella á "La Guanajuateña," que, como sus compañeras, se portó bizarramente.

En aquella población pudo ser curado Valdivia, "el hombre-cureña," como le decían sus compañeros; pero inútil ya para el servicio, y deseando ponerse en cura formal, pidió permiso á Rayón para separarse del ejército.

El General se lo concedió, obsequiando al denodado insurgente con una buena cantidad de dinero, con la que Valdivia decidió ponerse en camino para Tepic, su tierra natal, en compañía de "La Guanajuateña," que había sido herida en la toma de Zacatecas.

En el camino se separó de los independientes, y con muchas fatigas y sobresaltos por las numerosas partidas que infestaban los caminos, llegó á Tepic, y después de algún tiempo consiguió andar por su pie, pero nunca más volvió á enderezarse y á poder levantar la cabeza.

Conservó su prodigiosa fuerza áun en la época de su ancianidad, y cuéntase que, con una sola mano, podía sujetar al caballo más brioso é impedirle que caminara.

Sobrevivió muchos años á la retirada de Rayón, y la vida le alcanzó para ver realizada la Independencia de México, á la que él con su grano de arena había contribuído, y falleció en un pueblecillo cercano á Tepic, allá por los años de 1840.

La historia ha dejado de consignar en sus páginas el nombre de este héroe, como lo ha hecho con otros tantos ignorados, y sólo la tradición local ha conservado el recuerdo de su hazaña y el sobrenombre bastante significativo que le dieron sus contemporáneos: "El hombre-cureña."

A tal punto llegaron á identificarlo con aquélla, que, olvidando su apellido de Valdivia, le llamaban "Cureño."

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.

HEROINAS DE LA INDEPENDENCIA

Ni el sexo, ni la edad fué perdonada; los niños tiernos, la belleza misma, las gracias que desarman al soldado, todo sufrió sus vengativas iras.

("Gaceta de Bogotá," 1820).

I

El corazón de la mujer es urna sagrada que encierra los más suaves y delicados perfumes, la santidad de la virtud, la piedad de la religión, lo mismo que el cariño abnegado de esposa, de madre y de hija.

La mujer mexicana ha arrullado á sus hijos, á la apacible luz de la lámpara del hogar, y los ha alentado con su ejemplo en los peligros y combates, entre el fragor de las armas y á la rojiza llama de los incendios.

Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora en fin derramando su propia sangre, no contentas con haber ofrecido la de sus hijos.

"Las mujeres mexicanas, decía un testigo ocular de aquellos homéricos tiempos, ca-

sadas con españoles ó criollos, eran secreta ó abiertamente partidarias de la independencia. El temor del castigo no reprimía en modo alguno su decidido patriotismo; durante la revolución fueron siempre fieles á la cuasa de la independencia y en muchas ocasiones se distinguieron por su valor é intrepidez. Cualquiera derrota de los patriotas tendía una nube sobre sus serenas frentes; y sus hermosos ojos, á la noticia de cada victoria, se llenaban de lágrimas, de júbilo, y brillaban con doble resplandor. Las canciones con que las madres entretenían á sus hijos, respiraban libertad y odio al despotismo español"..... (*)

Con los nombres de estas heroínas, pocos conocidos y muchos ignorados, es preciso formar un ramillete inapreciable, para depositarlo en el santuario donde veneremos á la deidad que personifica la tierra en que nacimos.

II

La primera, una de las más grandes, es aquella esforzada mujer que en medio de la noche envía un emisario á Hidalgo, para comunicarle que la conspiración de Querétaro ha sido denunciada.

El mensaje se puede traducir en las bellísimas palabras de don Ignacio Ramírez.

"En pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe ó un ajusticiado: en esta revolución está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será estéril, porque sé que me mandarás en contestación el grito de independencia."

Y no se equivocaba. El eco de las campanas de Dolores; que saludaron á la más espléndida de nuestras auroras fué la contestación que dió el heroico Hidalgo á Doña Josefa Ortiz de Domínguez, que por su oportuno aviso y por sus sacrificios posteriores, será la primera y una de nuestras más grandes heroínas.

(*) Memoirs of the mexican revolution, and of General Mina, by W. D. Robinson, London, 1821.

Grande también, sublime por su amor á la independencia, demostrado desde la edad de 19 años, es Leona Vicario, que improvisa correos, que alienta á los tímidos, que remite recursos á los independientes, que protesta morir antes que denunciar á los conspiradores, que sufre resignada una prisión de la cual logra evadirse para ir en pos de la guerra, llevando consigo una imprenta que reproduce los pensamientos y aspiraciones de los patriotas insurgentes.

Una vez con los suyos, se une á su amante, "enciende la antorcha nupcial en la hoguera del patriotismo," como dice don Ignacio Ramírez, y desciñe tal vez "su guirnalda y su velo para vendar una herida en la frente del desposado." (*)

Leona Vicario tiene un rasgo liberalísimo, no nuevo en los anales del desprendimiento femenino: pero á nuestro juicio muy desinteresado por su realización.

Leona Vicario, para comprar el bronce con que se habían de fundir cañones en Tlalpujahua el año de 1821, vendió sus joyas.

No amenguamos el mérito indisputable que tiene Isabel la Católica, la gran reina de España, de haber ofrecido sus alhajas para descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero admiramos más la acción de la heroína mexicana que vende sus joyas para defender y alcanzar la libertad de un pueblo.

III

No tan conocida como la Corregidora y Leona Vicario, pero tan amante de su país como las primeras, fué la esposa de don Manuel Lazarín, doña Mariana Rodríguez del Toro.

Era la noche del Lunes Santo de 1811.

En la casa de Lazarín, reunidos en amena tertulia se hallaban muchas personas, entre las cuales no pocas se distinguían por su afecto á la independencia.

De repente, después de las 8 y media de la

(*) Sabido es que Leona Vicario casó con el distinguido patriota don Andrés Quintana Roo.

noche, un repique á vuelo de las campanas de la Catedral y una salva de artillería, pusieron en alarma á los tertulianos de Lazarín.

¿Qué indicaba aquél brusco toque de campanas y aquellos desusados disparos de cañón, á tal hora y en tiempo santo? El gobierno virreinal, regocijado con la prisión de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, anunciába tan fausto acontecimiento para los realistas y tan lamentable para los insurgentes.

En la casa de Lazarín, la noticia cayó como un rayo. El pánico enfrió las venas de los tímidos; pero entonces, una mujer tan varonil como su patriotismo, se levantó enmedio de todos, diciéndoles:

—¿Qué es esto, señores? Qué! ¿Ya no hay hombres en América?

Los cobardes, confusos aunque reanimados, preguntaron:

—¿Pues qué hacer?

—¡Libertar á los prisioneros!

—¿Pero cómo?

—De la manera más sencilla: ¡apoderarse del Virrey en el paseo, y ahorcarlo!

Esa noche nació la conjuración conocida en nuestra historia por conspiración del año 11, que fracasó, es cierto, pero que despertó el espíritu público, y pudo ser de funestas consecuencias para el gobierno español, porque en ella estaban comprometidas muchas personas notables de la época, como escritores, abogados, miembros del clero y aun de la nobleza.

Doña Mariana Rodríguez sufrió en cambio las más crueles persecuciones, y prisionera en unión de su esposo, no se vió libre sino hasta el año de 1820

No sólo en la capital y en conspiraciones sufriendo insultos y cárceles, también en el campo de batalla y luchando en compañía de los bravos insurgentes, hubo heroínas en aquella memorable guerra de emancipación. De éstas fueron, Manuela Medina, natural de Texcoco, y María Fermina Rivera, nacida en Tlaltizapam.

La primera llamada La Capitana, levantó una compañía de independientes; se encon-

tró en siete acciones de guerra; sólo por conocer al gran Morelos emprendió un largo viaje de más de cien leguas, y al fin de la jornada dijo "que ya moriría con gusto, aunque la despedazase una bomba de Acapulco."

Manuela Medina murió en su ciudad natal en Marzo de 1822, á consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor.

La segunda, doña María Fermina Rivera, fué viuda del Coronel de Caballería don José María Rivera y "tuvo que luchar con hambres terribles, caminos fragosos, climas ingratos, y cuanto malo padecieron sus compañeros de armas, pudiendo ella dar tal nombre á los soldados porque algunas veces cogía el fusil de algunos de los muertos ó heridos, y sostenía el fuego al lado de su marido con el mismo denuedo y bizarría que pudiera un soldado veterano." (*)

Doña María Fermina murió en la acción de Chichihualco, defendiéndose valerosamente al lado de don Vicente Guerrero, en Febrero de 1821.

Junto á estas nobles matronas, debe figurar María Herrera, que huérfana de madre, quemó su hacienda para no proporcionar recursos á sus enemigos. Fué ella la que alojó al inmortal Mina en el rancho del Venadito, donde cayó prisionera, con su ilustre huésped; y perseguida después, robada, insultada por una soldadesca incapaz de respetar al heroísmo, tuvo que vivir en medio de los bosques, desnuda y hambrienta como una eremita consagrada en la soledad para rogar á Dios por la salvación de la patria.

IV

La guerra de independencia en México tuvo también heroínas mártires. Los insurgentes nunca fusilaron á mujer alguna, del

---

(*) Calendario para el año de 1825, dedicado á las señoritas americanas, etc., por "El Pensador Mexicano."

partido realista; pero en cambio, éste manchó sus armas con sangre del bello sexo.

Fué en una noche tempestuosa del mes de Agosto de 1814. Cerca del pueblo de Valtierrilla, (*) bajo las órdenes de don Ignacio García, una partida de realistas se hallaba empeñada en sostener reñida acción con un grupo de patriotas independientes. La lucha era prolongada y heroica. La lluvia proseguía, y el terreno fangoso y surcado de arroyos, aumentaba las dificultades de aquella gloriosa acción, que duró desde las 8 y media de la noche hasta las siete y media de la mañana del día siguiente. No refiere el parte respectivo quiénes fueron los vencedores; solamente hace constar que cayeron prisioneros los patriotas Miguel Yáñez, José Esquivel y Eustaquio Hernández, "emisarios de la mayor confianza de los rebeldes."

García lo participó así á su Jefe Superior don Agustín de Iturbide, quien no tuvo piedad de los vencidos, pues él mismo refiere que los mandó pasar por las armas. "Se fusiló al mismo tiempo—agrega Iturbide,— á María Tomasa Esteves, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, á no ser tan escuchado el patriotismo de estos soldados."

Las ejecuciones se verificaron en la entonces Villa de Salamanca, en el mismo mes de Agosto de 1814.

La heroína María Tomasa Estevez, no necesita de nuestros elogios. Su mismo enemigo se los hizo. Murió por su patriotismo y por su hermosura.

Hay otra heroína de humilde origen, pero que no debemos omitir porque fué también martir de la independencia. Se llamaba Luisa Martínez, esposa de Estéban García Rojas, álias el Jaranero, la cual tenía un tendajón en el pueblo de Erongarícuaro, allá por los años de 1815 á 1816.

En el pueblo todos eran chaquetas, es decir, partidarios de los realistas; pero ella amantísima del bando contrario. Servía á los guerrilleros insurgentes de corazón; con actividad les proporcionaba noticias oportu-

(*) Estado de Guanajuato.

nas, víveres, recursos, y les enviaba, además, comunicaciones de los jefes superiores, con quienes sostenía continuada correspondencia. Un día fué sorprendido por don Pedro Celestino Negrete, el correo de la Martínez, que era portador de cartas dirigidas al guerrillero Tomás Pacheco. Luisa Martínez huyó; pero perseguida, hecha prisionera y encapillada, hubo necesidad de que diera dos mil pesos y prometiese no volver á comunicarse con los patriotas, para que recobrase su libertad. Mas no escarmentó en lo sucesivo. Tres veces más se le persiguió, encarceló y multó hasta que al fin no pudo satisfacer la cantidad de cuatro mil pesos que le exigía don Pedro Celestino Negrete y fué fusilada de orden de éste en uno de los ángulos del cementerio de la Parroquia de Erongaricuaro, el año de 1817.

Poco antes de morir, dirigiéndose á Negrete le dijo:

—"¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho á hacer cuanto pueda en favor de mi patria, porque soy mexicana. No creo cometer ninguna falta con mi conducta, sino cumplir con mi deber." (1)

Negrete permaneció inflexible, y Luisa Martínez, cayó atravesada por las balas de los realistas.

El Estado de Michoacán cuenta otra heroína martir, doña Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega. Luchó con sublime abnegación por la patria. Sacrificó en aras de ella á su esposo y á sus intereses. Mina y otros caudillos le debieron que les salvara la vida en más de una ocasión. Ningún historiador consagra otro dato sobre su vida. Sólo sabemos que murió fusilada en la plaza de Pátzcuaro el 10 de Octubre de 1817. (2)

V

Imposible sería hablar de todas y cada una de las heroínas de la Independencia de

(1) Periódico Oficial del Estado de Michoacán, número del día 8 de Enero de 1893.

(2) Gaceta del Gobierno del Estado de México, número correspondiente al 16 de Septiembre de 1894.

México, en un artículo que no puede, por su extensión, ni encerrar sus nombres ni contener sus hazañas.

Contentémonos, pues, con consignar un recuerdo á doña Rafaela López Aguado, madre de los Rayones, que fué digna émula de las espartanas; á doña María Petra Teruel de Velasco, hada protectora de los insurgentes presos; á doña Ana García, esposa del patriota Coronel José Félix Trespalacios, á quien acompañó en una travesía de ciento sesenta leguas y salvó de dos sentencias de muerte que contra él fulminara el partido realista; á las hermanas González, de Pénjamo, que sacrificaron su fortuna y derribaron su casa para unirse con los insurgentes; á las hermanas Moreno, que dieron tantas pruebas de abnegación y de patriotismo, al lado de don Pedro Moreno y de Mina; y á las jóvenes Francisca y Magdalena Godos, también hermanas, que durante el sitio de Coscomatepec, hacían cartuchos y cuidaban á los enfermos.

¿Y qué diremos de las heroínas sin nombre, que por este motivo son más dignas de eterno recuerdo, y de las cuales la ingrata historia sólo ha conservado la memoria de alguna de sus acciones?

La mujer de Albino García, pobre y humilde de origen, montada á caballo, sable en mano, "entraba la primera á los ataques, animando con su voz y su ejemplo á los soldados."

En Soto la Marina, durante el sitio inmortal sostenido por el mayor Sardá y sus heroicos compañeros, "lo abrasado de la atmósfera y los incesantes esfuerzos de la tropa, pronto hicieron insoportable la sed que la atormentaba; y aunque el río se hallaba á pocos pasos, era tan vivo y destructor el fuego del enemigo, que ni el más intrépido de los hombres se atrevió á exponerse para aliviar tan urgente necesidad. En estas circunstancias una heroína mexicana, viendo cuánto sufrían de desfallecimiento los defensores de la patria, tuvo el arrojo de adelantarse en medio de una lluvia de balas y la fortuna de proporcionarles un poco de agua sin experimentar el menor daño."

Hubo otra heroína en Huichapam, que le-

vantó á sus expensas una división de insurgentes, se puso al frente de ella, y en cierta acción, entre muchas que sostuvo, dispersos los soldados por el enemigo, se quedó sola, defendiéndose con tanto valor que obligó al jefe realista y á la tropa de éste le rindieran las armas y le conservaran la vida.....

También una extranjera compartió con las nuestras la gloria de haber sufrido por alcanzar la emancipación de México. Vino con el General Mina desde Galveston, fué francesa de origen y se apellidaba La Mar.

Había residido en Cartagena de Indias y distinguídose por su amor á la libertad americana. En Soto la Marina con la mayor abnegación cuidó de los enfermos y de los heridos, y dió pruebas de heroísmo durante el sitio. Hecha prisionera, fué enviada á Veracruz y obligada "á servir en un hospital en las más penosas y repugnantes ocupaciones." Logró fugarse y unirse á la división de don Guadalupe Victoria, pero al cabo de algún tiempo, fué hecha prisionera de nuevo por los realistas, y puesta á servir en Julio de 1819, con una familia particular de Jalapa. A pesar de repetidos memoriales que dirigió al Virrey, no se le permitió regresar á su país, y estuvo en duro cautiverio hasta la consumación de la Independencia.

De propósito hemos reservado para terminar, la narración de dos episodios que sobrepujan á lo heroico, que son casi sobrehumanos, y de los que fueron protagonistas, en glorioso sitio, doña Antonia Nava esposa de don Nicolás Catalán, uno de los más valientes defensores de la Independencia, y doña Catalina González compañera y amiga de aquella heroína. (*)

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xalisca ó Tlacotepec en el Sur, el General don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban á sus órdenes el citado Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que la rendición se hacía esperar de un

---

(*) Los nombres de éstas dos ilustres mujeres, me los comunicó el General Nicolás Pinzón, nieto de uno de los oficiales del gran Morelos.

momento á otro. "No era que faltase el valor: era que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido á los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza." El General Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó diezmar á sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba á cumplirse cuando doña Antonia Nava y doña Catalina González, seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al General, y con varonil actitud le dijo la primera:

—"Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra Patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados." Y dando el ejemplo de abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquél rasgo sublime.

"El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

"Casi todos los insurgentes murieron, pero ninguno se rindió." (*) No satisfecha la heroína, á quien llamaban La Generala con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de uno de sus deudos que asesinado por los realistas había sido llevado á la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aún mayores sacrificios debían hacerse; doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió á Morelos éstas sencillas pero elocuentísimas palabras:

—"No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de éste hombre: sé que cumplió con su deber; vengo á traer cuatro hijos; tres pueden servir como soldados, y

---

(*) Gerardo Silva, Glorias Nacionales.—México, 1879.

otro que está chico será tambor y reemplazará al muerto."

¿Qué otra cosa hizo Cornelia, la madre de los Gracos?

VI

Para elogiar dignamente á nuestras heroínas, las palabras son pocas, las frases pálidas: los mismos hechos pregonan su grandeza.

Solamente los poetas, con liras de marfil y cuerdas de oro, son dignos de cantarlas; nuestra prosa es débil, impotente; deslumbrados por los resplandores de tanta gloria, nos contentamos con depositar humildes laureles, símbolo de nuestra gratitud sin límites, sobre las tumbas ignoradas de las madres de nuestra madre La Patria.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

LAS HAZAÑAS DE ALLENDE.

I

Un día, hace ya algunos anos, caminaba yo por las montañas. Era la estación de primavera; los campos habían vestido su verde ropaje, las florecillas asomaban tímidas sus corolas por las grietas de las rocas. Las unas eran rojas como el pudor de la mujer á los diez y seis años, las otras moradas como la tristeza que se apodera del corazón en cierta época fatal de la vida, las otras amarillas color de oro como la alegría de la juventud. ¿Habéis visto los pajarillos volar de una roca á otra, colgarse después de una rama, recoger, batiendo las alas, el alimento que Dios derrama en las praderas para sus lindas criaturas? ¿Habéis visto al insecto dorado besar amoroso á las flores y sacar su néctar y llevarse su pólen....? Todo era fiesta y regocijo en la naturaleza. El cielo azul, el campo con los ruidos misteriosos de la naturaleza, el viento arrojando la delicia y la voluptuosidad con sus frescas alas en medio de los rayos del sol, las montañas unas tras otras, altas, azules, majestuosas, dejando ver en sus eternas cimas los pinos viejos y añosos y los cedros tiernos y verdes; grandes y solitarias alamedas plantadas por la mano de la naturaleza....

Repentinamente cambió todo este paisaje, y el camino, por una angosta vereda, me condujo á una de esas mesas interminа-

bles de la Sierra Madre, donde la vegetación es mezquina, donde las rocas asoman sus calvas cabezas y donde las aves pasan rápidas en parvadas, porque su vista no descubre ni árboles ni flores. El calor era cada vez más fuerte, los rayos del sol de medio día reflejaban sobre las superficies blancas y producían una especie de vértigo que entraba por los ojos y se respiraba en la atmósfera abrasada. Ni un árbol, ni un animal, ni siquiera una choza en aquella inmensa soledad que se perdía en el horizonte tembloroso y lleno de vapores, que no alcanzaba á percibir la vista: era el verdadero desierto de la Syria.

II.

¡Qué encanto! ¡qué sorpresa, qué sensasión tan inesperada y tan agradable. El desierto desaparece repentinamente, se transforma, se hunde á mis pies, y allá en una profundidad diviso una cosa maravillosa. Es un jardín, y dentro de ese jardín una ciudad con altas cúpulas resplandecientes, con casas encarnadas y blancas, con sus almenas feudales y sus balconerías, con calles como si fueran sembradas entre las peñas, y luego diviso los arroyos cristalinos que corren como cintas plateadas, siento la deliciosa humedad, sube hasta mi rostro el perfume de las flores, y se llenan mis pulmones de ese aire embalsamado y vivificante que emana de los mejores amigos del hombre, de los hermosos árboles que crió y cultiva con tanto primor la maravillosa mano del Grande y Excelso Jardinero del mundo.

Unos cuantos minutos más, y estoy ya dentro de San Miguel el Grande, dentro de esa ciudad donde todo es amable, donde todo es bello, donde son simpáticas hasta las pobres muchachuelas que con sus zagalejos encarnados atraviesan las calles, cargadas con su verdura, con sus aves ó con sus manojos de flores.

San Miguel el Grande es en el interior lo que es Jalapa en la costa del Golfo y lo que es Tepic en el mar del Sur. Ciudades

que son al mismo tiempo aldeas, pueblos, haciendas, jardines, todo á la vez,, y participan en ciertas ocasiones del bullicio y de la animación de la ciudad grande, otras de la apacible quietud del pueblo pequeño, y siempre del aroma y de la belleza de los jardines.

San Miguel, además de su posición, de su hermosura y de su clima, es todo él un libro abierto, un monumento histórico, un almanaque de los sucesos de la Independencia. En Querétaro, en San Miguel y en Dolores, nació y se desarrolló todo el drama sangriento cuyo prólogo terminó en los patíbulos de Chihuahua.

III

Allende fué el mosquetero de la revolución. Comenzó batiéndose con la espada y la pistola, y pocos días antes de morir todavía arrojó sus balas á la frente de los jefes españoles. Los historiadores que lo conocieron lo describen como un hombre alto, bien hecho, hermoso, fuerte, ágil en el manejo de las armas, guapo y airoso disparándose en su caballo contra los enemigos, resuelto y pronto en sus ataques, excelente militar para su época y hombre de previsión. No siempre se siguieron sus consejos y sus inspiraciones, y quizá por esto la guerra de Independencia no terminó en el primer período en que hizo el mismo empuje terrible que la pólvora que se prende encerrada en una mina.

La idea de la Independencia y de la Libertad aparece depositada en el cerebro de Allende mucho antes del año de 1810. ¿Fué el verdadero autor de la idea, ó el colaborador de Hidalgo? Parece que lo primero es más probable; pero la gloria reflejó de una manera más intensa en el anciano de Dolores, mientras la muerte y la tumba fueron igualmente negras é inexorables para los dos.

Allende era hijo de ese pintoresco pueblo de San Miguel, de que he hablado, y su familia y su posición social, tan distinguidas, que llegó á ser Capitán de dragones de la

Reina. Sirvió en San Luis á las órdenes de Calleja, y después en el célebre Cantón de las Villas.

En principios del año de 1810 ya se registran diversas historias y tradiciones que comprueban que Allende en unión de otros oficiales de su Cuerpo, habían pensado en la Independencia, y que de todo esto tenía conocimiento Hidalgo. La conjuración se descubre, el Intendente Riaño, de Guanajuato, manda prender á todos los que según le denuncia estaban comprometidos; pero Allende intercepta por una rara casualidad la orden, manda ensillar sus caballos, y en medio de las sombras y saltando peñascos y barrancas, corre veloz como el viento, llega á las doce de la noche á Dolores, despierta á Hidalgo, hablan los dos un momento, se deciden á arrojarse á lo desconocido de las aventuras, á lo lúgubre y sangriento de la guerra; en una palabra, allí abren su sepulcro, labran su ataúd, al saludar á la libertad dicen adiós á la vida, se despiden de la bella naturaleza, y dan con cuatro ó cinco miserables del pueblo el tremendo é histórico grito de Dolores, el 16 de Septiembre de 1810. Hé aquí la Independencia, historia sencilla, rápida, magnífica, sorprendente, inesperada, como todas las grandes cosas.

IV.

Comenzaron esta obra terrible media docena de hombres. Los mexicanos nunca han medido los acontecimientos, y una vez decididos, no han conocido tampono ni la magnitud de las dificultades, ni han podido ya comprender ese triste fenómeno nervioso que se llama miedo. Se lanzan, se arrojan á una aventura, sin temor de estrellar su frente contra ese obstáculo de fierro que se llama lo imposible.

De Dolores marcharon Hidalgo y Allende á San Miguel el Grande. Lo primero que hicieron fué entrar á una iglesia y sacar el lábaro al derredor del cual había de reunirse el pueblo oprimido y desheredado. De San Miguel, la marcha fué á Celaya. Ya no

eran seis los personajes, sino sesenta mil. En momentos habían aumentado en una progresión decimal asombrosa y nunca vista.

Hidalgo era el Generalísimo. Allende era su segundo; pero estas distinciones poco importaban entre masas que no podían tener organización. Eran masas, instrumentos, fuerzas depositadas durante siglos, y empujadas por el huracán de la guerra. En vez de seguir á la capital esta avalancha humana, retrocedió y se dirigió á Guanajuato.

Los seis hombres, multiplicados, centuplicados, fueron á romper con sus pedazos de miembros, con sus cabezas erizadas por la rabia, con su sangre derramada por mil heridas, las fuertes murallas del castillo de Granaditas, colocado como un gigante fabuloso, como un cancerbero, á la entrada de ese Guanajuato que encerraba tanta plata, tanto oro, tanta pedrería acumulada por la paz y arrancada á las entrañas de la tierra durante tres siglos.

En la peregrinación á que nos referimos al escribir este artículo, nuestros pasos fueron por todos los lugares donde había algún recuerdo. Recogidos dentro de nosotros mismos, un árbol, la casa de una hacienda, la barranca, la vereda ó la loma nos daban materia para pensar en todos aquellos acontecimientos trágicos y extraños que precedieron á nuestra existencia como nación independiente. Así, de rancho en hacienda, y de hacienda en pueblo, llegamos á Guanajuato, y no volviendo de pronto la vista ni á las tahonas que molían el metal, ni á las minas profundas ni á los tejos de plata que caminaban á la Casa de Moneda, nos detuvimos delante del sangriento castillo de Granaditas. Con la historia en la mano y con muchos testigos á nuestro lado que nos contaban las cosas como si acabaran de pasar, escribimos el artículo "Granaditas" (*).. .. ..
.. ..

(*) Véase en la página 19 de este tomo.

V.

Hidalgo y Allende, después de permanecer en Guanajuato algunos días, salieron para Valladolid y se posesionaron de la ciudad sin dificultad ninguna. Allí aumentaron y organizaron su tropa tanto como fué posible, y en el mes de Octubre todo ese grande ejército independiente, que en su mayor parte se componía de indígenas mal armados, se dirigió á la capital, tomando el rumbo de Maravatío, la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca.

En México reinaba no sólo la consternación, sino el terror. El Virrey Venegas creyó en su última hora; pero haciendo un esfuerzo, logró reunir una división de tres mil hombres, que puso al mando de Don Torcuato Trujillo, el que salió al encuentro de los insurgentes; pero su número sólo le agobiaba, y á medida que Hidalgo avanzaba, el jefe español retrocedía, hasta que en el monte de las Cruces tomó posiciones que la naturaleza hacía inexpugnables, y se resolvió á esperar.

Fué en esta célebre batalla donde Allende mostró todo su valor personal. Comenzó la acción por el encuentro y tiroteo de las caballerías, y á poco fué ya haciéndose general en toda la montaña. Las masas desorganizadas de indios, formando una algazara terrible, que recordaba los días de la conquista, se arrojaban sobre las tropas españolas, y eran destrozadas por la fusilería y la metralla. Las tropas de Trujillo eran pocas, como hemos dicho, pero disciplinadas, resueltas y bien situadas en alturas, y cubiertas con la misma fragosidad del terreno y con los árboles y malezas del bosque. Sin embargo de esto, se repetían las cargas confusas, y la muerte y la sangre no hacía más efecto sino irritar y hacer más tenaz á la raza indígena. Era, á poco más ó menos, el mismo ataque que sufría Cortés en los cuarteles de la ciudad de México en 1521. Es un hecho bien averiguado que los indios de Hidalgo llegaban hasta las baterías españolas y pretendían ta-

par con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.

Allende, al recorrer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo á las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con sus ramas, de manera que las columnas que atacaban llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice á los que le rodean:

—"Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra: seguidme."

Desata el lazo que llevaba en la grupa, pone las espuelas á su caballo, y seguido de algunos rancheros, corre sobre aquel horno de fuego que cubría la verdura de los árboles.

Se oye una detonación que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡Todo se ha perdido!

.. ..

VI.

"¡Viva México!," grita Allende, que había escapado de la metralla; y de un salto llega á donde están las piezas, les tira el lazo, y lo mismo hacen los rancheros; amarran á la cabeza de la silla, ponen la espuela á los caballos y se llevan la artillería, dejando á los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.

La batalla se gana completamente; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo y Trujillo, merced á su caballo, se escapa y se presenta como un fantasma sangriento á anunciar la catástrofe al Virrey.

Allende da la orden de marchar inmediatamente á la capital; Hidalgo se opone, los dos caudillos se disgustan, y el ejército victorioso se retira en desorden, en las mismas puertas de México. Era necesario nue-

va sangre y nuevas victorias para que se consumara la obra y el sacrificio de los caudillos, para que quedase santificada con su propia sangre. Las naciones necesitan su bautismo antes de recibir su nombre social.

El ejército se retiró y fué á estrellarse en una desgracia, Aculco, y á desbaratarse en una fatalidad, Calderón.

Los dos caudillos disgustados, porque la desgracia hace á los hombres injustos y enemigos, lucharon algunos días más. Allende fué todavía favorecido por la victoria, derrotando en el Puerto del Carnero al Comandante español; pero la desorganización había ya destruido la fuerza de los independientes. El huracán que comenzó á soplar en Dolores y se desató terrible en Guanajuato y las Cruces, comenzaba á perder su fuerza.

Los jefes resolvieron, con los restos del ejército y el dinero que pudieron reunir, marchar á los Estados Unidos, y allí disciplinar sus tropas, disponer la campaña y volver de nuevo á recoger seguros laureles, terminando la obra difícil que habían comenzado.

Lo que llamamos suerte, y que no son más que los acontecimientos negros y desconocidos que vienen de un cáos profundo, dispuso las cosas de otra manera.

VII.

Hemos comenzado nuestra historia en el pequeño vergel de San Miguel, que después tomó el nombre de "Allende," y vamos á terminarla al cabo de seis meses en un lugar triste, solitario y desierto. En Acatita de Bajan.

Los independientes caminaban lentamente en dirección á la frontera del Norte. Llevaban cerca de medio millón de pesos en dinero y plata labrada, recuas de mulas con equipajes, catorce coches, veinticuatro cañones y cosa de ochocientos hombres repartidos en una grande extensión de terreno, escoltando las cargas y los carruajes. Ningún antecedente tenían de que serían

Aprehensión de Hidalgo y sus compañeros
en Acatita de Baján.

atacados, y antes creían que serían escoltados por tropas insurgentes hasta Monclova.

El Capitán español, Ignacio Elizondo, con 450 hombres, formó una emboscada con tan buen cálculo, que fueron sucesivamente cayendo en su poder cuantos componían la comitiva.

Allende, su hijo, Arias y Jiménez, iban en un coche. Fatigados con el calor y con el camino, medio dormitaban, cuando escucharon un grito: "Ríndanse al Rey." Allende, bravo y denodado, abrió la portezuela, saltó á tierra, amartilló su pistola é hizo fuego al oficial español que estaba más cerca. Su hijo lo siguió, y tras él Jiménez. Elizondo disparó su pistola sobre Allende y gritó "fuego" á la tropa que lo seguía: una nube de balas vino á romper los vidrios y las maderas del carruaje. El hijo de Allende cayó herido entre las ruedas, y Arias, que asomaba la cabeza, quedó fusilado en el mismo respaldo del carruaje; la tropa se echó encima con espada en mano, y los que quedaron vivos fueron maniatados y entregados á la rigurosa custodia de un oficial. Así que Elizondo terminó la captura de toda la comitiva, se encaminó con ella á Monclova.

De este lugar se condujeron los presos á Chihuahua, y allí fueron juzgados y fusilados. Se cortaron las cabezas de Hidalgo. Allende, Aldama y Jiménez, y conducidas á Guanajuato, fueron colocadas en unas jaulas de fierro en los ángulos del sangriento castillo de Granaditas.

MANUEL PAYNO.

EL "BRAZO DEREÇHO" DE MORELOS.

I.

En el Sur del rico y hermoso Estado de Michoacán, y al pie de un anfiteatro irregular, formado por las montañas, está situada la hacienda de Puruarán.

Allí la vegetación es espléndida: anchos y dilatados valles cubiertos de caña; gigantescas "parotas," "zirandas," que nacen y crecen al lado de las palmeras y que enlazan en ellas sus nudosos troncos, semejantes á los nervudos brazos de un gladiador, y que terminan por ahogarlas y levantarlas, desarraigándolas de la tierra; copados "tamarindos" entre cuyas ramas habitan numerosas tribus de aves canoras; voluptuosos "plátanos" cuyas hojas de raso ondulan crugiendo con el aura de la tarde, y entretegiéndose por todas partes las "lianas," que forman caprichosos columpios, cubiertos de flores y de verdura.

Allí los arroyos cruzan entre alfombras esmaltadas, ó se desprenden sobre peñascos tapizados de musgo, y cuando soplan las brisas, todo tiene un murmullo, un suspiro, un rumor, árboles, lianas, flores, arroyos, cascadas.

Y sobre este paisage encantador, un cielo purísimo, con ese azul sereno que cantan los poetas, y que los pintores fingen en sus cuadros de gloria.

El sol ardiente de la zona tórrida arroja sobre aquella exuberante naturaleza torren-

tes de fuego y de luz, y todo germina y todo se vivifica, y cada hoja cubre un insecto, y cada peña oculta un reptil, y cada rama guarda un nido, y cada gruta guarece un sér animado.

De aquellos bosques, durante el día sale un concierto, y cuando la noche tiende sus negras sombras, reina por un instante el silencio, y luego los cantores del día desaparecen, el bosque se ilumina de nuevo, ya no con la luz del sol, sino con la fantástica de millones de insectos luminosos que suben y bajan, y cruzan y giran en continuo movimiento, y entonces en aquella misma selva, nuevos cantores con distintas armonías, dulces como las del día, pero más melancólicas y misteriosas, lévantan un himno.

Allí la naturaleza canta á Dios eternamente.

En medio de este paisaje está Puruarán, rica hacienda de caña.

La entrada de la casa habitación y de las oficinas de la hacienda mira hacia el Norte.

Por el frente de la hacienda pasa el agua sobre un elevado acueducto sostenido por garbosos arcos.

Al pie del acueducto y á los lados de la casa, se miran las habitaciones de los trabajadores y dependientes, casi todas formadas de adobe con humildes techos de paja.

II.

Era el 5 de Enero de 1814.

El ejército independiente, derrotado en las inmediaciones de Valladolid, se había retirado al Sur y estaba en la hacienda de Puruarán.

Aquel ejército que había dado tantas pruebas de valor y de heroicidad, que había recorrido triunfante por casi toda la Nueva España, estaba en aquellos momentos desmoralizado, falto de armas, de parque, y casi sin esperanzas de resistir el inevitable empuje de las tropas realistas.

El ilustre Morelos, jefe de aquel ejército, fué obligado por los demás Generales á retirarse de Puruarán, según dicen algunos

historiadores, y los independientes quedaron allí á las órdenes del padre Matamoros. —Las tropas realistas emprendieron, como era natural, su movimiento sobre los insurgentes, y el día 5 de Enero llegaron á Puruarán y atacaron.

La victoria no se hizo esperar, y los jefes realistas Llano é Iturbide se apoderaron de la casa, de la hacienda y de las oficinas á donde se habían hecho fuertes los independientes.

Después del combate, los soldados del Rey comenzaron á explorar los alrededores con el objeto de aprehender á los insurgentes que habían logrado salvarse; y en una de las pequeñas habitaciones de los sirvientes de la hacienda, fué hallado el jefe de los insurgentes, el General Matamoros, que encontrándose sólo, á pie y rodeado de enemigos, había buscado allí un refugio.

Según se dice, fué entregado por un oficial de los mismos suyos, y hecho prisionero por el soldado Eusebio Rodríguez, al cual se le dió como premio de este servicio, la cantidad de doscientos pesos.

Matamoros fué conducido inmediatamente á Valladolid.

III.

Don Mariano Matamoros, en el año de 1810, cuando Hidalgo proclamó la Independencia de México, era Cura de Jantetelco.

En 1811 se presentó al señor Morelos en Izúcar, y desde esa fecha militó á su lado, hasta la desgraciada batalla de Puruarán.

Matamoros es llamado por la mayor parte de los historiadores, "el más valiente de los insurgentes."

En el famoso sitio de Cuautla, Matamoros, por orden de Morelos, se puso al frente de una fuerza de caballería y logró romper las líneas enemigas.

Matamoros se inmortalizó con la célebre batalla de San Agustín del Palmar, en cuya acción no sólo dió muestras de su valor y genio militar, sino que además probó, como él mismo lo dice en su parte al señor Morelos, que los independientes no

se habían lanzado á la guerra con el objeto de robar.

El convoy custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fué respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir entonces que los "insurgentes" eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos, como les llamaba Calleja.

Al hablar Matamoros de esta acción, dice: "La batalla fué dada a campo raso para " desimpresionar al Conde de Castro-Terre- " ño, de que las armas americanas se sos- " tienen, no sólo en los cerros y emboscadas, " sino también en las llanuras y á cam- " po descubierto."

Constantemente estaba Matamoros organizando tropas, á la cabeza de las cuales tenía á cada paso que batirse, y sin duda, á no ser por la desastrosa expedición á Valladolid, Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los Estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

IV.

El día 3 de Febrero de 1814, en la plaza de Valladolid, iba á ser fusilado un hombre.

Era éste de "pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules," y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

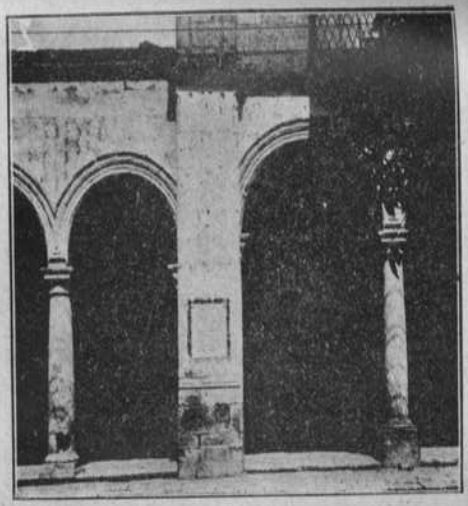
Marchando con ademán resuelto colocóse al frente de los soldados; se escuchó luego una descarga;—aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía uno de sus más nobles caudillos.

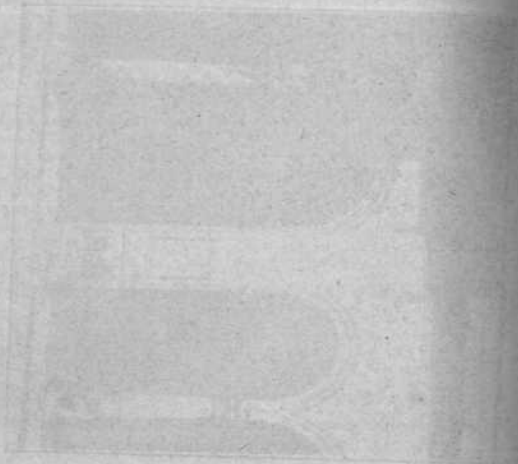
El señor Morelos, según su propia expresión, "perdía su brazo derecho."

México libre, declaró á Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales se guardaron en la Catedral de esta ciudad.

VICENTE RIVA PALACIO.



Sitio en que fué fusilado Matamoros
en Morelia



UN CAUDILLO ESPAÑOL, INSURGENTE

I.

En este libro hemos consignado el fin trágico que la suerte reservó á los primeros caudillos de la Independencia mexicana. Sin experiencia en las armas, sin elementos para la guerra, y educados en la sedentaria y tranquila carrera de la iglesia, su mérito y su gloria han consistido más bien en su abnegación y en su amor á la libertad, que no en el éxito de sus expediciones militares.

Después del suplicio de Morelos, de ese hombre singular á quien sus mismos enemigos no pueden negar ni el talento natural para la guerra, ni la constancia ni el valor, comenzó la fortuna á mostrar su faz hosca y sañuda á la mayor parte de los caudillos mexicanos que habían conservado las armas en la mano, y que llenos de fe en la causa de la patria, habían visto con desdén los ofrecimientos de perdón y aun las más lisongeras promesas de parte del Gobierno español. Todo parecía concluido. Las partidas de insurgentes que habían quedado, siendo ya poco numerosas y escasas de elementos para la campaña, no inspiraban ya temor al Gobierno, y el Virrey creyó por un momento que había ya recobrado plenamente el dominio en la Antigua Colonia.

Repentinamente un suceso inesperado sacude en sus cimientos á la Nueva España,

y el fuego de la Independencia, que parecía completamente apagado, se encendió de nuevo para no extinguirse nunca, pues se encuentra aún vivo y ardiente en el pecho de los mexicanos.

Mina fué el relámpago que un momento iluminó el horizonte de la revolución, y desapareció en esa insondable eternidad que no podemos comprender.

Era labrador, pero labrador en la montaña, no en la llanura. Los montañeses tienen que habituarse á la vida aventurera y casi salvaje. Los fenómenos todos de la naturaleza parece que se desarrollan de una manera más imponente en la montaña, y esto, y el ejercicio de la caza, preparan á esa clase de hombres á la vida militar.

Napoleón I hizo del labrador montañés un guerrillero.

Mina peleó por la Independencia de su patria y llegó á ser jefe de la Navarra, provincia donde vió la luz en fines del año de 1789.

Terminada la invasión, Mina se encontró con otro enemigo, el despotismo, y basta para personificarlo nombrar á Fernando VII, Soberano tan repugnante que ni aún ha tenido la consideración para los españoles más sumisos y monarquistas. Mina, en unión de su tío Espoz y Mina, conspiró en Navarra para restablecer la Constitución. Desgraciado en esta tentativa, tuvo que huir para salvar la vida, y emigró á Francia y pasó poco tiempo después á Inglaterra.

Encontró allí un personaje al que no hemos dado todavía todo el honor y la celebridad que merece. Este personaje era el "Dr. Don Servando Teresa de Mier." Este padre fué el primero en propagar las ideas de la desamortización eclesiástica y de la separación de la Iglesia y del Estado. Sus obras no las mejoraría en ciertas capitales el progresista más exaltado.

Un fraile y un proscrito sin un cuarto en la bolsa, el uno con su entusiasmo y el otro con su espada, intentan á más de dos mil leguas de distancia, derribar un Gobierno que había triunfado de los más valientes y esforzados caudillos mexicanos. Des-

de este momento comienza una serie de aventuras propias más bien para un romance.

El mismo día que resolvió Mina hacer una expedición á México, alentado por los consejos y entusiasmo del padre Mier, se presentó resueltamente en la casa de dos ó tres comerciantes ingleses.

Quizá una semana después, á las tres de la tarde (y hay sobre esto un canto popular), el guerrillero español abandonaba las costas inglesas, y surcaba los mares en un barco mercante que tomó á flete, y fué el principio de su escuadrilla. Le acompañaban el infatigable padre Mier y treinta hombres terribles y desalmados, que dieron prueba más adelante de una energía indomable. La primera idea de Mina fué poner directamente la proa á las costas de México; pero varió de resolución, y para proveerse de más gente y recursos, se dirigió á los Estados Unidos del Norte, donde reclutó, en efecto, más de doscientos soldados aventureros que indistintamente habían servido con los ingleses y con los franceses en las últimas guerras. Con estas fuerzas, y con otros buques, aunque pequeños, organizó su expedición y se dirigió á Puerto Príncipe, donde se encontró con que un terrible huracán le había destruido uno de los buques que mandó con anticipación, y con que muchos de los aventureros enganchados se habían desertado.

De Puerto Príncipe salió á la mar la expedición, con dirección á Texas, con el fin de reunirse con el Comodoro Aury, jefe de unos cuantos piratas que había reunido bajo sus órdenes. El vómito prieto se declaró á bordo de la improvisada escuadrilla, y comenzaron á morir oficiales y marineros. En el estado más triste llegaron á la isla del Caimán. Las frescas brisas y una pesca abundante de tortugas, volvieron la vida y las fuerzas á los enfermos. Mina, resistiendo á las enfermedades y á todo género de contratiempos, llegó por fin á Galveston, donde abrazó al pirata Aury, refrescó los víveres, estableció su campamento, se dedicó á formar sus Regimientos, á preparar

la expedición, y publicó un manifiesto que circuló poco tiempo después en México, y reanimó el entusiasmo por la Independencia.

II.

Las aguas de la costa de Nuevo Santander (hoy Tamaulipas), estaban por lo común solitarias, y una que otra barca de pescador rompía aquellas olas cansadas de rodar en las calientes arenas de la playa.

El tiempo había estado borrascoso. Recios vientos habían soplado sin duda más lejos, pues venían las olas todavía gruesas y enojadas á azotarse contra la costa. Se observó el palo de una embarcación. Empujada por una fuerte brisa que hinchaba sus velas, en breve llegó al puerto, y se pudo reconocer que era un barco grande armado en guerra. En efecto, era la "Cleopatra," y á bordo venía el General Don Francisco Javier Mina.

El desembarco se hizo sin dificultad y sin experimentar resistencia ninguna el 15 de Abril de 1817.

El 22 salió Mina para Soto la Marina. Caminaba á pie, con su espada en la mano, al frente de la tropa. Tres días anduvo perdido en los bosques, pero al fin llegó á la población, donde fijó su Cuartel general. Sus buques quedaron en la costa. Un marino español salió de Veracruz á atacarlos. La goleta "Elena," que era muy velera, escapó á la vista del enemigo; las tripulaciones de la "Cleopatra" y del "Neptuno" vinieron á tierra, y en este estado, el marino español que montaba la fragata "Sabina," se encaró fieramente con la escuadrilla silenciosa del aventurero Capitán.

El marino español rompió un vivo fuego de cañón. La "Cleopatra" no contestaba, y esto irritaba al enemigo.

—Que redoblen el fuego, gritó con voz de trueno.

El cañoneo continuó más fuerte. La "Cleopatra," siempre silenciosa, parecía resistir las balas sin que le hicieran un daño visible.

—¡Esta es una asechanza sin duda! exclamó el jefe español; se tratará de que nos acerquemos, para echarnos una andanada y sumergirnos en el agua. ¡Al abordaje! al abordaje! y no hay que perdonar á nadie. Hombres, mujeres, niños, que todos sean pasados á cuchillo.

Los botes, tripulados con un buen número de gente provista de escalas, garfios, picas y demás instrumentos propios para el abordaje, se desprendió de la "Proserpina" y resueltamente se dirigió á la "Cleopatra." El mismo silencio, la misma terrible inmovilidad.

—¡Animo, marinos!, gritó el jefe que mandaba los botes; acordáos que sois españoles y que estáis en la tierra de Cortés. ¡Arriba! ¡á ellos! y no haya misericordia.

Los marinos españoles se lanzaron como leones.

Un gato, único defensor que había quedado á bordo, corrió por la cubierta, y mirándose atacado por los marinos de la "Proserpina," corrió sobre cubierta, se precipitó, sin saber dónde, cayó sobre la cara del Comandante, se afianzó con las uñas de sus barbas y carrillos, y al grito de sorpresa y de dolor del bravo marino, el gato cayó en el agua y desapareció entre las ondas. Los asaltantes tuvieron que soltar una carcajada.

Sin embargo, el Brigadier Don Francisco de Beranguer, que mandaba esta expedición, dió á su regreso á Veracruz un parte en que describía una terrible batalla naval y un sangriento abordaje. El Virrey los recomendó á España y decretó que llevaran en el brazo derecho un escudo con el siguiente epígrafe: "Al importante servicio en Soto la Marina."

III.

Mina no perdió su tiempo. Construyó un fuerte regular en Soto la Marina, y resolvió expedicionar en el interior del país.

La mañana del 24 de Mayo, Mina, ya con su espada ceñida, estaba en la plaza al frente de sus tropas, que eran las siguientes:

General y su Estado Mayor.	11
Guardia de honor al mando de Young.	31
Caballería.	124
Regimiento del Mayor Sterling. . . .	56
Primero de línea.	64
Artillería	5
Criados.	12
Ordenanzas.	5
Total.	308

Era ridícula esta expedición. Mejor dicho, era sublime. El Comandante tenía en sus ojos la victoria.

Mina llamó al Mayor Sardá.

—Te dejo cien hombres, Mayor. Con esta fuerza te defenderás hasta el último extremo. Te han de sitiar, sin duda alguna; pero no haya cuidado, yo volveré y haré á balazos que te dejen quieto.

Mina estrechó la mano del Mayor, y espada en mano, salió de la plaza de Soto la Marina, tambor batiente y bandera desplegada.

Después de tres días de marcha por aquellos desiertos faltos de víveres y de agua, la tropa comenzaba á fatigarse y á murmurar.

—No hay cuidado, mis amigos; antes de algunas horas tendremos víveres frescos, y habitación magnífica y dinero.

En efecto, Mina, burlando con la rapidez de su marcha la vigilancia del jefe Don Felipe de la Garza, sorprendió una hacienda y se apoderó de una buena cantidad de efectos y provisiones que repartió entre sus soldados.

Ninguna de las muchas combinaciones militares que hizo el Gobierno con una actividad sorprendente, pudo detener la marcha de Mina. Derrotó á Viliaseñor en el Valle del Maíz, y el 14 se hallaba instalado en los magníficos edificios de la hacienda de Peotillos, que en esa época pertenecía á los Carmelitas. Los dependientes y mozos habían huido, llevándose todas las provisiones. La tropa, cansada y hambrienta, se acostó sin cenar. No habían cerrado los ojos, cuando el enemigo se presenta. Armiñan y Rafols, con fuerzas considerables,

tocan, como quien dice, á las puertas de la hacienda.

Mina recibe el aviso de sus avanzadas, se ciñe la espada, sube á la azotea del edificio y observa entre el polvo y la ardiente reverberación del campo, una fuerza de infantería como de 1,000 hombres, seguida á cierta distancia por una numerosa caballería.

—Amigos, dice á sus soldados, que habían salido en seguimiento de su jefe; vamos á ser atacados dentro de pocos momentos. Si nos encerramos en las casas, pereceremos, si no por las balas, sí de hambre. No hay más recurso que salir al campo y atacar al enemigo antes de que se acerque más.

La respuesta de esta tropa denodada fué un ¡hurra! estrepitoso, y cosa de 170 hombres formaron en momentos y se dirigieron á paso veloz al encuentro de la formidable columna española.

Mina, á los pocos momentos de comenzada la acción, se vió envuelto por la caballería, y sus escasas fuerzas diezmadas por las balas enemigas. En este trance supremo, con los pocos que le quedaban, formó un cuadro, hizo una descarga á quema-ropa á la caballería que se le venía encima, mandó calar bayoneta y se lanzó con espada en mano, haciendo un agujero sangriento en la masa compacta de enemigos. El pánico se apoderó de ellos, comenzaron á vacilar y á desorganizarse, y concluyeron con abandonar el campo y echar á correr. El Coronel Piedras, de las tropas realistas, no paró hasta Río Verde. Rafols se escapó en las ancas del caballo de su corneta de órdenes, y Armiñan se retiró á San José. Esta fué la célebre acción de Peotillos dada el 15 de Junio.

Mina, con el puñado de hombres que le había quedado, resolvió seguir al interior del país, y al día siguiente se puso en camino, no deteniéndose sino delante del Real de Pinos, cuya plaza estaba fortificada y defendida por trescientos hombres y cinco cañones.

Para Mina no había dificultades y á to-

do trance necesitaba apoderarse de este mineral. Mina intimó rendición á la plaza, y habiendo recibido una respuesta altanera, se decidió á obrar. Llamó á quince de sus más atrevidos soldados, les indicó una tapia, y con una escalera subieron sin ser sentidos á las azoteas de las casas. Descendieron á la plaza, sorprendieron la guardia y se apoderaron de la artillería. Mina entonces asaltó la ciudad, y no habiendo resistido ya los defensores, entró á ella, permitiendo el saqueo para castigarla de su resistencia. El 24 de Junio Mina se hallaba en el corazón del país, y posesionado del fuerte del Sombrero, que mandaba el jefe independiente Don Pedro Moreno.

A los cuatro días, y cuando apenas sus soldados comenzaban á descansar de una marcha de más de 250 leguas por un país desierto, se supo que el jefe español Ordóñez, con una fuerza de 700 á 800 hombres, se dirigía sobre el fuerte. Mina, rápido en sus concepciones, resolvió atacarlo, y acompañado de Moreno y del Pachón (Encarnación Ortiz), se puso en marcha, y á la media noche llegó á las ruinas de una hacienda, donde encontró 400 insurgentes armados con unos cuantos fusiles inútiles. Al día siguiente, muy temprano, continuó su marcha, y algunas horas después se hallaba frente del enemigo con dos columnas de cien hombres, y en menos de ocho minutos Mina derrotó á los españoles y regresó al fuerte con los cañones, fusiles y dinero ganados en esta batalla, donde murieron los jefes realistas Ordóñez y Castañón.

IV.

En poco tiempo Mina llenó con su nombre toda la Nueva España. Las gentes, cuando pasaba por algún pueblo, salían á verle con admiración, y el Virrey, al acostarse y al levantarse, tenía en sus oídos este nombre fatal.

El Gobierno colonial desplegó la mayor actividad, reuniendo en Querétaro un Cuerpo de tropas escogidas que puso á las órdenes del Mariscal Liñán, y apeló, además, á

Francisco Javier Mina.

los medios de costumbre, que fueron declarar al héroe de Peotillos traidor, sacrílego y malvado. Ya en fines de Julio, Mina tenía sobre sí en la provincia de Guanajuato á Liñán, Orrantia, Negrete, Villaseñor, Bustamante (Don Anastasio), y cuantos otros jefes se consideraron capaces de afrontar el ataque rápido y terrible de los atrevidos aventureros que militaban bajo sus órdenes. Las fuerzas españolas se fueron colocando en puntos convenientes, hasta que al fin se acercaron y establecieron un sitio al fuerte del Sombrero. Este lugar dista de Guanajuato 18 leguas, y 6 de la ciudad de León; Mina, con cosa de mil hombres mal armados y unas viejas piezas de artillería, se resolvió á esperar y defenderse hasta el último extremo.

El primero de Agosto el enemigo rompió el fuego de cañón, que continuó sin interrupción durante cuatro días. Creyendo Liñán que los defensores estarían ya acobardados, dispuso un asalto por cuatro puntos y por todos ellos fué rechazado. Entonces se hicieron á Mina proposiciones muy lisonjeras, que rehusó constantemente.

El fuego de cañón comenzó otra vez con más fuerza; la escasa agua que había en un algibe del fuerte se acabó, y las nubes derramaban en las cercanías frescas y abundantes lluvias; mientras los hombres del fuerte morían de sed. Mina, entonces, para contener la desesperación de sus soldados hizo una salida sobre el campo de Negrete, le mató mucha gente y le tomó un reducto, pero tuvo que retirarse y volverse á encerrar en aquellas rocas secas y fatales.

El 15, Liñán hizo un terrible empuje y arrojó todas sus columnas sobre el fuerte, pero fué rechazado, perdiendo más de 2' hombres, que quedaron tirados en las barrancas.

Los independientes no podían, sin embargo, sostener la posición. La sed los hacía rabiosos, y la peste los diezmaba. Resolvieron en una noche obscura abandonar el fuerte, pero al atravesar la barranca fueron sentidos, y las tropas españolas cayeron so-

bre ellos, y hubo en la obscuridad una horrible matanza de que pocos escaparon. Liñán ocupó el fuerte el 20, y su primera disposición fué mandar fusilar á los enfermos y heridos que habían quedado abandonados en esa noche triste de la Independencia mexicana.

Mina, protegiendo la salida, animando á los débiles, recogiendo á los dispersos, sostuvo la posición hasta lo último; pero ya rodeado de tropas españolas, no le quedó más arbitrio que abrirse paso con cien caballos, logrando escapar de la fuerza enemiga y llegar al fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

El 27, Liñán con todas sus tropas se presentó delante del fuerte de los Remedios. Mina, dejando sus buenas tropas en esta posición, expedicionó por el Bajío con cerca de 900 insurgentes de caballería. Se posesionó á viva fuerza de la hacienda del Bizcocho y de San Luis de la Paz. Fué rechazado de la Zanja y derrotado por Orrantia en la hacienda de la Caja. No pierde sin embargo, el ánimo, y con veinte hombres que le quedaron, se dirige á Jaujilla á conferenciar con la Junta, y empeñado en auxiliar á los sitiados en el fuerte de los Remedios, vuelve otra vez á Guanajuato, reune á los insurgentes, toma la mina de la Luz, penetra en las calles, y allí, desorganizadas las tropas, que eran colecticias, bizoñas é insubordinadas, es completamente derrotado. Con 40 infantes y 20 caballos pasa la noche cerca de la mina de la Luz y al día siguiente se dirige al rancho del "Venadito," cuyo dueño era su amigo Don Mariano Herrera.

"Por las noticias que Orrantia adquirió en Guanajuato, supo el lugar donde Mina debería encontrarse, y á las diez de la noche salió con 500 caballos, dejando la infantería en Silao. Mina, á quien había venido á ver Moreno, en la confianza de estar seguro en un lugar tan oculto y con las precauciones que había tomado, se propuso descansar, y por primera vez después de muchas noches se quitó el uniforme y permitió que desensillasen sus caballos."

Al amanecer del 17, Orrantia llegó al rancho y su avanzada de caballería rodeó la casa y sorprendió á los que todavía dormían tranquilos. Moreno murió defendiéndose, y Mina, hecho prisionero, y llevado delante de Orrantia, fué insultado por éste y maltratado de una manera villana, hasta el extremo de darle de cintarazos.

El 11 de Noviembre, á las cuatro de la tarde, fué conducido Mina al Cerro del Bellaco, donde fué fusilado por la espalda á la vista de los campamentos español é insurgente, que suspendieron las hostilidades para presenciar la muerte del indomable aventurero, que aún no cumplía veintinueve años, y que hizo temblar al antiguo Virreinato de la Nueva España.

MANUEL PAYNO.

EL HEROE DEL SUR

I.

Si Mina fué la tempestad y el rayo que hizo temblar al Virrey en la silla dorada, Guerrero fué la luz de la Independencia. Encendida siempre en las ásperas y ricas montañas del Sur, los mexicanos siempre tuvieron un punto adonde dirigirse, una esperanza que invocar y un representante que abogase siempre por la causa justa, pero al parecer perdida, por las victorias de las armas españolas. Si Guerrero hubiese sido uno de esos romanos que desde la obscuridad del campo se solían elevar hasta la gloria de la República, Tácito le habría consagrado un envidiable escrito como el que le dedicó á Julio Agrícola.

II.

No vamos á escribir la biografía de Guerrero. Su vida fué un tejido de aventuras y una serie de rasgos heroicos que están íntimamente unidos con nuestra guerra de once años. Sería necesario escribir la historia entera, pues Guerrero tuvo la fortuna de sobrevivir á su obra, y la desgracia de ser jefe de la República, y morir á manos de sus mismos compatriotas.

Nació Guerrero por los años de 1783, en Tixtla. Su familia era de pobres labradores, restos escapados de la conquista, y que desde esos tiempos quizá buscaron una poca

de libertad en las montañas del Sur. Los años primeros de Guerrero se pasaron en la fatiga y en el trabajo. ¿Qué educación, qué literatura, qué ciencias podían penetrar en esas apartadas montañas y en la casa rústica del campesino? El hombre, era natural, el árbol con la corteza, la flor con todo y las espinas, el oro con el cuarzo. Pero la alma era en efecto de oro, y la aptitud moral, la inspiración de lo bueno, bastó par conducirle por el camino de la gloria y de la honra hasta los grados superiores de la milicia y hasta el primer puesto de la República.

III.

En 1810, como todo el mundo sabe Hidalgo proclamó la Independencia en Dolores. En 1811 ya encontramos que Guerrero había seguido la inspiración patriótica, figuraba como Capitán, y servía á las órdenes inmediatas de Don Hermenegildo Galeana.

El hombre caminaba por una senda derecha, y con rapidez. En Febrero de 1812, Guerrero ya mandaba fuerzas no despreciables, ya se ponía frente á frente con los jefes españoles, ya alcanzaba en Izúcar una victoria sobre las tropas regulares que mandaba el brigadier Llano; ya, en fin, sin saber quizá entonces ni escribir en el papel, había, sin embargo, escrito su nombre en el libro misterioso de la posteridad. Esto es lo que se llama "genio." Mientras menos son los elementos primitivos, mientras más inculta es la educación, mientras más obscura es la personalidad, más mérito y más gloria refleja en el que abre las puertas de la sociedad, y grita á los tiranos con la justicia en el corazón y con la espada en la mano: "Aquí estoy."

En 1814, Guerrero había hecho una laboriosa campaña en el Sur de Puebla, había militado á las órdenes del gran Morelos, había pasado muchas aventuras y peligros, y era ya por fin uno de los "jefes" de la Independencia; pero se hallaba en una singular situación.—Los azares de la

guera y la envidia de sus enemigos, le habían dejado reducido á un soldado asistente, á un fusil sin llave y á dos escopetas. Con estas terribles fuerzas emprendió una tercera campaña. ¡Es singular! Todos esos hombres, es fuerza que tengan algo del Hidalgo de la Mancha en el cerebro. Un sabio, en vez de lo que hizo Guerrero, entierra las escopetas, despide al soldado y se encierra en su casa.

Sin embargo, salió á los pocos días de su situación, de una manera inesperada.

Se presentó por el rumbo una fuerza española al mando de Don José de la Peña de cosa de 700 á 800 hombres. En cuanto lo supo, imaginó que la Providencia le deparaba un armamento y un material de guerra, tal cual se lo había figurado.

En lo más silencioso y negro de la noche, recorrió el pueblo de Papalotla, despertó á los indígenas, los armó con palos; esas armas son fáciles de encontrar: y un puñado de hombres medio desnudos atravesó en silencio las humildes chozas del pueblecillo hasta la orilla del río. Allí, Guerrero dió el ejemplo, y todos se arrojaron al agua, y aquel cardumen de extraños peces dió en la orilla opuesta sin haber hecho el menor ruido. El campamento del enemigo estaba á poca distancia. Guerrero cae sobre él, y los soldados de España son despertados á garrotazos, quedando algunos muertos, otros atarantados, y los más, presas del pánico, pues no acertaban ni á concebir cómo tan de repente tenían á los enemigos encima. Cuando amaneció el día. Guerrero, como lo había pensado, era dueño de 400 fusiles y de un abundante material de guerra.

IV.

En la larga campaña que hizo Guerrero en el Sur, habría necesidad de llenar un volumen si nos pusiéramos á referir todos los rasgos de su valor personal. Citaremos, sin embargo, otro quizá más notable que el anterior.

Un día llegó con una corta fuerza al pue-

blo de Jacomatlán, y observando que un alto cerro dominaba la población, prefirió ocupar esa posición militar, como lo hizo en efecto, estableciendo su campamento. La tropa estaba cansada; en su larga marcha por las asperezas, se había mantenido con raíces y frutas silvestres, y además, tenían necesidad de bañarse, pues las enfermedades comenzaban á desarrollarse entre aquel puñado de valientes.

Guerrero no pudo desentenderse de estas necesidades, y así, accedió á las súplicas de la tropa, y les permitió que pasasen al pueblo á proveerse de algunos víveres para surtir el campamento, donde pensaba permanecer una ó dos semanas, y los que se hallaban enfermos, se bañasen en un arroyo que á la sazón tenía una hermosa corriente de agua. La tropa, pues, descendió del cerro, se diseminó entre las casas del pueblo, y otra parte de ella se dirigió al arroyuelo. Guerrero quedó sólo con el tambor de órdenes y el centinela que cuidaba el armamento.

Así, á las seis de la tarde y cuando Guerrero dormitaba en el recodo de una peña que le había proporcionado alguna sombra, un muchachuelo llegó casi sin aliento.

—Señor, el enemigo ha entrado al pueblo y está matando y haciendo prisioneros á los soldados y á todas las gentes.

Guerrero da un salto, monta en su caballo que tenía ensillado, deja al centinela con orden de dejarse matar antes de entregar las armas, monta á la grupa al tambor, armado de un fusil, y se lanza á todo escape por aquellos breñales.

Pero en vez de huir, como el tambor lo había pensado, Guerrero entra á las calles del pueblo. El tambor se apea y comienza á tirar de balazos sobre los enemigos. Guerrero, con espada en mano, se lanza sobre ellos, y asustados de la intrepidez de un hombre que se atreve sólo y tan denodadamente á pelear, dejan el botín que estaban recogiendo, sueltan á los prisioneros y huyen.

Guerrero reune entonces á los soldados, y con algunas armas que los españoles ha-

El Gral. D. Vicente Guerrero.

bían dejado tiradas, los persigue y los derrota completamente.

Guerrero había peleado contra 400 hombres mandados por un jefe valiente que se llamaba Don Félix Lamadrid.

En pocos días se encontraron dos veces Guerrero y Lamadrid en el campo de batalla, y en Xonacatlán la lucha fué á la bayoneta y cuerpo á cuerpo, como en las guerras de la antigüedad. Guerrero, aunque con fuerzas inferiores, salió siempre vencedor.

Después de estas campañas, Guerrero había aumentado mucho sus tropas, porque su nombre, su fortuna y su trato amable le granjeaban amigos por todas partes. Tenía, pues, necesidad de vestuario, de municiones, de armamento y de multitud de otras cosas necesarias para tener en orden y en servicio á su gente. No tenía más arbitrio sino proveerse á costa de sus enemigos.

Sin dar cuenta á nadie de su designio, se dirigió con mucho sigilo al cerro del "Alumbre," y allí, al parecer, permaneció ocioso y sin objeto durante muchos días. Una noche puso en movimiento su tropa y la situó convenientemente en la cañada del Naranjo. Una madrugada salió personalmente de Acatlán, á la cabeza de una fuerza, toda decidida y valiente, y antes de que amaneciera el día sorprendió un rico convoy que Don Saturnino Samaniego conducía de Oaxaca para Izúcar, haciendo huir al jefe y á los soldados, que escaparon.

Samaniego se reunió en Izúcar con Lamadrid, el eterno antagonista de Guerrero, y volvieron juntos á la carga, atacándole furiosamente en Chinantla. La acción duró desde que rompió el día hasta muy entrada la noche; pero Guerrero quedó vencedor, y Lamadrid y Samaniego, llenos de rabia, huyeron, dejando en el campo cuantos pertrechos y equipajes tenían.

Guerrero, que al día siguiente examinó todo el botín, volviéndose á sus soldados, les dijo: "nuestros almacenes están ya bien provistos, y nuestros enemigos nos traen los efectos hasta la puerta de nuestra casa, y ni aun el flete tenemos que pagar."

V.

El amor propio de Lamadrid se hallaba excitado al más alto punto; así que buscó nuevos encuentros con Guerrero; pero en todas ocasiones salió derrotado, teniendo á veces que huir, á uña de caballo, como suele decirse.

Los últimos sucesos de esta especie de desafío á muerte entre el jefe español y el caudillo insurgente, fueron en los años de 1815 y 1816. Lamadrid estaba en la orilla izquierda del río Xiputla, y Guerrero llegó y ocupó la derecha. Desde las dos orillas, las tropas se estuvieron tiroteando y prodigando durante dos días toda clase de improperios. Guerrero, en una noche obscura, pasó el río, dió furiosamente sobre el campo enemigo y destrozó á su rival. En Piaxtla y Huamuxtitlán, corrió una suerte igualmente adversa Lamadrid, á mediados de 1816.

La prisión y muerte de Morelos, y el indulto á que se acogieron algunos jefes notables, arruinó por ese tiempo la causa de la Independencia. Guerrero era ya un hombre formado en la guerra y en las fatigas, atrevido para las sorpresas é impetuoso para el ataque. El Gobierno español conoció su importancia, y llamó al padre de nuestro héroe, le puso un indulto amplio y completo en la mano, facultándole para que hiciese á su hijo todo género de promesas, ya de empleos, ya de dinero.

El anciano se encaminó hacia el rumbo donde creía encontrar á su belicoso hijo, hasta que al fin dió con él.

Abrazó Guerrero con efusión al autor de sus días; pero así que se enteró de su misión, tomó la mano del anciano, la besó respetuosamente, y acaso la humedeció con una lágrima; recibió el papel en que estaba escrito su perdón, quedó un rato pensativo, y después le dobló y le entregó tristemente á su padre.

—He jurado que mi vida sería de mi patria; y no sería el digno hijo de un hombre honrado, si no cumpliera mi palabra.

El viejo abrazó á su hijo, le bendijo y se

retiró silencioso, tomando de nuevo el camino, para poner en conocimiento del Virrey el mal éxito de su comisión.

En el año de 1817 Mina desembarcó en Soto la Marina, y en pocos días hizo la brillante campaña de que hemos dado idea en otro artículo; pero una vez fusilado este caudillo, el desaliento más completo se apoderó del ánimo de los mexicanos.

Un párrafo de la biografía del General Guerrero, que escribió el señor Lafragua, pinta perfectamente este período, y da una idea de cuánta era la energía moral del caudillo del Sur.

"La muerte de Morelos, Matamoros y Mina; la prisión de Bravo y Rayón, y el indulto de Terán y otros jefes, habían derramado el desaliento y el pavor en toda la Nueva España, que aunque más cercana que nunca á la libertad, gemía más que nunca atada á la metrópoli.

"Un hombre sólo quedó en pie, en medio de tantas ruinas: una voz sola se oyó en medio de aquel silencio. Don Vicente Guerrero, abandonado de la fortuna muchas veces, traicionado por algunos de los suyos, sin dinero, sin armas, sin elementos de ninguna especie, se presenta en ese período de disolución, como el único mantenedor de la santa causa de la Independencia.

"Sólo, sin rival en esa época de luto, Guerrero, manteniendo entre las montañas aquella chispa del casi apagado incendio de Dolores, atacaba sin tregua al poder colonial, cuyos sangrientos himnos de victoria eran frecuentemente interrumpidos por el eco amenazador de los cañones del Sur.

"Lindero de dos Edades, Guerrero era el recuerdo de la generación que acababa, y la esperanza de la que iba á nacer."

VI.

En el año de 1820, Guerrero ya era un General habituado á la metralla, familiarizado con la sangre de las batallas, heredero legítimo del valor, de la constancia y del genio militar del gran Morelos. Triunfante, al fin, aunque lleno de cicatrices, levantaba la ca-

beza como los colosos de los Andes para anunciar á las Américas la buena nueva de la Independencia.

Fué en ese año cuando pudo conocerse la grandeza de su alma y la elevación del carácter del hombre obscuro que vió la luz en un pobre pueblecillo de las montañas.

Nombrado Don Agustín Iturbide Comandante del Sur, salió de México el 16 de Noviembre de 1820, resuelto á proclamar la Independencia. El General español Armijo atacaba á Guerrero; y éste, recobrando su buena estrella, salía siempre triunfante como años antes del desgraciado Lamadrid.

Iturbide creyó que era necesario contar de todas maneras con un hombre de tanta importancia, y le dirigió una carta realmente diplomática. Guerrero le escribió otra llena de franqueza, que se resumía en estas palabras: "Libertad, Independencia ó Muerte."

Esta correspondencia dió por resultado una entrevista de los dos caudillos en el pueblo de "Acatempan." Se hablaron, se explicaron, se dieron un sincero y estrecho abrazo. A pocos meses la sangrienta lucha había cesado, la Independencia estaba consumada, México tenía un Gobierno nacional.

Guerrero en la campaña había sido valiente. En "Acatempan" fué grande; se inscribió, por la generosa inspiración de su alma, en el catálogo de los hombres ilustres de Plutarco. Entregó el mando de las fuerzas á Iturbide, y puso el sello con este acto raro de confianza, de modestia y de abnegación, á la Independencia de su patria.

VII.

El destino de algunos hombres ilustres, es como el de ciertos astros brillantes que recorren la bóveda del cielo, y parece que al amanecer el día se hunden y mueren en un horizonte sangriento.

Hemos sólo, á grandes rasgos, apuntado las cualidades militares de Guerrero. Los partidos trataron de manchar con mil ca-

lumnias y cuentos malévolos este gran carácter que en lo familiar era sencillo como un niño, consecuente con sus amigos, humilde en la prosperidad, generoso con los enemigos, y grande y noble con la patria. Llegó feliz á los linderos de la Independencia, y tuvo la fortuna de ver á la patria libre, pero no dichosa. Apenas terminó la lucha de Independencia, cuando comenzó la guerra civil que todavía no cesa. Guerrero fué arrastrado en sus muchas y tenebrosas combinaciones. Herido y abandonado en una barranca, en Enero de 1823, por defender el principio republicano, vuelve á aparecer en la escena en 1828. La elección presidencial fué uno de los acontecimientos más notables de esa época, y en la cual los partidos trabajaron y combatieron terriblemente, divididos y perfectamente marcados por los ritos masónicos "escoceses" y "yorkino."

Don Manuel Gómez Pedraza, que era el caudillo de los escoceses, salió electo legalmente Presidente de la joven y turbulenta República. El partido yorkino no se dió por vencido ni por derrotado, apeló á las armas y colocó en la presidencia á su jefe, que era el General Guerrero, el cual entró á funcionar con este alto carácter en Abril de 1829.

En esa época los españoles invadieron á Tampico. Santa-Anna y Terán triunfaron, y la Independencia se consolidó; pero la seguridad del país exigía un ejército cerca de la costa, y se estableció un Cantón en Jalapa, á las órdenes del General Don Anastasio Bustamante, que era Vicepresidente.

Bustamante se pronunció contra Guerrero, con las tropas que mandaba. ¡Extrañas anomalías de la historia, y funestas inconsecuencias de las Repúblicas! Guerrero, que había "sido capaz de hacer la Independencia," fué declarado "incapaz" por el Congreso; Bustamante entró á gobernar, y el caudillo del Sur volvió, desengañado, triste, enfermo de sus heridas, á sus montañas del Sur, donde tuvo que tomar las armas para defenderse de la venganza y de la negra y ponzoñosa saña de sus enemigos.

VIII.

Ninguna fuerza pudo vencer á Guerrero en las montañas, en tiempo de la Colonia; ningunas fueron bastantes tampoco en tiempo de la República. Fué necesario apelar á la más negra y la más odiosa de las traiciones. "La historia de México tiene algunas páginas obscuras." Esta es negra; y ni los años, ni el polvo del olvido, serán bastantes para borrarla.

A principios del año de 1831 se hallaba fondeado en la hermosa bahía de Acapulco el bergantín genovés "Colombo." Era su Capitán "Francesco Picaluga," amigo íntimo de Güerrero y quizá de toda su confianza. Un día apareció un magnífico banquete preparado á bordo del bergantín. Guerrero fué convidado, y sin recelo ni sombra de desconfianza pasó á bordo. La comida fué alegre y espléndida; y concluida, los convidados salieron sobre cubierta, á respirar las brisas de la magnífica bahía. Picaluga, con una sangre fría que honraría á Judas, declaró á su huésped que estaba preso, levó las anclas y se dió á la vela, dirigiéndose al puerto de Huatulco, donde entregó á Guerrero por sesenta mil pesos que le había dado el traidor y feroz Ministro de la Guerra, Don José Antonio Facio. Guerrero fué conducido por el Capitán Don Miguel González á Oaxaca, y juzgado en Consejo de Guerra ordinario.

El caudillo de la Independencia, el mantenedor del fuego sagrado de la libertad, el hombre que tenía destrozado su cuerpo por las balas y lan lanzas españolas, fué condenado á muerte por unos miserables oficiales subalternos, y fusilado en el pueblo de Cuilapa el 14 de Febrero de 1831.

* * *

Picaluga fué declarado enemigo de la patria, y condenado á muerte por el Almirantazgo de Génova, en 28 de Julio de 1836; pero bergantín y Capitán desaparecieron como si un monstruo del Océano los hubiera

devorado. La existencia de Picaluga es en efecto un misterio. Unos dicen que se le ha visto años después en las calles de México; otros que se hizo mahometano y vive en un serrallo de Turquía, y otros aseguran que varios mexicanos le han visto en un convento de Tierra Santa, con una larga barba y un tosco sayal, haciendo una vida de penitencia para expiar en esta tierra el horrendo crimen que cometió, y que el Señor misericordioso pueda á la hora de su muerte abrirle las puertas del cielo.

MANUEL PAYNO.

EL LIBERTADOR DE MEXICO

El Apoteósis

I.

Llegó por fin el día de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas.—Esto era lo que había tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de Septiembre de 1810 hasta el 27 de Septiembre de 1821.

16 y 27 de Septiembre, 1810 y 1821. He aquí los dos broches de diamante que cierran ese libro de la historia en que se escribió la sublime epopeya de la Independencia de México.

Y cuánto patriotismo, cuánto valor, cuánta abnegación habían necesitado los que dieron su sangre para que se inscribieran con ella sus nombres en ese gran libro!

Pero el día llegó; puro y transparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

Aquel era el día que alumbraba después de una noche de trescientos años.

Aquella era la redención de un pueblo que había dormido en el sepulcro tres siglos.

Por eso el pueblo se embriagaba con su alegría, por eso la ciudad de México estaba conmovida.

¿Quién no comprende lo que siente un pueblo en el supremo día en que recobra su independencia? Pero, ¿quién sería capaz

de pintar ese goce purísimo, cuando se olvidan todas las penas del pasado y no se mira sino la luz en el porvenir; cuando todos se sienten hermanos; cuando hasta la naturaleza misma parece tomar parte en la gran fiesta?

México se engalanó como la joven que espera á su amado.

Vistosas y magníficas colgaduras y cortinajes ondeaban al impulso del fresco viento de la mañana, en los balcones, en las ventanas, en las puertas, en las cornisas, en las torres. Cada uno había procurado ostentar en aquel día o más rico, lo más bello que tenía en su casa.

Sus calles parecían inmensos salones de baile: flores, espejos, cuadros, vajillas, oro, plata, seda, cristal, todo estaba en la calle, todo lucía, todo brillaba, todo venía á dar testimonio del placer y de la ventura de los habitantes de México

Y por todas partes, cintas, moños, lazos, cortinas con los colores de la bandera nacional, de esa bandera que enarbolada por Guerrero y por Iturbide en el rincón de una montaña, debía en pocos meses pasearse triunfante por toda la nación, y flamear con orgullo sobre el Palacio de los Virreyes de Nueva España.

Aquellos tres colores simbolizaban: un pasado de gloria, el rojo; un presente de felicidad, el blanco, y un porvenir lleno de esperanzas, el verde; y en medio de ellos el águila triunfante hendiendo el aire.

Y entre aquella inmensa multitud que llenaba las calles y las plazas, que se apiñaba en los balcones y ventanas, que coronaba las azoteas, que escalaba las torres y las cúpulas de las iglesias, ansiosa de contemplar la entrada del ejército libertador, no había quizá una sola persona que no llevase con orgullo la escarapela tricolor.

II.

El sol avanzaba lentamente; y llena de impaciencia esperaba la muchedumbre el momento de la entrada del ejército "trigarante."

Por fin, un grito de alegría se escuchó en la garita de Belén, y aquel grito, repetido por más de cien mil voces, anunció hasta los barrios más lejanos que las huestes de la Independencia pisaban ya la ciudad conquistada por Hernán Cortés el 13 de Agosto de 1521.

1521, 1821. ¡Trescientos años de dominación y de esclavitud!

A la cabeza del ejército libertador marchaba un hombre, que era en aquellos momentos objeto de las más entusiastas y ardientes ovaciones.

Aquel hombre era el libertador Don Agustín Iturbide.

Iturbide tenía una arrogante figura, elevada talla, frente despejada, serena y espaciosa, ojos azules de mirar penetrante, regía con diestra mano un soberbio caballo prieto que se encabritaba con orgullo bajo el peso de su noble jinete, y que llevaba ricos jaeces y montura guarnecidos de oro y de diamantes.

El traje de Iturbide era por demás modesto: botas de montar, calzón de paño blanco, chaleco cerrado del mismo paño, una casaca redonda de color de avellana y un sombrero montado con tres bellas plumas con los colores de la bandera nacional.

Al descubrir al libertador, el pueblo sintió como una embriaguez de placer y de entusiasmo. Los gritos de aquel pueblo atronaban el aire, y se mezclaban en gigantesco concierto con los ecos de las músicas, con los repiques de las campanas de los templos, con el estallido de los cohetes y con el ronco bramido de los cañones.

Iturbide atravesaba por el centro de la ciudad para llegar hasta el Palacio; su caballo pisaba sobre una espesa alfombra de rosas, y una verdadera lluvia de coronas, de ramos y de flores, caía sobre su cabeza y sobre las de sus soldados.

Las señoras desde los balcones regaban el camino de aquel ejército con perfumes, y arrojaban hasta sus pañuelos y sus joyas. los padres y las madres levantaban en sus brazos á los niños y les mostraban al li-

bertador, y lágrimas de placer y de entusiasmo corrían por todas las mejillas.

Las más elegantes damas las jóvenes más bellas y más circunspectas se arrojaban á coronar á los soldados rasos y á abrazarlos; los hombres, aunque no se hubieran visto jamás, aunque fueran enemigos, se encontraban en la calle y se abrazaban y lloraban.

Aquella era una locura, pero una locura sublime, conmovedora; aquel era un vértigo, pero era el santo vértigo del patriotismo.

Por eso será eterno entre los mexicanos el recuerdo del 27 de Septiembre de 1821, y no habrá uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar esa memorable escena, que no sienta que se anuda su garganta y que sus ojos se llenan de lágrimas al escuchar esta pálida descripción, hija de las tradiciones de nuestros padres y nacida sólo al fuego del amor de la patria.

Aquel fué el apoteósis del libertador Iturbide.

Padilla

I

Era la tarde del 15 de Julio de 1824.

Frente á la barra de Santander, (Estado de Tamaulipas), se balanceaba pesadamente el bergantín "Spring," anclado allí desde la víspera.

La tarde estaba serena, apenas una ligera brisa pasaba susurrando entre la arboladura del buque; las olas se alejaban mansas hasta reventar á lo lejos en la playa, y los tumbos sordos de la mar llegaban casi perdiéndose hasta la embarcación.

Las gaviotas describían en el aire caprichosos círculos, anunciando con sus gritos destemplados la llegada de la noche, y se miraban de cuando en cuando bandadas de aves marinas que volaban hacia la tierra, buscando las rocas para refugiarse.

Melancólica es la hora del crepúsculo en

Desembarque de Iturbide en Soto la Marina.

el mar cuando el sol se oculta del lado de la tierra; tristísimo es contemplar esa hora desde un buque anclado.

Sobre la cubierta del bergantín había un hombre que tenía fija la mirada en la playa.

Mucho tiempo hacía que permanecía inmóvil en la misma postura. Esperaba y meditaba.

Y esperaba con paciencia, porque no se contraía uno sólo de los músculos de su fisonomía, y meditaba profundamente, porque nada parecía distraerle

La noche comenzó á tender su manto y aquel hombre no se movía.

Por fin, los contornos de la tierra desaparecieron entre la obscuridad, las estrellas brillaron en el negro fondo de los cielos, y asomaron sobre las inquietas olas esos relámpagos de luz fosfórica, que son como las fugitivas constelaciones de esa inmensidad que se llama el Océano.

El hombre del bergantín no veía, pero escuchaba, y repentinamente se irguió.

Era que en medio del silencio de la noche había apercibido el acompasado golpeo de unos remos.

Aquel rumor era á cada momento más y más distinto; sin duda alguna se acercaba al bergantín una lancha.

—¿Jorge, eres tú?—dijo el hombre del bergantín á uno de los remeros, cuando la pequeña embarcación llegó.

—Sí, señor—contestó una voz desde la lancha.

—¿Y Beneski?

—Espera aquí—contestó otra voz.

El hombre saltó resueltamente á la escala, y con una firmeza que hubiera envidiado un marinero, descendió por ella y llegó á bordo de la lancha.

—¡A tierra!—exclamó, sentándose en el banco de popa.

Los bogas no contestaron, sonó el golpe de los remos en la agua, y la lancha, obedeciendo á un vigoroso y repentino impulso, se deslizó sobre las aguas, ligera como una ave que hiende los aires.

II.

Al día siguiente, cerca ya de Soto la Marina, caminaba una tropa de caballería, en medio de la cual podía distinguirse al mismo hombre que el día anterior había desembarcado del bergantín.

Al lado de aquel hombre marchaba otro que parecía ser el jefe de la fuerza.

Los dos caminaban en silencio, los dos parecían hondamente preocupados y poco dispuestos á emprender una conversación.

Por fin, el hombre del bergantín rompió el silencio, y acercando su caballo al de su acompañante, le dijo con una voz firme:

—Señor General Garza, supuesto que soy su prisionero de usted, ¿no podría decirme la suerte que se me espera?

Garza levantó los ojos, le miró por un momento, y con acento casi lúgubre contestó:

—La muerte.

El prisionero no palideció siquiera, pero tampoco volvió á desplegar sus labios; poco después llegaron á Soto la Marina.

En la misma noche toda aquella población sabía que á la mañana siguiente sería pasado por las armas el destronado Emperador de México, Don Agustín de Iturbide, hecho prisionero al desembarcar en la barra de Santander, por el General Don Felipe de la Garza.

Los historiadores no están conformes en el modo con que fué aprehendido Don Agustín de Iturbide.

Algunos de sus biógrafos, más apasionados de la memoria del desgraciado Emperador que de la verdad, afirman que Iturbide llegó á las playas mexicanas ignorando el decreto de proscripción fulminado contra él en la República, y agregan que desembarcó disfrazado, fingiéndose colono, en compañía de Beneski; pero que fué reconocido por el modo expedito y airoso que tenía de montar á caballo.

Todas estas dudas se disipan y todas esas relaciones se desmienten con sólo transcribir el principio de una carta que en el momento casi de desembarcar escribía Iturbide á su corresponsal en Londres, Don Ma-

teo Flétcher, y que inserta Don Carlos Bustamante en su apéndice á los "Tres siglos de México."

"A bordo del bergantín "Spring," frente á la barra de Santander, 15 de Julio de 1824.

"Mi apreciable amigo:

"Hoy voy á tierra, acompañado sólo de " Beneski, á tener una conferencia con el " General que manda esta provincia, esperando que sus disposicoines sean favora- " bles á mí, en virtud de que las tiene muy " buenas en beneficio de mi patria.... Sin " embargo, indican no estar la opinión en " el punto en que me figuraba, y no será " difícil que se presente grande oposición, " y aun ocurran desgracias. Si entre éstas " ocurriere mi fallecimiento, mi mujer en- " trará con usted en contestaciones sobre " nuestras cuentas y negocios, etc."

Y esta carta está firmada:—"Agustín de Iturbide."

Toda la versión, pues, sobre el incógnito de Iturbide, no pasa de ser una novela.

III.

Amaneció el día 17, y se notificó á Iturbide que dentro de pocas horas debía morir.

Su muerte estaba decretada por Garza, que se fundaba para dar esta determinación en la ley que proscribía á Iturbide para siempre, de la República.

Notificóse al preso la sentencia, y la escuchó sin inmutarse; pidió que viniera, para auxiliarle en el último trance, su Capellán, que había quedado en el buque, y envió á Garza un manifiesto que había escrito para la nación.

La serenidad de Iturbide y la lectura del manifiesto conmovieron sin duda al General, porque mandó suspender la ejecución y se puso en marcha para Padilla, en donde estaba reunido el Congreso del Estado, llevando consigo al prisionero y tratándole

con tantas consideraciones como si él fuera mandando en jefe.

Llegaron por fin á Padilla, y el Congreso determinó que sin excusa ni pretexto fuese pasado por las armas. En vano Garza, que asistió á la sesión, procuró probar, convertido entonces en defensor de Iturbide, que el decreto de proscripción no alcanzaba á tanto, que Iturbide daba pruebas de sus intenciones pacíficas, trayendo consigo á su esposa y á sus pequeños hijos. El Congreso se mantuvo inflexible y Garza fué encargado de ejecutar la sentencia dentro de un breve término.

Volvió entonces á notificarse á Iturbide que podía contar con tres horas para arreglar sus negocios, después de las cuales debía morir.

Iturbide se preparó á morir como cristiano y se confesó con el Presidente del Congreso, que era un eclesiástico, y que había salvado su voto cuando se trató de la muerte del prisionero.

Las seis de la tarde del día 19 fué la hora señalada para ejecutar la sentencia.—Iturbide salió de la prisión sereno y firme, y deteniéndose al encontrarse en el campo exclamó:

—Daré al mundo la última vista.

Después pidió agua, que apenas tocó con los labios, y se vendó él mismo los ojos.

Se trató entonces de atarle los brazos; resistióse al principio, pero después se resignó con humildad.

Detúvose allí, caminó cosa de setenta ú ochenta pasos y llegó al lugar del suplicio, repartió el dinero que llevaba en los bolsillos entre los soldados, y entregó su reloj, un rosario y una carta para su familia, al eclesiástico que le acompañaba.

En seguida, con firme acento habló á la tropa, rezó en voz alta algunas oraciones y besó fervorosamente un Crucifijo.

En ese momento el jefe hizo la señal de fuego y se escuchó el ruido de la descarga.

Cuando se disipó el humo de la pólvora, Don Agustín de Iturbide no era ya más que un cadáver cubierto de sangre.

IV.

Iturbide libertador de México, Iturbide Emperador, Iturbide ídolo y adoración un día de los mexicanos, expiró en un patíbulo, y en medio del más desconsolador abandono.

Los partidos políticos se han pretendido culpar mútuamente de su muerte. Ninguno de ellos ha querido hasta ahora reportar esa inmensa responsabilidad.

En todo caso, y cualquiera que haya sido el partido que sacrificó á Don Agustín de Iturbide, yo no vacilaré en repetir que esa sangre derramada en Padilla, ha sido y es quizá, una de las manchas más vergonzosas de la historia de México.

Guerrero é Iturbide consumaron la Independencia, y ambos, con el pretexto de que atacaban á un Gobierno legítimo, expiraron á manos de sus mismos conciudadanos.

No seré yo quien pueda hablar de la muerte de Guerrero (*) pero en cuanto á la de Iturbide, exclamaré siempre que fué la prueba más tristemente célebre de ingratitud que pudo haber dado en aquella época la nación mexicana.—Iturbide reportaba, si se quiere, el peso de grandes delitos políticos, venía á conspirar á la República, bien; ¿pero no hubiera bastado con reembarcarle?

El pueblo que pone las manos sobre la cabeza de su libertador, es tan culpable como el hijo que atenta contra la vida de su padre.—Hay sobre los intereses políticos en las naciones, una virtud que es superior á todas las virtudes, la gratitud.

El pueblo que es ingrato con sus grandes hombres, se expone á no tener por servidores, más que á los que buscan en la política un camino para enriquecer y sofocan todas las pasiones nobles y generosas.

Dios permita que las generaciones venideras perdonen á nuestros antepasados la muerte de Iturbide, ya que la historia no puede borrar de sus fastos esta sangrienta y negra página.

VICENTE RIVA PALACIO.

(*) El autor era nieto del General Don Vicente Guerrero. (N. del E.)

INDICE

Págs.

1. La Noche del 15 de Septiembre de 1810 en Dolores, por Manuel Payno 1
2. Granaditas, por Manuel Payno . . 19
3. Escenas de la vida de D. José María Morelos, por Guillermo Prieto 35
4. Morelos en Zacatula, por Ignacio Manuel Altamirano. 73
5. Morelos en el Veladero, por el mismo. 89
6. Morelos en Tixtla, por el mismo.. 123
7. La Batalla de Calderón, por Mariano Otero. 157
8. El Caballo del Centurión, por Alejandro Villaseñor... 181
9. El Primer Sacerdote ajusticiado por los españoles, por Ignacio Ojeda Verduzco. 185
10. Un rasgo de Trujillo, por el mismo. 187
11. Un drama en 1810, por Domingo Revilla. 191
12. San Agustín del Palmar, en 1813, por el mismo. 207

Págs.

13. El Tamborcito de Valladolid, por Ignacio B. del Castillo. 215
14. Un episodio del Sitio de Cuautla (El niño artillero), por Luis González Obregón. 223
15. El sitio de la Isla de Mexcala, por M. Alvarez del Castillo. . . . 227
16. Morelos salvado por Galeana en Cuautla, por Demetrio Mejía. . . 235
17. La Toma del agua por Galeana, por el mismo. 241
18. La Cureña humana, por Alenjadro Villaseñor. 251
19. Heroínas de la Independencia, por Luis González Obregón. . . . 259
20. Las Hazañas de Allende, por Manuel Payno. 271
21. "El Brazo Derecho" de Morelos, por Vicente Riva Palacio. . . 281
22. Un Caudillo español, insurgente, por Manuel Payno. 285
23. El Héroe del Sur, por el mismo. . 297
24. El Libertador de México, por Vicente Riva Palacio. 311

EPISODIOS HISTORICOS

DE LA GUERRA

DE

INDEPENDENCIA

RELATADOS

POR

Lucas Alamán, J. M. Lafragua, Manuel Payno,
Guillermo Prieto,
Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, Mariano Otero,
Domingo Revilla, Alejandro Villaseñor y Villaseñor,
Victoriano Agüeros, Genaro García,
Luis González Obregón, Ignacio B. del Castillo, Ezequiel A. Chávez,
Antonio de P. Moreno, Demetrio Mejía,
Manuel M. Escobar, Manuel Alvarez del Castillo,
Ignacio Ojeda Verduzco, Fulgencio Vargas, Eduardo E. Zárate,
Luis Pérez Verdía, E. Zariñana,
Adalberto Carriedo, Joaquín Trejo etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS,
EDITOR
1ª de Mesones núm. 18

15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1910.

I.

La conspiración de Valladolid, en favor de la Independencia de México, había quedado mal apagada y puede decirse que renació en Querétaro, en donde desde luego contó con el apoyo del Corregidor Domínguez y su mujer, la célebre Doña Josefa Ortiz.

Con el nombre de Academia Literaria, se estableció en esa ciudad una reunión, cuyo verdadero objeto era trabajar por la Independencia. En la casa de un Licenciado Parra se celebraban también juntas secretas con el mismo objeto, tomando en ellas parte el mismo Parra, los Lics. Lazo y Altamirano, Allende, Aldama (que iban desde San Miguel), el Capitán Arias, de Celaya, Lanzagorta, Epigmenio y Emeterio González, y otros de menor importancia.

El Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, fué alguna vez á Querétaro; pero, poco satisfecho por entonces de los medios con que contaban los conspiradores, no quiso tomar parte en sus trabajos, haciéndolo más tarde, cuando los informes que recibió de Allende fueron más satisfactorios.

Habiendo seguido sus trabajos los conjurados de Querétaro, y por circunstancias que sería largo referir, Garrido en Guanajuato y Arias en esa última ciudad, denun-

ciaron la conspiración, y se verificaron varias prisiones, de todo lo cual recibió Allende aviso en San Miguel, así como también de que se había librado orden de prisión contra él.

Inmediatamente, y de una manera oculta, se dirigió á Dolores á toda prisa, para comunicar á Hidalgo lo sucedido, permaneciendo con él la noche del 14 de Septiembre y todo el día 15, sin saber qué hacer ni resolverse á nada.

Hidalgo concurría todas las noches á la casa del Subdelegado Rincón, para jugar allí con otros vecinos principales de la población, partidas de mus y otros juegos de cartas. El Cura de Dolores tenía la suya con Doña Encarnación Correa, esposa de Don Ignacio Díez Cortina, español, encargado de los diezmos, y con quien aquélla se había casado hacía pocos días, teniendo sólo once de llegados ambos á Dolores.

Hidalgo era antiguo amigo de esta familia, y aun parece que á él debió Cortina el empleo, pues tomó grande empeño en que se lo diera, saliendo á recibirlo y obsequiándolo con una buena comida el día que fué á hacerse cargo de él.

Aquella noche—la del 15—Hidalgo asistió, como de costumbre, á la tertulia, y se estuvo jugando con dicha señora y con otra llamada Doña Teresa Cumplido, hasta que á eso de las diez, le avisaron que lo buscaba una persona que quería hablarle, y que lo esperaba en el zaguán.

Bajó el Cura, habló con el que lo buscaba, y volvió á la sala, continuando su juego hasta las once, que era la hora en que acostumbraba retirarse. Al hacerlo, pidió á su amigo Cortina $200.00 prestados, los que éste hizo que le entregase su mujer, que lo llevó á tomarlos á la pieza donde estaba guardado el dinero del diezmo.

Marchado Hidalgo, todos se recogieron en aquella casa, muy ajenos de lo que había de sucederles pocas horas después.

II.

Aldama, que como queda dicho, era uno de los principales conjurados, llegó á Dolores á las dos de la mañana del 16 de Sep-

tiembre, y desde luego pasó á la casa del Cura, para tratar de las prisiones de Querétaro.

Hidalgo se había ya recogido; pero Aldama y Allende, por la urgencia del caso, resolvieron despertarlo, dirigiéndose con ese objeto á su recámara. El Cura se incorporó, mandó se sirviese chocolate al recién llegado, y oyendo mientras se vestía, el relato que se le hacía, al calzarse las medias, interrumpió á Aldama, diciéndole:

—Caballeros, somos perdidos. Aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines.»

Horrorizado Aldama con tal idea, le replicó:

—¡Señor!, ¿qué va usted á hacer? Por amor de Dios, que vea lo que hace.

Y se lo repitió dos veces.

Pero Hidalgo había tomado ya su resolución, y ejecutarla fué cuestión de pocos minutos.

Acompañado de su hermano Don Mariano, de Don José Santos Villa, á quienes mandó llamar, de Allende y de Aldama, y de diez hombres más que había en su casa, se dirigió á la cárcel é hizo poner en libertad á los reos, amenazando con una pistola al Alcalde que trató de resistir.

Así se reunieron hasta ochenta hombres, que fueron armados con las espadas de un Regimiento, cuyo cuartel se franqueó.

Allende y Aldama, por orden del Cura, marcharon á la casa de Rincón, de donde Hidalgo se había retirado hacía apenas cuatro horas, y haciéndola abrir, lo aprehendieron. No se detuvieron allí, sino que se dirigieron en seguida á la habitación que en la misma casa ocupaban Cortina y su mujer, y entrando en la recámara en que dormían, los despertaron, produciendo esto en ambos esposos el natural sobresalto.

Intimó Allende á Cortina á que se diese preso; mas queriendo éste tomar sus pistolas, Rincón, á quien llevaban maniatado, le dijo que toda resistencia era inútil, y que con ella no haría más que perderse.

Entraron inmediatamente los aprehensores á la pieza de donde Hidalgo había sacado los 200 pesos que pidió prestados á Cortina, y tomaron todo lo que había.

La gente que en aquellos momentos acompañaba á Allende, saqueó de tal manera la habitación de Cortina, que no le dejaron á él y á su esposa más que la ropa que tenían puesta.

III.

Entre tanto, Don Miguel Hidalgo había hecho tocar las campanas de la Parroquia, como llamando á misa, pues era domingo y en ese día se decía á la madrugada.

El P. Sacristán mayor de la Parroquia, Don Francisco Bustamante, español, en cumplimiento de su obligación é ignorando lo que pasaba, iba á decir la misa; pero fué aprehendido por el padre Don Mariano Balleza, que era el Vicario, quien le quitó las vestiduras sagradas de que había empezado á revestirse, y lo llevó á la cárcel.

En el pueblo reinaba ya el más espantoso desorden. Puestas en conmoción las masas, corrían á saquear las casas de los españoles, cometiendo los mayores atropellos y encerrando á aquéllos en la cárcel. Entre éstos desgraciados figuraban los que hacía pocas horas habían estado en la misma sala de diversión, con su Cura, á quien trataban con intimidad y con quien muchos tenían las relaciones y el vínculo de compadrazgo, tan comunes en los pueblos entre feligreses y Párroco.

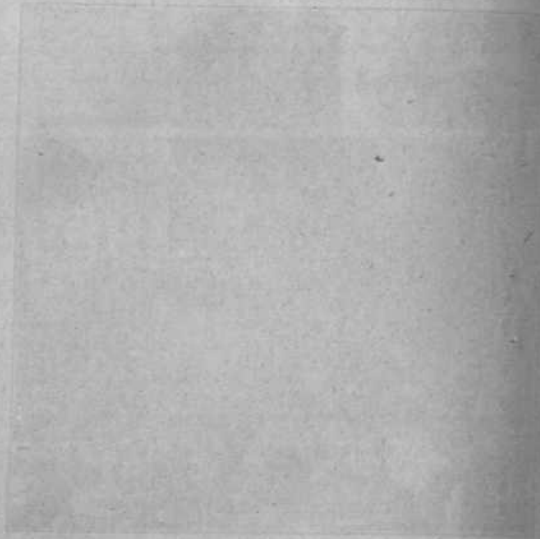
Por orden de éste, y á ciencia y paciencia suya, se vieron aquella noche privados de su libertad, despojados de sus bienes, arrancados del seno de sus familias, y conducidos á la prisión, de donde acababan de salir los criminales.

Hidalgo mandó juntar á los principales vecinos, y estando reunidos en su presencia, les dijo:

—"Ya ustedes habrán visto este movimiento; pues sepan que no tiene más objeto que quitar el mando á los europeos, porque éstos, como ustedes sabrán, se han entregado á los franceses, y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no hemos de consentir jamás, y ustedes, como buenos patriotas, deben defender este pueblo hasta nuestra vuelta, que no será muy dilatada, para organizar el gobierno."

La madrugada del 16 de Septiembre de 1810 en Dolores

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.



Los vecinos se retiraron sin dar respuesta alguna. (*)

IV.

Todos creían que Hidalgo, con su gente, que montaba ya á unos 300 hombres, reunidos en el mismo pueblo de Dolores, y en las haciendas inmediatas, se dirigiría á Guanajuato, ciudad principal, donde residía el Intendente Riaño, y que por su riqueza ofrecía abundante botín á los improvisados revolucionarios.

Mas no fué así, y el mismo día 16 partió para San Miguel.

Antes de marchar, puso en libertad á Rincón, ordenándole que se fuese á Valladolid.

A todos los demás españoles, en número de diecisiete, se los llevó consigo, montados en las mulas del diezmo.

La esposa del desventurado Cortina, solicitó con empeño ver al Cura en aquel día, para obtener alguna más comodidad en favor de su marido; pero no consiguió hablarle, y Cortina siguió la suerte de los demás.

Al pasar por el Santuario de Atotonilco, Hidalgo, que, según parece, hasta entonces no tenía plan ni idea fija sobre el modo de conducir la revolución, vió casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y juzgando que le sería útil apoyar su empresa á la devoción tan general á aquella imagen, lo hizo suspender de la asta de una lanza, y así vino á ser desde aquel momento el lábaro ó bandera sagrada de su ejército.

Hidalgo llegó con su gente á San Miguel al anochecer del día 16, entrando á la ciudad sin encontrar ninguna resistencia.

Repitiéronse los mismos desórdenes que en Dolores: las casas fueron saqueadas y reducidos á prisión los españoles, á algunos de los cuales de nada les sirvió, para escapar, el ser amigos de Aldama y Allende, y aun el existir motivos de reconocimiento por parte de éstos. Todos fueron á engrosar

---

(*) Copiado textualmente de la declaración de Abasolo en su causa.

la cuerda de presos que iba en pos del ejército.

El mismo Hidalgo, desde el balcón de la casa donde estaba alojado, tiraba al pueblo las talegas de pesos, gritando:

—"Cojan, hijos, que todo esto es suyo."

También en San Miguel los presos de la cárcel fueron puestos en libertad.

Tales son los principales sucesos que acaecieron el 15 y 16 de Septiembre de 1810.

LUCAS ALAMAN.

COMIENZO DE LA LUCHA.

I.

En 1809 varias personas habían formado en Valladolid una conspiración que tenía por objeto reunir en México un Congreso para gobernar la Nueva España en nombre de Fernando VII, en el caso de que la Península sucumbiera bajo el poder de los franceses, lo cual, con una ligera desviación, debía conducir á la Independencia del país. La revuelta había de comenzar en Valladolid el 21 de Diciembre, y en la mañana del mismo día fueron presos los conspiradores. Formóseles causa, y ellos tuvieron tan buenas artes para defenderse,, que nada serio resultó en su contra; fueron puestos en libertad y no se prosiguió en las actuaciones del proceso. Pero la conjuración solapada de Valladolid se refugió en Querétaro, allí cobró fuerzas; la protegía el Corregidor Don Miguel Domínguez, y reclutaba partidarios en 1810, mientras llegaba el término de mostrarse abiertamente. En qué tiempo se alistó Hidalgo entre los conspiradores y cuáles motivos le impulsaron á ello, se ignora; sin poder adivinar y falto de datos para inferir, habremos de contentarnos con lo que él mismo dice en las declaraciones de su causa. Conforme á ella, trataba con Allende, "con quien había tenido anticipadamente varias conversaciones acerca de la Independencia, sin otro objeto por su parte que el de un puro discurso;

pues sin embargo de que estaba persuadido que sería útil el reino, nunca pensó en entrar en proyecto alguno, á diferencia de Don Ignacio Allende, que estaba pronto á hacerlo, é Hidalgo tampoco lo disuadía; pues lo más que llegó á decirle en una ocasión, fué, que los autores de semejantes empresas no gozaban del fruto de ellas." Hidalgo, pues, sabía la conjuración, mas no se filiaba, y así corrió el tiempo, hasta que á principios de Septiembre de 1810, Allende le envió una carta de Querétaro, rogándole con instancia fuera á aquella ciudad, por ser de mucha importancia; marchó Hidalgo, en efecto; y le fueron presentadas por Don Ignacio algunas personas de poco valor, con tan mezquinos recursos, que aquél lo juzgó todo en poco momento, volviéndose á su Curato, de donde escribió que no contaran con él para nada. Fuese que Allende no quisiera al principio descubrir los elementos de los conspiradores, ó que hubieran adquirido otros nuevos después, tornó á escribir desde San Miguel el Grande, pintando tan bien el buen estado del negocio, que Hidalgo se decidió y comenzó á trabajar en el logro de la empresa, mandando construir como veinticinco lanzas en el pueblo de Dolores y en la hacienda de Santa Bárbara, y poniéndose en comunicación con Juan Garrido, tambor mayor del batallón de Guanajuato, y con dos sargentos del mismo Cuerpo, para ganar aquella tropa. Muchos sucesos parecen éstos para tan corto tiempo; habremos, sin embargo, de admitirlos, sin echarnos á cavilaciones y á cálculos basados sobre ligeros indicios, supuesto que ésta es la relación del mismo interesado.

II.

Entre tanto, la conspiración fué descubierta á las autoridades por algunos traidores, y los conjurados fueron reducidos á prisión. Hidalgo supo vagamente de la denuncia hacia el 12 ó 13 de Septiembre, y mandó llamar de luego á luego á Allende, para conferenciar acerca de lo que había de hacerse; éste llegó á Dolores la noche del 14, y ni en ella ni en todo el día 15, que

permanecieron juntos, resolvieron cosa alguna. Doña Josefa Ortiz, esposa del Corregidor Domínguez, una de las personas más empeñosas para la revolución, mirando descubierta en Querétaro la trama, mandó un expreso á San Miguel el Grande para dar la nueva á Allende, á fin de que los comprometidos se pusieran en salvo: el correo llegó á su destino al amanecer del día 15, y no encontrando á la persona á quien iba dirigido, entregó su misiva á Aldama. Este salió apresuradamente de San Miguel, anduvo el camino recatándose, y entró en Dolores á las dos de la mañana del día 16: todos dormían en la casa del Cura; tocó, consiguiendo le abrieran; ya en la casa habló apresurado con Allende, y ambos entraron á la recámara de Hidalgo. Al ruido, el anciano se incorporó en la cama, dió orden para que sirvieran chocolate al recién llegado, y comenzó á vestirse oyendo la relación que le hacía Aldama; al calzarse las medias, interrumpió diciendo:

—"Caballeros, somos perdidos: aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines."

Aldama repuso:

—"Señor, ¿qué va usted á hacer?.... Por amor de Dios que vea lo que hace," y lo repitió dos veces.

Hidalgo permaneció inflexible y acabó de vestirse. Las horas pasadas en compañía de Allende no fueron de provecho; el peligro era incierto, se consideraba tal vez como remoto, y corrió el tiempo en pláticas inútiles; cuando hubo seguridad del daño y la pérdida fué inminente, no quedó otro recurso que tomar una resolución pronta, propia de las circunstancias. Sin ánimo de exagerar, sin otro intento que el de dar á cada uno lo que le pertenezca, debemos convenir en que Hidalgo se mostró grande en aquel momento: su primer intento no fué recurrir á la fuga; su carácter sacerdotal lo ponía al abrigo de la muerte por una conspiración abortada, y casi ninguna cosa tenía que temer de la violencia; tenía grandes probabilidades de salir á salvo en la tormenta; sin embargo, se decidió á combatir por sus ideas, sabiendo que los conjurados estaban presos, y rotos, por lo mismo, los hilos de la revolución; que los com-

pañeros q e le quedaban estaban aterrados; que no tenían fuerzas ni armas que oponer á sus perseguidores; que corría á una muerte segura, pues él mismo había repetido, que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían. Sin elementos de ninguna clase, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente á la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria; fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.

Hidalgo, ya vestido, hizo llamar á su hermano Don Mariano y á Don José Santos Villa, y con ellos, Aldama, Allende y diez hombres armados, salió de su casa y se dirigió á la cárcel, amenazó al Alcalde con una pistola para que pusiera en libertad á los presos, y logrado el objeto, reunió hasta ochenta hombres, á quienes dió por armas las espadas de las Compañías del Regimiento de la Reina, que estaban en el pueblo, y entregó al sargento Martínez. Era domingo, y más temprano de lo de costumbre, se llamó á misa en la Parroquia: ocurrieron los habitantes y los rancheros de las cercanías, de los cuales muchos tomaron parte en la revuelta, de modo que bien pronto los insurgentes formaron un número de trescientos hombres. Aprehendieron al Subdelegado Rincón y á diez y siete españoles, y quedaron dueños de la población sin la más mínima resistencia. Comenzaba la lucha por la Independencia.

J. M. LAFRAGUA.

GRANADITAS.

I.

Los acontecimientos del año de 1808 en España, á causa de la invasión del ejército del Emperador Napoleón, habían llenado de luto á Madrid en el célebre 2 de Mayo de aquel año. El sacrificio heroico de los oficiales de artillería "Daoiz" y "Velarde," había exaltado el patriotismo caballeresco de los españoles, y las medidas violentas del gran Duque de Berg," "Murat," los había irritado tanto, que el mismo Napoleón se las desaprobó, previendo las funestas consecuencias que le trastornarían sus planes. El resultado fué que la España se levantó en masa á vindicar los ultrajes inauditos con que se le humillaba y faltaba á la buena fe y á la confianza que se había depositado en aquel ilustre guerrero. Dos faltas perdieron á Napoleón: la traición á la lealtad castellana, y la ingratitud con la generosa Polonia. Jamás la alta política, con cuantos recursos pueda ministrar la diplomacia, podrá disculpar á los hombres del poder que se olvidan de los deberes que les prescribe la moral.

La España, reconociendo sus derechos, se lanzó á la guerra y presentó el espectáculo nuevo de salvarse un pueblo en medio de la anarquía. Se erigieron juntas con pretensiones de dominarlo todo en el interior y en ultramar; pero en medio de esas diversas ambiciones se proclamaban dos principios: "la independencia de la patria, y la libertad de Fernando VII."

Los agentes de Murat se dirigieron á las posesiones españolas de América, á la vez que los de las juntas de España: los de Murat, para que reconociesen al poder francés, y los de éstas para asegurar la adhesión á la metrópoli, y especialmente para sacar recursos con que auxiliarla en sus esfuerzos contra Napoleón.

En estas circunstancias era Virrey de Nueva España Don José Iturrigaray, hombre débil é indeciso, y que hacía grande tráfico con los empleos y los honores públicos, acumulando, en unión de la Virreina, gruesas sumas. El fausto y los desórdenes que se vituperaban justamente en la Corte de Madrid á la Reina María Luisa, aquí eran imitados por la Virreina y su séquito; y, ¡cosa sorprendente! la condescendencia de Iturrigaray lo hacía popular.

Los acontecimientos, pues, de la Península, hicieron que los españoles tratasen con alguna familiaridad á los mexicanos: la palabra "hermano" se escuchaba de nuevo, y la de "independencia" y "libertad," pronunciadas en la madre patria, resonaban en el país de Moctezuma, con encanto indefinible.

El Ayuntamiento de México en masa, con su síndico Lic. Don Juan Francisco Azcárate, solicitaron del Virrey la instalación de una junta suprema, á imitación de la de España, y la convocación de unas Cortes del Virreinato, erigiendo un Gobierno supremo. El señor Azcárate logró persuadir al Virrey, quien pasó en consulta la representación del Ayuntamiento al real acuerdo. Este desechó la representación del Ayuntamiento, pues temían los individuos de aquél, entre otras consecuencias, la de perder sus empleos, por la popularidad que se le quería dar al Gobierno del país.

Una segunda representación de parte del mismo Ayuntamiento tuvo igual resultado en el Acuerdo, aunque el Virrey condescendió en que se formase una junta de "notables" para deliberar, formada de todas las clases, siendo la más heterogénea. El Virrey se manifestó indeciso, el Acuerdo triunfó, y el Ayuntamiento se vió desconcertado. La indecisón del primero y algunas condescendencias con los mexicanos, se han repu-

tado después por algunos servicios hechos á nuestra Independencia, y los mexicanos hemos con prodigalidad recompensado un mérito que nos hemos empeñado en creer, cuando lo contrario se halla en la causa y defensa de Iturrigaray.

La indecisión de éste en la junta, la animosidad que los notables manifestaron en contra de los mexicanos, dieron origen á los odios y á los partidos. Desde ese día uno fué el de los "españoles" y otro el de los "criollos." Epítetos odiosos se atribuían unos á otros, y los sentimientos de Independencia de Nueva España comenzaron á desarrollarse.

El Virrey, sin capacidad, sin resolución, y sin voluntad propia, caminaba más bien al acaso y con cierta contemplación, que con un sistema fijo. Los despachos de las juntas de Sevilla y de Oviedo, la noticia del progreso favorable de la insurrección de España, vinieron al fin á desconcertar al Virrey, quien nuevamente convocó el 6 de Septiembre de 1808 una junta de notables, en la que los odios se encendieron más, y los partidos se juraron una guerra á muerte.

En esa junta comenzó á acreditarse en contra de los mexicanos un hombre de odiosa memoria. El oidor Bataller fué tan funesto por su rabioso encono con los patriotas, como por su ejemplo: algunos mexicanos en todo lo excedieron, y para vergüenza del país, los que proscribían su independencia han obtenido con ella un cambio social ventajoso....

El oidor Bataller, infatigable en contrarrestar al Ayuntamiento, dijo de este Cuerpo: "Que su autoridad se extendía sobre los léperos." Después de Bataller ¡cuántos ha habido que lo han imitado!

De día en día se aumentan los disgustos; una conspiración se comenzó á organizar por el partido español contra el Virrey, que era un obstáculo á sus miras. El Arzobispo Lizana fué seducido hasta el extremo de que en la noche del 15 de Septiembre bendijo á los conjurados. En esa noche al 16, se efectuó por fin la prisión del Virrey, que allanó la traición del oficial de su guardia, Capitán Don Santiago García.

Los comerciantes del Parián fueron los principales ejecutores de este atentado, y de ahí les quedó el nombre de "parianistas," tan detestados, como los que por otro motivo, aun más ignominioso, recibieron igual epíteto en el escandaloso año de 828.

A la prisión del Virrey siguieron las de los señores Azcárate y otras personas respetables.

Las amenazas de los españoles, sus medidas arbitrarias y sus disposiciones en la organización del nuevo Gobierno, irritaron más á la multitud. Se trató de organizar una conspiración contra lo existente, entre varias personas de Guanajuato y Michoacán, que se sofocó en Diciembre de 809, con algunas prisiones.

Los males del pueblo seguían, y la exasperación de los que discurrían en aquella época se aumentaba. Personas ilustradas y llenas de un sentimiento noble y generoso, no podían transigir con el estado violento que guardaba el país, y más crítico aún por los acontecimientos de la Península.—La combinación del ilustrado Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo, y de los desinteresados Allende, Aldama y Abasolo, fué descubierta, cuyo acontecimiento la precipitó. El 16 de Septiembre de 1808 anunció una conspiración toda española; el 16 de Septiembre de 1810 una revolución toda mexicana. Desde ese día, el mes de Septiembre en los fastos mexicanos representa sus glorias, así como hoy el mes de Diciembre sus convulsiones. ¡Ved dos meses que el fatalismo no puede dejar pasar inadvertidos!

La empresa de Hidalgo fué grande y temeraria: los acontecimientos posteriores no deben, bajo ningún aspecto, ofuscar el mérito de la empresa y de su autor. ¡Qué escenas execrables no se han visto en países civilizados! ¿Cuánto escándalo no ha presenciado la Europa á fines del siglo pasado y en nuestros días? La situación de la Nueva España, la falta de los conocimientos más sencillos de la política en el año de 10, las pasiones de los más, los agravios ciertos ó supuestos, recibidos de los dominadores del país, todo contribuía á una desorganización general; y una vez estallada la revolución,

ni Hidalgo, ni nadie pudieran contener los desórdenes consiguientes.

¡Feliz México si sus dominadores, comprendiendo su posición, hubiesen sido magnánimos y generosos desde el principio; ni ellos, ni los mexicanos, habrían sufrido lo que la historia trazará con caracteres de sangre, y este país habría sido siempre virgen! Pero las faltas de unos y otros, el orgullo de unos y la arrogancia de los otros, y las represalias, rompieron los vínculos sagrados de padres é hijos; y tantos esfuerzos y tanta sangre vertida, ¿qué resultado han dado?....

Repentinamente, el señor Hidalgo se vió al frente de una numerosa é informe reunión. San Miguel el Grande y Celaya, recuerdan lo difícil que es dirigir un conjunto de hombres que no tienen orden. Entre atacar á Querétaro ó Guanajuato, se decidió por el segundo: se dirigió, pues, á aquella ciudad.

En la capital, el nuevo Virrey Venegas, que vió al principio con desprecio el grito de Dolores, reunía diversos Cuerpos de todas armas para contener la rebelión, y anunciaba las medidas de rigor con que creía sofocarla. Todas las clases privilegiadas, la Universidad y la Inquisición, lo apoyaban, invocando la religión y lanzando anatemas y excomuniones; mas nada de esto podía salvar á Guanajuato.

II.

El Intendente de esa provincia, el ilustrado y virtuoso Riaño, comprendió al punto cuánto debería temer. Luego que supo el movimiento mandó tocar "generala:" se reunió el Batallón provincial y gran parte del pueblo. Todo era alarma y confusión; los habitantes cerraban sus casas, los comerciantes sus tiendas, y el pueblo corría en todas direcciones. El Intendente convocó una junta, en la que expuso las críticas circunstancias en que se hallaba, y lo que debería temer la población. Predicadores vagaban en las calles con Crucifijo en mano exhortando á contrariar al "hereje Hidalgo;" pero fueron vanas sus exhortaciones,

porque pocos se animaron, y los que llegaron á estarlo se desanimaron después.

Los preparativos de defensa continuaron con la actividad propia de Riaño, lleno de celo infatigable. Patrullas de infantería y caballería recorrían las calles, y no se perdía medio para hacer frente al enemigo.

El 23 de Septiembre en la noche, el señor Riaño dispuso fortificarse en el sólido y vasto edificio de la "Alhóndiga de Granaditas," y allí se acopiaron todos los caudales públicos, que consistían en oro y plata acuñados, barras, azogue, papel sellado, etc. Los particulares, especialmente los europeos, llevaron también sus caudales, alhajas, diamantes y ricas mercancías, y cuanto más de valor tenían. Como treinta salas se ocuparon con estos efectos, en tales términos, que quedaron casi llenas. (*) Lo depositado valía como cinco millones de pesos.

La fortificación se aumentó, construyéndose trincheras en las avenidas del edificio y en la azotea; se hizo un considerable acopio de pertrechos de guerra, preparándose por dentro con pólvora multitud de frascos de azogue para que hicieran veces de bombas ó granadas, y de víveres para mantenerse por mucho tiempo. El 26 se publicó un bando en que se libraba al pueblo del tributo que pagaba cada individuo: esa pensión reconocía un origen odioso; era, pues, un castigo, por el sentimiento que manifestó con la expulsión de los jesuitas. La gracia repentina nada influyó para que aquel se entusiasmase; ¡tan cierto es que los favores concedidos, en los momentos extremos no se consideran, y desprestigian más al que los otorga! Inútil fué, igualmente, para entusiasmar al pueblo, haber presentado los españoles en la plaza mayor las fuerzas con que contaban. Esto fué el 27. Riaño no perdía momento en defenderse y pedir auxilios al Virrey Venegas y á Calleja, que se hallaba en San Luis Potosí. El 28, las cosas se acercaban á su desenlace. El temor, la zozobra, y lo que es peor, el

---

(*) Cuadro Histórico del señor D. C. M. Bustamante.

desaliento, se dejaban ver en el semblante de los habitantes, y especialmente en los "defensores de Guanajuato:" ya no había aquel entusiasmo que se procuraba aparentar en los días anteriores. Las diversas noticias del aumento de las fuerzas de los patriotas y su aroximación á la ciudad hacía temblar á todos. La mañana de ese día fué anuncio de grandes desastres. El pueblo, con total indiferencia, ocurría á todas partes á juzgar, y de vez en cuando se dejaba decir algunas palabras amenazadoras.

Las fuerzas del General Hidalgo se acamparon desde la tarde anterior en las inmediaciones de la ciudad, tomando muy pocas posiciones militares, y las demás lo hicieron sin ninguna regularidad. Las tropas nacionales se componían de la mayor parte del Regimiento de la Reina, que lo arrastraron á la revolución con su ejemplo y patriotismo los Capitanes del mismo, Allende y Aldama, un Batallón de Celaya que se hallaba en San Miguel, y una numerosa reunión de gente colecticia, mal armada, sin disciplina, y que propendía al desorden. Con este ejército, que se calculó en cerca de veinte mil hombres, marchó el General Hidalgo á Guanajuato.

El 28, á las once de la mañana, se presentaron dos hombres con unos dragones, en la trinchera avanzada que estaba por el punto de Belén; esos hombres eran el Coronel Don Mariano Abasolo y el Teniente Coronel Don Ignacio Camargo, trayendo un oficio de su General Hidalgo, en el que intimaba al señor Riaño para que se entregara á discreción con los demás españoles que lo acompañaban, ofreciéndole tratarlos con consideración ó con rigor; mas cualesquiera que fuese la respuesta, ofrecía al primero y su familia un salvo-conducto en lo particular, siendo esta distinción una prueba del buen concepto que disfrutaba aquel honrado español.

Se contestó á los parlamentarios que se iba á responder. Abasolo se retiró y Camargo solicitó entrar al fuerte, que lo hizo á estilo de guerra y con los ojos vendados. Conferenció con los individuos comisionados por el señor Riaño. Este mandó se leyese antes en junta el oficio de Hidalgo.

Concluida la lectura, se expresó con la serenidad que inspira el valor y la lealtad, en los términos siguientes:

"Señores: ya han oído vdes. la intimación: el Cura Hidalgo trae mucha gente, ó ignoramos si viene con artillería; en este caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, porque estoy pronto á perder la vida al lado de vdes.; mas no quiero que se crea, sacrifican vdes. la suya por mis ideas particulares: lo que vdes. resuelvan, estoy dispuesto á hacer."

El silencio que anuncia el temor de grandes desastres, sucedió á las palabras del Intendente. Ese silencio triste fué interrumpido por Don Bernardo del Castillo, que indiscreto más que resuelto, exclamó:

—"No, señor; no hay que rendirse....: Vencer ó morir."

Estas fatales palabras arrastraron á la multitud, y el señor Riaño fué consecuente á lo que ofreció, sin medir más el número de combatientes ni el peligro. El dolor, sin embargo, lo atormentaba, no tanto por él, pues se le oyó decir: "¡Ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato!"

Respondió al General Hidalgo con dignidad y cortesía, negándose á reconocerlo como Capitán general, y que estaba resuelto á defenderse hasta morir. El señor Riaño fué el único, acaso, entre los jefes españoles, que no desconoció el derecho de gentes.

El Teniente Coronel Camargo partió con la respuesta.

III.

El Intendente se preparó al ataque, luego como se despachó al parlamentario. El General Hidalgo, viendo la resolución del señor Riaño, dispuso la marcha. A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército, dividido en dos trozos: uno atacó á Granaditas por el frente, y el otro por la puerta que comunica á la hacienda de Dolores, ocupando las demás fuerzas los cerros inmediatos. Los realistas estaban situados en el fuerte y en esta hacienda: los americanos avanzaron, vitoreando á la "Virgen de Guadalupe," cuya imagen lleva-

Entrada de Hidalgo á Guanajuato.

ban en sus banderas de varios colores, y á la "América." El ataque comenzó: aquella reunión informe se precipitó como un torrente. Todo era confusión; la gritería de los invasores, á los que se había unido el pueblo, el clamor de los heridos, la multitud de piedras lanzadas por éstos, el fuego de las tropas regulares, el de los sitiados, la explosión terrible de los frascos que arrojaban éstos, y que como granadas reventaban, los innumerables muertos que caían por todas partes obstruyendo el paso, todo presentaba el cuadro más triste y horroroso que pueda imaginarse. Un indio se abalanza á uno de esos frascos, y con los dientes pretende quitarle la espoleta: no lo consigue, y desaparece en pedazos. Los agresores en vez de acobardarse, se llenaban de coraje, animados por la venganza de ver á sus compañeros en tierra. El ataque se renovaba tanto como la defensa: las víctimas caían por todas partes, la sangre corría á torrentes: el fuego se redobló, el ataque se había encarnizado ferozmente. Frenéticos los americanos hicieron un esfuerzo para asaltar el fuerte: en esto quedó cortada la caballería realista, y en vano sus jefes intentaron maniobrar con ella, y menos formarla. Un oficial, Valenzuela, aunque americano, hizo grande destrozo con sus pistolas y sable en sus compatriotas: al fin lo hicieron rendir; su último aliento lo exhaló gritando: "¡Viva España!" Este hombre en las banderas de su patria, habría sido un héroe; en las de sus enemigos fué un frenético. Riaño mandó la retirada al interior del fuerte: en esto advirtió que el centinela de la puerta principal había abandonado el puesto: pundonoroso y resuelto el Intendente, toma en la mano el fusil y reemplaza á aquél, haciendo fuego. Un cabo del Regimiento de Celaya, de la infantería de los patriotas, le apunta y lo derriba.... El señor Riaño sucumbió, y los españoles perdieron un héroe.

Como Ney con un fusil en la mano, y como Bayard, se podía decir que era un caballero sin temor ni tacha, "sans peur et sans reproche." Recogido al punto su cadáver, una escena doblemente dolorosa tuvo lugar: el sentimiento de sus subordinados y la

desesperación de un hijo suyo completaba aquel espectáculo de dolor.

La muerte de Riaño causó á más del espanto, el desconcierto en los sitiados. Luego se cerró la puerta, sin que el fuego disminuyese por las azoteas y ventanas del fuerte y de la hacienda de Dolores. El General Hidalgo redobló entonces sus esfuerzos para apoderarse de aquél á toda costa: los asaltantes caían por todas partes; mas despreciaban la muerte. Comenzaron á dar barrenos para derribar una esquina del edificio, y penetrar en él. Su presencia de ánimo, su resolución, no podían nacer sino de un patriotismo verdadero.

Mas como poco se avanzaba, se creyó importante apoderarse de la puerta principal incendiándola: hacerlo era una temeridad inaudita, por la lluvia de balas que caían, y por la infernal explosión de los frascos de azogue.

Fastidiado Hidalgo con aquella monotonía de muerte, rodeado de inmensas olas de plebe, se dirigió á un hombre á cuya voz obedecían.

—Pípila, le dijo Hidalgo á ese hombre: la patria necesita de tu valor.... ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?

—"Sí," respondió aquel hombre, y sus ojos brillaron con una feroz alegría. Tomó en seguida una tea ardiendo, y cubriéndose con una losa ancha se dirigió gateando hacia le puerta, que incendió. El lépero de Guanajuato abrió el registro de los héroes mexicanos. Un plebeyo se inmortalizó el primero.

Nada les valía á los españoles el desesperado valor con que se defendían, porque sus pérdidas eran irreparables. Cuando notó el sargento mayor Berzabal que toda resistencia era infructuosa, excitó á sus compañeros á rendirse. El más espantoso desorden siguió á esa excitativa: unos pretendían desfigurarse, otros tiraban la casaca, las armas y dinero por las ventanas, y otros, en fin, querían primero morir que rendirse. En estos momentos una bala derribó á Berzabal, aumentándose el desconcierto: se puso bandera de paz, por el primero que le ocurrió, y el fuego parecía ter-

minado: con esta seguridad, los indios se arrimaron á las puertas. Los realistas que se hallaban en la hacienda de Dolores, ignoraban lo ocurrido en Granaditas, y prolongaban con obstinación la defensa, haciendo estragos en los indios. Sucedió lo que era natural: se supuso una perfidia, y á los gritos de "traición" con que la plebe llenaba el aire, sucedieron las horrorosas órdenes de asaltarlo todo, y de no dar cuartel á nadie. Pocos instantes después, aquel cuadro era espantosamente animado. Las pasiones todas se retrataban en un fondo de humo y ráfagas de fuego. Se imploraba en vano la piedad y la compasión de los vencedores: queriendo vengar éstos los crímenes de la conquista y los agravios de trescientos años, disminuyeron el mérito de su empresa, por no haberle otorgado nada á la humanidad.

Los defensores de la hacienda de Dolores tuvieron que sucumbir, y aquí las escenas de Granaditas se repitieron: los españoles fueron arrojados á lo profundo de la noria de la hacienda, en donde algunos de sus compañeros se habían ocultado antes.

Cuanto se encontraba en Granaditas y Dolores fué presa del furor de aquellos hombres, que de nada se ocupaban más que de lo presente. Los independientes penetraron por en medio de escombros y de cadáveres: presa de su triunfo fueron todos los caudales y alhajas que allí se habían introducido. El General Hidalgo no pudo contener tantos desórdenes, que á Allende y demás compañeros desagradaron hasta el extremo.

Ese día, dolorosamente memorable, ha dejado profundos recuerdos para Guanajuato. Amigos ó enemigos de la revolución, verán en Granaditas, los unos resignados, los otros "llenos de esperanza aún," el primer lugar que se enrojeció con la sangre de los defensores de la Independencia de México.

Enero 18 de 1846.

DOMINGO REVILLA.

MORELOS.

I.

El Viajero

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes bañaban el bosque de ciruelos, entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupétaro.

Nucupétaro está situado en el Sur del Estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de ciruela; pero allí el calor excesivo hace á la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen á torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En Octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos, un viento abrasador levantaba en las cañadas nubecillas de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba á su fondo azulado un tinte melancólico.

Delante de una de las casitas del pueblo, y á la sombra de un cobertizo de palma, se

mecía indolentemente un hombre, sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menos que mediana, pero lleno de carnes; moreno, sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos obscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos: un ancho calzón y una "campana," que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro; y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

—Buenas tardes dé Dios á su merced, señor Cura,—dijo el recién llegado.

—Muy buenas tardes,—contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor.—¿Qué viento nos trae por aquí al señor Don Rafael Guedea?

—Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y á ver si me da posada esta noche su merced.

—Con todo mi gusto,—contestó el Cura.—Mándese usted apear.

—Vaya, Dios se lo pague al señor Cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula á los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al Cura con grande efusión, se entró á sentar con él debajo del cobertizo.

II.

Grandes noticias

—¿Y qué deja de nuevo mi señor Don Rafael por esos mundos?—preguntó el Cura.

—¡Cómo!—exclamó el otro—¿pues aún no sabe su merced las novedades?

—No. ¿Hay algo nuevo?

—Y mucho, y muy grave.

—Cuénteme usted, cuénteme usted.

—Pues, ¿recuerda su merced al señor Bachiller Don Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de....

—Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

—¡Pues no diga nada! está su merced para saber, que se ha levantado.

—¿Levantado?

—Levantado contra el Virrey y contra los gachupines.

—Pero, ¿es cierto? ¿es cosa de importancia?—preguntó Morelos, pudiendo contener apenas su emoción.

—Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa sino del señor Hidalgo, que quiere libertar á la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de Septiembre amaneció ya levantado el señor Cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guanajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid: cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque la novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrían desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los brazos y los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca,

apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente á Morelos, sin atreverse á dirigirle una sola palabra.

Sin duda el viejo hacendado comprendía el choque terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mexicano por la primera vez; el pária, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de Independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III.

El Guerrillero

Pocos días después de esta conversación, Hidalgo, con el ejército independiente, salía de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta dirección, se desprendía de allí Don José María Morelos.

Morelos iba á emprender la campaña por el Sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el señor Hidalgo había dado al Cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden, firmada también por Allende:

"Por el presente comisiono en toda forma á mi Lugarteniente el bachiller Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en las costas del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado."

En manos de un hombre vulgar, aquella autorización quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba á fundar una reputación gigantesca; aquella orden era para él la vara mágica con la que iba á levantar ejércitos, á fundir cañones, á dar batallas, á tomar plazas, á formidar por fin á los Virreyes y al Monarca español.

Durante el camino hasta llegar á su Curato, Morelos marchó sólo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba á emprender.

Morelos llegó á Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme á las instrucciones del señor Hidalgo, se dirigió á las costas del Sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó á Churumuco, pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó á Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con 2,000 infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra.

Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV.

El Caudillo

Desde esa época, Morelos fué el caudillo prominente en la guerra de Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde Cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, á su nombre, se levantaban partidas, y se organizaban tropas, y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los Curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campañas del héroe, es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del

Sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos á defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dió pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras: ésta era su posición.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número: éstos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes víveres y municiones y constantemente reforzado: esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días y aquel sitio mereció con razón el renombre de famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó á los insurgentes á tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de Mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso á viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro, volvió á ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de Independencia.

V.

El Mártir

La suerte abandonó por fin á Morelos, y en la acción de Tesmalaca (5 de Noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del Gene-

Fusilamiento de Morelos en Ecatepec.

ral español Concha.—El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La Inquisición, el clero, el Virrey, la audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir á su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y á cuyo sólo recuerdo palidecían.

Semejantes á una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres "organizaron su justicia" contra el pobre prisionero de Tesmalaca.

La Inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la audiencia le condenó por traidor al Rey, y el Virrey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado, era, sin embargo, un héroe, un caudillo en la más santa y más noble de las luchas; era, en fin, "el hombre más extraordinario que produjo la guerra de Independencia de México." (Alamán).

Morelos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cincuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aún no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron á encresparse y á crecer, y sin que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

Lavaron la sangre del mártir y volvieron majestuosamente á su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

VICENTE RIVA PALACIO.

MORELOS ANTE EL OCEANO.

I.

Empezaba á anochecer cuando llegué á la casa del maestro Altamirano.

Nos sentamos frente á frente, junto á un balcón alumbrado por la lividez del crepúsculo. Y de esta suerte, en la hora vespertina, el maestro y yo platicábamos en medio de la vida serena, de las cosas crepusculares.

¿Qué misteriosas energías ligan las palabras con las palabras para llevarlas muy lejos de lo actual hasta los campos maravillosos del pasado? Yo no sé cómo empezamos á hablar de Morelos: de su infancia entenebrada por la orfandad, de su juventud errante por entre los caminos y las soledades, cuando era hatajador de mulas, y cuando iba, como Mahoma, visitando pueblos, transportando riquezas, poniendo en contacto ideas. Dijimos que las lágrimas del huérfano y los dolores de la niñez desamparada enseñaron, sin duda, á Morelos, á sentir los dolores ajenos, haciendo brotar, según la teoría de los modernos psicologistas, la mariposa divina del amor hacia los demás desde la crisálida obscura del egoísmo. Dijimos también que la existencia sembrada de sobresaltos, de inquietudes y de sorpresas, la vida del arriero, llena de fisonomías nuevas, enseñaron al mismo Morelos á no sorprenderse nunca, á comprender á los hombres y á comprender el secreto de las cosas.

El maestro hablaba con una voz que tenía entonaciones análogas á las de una lira de bronce; sus manos, en armoniosos movimientos, se agitaban en la sombra, acompañando el ademán á la palabra; yo lo escuchaba sorprendido, y en el seno de la obscuridad creciente nacían y se eslabonaban los recuerdos, los hermosos hijos de la idea.

II.

"Morelos, me dijo entonces el Maestro, llevaba en su alma el sentimiento, engendrado por su niñez dolorosa, y la observación producida por su juventud errante; sus ojos de mago sabían hurtarle sus secretos á la sombra, y sus palabras de tribuno sabían conquistar las voluntades de los hombres. Vió á lo lejos la claridad de la ciencia, y avanzó entonces á buscarla; la encontró en Valladolid, entre las fuertes paredes del Colegio de San Nicolás; oyó cómo hablaba de ella, con acento de inspirado, el Rector Don Miguel Hidalgo; pero, al oír hablar de la ciencia, oyó también hablar de su divina hermana la libertad, y poseído entonces de un doble y repentino amor, se sintió dominado por dos ideales, y fué desde aquel momento el paladín de la verdad y de la Independencia: por eso se ordenó de sacerdote, porque así avanzaba en el sendero de la ciencia, y por eso más tarde en el altar de la patria ofreció su vida en aras de la libertad; pero fué siempre su amor á los otros, conquistado con sus sufrimientos de niño, el que hizo el milagro de su fe republicana inextinguible, y fué siempre su conocimiento de los hombres, principiado en sus viajes de arriero, el que hizo el milagro de su talento organizador para la guerra.

El dolor, la observación y la voz de Hidalgo, fueron los tres factores del genio: se conjuraron con las dotes primordiales: se fundieron con los elementos nuevos, y he aquí que en seguida, durante las guerras de Independencia, tal vez más alto que nadie en la América, el huérfano, el hatajador de mulas, el Cura de Carácuaro, subió al Veladero, á Tixtla, á Cuautla, á Orizaba,

á Oaxaca y al Castillo de Acapulco, para mostrar á los tiranos y á los cobardes, al infinito mar y al infinito cielo, la bandera blanca y azul de nuestra Independencia.

"Es inútil repetir lo que todos saben: el poema épico de Cuautla, que resuena en los aires como un clarinetazo de triunfo; la toma de Oaxaca, que parece una hazaña increíble; la rendición casi inverosímil del fuerte de San Diego; pero si se recuerda cualquiera de los hechos de Morelos, en el más insignificante se revela su grandeza.

"Una noche, el gran luchador se acercó con sus guerreros á la brava costa de la mar del Sur: el intrincamiento inconmensurable de las grandes selvas del Estado de Guerrero, velaba las aguas: una tempestad hacía sentir su aliento enorme á través de los árboles; el viento producía inextinguibles, intermitentes y salvajes clamores; sobre las cabezas de los valientes el crespo mar de las hojas se estremecía con sacudimientos que parecían cansados por un terror sobrehumano; se diría que las palmas inmensas, cuyos penachos tocaban el cielo, y las grandes lianas, tendidas de árbol en árbol, y hasta las hierbas experimentaban un espanto infinito; á ratos, la luz sulfurosa de los relámpagos ponía gotas de claridad entre los árboles, y de súbito, ronco y profundo, como un quejido ó como un grito de cólera sobrenatural, retumbaba el trueno.

"Los valientes se detenían apoyados contra los árboles, los más osados marchaban hacia lo desconocido y lo inmenso, hacia el mar lleno de rabias y de terrores sin número; pero al frente de todos iba Morelos; su cabeza tranquila lucía ceñida por su pañuelo blanco, cuyas puntas flotaban, y en medio de la conmoción gigantesca que precede á las grandes tempestades, él iba en silencio, altivo y solemne, como si fuera el supremo vidente de lo sublime.

"De pronto, ante él se acabaron los árboles y se mostró el mar; la costa allí terminaba, á pico, insondable, un pedestal sobre el abismo: el formidable culebreo y el convulsivo amontonamiento de las aguas se desenrolló entonces con toda su fuerza sobre el Océano indefinido: el viento, este ti-

tán invisible y obscuro, corría sobre la soledad hirsuta; las nubes, apenas entrevistas, formaban una marejada negra sobre las aguas; la lluvia se desató copiosa en raudales, en torrentes; el bosque centenario cantaba detrás su grande himno; la mar desenvolvía sus mil ruidos, que son estertores, y sollozos, y truenos; el cielo se alumbraba de repente con fulgores lívidos que vertían la claridad sobre el horror; un instante, las tinieblas aullantes del agua, del viento y de la nube, eran sacadas de la sombra á la luz del rayo; pero en seguida, de súbito, retrocedían á lo negro, y entonces vivían en lo obscuro, gigantéscamente, las formas prodigiosas de la borrasca, palpitantes é infinitas; pudiera afirmarse que en el cielo, cubriendo todo con sus alas negras, salpicadas de reflejos lívidos, estaba el pájaro infinito de la tormenta; y no obstante, sereno, dichoso en medio del terrible desencadenamiento, teniendo á sus espaldas á sus guerreros, hundidos en la selva, y sintiendo quebrados por los rayos los palmares centenarios, Morelos, cruzando los brazos sobre el pecho, erguido é indomable, veía, guardando en su alma la sonata infinita de los elementos, la tempestad, y su pañuelo blanco, como si estuviera vivo sobre sus sienes, agitaba sus puntas flotantes.

"En frente del estertor de las olas y de los cielos, Morelos creía ver á la América toda, hundida en la sombra como la mar, lejos del cielo como la mar misma, y no obstante, toda ella sacudida por el deseo insaciable de abismarse en la claridad y de conocer el progreso, irguiéndose titánica y soberbia contra los tiranos, como el mar contra los vientos, y poblando el espacio con sus gritos de agonía y de gloria.

"Bajo el acantilado, mientras las olas se estrellaban, levantando, como enormes flores blancas sostenidas por intermitentes tallos líquidos, sus explosiones de espuma; los pájaros del mar, las cenicientas gaviotas, se hundían entre las ráfagas lanzando ásperos gritos; por instantes el agua se iluminaba con fosforescencias extrañas, como si su cólera se hiciera luz; se tornaba de súbito en blanca, y entonces la borrasca

parecía una batalla nunca soñada, que libraran millones de gigantescos gladiadores lívidos.

"Morelos, ante el mar, era semejante al dios de las borrascas: aquella peña volada sobre el abismo y colocada bajo el otro abismo, el del cielo, era el pedestal digno de él; parecía, sin saberlo, regir la suerte confusa de los ejércitos de las olas; parecía mandarlas; la noche entera estuvo de pie electrizado él mismo ante las fulguraciones blancas de los relámpagos.

"Cuando luego fué calmándose el mar; cuando todo peligro hubo cesado; cuando las olas se aplacaron, y el viento, cansado de luchar, se fué aletargando; cuando la selva cesó de agitarse, entonces en el cielo sin nubes se dilató la luz de la mañana, y Morelos, todavía de pie, contemplaba la iluminación feérica del Océano, la tranquilidad gloriosa de las aguas.

"Aquella borrasca era un símbolo: era lo mismo que la guerra de Independencia, preñada de horrores, llena de catástrofes; pero en ella, á ratos, la misma tormenta se hacía fosforescente, se tornaba luminosa, y por fin, tras ella, debía venir también la aurora divina, la libertad de la América."

III.

El maestro dejó de hablar, y aun veía yo á Morelos, en su pedestal, ante el Océano; la noche había cerrado, y aun me parecía ver el albor de la aurora sobre las aguas, por fin serenas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

México, 1893.

EL TESORO DE PEDRO ASENCIO.

I

Si cuidado especial se tuviera en recoger y compilar las tradiciones todas que ya sobre los hombres, ya sobre las cosas, existen por todas las partes de nuestro territorio, se podrían formar muchos volúmenes curiosísimos y llenos de datos interesantes para muchas materias.

Y comprobando la narración de la leyenda en aquello que ofreciera más probabilidades de verdad, no vacilamos en creer que ayudarían poderosamente para comprobar y rectificar ciertos hechos históricos que hoy están envueltos en una atmósfera de incertidumbre.

Cuando menos, ya que no ofrecieran interés inmediato, servirían las tradiciones de poderosa ayuda á nuestra literatura nacional, para dar una ligera idea de la fantasía de nuestros paisanos y de la tendencia de ellos, así como la de todos los habitantes de los países meridionales, á lo extraordinario y lo maravilloso.

Servirían también de agradable distracción en multitud de ocasiones; y muchas de esas leyendas, cuidadosamente examinadas, podrían ponerse en manos de la juventud como ejemplos dignos de imitarse ó como modelos de acciones loables, acreedores á eterna memoria.

Si en alguna parte existen tantas tradiciones es en nuestro país, tan extenso, tan accidentado, poblado por una multitud de

pueblos distintos, desde los nahoas y toltecas, cuyo origen es fabuloso y lleno de leyendas, que ha sido teatro de innumerables acontecimientos, de guerras, cataclismos, hechos heróicos y sucesos raros que se han sucedido durante una larga serie no de años, sino de siglos.

En nuestros viajes más de una ocasión hemos tenido oportunidad de escuchar esas narraciones, hechas sencilla y pintorescamente por los rústicos habitantes de nuestros campos y aldeas, que distraen sus tranquilas veladas refiriéndolas á sus hijos ó á los forasteros que la casualidad les da por huéspedes.

La curiosidad también nos ha impulsado á preguntar y á investigar, y hemos sabido otras ó las encontramos consignadas en algún viejo libro que ya nadie lee por su triste aspecto.

Entre ellas unas hay, y no pocas, que se refieren á la época de la gran guerra de nuestra independencia, época fértil en sucesos de todo género, y en episodios innumerables.

Apenas la historia en muy contados casos ha tomado nota de los hechos más notables, relegando á la fábula no sólo los pormenores tal vez más interesantes, sino hasta nombres de héroes que por esa causa permanecen desconocidos y únicamente los recuerda vagamente el humilde pueblecillo donde nació.

Nosotros, que otras veces hemos dado á conocer algunas leyendas curiosas, vamos ahora á referir una de entre las que tenemos en los apuntes de viaje; la que escuchamos de los labios de un burdo ranchero de las montañas del Sur, mientras nos mostraba el magnífico y bravío paisaje donde su narración se desarrollaba.

II

Entre los hombres que desde luego se apresuraron á secundar el grito de Independencia lanzado por el inmortal cura Hidalgo, ya porque obedeciesen á los impulsos de su patriotismo, ya por otra causa cualquiera, se cuenta á Pedro Asencio.

Este héroe del Sur, á quien la historia

dedica algunas pocas páginas, es un ente fabuloso por aquellas cálidas comarcas, y sus hechos se transmiten con respetuosa admiración de padres á hijos.

Nació en el pequeño lugarejo de Acultlalpam, en las cercanías de Teloloapam y desde muy niño se dedicó al penoso oficio de arriero, en el que lo vino á encontrar la guerra de Independencia.

Dotado de una energía grande y capaz de resistir los mayores contratiempos, de una naturaleza hercúlea á propósito para la lucha tremenda que se iniciaba, de carácter huraño y selvático, gran conocedor del terreno donde había pasado su vida, desde luego fué por todo esto un poderoso enemigo del gobierno colonial y auxiliar precioso para la causa insurgente.

Además, cierto prestigio que tenía entre aquellos montañeses contribuyó á que en breve contara con una partida que sembró la alarma y terror en aquellos distritos.

Astuto y amaestrado rápidamente en la guerra de emboscadas, única que le era dado adoptar; jamás llegó á verse abatido por completo, y cuando se le creía, por algún descalabro que había sufrido, incapaz de rehacerse, aparecía por otro lugar más osado y resuelto que antes.

Pero la revolución, que con la pérdida de sus hombres distinguidos, disminuyó y degeneró en algunas partes, dió rienda suelta á muchas ambiciones personales y ocasión de desbordar los más sanguinarios instintos.

Así, cada jefe de partida, con pocas excepciones, se convirtió en un verdadero dueño y señor del terreno en que dominaba, y en el que á menudo ejercía horrorosas é inútiles crueldades.

De esta clase fué Pedro Asencio, á juzgar por los relatos que de sus hazañas hemos oído allí donde hizo la campaña desde 1810 hasta 1821.

Subalterno de todos los héroes del Sur, desde Morelos hasta Guerrero, puede decirse con toda verdad que jamás obró sino conforme á su capricho y á sus instintos, lo mismo que su inseparable compañero, el

famoso Padre Izquierdo, durante ese largo período de tiempo.

Sin embargo, llegó la época en que aquello debía terminar, y Pedro Asencio, después de haber batido con éxito á una sección de las tropas de Iturbide en San Vicente, tuvo que someterse á la fuerza de los acontecimientos que se desarrollaron después de la entrevista memorable de Acatempan.

Entonces fué cuando tomó la determinación que sirvió para formar la tradición que narramos; pero ha sido preciso dar esta ligera idea preliminar ántes de referirla, para que pueda ser mejor apreciada.

III

Organizada la revolución y ya con nuevos alientos, los cabecillas independientes tuvieron por fuerza que irse sometiendo sucesivamente al nuevo órden de cosas establecido en Iguala, y poner coto á su espíritu levantisco é insubordinado.

Pedro Asencio, comprendiéndolo así, reunió en un solo punto cuanto había atesorado durante los diez años de campaña, lo que cuidado perfectamente por una fuerte escolta, determinó guardarlo en lugar seguro y sólo por él conocido.

Según se nos contó y se cuenta, 40 fueron las mulas que se emplearon en trasportar esas riquezas al lugar que había de antemano elegido.

Después de una marcha penosa de varios días á través de la escabrosa sierra del Sur, pernoctó en Los Amates y al siguiente día hizo una corta jornada, hasta llegar al cerro del Limón.

Es esta una eminencia de las cercanías de Tlatlaya, situada en el corazón de las montañas é inaccesible por todos lados, comunicándose con la cordillera, únicamente por un angosto paso situado entre dos profundas barrancas. El resto del cerro no tiene laderas, pues sus lados se hallan cortados á pico y erizados de enormes peñascos que hacen imposible una irrupción á la cima; de manera que se le puede considerar como una fortaleza inexpugnable con sólo

practicar un foso en el paso de comunicación con el cerro inmediato.

Pedro Asencio, obligado á huir en más de una ocasión, y á ocultarse de los que de cerca le perseguían, y también á tener un lugar seguro donde defenderse, había hecho del Limón, como de algunos otros puntos, un sitio de refugio y de defensa.

El manantial, que brota en la pequeña explanada que forma la cima y los cimientos de una vieja fortificación hecha acaso por los antiguos indígenas, le ayudaron para su idea y en breve construyó una terrible fortaleza que se pudiera considerar como un verdadero nido de águilas, desde donde dominaba la comarca y desafiaba impunemente todas las iras del Gobierno Español.

A ese fuerte lugar era donde iba á guardar sus tesoros, mientras podía disfrutarlos cómodamente á la próxima terminación de la guerra.

Cuando las acémilas fueron descargadas y hubieron descansado un corto rato, Pedro Asencio llamó al arriero que las dirigía, llamado Toribio, y le dijo:

—Como recompensa de lo bien que te has portado conmigo y de tu buen manejo, te regalo el hatajo de mulas: con él puedes volverte á tu tierra y trabajar, pues la revolución muy pronto va á terminar y conseguirás hacer una mediana fortuna. Pero te advierto—añadió, dando á su fisonomía el tono resuelto que acostumbraba cuando daba una orden—que no vuelvas por estos rumbos, porque entónces..... —y señaló un elevado cedro á cuyo pie estaba sentado —te ahorcaría en este árbol.

—No señor, no volveré—respondió trémulo Toribio.—Muchas gracias por el regalo que me ha hecho, pues con él ya puedo trabajar por mi cuenta para mi familia. Adiós.

Y se inclinó humildemente con ademán de besar la mano que se le tendía.

—Adiós, contestó Pedro Asencio. ¡Ah!—añadió dirigiéndose al arriero, que se ocupaba en organizar su hatajo—tampoco digas á nadie dónde me has dejado.

—Descuide su merced.

Y á poco Toribio se alejó de allí con sus

mulas, con rumbo á Morelia, firmemente dispuesto á no volver jamás al Sur, donde tan mala suerte le esperaba.

Después de este incidente, Pedro Asencio comenzó á repartir su gente en destacamentos, enviándola á diferentes puntos, como á Sultepec, Tetecala, Teloloapan ú otros, de donde sabía que no habían de volver sino pasados cinco ó más días.

Unicamente conservó á su lado su escolta particular compuesta de treinta hombres, y á su segundo en el mando, un individuo apellidado Gordillo.

Toda la fuerza se alejó preocupada y triste, pues sin saber por qué, preveía que su jefe meditaba algún plan siniestro y terrible.

IV

—En esa piedra en que se encuentra vd. sentado—continuó el narrador—se hallaba también sentado Pedro Asencio con la mirada hosca y sangrienta, siete días después de los acontecimientos referidos. Su segundo, Gordillo, se encontraba más allá, de pie, taciturno y grave.

De vez en cuando lanzaba aquél una larga mirada investigadora é inquieta al abismo que se abría cerca de él, volviéndola luego á su subalterno, y entonces tornábase irónica y feroz.

Poco á poco fueron llegando los diversos destacamentos, y aunque los soldados lo primero que extrañaban era la ausencia de las cargas y la de la escolta particular, no se atrevían á hacer ni áun el más leve comentario entre sí, por temor á su tremendo jefe.

Este apenas dignábase oír los partes que sus tenientes le daban, continuando en su tenaz silencio.

Cuando todo el ejército se encontró reunido, Pedro Asencio llamó á un ordenanza y en voz baja le dió una orden.

Al recibirla los diversos jefes, se apresuraron á obedecerla; pero los soldados sintieron helárseles la sangre en las venas al tener una idea vaga de lo que allí había pasado é iba á pasar. Mientras se formaba un cuadro bastante extenso, cuatro hombres

ataban sólidamente al segundo Gordillo y le ponían una mordaza.

El desgraciado apenas tuvo tiempo de pronunciar una palabra que sólo los más cercanos escucharon sin poderla comprender.

—¡Todos!..... murmuró con desesperación, antes de enmudecer para siempre.

Conducido al centro del cuadro, ya maniatado y mudo, Pedro Asencio dijo llamando á un pelotón:

—Fusílen á ese hombre

Dos minutos después, Gordillo yacía sin vida en el suelo, atravesado por diez balas.

Pedro Asencio se acercó y estuvo contemplando un rato el cadáver con cierta cruel satisfacción; luego volviéndose á su gente agregó:

—Tírenlo á la barranca.

La orden se cumplió sin dilación, y Pedro Asencio, recargado en el tronco de un arbol que inclinaba su ramaje sobre el abismo, veía cómo el cuerpo iba saltando de roca en roca hasta llegar al fondo de la barranca, hecho verdaderamente pedazos. Cuando hubo llegado, Pedro Asencio dirigió una última mirada, murmurando con sorda cólera:

—¡Tal vez existe uno que sabe mi secreto!

Y volviéndose á su gente que aterrada enmudecía, le dijo con voz estentórea:

—Ese hombre ha sido ejecutado por traidor. Aquel que cometa la falta que él cometió, sufrirá la misma suerte.

El cuadro se disolvió en silencio, pues nadie se atrevía á murmurar, y dos días después, la división entera abandonó la fortaleza del cerro del Limón para irse á incorporar al grueso del ejército independiente.

A pocos meses, Pedro Asencio murió de una manera horrible en Milpillas, pues quedó su cuerpo acribillado á machetazos, y su cabeza, separada del tronco, fué paseada en la punta de una pica entre el escarnio y la mofa de la soldadesca.

A nadie reveló el sitio exacto donde había escondido su tesoro, y aunque después de la guerra, muchos de sus soldados hicieron excavaciones en diversos puntos del cerro, arruinando casi sus construcciones, ninguno pudo encontrar nada, pues sólo la

escolta que lo enterró lo sabía; pero toda ella y uno á uno de los que la componían murieron á manos de Pedro Asencio y Gordillo, siendo arrojados después sus cuerpos á la barranca.

—Pero ¿quién contó eso, si todos murieron? preguntamos al oír la última palabra y abandonando lentamente la explanada.

El guía sonrió y continuó en estos términos mientras llegábamos á un punto desde donde se veía perfectamente uno de los flancos de la innaccesible montaña.

V

—Muchos años después de la muerte de Pedro Asencio, llegó á Tlatlaya un anciano desconocido que compró un pedazo de tierra lejos del pueblo y edificó un jacal allí, y á quien rarísimas veces se veía llegar á la población, sólo á vender los productos de su cosecha y á proveerse de las cosas más indispensables.

El tal anciano, que cojeaba algo de la pierna derecha, con nadie hablaba, pero las contadas veces que el alcalde ó alguna persona importante del pueblo logró trabar una corta plática con él, dejaba admirados á sus oyentes por la exactitud con que narraba hechos pasados y lo bien que daba razón de individuos de la comarca que habían existido en años anteriores.

En cierta ocasión se le vió llegarse á la casa de una pobre vieja que estaba próxima á morir y que dejaba tres niños, de los que el mayor contaba quince años: se instaló en la choza, erogó todos los gastos indispensables, y á la muerte de aquella mujer se hizo cargo de los huérfanos, á quienes llevó á vivir á su lado compartiendo con ellos su escaso caudal.

Llegó, por fin, un día, que fué el último para él, y comprendiéndolo, llamó al mayor de sus hijos adoptivos y tuvo con él una conferencia. El muchacho, después de muerto el desconocido, contó la conversación habida, y por ella se supo el lugar donde existía el tesoro.

—Yo fuí soldado de Pedro Asencio—dijo el viejo—y uno de los treinta hombres que componían su escolta. Después de que par-

tieron las tropas, recibimos orden mis compañeros y yo de enterrar el tesoro, para lo cual atamos unos lazos de los dos árboles que se inclinan sobre la barranca y descendimos por ellos como unas cincuenta varas, hasta tropezar con la boca de una gruta escondida entre los peñascos, la cual gruta era bastante espaciosa.

Con grandes dificultades se bajaron los cajones y cajas y se depositaron allí: luego que todas estuvieron ya adentro, un soldado que sabía algo de albañil construyó una pared que cubría la boca de la caverna, y en seguida se colocaron fragmentos de roca, iguales á los del resto de la barranca, con lo cual quedó tan bien disimulada la pequeña abertura, que yo que estuve hace poco tiempo á verla, no la pude encontrar. Cuando terminó la operación, fuimos repartidos unos por la fortaleza y mandados otros como de centinelas avanzados. pues Pedro Asencio hizo correr la voz de que las tropas de Armijo iban á atacarlo sabiendo el reducido número de hombres que guarnecían el cerro del Limón.

Yo fuí colocado cerca del foso que completaba la fortificación y un compañero mío, á unas cuarenta varas de distancia, pero oculto á mi vista por la espesa arboleda. Cansado de inmovilidad, y no oyendo ningún ruido sospechoso, eché el arma al hombro y comencé á pasearme, aunque no sé por qué extraño presentimiento, lo hacía con mucha cautela: pocos pasos había dado cuando oí crugir la hojarasca como si álguien caminase sobre ella; creyendo que podría ser algún espía enemigo, me tendí entre unos espesos matorrales y esperé.

A poco observé que dos hombres caminaban como ocultándose, en la dirección en que se encontraba el otro centinela: la curiosidad me hizo seguirlos arrastrándome, pues no comprendía lo que pasaba, á pesar de haber conocido ya á Pedro Asencio y á Gordillo.

Los ví acercarse al guardia que estaba sentado sobre un tronco, sin apercibirse de nada, y ví á Pedro Asencio sacar su terrible machete suriano y tirar uno de esos tremendos tajos que sólo él sabía dar: la

cabeza del desgraciado soldado rodó por el suelo, y el cuerpo por un momento conservó su posición, cayendo luego como una masa inerte.

—Ahora el otro—dijo Gordillo,—y aquellas palabras me sacaron de mi estupor, pues comprendí que el otro era yo. Pensé huír, pero eso era muy difícil, pues el único punto de salida estaba cortado por el foso y podían alcanzarme antes de llegar á él y atravesarlo; á mis pies se abría el abismo sembrado de peñascos y matorrales; su vista me horrorizó, pero al oír la voz de los que me buscaban, no reflexioné más y me deslicé agarrándome de las matas. Un momento creí poder bajar relativamente bien; más Asencio y Gordillo ya me habían visto y preparaban sus mosquetes: la rama de un débil arbusto cedió con mi peso, perdí el equilibrio y caí á un peñasco en el momento que sonaron dos tiros, acompañados de horribles imprecaciones; sentí un agudo dolor y que volvía á caer; después nada. Al cabo de muchas horas en que recobré los sentidos, me encontré en el fondo de la barranca, rodeado de los cadáveres de todos mis compañeros y lleno de sangre; intenté levantarme, pero en vano, pues sentía por todo el cuerpo agudísimos dolores: tenía una pierna rota, el pecho atravesado por un balazo y muchas contusiones, algunas de gravedad.

Cuando me dí cuenta exacta de mi situación, más que de mi estado, me aterrorizaba la idea de que bajara Pedro Asencio á matarme para que no pudiera revelar el sitio del escondite; así es que como pude lavé mis heridas con agua del arroyo, las vendé con girones de mi ropa, y arrastrándome y ayudándome de mi machete, que por una casualidad estaba á mi lado, dejé aquél lugar de mi caída, la que fué amortiguada por unas gruesas matas de zacatón y procuré llegar á Tlatlaya. Pero la empresa era casi imposible, dado mi estado, y algunas veces pensé renunciar á ello y esperar la muerte, que no debía estar lejana.

Tres días llevaba de arrastrarme, manteniéndome con la fruta que á mi paso encontraba caída, cuando tuve un rato de an-

gustia fatal, pues á pocos pasos de mí pasó Pedro Asencio con todo su ejército. Temí que me viera y no me atreví á respirar; más por fortuna el jefe iba distraído y pasó rápidamente, así como la tropa.

Por fin, cuando más desesperado estaba, fuí recogido por un antiguo amigo que me llevó á su casa y me curó de mis heridas. Ya restablecido, abandoné la tierra por temor de Pedro Asencio, y hasta que supe de una manera cierta que ese hombre efectivamente había muerto, determiné volver á ella. Después del tiempo que ha pasado, ese tesoro ya no tiene dueño, por lo que es del que lo halle: un terror supersticioso me ha impedido sacarlo, pero á tí te revelo el lugar de su existencia, pues es la única herencia que puedo dejar á los hijos de mi hermana.

Así habló el viejo, que falleció á pocas horas.

Su sobrino se dió á buscar la boca de la cueva, pero sus diligencias fueron vanas y sólo consiguió despeñarse en el abismo.

—¿Y nadie, después de él, ha intentado hallar esas riquezas? preguntamos.

—Esa barranca está maldita, contestó gravemente nuestro guía; cuantos han buscado la gruta han hallado una muerte horrorosa en la barranca.

Una vez más, por último, contemplamos el imponente aspecto del cerro del Limón, y de la cañada, de cuyo fondo se elevaba un murmullo confuso y vago, causado por el viento al agitar las hojas de los árboles. La tarde declinaba y aquellos parajes comenzaban á cubrirse de un tinte sombrío.

Apresuré el paso en tanto que mi guía se santiguaba lentamente y murmuraba tan quedo que apenas pude oír:

—Los muertos están rezando allá abajo, señor; recemos también nosotros para que nada nos suceda en el camino.

Y se descubrió mientras sus labios se agitaban.

A poco se perdían los últimos perfiles del cerro entre la sombra, y la obscuridad se hizo completa.

ALEJANDRO VILLASEÑOR.

General D. Manuel Mier y Terán.

EL GENERAL D. MANUEL DE MIER Y TERAN.

.. ..
.. ..

Y hoy, ¿dónde está el jefe? ¿Dónde está el sablo,
El campeón denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al extranjero detenía
Y un ejército entero nos valía?

José María Lacunza.

I.

Mientras más se registra la historia, ó se atraen á la mente los sucesos contemporáneos, más se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos séres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren.... y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo.... hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por más infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert

En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está

circundado del aura del pueblo, como de los dicterios de una facción, que ríe en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los aduladores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene más que una tierra fría donde reposar; es un objeto grande, muy grande, para la investigación de un filósofo.

Estas ideas poco más ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tapia derruída, que llaman cementerio en Padilla, ví una losa sin inscripción, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres: Iturbide que fué asesinado y Terán que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡¡¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las particularidades de su vida privada, y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh!, decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios; sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamás olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamás el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleón. —Estos son colosos que se ven aún más grandes de este lado del Océano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un

hombre hace cosas que por más sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demás, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa confusión social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido energía para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Luego, como el General cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del Emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos renglones en esta serie de fríos y mal forjados artículos.

II.

La noche que el Cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la Independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de profundo desconsuelo; pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La suerte está echada y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su Curato.

El vaticinio se cumplió —Cayó la cabeza del Cura y cayeron otras muchas; pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían apare-

cer y lucir cada vez más claros algunos genios que merecerán la veneración, no sólo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que había de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oaxaca, unido á las fuerzas independientes que había por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oaxaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Silacayoápan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe usted, compañero, que vamos a ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre usted un medio de librarnos?

—Sólo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: Buena adivinanza la del teniente coronel

La noche siguiente, con mucho silencio, salió el teniente coronel, con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería, al cuidado de un capitán llamado Pérez, y cayendo de improviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no había ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el Congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería después el Excmo. señor General Don MANUEL DE MIER TERAN.

III.

En el instante en que se da el grito de rebelión, aunque tenga por causa la más santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. Hé aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo; con las pasiones, y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese también que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no sólo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demás, y aun muchas veces querían arrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros jefes. Uno de éstos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario, según se deduce de la historia de sus hechos.

Terán militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oaxaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero lla-

mado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos, desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su común enemigo. Por desgracia, esto se ha repetido con frecuencia, de entonces acá.

Terán no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró, naturalmente, que había sido en este lance, un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Terán ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó, pues, una ocasión, en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Terán con el mismo guerrillero Luna, á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Terán con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero usted ve que la defensa es natural.

—¿Y cree usted todavía que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo....

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Terán, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de usted y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el Gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El señor Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que usted tuvo la culpa de todo, y luego como usted mandó la acción y....

—¿Rosains?.... exclamó Terán, mordiéndose los labios.

—Sí señor.

—Francamente quiero que me diga usted, continuó Terán, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¿y usted estaría á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa usted que Rosains es el que ordenó batiera á usted hasta no dejarle un hombre.

—¡Rosains!.... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Terán, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible?.... Pero....

—Si usted no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo sólo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde usted, Luna? Acuérdese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de usted.

—¿Y cree usted, le interrumpió Terán, que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á usted esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso....

—Cuento con usted, ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Terán la extrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

IV.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir, y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado, que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á bríos! Todos ustedes son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar más de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á bríos!, que esta gentualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se ve, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es más bestia que un cabo de escuadra. ¡Eh! márchate, ¡voto á bríos!, ó te rompo la nuca con....

Diciendo esto, se agachaba á tomar algún trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado más que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Terán.

—¡Voto á bríos! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribón asistente.—¿Qué se ofrece que tan de mañana tengo á ustedes por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Terán, que no ofrecen demora.

—Véamos cuales.

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven más para perjudicar á la causa de la patria, que para defenderla.

—Y, ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Terán, con mucha calma, y, por fortuna, podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á usted?

—Sí, sí, me parece....

—Para no andar con más rodeos, usted es uno de esos hombres, y, por tanto, venimos á aprehenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba, y dijo:

—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera.

En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Terán, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á usted más arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos usted favor de vestirse, ó de lo contrario lo

llaremos á usted con todo y colchón, y como un fardo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, señor Terán. No creía yo que usted era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creía que usted era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á usted de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones, que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á usted que se vista, interrumpió Terán con más dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de usted, el traidor Terán se encargará de dulcificarla: tranquilícese usted.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestirse, salieron los tres de la recámara.

Don Pablo de Mendivil, hablando de Rosains, dice:

"Fué entregado á Luna, conducido después al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposición del Congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del Secretario del Arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia."

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Silacayoápan fué propio de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunía el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen, á mi modo de ver, un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad proporcionó á Terán el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

V.

No habían pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano salió Terán de su habitación, con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: "que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea: ¡á las armas! corramos"....

Los soldados de guardia creyeron que su jefe se había vuelto loco, y no sabían qué hacer, hasta que el cabo, cuadrándose á su frente y con la mano en el casco le dijo:

—"¿Qué ordena mi Coronel?"

Esta interpelación sacó de su éxtasis á Terán; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fría, sonrió con los soldados y le dijo al cabo:

—"Tenemos que marchar hoy mismo y cuento con mis buenos y valientes soldados."

—¡Viva nuestro Coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados.

El Coronel continuó:

—Cabo, vaya usted en persona á decirle al mayor que venga al momento

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el Coronel, arreglando su vestido, echó una mirada de satisfacción á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos días, mayor.

El mayor se inclinó.

Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado en este instante á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese joven, que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande

—Muy bien. ¿Tiene usted otra cosa qué ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de usted, mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente, la pequeña tropa, que apenas se compondría de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas, por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus pies descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditación. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó, lleno de decisión; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y el coronel son iguales.

Los soldados, reanimados, gritaron:

—¡Viva el coronel! ¡Viva la nación!, y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

¡Qué sublime sería ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada, y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él: estos soldados son excelentes para mi plan. Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver sólo á unos

cuantos centinelas, inmóviles como unas estatuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observación, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de las avanzadas, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiración, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el subteniente Ezeta, que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiración.

—Oficial: ¿quiere usted conservar la vida?

—Perdón, gracia, gracia, prorrumpió el oficial, despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Terán. Si usted está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapán, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que usted quiera haré.

—Bien. Cabo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó él chista palabra, lo clavas con la bayoneta.

Terán siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porción de bultos informes. Dada la primera descarga, avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él, con bayoneta calada. La confusión y gritería fué horrenda; pero quince minutos después mandó tocar reunión, porque los seiscientos enemigos habían abandonado el campo á toda prisa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacían amarse doblemente.

VI

En aquellos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedían unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacán, tenía noticia de la próxima llegada del Congreso, que convocó en Chilpancingo el señor Morelos, y pensó seriamente que esta reunión, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al Congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna prevención hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el transladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se hallasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su instabilidad, de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecían, á la manera que el digno prevoste Tristan L'Hermite, armado de su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia, en nombre de su augusto amo el señor Luis XI

Bien que el Congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras más consideraciones, vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que había hecho con nuestro buen conocido Rosaíns. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y groseros, trató de exigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera más atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Terán. Es la cosa

más admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazón leal, incapaz de mancillarse con la vil codicia.

—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacernos de esta reunión de locos que se llama Congreso. ¿Le cabe á usted en el juicio que mis paisanos, que me han visto exponer mil veces mi cabeza, me traten de ladrón? ¡Vive el cielo, mayor, que podría, á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana!.... Y lo haré, sí señor....

El mayor se extremeció, y el coronel, habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene usted razón, mayor: su silencio me da á entender que no es usted de mi dictamen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpir en mil necedades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que obscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres exponen también su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de en medio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos días, y después dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas.... ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, daré á usted mañana mis instrucciones; por ahora, necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolución del Congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los señores Don An-

tonio Cumplido, Don Ignacio Alas y Don Manuel de Mier y Terán.

Los miembros del Congreso fueron arrestados; pero á los tres días comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Terán, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su jefe, al rango de magnate del Gobierno provisional de la República.

Nuestro respetable historiador y anticuario Don Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Terán, y de considerar este acto como un borrón que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, séame lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinión, y acogerme á la de otro historador más atrevido y más enérgico para pintar las cosas y á los hombres. Don Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento, se expresa así:

"Don Manuel Terán se encontró embarazado con muchos mandones, después de haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nación mexicana, pero que en realidad no eran más que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los más por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos, que hacen tolerable la usurpación, venían á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oaxaca los males que ya habían hecho en la de México y Valladolid."

Que Terán tenía ideas liberales, no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocía que en las circunstancias que guardaba la insurrección del país, no convenía aún el establecimiento de un Gobierno democrático, bueno sólo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detención de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó después de la disolución del Congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opi-

nión de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los jefes á quien las comuñicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

VII

Este golpe no desanimó á Terán: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podían darle los enemigos, y la ingratitud con que preveía le pagarían sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepeji de las Sedas. Sabiendo que la plaza de Acatlán, donde mandaba el Conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañón y alguna infantería, cuatro días, un fuego vivísimo, hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar Tepeji. Voló, pues, en auxilio de su hermano, que se hallaba allí; pero los enemigos se habían retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y denuedo incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersión de las tropas españolas, mandadas por un jefe llamado Barradas. Esta escena se había de repetir catorce años después en las riberas del Pánuco.

Terán, después de esta feliz expedición, regresó á Tehuacán, y desde allí dirigía continuamente guerrillas que interceptasen los convoyes enemigos y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Terán no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazañas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazón. Estaba íntimamente convencido de

la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacía olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilización, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurrección de México, en que tanto los jefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios más bien de los remotos tiempos de Calígula y Nerón, que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Terán, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado, y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno é iniquidades del Capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepejillo. Mandólo arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiración dentro del mismo calabozo, que tenía por objeto asesinar á Terán y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Terán al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algún medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Terán estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que usted solicitaba verme, y como justamente salí con esa intención, el asistente de usted me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome usted se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le contestó Terán, y desearía con toda mi alma que saliese usted purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los exce-

sos que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso encendido, y respondió:

—En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Terán no comprendió el sentido de estas palabras, y le respondió:

—Sí, hará usted muy bien: si sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó usted á su carrera.

A este tiempo Terán observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detrás de él.

—¡Hola! y, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Terán comprendió al momento que había algún enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, le tomó del brazo.

—Por Dios, que si no me dices por qué estabas detrás de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado, trémulo, cayó de rodillas, exclamando: ¡perdón! ¡perdón!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venía á.... matar á usted, y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenía oculto.

—¡Hola! continuó Terán, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que éste es el valor que quería usted darme á conocer, señor capitán?

El capitán, pálido, con los ojos desencajados y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Terán entonces dijo con indignación al soldado:

—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu jefe con un puñal en la mano y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme.

El soldado salió temblando.

—En cuanto á usted, señor capitán, la

ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos días.

Después de este acontecimiento, Terán tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se había cansado de protegerlo. sufrió una derrota y experimentó crueles padecimientos en la expedición que intentó á Coatzacoalcos.

Después de reñidas y desatrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y éste entró en posesión de Tehuacán y Cerro Colorado, que eran los puntos más fuertes de los insurgentes. Terán, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del Gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algún tiempo en la obscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

VIII

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, sabios y honrados que ha producido México, se me permitirá transportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado Comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la República á llenar la misión impuesta á su talento, ya que había cumplido la que Dios le señaló á su valor en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colón.

El General Terán, porque ya entonces era General de Brigada, partió, pues, con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á substituir á las imágenes sangrientas y horrorosas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habían experimentado muchos val-

venes en tiempo de la guerra de Independencia, así es que, en el año de 1827, todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las Colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, sólo quería la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edificio en la plaza (*), con una calle elegante (**), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era más activo, la usura no se conocía, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Río Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violín. Esto era precisamente lo que quería el General Terán, una población nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venía de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de aquellos hombres del desierto que eternamente se vengan de los ultrajes que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el General Terán procuró en el acto reorganizar las Compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un Comandante militar.

(*) La casa de la señora Doña Juan Garza de Perea.

(**) La llamada del Comercio.

Por lo demás, fué una éra de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenía á sus órdenes del General Terán, no era altanera ni viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querellas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mujeres, y cumplía del todo con el objeto de su institución. No es exageración lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme: En Matamorós y en las Villas se dormía con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdía.

En cuanto á Texas, ¡oh!, Texas era la adoración del General Terán. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos ríos, anchos, majestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeleso. No hubo río que no sondeara, bosque que no reconociera, floresta ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el Coronel Noriega, que era su Secretario, y los individuos que componían la Comisión de límites, que era Don Constantino Tarnava, Teniente Coronel de ingenieros y excelente matemático; Don Rafael Chowell, hermano de aquel héroe joven que fué mandado decapitar en Granaditas, y Don Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al General Terán y á esos fértiles campos de Texas, renunció su carrera y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunión de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habría tenido compasión. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sestantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familas de plantas, nuevas clases de peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio día, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del General Terán y de esas Academias literarias y científicas en medio

de los bosques y desiertos de Texas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país virgen, ser el primero que comprende y que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupación tierna, interesante, y que no se puede comprender más que por aquéllos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el General Terán vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observación. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los ríos, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Texas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existían; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El General Terán fué, en la extensión de la palabra, un sabio como Arago, y un político como Guillermo Penn. —No me atrevo á decir cuál sea la época más gloriosa del General Terán, si la de sus trabajos militares en Oaxaca, ó la de sus trabajos científicos en Texas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aún orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabido, la fuerza del genio y el valor de la fortuna dió al General Santa-Anna el completo triunfo, Terán tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y enérgicas, su oportuna situación en el paso de Doña Cecilia, su denue-

do y sangre fría, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por más desorganizado y dividido que estuviera el país, había soldados valientes, aleccionados ya en la guerra, y jefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á exhalar por su patria el postrer aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios quien se apiadó de la suerte de México, el que preparó que se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la Independencia de la República.

En cuanto al General Terán, grabó en esta jornada el penúltimo y más glorioso capítulo de su vida. Su espada no había de desenvainarse ya, sino para herir su propio corazón.

IX

Después de firmada la capitulación y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, según entiendo, en sus expediciones á Texas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos años que transcurrieron desde la acción de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta mísera y caprichosa naturaleza humana. Si juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupción política, que siguió á la Independencia, y que había empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debía encontrar grandes motivos de satisfacción y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los señores Quinteros, en Tamaulipas, y sostenía una correspondencia con algunas de las personas más notables de México. Un trozo de una carta que

dirigió al Dr. Don José María Luis Mora, da á conocer sus ideas. (*)

"Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesión es la de soldado y mis gustos son por las ciencias, que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que ha transcurrido desde el año de 1828, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el más útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidao sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimación...."

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religión? Esto no prueba más sino lo incomprensible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazón cierta dósis de ese bálsamo consolador de la religión cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la maldad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna no mataría á mi héroe: pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

X

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul; los árboles verdes, los pájaros bulliciosos alegres en demasía, el río cristalino, las flores amarillas, haciendo [illegible]

(*) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de Don José María Luis Mora.

en su cáliz las gotas de rocío, las cañas balanceándose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios había llegado á la naturaleza. Sólo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y el alma del General Terán, agobiada por el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde había pásado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del río. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del río.

¿Por qué era el General desgraciado? Quién sabe. Por la misma razón que es desgraciado el magnate sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los inciensos y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, y el joven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al General Terán, podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del río, se encontró con su Secretario, el Coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgué, mi General, que pudiera usted haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del río bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.

Los dos se dirigieron á la casa, y el General almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:

—Estamos muy mal: el horizonte político se obscurece cada vez más, y el resul-

tado va á ser la pérdida de Texas; de Texas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! Daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque, con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambición.

—Pero usted, señor General, contestó el secretario, tendrá, probablemente, la mayoría de sufragios para la Presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el General; ¿cree usted, por ventura, que en ese Palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desiertos? ¿Cree usted que esa turba de hombres que cerca al Gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del Presidente? ¿Cree usted que la honradez y la buena intención son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspirantismo? ¿Juzga usted que la moderación y lenidad serían bastantes para destruir el odio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nación de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos?—Créame usted, coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nación, sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto más que con el oprobio y el desprecio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partido quiere su triunfo exclusivo: cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de "masas," sufren con paciencia cuantas extorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcabalero; pero esas "masas" arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas mal-

diciones, como un veneno corroen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida..... Este es un presidente: esta suerte se me esperaría á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Texas, á Texas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

....—En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desdén unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á usted con mi corazón, que no sólo nada valen, sino que crían en el alma una ambición y un orgullo, comparable sólo al de Lucifer. Cinco años me ha visto usted estudiar día y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y..... demos punto á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio.... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolución: no lo dude usted, la revolución está al estallar, y Texas se pierde.

Al concluir esta frase suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

XI

Por la tarde, el General Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del río, y así, después de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua, estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la Independencia. Al fin prorrumpió en mil exclamaciones:—¡La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¿Qué quiere decir todo esto?.... Pero, bien, todo lo creo, ¿mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores? ¿Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve

mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá?.... Veremos, el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calosfrío se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenía delante le pareció que crecía como un fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro lívido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "Hé aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición."

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido, y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El Coronel Noriega le dijo:

—Señor General, parece que está usted enfermo.

—Es poca cosa, amigo mío. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora, un ligero quejido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:

—¿Sigue usted enfermo, señor?

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaría soñando. El General se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la Compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu General muriera, ¿qué harían ustedes?

—Otro reemplazaría á V. E., le contestó el cabo, con una rústica sencillez.

Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detrás de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada con-

tra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, exhaló el último y doloroso quejido, implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida, traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver lívido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salón donde el Congreso de Tamaulipas decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Excmo. señor General de División del ejército mexicano, DON MANUEL DE MIER Y TERAN.

M. PAYNO.

TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS.

I

Era el 7 de Junio de 1821, y la ciudad de Querétaro estaba conmovida por el espíritu y los acontecimientos de la época; hacía dos horas que á sus inmediaciones había pasado, para la villa de San Juan del Río, una gruesa división de aquel ejército trigarante, tan valiente, tan nacional, y tan atractivo, de generosas simpatías, como ningún otro del mundo. Flameaba ya en sus banderas y estandartes ese arco-iris que por vez primera se formó en Iguala por una idea sublime de su autor, y de cuya memoria es símbolo exclusivo.

Acontecimientos tan abundantes en felices resultados, efecto de una combinación atrevida y gloriosa, tenían sobresaltados á los habitantes de la ciudad, á los unos de júbilo ó bien de esperanzas; á los otros de ansiedad y terror. Un sudamericano esforzado y pundonoroso, Luaces, aquel enemigo y admirador á un mismo tiempo del malogrado y débilmente sentido Mina, quien respetó en él tan temerario denuedo de llegar y tocar con el puño de su espada, una puerta del fuerte de San Gregorio, después de haber perdido en el ataque tres cuartas partes de su columna, era el Comandante general de la plaza de Querétaro: instruido y sereno dictaba sus disposiciones de defensa. Estaba en la Alameda cuando se dejó ver por la falda de un cerro, bien inmediato, un grupo de hombres

armados que llevaban el mismo camino de la división expresada. Viéronse unos cuantos infantes y dragones, y en seguida se distinguían entre cuatro ó cinco oficiales, dos hombres de un continente marcial y caballeroso, montando unos hermosos caballos prietos: el jinete que iba á la derecha era de color blanco, un poco pálido; sus escasos y rubios cabellos dejaban ver una espaciosa frente, en la que lucía la señal de la inteligencia y del genio; llevaba un ligero y sencillo atavío militar, y manifestaba en sus maneras tanta tranquilidad como si fuese de paseo. Este hombre era Iturbide. El que lo acompañaba á la izquierda era más robusto, de color trigueño. Su mirar, sin ser inquieto, era vigilante de la menor circunstancia; vestía un lujoso "dolman," que con el resto de su traje y el arnés de su caballo brillaba singularmente. Este se llamaba Epitacio Sánchez, antiguo patriota y émulo de aquellos valientes guerrilleros del año de 10. A haber nacido Moscovita, habría sido competidor del hettman Platow ó de Miloradowich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo, habría figurado al lado de Poniatowsky.

Este mismo Epitacio Sánchez, después de haber pasado por la dura ley del indulto, al que circunstancias aciagas obligaron á acogerse á otros patriotas de mejor talento y posición, con solo la ilustre excepción del General Guerrero; es el que en San Luis de la Paz, en el año de 19, atacó cuerpo á cuerpo al famoso insurgente Sebastián González, compañero del bien conocido General Gabriel Durán. Habiendo venido á las manos González y Sánchez, éste le metió la lanza por un costado á aquél, quien desdeñoso de quejarse y menos de implorar alguna compasión, se corrió la lanza para así lograr alcanzar y herir, como hirió, á su adversario, aunque después cayera mutilado por la espada del realista Villaseñor, del Regimiento de Sierra Gorda. Aun Epitacio, que había sido auxiliado, no aprobó que así se atacase á un valiente. ¡Cuántas veces los cobardes encuentran una ocasión de celebridad, que están bien lejos de merecer, si no es por lo odioso de ella!

Iturbide, justo apreciador de Epitacio, lo había colocado desde un principio á su lado, nombrándolo Comandante de su escolta: suma era la afabilidad con que lo trataba, y ciega la confianza que en él depositaba. La conversación de ambos era animada é interesante, pasando á la vista de la Alameda de Querétaro.

II

Cuando Luaces se cercioró con el anteojo, de que en aquel pequeño grupo iba Iturbide, y conjeturó que la división estaría distante de él más de tres leguas, se leyó en su semblante un pensamiento audaz, infernal, de "lesa-independencia:" por sus facciones y la diversidad de sus movimientos, se tradujo lo que su alma meditaba y su corazón sentía. Atacar á Iturbide y á su pequeña comitiva, hacer prisionero al Coronel rebelde y traidor, sofocar en su persona la más combinada de las empresas, grangearse por esto el concepto universal, y el amor reconocido del Rey; en fin, ser el rescatador para la España, del mundo que le había adquirido Cortés, y que se escapaba de las manos de Apodaca; hé aquí á cuánto aspiraba Luaces. ¡Calcúlese la empresa: calcúlense sus consecuencias!

Apoyando Luaces la ilusión de su pensamiento, presentía que en un segundo todo él sería realidad, y ordenó al Teniente Coronel Don Froylán Bocinos, que saliese en el momento con 280 infantes del 2o. Batallón de Zaragoza, y 120 dragones del Príncipe y Sierra-gorda, á atacar á Iturbide en Arroyo-hondo, el punto más á propósito para un buen resultado. Secundando Bocinos á su General, no se dilató en encontrarse con Iturbide.

Al verlo éste y á su tropa, dijo á Epitacio Sánchez:

—Parece que se nos trata de impedir el paso por los de Querétaro, y esto puede ser algo serio.

—Señor, respondió Epitacio, pues que se nos provoca, el honor nos manda hacer frente y escarmentar á los realistas.

—Quisiera evitar, replicó Iturbide, un en-

cuentro, no porque desespere de su éxito, sino porque mi intención ha sido en esta empresa, economizar la sangre mexicana, y entre esos soldados que nos vienen á ofender, hay mexicanos alucinados, á quienes se debe convencer de otro modo.

Cuando esto acababa de decir el Generalísimo, ya la tropa del Rey estaba á corta distancia. Iturbide, viendo que debía batirse, exclamó:

—Compañeros: el enemigo intenta sorprendernos, confiado en que su fuerza es mucho mayor que la nuestra: esperémoslo á pie firme, ó vamos á su encuentro. Lo justo de nuestra causa, unido al entusiasmo con que la defendemos, suplirá al número: á este puñado de valientes corresponde, pues, representar hoy con todo su brío al ejército trigarante, cuyo honor debe quedar intacto; y mereceremos bien de la patria. ¡Viva la Independencia!

—¡Viva! ¡Viva nuestro General!, respondieron todos.

Epitacio en seguida se dirigió á Iturbide y le dijo:

—Señor, vamos á batirnos, dénos sus órdenes; pero usted no debe exponerse; perezcamos todos, y sálvese su persona, que debe siempre estar á cubierto de cualquier accidente; y á nombre de la patria que nos lo ha dado, y con quien está identificada, se lo pedimos.

—No, yo correré la misma suerte que todos, pues siempre he acostumbrado dar las órdenes con el ejemplo, replicó el Generalísimo.

Unánimes dijeron todos:

—Señor, lo conjuramos á nombre de la amistad que nos tiene, y de toda la nación y del ejército, que no se exponga: dénos sus órdenes, repetimos, y esto es cuanto apetecemos.

—Pues bien, será así, dijo Iturbide, algo violento; ustedes me instan por la primera vez para que sea simple espectador en esta clase de escenas.

En seguida dictó sus disposicoines. El impávido Epitacio se puso al frente de quince dragones: en este número iban un gallardo y joven alférez, y dos antiguos in-

surgentes que venían presos por algunos desórdenes que habían cometido cuando se pronunciaron por el plan de Iguala en el Bajío: pidieron á Sánchez con un ardor lleno de enternecimiento que los llevase consigo; temía y con razón, que por resentimiento se viese comprometida su existencia; pero Epitacio disimuló, y sus prisioneros todo lo olvidaron en aquel solemne momento, lanzándose con él á la refriega.

III

Quince cazadores del Regimiento fijo de México, al mando de un denodado Capitán, era toda la infantería; ambos trozos se desplegaron á derecha é izquierda, con aquel desprecio á la muerte y ambición á la gloria que forman el tipo de los héroes.

A pocos pasos quedó la reserva, compuesta de unos asistentes: reserva terrible en que estaba el genio con todas sus concepciones: allí estaba Iturbide.

Diríase que éste había lanzado un rayo á su enemigo; tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron un nuevo realce al valor: estos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su General y cuanto daba de sí la emoción que experimentaban en ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército entero, de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Comandante se excedían á sí mismos: la caballería se multiplicaba con su jefe tan inagotable de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe: de repente el joven alférez, cubierto de sangre enemiga, le grita:

—Señor, es mi padre, no le quite usted la vida.

El Mayor era D. Juan José Miñón: el alférez es hoy el General Don José Vicente Miñón, prisionero actualmente en Ulúa; por grande que sea su fatalidad, se envanecerá en medio de su infortunio, viendo cuánto brilla su brazo izquierdo....

Después de una lucha tan desigual por

parte de los independientes, y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores, 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante mayor de Zaragoza Latorre, y el Capitán Vélez; y prisioneros, Miñón (*) y el alférez Don Miguel Azcárate. La victoria voló al campo donde estaban la temeridad y el patriotismo. Luaces quedó estupefacto, y el rubor lo martirizó....

Iturbide, durante la acción, estaba atormentado de impaciencia y sus ojos centellaban de desesperación, viéndose privado de tomar parte por no faltar á su promesa. De cerca seguía por todas partes á sus valientes, y hubo momento en que olvidándose de sí, llevado de su genial fogosidad, iba á dejar consignado en la historia el haber combatido como simple soldado. En esto el enemigo se retiraba; el triunfo ya no era indeciso. El júbilo de Iturbide no conoció límites, colmando de elogios á todos los suyos y de consuelos á los heridos y prisioneros.

IV

Existe un General que en el último tercio del año de 41 fué objeto de las conjeturas y sentimientos contradictorios de los partidos; que en Agosto de ese año sus compañeros de clase y mando apellidaron desleal y sedicioso, y en Octubre siguiente, los mismos lo saludaron héroe, por haber impulsado el primero, la regeneración. Este General á quien la fortuna colmó de favor, dividió ó dejó entero á otros el presente de la veleidosa deidad; ella lo ha hecho descender á la vez de tres puestos elevados, colocándolo en una olvidada posición.

(*) El Mayor Miñón, aunque independiente de corazón y deseoso de una honrosa oportunidad para unirse á sus compatriotas, tuvo la delicadeza de no desertarse ó pasarse en medio del peligro. Iturbide después lo consideró.

La posteridad sabrá si es para siempre. Como quiera que sea, lo pasado no participa de la incertidumbre del porvenir; por esto es que en los fastos de 821 constantemente se leerá, que el Capitán de cazadores del Fijo de México, que con rara impetuosidad hizo deponer con su guerrilla el orgullo miltar al segundo Batallón de Zaragoza, es á la presente el Excmo. señor General de División Don Mariano Paredes y Arrillaga.

Los dos insurgentes prisioneros que iban al lado de Epitacio, rescataron su fortuna, mereciendo la confianza y el aprecio de éste, y recibiendo del General su libertad y una espada cada uno. Ambos prisioneros eran hermanos de Sebastián González.

La alta resolución de Iturbide se había ya nacionalizado: la libertad y la gloria fecundizadas por el jefe de las tres garantías, lo presentaron en Arroyo-hondo á la patria como una de sus más brillantes adquisiciones.

Las inspiraciones de Iturbide confiadas á la ejecución de Epitacio Sánchez y de Paredes, hacían que los hombres valiesen uno por quince. Una de esas inspiraciones en el mismo campo de batalla, arrebató á la fama un escudo sin rival, y que la nación aplaudió hasta el delirio. Ese escudo tiene por lema: "TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS."

D. REVILLA.

México, Julio 7 de 1843.

LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

I

Comenzaban los hermosos días del mes de Junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los más puros, tan pronto se experimentan con agitación, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmover el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba más que á perseguir una mariposa, ó á recoger algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que después abandonaba con la inconstancia del niño.

Una tarde á la relación de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oír el nombre terrible del coronel Concha: yo me estremecí también, porque mil veces había oído decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien había querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiración que debía haber estallado en 819, y que fué descubierta; Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, ha-

bría ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacía pasar á los demás prisioneros. Vino la constitución del año de 20 y á ésto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patíbulo. Aún no se había borrado en mi familia la idea del riesgo que había corrido mi padre. La relación del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte división en auxilio de San Juan del Río y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la caus. nacional. (*)

II

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huír, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Río venía tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna acción entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y más cuando no estaba presente el jefe de la casa. Mientras se tomaba algún partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venía el batallón expedicionario de Murcia; nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se infería que algún acontecimiento desfavorable les había sucedido. Se consideró prudente no huír ya; á poco más de una hora

---

(*) No se crea en mí vanidad descender á estas particularidades domésticas: si me ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué, como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudido y secundado: además, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transición tan repentina en que la reflexión se subalternó á los resultados más sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.

llegó el regimiento que venía marchando con el orden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvía humillado y lleno de vergüenza, pues se había desertado del ejército trigarante, después de haber jurado en Iguala el plan de independencia, lo que manifiesta la difícil posición en que se vió al principio el jefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos críticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallón que se dirigía á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperación comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensación que aún producían aquellos soldados.

Serían las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximación de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se habían agotado en tan corto intervalo. La aflicción, más aguda se apoderó de todos, y no se podía ni aún respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballería: la confusión en mi familia y demás personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algún accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentóse el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran "independientes." Una exclamación general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí también lleno de gozo. Se supo que venían á encontrar á Concha, á quien creían inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnación Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guanajuato: asido de la mano de una persona fuí adonde estaba la tropa. Ví por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque tierno, palpitaba de alegría. Consideré de

cerca á éstos soldados y á su jefe, que tenían un continente guerrero exclusivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cueras ó cotones largos de charro; y calzoneras de venado, botas de campana y sombreros jaranos, componían su uniforme: carabina, lanza, machete y reata, era su armamento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escuadrón caía, dejaba tras él una huella de sangre y de desolación. Ortiz, conocido por el Pachón, era una celebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvía con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacía notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valía el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huír de lo que hiere nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diría que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasgados, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y expresión que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, según era la persona con quien se comunicaba: un carácter suave y condescendente con sus subordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba íntegro á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus jefes; y por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fueron los primeros independientes que ví ha-

biendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demás cuerpos: siguieron después dos escuadrones del cuerpo de caballería de San Carlos, otros del Príncipe y Sierra Gorda; á continuación el florido regimiento de infantería de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de infantería. El sonido de las músicas militares de ésta y el de las bandas de clarines de la caballería, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresión de entusiasmo y patriotismo; impresión difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenían entonces desarrollada su sensibilidad de desinterés y de gloria, están amortiguadas, extinguidas, y no queda más que un recuerdo como en sueños de una época que no volverá, porque no volverán el genio que la impulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipación más sorprendente del orbe; pero sin querer me distraía de mi objeto para decir que el jefe de la división que había llegado, era el coronel don Anastasio Bustamante: presentóse en medio de un escogido estado mayor, y rebosaba su alma la ansiedad de ver realizada la combinación que se le había encomendado por el primer jefe del ejército.

Este le había dicho en San Juan del Río:

—Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte división para proteger este punto, que cree el virrey que todavía está de su parte, y llamarnos la atención para la toma de Querétaro: irá Ud. á encontrar á aquél, y en donde quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á Ud., que no es fácil atacar á los soldados de la independencia. Descanso en la actividad y constancia con que Ud. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entre tanto quedaremos expeditos para la más pronta conclusión de nuestros planes. En este momento debe Ud. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me esforzaré en llenar los deseos de Ud., que en ello cumpliré con mi deber hacia la patria, y

con la gratitud que debo á Ud. por su empeño en distinguirme.

—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja Ud. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Además, servirá la expedición de Ud. para organizar todos los pueblos, cuya opinión está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nación y de Ud.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquél, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos

III

El mayor orden reinaba en la división patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro día de la llegada de la división se puso en marcha muy de mañana, dejando los más gratos recuerdos de admiración y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, después de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan y cumplido con todas las instrucciones que había recibido.

El primer jefe manifestó su satisfacción á la décimasegunda división y á su digno jefe con las más vivas demostraciones que aumentaban en éste y en aquella su decisión.

El siguiente día le dijo Iturbide á Bustamante:

—Compañero, importa que hoy mismo salga Ud. con un batallón y cuatrocientos caballos, á auxiliar al señor Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallón de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á Ud. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiración nacional. Llevará Ud. amigo, un batallón y cuatrocientos caballos que Ud. escoja del ejército, pues debe descansar la división de Ud.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde Ud. lo disponga.

—No: por ahora llevará Ud. un sólo batallón de refresco y la caballería que le he dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallón de la Unión á las órdenes del teniente coronel don Juan Domínguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de Junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (*): después de que hablaron ambos de los negocios, le dijo éste á aquél:

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á Ud. por jefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: Compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado Ud., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen exclusivamente á la más pronta conclusión de esta empresa y á las demás que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de Ud., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por más acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer jefe.

—No cederé en mi resolución, manifestó Bustamante, y Ud., que ha comenzado la obra debe concluirla: disponga Ud. las cosas, y su compañero formará en el lugar

(*) Cuadro histórico del señor don C. M. Bustamante.—tom. V.

que le toque como el primero de los que están á las órdenes de Ud. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome Ud., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condición de que modifique Ud., según su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenía á los jefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julián á discreción, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel don Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hacia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demás divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposiciones que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su correaje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el día antes habían recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 56,000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulación fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de Junio. A los ocho días emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibían de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneración de libertadores de la patria.

"Independencia" é "Iturbide" eran voces sinónimas en aquellos venturosos días que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entonces la unión y la fusión de los partidos comprendía una reali-

dad que después ha sustituídose con frases pomposas.....

El gallardo Epitacio Sánchez iba á la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demás tropas: la división de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una división de caballería á las órdenes de Sánchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, lo provocó el 22 de Julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlán con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

IV

Otro día bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de éste punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con D'Donojú en Córdova, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante había quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algún disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor batir á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones expresadas se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí

salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien había escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán don Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19, temprano, se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanr y dijo á éste:

—Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á Ud., iré con una sección para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—Pero también sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á Ud. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serían sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de Ud., espediré en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve Ud.

Después de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos expresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (*) de los regimientos expedicionarios, Infante don Carlos, Castilla, Órdenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de

---

(*) Torrente, "Historia de la Revolución Hispano-Americana," tom. 3o., pág. 291.

Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por don Julián Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, don Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aún de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obcecados jefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terrible era todavía la voz del coloso que se había enseñoreado del vasto imperio de Mocteuczoma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamarle al enemigo la atención y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzcapotzalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás Acosta oficiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una

pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se había hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían más fuerzas que los independientes. Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga Ud. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería y un cañón, para reforzar á Acosta, pues voy á protejer la retirada de este, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á protejer la partida comprometida.

V

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel don Estéban Mocteuczoma:

—Es necesario que Udes. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos exponemos á perder algunos soldados.

Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzcapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del

gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquél tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de exterminio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega: jamás se le había visto más decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria en donde la muerte aparecía por todas partes: lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo más puro; pero como lleno de despecho y prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Príncipe y granaderos de la Corona y primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardeciéndose más el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuedo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de éstos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzcapotzalco (*) en donde se parapetaron pa-

---

(*) El Sr. Torrente, sin embargo de que con su imaginación y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á "Careaga," se ve en la precisión de confesar en el tomo 3o. páginas 291 y 292, lo siguiente: "Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independientes) repetidas cargas con el ma-

-a no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independientes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpétuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á porfía por ambos bandos.

Serían las siete de la noche cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brío de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio: pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

Sabido es que el capitán don Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el bajío y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que venían ahora con el ejército trigarante, y que con satisfacción recíproca tenían el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulación toda de honor, toda de gloria.

VI

Eran las ocho de la noche, y la obscuridad impedía distinguir los objetos más cer-

---

vor entusiasmo, "hubieron de retirarse á Atzcapotzalco," por habérseles inutilizado un cañón de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones."

canos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían más parapeto que sus pechos que latían á los nombres sagrados de "independencia y libertad," y pronunciando con entusiasmo éstas palabras, ó al grito de ¡viva México! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la más terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—Ahora se verá si los fieles, van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanajuato.

—Los fieles, dijo un oficial joven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachón (*) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El joven oficial era el capitán de los Fieles don Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque Ud. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga Ud. al teniente coronel don Francisco Cortazar, que al toque expresado avance también por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida Ud. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando ántes las entradas más fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endé-

(*) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolución en el Bajío.

rica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á Udes. su impaciencia.

Habían pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, "alto," que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuendo se multiplicaban, el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro, la acción se había hecho más general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tánta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, don Manuel Arroyo y un joven como de 26 años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese joven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de división don Valentín Canalizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperación con que batían, sufrían pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido y más que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para éstos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte: Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo más comprometido de la batalla llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañón no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz. Vamos, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquél con sus intrépidos soldados.

—También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacía frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las más temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habían caído muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, "distinguiéndose heróicamente el nunca bien ponderado don Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo" (*). Al pie del cañón sucumbió al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemenete herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habían multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana también ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven.....

—¡Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad....! exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oír, y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la

(*) Palabras de Bustamante en el parte que dió de la acción.

cabeza, después anduvo un poco hacia adelante y dijo:

—Erdozain, marche Ud. y dígale á Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

VII

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habían cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió más de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa acción Bustamante y sus soldados: les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de "que pasase revista de presente." En los anales mexicanos se leen éstos tres escudos: "Se distinguió en la brillante acción del 19 de Agosto de 1821." Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona don Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento don Tomás Castro, comandante del escuadrón de Fieles don Esteban Moctezuma, teniente del Príncipe don Manuel Valiente, teniente de San Luis don José María Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro don Cayetano Montoya, ayudante del mismo don Antonio Chávez, capitanes don Pablo Erdozain y don Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería don José María Sandoval. El segundo, que pertenecía con envidia á los heridos, tenía este lema. "Vertió su sangre por la libertad de México en 19 de Agosto de 1821." Para los demás que concurrieron á la acción se decretó el siguien-

General D. Anastasio Bustamante.

te: "Acción victoriosa por la felicidad de México: 19 de Agosto de 1821." Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron, además, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe.

Por más que el infortunio y la ingratitud lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinión al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningún hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aun más todavía para que la posteridad admire con emociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: **Anastasio Bustamante vencedor en Atzcapotzalco: 19 de Agosto de 1821.**

DOMINGO REVILLA.

México, Enero 15 de 1844.

EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.

I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la más bella ciudad del Nuevo Mundo, la capital del Imperio de Anáhuac, contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un ronco gemido de venganza; eran los terribles acentos del poder colonial acosado por todas partes: era la grita de la desesperación del absolutismo que presentía su próximo fin; pero que quería exhalar su postrimer aliento ahogando en su propia sangre á la "virgen del mundo." Aquellos Regimientos expedicionarios de Cuatro Ordenes, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio de la Independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Veíanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Liñán, Llano, Bucelli, Concha y Armijo, enemigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacían para conservar la "integridad" de las Españas; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto: al ver desfilar silenciosos á esos "regimientos en que cada soldado" era un opresor: al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarios: al aspecto de su

marcha insultante; más aún al brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al eco de sus dorados tambores, que sostenía ó aumentaba la resignación que les sugería su amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus jefes, á su patria, y á su Rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la más dolorosa consternación.

II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez más el sitio. La Piedad, la Ladrillera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzcapotzalco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una área de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvalación se oían las dianas al romper la aurora y los demás toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la Catedral, y á su aspecto renacía en cada soldado mexicano una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellón tricolor.

Con tan noble ambición, el campo era una escuela práctica de virtudes guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo más esforzada y llena de penalidades, no se sentían, y antes excitaban en cada combatiente el más bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas había concurrido de todas partes á presenciar tanta decisión y á participar del júbilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partían mil órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administración para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los más contradictorios, "fundiéndolos" entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDEN-

CIA. Acaso ningún hombre público jamás se ha visto en una posición que fuese más complicada, más extensa, ni que necesitase de un tacto más delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumar grandes planes sin ningún síntoma de murmuración, llevando todas sus concepciones al sello nacional de la aprobación pública. A la satisfacción de ser en todo aplaudido, reunía la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de jefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

III.

Un día, (el 23) á causa de un despacho del cuartel general, el jefe de una división se hallaba á presencia del primer jefe del ejército en una pieza del Palacio Arzobispal de Tacubaya, que acababa de ser desocupada por otras personas, según el desorden en que habían quedado diversos asientos al derredor de una mesa. Iturbide estaba en pie, dando la espalda á ésta y teniendo en las manos un papel que acababa de escribir; se notaba en su semblante la agitación que produce la larga discusión de los árduos negocios y las disposiciones dictadas sin intermisión: luego se dirigió al jefe que acababa de llegar y le dijo:

—Y bien, amigo Filisola, ¿cómo se halla la 13a. división?

—En el más brillante estado, señor.

—¿Y los jefes y oficiales?

—Animados del mejor espíritu.

—¿Y la tropa?

—Llena de entusiasmo y disciplina.

—Bueno, amigo: no podía esperarse otra cosa de los vencedores de la Huerta. En prueba de mi distinción á la 13a., os confío el honor de que ocupéis mañana, á su cabeza, la capital del reino: recomiendo á vuestra prudencia esa ciudad y á sus habitantes: que no se escuche ni una voz ofen-

siva: que se respeten las opiniones y las propiedades; y que los soldados del ejército no desmientan con su conducta, ni su heroísmo, ni los principios que han proclamado.

—Señor: la 13a. división y su jefe, sabrán corresponder á la confianza de la patria y de V. E.: sus órdenes serán cumplidas leal y honrosamente.

Se despidieron ambos jefes, satisfechos uno del otro, y Filisola pasó á ejecutar las disposicoines que se le habían encomendado.

IV.

En la tarde del día 24, casi á la misma hora de la procesión de la Merced, se advirtió una universal conmoción por el rumbo de este templo. Se oyeron en seguida las fuertes exclamaciones de: "los independientes."

A poco se presentó la florida división del héroe de la Huerta, de tan recientes recuerdos. Todos los cuerpos que allí se habían batido, venían marchando en medio de la armonía de sus músicas, y de los vivas á la Independencia. Entre la artillería de la división venían dos piezas conquistadas en aquella reñida acción.

Grande era el placer que animaba á cada uno de los habitantes de México; pero podría decirse que no era completo. Faltaba ver á Iturbide y á todo el ejército para que se acabasen de borrar las impresiones que habían hecho los frecuentes juramentos del obcecado expedicionario al partir fuera de la capital.

Un día después, se oyó un toque en todo el campo independiente, que indicaba una orden para el ejército. Era la Orden general del Estado Mayor, que se pasó á las divisones: hé aquí tal cual se dictó:

"Estado Mayor del ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821 (*).—

(*) Este documento lo debo á la amistad del modesto Coronel Don Manuel Reyes Veramendi, uno de los amigos más sinceros de la víctima ilustre de Padilla.

El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la división del centro al mando del segundo, el señor Coronel Don Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrilla; á ésta, las piezas de artillería con su parque; luego toda la columna de infantería, dividida por mitades ó frentes iguales; seguirá la caballería con su frente proporcionado al que deban ocupar en las calles: este ejército formará su cabeza apoyándola por el camino que llaman de la Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec, y deberá estar en formación y en punto de las siete de la mañana.

"A esta división seguirá la de retaguardia en los mismos términos y orden de formación, apoyando su derecha á la izquierda de la que le precede, tomando parte del camino de los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

"Seguirá, á la izquierda de esta división, la de vanguardia, ocupando el terreno que necesite hasta Tacuba, en el de Atzcapotzalco, para no retardar el movimiento general en todo el ejército. El señor jefe de la vanguardia procurará dar sus órdenes y emprender su marcha con la anticipación que sea necesaria.

"Las tropas de este cuartel general emprenderán su marcha á las cinco de la mañana, con el objeto de ir á ocupar sus puestos en las respectivas divisiones á que pertenecen en la línea que á cada una le está señalada.

"La tropa del mando del señor Coronel Filisola saldrá de México antes del amanecer, dejando en dicha capital sólo la fuerza muy precisa con los rancheros, y pasará á ocupar el puesto que la compete en la división á que pertenece.

"Las cargas de los batallones y escuadrones, con los equipajes de los señores oficiales, quedarán al cargo de un oficial con una pequeña escolta á retaguardia del todo del ejército, y no entrarán por pretexto alguno, ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise, que siempre será una hora después

de haber entrado el ejército; para lo cual se detendrán sin distinción, todas, en la garita de Belén, única por donde se permite la entrada.

"Desde que empiecen á marchar las columnas, irán todos los señores oficiales de infantería pie á tierra, y sólo podrán ir á caballo los señores jefes y ayudantes, para lo cual dispondrán que los caballos de los que deben ir á pie se queden con las cargas.

"Los ayudantes del Estado Mayor, destinados en las divisiones, irán al lado de los señores jefes que las manden, como igualmente los ayudantes de orden de dichos jefes, y todos éstos irán á caballo.

"El Estado Mayor general irá al lado del señor primer jefe, para cuando se le ofrezca mandar.

"El señor primer jefe encarga muy particularmente á los señores jefes de los ejércitos, y á los de los respectivos cuerpos que lo componen, procuren que la tropa se presente con el mayor aseo que sea posible, atendidas las circunstancias de falta de vestuario; con el armamento y correage en el mejor estado de aseo; y por último, encarga el mayor silencio y moderación, tanto en la marcha el día e la entrada, como también en los subsecuentes de la permanencia en la capital, haciendo que todos los individuos que componen el ejército trigarante, guarden la mejor armonía con los habitantes, dando con eso más pruebas de su disciplina, subordinación y buen comportamiento.

"Los cuarteles serán señalados por el jefe del Estado Mayor, para lo cual acudirán los ayudantes de éste, destinados á los ejércitos, por las respectivas boletas de alojamiento.

"Para no molestar á las otras tropas distantes, se mantendrán en sus puestos, excepto las señaladas en esta Orden, las que deberán marchar como está indicado.—Cuartel general en Tacubaya, Septiembre 25 de 1821.—MELCHOR ALVAREZ, jefe del Estado Mayor."

Aun antes de romper el día 27 ya se escuchaban los toques de marcha en todo el

campo para ocupar sus respectivos puestos las divisiones. Pasemos la vista por las secciones que las formaban: véamos, pues, esos Cuerpos que pertenecían á ese ejército tan eminentemente nacional, y detengámonos un momento en contemplarlos. Todavía habrá valientes que al recorrer este glorioso registro digan con orgullo: "yo era de ese regimiento; yo pertenecí á ese ejército." Ved, pues, el ejército, según un documento inédito y conservado por un ayudante del señor Iturbide. (*)

INFANTERIA.

1a. Sección.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Regimiento de la Corona. . . .	353	
Idem de Celaya.	490	
Granaderos imperiales, columna.	258	1,101

2a.

Tres Villas.	368	
Guadalajara.	134	
Santo Domingo.	162	664

3a.

Cazadores de San Luis.	47	
Regimiento de Fernando VII. .	382	
Ligero del Imperio.	153	582

4a.

Ligero de Querétaro.	318	
Segundo de la Libertad . . .	195	513

5a.

Batallón de San Fernando. . .	239	
Ligero de Morelos.	129	
Segundo de la Unión.	176	
Primero de la Libertad.	485	1,029

(*) El señor Coronel Don José María Aréchaga.

6a.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Fijo de Puebla.	265	
Cazadores de la Patria.	62	
Comercio de Puebla.	157	
Tlaxcala.	54	538

7a.

Batallón de la Lealtad, Tulancingo y Huachinango.	205	
Guanajuato.	91	
Zacualtipam.	94	390

8a.

Comercio de México.	339	
Batallón primero Americano. . .	359	698

9a.

Regimiento Fijo de México. . .	516

10a.

Constancia.	100	
Valladolid.	95	
Batallón Mixto.	200	395

11a.

Primero de la Unión.	220	
Segundo de México.	270	490

12a.

Infantería del padre Izquierdo. .	500

ARTILLERIA.

68 piezas de todos calibres, con 763 artilleros.	763

CABALLERIA.

1a.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
—	—	—
Escolta del señor Iturbide, al mando del señor Coronel Don Epitacio Sánchez.		300

2a.

Dragones de México.	305	
Caballería del señor Chávarri. .	186	
Dragones de Santander. . . .	190	681

3a.

Fieles del Potosí.	300	
Dragones del Rey.	159	
Sierra-gorda.	155	614

4a.

San Carlos.	310	
Provinciales de México.	80	390

5a.

Dragones de Valladolid.	448	
Moncada.	240	688

6a.

Regimiento de Toluca.	250	
Caballería del padre Izquierdo. .	300	550

7a.

Regimiento de Querétaro. . .	283	
Idem del Príncipe.	241	524

8a.

Dragones de Puebla.	119	
Idem de Tulancingo.	324	
Apam.	132	575

9a.

Cuerpos.	Hombres.	Total.
Dragones de la Libertad. . . .		400
10a.		
Dragones de Atlixco.	83	
De la Unión.	389	
Voluntarios del Valle.	130	
Voluntarios nacionales.	247	849
11a.		
Dragones de América.	150	
Idem de Guanajuato.	263	
Idem de la Sierra de id. . . .	37	450
12a.		
Dragones de San Miguel. . .	126	
Chilpancingo.	124	
Del Sur.	92	342
13a.		
Dragones de los Campeones. . .	166	
Santa Rita.	130	
Compañías del Sur.	60	
Escolta del General Guerrero. .	146	502
14a.		
Flanqueadores.	87	
Compañías de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec. . . .	189	276
15a.		
Dragones de Atzcapotzalco. . .	200	
Idem de Xilotepec.	114	314
16a.		
Dragones de San Luis.		500
Total.		16,134

V.

Antes de emprender la marcha el ejército, Iturbide estaba pensativo, como si dudase de lo que su temeridad había emprendido, y su prudencia realizaba, obligando á escribir á la historia en sus anales, una página que comprendía una campaña de siete meses, tan fecunda de heroicidad, y tan grande como el valor con que la abrió.... Fijados sus ojos en la hermosa ciudad á donde se dirigía, decía á su Estado Mayor: "Compañeros: allí el orgullo nacional quedará satisfecho: aquellos muros encierran todo nuestro porvenir: allí una gloria inmortal nos aguarda: ella nos pasará á la posteridad para vivir en sus recuerdos. Marchemos á merecerlo."

Aplausos repetidos acogieron esta mágicas palabras.

Desde muy temprano se agitaba y conmovía toda la población de México, y la de los pueblos inmediatos que se dirigían hacia la garita de Belén, por donde el ejército debería hacer su entrada: lo más selecto de la población estaba en las casas y balcones de las calles de la Alameda, San Francisco y Plateros, y el pueblo iba y venía, animado por los sentimientos más nobles.

Un arco de triunfo estaba preparado por donde deberían pasar el ejército y su jefe. A las diez de la mañana creció más la conmoción universal: todo el mundo estaba en espectativa. Reinaba ya una indefinible alegría; pero llena de agitación: la impaciencia en unos, la exaltación en otros, producía aquella confusión que nace en escenas meramente nuevas.

El murmullo de la multitud anuncia que se acerca el ejército: avanza en medio de las aclamaciones universales: el júbilo se pinta en todos los concurrentes, y se oyen los vivas prolongados y repetidos á la Independencia, al ejército y á su jefe; vivas cuyos ecos se pierden entre el sonido belicoso de las músicas de los regimientos que llegan, entre el estruendo de la artillería y entre el estrépito de mil campanas. Cinco batidores abrían la marcha: en se-

guida aparece un grupo de oficiales superiores. Desde luego se percibe sobre un fogoso caballo prieto, adornado de una soberbia montura, al primer jefe: su apostura galana, su espaciosa frente, en la que apenas caían unos rubios cabellos; sus miradas tiernas y penetrantes, lanzadas con unos ojos centellantes y expresivos, poseyendo el secreto de cautivar á la primera vista; su sonrisa á veces apacible, á veces dulce y melancólica, indicaba que era el genio de Iguala: bota fuerte, frac verde, sombrero montado con tres plumas y cucarda tricolor: una banda con los colores que flameaban en las banderas de sus legiones, atravesada del hombro á la cintura, de la que pendía una lujosa espada, (*) eran el traje y atavío militar con que se presentó á la cabeza del ejército. A la vista de este hombre de tanto prestigio, todo fué un torrente de emociones: los más dulces sentimientos excitados por él, inundaban todos los corazones. Los hechos recientes en que los prodigios se multiplicaron á su voz, hicieron olvidar y borrar de la memoria una época pasada y luctuosa.... Mas ahora está rodeado de amor y decisión, de lealtad y entusiasmo, y un solo pensamiento ocupa las imaginaciones de todos los que lo siguen y lo ven. Sus ayudantes y el Estado Mayor, cuyo digno jefe era el Brigadier Don Melchor Alvarez, vienen después; y luego aparece con toda su gallardía el bravo Epitacio Sánchez, uno de los vencedores en Arroyo-Hondo, mandando la escolta del primer jefe, en la que no se alista nadie sino después de haber hecho prodigios de valor.

Tiene el honor de marchar como primer Cuerpo del ejército la columna de granaderos, viniendo á su frente el Coronel Don Joaquín de Herrera, cuya memoria está unida á la sangrienta victoria de Tepeaca, ganada sobre el terrible Coronel Hevía. Si-

---

(*) Una persona apreciable, por sus virtudes y patriotismo, le hizo el obsequio de la banda, espada, sombrero y cucarda, que estaba formada de esmeraldas, rubíes y brillantes.

guele el denodado Coronel Don Anastasio Bustamante con su división, trayendo un laurel y una gasa fúnebre: el primero por la victoria de Atzcapotzaico, y el segundo por la muerte de Encarnación Ortiz, "modelo de valor y patriotismo," á quien estas palabras se tributaron por su jefe con los honores de héroe, y el que pasase revista de presente. Desfilaba en seguida la división del indomable y resuelto General Guerrero, de la que algunos soldados habían vivaqueado con Morelos o con Galeana, con Matamoros ó Pedro Asensio, viniendo á ser más esforzados bajo las órdenes de su nuevo General, con el que habían asombrado al Sur por más de una vez. Es, pues, ésta, la división con que Iturbide afirmó su empresa, proclamando á los oídos del Virrey la Independencia mexicana. Sucedían las divisiones del decidido Coronel Don Luis Cortazar, la del modesto y no menos valiente Don Miguel Barragán, la del impasible y magnánimo Coronel Don Nicolás Bravo, también vencedor en Tepeaca y Puebla, siendo el Comandante de su artillería el antiguo General insurgente, Don Manuel de Mier y Terán; la del fiel y desinteresado Coronel Don Rafael Ramiro, apoyo constante de las esperanzas nacionales, en una época incierta y en que se juzgaba que todo se había aventurado; las de los Coroneles Don Joaquín Parres y Don Pedro Zaragoza, con los Regimientos de Fieles del Potosí y dragones de San Luis, honor de la caballería mexicana; la bien conceptuada del honrado Coronel Filisola; y por último, entraba en formación la del Coronel Chávarri, vencedora de Bracho y San Julián, luciendo en todas á competencia el aire marcial y la táctica militar, trayendo á la memoria un hecho en que cada Regimiento había sobrepujado las esperanzas de sus jefes.

Pues bien, todos estos hombres estaban dispuestos á derramar la última gota de su sangre, cuando el jefe que los reunía é inspiraba lo hubiese querido, porque aquella época era la de los sacrificios, y porque el pundonor de ese tiempo se complacía en solicitarlos ó admitirlos.

No había facciones que luchasen entre sí para ofuscar y degradar un triunfo tan espléndidamente adquirido. Con este espíritu absolutamente patriótico, se abrieron á Iturbide y á su ejército las puertas de México, presentando el espectáculo menos brillante si se quiere; pero más nacional y sublime que la entrada de Bonaparte á Milán, Roma, Alejandría y el Cairo; y de Napoleón á Berlín, Dresde, Viena, Madrid y Moscow, porque no había una sola opinión que contrariase, ni una lágrima derramada de luto que lo entristeciese.

VI.

En frente del convento de San Francisco se detiene el ejército: es, porque Iturbide está pie á tierra para recibir al Ayuntamiento, que viene á su encuentro.

—"Señor, le dice el primer Alcalde, el Ayuntamiento de la capital del Imperio mexicano, por mi conducto, tributa los homenajes de admiración y gratitud al magnánimo caudillo que en el pueblo de Iguala proclamó segunda vez la Independencia de la patria, y que al fin de siete meses ha consumado con tanta gloria. El desgraciado pueblo que por trescientos años gimió en el dolor y en el infortunio, hoy se exalta de júbilo y amor hacia su libertador. El Ayuntamiento á su nombre os presenta esta llave (*) de la ciudad, que ninguno mejor que vos deberá depositar."

—"Decid al pueblo, señor, respondió Iturbide, que nada he hecho que no fuera un deber mío, pues que su felicidad, objeto constante de mis acciones, ha sido una obligación procurársela: que le estoy reconocido por su distinción, lo mismo que á la ilustre Corporación que presidís, y en la que debe quedar dignamente esa llave que me presentáis."

Como le impidiese una pierna, que tenía enferma, continuar á pie, montó á caballo

---

(*) Era una hermosa llave de oro, puesta en una fuente de plata que tenían cuatro maceros; y el Alcalde lo era el señor General Don Ignacio Ormaechea.

y siguió hasta el Palacio: en la travesía se repitieron con mayor esfuerzo los vivas y aplausos del inmenso pueblo que lo seguía, y de todos los habitantes, cuyas simpatías eran tan pronunciadas á su favor: en la plaza se explicaron más ardientemente esas simpatías, y se advirtió luego que los acentos que se elevaban hasta los cielos, eran de hombres libres. Por la primera vez en esa plaza, al frente de ese Palacio colonial y contemporáneo de infaustos acontecimientos, á la vista de esa majestuosa Catedral y cuando reinaba un sol puro y sin que una nube debilitase sus rayos, se oían las voces sagradas de "libertad," por tanto tiempo comprimidas. Los muros y edificios parecía que participaban de esta alegría, tierna, vehemente, palpitante.

El Palacio retumbó cuando Iturbide pisó sus umbrales: aquellos corredores y salones en que se había promovido su destrucción y votado su muerte, mustios y silenciosos poco há, ahora á su vista, con su voz sonora y eléctrica parecían animarse. El generoso O'Donojú (cuya memoria la más estólida ingratitud ha condenado al olvido) lo esperaba para recibirle. Después en el balcón principal ambos vieron desfilar el ejército trigarante. A su aspecto, ¡qué de recuerdos! ¡qué de sensaciones no experimentaba Iturbide! ¡Cuántas esperanzas satisfechas! ¡Cuántas combinaciones realizadas! A ocho millones de hombres y á sus generaciones borrarles de la frente la ignominia, inscribirles la dignidad y la gloria...

VII.

La gigantesca empresa de Iguala, acometida por la más sublime inspiración, combinada con la más profunda prudencia, y sostenida por la más ardiente impetuosidad, ESTA CONSUMADA. Su autor ha ganado en la historia, los envidiables títulos de sagaz diplomático y profundo político, de soldado arrojado y de heróico General. Ha llegado al apogeo de una gloria que la humanidad ha aplaudido: la fama lo dió á conocer al mundo.

Resonarán, por siempre, en la posteridad,

las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dictó en aquel memorable día.—Oíd. (*)

"¡Mexicanos! decía, ya estáis en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala: ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me véis en la capital del Imperio más opulento, sin dejar atrás arroyos de sangre; ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este Reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas expresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados; siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices."

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el más hermoso pabellón que se ha enarbolado en los aires, y es emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana: La religión, la independencia, y la unión.

¿Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido y tan virtuoso?....

¿Qué ha sido del jefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta majestad....

DOMINGO REVILLA.

Septiembre de 1843.

(*) Cuadro histórico del señor Bustamante.

EL GIRO.

I.

A trescientos cuarenta y dos kilómetros de la capital de la Repúb'ca, por la vía del Ferrocarril Nacional, se encuentra la Estación de Santa Cruz, edificada sobre terrenos de la Congregación de Cuendá, distante siete kilómetros al Sur de la villa de aquel mismo nombre, Cabecera de uno de los Distritos del Centro del Estado de Guanajuato.

Es Santa Cruz, una población de ocho mil habitantes, situada á los 20o, 37', 30" de latitud Norte, y 1o, 50' 56" de longitud W del meridiano de México, con una elevación de mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado, por encontrarse al abrigo de los vientos septentrionales, gracias á la sierra de las Codornices, que toma en ese punto las denominaciones de Sauz, Sombrerete, Cimatario y Corrales. Fué en un principio congregación de otomíes, y se elevó al rango de pueblo, como Vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el Marqués de Valero. (*)

(*) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor Don Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.

Hoy es villa de importancia; cuenta con muy buenos edificios, entre los cuales se enumeran: la Parroquia, severa é imponente, así en el interior como en el exterior, con atrio extenso circundado de barandal de fierro, que da al conjunto hermosísimo aspecto; el Curato, la Jefatura, las Escuelas y el Panteón Municipal con magníficos monumentos sepulcrales. Frente á la Iglesia hay un jardín regularmente atendido que lleva el nombre del Iniciador de nuestra Independencia, con una columna conmemorativa en el centro y el águila simbólica de los aztecas sirviendo de remate; en la base de dicha columna pueden leerse los nombres de los ilustres caudillos Hidalgo, Allende, Morelos y Guerrero, que aparecen escritos con grandes letras negras. El monumento data del año de 1873 y se debe á la munificencia del señor Don Martiniano Herrera, en aquel entonces Jefe Político de la localidad.

La instrucción pública en Santa Cruz ha alcanzado notable desarrollo; fué de los primeros lugares del Estado en obtener las indiscutibles ventajas del moderno sistema de enseñanza, y hoy cuenta con dos planteles "Modelo" para niños y niñas, estando al frente de ellos profesores de reconocida aptitud para el desempeño de tan ardua y noble tarea; lo que habla muy alto en favor de la administración actual y del honorable vecindario que ha sabido secundar los benéficos impulsos de las autoridades, encaminados á la educación de la niñez desde los primeros días de su existencia.

Mucho ha tenido que sufrir la población en diversos períodos de su vida, particularmente en los años que precedieron y siguieron al memorable acontecimiento de Dolores; pero también ha sido el teatro de muy grandes hazañas y el asiento y baluarte inamovibles de los abnegados defensores de la autonomía nacional, en la gloriosa y por mil títulos inolvidable lucha que afianzó los derechos de un pueblo soberano y dió á conocer al mundo entero el valor y la pericia de sus mejores adalides, conquistándoles para lo futro la vida de la inmortali-

dad y el laurel inmarcesible del reconocimiento.

Santa Cruz vió en los tiempos de prueba discurrir por sus calles á la flor de los guerrilleros del Bajío; pero entre ellos uno ha dejado memorias imborrables de su permanencia en el lugar; el nombre de Andrés "El Giro" se pronuncia con respeto; sus proezas se recuerdan con entusiasmo; albérgase en los buenos corazones cariño y gratitud profundos para el héroe legendario que, manteniéndose á la altura de la noble causa que con singular desprendimiento defendiera, encúmbrase á la altura de los titanes, y da con su sacrificio, ejemplo de sublime fortaleza á las generaciones del porvenir.

Las noticias que siguen, relacionadas con la vida y glorioso fin del célebre guerrillero, débolas en su mayor parte á la benevolencia del ilustrado vecino de Santa Cruz, Don Juan Galván, quien á su vez las obtuvo de un descendiente del indígena Canuto Silva, compañero y amigo de "El Giro" y de su paisano Albino García en diversas y muy importantes expediciones, en las que tuvo oportunidad de conocer y tratar á ambos, cual si perteneciesen á su propia familia.

La ciudad de Salamanca, tan rica en episodios de la Independencia, la Reforma y el Imperio, fué la cuna de Don Andrés Delgado. En el populoso y alegre barrio de Natívitas vió la luz por vez primera el indio de raza pura, que al correr de los años se había de convertir en auxiliar poderosísimo de su patria y en acérrimo defensor de los intereses de sus hermanos en desgracia. De padres humildes, pero trabajadores, acostumbróse desde pequeño á ver en su hogar miserias y laboriosidades en íntimo consorcio; la sombra de los dolores y la benéfica luz de la esperanza, que no deja de ser la compañera inseparable del menesteroso en sus horas de tribulación y de amargo desconsuelo; y en compañía de los séres queridos comenzó la batalla por la existencia, dedicándose al rudo trabajo de tejedor de mantas, las que semanariamente vendía en Guanajuato, comprándose con el producto

de la venta nuevos materiales para su diaria labor y una prenda que otra para renovar las que de su vestido de los días de fiesta íbanse deteriorando; pues asegúrase que siempre gustó Don Andrés de la buena ropa, y á esto se debe el apodo con que generalmente se le conoce.

Alguna vez, encontrándose rodeado de sus compañeros que lo felicitaban por los ahorros que había conseguido reunir en fuerza de privaciones y miserias, les dice con semblante satisfecho, enseñándoles su limpia camisa, su flamante sombrero de anchas alas y su calzonera de pana negra:

—¿No les parece á ustedes que ahora sí estoy muy giro?

II.

Permaneció por mucho tiempo el futuro insurgente en su tierra nativa, arbitrándose los medios de subsistencia que el oneroso trabajo á que estaba consagrado podíale proporcionar; pero casi á raíz del pronunciamiento en Dolores, y á causa de serios disgustos con un español avecindado en Salamanca, separóse de allí "El Giro," sin dar á conocer á persona alguna los motivos de su viaje, ni el punto en que pensaba establecer su nueva residencia.

En 1812, y cuando la revolución había cundido por diferentes lugares del país, Don Andrés Delgado preséntase de nuevo en Salamanca con el carácter de jefe de una poderosa guerrilla, que en combinación con la de Albino García y su hermano "el brigadier Don Panchito," operaba en ese lugar, Valle de Santiago, Santa Cruz, Irapuato y otras plazas de importancia.

Ya no era entonces el humilde tejedor de mantas, el indígena obscuro del alegre barrio de Natívitas, que al fin de cada semana iba á la capital de la intendencia á vender su mercancía. El entrañable amor á su patria y el deseo de ser útil á los suyos, había hecho del indio miserable un guerrero audaz, consumado jinete y habilísimo en el manejo de la lanza.

Y la suerte protegía al temible campeón y la fortuna le tendía sus brazos, cual si

fuese una madre cariñosa; donde quiera que el nombre de "El Giro" resonaba, era segura la victoria; el teatro de sus campañas dilataba más y más sus horizontes; y Yuriria, Chamacuero, San Felipe y San Miguel el Grande disputábanse sus triunfos y eran otros tantos clarines proclamadores de su gloria.

Desde 1812 hasta mediados de 1819, Delgado fué luchador invencible en las extensas comarcas del Bajío; tuvo por compañeros á los más adictos del bando independiente; hizo con Don Francisco Javier Mina la mayor parte de las campañas, sirviéndole con lealtad y desempeñando á conciencia las delicadas comisiones que le fueron encomendadas por aquel inolvidable caudillo; recibió por su intachable conducta las calurosas felicitaciones del Congreso Insurgente y el delicado puesto de Comandante de la provincia, que ocupaba al ser sacrificado por Don Anastasio Bustamante, el mismo que dos años después había de proclamar la Independencia en la hacienda de Pantoja.

En sus frecuentes expediciones á Santa Cruz alojábase en la casa de los indígenas de apellido Joya, con los que mantenía estrechas relaciones de años atrás y á quienes dejaba en depósito, fuertes sumas de dinero para las imperiosas necesidaes de la guerra. La casa ocupaba una parte de lo que es ahora Panteón Municipal; en la misma, y en uno de los departamentos interiores, habíase descubierto una cueva de la que partía un subterráneo semejante á otros que en el pueblo existen y que el vulgo conoce por "los Campamentos," subterráneo que iba á desembocar, atravesando dicho pueblo en casi toda su extensión, á un bosque inmediato del que no quedan ni vestigios en la actualidad. Muchas veces se sirvió Delgado de este oculto camino para guardar sus tesoros y sus armas ó para libertarse de las persecuciones de sus contrarios.

En los ratos de ocio gustaba mucho de visitar á unos amigos que vivían en la casa, hoy en construcción, al Poniente del jardín; allí pasaba el tiempo jugando á los

naipes, y como tenía apostado en las afueras del lugar un individuo de toda su confianza, con objeto de que le indicase por medio de un cohete la presencia de los realistas, apenas aquél hacía la señal, mandaba Don Andrés alistar su cabalgadura y sus armas, esperaba que los enemigos llegasen hasta la plaza misma del pueblo, y cuando éstos rodeaban la habitación, seguros de apoderarse del guerrillero, se abría la puerta, "El Giro" se presentaba montado á caballo, lanza en ristre, y con estupefacción de sus compañeros, arremetía por en medio de los contrincantes, llegaba al bosque y dejando en libertad á su corcel, encaminábase al boquete del subterráneo y momentos más tarde reposaba tranquilamente en el hogar de los Joya, sin conceder importancia ni mérito alguno á la prueba de valor que podía haberle costado la vida.

III.

Al anochecer del 2 de Julio de 1819, las fuerzas de Don Anastasio Bustamante habían salido de Salamanca rumbo á Santa Cruz, en la seguridad de sorprender al indomable guerrillero que, según las nuevas recibdas de fuente autorizada, hallábase tranquilo, sin sospechar de nadie, en una choza de las inmediaciones del rancho de San Nicolás, situada en el fondo de la barranca de "La Laborcilla." En la madrugada del 3 de Julio rodean la choza soldados de Bustamante, á las órdenes de Don José María Castillo, alférez del Cuerpo de dragones de San Luis; al ruido que producen los caballos despiértase el valeroso indígena, y sin tiempo de recoger sus armas, deslízase á favor de la semi-obscuridad por el grupo de los acompañantes de Castillo; á un centenar de pasos, y en el fondo mismo de la barranca, lucha cuerpo á cuerpo con el jefe de la expedición, hasta caer moribundo con terrible herida de lanza en el pecho; hace esfuerzos inauditos por levantarse, y al fin lo consigue, apoya sus espaldas sobre unas piedras, arráncase del pecho el arma mortífera y hiere con ella

á Castillo y á tres de los soldados que lo acompañaban. La rendición del héroe se hace imposible, y desde lejos y lapidándolo, es como logran terminar con su existencia.

"El Giro" cae para no levantarse más, vitoreando á la patria y á su independencia: ¡los dos bellos ideales de su vida!

III.

El 3 de Julio de 1819, por la mañana, agolpábanse numerosos vecinos de Santa Cruz frente á "la Capilla de bóveda," vetusta construcción de aspecto imponente que no ha mucho fué derribada desde sus cimientos, y que á la mitad de la cuarta calle de la Victoria erguía sus cenicientas paredes medio cubiertas por un grupo de viejos árboles, semejante á esas tristes reliquias que denuncian al viajero el paso de los siglos y la inestabilidad de las miserias humanas. Allí, en el interior de la ruinosa capilla, como sangriento despojo de los rencores de la época, yacía el decapitado cuerpo de Don Andrés "El Giro;" la cabeza había sido llevada en son de triunfo á la tierra natal del insurgente.

No hay un monumento en las áridas rocas del martirio, ni en mármoles y bronces se conserva la imagen del estoico luchador; la Capilla de bóveda no existe; los fúnebres despojos del indígena reposan en ignorado lugar de extinguido cementerio; mas la gratitud guarda memoria del fiel de los hechos prodigiosos del célebre insurgente, y parece que resuenan como rumor de plegarias y desbordamiento de bendiciones los últimos versos del histórico romance de Manuel Acuña:

Mártir, que toda tu sangre
supiste dar por la patria;
tú, de los desconocidos
que murieron por salvarla,
¡gracias por tu fortaleza,
por tu sacrificio, gracias!

FULGENCIO VARGAS.

EL CAMARISTA ALVARADO.

I.

Era Don Manuel Roa uno de los más caracterizados vecinos del Valle de Santiago, así por los considerables bienes de fortuna, repartidos en magníficas haciendas ubicadas en los contornos de la población, como por sus ideas altamente patrióticas y progresistas, según lo demostró con actos meritorios de su vida llevados á buen fin, particularmente en los últimos sucesos que precedieron á la consumación de la Independencia.

Su casa, una de las principales de la localidad, se había distinguido siempre por las liberalidades de su dueño y por las frecuentes reuniones que en ella se verificaban entre los jefes de más nota del partido libertador, que se encontraban en puntos inmediatos al Valle, sosteniendo aún, con débiles fuerzas, aunque sobradas energías, la noble causa que por mucho tiempo defendieron en pro de los indiscutibles derechos de su país y ventura de sus afligidos pobladores.

Con la temprana muerte de los caudillos que iniciaron aquella lucha portentosa, el indulto á que varios cabecillas se acogieron por debilidad de carácter, poca firmeza en sus opiniones ó cobarde temor á las represalias del bando contrario, y la escasez de los elementos indispensables al desarrollo y buen éxito de las operaciones de la guerra, determinaron bien pronto la falta de unión y disciplina en los individuos y en las colectividades, decayó en grado sumo el

entusiasmo, la confianza de mejores días, y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirvióles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde manteníase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimientos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el General Don Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

II.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libérrimas instituciones, que tendían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y obscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de

la Independencia española, Don Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hiciéronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. "La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España—dice Don Niceto de Zamacois.—Bien acogido por los habitantes de Soto lo Marina, vió, con notable satisfacción, engrosadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el Teniente Coronel de realistas Don Valentín Rubio y su hermano el Teniente Don Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un Cuerpo de húsares, además del Regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes."

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse Don Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su Cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de Don Manuel Roa, que, como dijimos antes, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

III.

Desde entonces ligaron á Don Manuel los más estrechos vínculos de amistad inquebrantable con el joven caudillo que hoy figura en el puesto de honor reservado á los héroes y á los redentores del suelo mexicano; y el amor, ese culto sublime de las almas, esa pasión avasalladora que atrae un sexo al otro sexo y funde en una la vida de dos corazones, hirió con sus dardos al guerrero y á la hija de Don Manuel, Doña Rita Roa, de tal manera, que el matrimonio hubiérase verificado, si la muerte no sorprende en plena juventud la carrera de triunfos y desvelos del infatigable soldado y meritísimo General.

En la casa de Don Manuel firmó Mina la célebre circular de 14 de Septiembre de 1817 invitando á los Comandantes de los Cuerpos independientes del Bajío para la defensa del fuerte custodiado por el padre Torres, circular que encierra, entre otras, las siguientes bellísimas palabras:

—"Vamos, pues, mis nobles compañeros " de armas, vamos á libertar á nuestro Ge- " neral y á enervar los últimos esfuerzos " del enemigo. Conseguida esta victoria, se " destruyen todos sus planes, se paralizan " sus débiles Cuerpos militares, y se aproxi- " ma la libertad de toda la América."

A cuatro kilómetros del pueblo del Jaral se encuentra la hoy Congregación de Santa Rita de la Zanja, donde por algunos años vivieron los Generales Don Pedro y Don Luis de Cortazar, personajes que desempeñaron importante papel en el segundo período de la guerra de Independencia, y más tarde, en el Gobierno de la República. A ese lugar, y una vez que hubo expedido el documento anterior, dirigióse Don Francisco Javier Mina, librando reñido combate con el destacamento de Don Antonio Alvarado, Teniente del Regimiento de Celaya, el 16 de Septiembre, y decidiéndose la acción por los realistas el 17 del propio mes, gracias al oportuno auxilio del Capitán Don Manuel de La Madrid.

En ese ataque murió Don Trinidad Magaña, uno de los jefes más notables del par-

tido insurgente, y se distinguió entre los realistas, por su arrojo y valentía, el indígena anciano conocido con el nombre de "Tío Tarramplán."

Vuelto al Valle de Santiago, reune Mina en la casa de Don Manuel Roa á Magaña, los Vargas, Andrés Delgado, Ramírez, Salmerón y otros Comandantes del bando insurgente; les habla con entusiasmo de su venida á México, del futuro glorioso de la patria, de la entereza del soldado en los días de tribulación, de la próxima campaña en favor del padre Torres, que será preludio de felices acontecimientos.

En lo mejor de la plática, óyese á lo lejos el estampido de una arma de fuego, y la conversación se interrumpe como por encanto.

Después de algunos instantes de silencio, el Comandante Magaña se dirige á Mina y le habla en estos términos:

—Señor General, salgamos presto, no hay momento que perder; el camarista Alvarado nos anuncia que el enemigo se presenta por el rumbo de Salamanca.

Abandonan todos el lugar de la reunión y el caudillo alista su gente en los terrenos que ahora ocupa la Alameda, dispuesto á defenderse á todo trance, cualquiera que sea el número de sus adversarios; pero como pasan las horas y nadie viene á turbar la calma de la población, regresa el General Mina á su alojamiento y allí vuelven á reunírsele sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido?—les pregunta con enojo.—¿A qué hacerme perder el tiempo en ridículas esperas, si al fin ninguna novedad se ha registrado?

—Señor—le responde alguno,—el camarista ha sufrido una equivocación; sin embargo, hay que agradecerle sus buenos servicios.

—¿Quién es ese camarista y qué tiene que ver lo del disparo con la proximidad de nuestros contendientes?

—Señor—le dice Magaña,—el camarista es un pobre indio de raza pura, enemigo acérrimo de los realistas y entregado en cuerpo y alma á nuestros ideales; su nombre es Juan Alvarado; dedícase al obraje, y con

el producto de su labor sostiene humildemente numerosa familia. Desde hace tiempo, acostumbra levantarse temprano; su mujer, Josefa Peña, le prepara el alimento indispensable, mientras él arregla su "camarita" y compra la pólvora suficiente; encamínase después á la Alberca, (*) y allí se esconde durante el día en una pequeña gruta que le permite examinar con detenimiento los alrededores del Valle: si nota que los contrarios se acercan por el rumbo de Salamanca, dispara una sola vez; si lo efectúan por la hacienda de la Zanja, los disparos son dos; tres, si vienen por el camino de la Magdalena, y cuatro si se aproximan por el de Parangueo.

—Ya verá usted—agregó el guerrillero,—que con estas señales, fácilmente podemos distribuir nuestros hombres y preparar la defensa con toda calma y con el mayor sigilo.

Maravillado quedó Mina al oír la relación que de los hechos del indio Juan acababa de hacerle el insurgente; como por encanto desapareció el mal humor de que al principio diera evidentes muestras el joven caudillo, quien pidió mil perdones á sus compañeros, los invitó á cenar en compañía de Don Manuel y les rogó invitasen también en su nombre al camarista, pues deseaba conocer personalmente á un individuo que, no obstante su ignorancia y lo humilde de su cuna, abrigaba en su corazón tan generosos sentimientos reveladores del más puro y desinteresado patriotismo.

IV.

Por la noche, y en el hogar de la familia Roa, efectuóse la presentación del centinela de la Alberca, y Don Francisco Javier Mina tuvo oportunidad de comprender toda la nobleza y todo el talento que las frases del camarista demostraban al hablar con extraordinario júbilo y suma entereza de los heroicos defensores de su país y del triunfo de la buena causa, basado en los auxilios

(*) Depósito permanente de agua, que ocupa el cráter de un volcán apagado.

de la Providencia y en los fueros del valor.

El General Mina abrazó efusivamente al camarista, le prodigó todo género de alabanzas por sus actos meritorios, y cuando le manifestó sus deseos de que aceptase una buena suma de dinero como recompensa á sus labores y para subvenir á sus apremiantes necesidades, Juan rechazó agradecido la oferta, diciéndole:

—No, señor amo. Todo lo que he hecho y seguiré haciendo en bien de mis hermanos, me nace del corazón y lo considero un deber de los más sagrados para mí. ¡Líbreme Dios de aceptar por semejantes servicios una remuneración! Yo soy pobre, y con mi trabajo apenas puedo mantener á mi familia; pero sé muy bien que la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella se encargará de premiar mis acciones, si premio merecen, y no me dejará morir de hambre.

Tan elocuente contestación no daba lugar á réplica de ninguna especie.

El 11 de Noviembre de 1817, la sangre de Don Francisco Javier Mina derramábase sobre el crestón del cerro del Bellaco.

La existencia del héroe tenía un fin glorioso: el fin que está reservado á los benefactores de la humanidad.

La Historia justiciera podía honrar sus mejores páginas, escribiendo en ellas, con caracteres diamantinos, el nombre y los hechos de aquel nuevo mártir de nuestra emancipación política, que bajaba al sepulcro en la primavera de la vida.

El indio Juan sobrevivió por mucho tiempo á la muerte de su protector y amigo; tuvo el inefable gozo de ver á su patria libre y en camino de conquistar un porvenir de calma.

La pobreza no dejó de llamar un solo día á la puerta de su casa, como la inseparable compañera de aquel hogar honrado y lleno de recuerdos de felicidad; pero el camarista no temía á las garras de la miseria; la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella premiaría las buenas acciones del amigo de los insurgentes y no dejaría morir de hambre á los suyos.

FULGENCIO VARGAS.

RITA PEREZ DE MORENO.

I

La historia de nuestra independencia es fecunda en acontecimientos notables, y el narrador no tiene que hacer grandes esfuerzos para dar colorido á los cuadros que se proponga trazar. El interés está en los mismos acontecimientos, su lectura conmueve, y después de posesionarse de escenas tan variadas como reales, se tiene que convenir en que México, como otras naciones, ha sabido ser grande y engrandecerse á la sombra de sus héroes.

El tipo que vamos á presentar es digno de admiración. La señora Pérez de Moreno fué esposa de uno de los más entusiastas defensores de nuestra Independencia, á quien cupo la gloria de pelear y sucumbir al lado del valiente español Mina.

Hoy que España ya no es para nosotros sino una hermana noble y cariñosa; hoy que ella misma se gloria de que seamos independientes después de deberle lengua, religión y costumbres, justo es que ella también conozca el mérito de los que en tiempos aciagos tenían sobre sí un anatema injusto, debido á intransigencias propias de los que entonces no conocían la grandeza del pensamiento que animaba á los que, sin embargo de sentir correr por sus venas sangre española, comprendían toda la magnitud de la obra de emancipación.

Don Pedro Moreno, rico hacendado y comerciante de Lagos, abrazó con la abnegación y patriotismo dignos de un suliota ó de un hijo de Asturias, la causa de la Inde-

pendencia proclamada en Dolores, el 16 de Septiembre de 1810, y secundada por multitud de caudillos que se consagraron á ella con verdadera fe.

Resuelto á afrontar todos los peligros y azares de una campaña tan dudosa como sangrienta, "escribió á su esposa doña Rita, haciéndole saber su decisión y dejándola en libertad para que optara entre acompañarle ó quedarse con sus hijos." (*)

La disyuntiva era terrible para una esposa amante y una madre tierna, y las luchas que su espíritu debió sostener antes de tomar una resolución conforme á su conciencia, según su mismo esposo le decía, deben haberle parecido superiores á sus fuerzas físicas y á su valor moral. La guerra con todos sus horrores debió presentarse á su imaginación de mujer, más terrible aún, puesto que en ella iba á tomar parte su esposo, el padre de sus hijos, y al hacerlo, apelaba al cariño de la madre y de la esposa, probando al mismo tiempo el temple de alma de la que unida á él por vínculos sagrados, debía participar del gran pensamiento que animaba el corazón del héroe.

Doña Rita leyó conmovida la carta de su esposo, y por toda contestación se trasladó á la hacienda de la Sauceda, propiedad de don Pedro, para conferenciar con él y decirle que ella, sus hijos y criados, estaban resueltos á seguirlo. Arreglada la manera de trasladrase á donde el deber llamaba al guerrero, volvió doña Rita á Lagos, y con el sigilo necesario dispuso la marcha, quedando á los pocos días expedita para irse a reunir con su esposo.

Los terrores estaban vencidos, la abnegación había triunfado de la timidez femenina, y la mujer fuerte se levantaba sobre las preocupaciones de su sexo vislumbrando allá en lontananza el sol de la libertad.

Pudiera creerse que la idea de la inseguridad y persecuciones á que quedaba expues-

---

(*) Estudios del doctor Rivera, Cap. IV., pág. 19. Véase adelante, en este mismo tomo, el artículo intitulado "Moreno y Mina en el Fuerte del Sombrero."

ta la familia, dado el carácter que la guerra había tomado para los partidarios de la Independencia, fué la que obligó á doña Rita á partir con su esposo los peligros y trabajos de aquella campaña tan dudosa en buen éxito para los independientes; pero esto no es probable, porque la posición de don Pedro le permitía poner á su familia á cubierto de todo, trasladándola fácilmente á lugares que le ofrecieran garantías y toda clase de seguridades en sus personas. Pero no fué así; la mujer quiso participar de la suerte próspera ó adversa del marido; la madre quiso que sus pequeños hijos aprendieran desde entonces á amar y á defender á la patria. ¡Rasgo noble de la esposa, heróico valor de la mujer, abnegación sublime de la madre!

II

El martes de Pascua de 1813, don Pedro Moreno estaba rodeado de su familia y de sus amigos en la hacienda de la Sauceda y el "miércoles á la cabeza de los varones de su familia, de muchos vecinos notables de Lagos, de todos los rancheros de su hacienda y otras inmediatas; declaró que tomaba las armas en favor de la Independencia. Esposo y esposa, padres é hijos, hermanos y hermanas, amos y criados, anduvieron juntos en la campaña, aconsejándose, sirviéndose y consolándose mutuamente en medio de las vicisitudes y grandes trabajos de la guerra y llorando sobre los de la familia que morían." (1)

Si éste no es verdadero patriotismo, debe borrarse tal palabra de las columnas del Diccionario.

El Fuerte del Sombrero, edificado en el cerro del mismo nombre, distante seis leguas de León, y once y media de Lagos, (2) fué el centro de operaciones del valiente Moreno, y allí residía con su familia en los días que sus peligrosas expediciones permitían que estuviese.

---

(1) Rivera, obra citada.
(2) Rivera, obra citada.

Una mujer y sobre todo una madre, tiene delicadezas propias de su sexo y condiciones, que contrastan notablemente con las fatigas, los azares y las privaciones de una vida aventurera y rodeada todos los días y á todas horas de peligros.

Comprendiendo, como dice el señor Rivera, que la más pequeña de sus hijas (Guadalupe), no podía, por su tierna edad, pues sólo contaba año y cuatro meses, (*) resistir los trabajos de la guerra, resolvieron sus padres dejarla al sacerdote don Ignacio Bravo, violentando su cariño paternal.

Doña Rita inauguró una vida de sacrificios con el de separarse de su hija, dejándola en manos extrañas y sintiendo que con ella dejaba el primer girón de su alma, entre las malezas áridas y punzantes que llenaban el camino del martirio. Pero sus lágrimas se enjugaron y su corazón se sobrepuso á la ternura exteriormente, para dar el primer ejemplo de valor á los que la rodeaban ó iban á partir con ella la vida del campamento.

Difícilmente podría nuestra pluma interpretar con los vivos colores que merece, el cuadro de dos años y medio de activa campaña á que asistió doña Rita y que los historiadores, entre ellos el señor Rivera, han descrito con la elocuencia filosófica que se desprende de la verdad. Asaltos, derrotas, triunfos, esperanzas, desengaños, hambre y penalidades, pusieron á prueba el corazón de aquella matrona que era el ángel de caridad y la mujer valerosa, la dulzura en la desgracia y la fortaleza en el triunfo. Más de una vez se le vieron rasgos de noble clemencia con los vencidos, y un absoluto desprendimiento con sus compañeros. ¡Era esposa y era madre!

III

La posición de los independientes se había hecho muy difícil, porque el fuerte del Sombrero era una terrible amenaza para el gobierno virreinal, y éste resolvió concluir de una vez con ese titán que le disputaba

---

(*) Rivera, obra citada.

el poder en medio de la salvaje naturaleza de aquél lugar.

Tras un sitio de 18 días en que apuró doña Rita, en unión de sus hijos, todos los horrores del hambre y de la sed, todos los espectáculos más sangrientos y desconsoladores y toda la desventura de su crítica situación, llegó el día 19 de Agosto, día destinado para romper el sitio después de haber rehusado la capitulación aquel puñado de valientes.

Algunas noches antes de este día, habían salido del Fuerte de una manera estratégica, las hermanas de don Pedro y algunas otras personas que se aventuraron á descolgarse por entre las peñas, amarradas de la cintura con unas sogas de cáñamo añadidas, para que alcanzaran á lo más plano del cerro. A doña Rita se le propuso igual cosa, para ella y sus hijos, pero rehusó admitirlo, haciendo de esa manera el más completo sacrificio. ¿No estaban allí su esposo y aquellos pedazos de su corazón? ¿No estaba su mundo allí, en la cumbre de aquella montaña escarpada y gigantesca? ¿No había abandonado las comodidades del hogar por las privaciones del campamento? ¿Había de huír en los momentos de mayor peligro sin saber la suerte que corriera su esposo? Ella, que había visto muchas veces suspendida la guadaña de la muerte sobre su cabeza, quería esperar también su terrible golpe sin separarse del núcleo familiar de los que le eran tan caros.

Resuelto el rompimiento del sitio, se esperó la noche con esa muda ansiedad que producen las grandes luchas y las grandes decisiones. A favor de la obscuridad emprendieron los sitiados la marcha; pero sea por imprudencia ó sea por descuido, las mujeres y los niños caminaban delante del pequeño ejército, y pronto los gritos de los segundos dieron á los sitiadores la voz de alarma y al mismo tiempo la de confusión, carnicería y desorden para unos y otros. Antes de ésta salida, había tenido lugar la despedida de don Pedro y su esposa, quienes no volverían á verse más. "La despedida de Moreno no fué entre abrazos y sollozos como la de Coriolano de su venerable madre,

sino con aparente indiferencia, los ojos enjutos y el corazón patriota hecho pedazos, como la despedida de Régulo de su esposa y de sus pequeños hijos." (*) Pero, ¿podremos decir lo mismo de doña Rita? No; ella sabía por su instinto de mujer que pronto quedarían sus hijos sin padre y ella sin esposo; su corazón se lo decía, y al pensarlo las lágrimas anudaban su garganta como un dogal, impidiéndole el uso de la palabra. ¡Ah! pero en aquél mudo y dilatado abrazo, en aquellos sollozos contenidos, en aquellos labios contraídos por el dolor: ¡Cuánta elocuencia, cuánta protesta de amor, cuánta dicha sacrificada en el altar de la patria!

IV

Pasados los terribles momentos de estupor por la sorpresa, cada uno pensó en salvarse aun á costa de la vida, y en efecto, unos lograron hacerlo, y otros perecieron en medio de la matanza. Don Pedro fué uno de los primeros, y doña Rita que no pudo seguirlo, se retiró al Fuerte con los que quedaron á su lado. "En la mañana del 20 de Agosto, dice el historiador, cuando el ejército sitiador comenzó á subir á la cumbre del cerro del Sombrero, precedido por las trompetas, la matrona, sentada en su casa, rodeada de sus hijos, dos criadas y dos criados, esperaba con ánimo varonil el destino que le deparaba la Providencia."

Doña Rita fué conducida á León con todos los demás prisioneros, y una vez en esa ciudad, después de sufrir algunas vejaciones de personas que antes se habían inclinado ante ella, y á las cuales había tratado con el caritativo y noble desinterés que acostumbraba, fué conducida á la cárcel pública con sus hijos y sirvientes. Algún tiempo después, personas influyentes lograron del virrey Apodaca, que fuese doña Rita trasladada á Silao, dándole la ciudad por cárcel; entonces con alguna libertad, pudo recibir de su esposo cinco cartas que le escribió desde su separación hasta su muerte, cartas que

(*) Rivera, obra citada.

siempre llevaba dentro de una "bolsita de raso en forma de corazón y atada al cuello." Por la última puede comprenderse toda la ternura del amor de los dos esposos; amor lleno de esa paz matrimonial tan pura y santa, pero combatido por terribles luchas de las que debía resultar alguna víctima. Hé aquí esta carta copiada de la obra del señor Rivera:

"Te escribo para que sepas que estoy bueno, y con la vista de mis letras depongas toda idea funesta, que sólo podrá originarte alguna enfermedad. Da mil abrazos á L. y otros tantos á M.—Tu C. P."

Puede decirse que ésta carta fué el último adiós de don Pedro, á la noble y valerosa mujer que no pudiendo ya seguirlo, se conformó con vivir para sus hijos y amar con más vehemencia al que pocos días después de haberle escrito, caía atravesado por las balas enemigas, víctima de la traición de un soldado cobarde.

Doña Rita lloró la muerte de su esposo y perdonó á los matadores; su interesante vida se prolongó hasta los 82 años, y en su viudez tuvo consuelos y satisfacciones que, si nó borraron de su alma la memoria querida de su esposo, sí atenuaron el dolor, prestándole vida para dedicrase exclusivamente al cuidado de sus hijos, entre los cuales murió, dejando el recuerdo imperecedero de su valor y de sus virtudes y un nombre grande y sin mancha en las páginas de nuestra historia contemporánea.

ANTONIO DE P. MORENO.

México, Marzo de 1886.

MANUELA ROJAS DE TABOADA, ESPOSA DE ABASOLO.

I

Preciso es estudiar á la mujer en las distintas fases que presenta su interesante vida; juzgarla con el sentimiento y analizarla con la filosofía.

El heroísmo de la mujer no está sólo en las escenas públicas de este gran teatro que se llama mundo; no deben buscarse para sublimarlos, los hechos en que haya sido heroína de alguna asonada, alma de un partido, propagadora de una idea ó defensora de una causa justa ó injusta. Hay un lugar más íntimo, más oculto á las miradas de todos, y más grande que las publicidades gloriosas: el hogar.

Hé aquí el verdadero centro de la mujer, el trono de esa reina que avasalla al hombre con una mirada, y lo rinde con un suspiro.

La que no es grande en el hogar, la que no se hace respetable en ese trono, la que no hace de la vida íntima un centro de virtudes, en vano aspirará á merecer los honores de la admiración, el juicio imparcial de la historia, las bendiciones de un pueblo, de una generación ó de una familia.

Sucede generalmente en el mundo, que aquello que no deslumbra se ve con indiferencia; lo que no llama la atención se relega al olvido. La humanidad, que fácilmente se deja seducir por un acto heróico, con tal de que éste sea público, desconoce por comple-

to otros muchos que pasan en el interior de los hogares, y para los cuales no ha inventodo todavía la fama una trompeta.

La mujer á quien hoy consagramos éste pequeño estudio, pertenece al género de las celebridas modestas. Su historia es sencilla: su heroísmo consiste en haber sido buena esposa y buena madre.

Para un pueblo como el espartano sería esto muy poco: para nuestras sociedades civilizadas es lo que debe ser; un tipo de virtud que imitar, un ser superior y bueno á quien bendecir.

II

Doña Manuela de Rojas y Taboada fué la esposa de don Mariano Abasolo, uno de los primeros caudillos que secundaron la idea de la Independencia, iniciada por don Ignacio de Allende y proclamada por Hidalgo en el pueblo de Dolores.

A Abasolo es á quien menos debe la causa de la emancipación mexicana, y quien menos pruebas dió de ese valor heroico que hace á los hombres dignos de la gratitud de los pueblos. Esta conducta, que ha sido justamente censurada, la debió en gran parte á la influencia moral que en él ejercía su esposa, á las reiteradas instancias de ella para que abandonase una causa que reprobaba, no precisamente porque le fuera antipática, sino por los excesos que á su sombra se cometieron. La mujer siente y no razona. Para ella el corazón es el todo y las más veces es una mártir de sus propios sentimientos sin que por esto deje de conmoverse y de entusiasmarse ante las grandezas del patriotismo y de todos los hechos que hacen del hombre el apóstol de una doctrina ó el héroe de una cruzada.

Doña Manuela Rojas de Abasolo era joven, bella, rica, y amaba á su esposo con toda la ternura de su alma. A estas cualidades reunía una educación esmerada, un excelente corazón, y una elevación de sentimientos que no desmintió nunca, y que la hicieron llenar dignamente su tarea de esposa, así en los días felices del hogar como en los tristes del destierro á que su marido fué con-

denado. Pero si estas virtudes la hacen acreedora al respeto y á las consideraciones sociales, la caridad, que era el distintivo de su carácter, la coloca entre las mujeres de quienes habla Salomón, diciendo: "Donde no está la mujer, gime el enfermo."

Aquella magnánima señora era madre de los pobres: invertía una parte de su capital en socorrer con desprendimiento á los necesitados, y su noble corazón jamás estuvo cerrado para ejercitar el bien entre sus semejantes.

En 1811, cuando la guerra de represalias entre independientes y realistas era verdaderamente sanguinaria y cruel, varios pueblos, entre ellos Dolores y San Felipe, fueron ocupados por partidas insurrectas que fusilaron á Montemayor y á otros realistas. En los momentos en que algunos de estos desgraciados eran arrastrados al suplicio, la señora de Abasolo, sin temor á los desórdenes, sin miedo, y sin más escudo que su caridad, acudió al jefe insurrecto, y dándole cantidades crecidas de dinero, logró salvar la vida á don José Mariano Ferrer y á otros inocentes vecinos que iban á hacer sacrificados, no á la noble idea de la Independencia, sino al encono de media docena de cabecillas sin prestigio y sin corazón.

Este hecho se lee en la "Gaceta" de 30 de Enero de 1812, parte dado al Gobierno por Guizarnótegui.

Cuando don Mariano Abasolo abrazó la causa de la Independencia y siguió las huestes acaudilladas por Hidalgo y Allende, acababa de ser padre de un hermoso niño que era el encanto de su hogar dichoso, pero al que tuvo que abandonar sin atender á las lágrimas de su tierna consorte, que pedía para su hijo la vida del que le había dado el sér.

El amor de aquéllos dos ángeles no detuvo al joven capitán, y partió, dejando á su esposa en el más hondo desconsuelo. Sin embargo, se sobrepuso á él; fué lo que todas las mujeres de corazón: una heroína del cariño.

Las tempestades políticas son casi siempre para los que toman parte en ellas directa ó indirectamente, un crisol, un Calvario

á donde los conduce el patriotismo ó la injusticia. Las grandes situaciones, al amontonar sus devastadores "nimbus" sobre los pueblos, y deshacerse después en terribles huracanes, arrastran en pos de sí lo mismo al culpable que al inocente, lo mismo al grande que al pequeño. La señora de Abasolo no aprobó en un principio el que su esposo tomara parte en la revolución de la Independencia, sino porque era esposa y era madre.

Y porque con su instinto de mujer comprendía las penalidades que se le esperaban, no sólo á su familia sino á la nación entera. Ella no desaprobaba la idea sino la forma, y algunos fragmentos de sus cartas, que copiaremos en su lugar, se desprende la justa opinión que en vista de los hechos había formado de la campaña.

III

El tiempo había transcurrido lento, triste y lleno de inquietudes para la tierna esposa que contaba los instantes por los latidos de su corazón, sin encontrar la manera de acercarse á su esposo, ó al menos de escribirle, pues en aquella época en que el servicio postal adolecía de muchos defectos, los cuales agravaban el estado de desorden en que había puesto toda la revolución, tenía que conformarse con las vagas noticias que circulaban acerca de los insurrectos, y darlas por ciertas fuesen buenas ó malas.

Resuelta la buena señora á arrostrarlo todo por su esposo, y habiendo palpado todas las crueldades que á la sombra de la Independencia se cometían, se trasladó á San Luis Potosí después de asegurarse de que las poblaciones principales del interior estaban por los caudillos independientes.

La señora de Abasolo emprendió, pues, su marcha, acompañada de algunos fieles servidores, y una vez en San Luis, trató, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de hacer que su esposo se retirase de las fuerzas independientes, yéndose al Extranjero, á donde ella iría á reunirse con él; y para decidirlo empleó la elocuencia que la mujer tiene y á la cual pocos pueden resistir. Las

cartas escritas á Abasolo demuestran patriotismo, amor y caridad. En la causa formada al caudillo, figuran dos, de las que trascribimos en seguida los párrafos más interesantes:

"San Luis Potosí.—Queridísimo hijo mío: con grandísimos trabajos he llegado hasta aquí en busca tuya y de mi hermano, con el destino de que se retiren del ejército; y si pueden, váyanse, por Dios, á los Estados Unidos: yo veré después cómo los sigo porque esto anda muy malo con las cosas que han hecho, que á no ser por esto, ya se hubieran salido con la empresa, (1) pero en semejantes iniquidades de degollar á sangre fría á muchos inocentes, ¿cómo Dios ha de proteger? Esto es imposible; vergüenza es oír el valor de los de ese ejército, que en viendo gente armada echan á correr, y á los rendidos que se vienen á entregar, sácanlos á degollar con tánta lástima ¡qué vileza! y lo peor es que uno lo hace y todos lo pagan. (2) Por Dios te pido y por lo que más ames que será tu hijo, que no sigas en esto, ni Pedrillo (alude á su hermano) aunque veas las cosas muy placenteras; por María Santísima y por vida mía te pido (si es que me quieres) que te vayas á los Estados Unidos, y no vengas á estas cosas."

Hablando más adelante acerca de los excesos cometidos por algunas tropas de Hidalgo, decía:

"Dí tú si habrá quien quiera seguir su partido, que se ha hecho afrentoso y á todos nos ha hecho infelices, y tú me harás mucho más si no haces lo que te digo; te retiras ó te vas, pues es el único consuelo que le queda en tanta pena á tu infeliz esposa.—Manuela."

Los anteriores fragmentos ponen de relieve los sentimientos nobles que animaban

---

(1) Las últimas palabras demuestran su amor á la Independencia, pero su reprobación á los medios empleados para conseguirla.

(2) Doloroso es confesarlo, pero es la verdad; sin embargo las convulsiones políticas hacen cometer mil desaciertos y hay que atender las causas y épocas.

el corazón de la señora de Abasolo, y son á la vez que un grito del alma, una censura, hija del carácter conciliador de la mujer sensata, para quien la sangre justa ó injustamente vertida, es un crimen ó un motivo de horror. La mujer no cree que sea preciso que los hombres se destrocen entre sí para hacerse grandes; y si muchas veces tienen que conformarse con que así sea, lo hacen violentando sus sentimientos. Es verdad que ha habido mujeres que han tomado parte activa en las guerras y han sido verdaderas heroínas en los campos de batalla y en la defensa de sus hogares; pero también lo es que en ellas es raro lo que en los hombres es común, el valor físico.

En medio de la angustia á que estaba sujeta la señora de Abasolo, y no obstante su repugnancia hacia las violencias empleadas en la guerra, revelaba la alta estima en que tenía la noble causa de la Independencia, y el propio honor de sus defensores. En la otra carta de ella, que tenemos á la vista, decía á su esposo:

"Lo mejor es que si se puede, se vayan á otro reino hasta ver allí el fin de ésto, y no te vuelvas á meter en nada, pues con las iniquidades que ha hecho el Cura, (1) á todos nos ha perdido y es cosa espantosa el seguirlo, y más bien elegir el morir cuando no hubiera otro recurso, que no seguir un partido que han hecho tan afrentoso. (2) Esta es la felicidad tan decantada de América, y hubiera sido tal vez, (3) cuando no hubieran cometido tántos excesos, que siquiera por buena política debían haberlos evitado, para no haberse atraído el odio de los mismos criollos, pues al fin no todos tienen corazones inhumanos. Entrégale esa esquela al hijo de Allende, de doña Micaela. Pásalo bien, hijito, y haz lo que te digo, pues

(1) Así llamaban á Hidalgo.

(2) No es éste lugar de discutir si la señora de Abasolo tenía razón; sólo diremos que llegó un tiempo en que los mismos independientes culparon á Hidalgo de muchas cosas.

(3) Estas frases revelan el verdadero patriotismo.

ántes no me hubiera hecho el que hubieras muerto en la acción, pero no con afrenta. (*) adiós, hijito, tu Manuela."

IV

A pesar de todas éstas instancias, no logró la señora de Abasolo sus deseos, y su esposo siguió la marcha hasta Acatita de Baján, á donde en unión de los demás caudillos que seguían á Hidalgo, fué capturado por las tropas realistas. Esta nueva situación fué un golpe mortal para aquella esposa amante que creía ya en medio de sus terrores ver levantarse un patíbulo, y en él perecer al padre de su hijo.

Hay que convenir en que Abasolo, fué egoísta, y no supo colocarse á la altura de su carácter. La historia lo ha juzgado ya, y sólo nos queda el derecho de narrar y no de condenar ó absolver, pues á la luz de la filosofía que analiza, los hombres no han nacido todos para héroes, ni para pensar de la misma manera unos que otros. Sin embargo, expió su imprudencia y su demasiado amor á la vida, pues fué procesado y desterrado de su patria, confinándolo al Castillo de Santa Catalina de Cádiz, en donde murió.

Su noble esposa, después de todos los tormentos á que durante el proceso estuvo sujeta por la más cruel incertidumbre, se creyó feliz con verlo salvado de la muerte, y gustosa se dispuso á seguirlo á España. Allá, bajo los sombríos muros de un Castillo, cuyas puertas no debían abrirse jamás para uno de los cuatro primeros caudillos que proclamaron la Independencia Mexicana, la esposa se convirtió también en prisionera, en ángel de consuelo para humedecer con miel los labios descoloridos del desterrado y fortalecer su corazón con el ejemplo de la virtud. Entre los dos estaba su hijo: si no respiraban el libre y perfumado ambiente de la patria, respiraban auras de amor, que convertían el reducido cuarto de una prisión en santuario de esas mil ternezas que no pueden explicarse sino cuando se han sentido.

(*) Noble rasgo de la mujer que estima el honor de su marido.

El mundo para ellos estaba allí, como lo estaba Dios, á quien bendecían por haberles permitido siquiera la felicidad de estar reunidos.

Abasolo murió, como hemos dicho, en el destierro, y su noble esposa regresó á su patria después de cumplir los últimos deberes que demandaba su posición. Una vez en México, se retiró á sus fincas, y allí, dedicada con más ardor que nunca á la caridad, siguió siendo modelo de madres, como lo había sido de esposas. Ella misma educó á su hijo único, don Rafael, cuya infancia fué tan azarosa, y no le permitió que se mezclase en la política, cuando estuvo en edad de poder hacerlo. Para aquella virtuosa mujer el todo de la vida era la paz del hogar y la satisfacción grata de ser útil á sus semejantes.

ANTONIO DE P. MORENO.

TOMASA ESTEVES Y SALAS.

I.

Cabe la margen derecha del caudaloso Lerma se asienta apacible la antigua Villa de Salamanca, hoy ciudad floreciente del Estado de Guanajuato. La tradicional quietud de sus pacíficos moradores se había trocado, de improviso, en esa mezcla indefinible de regocijo y de temor que sobrecoge al espíritu cuando se presenta á nuestra vista una nueva é inesperada perspectiva, nuncio de felicidad, pero presagio también de tormentos y de sacrificios, á cuya costa sólo nos es dado obtener el bienestar.

El sacudimiento que conmovió al país, pero con especialidad á estas regiones, al esparcirse en ondas sonoras la voz del valeroso Hidalgo, proclamando la Independencia de México, tenía suspensos los ánimos é inquieto el corazón, y había despertado en todos el sentimiento de la dignidad, ese noble impulso del alma que coloca á cada quien en su puesto, enderezándolo al cumplimiento de su deber, sin previos preceptos ni reglas concretas y sean cuales fuesen las consecuencias.

A los transportes de júbilo que producía cada nueva por los triunfos que alcanzaban las huestes insurgentes, se sucedía el sobresalto por los vejámenes que esperaban todos de la barbarie realista, convencidos, como se hallaban los mexicanos, de que por el terror pretendía imponerse la opinión

virreinal; y ese cambio brusco de perspectiva, y esas emociones violentas al despertar á una nueva vida, y esos justos anhelos de independencia innatos en el sér humano, que, roto el dique que los contenía, se manifestaban ya sin embozo, produjeron en el pueblo, como fuerza resultante, el vivo sentimiento del propio valer.

Transformado así el carácter del esclavo, á la sola mágica voz del Cura-caudillo que le abrió ante su vista el ancho horizonte de la libertad, ¿qué mucho que cada mexicano se sintiera un héroe, cuando sabía que era necesario el sacrificio para reconquistar ese don natural que le arrebatara la tiranía?

Por eso en aquel entonces el heroísmo era vulgar, y ningún esfuerzo, por supremo que se le suponga, se consideraba entre los demás como un acto extraordinario; y esa convicción, infiltrada en las masas, desde el anciano hasta el niño, y tanto en el hombre como en la mujer, fué el semillero de héroes ignorados que, por múltiples y humildes, aún la Historia no acaba de recogerlos en sus fastos gloriosos.

II.

Un día, un día aciago para la apacible Salamanca, corre de boca en boca la fatal noticia de la aproximación de fuerzas realistas; sobrecogidos de terror los pacíficos moradores de la Villa, se reducen á sus habitaciones, y plazas y calles quedaron desiertas. A poco, el redoblar de los tambores, y después el monótono y sordo marchar acompasado de los soldados, fué el único ruido que se dejó oír en aquellos contornos, apercibiéndose bien pronto el Jefe de la fuerza de que no era, por cierto, afable y cordial la recepción que les hiciera el pueblo. En esto, dos soldados que ven abierta una puerta se desprenden furtivamente de las filas y penetran á la habitación cuya entrada les franqueaba, sin obstáculo, aquella puerta; se encuentran sólo á la señora de la casa, que esperaba el regreso de su esposo ausente, y le suplicaron, con el mayor encarecimiento, los ocultase y no los

delatara. Ella asintió, gozosa de prestar un buen servicio á hombres forzados á pelear contra sus convicciones y contra sus propios hermanos, y los dos desertores quedaron ocultos bajo su salvaguardia.

La tropa se acuarteló, y rendidos los partes respectivos al Coronel Flon, que mandaba en jefe, se le dió conocimiento de la deserción de los dos soldados, habiendo averiguado después que éstos se ocultaron en la casa humilde, pero honrada de Tomasita Esteves y Salas, dama virtuosa perteneciente á la clase media y muy estimada en la población por sus relevantes prendas. Fueron aprehendidos los tres y llevados á la presencia del sanguinario Flon: éste los increpa con la dureza propia de un cobarde, y sin detener su osada lengua ante la actitud humilde, pero imponente, de la honrada joven, por demás hermosa, después de insultarlos con burdos improperios, condenó á los tres ¡á ser pasados por las armas!

Inmediatamnete fueron puestos en capilla, dando principio, desde luego, á los preparativos de regla en aquella época para la verificación de los fusilamientos, preparativos que duraban tres largos y angustiosos días de penoso sufrir. Entretanto, la sociedad entera de Salamanca, intensamente conmovida por la condena infame y ardientemente interesada por la vida de una dama que consideraba como su mejor ornato, puso en juego todas las influencias que estimó más eficaces y movió cuantos resortes tuvo á su alcance, sin que bastara al cruel y despiadado Flon ni aun la espontánea presentación del esposo de la víctima, ofreciéndose en lugar de ésta para que fuera ejecutado, pues la orden feroz quedó en pie.

Por fin, salen de la capilla, conducidos entre filas hacia la plaza principal del lugar, sitio público designado para la ejecución, los dos desertores y la joven inocente. Aquéllos necesitaron del apoyo de dos hombres que los levantaban en brazos, y ésta, á pie firme y con los ojos enjutos, marchó serena al cadalso. Puestos en frente de los respectivos pelotones y colocada Tomasita en medio de sus compañeros de in-

fortunio, observó ésta que soplaba el viento haciendo que ondulase su vestido; entonces pidió, por favor, que le facilitaran unos alfileres, con los cuales se prendió la falda; en seguida se arrodilló con humildad; suplicó que no se le hiriese la cara, y, levantando radiosa su frente purísima hacia el cielo, recibió la descarga que tronchó la vida de una heroína!

III.

Pero para Flon no fué suficiente la injusticia ni bastante la crueldad; faltaba aún el escarnio: las tres cabezas de los fusilados fueron separadas de sus troncos y, colocadas en las puntas de unas vigas, se exhibieron al público, llamando entonces la atención, por su hermosura, la flotante cabellera de aquella heroína del valor y de la virtud.

A la víctima le sobrevivió su madre, y ésta, con el mismo temple de las almas grandes, cuya grandeza engendrara en su hija, acompañada, como se hallaba en su casa, de todas sus numerosas amistades, oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros, y, sin derramar una lágrima, dijo:

—"Ahora sí, ya es tiempo de elevar á Dios nuestras oraciones."

Todos se arrodillaron reverentes y ella entonó la primera plegaria.

LA MAGNANIMIDAD DE BRAVO.

I.

Las fuerzas independientes acaudilladas por Don José María Morelos, contaban entre sus jefes hombres de gran valor, de notable actividad y de ideas enteramente conformes con el espíritu de los que iniciaron la obra de la Independencia mexicana.

Los nombres de Morelos, Matamoros, Rayón, Galeana, Bravo y otros no menos ilustres, eran repetidos con entusiasmo, con veneración y con cariño, por todos los que comprendían cuánto valen los sacrificios de un patriota que sin grandes elementos, sin medir el peligro, y con la fe de una noble causa, conquistan en los combates un nombre imperecedero, una gloria legítima y los sublimes cantos de la epopeya. Pero sin rebajar en lo más mínimo el abnegado valor de los caudillos que militaban á las órdenes de Morelos, preciso es enaltecer como merecen el nombre y los generosos hechos de Don Nicolás Bravo.

¿Quién de la presente generación no ha oído pronunciar con respeto aquel nombre ilustre?

¿Quién no ha escuchado dentro del hogar mismo las interesantes narraciones de su vida militar, su apostura, su juventud, su valor; pero, más que todo, sus generosos sentimientos?

En la cruenta lucha de 11 años, tan llena de interesantes episodios, no hay en noble-

za de acciones sino un Nicolás Bravo, como en la historia no hay muchos ejemplos que se le asemejen.

Plumas mejor cortadas que la nuestra se han ocupado y se ocupan ahora mismo en biografiar al ilustre Bravo. Liras armoniosas han hecho vibrar sus cuerdas para entonar himnos al noble y valeroso caudillo; y México todo, puede decirse, se prepara para contribuir al esplendor del Centenario que va á celebrarse en honor de la Independencia y de sus héroes. Por eso nuestra humilde voz se levanta hoy también para consagrar á Bravo un recuerdo, para tributar un homenaje á la memoria del más generoso de nuestros héroes, para enorgullecernos de una de nuestras más brillantes y legítimas glorias.

II.

Preciso es dar hasta donde es posible en las dimensiones de un artículo, algunos detalles acerca del personaje que nos ocupa, y en esto seguiremos los apuntes biográficos que tenemos á la vista: "Corría el año " de 1812, Don José María Morelos había " hecho su cuartel general en Tehuacán, y " nombrado á Don Nicolás Bravo General " en jefe de las fuerzas que operaban en " la provincia de Veracruz. Era Bravo, jo- " ven de gallarda presencia, de nobles y " humanitarios sentimientos, y de un valor " á toda prueba.

"Hacía poco tiempo que su padre, Don " Leonardo, había sido hecho prisionero en " la hacienda de San Gabriel, y conducido " á México por Calleja.

"Morelos comisionó á Don Nicolás para " atacar al jefe realista Don Juan Laba- " quí, que conducía de Veracruz para Pue- " bla algunos víveres y la correspondencia " de España. Bravo batió al enemigo vic- " toriosamente. Tres cañones, trescientos " fusiles, algunas municiones que quedaban " á los vencidos, toda la correspondencia " de España, y doscientos prisioneros, fue- " ron los resultados de la victoria conse- " guida.

" El jefe vencedor volvió á Tehuacán á

" dar cuenta á Morelos de aquel hecho de
" armas, por el que le dió la más cumplida
" enhorabuena, y le prometió que iba á
" ofrecer al Virrey por la vida de su padre,
" Don Leonardo, la de 800 prisioneros que
" en su poder tenía, y de cuyo resultado le
" daría cuenta oportunamente. Don Nicolás
" Bravo salió poco después de esta conver-
" sación para la provincia de Veracruz, y
" á los cinco días derrotó cerca del Puente
" del Rey (hoy Nacional), una fuerza rea-
" lista que conducía un convoy á Jalapa,
" haciéndole noventa prisioneros.

"El Virrey Venegas había mandado juz-
" gar por un Consejo de Guerra al padre de
" Bravo y á dos compañeros suyos. Conde-
" nados ya á la pena capital, trató de que
" se le presentasen tanto Don Nicolás co-
" mo dos tíos suyos que militaban á las
" órdenes de Morelos, acogiéndose al indul-
" to, con lo cual perdonaría la vida á Don
" Leonardo.

"Mucho deseaba Don Nicolás salvar la
" existencia de su padre, y Morelos mismo
" lo autorizó para que aceptara la propues-
" ta de Venegas; pero un hecho reciente
" le hizo temer que fuese un lazo el que
" se le tendía, y no se presentó, á pesar de
" que hubiera dado la vida por salvar la
" del hombre á quien debía la existencia.
" La causa de este temor nacía de un he-
" cho reprochable cometido por un oficial
" realista en las personas de Don Juan y
" Don Rafael Orduña, según lo dice el mis-
" mo Bravo en una carta que dirigió á Don
" Lucas Alamán.

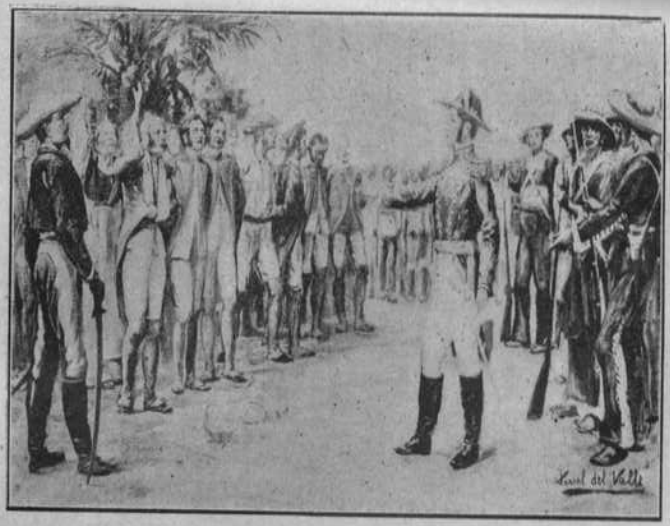
"Viendo el Virrey desechada su propos-
" ición, y no habiendo admitido la que le
" hizo Morelos, Don Leonardo Bravo su-
" frió la muerte de garrote, el día 13 de
" Septiembre en el sitio llamado el Ejido.

"Al saber Morelos la ejecución de Don
" Leonardo, escribió á Don Nicolás comu-
" nicándole la triste noticia y ordenándole
" al mismo tiempo que pasara á cuchillo a
" todos los prisioneros españoles que tuvie-
" ra en su poder, y que él iba á hacer otro
" tanto con cuatrocientos que tenía en va-
" rios puntos. Esta comunicación la reci-
" bió Bravo á las 4 de la tarde. Sorprendi-

" do por la fatal muerte de su padre, man-
" dó que en el acto se pusieran en capilla
" á cerca de trescientos españoles que te-
" nía en su poder, dando orden al Capellán
" Sotomayor, para que los dispusiese cris-
" tianamente, pues debían ser fusilados al
" siguiente día."

Lo que sigue está tomado á la letra de una carta que Bravo dirigió á Alamán en Febrero de 1850, y á la cual nos referimos antes.

"Esta noticia la recibí á las 4 de la tar-
" de, y me sorprendió tanto, que en el ac-
" to mandé poner en capilla á cerca de
" trescientos que tenía en Medellín, dando
" orden al Capellán (que lo era un religio-
" so apellidado Sotomayor), para que los
" auxiliase. Pero en la noche, no pudiendo
" tomar el sueño en toda ella, me ocupé en
" reflexionar que las represalias que iba yo
" á ejecutar, disminuirían mucho el crédito
" de la causa que defendía, y que observan-
" do una conducta contraria á la del Vi-
" rrey, podría yo conseguir mejores resul-
" tados, cosa que me halagaría más que mi
" primera resolución; pero se me presenta-
" ba para llevarla á efecto, la dificultad de
" no poder cubrir mi responsabilidad de la
" orden que había recibido, en cuyo asun-
" to me ocupé toda la noche, hasta las 4 de
" la mañana, que me resolví á perdonarlos,
" de una manera que se hiciera pública y
" surtiera todos los efectos en favor de la
" causa de la Independencia; con este fin
" me reservé esta disposición hasta las ocho
" de la mañana, que mandé formar la tro-
" pa con todo el aparato que se requería
" en estos casos para una ejecución: sa-
" lieron los presos, que hice colocar en el
" centro, en donde les manifesté que el Vi-
" rrey Venegas los había expuesto á perder
" la vida aquel mismo día, por no haber
" admitido la propuesta que se le hizo en
" favor de todos por la existencia de mi
" padre, á quien había mandado dar garro-
" te en la capital; que yo, no queriendo
" corresponder á semejante conducta, había
" dispuesto, no sólo perdonarles la vida en
" aquel momento, sino darles una entera li-
" bertad, para que marchasen á donde les



El Gral. Nicolás Bravo, perdona la vida á 300 prisioneros españoles.

(De la Colección de Postales de Buznego y Cía.)

" conviniera; á esto respondieron llenos
" de gozo, que nadie se quería ir, que to-
" dos quedaban al servicio de mi división.
" lo que verificaron todos, á excepción de
" cinco comerciantes de Veracruz, que por
" las atenciones de sus intereses, se les
" extendieron pasaportes para aquella ciu-
" dad; entre éstos se hallaba un señor Ma-
" dariaga, que después, en unión de sus
" compañeros, me manifestó su reconoci-
" miento con la remesa de paños suficien-
" tes par el vestuario de un batallón."

III.

En la historia de nuestra guerra de In-dependencia, no se registra un solo hecho que se asemeje al que acabamos de narrar, ni un solo caudillo que haya igualado á Bravo en generosidad de acciones.

El hombre que teniendo en su mano la ejecución de una venganza ruidosa contra los mismos que acababan de sacrificar la vida de su padre, no, la lleva á cabo porque su conciencia rechaza toda acción que des-virtúe la causa á que se ha consagrado; el subalterno que arrostrando el enojo de su jefe perdona la vida á los que se le orde-na ejecutar y pospone su noble patriotismo á todos los demás sentimientos, no es un hombre, no es un héroe, es la verdadera semejanza moral de quien lo creó, es el verdadero apóstol del que decía: "Amad á los que os aborrecen."

Don Nicolás Bravo se levanta por cima de todos sus contemporáneos, resume su vida militar en este solo hecho, y proclama en voz muy elocuente á la faz del mundo entero, que la clemencia y el patriotismo son hermanos, que el valor y la generosi-dad son los únicos sentimientos dignos del hombre y del héroe.

La palabra expira en nuestros labios pa-ra encomiar dignamente al caudillo sin ri-val. La pluma se detiene, porque se detie-ne también el pensamiento ante tanta gran-deza. ¿Qué podemos decir que no hayan di-cho otros con una elocuencia digna del "Guzmán Mexicano?" Pero debemos con-

cluir, y vamos á hacerlo con las magníficas frases de uno de sus mejores biógrafos:

"Valiente en el campo de batalla, fué " siempre generoso y noble con los venci- " dos; dispuesto á derramar su sangre en " el combate y á sacrificar su vida por la " causa que había abrazado, nunca vertió " la sangre de los prisioneros. En medio de " aquella prolongada y sangrienta lucha, no " cometió un solo acto de crueldad y de in- " justicia, y al través de las vicisitudes de " la guerra sin cuartel que se hacían los " partidos contendientes, él logró sostener " su reputación de valiente y generoso, al- " canzando el respeto de sus contrarios y " de sus amigos durante la revolución, y " hecha la Independencia, las distinciones " de sus compatriotas, el aprecio de los eu- " ropeos, los elogios de la prensa de diver- " sos países y un lugar en la historia que " perpetúe su memoria en el mundo entero, " presentándole como modelo de caballeros " valientes, nobles y generosos."

Hé aquí la figura más culminante de la epopeya que los mexicanos llamamos guerra de Independencia; por esto hoy, al consagrar un recuerdo á su memoria, exclamamos:

¡Honor al mérito!

¡Gloria al inmortal caudillo Nicolás Bravo!

ANTONIO DE P. MORENO.

¡FILICIDA!

El hecho á que se refiere este episodio tuvo lugar en el sitio de Apam, en Diciembre de 1815: lo refiere Don Lucas Alamán en su Historia, y lo confirma Zamacois en el tomo X, pág. 47 de la suya.

I.

En el horizonte lejano, más allá de la niebla formada por el humo de la pólvora, rasgada por los zigzags sanguinolentos que producían los disparos, se hundía el sol en un lecho de púrpura, sañudo y fiero, como si le disgustara la carnicería en que se empeñaban los hombres.

Era el séptimo día de una lucha tremenda sostenida entre sitiados y sitiadores: la victoria, indecisa, no parecía inclinarse ni por los soldados disciplinados que defendían la plaza en nombre de su Rey, ni por los reclutas que al mando de Osorno sacrificaban sus vidas en aras de la Independencia Nacional.

En la árida llanura, triste y sola, se estremecían los insectos con el fragor lejano del combate; la quietud que precede á la noche tenía algo de siniestro, y los magueyes, en apretadas filas, semejaban séres arrodillados que elevaran sus manos al cielo implorando piedad.

Las posiciones de los realistas, si bien defendidas por número relativamente escaso, eran formidables; en tanto que los insurgentes sostenían el sitio á cubierto de imperfectas obras de zapa y resguardándose con las ruinas de las chozas que habían sido derribadas por el cañón, en los primeros asaltos.

La lucha estaba en todo su vigor: los sitiadores reducían cada vez más el círculo de hierro, y los combatientes llegaron á estar á tan pequeña distancia, que se distinguían los rostros enfurecidos de los que peleaban por las distintas causas.

II.

De pronto un anciano realista, soldado de un pelotón que resistía el ataque rodilla en tierra, se irguió en toda la extensión de su aventajada estatura: sus ojos fulminaron un rayo de cólera suprema; sus manos convulsas sujetaron vigorosamente el fusil, que se tiró á la cara, y haciendo blanco en un punto cubierto por paredones ruinosos, disparó una vez, otra y otra más.

Su actitud apocalíptica, sus ademanes sombríos, la fiereza de su expresión y el estupor que causó en uno y otro bando que un hombre despreciara la vida, exponiéndose á ser acribillado por las balas insurgentes, suspendieron el combate por breves instantes.

Y el anciano, avanzando resueltamente con el arma al brazo, como el cazador en acecho, se detuvo á diez pasos del paredón:

—¡¡Maldito seas, hijo de mis pecados!! —barbotaron sus labios, ennegrecidos por la pólvora.—¡¡¡Tú, que te rebelas á tu padre y á tu Rey, maldito seas!!!....

El hijo, un mancebo insurgente, mudo de espanto y de terror ante la tremenda visión del padre que le maldecía, recibió el proyectil en mitad del pecho, abrió los brazos, y cayó para siempre....

El sol se hundía en un lecho de púrpura; la noche comenzaba á extender su tachonada clámide por el azul sombrío del firmamento; los magueyes de la llanura, en apretadas filas, semejaban religiosas en oración, levantando al cielo sus piadosas manos, y cuando la esquila de un templo invisible y lejano tocaba el "Angelus," el alma del Anáhuac, conmovida, recibió en su seno al humilde patriota que había muerto á manos del mismo á quien debiera el sér.

ALEGRIA HEROICA.

(Sitio de Cuautla. 1812.)

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de sus desgracias ó de su rendición."

(Carta de Calleja al Virrey Venegas, 24 de Abril de 1812).

I.

En la mañana del 17 de Febrero de 1812 Morelos, de pie, rodeado de Leonardo Bravo, Galeana, Matamoros y unos cuantos costeños de su escolta, hablaba así al anciano paralítico que le acababa de recibir en su huerta de Cuautla:

—Sí, mi señor Don Pablo, gracias: sus hijos Anselmo y Dionisio nos han sido muy útiles en Izúcar y en Chilapa; con hombres como ellos, haremos cumplir la voluntad de Dios, humillando á los orgullosos europeos en nuestra América independiente.

Súbito esplendor iluminó los grandes ojos del caudillo. Habíase quitado el sombrero de anchas alas, y su cabeza, envuelta en blanco pañuelo, bañada en un rayo de sol que se filtraba por entre las anchas hojas

de los plátanos, aparecía nívea sobre la negra barra de sus cejas unidas y espesas.... Y el albo lienzo empapado en sol, bajo el follaje de la huerta, le creaba un espléndido nimbo.

El anciano, clavado en su "equipal," oía extático....

—¡Señor, he dado á "su mercé" lo que más adoro en el mundo: mi hijo y mi nieto; no me queda nada que valga que pueda ofrecerle....

En aquel instante una ráfaga llevó por entre el ramaje los ecos de lejano cantar y rumores de femeninas risas juveniles.

—Parece que hay aquí quien canta y se ríe—observó Morelos.

—¡Ah!..... sí..... ¡esas muchachas!.... Vea "su mercé" si no es triste que se pongan á cantar en estos momentos, la víspera de una batalla.... Son mis nietas, hermanas de Dionisio..... ¡Siempre contentas, siempre riendo, siempre cantando!.... Por eso ni las cuento.... ¿De qué pueden servir en la guerra las mujeres?

—¡Bendito sea Dios! ¿Con que tiene mi señor Don Pablo tres nietas que saben cantar y reír constantemente, aun en los peores trances?.... Y se lamenta, teniendo en casa tanta alegría, cuando por algo creó la Providencia, además de los pájaros y de las flores, á las mujeres que saben reír y que saben amar. ¿No es verdad, Galeana?

El duro rostro del suriano se iluminó orgullosamente, halagado en su gusto por la guerra y por el amor. El viejo Don Leonardo sonreía bondadoso, mostrando su blanca y fuerte dentadura; Matamoros inclinaba sobre el hombro izquierdo la rubia cabeza, descubierta también, los ojos bajos, pero sonriente, contagiado por la generosa alegría del héroe.

El paralítico gritó:

—¡Mari, Lucha, Tere!

Al punto, por entre la verde espesura, se presentaron tres lindas muchachas. Llegaban sudorosas, descalzas, arriba del tobillo el borde de los zagalejos, en camisa, desnudas las gargantas y los morenos brazos, sonrientes y curiosas.

—Aquí las tiene "su mercé." María, la

menos alegre, se pasa el día rezando: le llamo Mari la india; Teresa, ora y canta: y le digo Tere la criolla; y ésta, la "xocoyota," la menorcita, la peor y la mejor, se llama Luz: no hace más que reír y cantar.... Y por su risa, por su tez más obscura, por sus ojos endiablados, por su cabello corto y crespo, por su amor por el canto y el baile, la he nombrado Lucha, la "mulata."

Matamoros había levantado al fin sus azules ojos; Galeana chasqueó la lengua; Don Leonardo asintió con ademán de perito que aprueba, y Morelos, encantado, puso la mano izquierda sobre la crespa cabecita de Luz y con la derecha le acarició la barba, levantándola dulcemente, mirando con los suyos, serenos y nobles, los ojos de lumbre de la gentil "mulata."

—¿Conque te llamas Luz y tu señor abuelo te ha puesto Lucha?.... ¡doble símbolo divino!.... Como Luz, darás alegría á los hombres; como Lucha, les darás ánimo para combatir.... Señores: el Virrey Venegas acaba de nombrar Mariscal á Calleja; pues yo, con mejor derecho, nombro á esta muchacha "Mariscala de la Alegría" en Cuautla de Amilpas....

—Ya sabes.... tu oficio será estar siempre contenta, siempre riendo, cantando siempre!....

Y aquel hombre extraordinario, que tenía recursos para todo, que todo lo utilizaba y todo lo preveía; aquel hombre jovial y terrible, agregó solamente:

—Feliz tú, María, que sabes dar el alma á la oración; tú vivirás y rezarás por nuestros muertos, por nuestros muertos que nos bendecirán desde el cielo, mientras los vivos nos batimos alegremente. A tí, Tere, que cantas tanto como rezas, te encomendaré nuestros heridos, los curarás, los consolarás con el canto y con la oración. Y tú, Mariscala, acuérdate de que eres Luz, Luz de Cuautla, que nunca está triste.... ¡Con esta luz iluminaré mi ejército!

Y ella contestó, franca y zalamera:

—¡Por alegría no ha de quedar: reiré y cantaré hasta morir!

II.

El sitio de Cuautla fué una génesis de relámpagos, un inaudito centelleo de chispas épicas cuyo fulgor perduraría en el alma insurgente con un presagio de final victoria.

Desde luego el primer choque, la mañana del 19 de Febrero, fué un estupendo duelo de bravura á bravura. El asalto de Calleja asumió fiera solemnidad antigua, grave relieve de actitud hispana frente á un adversario igual y digno.... La "carga" de las cuatro columnas realistas contra las trincheras de San Diego, fué clásica y gentil, como de viejos hidalgos. "Al paso redoblado" y los fusiles "embrazados," los batallones de "Granaderos," de "La Corona," "Guanajuato" y "Patriotas de San Luis," avanzaron, llevando á su frente, en alto, las espadas, fulgurantes las pupilas bajo los tricornios, caballeros en corceles de lujo, regalos del Virrey á los Coroneles Don Juan Nepomuceno Oviedo y el Conde de Casa Rul.

A retaguardia, dentro de su carruaje, altivo y desdeñoso como un príncipe con sus pomposos oficiales de Estado Mayor á caballo ante la portezuela, Don Félix María Calleja del Rey esperaba el parte de la toma de Cuautla de Amilpas.

Al frente de las "columnas," entre los intervalos de las "secciones," adelanta una batería, en tanto que á los "flancos," á lo largo de las cercas de la Calle Real, van á "paso veloz" los indios "gastadores," cargados con hachas, sacos de tierra, bolsines de pólvora, barretas y tablones, fácil carnaza que horadará los muros, colmará los fosos y volará las puertas, allanando á las columnas el camino del asalto.

La batería de vanguardia "hace alto" á medio tiro de cañón; los artilleros "desatalajan" las piezas, y correctamente, como en una "parada" ante el monarca, ejecutan á compás los "tiempos de la carga," y con salva de honor rómpese el fuego contra Cuautla.

Y entre la nube azufrosa relampaguean las espadas de los jefes señalando las trincheras, y repercute en el valle perfumado

y florido el grito de guerra de los realistas: "¡Viva el Rey!"

La "sección" de granaderos de la descubierta hace sus primeras descargas y, "armando la bayoneta," avanza á tramos al "paso veloz," mientras los cañones empujados á mano, ruedan hacia la Plaza, con fragoroso estruendo entre el humo y el polvo.

Allá, dentro de Cuautla, un grave silencio de espera; y tras los parapetos, los fusileros de Galeana, el arma tendida, listo el pedernal para "dar chispa," atentos á la avalancha que se precipita. Y una brisa fresca, bajada de las cumbres blancas del Popocatepetl, pasa como una caricia generosa sobre ellos con el plomo de la muerte.

El impetuoso Galeana, que la víspera salvara á Morelos, arrancándolo á filo de machete y punta de lanza de los dragones de Calleja, esgrimiendo ahora su vieja carabina, corre de un sitio á otro del recinto, reproduciéndose y multiplicándose, hasta rugir la orden de fuego.

Y entonces es cuando principia la refriega entre el aullar de los asaltantes, el desgranamiento de la fusilería y los estampidos del cañón.

Los granaderos que han llegado al pie de la trinchera, ahí quedan cadáveres; de las torres de San Diego y Santo Domingo truenan certeros escopetazos, y el "Niño" y las demás piezas insurgentes enfilan las columnas de asalto y á su vez ensordecen la atmósfera entenebrecida.

En las huertas próximas á los flancos de la Calle Real, el plomo rasga las hojas de los plátanos, acribilla los abanicos de las palmas, sacude las hojas de los naranjales y limoneros y destroza las frondas de los tamarindos.

—¡Viva el Rey! ¡Viva Nuestra Señora de los Remedios!

—¡Viva la América! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!

El Capitán Segarra, jefe de la batería realista, frenético, adelántase, clamando injurias homéricas contra los caudillas independientes, desafiándolos, paladín antiguo, á singular combate. Y hé aquí á Galeana, que

al oírlo, responde al reto con un alarido, y subiendo la trinchera, la carabina en la diestra, abierta por delante la chaqueta de cuero, levantada el ala del "chilapeño," el ancho machete sujeto en la izquierda, salta al encuentro del Capitán cuyo uniforme rojo y oro lo atrae cual nueva provocación. Lid cuerpo á cuerpo en lo alto de la trinchera, y ambos disparan sus armas á quemaropa; y Segarra rueda ensangrentado. Y Galeana se precipita sobre el cadáver, evitando la racha de plomo realista, y agarrándolo de un pie lo arrastra y lo arroja al fin dentro del recinto.

Y muerde el polvo, á su vez, al frente de las columnas estrelladas y diezmadas, en plena furia, desesperado, el bravo Conde de Casa Rul, y expira también en la refriega fragorosa el generoso Don Juan Nepomuceno Oviedo, cuyo Regimiento le adora, pero que no podrá vengar su muerte....

Abatiendo cercas y escalando muros el Batallón de Granaderos, disperso y audaz, intenta flanquear y caer dentro de la Plaza, en tanto que el Regimiento de la Corona queda en reserva á retaguardia, á las órdenes directas del propio Calleja, quien, abandonando su coche, recorre á caballo las filas, blanco de rabia, estupefacto.

Y cuando al fin los asaltantes rompen el círculo que cierra el flanco de San Diego, colmando los fosos, desmoronados los primeros parapetos; cuando al fin, á bayoneta calada, van á entrar á la brecha, seguidos por los dragones de la reserva, en alto los grandes sables, á los gritos de ¡Viva el Rey! al mismo tiempo que dentro el pánico aúlla: ¡han matado á Galeana! cuando al más desesperado empuje la Plaza va á caer, arrodar, moribundo, el último artillero de la pieza que guarda aquella calle, cuando el tropel realista se avalanza en masa con clamor de júbilo, el niño Narciso Mendoza da fuego al cañón, y un relámpago-estampido barre súbitamente con la tromba....

En aquel momento Hermenegildo Galeana, jadeante, salpicado el rostro de sangre, blandiendo la "moruna," grita ronco sobre los escombros, envuelto en humo:

—En el nombre de Dios, ¡viva la América!

III.

Al comprender Morelos días después, que Calleja sitiaba duramente á Cuautla, reforzado con las tropas del Brigadier Llano, que no pudieron tomar á Izúcar, expidió su más breve, fúlgida y heroica proclama: ¡alegría!

¡Alegría! Y esto fué todo. Esta sola palabra es el secreto de la inaudita epopeya.... Aquel Capitán, jovial y terrible, excluyó de su ejército toda idea y todo sentimiento de tristeza, aun ante la muerte.

La primera fiesta en Cuautla fué un entierro, el entierro de los que cayeron en los combates de 18 y 19 de Febrero.

Espléndidos funerales. Al levantarse el sol sobre las lomas de Zacatepec, las campanas de Santo Domingo y San Diego poblaron los ámbitos del valle con gloriosos repiques entre el brusco estallar de los cohetes y los ecos prolongados y tenaces de las guitarras serranas.

—¡Paz y gloria á las almas de los valientes que murieron en la guerra santa para resucitar en el Señor, y alegría nosotros mientras llega la hora del último sueño! Alegría, muchachos, que Calleja nos ha puesto salón mejor que el del Virrey para bailar á gusto!....

Ante esta elocuencia magnánima, sonreían los costeños de Hermenegildo Galeana, tan prontos á la risa estrepitosa en el baile, como al alarido de la guerra en el combate, diestros en la esgrima de sus toscas lanzas; y sonreían también los serranos que acaudillaban el rubio Cura Matamoros y el buen Don Leonardo Bravo, listos en el manejo de sus anchos y filosos machetes y hábiles cazadores, que amaban tanto á su trabuco ó escopeta, como á las hembras de "su querer."

—Aquí tienen ustedes á Lucha: este primor ha merecido la honra de que le nombremos Mariscala de la Alegría, en atención á su alto mérito de no saber otra cosa en la vida sino reír, cantar y bailar!—ha-

bía dicho el héroe aquella mañana á la flor de sus valientes, en la plaza de Santo Domingo, después de dejar dormir, bajo el atrio de la Parroquia, los cuerpos de las primeras víctimas.—¿Verdad que sabrás merecer este título delante de esos muchachos, llenándoles el alma de alegría con la lumbre de tus ojos y la música de tus canciones y tus risas?....

—Ya se lo dije á "su mercé"—contestó Lucha, sonriendo y cimbreando coquetuela su cuerpecito adolescente—¡le juro que he de cantar y bailar hasta morir!

IV.

Fiestas y combates. Mientras la mitad de la gente cavaba fosos, levantaba trincheras y edificaba reductos avanzados ó reparaba las brechas, trabajando y batiéndose, la otra mitad descansaba, festejando la gloria de la muerte.

La Mariscala de la Alegría cumplía á conciencia con su misión: era el alma regocijada, musical y luminosa del pequeño ejército insurgente.

En las "jamaicas de flores," en la exuberancia tropical de las huertas, cerca de los plantíos de caña de azúcar, entre los naranjales y tamarindos; á las sombras de los plátanos, las palmas y los limoneros; en pleno esplendor primaveral de Marzo en Cuautla, la gentil rapaza danzaba y reía al son vibrante de las guitarras y de las canciones de quejumbroso y persistente ritornelo.

Criolla del Sur, biznieta de anónimo capataz español y de una mulata veracruzana, adunaba la bravía y recia elasticidad felina de su cuerpo á la ternura inagotable de una almita sencilla, de un corazoncito de paloma....

Ella era, entre todas las muchachas que alegraban las fiestas, la más incansable en cantar y bailar y la que con mayor dicha celebraba la frecuente caída de las bombas en plena gresca.

—¡A rezar por el alma de Calleja!—gritaba y se tendía en el suelo, cómicamente,

lo mismo que los demás, en espera de que estallase el sombrío proyectil.

Su hermana Tere, tan guapa como ella, les acompañaba, y á veces Mari, la devota, dejaba la Parroquia en que velaba algún cadáver, para atreverse á zapatear al son de los "bajos" y de los "requintos" en un claro de la huerta.

El paralítico se hacía entonces conducir, con la esperanza de que Morelos llegase también y lo invitara, cual solía, á jugar una "malilla," mientras los muchachos se divertían, y allá, al Oriente, rumbo al río, se escuchaban los lejanos escopetazos de los tiradores de Galeana ó el estampido de los cañones del Brigadier Llano.

A medida que los realistas apretaban más duro y más silbaba el plomo de los fusiles de los Batallones de Asturias y de Lovera, y más copiosamente llovían las bombas que enviaban los morteros del Cuartel general de Calleja, más contenta iba Lucha á los puestos avanzados á ofrecer á los bravos costeños que se batían, una sonrisa, una mirada y un trago de aguardiente.

—¡Bendito sea Dios que ha creado hombres como nuestro General y muchachas como tú!—decían, limpiándose los ásperos labios con el revés de la manga de su camisa.

Morelos había dicho:

—Hay algo peor que el hambre, y es el sueño; pero existe un mal más atroz que el sueño: ¡la sed!....

Y Galeana contestó:

—Gracias á Dios, la sed se quita con el agua, y por allá corre mucha—y señaló al Oriente;—¡qué vergüenza que muriéramos de sed hablando tanta agua!

Los Batallones españoles del Brigadier Llano, sostenidos por una batería y por el reducto de Zacatepec, custodiaban la preciosa cuenca del río y el manantial de Juchitengo.

Pero Galeana sabía caer como tigre sobre tan florida guardia, seguido por escolta alharaquienta y audaz, armada de machetes, lanzas, trabucos, carabinas y fusiles con bayoneta, y mientras se peleaban, los indios de Cuautla rompían las bardas de la presa

y cavaban los "apantles" por donde el agua corría con triunfal murmurio hacia la Villa del Aguila, donde era bebida con algazara épica, ¡como que á veces, turbia y rojiza, sabía á pólvora y á sangre!

Por fin, Galeana hizo edificar, con estupenda bravura, bajo el fuego obstinado y repeliendo las cargas de la infantería española, un alto bastión, al borde mismo del manantial, para defenderlo, heroico centinela avanzado en son de reto constante hacia el campamento enemigo.

La fiesta en celebración de tan culminante hazaña fué, naturalmente, digna de quienes la llevaron á glorioso coronamiento.

Morelos, satisfecho, se presentó en la huerta, donde bajo la pompa del follaje, entre guías de rosas y floridos festones opulentos en plena gloria de Abril, los "muchachos" y las mozas bailaban y cantaban, alternándose, incansables, en un fragor de júbilo vertiginoso que el viento llevaba en ondas musicales por el Valle hasta el Cuartel general de Calleja, cuyo Estado Mayor, atónito, no pudo comprender jamás el prodigio de la locura épica en la Villa del Aguila.

V.

Una tibia noche de fines de Abril, impregnada de silencio y melancolía—el silencio de Cuautla dormido á la luz benigna de la luna—el viejo Don Leonardo Bravo, sin escolta, la carabina al hombro, recorría los puestos avanzados hacia el río.

Penetró en la espesura del platanar, y al punto detúvose escuchando un eco triste y lejano como de una canción ó de una queja.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién canta ó reza por ahí?—gritó preparando su carabina.

El fino oído del héroe serrano distinguió la voz; y entonces, atravesando rápidamente el negro boscaje, se encontró ante el yaciente cuerpo de Luz.

—Pero ¿qué haces aquí, muchacha?.... ¿qué tienes?....

—Ya lo mira "su merced".... Me vine á morir aquí, solita, para no entristecer á la gente por allá....

Bravo, inclinado sobre la moribunda, había enmudecido de asmobro y de dolor; y al tomar una de sus manos, la sintió ardiendo.

—.... Me dijo que riera, bailara y cantara hasta morir.... y como me miraba tan hondo, y yo sentí tanto gusto como si estuviera en la gloria, le juré cantar hasta morir.... y esta tardecida en Juchitengo me tocó una bala.... no oyeron mi grito.... ¡mejor!.... me escondí para que no se afligieran.... y me vine á morir por acá.... ya no puedo cantar, ni reír.... que me entierren con la Virgen de Guadalupe que me dió la otra mañana.... ¡Ay!.... ahora sí estoy triste, pero no se lo diga "su mercé," no se lo diga....

Un suspiro largo y doliente como un estertor.... Y nada más: la Mariscala de la Alegría había muerto.

Y, ambas rodilla en tierra, los brazos cruzados, Bravo oró ante el cadáver, bajo la bóveda del platanar, como en una capilla, mientras, á lo lejos, en la breve tregua de la paz nocturna, se dilataba, sobre el gran silencio del Valle, la piadosa melancolía de la luna....

F. ZARINANA.

EL INDIO DE NOYOO (*)

I.

Corría el año de 1812. El ingente deseo de emancipación transformaba al quieto y aletargado país; los seculares quejidos de toda una raza aherrojada estallaban por último en gritos formidables de rebelión; los burlados anhelos no se condensaban ya en lágrimas silenciosas y austeras, sino en rugidos potentes de bestias heridas; la impasibilidad característica del indio se tornaba en un furor irresistible; y el ilota, el desventurado de otras épocas, nacido para callar y obedecer, ya ni obedecía ni callaba, sino que, como los paladines de sus anales, recogía la piedra del arroyo para lanzarla al rostro de los tiranos. Era la revolución sin tregua y sin cuartel, la nacionalidad que irradiaba en el horizonte, tras de un cúmulo de nubes muy grandes y muy negras.

Y así corría el año de 1812, entre el bélico ardor de los opuestos bandos, haciendo desaparecer las poéticas aldeas de las montañas, incendiadas por la tea implacable y salvadora de la revolución. En uno de estos pueblecitos, asentado en fértil y extensa cañada de la región de las Mixtecas, en el pueblo de Noyóó, que encuadra el rubio matiz de los trigales, siempre lo-

(*) Véase la Historia de Oaxaca por el P. Gay.

zanos, allí vivía, por aquel entonces, fabricando finas esteras, con la palma de sus bosques, un indio como de veinticinco á treinta años, cuyo nombre ha perdido la tradición y á quien la Historia, admirada, señala con el mote de "El indio de Noyóo." Alto, fornido, con la anémica color y la mirada vaga de esa raza que parece que siente no sé qué nostalgias tristísimas, era nuestro hombre el tipo genuino de aquellos formidables guerreros que asolaron á Teozapotlán y elevaron á lo más alto la prez y fama del famoso Achiutla. Sagaz y astuto como la zorra, y ágil y nervioso como el ciervo de sus campos, no había vericueto, cantil, desfiladero ó madriguera por donde no pasara, rastreara y escudriñara; unas veces con ondulaciones de serpiente, otras á saltos de felino, las más en ascensiones ó descensos peligrosísimos, de cualquier modo, pero el indio de Noyóo conocía, palmo á palmo, los abruptos contrafuertes de la cordillera y su voluntad inflexible de titán triunfaba de todos los obstáculos y barreras que le oponía la naturaleza.

No en balde había visto la luz allí, en aquel lindo pueblecillo que encuadran los trigales siempre Tozanos, al pie de aquella cordillera siempre verde, donde crece el pájaro-bobo, dando flores de pétalos gruesos, frescos y aterciopelados; donde el zenzontle deja oír sus trinos paradisiacos, y donde surgió y creció una raza viril, brava, dominadora.

Ya en la caída de la tarde, cuando el sol trasponía la última sierra y los trigales semejaban extenso mar color de oro viejo, las águilas que volvían á sus guaridas contemplaban al indio—inmóvil, triste, con no sé qué nostalgias en el alma—ora sobre la copa de un árbol, ora afianzado á una roca, muellemente reclinado en el césped; pero siempre triste, siempre huraño, siempre sólo, clavada la vista en el pintoresco pueblecillo donde naciera, cuna de sus alegrías y sus cariños, sentimientos no apagados en su alma soñadora y nostálgica

¿Qué soñaba el indio de Noyóo? ¿qué sufría aquél desventurado, desventurado como su raza? ¿Por qué sólo veía, con mirada pe-

netrante, la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea? ¡Ah! El indio había amado. En la salvaje beatitud de su vida, una vez sintió el estremecimiento irresistible de la pasión..... y amó con furor, con frenesí, como ama el ser atávico, el que no entiende de mentiras y negruras mundanas, como ama el bueno, el que todavía lleva en el alma las alburas del sentimiento. Así amó el indio, y por eso ve con mirada penetrante la cúpula semitorcida y ridícula de la iglesia de su aldea. Es que allí reside el que le arrebató la felicidad y la fe, el seductor de la hembra torpe, el dominador de entonces, el superhombre de la época. El indio amó á la india de mirada nostálgica y soñadora, y la india pervertida ó torpe, cayó en la red, en la red tendida por un individuo llamado P. Soto, quien con la honra de una mujer le arrebató la felicidad y la vida. Y por eso nuestro hombre, solo, grave y triste, mira con insistencia el campanario de su aldea. Así lo hace desde el día fatal en que comprendiera su eterna desgracia. No protesta, no hiere, no asesina. ¿Qué espera? Calla, medita y ve..... Y así continúa el indio, hasta que llegan á él los rumores de la lucha encarnizada. Hasta las montañas de Noyóo se aperciben las hazañas de Morelos..... entonces, grave, y triste, y solo; una tarde gris, llorosa, sin matices; una tarde de dolor, vuelve la espalda á su aldea, y parte, y se va, con la mirada ceñuda y la color pálida, rastreando entre los picachos de la montaña, como rastrean los reptiles en los vericuetos del camino.

II

El ilustre y excelentísimo señor doctor y maestro don Antonio Bergosa y Jordán, Obispo de Antequera el año 12 y después Arzobispo de México, había fulminado tremendas excomuniones sobre las cabezas de los primeros independientes, á los que llamaba en sus escritos y en las terribles requisitorias del púlpito: "foragidos, exhombres, excristianos, exprójimos, ultramalditos" y demás.

Era un obsipo militante de las buenas épocas del Cardenal Cisneros, nacido, más para

ceñir una tizona descomunal, que para cargar el báculo de humilde pastor de almas. Realista fanático y laborante celoso, no se detuvo en las simples pastorales de execración, sino que, á guisa de buen soldado de Dios y del Rey, levantó un cuerpo de sacristanes y curas, artesanos creyentes y miembros de las cofradías, para ponerlo frente á frente de las huestes enemigas. No sé si la necesidad ó el origen, ó por amor á la indumentaria del obispo, pero el caso verídico es que aquél batallón churrigueresco vistió de morado vivo, color no ideado aún en las ordenanzas militares de todos los ejércitos del planeta. Y entonces el pueblo, con ese buen sentido que Dios le ha dado, tomó la nota chusca, bautizando á los desfacedores del señor Bergosa con el despectivo nombre de "batallón de la mermelada."

Con ese batallón y otros cuerpos de indios y negros de la costa chica, salió don Juan José Caldelas para Yanhuitlán, á aumentar el ejército realista que comandaba el testarudo vecino del lugar y español de buena cepa, Don José Régules y Villasante. El Obispo Bergosa hizo jefe del "batallón de la mermelada" á cierto sacerdote apellidado Marín, Canónigo de la Catedral de Oaxaca. A aquella chusma se fueron agregando muchos moradores de la región de la Mixteca, y no sé si como sargento ú otra cosa, pero á ellas se agregó el "amo Soto," que vivía en el pueblecito donde hemos comenzado nuestro relato. Este "amo Soto" había sido en la península, y en sus mocedades, galopín de una fundición, y tenía ciertos tintes de artillero: de modo y manera que el P. Marín, General de la "mermelada," destinó á Soto para el servicio del único cañón que llevaban.

En el convento de Yanhuitlán, que es una verdadera fortaleza, se habían atrincherado con todo éxito las tropas realistas del famoso Régules Villasante. Allí las batieron, sin descanso, las huestes independientes de don Miguel Bravo y don Valerio Trujano, comisionados por Morelos para tomar Silacayoapan y destrozar á Régules.

Trujano aumentó sus fuerzas con centenares de bravos mixtecas que de todos los

pueblos marchaban para defender las nuevas ideas de libertad, y, precisamente frente á los muros de Yanhuitlán, se agregó á las filas independientes el que después sería héroe famoso, el indio de Noyóo. Bravo y Trujano tuvieron que levantar el sitio de Yanhuitlán, porque Morelos solicitaba auxilio, viéndose encerrado ya en la grande, hasta la heroicidad, histórica villa de Cuautla. Pero si Bravo caminó con mejor suerte, don Valerio Trujano vióse precisado á encerrarse en Huajuapan, la única plaza que se le ofrecía para resistir medianamente por aquellos rumbos. Y allí fué con su ejército mal disciplinado y casi desnudo.

Es admirable cuanto hizo el bravo Trujano para defender Huajuapan, plaza que no guardaba ningunas condiciones ventajosas de defensa. Tomó toda la carne y grasa del ganado cabrío que en esos días se mataba en abundancia para surtir á Puebla, y él mismo repartía las raciones diarias, á fin de que sus soldados no se diesen cuenta del aminoramiento de víveres; mandó fabricar cañones con unas campanas viejas, y los cañones resultaron verdaderos canales de desagüe, casi inútiles; por allí se lanzaban proyectiles, cuando los había, ó cohetes y cámaras que fabricaban dos ó tres pirotécnicos de la villa; levantó frágiles trincheras y aparentaba tener enormes recursos.

No así los iracundos Régules y Caldelas, que tenían abundantes provisiones y algunas buenas culebrinas, con las que hacían mucho daño.

Una compañía de soldados independientes abría brechas en las casas y mantenía por subterráneos las comunicaciones, cuando era necesario. A esa compañía se la llamó de "los tuseros," pues, como las tusas, ahondaba el suelo por donde convenía. "Tusero" era nuestro indio de Noyóo. Incansable, tenaz, decidido, de la mañana á la noche escarbaba la tierra, con pies y manos, para oponer la contramina á la mina, para salvar una distancia en lo profundo, para hacer una salida y combatir cuerpo á cuerpo con el enemigo.

III.

Trujano necesitaba conocer los planes de Régules, porque sólo así creía posible la resistencia cuando todo se le acababa: municiones, rancho, ánimo. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo podría llegar al campo de los sitiadores un espía? ¿Dónde encontrar éste, si la empresa era por demás arriesgada, tal vez temeraria? Quiso probar y comunicó sus planes á los jefes inferiores. Estos vacilaban, como él, y buscaban todos los días; pero en vano. Al fin se fijaron en aquél indio taciturno y decidido, en aquél "tusero" que subía y bajaba por las brechas con la rapidez de un mono. Este no vaciló; al contrario: dijo que la empresa era fácil. ¡Fácil! ¿Qué montaña, qué altura, qué corte de sus Mixtecas le había vencido? ¿A qué punto no llegó su vista que no llegaran sus pies? Y el temerario indio salió una noche, y todos creyeron que no volvería. Los últimos centinelas lo vieron resbalar como ardilla por un muro de las afueras. No volvería. El esfuerzo sobrehumano de aquél desdichado no era otra cosa que la desesperación de la impotencia. Pero el indio volvió, volvió todavía cuando manchaban las sombras de la noche las humildes casuchas de la población; y volvió con su cara taciturna y triste, con su dejo de amargura en la pupila, pero trayendo nuevas importantes. Sin ser sentido, con su habilidad de cuadrumano, pasó por todas partes y llegó hasta el alojamiento de Régules Villasante. Régules hablaba con Caldelas y disponía atacar por el barrio bajo de la villa. Como prueba de su dicho, llevaba el indio unos pimientos que sustrajo de la cocina de Régules.

Nadie lo creía. El mismo Trujano vaciló en mandar defender con mayores refuerzos el barrio bajo. Pero al día siguiente este punto fué atacado con brío por las tropas de Caldelas y los sitiados obtuvieron una victoria. La fama del indio brilló con esplendidez en el campamento y el "tata" Trujano lo colmó de atenciones.

Y así salía todas las noches y siempre los ataques de los realistas eran rechazados, creyendo Régules que había mayor número de

fuerzas en la plaza y que todos los puntos estaban convenientemente fortificados. Prosperaba la buena causa.

Una noche volvió el indio más tarde y con el rostro más alegre. Régules había ordenado atacar la trinchera con el grueso del batallón de la "mermelada," inclusive la culebrina que manejaba P. Soto. Por eso brillaban de purísima alegría los ojos soñadores del indio de Noyóo. Por fin, á su cerebro agitado, llegaban, en tropel, las ilusiones de una juventud vivida en sus colinas, absorto en sus picachos y en sus matorrales, convencido de que era siervo y de que siervo había de ser, resignado, como sus hermanos, con el yugo en el testuz, como los bueyes de Noyóo. Recordaba los días felices en que tejía los sombreros y los petates al son de una tonada melancólica. Allí estaban sus primeras impresiones de amor, la pasión por aquella india de ojos nostálgicos como los suyos, la hembra ignorante que le arrebató el superior, el casi divino, el amo. Y aquel amo atrabiliario estaba allí, por coincidencia infernal. Estaba allí y estaría al otro día manejando su culebrina. Y por eso sonreía el pobre indio, que nunca había sonreído. Al cabo que él había visto caer por las balas de los otros, al cura Calderón, en aquel mismo sitio. Sí, los curas podían morir en la pelea. ¿Para qué combatían? Había buenos y había malos; los malos estaban con los dominadores, no con ellos. Y la obsesión persistía, acabando con aquél fanatismo de tantos siglos, las preocupaciones morían en el cerebro, ante la visión de la hembra pervertida que, para él, simbolizaba la patria.

Así esperó la mañana, sin dormir, calenturiento, siempre sonriendo; junto á la endeble trinchera, oprimía con frenesí la culata de su fusil de chispa.

Y así transcurrieron las largas é interminables horas de aquella noche de recuerdos, hasta que al fin lo sacó de su aturdimiento el ruido espantoso de la pelea. Eran ellos. El indio se endereza, sube ágilmente por las piedras amontonadas y sin el menor esfuerzo llega á la cima. Nadie le sigue. Sólo él desafía, desde lo alto, los disparos de los

realistas. Pero no tira. Su mirada de águila escudriña el campo enemigo y busca. Y está serio, muy serio. De pronto sonríe, lleva el fusil al hombro y dispara. El amo Soto muere junto á su culebrina, y el indio de Noyóo baja la trinchera siempre sonriendo.....

IV.

Trujano, ya sin esperanza de socorro, envió un propio á Morelos. Este fué el indio de Noyóo. Dos cohetes, lanzados al espacio, fueron la señal convenida de haber atravesado el mensajero las filas enemigas. Morelos llegó á tiempo para salvar á Trujano. El indio no volvió. Nadie sabe su tumba, nadie sabe su nombre. He registrado los papeles amarillentos de las bibliotecas; pero en vano. Quizá no tenía nombre, como no tenía mujer, como no tenía patria.....

Y el pájaro-bobo sigue deshojando sus pétalos gruesos, blancos y aterciopelados, como un holocausto, sobre el riente pueblecillo de Noyóo.

ADALBERTO CARRIEDO.

EL BARRIGON

Durante la épica guerra de la Independencia, el señor Morelos recibió una carta subscrita por un amigo suyo residente en esta capital y concebida, poco más ó menos, en estos términos:

"Sé, de buena fuente, que el Virrey ha pagado á un asesino para que lo mate á usted; no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy "barrigón"....

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta, leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas, y en esos momentos se le presentó un individuo de abultado abdómen solicitando que lo admitiese á su lado para prestar us servicios en prc de la causa nacional; sonriente el señor Morelos, hizo que el huésped se colocara á su diestra, compartió con él su frugal almuerzo; salió, concluido éste, á recorrer el campamento; volvió á la hora de la cena; hizo llamar al forastero, tornó á colocarlo á su derecha, y, levantados los manteles, fuése á acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto á la suya y ofrecídosela al forastero; en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse á roncar con la tranquilidad del justo. Espantado ante tanta serenidad el asesino, que, realmente iba á serlo, no se atrevió á perpetrar su crimen y, furtivamente, se fugó.... Al clarear el día, incorporóse en su lecho el señor Morelos, volvió su vista al que cercano estaba y, no viéndolo ocupado, preguntó á su asistente:

—"Qué es del señor que anoche durmió aquí?....

—"Señor, le contestó el soldado, dicen que esta madrugada, muy temprano, ensilló su caballo, montó y se fué."

El Generalísimo pidió recado de escribir y, con su letra gorda, clara y firme, contestó á su amigo:

"Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que á esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo"....

EDUARDO E. ZARATE.

¡TODO UN AMOR!

I.

Jóvenes, nobles, ricos, bellos. Don Mariano Abasolo y Doña Manuela Taboada, se conocieron y se amaron; sus respectivas familias concertaron su enlace; pero estaba á punto de estallar la revolución de 1810.... Abasolo era de los comprometidos á tomar parte en ella; súpolo Doña Manuela; las tradiciones de abolengo, las sugestiones del confesonario, los temores de la mujer enamorada, la indujeron á suplicar á su novio que desistiera de su empresa; pero él alegó su palabra empeñada, sus compromisos contraídos, sus ideales largo tiempo acariciados, y se mantuvo firme en sus designios. Entonces ella, renunciando á las preocupaciones de la época, á los dijes del tocador, á las comodidades de una plácida existencia, convino en unirse con el elegido de su corazón, con la condición de seguirlo á todas partes; aceptada esa condición, efectuóse el enlace y juntos siguieron las peripecias de aquella portentosa lucha, hasta sucumbir juntos también en aquella triste rota de Acatita de Baján; llevados ambos á Chihuahua, en unión de los demás héroes de la Independencia, echóse la joven á los pies de los mandatarios españoles, y, á fuerza de sollozos y de lágrimas, obtuvo de ellos que se suspendiera la ejecución de la sentencia de muerte pronunciada en contra de su marido, mientras ella venía á México

á solicitar la gracia de indulto. Obtenida esa concesión, emprendió su dilatado viaje: á caballo, á pie, en carro, como le fué posible; arrojóse, al pasar por Guadalajara, ante las plantas del feroz Calleja; llegó, por fin, al Palacio Virreinal y, atropellando guardias y menospreciando lacayos, se prosternó ante el estúpido Venegas, y obtuvo, al fin, el perdón de la vida de Abasolo á cambio.... ¡triste concesión!.... de su destierro y prisión perpetua, de la confiscación de todos sus bienes y de la "ignominia" para él y sus hijos.... Regresó á Chihuahua, portadora de la infamante nueva, y, con penalidades mayores por haberse extinguido sus recursos, volvió á recorrer el larguísimo trayecto que media entre esa ciudad y la de México, y luego el que separa á ésta de la de Veracruz, llegando hasta implorar la caridad pública en los caminos.

II.

Destinado Abasolo á una fortaleza de Cádiz, Doña Manuela se dirigió al Capitán del buque que debía llevarlo hasta ese puerto y logró de él, mediante un cofrecito en que guardaba las alhajas que había salvado como único resto del naufragio de su pasada opulencia, que la admitiera á bordo. Al llegar á Cádiz, fué encerrado Abasolo en una fortaleza; su esposa, desfallecida, cayó sobre los muros de la prisión, pegó á las húmedas losas sus brazos extendidos, y con sus lamentos logró conmover.... ¡conmoviéranse las piedras!.... á los carceleros, que al fin consintieron en que compartiera con su amado el obscuro calabozo que le había de servir de habitación.... Cuatro años vivió ahí, privada de luz, de aire, de todo bienestar, ella, acostumbrada á vivir entre sedas y encajes! Y al cabo de ese tiempo, cuando una penosa enfermedad puso fin á la vida de Abasolo, acompañó su cadáver hasta el cementerio, regó su losa de flores y de lágrimas, y regresó al país, sin tener siquiera, como la viuda de Germánico, el triste consuelo de traer apretadas contra su corazón las cenizas del bien amado de su alma, y llegada que fué, se

hundió en el olvido y en la sombra, sin pedir nada para sí ni para sus hijos, identificada con sus recuerdos, abrazada como á una cruz, á sus sufrimientos, y envuelta, como en manto de luz, en la estela de su único y constante é intensísimo amor.

EDUARDO E. ZARATE.

EL CUASIMODO DE MORELOS.

(ANTONIO LARGOS).

I.

Era muy joven cuando visité, con el General Régules, el pueblo de Carácuaro, que la historia ha glorificado porque es el lugar del Estado de Michoacán de donde salió el Cura Morelos para unirse con Hidalgo y luchar por la Independencia de México.

Avidos de saberlo todo, de beber en la fuente caudalosa de la epopeya de insurrección, supimos, con gran regocijo, que allí alentaba todavía un herrero octogenario que había servido á las órdenes de Morelos, del Generalísimo, que le llamaban para aquilatar sus méritos de militar y de patricio. No nos hicimos esperar, y aquel mismo día nos hallamos bajo el techo pajizo de un "canchire," modesta choza de la tierra caliente, y frente por frente de un hombre que revelaba gran entereza, no obstante lo avanzado de su edad y una honradez patriarcal.

Cansámosle á preguntas, y después de satisfacer cuanto pudo nuestro interés, al par que nuestra intensa curiosidad, díjonos con voz firme y seguro de lo que decía:

—"Pero de lo que no se ha hablado en los libros que á mis manos han llegado, y que me han traído mis hijos de las ciudades, es del heroísmo de un hombrecillo gigante por su gran corazón: lo recuerdo todavía."

Inútil es agregar que suplicamos al veterano que nos contara aquella historia.

El viejo soldado tomó la palabra y absorbió nuestra atención durante su interesante relato.

II.

"He querido referirme, dijo, al "cuento del jorobado," que la gente vulgar así le llama, aunque es una historia tan cierta como las hazañas del invicto Morelos.

"Era un hombrecillo jiboso, bajo de cuerpo, nervioso hasta en las extremidades de sus largas manos y que revelaba en sus movimientos la agilidad y la viveza de la zorra. Sus ojos parpados, sombreados por largas pestañas y arqueados por espesas cejas, dejando su apacibilidad, como si despertaran de un hermoso sueño, lanzaban rayos de coraje cuando se hablaba en el pueblo del viaje de Morelos para ir á guerrear por la patria.

"El jorobado era huérfano, hijo de español y de madre mexicana y lo había traído á su lado el señor Morelos, de edad de quince años, de un viaje que hizo al Estado de Guerrero. Llamábase Antonio y apellidábase Largos, lo que le había valido entre la gente del pueblo el apodo de "El Largo," por vía de abreviatura.

"El Largo," de aprendiz de carpintero, había acabado por adueñarse á la perfección del oficio de su maestro, harto entendido en achaques de crugías y colaterales. Empleaba el jorobado, cuando ya fué hombre hecho y derecho, digo mal, cuando la edad de sus pasiones dominó su espíritu, empleaba su tiempo en las faenas de su oficio, las labores de sacristán en la Parroquia de este pueblo, y en algo más. ¡Ay! en algo que tenía que influir en el fin trágico de su existencia.

"Aquel hombre amaba. Habíase prendado de los ojos y de las virtudes de Ana, una de las bellas lugareñas, y, desde los primeros momentos en que se sintió poseído por aquel sentimiento que en toda su grandeza ennoblece y eleva las acciones de sus tributarios, el jorobado no perdió ocasión

de hacerse digno del objeto de su cariño, aunque lo hizo con tal discreción, que la joven tomó al principio aquel afecto como adhesión de un hombre vulgar á la que era llamada por la aduiación y la lisonja la más bella de las mujeres, confirmando esta fama la ronda de adoradores que la asediaban por todas partes.

"El infeliz jorobado había dado entrada en su generoso corazón á una pasión que, como venenosa sierpe, tenía que causarle la muerte. Su figura, si bien defectuosa, tomaba para sus adentros tales caracteres de monstruosidad, que disculpaba los desdenes de Ana y hasta lo absolvía de todos los cargos que hace el amor, egoísta de suyo y exclusivista siempre.

"¿Cómo ha de quererme á mí? exclamaba en sus arrebatos, mezcla de despecho y de profunda tristeza. Y, sin embargo, tan resignado convencimiento no había podido impedir que la lava de los celos descendiera del cerebro hasta calcinar aquel corazón de gigante!....

"Antonio Largos no tenía más afectos en el mundo que el amor de aquella joven y el que profesaba al señor Cura Morelos y á una venerable anciana, cuyo cuidado le había encomendado al partir el Generalísimo para ir á luchar por la patria.

"Siguiendo costumbre invariable, el jorobado se encaramaba todas las tardes en la parte más culminante de la torre de la iglesia parroquial, y allí se entregaba á volar por esos mundos de los enamorados, contemplando con infinita melancolía la morada de la orgullosa Ana, que era como un búcaro circuido de ciruelos, hasta que se esfumaba en las espesas sombras de la noche.

"¡Cuántas palabras tiernas, cuántos besos y cuántos suspiros confió al viento cálido de las tardes estivales! Y, también, cuántas lágrimas rodaron por su semblante demacrado por el insomnio, hasta humedecer el muro por donde subía al cielo de sus ideales!....

"Una noche, en que había permanecido en su observatorio de piedra más tiempo del de costumbre, y en que algo más gra-

ve que de ordinario le preocupaba, maduró una resolución inquebrantable, y bajó resuelto á ponerla en obra.

"Como un rayo de consuelo había venido á su espíritu, atribulado por un amor que él, en su humildad y excepcionales condiciones, juzgaba insensato, un sentimiento nuevo que conmovió todo su sér: el amor á la patria!

"A ejemplo del heroico Cura, el contrahecho sacristán se sintió capaz de luchar por ella y soñó con el laurel de la gloria para ofrecerlo á la que, ingenuamente, creía digna de tan cara prenda.

"Dos días solamente anduvo de trajín el valeroso muchacho para equipar una jaca y alistar un corvo machete de mi arsenal —pues yo era proveedor en aquel entonces de armas para los insurgentes,—y cuando estuvo listo, parecióle conveniente escribir á su novia, ya que el valor le faltaba para darla personalmente la despedida.

"Toda la reserva que había mostrado hasta aquel día se tornó en expansión franca, y la misiva fué preñada de todas las ternezas, de todas las locuras imaginables, encerrando en el fondo esta notabilísima idea: hacerse digno de su divina Ana, como la llamaba de manera monda y lironda.

"No sabré decir á ustedes la impresión que causara la despedida del sacristán en el ánimo de la joven; pero un hecho, sostenido por la historia, es bien significativo.

"Desde que se supo en el pueblo la desaparición del jorobado, á Ana se la vió asistir al templo diariamente, lo que no hacía sino los domingos y fiestas de guardar, y se convirtió desde aquellos días en la cuidadora más asidua de la anciana que tenía á su cuidado el sacristán de la Parroquia. Y hay que añadir, con datos fehacientes, que Ana fué otra de la noche á la mañan, y que la ronda de sus adoradores desapareció como por magia. La pobre niña vistió de luto y se la veía vagar en su huerto como una mariposa negra.

"Así transcurrieron algunos meses. La insurrección había estallado como un volcán y los relatos de las heroicidades de Hidal-

go y de Morelos corrían de boca en boca. Del jorobado se sabía que había organizado una guerrilla y que á toda hora buscaba la ocasión de batir á los realistas. El Cura Morelos le había perdonado su desobediencia, pues le tenía prevenido que permaneciese en Carácuaro, suponiéndolo inválido para la brega, cuando el mismo Cura tampoco podía sospechar en sus condiciones sacerdotales que sería el genio asombroso de la guerra.

"Larga sería la narración de los hechos de armas que llevó á cabo "El Largo," como le llamaban también sus compañeros, casi olvidando su nombre patronímico; pero, sea dicho en su honor para lo venidero, en el parte que rindió Calleja del sitio de Cuautla, dijo textualmenteque: "un jorobado de los facciosos de Morelos peleó con tal bravura como pudiera hacerlo el mejor de sus soldados." Y testigos presenciales de aquella gloriosa jornada añaden que aquel héroe quedó allí acribillado por las balas y que antes de expirar pronunció un nombre...."

—¡Ana! interrumpimos á un tiempo el General y yo, suspensos de los labios del veterano.

—¡Patria! objetó el viejo herrero con entonación homérica, y se enjugó dos lágrimas que mojaron los surcos de sus mejillas.

JOAQUIN TREJO.

DOS EPISODIOS DEL SITIO DE CUAUTLA.

I

EL CORONEL SAGARRA

Serían las cinco de la mañana. Escasa luz hacía percibir como en la bruma la torre de San Diego y las más elevadas de Santo Domingo y Santa Bárbara, desprendiéndose de un ramillete de verdes palmas.

La población despertaba insensiblemente. Vagas inquietudes y la ansiedad de hallarse el enemigo al frente, llevaban grupos de curiosos á las alturas de los edificios y aún á las copas de los árboles.

El General Morelos apareció en la plazuela de San Diego, á caballo y seguido de su estado mayor. Apeóse en la puerta del atrio y penetró al convento. El Coronel don Hermenegildo Galeana salió á recibirle, abrazándole cordialmente. Morelos le dijo:

—Parece que hoy tendremos función de armas. Es preciso observar con atención al enemigo.

—Sí, mi General: yo también lo creo: subamos á la bóveda de la iglesia.

Ambos ascendieron, provisto el General de su anteojo de larga-vista. (*)

(*) Este instrumento utilísimo en aquellas circunstancias, había sido quitado al enemigo en un combate. (Cuadro histórico por don C. M. Bustamante.)

Era indudable que el enemigo proyectaba algún ataque. Gran movimiento podía observarse en su campo. Intensa ya la luz de la mañana, veían desplegar imponente una ala dilatadísima de soldados. Morelos dijo á Galeana:

—Observe usted..... se disponen para organizar en el Calvario las columnas de ataque.

Galeana tomó el anteojo para observar con atención. Despus de cortos momentos, hízole notar:

—Ya avanzan!..... traen, además, algunas baterías.

—Bien,—contestó Morelos,—cuyos ojos vivos siempre, se animaron más. Dirigiéndose de nuevo á Galeana, le dijo:

—Confío en usted el mando de este fuerte, que es el punto más importante y donde debe principiar el asalto. Tome inmediatamente sus disposiciones mientras recorro las otras líneas.

Ambos descendieron velozmente. Al despedirse Morelos, agregó:

—"No hay que olvidar nuestra escasez de parque:" que no se desperdicie un sólo cartucho. Deje usted avanzar al enemigo, y dé órdenes estrictas para que nuestros soldados no respondan á sus fuegos sino en el momento que puedan hacer certeros sus disparos.

—Así se hará,—contestó Galeana.

Morelos montó de nuevo su caballo y á paso largo se alejó rumbo al centro de la población. Iba á visitar los otros fuertes.

Repitió á sus jefes Matamoros y Bravo las mismas órdenes, volviendo á Santo Domingo donde se hallaba la proveeduría para vigilar personalmente la delicada operación del reparto del parque.

Entretanto, Galeana, con increíble actividad, cubrió los puestos, renovando ó modificando las guardias de la noche. Condujo á Torres con su compañía á la trinchera del Norte que cerraba la calle real en dirección al Calvario. A su sobrino, don Pablo Galeana, casi niño aún, le colocó en la trinchera de Oriente y Norte.

El Capitán Larios con un piquete y una pieza de artillería, quedó situado en la ca-

llejuela Sur de la misma plaza. Boyás, jefe de la maestranza y el Coronel Salas, en el costado Sur de San Diego con otra pieza de artillería.

La torre y principales alturas de la iglesia, se cubrieron igualmente. Una gruesa partida de indios honderos tras de la tapia Oriente de San Diego, resguardados por ella, y auxiliados por algunos soldados al mando de José de la Cruz, debían esperar el momento preciso para lanzar sus silenciosos y atrevidos proyectiles.

Gran número de mujeres del pueblo llenaban el atrio de la iglesia.

Galeana dió orden de mantener abiertas las puertas del templo para que se refugiasen en ese punto las familias que no tuvieran otro asilo. Discurrían entre la multitud una jóven llamada Marta y otra á quien le decían la Cardoso. Era ésta una hermosa mujer; (*) ausente por entonces de su marido que fabricaba pólvora para los independientes en otras poblaciones; ella había seguido al General Morelos y su ejército, siempre retozona y contenta, luciendo sus gracias y áun su fuerza física: de cuerpo esbelto, talla elevada, la Cardoso traía descompuestos de cascos á más de cuatro oficiales.

Minutos antes de las siete y á paso veloz, destacáronse del Calvario dos gruesas columnas. Los vigías de la torre dieron el aviso. Galeana asestó el anteojo, y aun le fué dable apreciar cómo reforzaban á la columna del centro otras dos más, desprendidas á derecha é izquierda, ocultándose en su marcha tras de los arbolados de las huertas laterales. La artillería marchaba diagonalmente al fuerte, en los campos de Guadalupe. En aquellos momentos supremos, Galeana descendió á la trinchera principal, tomando su carabina.

A cada oficial que hallaba al paso, á cada uno de sus valientes negros del Sur, les dirigía alguna palabra de animación y

(*) Cuadro Histórico por D. C. M. Bustamante.

cariño. En todos los semblantes brillaba el entusiasmo á la vez que el más estudiado silencio. Ni un disparo, ni un grito: á los ojos del enemigo, bastante cercano ya, aquel fuerte se creería desierto.

A cien varas de la trinchera Norte, el enemigo hizo alto, y una ruidosa descarga de fusilería anunció á los guerreros de Cuautla que se había roto el fuego por los asaltantes.

Continuó el silencio en la línea de los independientes. Los realistas avanzaron aún más, volando el polvo de la trinchera con las incontables balas que la herían. Abrieron su línea al N. E. dejando paso á la artillería. Pusiéronse las piezas en batería de frente á la esquina de San Diego. (*) Armada allí la batería y dirigendo sus fuegos el arrogante Coronel "Sagarra," las fortificaciones sufrían con semejantes proyectiles llegando á ellas segundo tras de segundo.

—¡Fuego!—exclamó Galeana,—y en un momento aquella muda trinchera vomitó el exterminio y la muerte!.... El frente de la columna cejó levemente: algunos muertos y varios heridos, estorbaban el paso á sus compañeros. El fuego siguió sin intermisión: cada tiro de los independientes, era contestado por diez de los realistas; pero con algún lamento de rabia ó dolor lanzado por los heridos.

La batería del campo de Guadalupe perjudicaba extraordinariamente á los valientes soldados de Galeana, abriendo brecha en su trinchera ó impidiendo la repetición de los

---

(*) En la célebre y justamente afamada obra "México á través de los Siglos," se asienta que las baterías españolas fueron colocadas en la plazuela de San Diego. No aceptamos semejante versión, porque sería tánto como admitir que se les había dejado entrar al interior mismo de San Diego. La plazuela de ese nombre era el "centro del recinto fortificado." Pugna esa idea con el estudio del lugar ó teatro de los acontecimientos.

disparos en sus defensores. Indiferente á la lluvia de balas enemigas, Galeana ascendió á lo alto del parapeto, desoyendo á sus soldados y aun á Torres que le instaban bajase. Cuando el humo de la pólvora se lo permitía y ograba divisar á uno de los artilleros, haciendo puntería, le dejaba fuera de combate. Logró con su arrojo sofocar la repetición del fuego de la batería. El coronel español de artilleros Sagarra, avanzó como Galeana á "pecho descubierto" y con pistola en mano. Acercándose á don Hermenegildo, que había descendido fuera del parapeto, le dijo:

—Ah, pícaro! á tí te buscaba. (1)

Tronó la pistola á quema-ropa y Galeana quedó en pie, ileso. Sagarra pretendio retroceder algunos pasos: Galeana tendió su carabina, disparó, y el arrogante coronel, clareado del pecho, cayó al suelo, mudo ya, arrojando sangre por la boca.

Galeana le tomó de un pie, y violentamente le llevó arrastrando tras del parapeto.

Atónito el enemigo, asombrado ante prueba semejante de valor, suspendió sus fuegos. El coronel independiente despojó á Sagarra de sus armas. Otro oficial le tomó las charreteras. (2) Galeana notó que aún vivía, é inclinándose al oído de un soldado. le dijo:

—En la iglesia está el presbítero Díaz, llámale y que auxilie á este jefe. (3)

Corrió el soldado,y poccs momentos después, don Joaquín Díaz, inclinado sobre Sagarra, le daba su bendición y el perdón del cielo, recibiendo su último aliento.

Al estupor y sorpresa causada en el ene-

---

(1) Versión de don Carlos M. Bustamante.

(2) Tradición de Cuautla.

(3) Referido por el Historiador tantas veces citado y muy de acuerdo con el carácter de Galeana, que era león en el combate: dulce y tierno en sociedad. Afable en extremo, hacíase querer de cuantos le trataban.

migo por el arrojo de Galeana, sucedió el furor del despecho, y como leones se abalanzaron á la trinchera. ¡Imposible asaltarla! Los primeros que llegaban, perdían la vida por su temeridad. Aquel campo estaba sembrado de cadáveres!.....

II

EL NIÑO NARCISO MENDOZA

Entretanto la columna española, que oculta había marchado á la derecha, alcanzó la tapia del convento, del lado Poniente. Rompiéronla penetrando á la huerta, (*) á la sazón que los indios pedreros descargaban con furia sus proyectiles, sobre los asaltantes de la calle principal.

En esos mismos momentos producíase en el atrio de San Diego un desorden espantoso. Una granada, venida de la batería de Guadalupe, estalló entre el grupo de mujeres, sin darles tiempo á tenderse en el suelo, cayendo unas heridas; muertas otras.

Narciso atravesó el pequeño atrio, y avanzando entre la lluvia de balas, alcanzó a don Luis en la trinchera, diciéndole:

—Una granada acaba de matar á la Cardoso y á mi hermana.

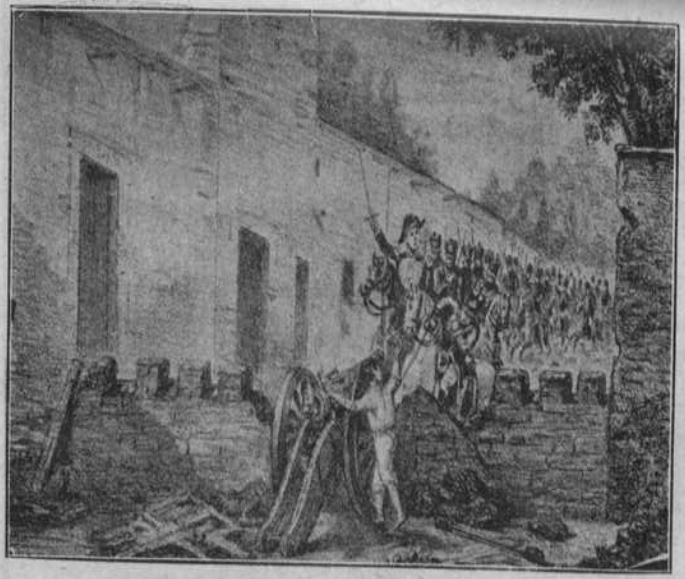
Algunas lágrimas rodaban por sus mejillas. Don Luis le habló al oído brevemente: el muchacho regresó al atrio seguido de un soldado.

En la huerta el tiroteo era espantoso. Los asaltantes avanzaban con denuedo y sin gran resistencia. José de la Cruz, gritando con toda su fuerza:

—Adelante, mis soldados: contra ellos,— se abalanzaba frente á los españoles.

Un soldado dió rápido el aviso á Galeana, y éste, por lo pronto, despachó á don Pablo, su sobrino, para que auxiliase á José de la Cruz.

(*) Tradición de Cuautla, que explica perfectamente el abandono de la trinchera de la plazuela al Norte y Oriente encomendada al sobrino de don Hermenegildo.



El Niño Artillero.

Don Pablo arrastró consigo á su gente, quedando por entonces desierta la trinchera de Oriente en la plazuela de San Diego.

Narciso volvió al lado de don Luis que pugnaba por contener á los asaltantes luchando cuerpo á cuerpo.

En el primer momento que pudo, dijo á don Luis:

—Herida está Marta; pero de un hombro no más, ya la llevé á su cuarto.

—Retírate, muchacho,—contestó don Luis con violencia.

Narciso, ocultándose tras de las casuchas del costado Norte de la plazuela, se dirigió á la trinchera de Oriente "absolutamente desierta." Hallábase á algunos pasos de distancia de ella, cuando vió desembocar por la bocacalle y venir de frente al parapeto una gruesa columna de dragones con un coronel á la cabeza. El niño, sin darse cuenta, alzó el bota fuego, que ardiendo se hallaba en el suelo. Abalanzóse un dragón: alzó su sable que dejó caer sobre el cuerpo del niño. (1) En ese instante precioso, disparó la pieza, casualmente cargada con metralla, envolviendo á toda la columna.

El elegante coronel, conde de Casa Rul, cayó de los primeros, soltando las bridas de su brioso caballo, herido también. (2) El desorden y el terror más profundos se apoderáron de los dragones, que llevando consigo á su coronel, retrocedieron espantados.

¡Narciso había salvado á Cuautla del asalto!..... Ni aún sabía darse cuenta de ello. Una mancha de sangre en su brazo derecho, indicaba el punto en que le alcan-

---

(1) La Historia cita el hecho heróico de Narciso Mendoza, sin mencionar que hubiese sido herido. Entre las tradiciones que se cuentan en Cuautla, recuérdase que el niño quedó lastimado del hombro derecho por uno de los dragones que pretendió impedirle disparar la pieza.

(2) La calle donde ocurrió semejante suceso, recibió el nombre que conserva hasta la fecha de calle del Fin de Rul.

zara el sable del dragón. En cuanto á éste, su mutilado cadáver yacía en tierra.

No llegaba á perderse de vista la destrozada columna de dragones, cuando apareció don Hermenegildo en la plazuela, de regreso de la huerta. Como un rayo se puso al lado de Narciso, y comprendiendo la situación, el peligro que habían corrido, y lo inmenso del servicio prestado por el niño, le alzó en brazos, estrechándole con efusión.

DEMETRIO MEJIA.

POR SU PATRIA Y POR SU DAMA.

I.

DON MANUEL VILLALONGIN.

Por los años de 1775 á 1780, nació este célebre insurgente, en la antigua Valladolid, Cabecera de la provincia de Michoacán, en el seno de una familia que disfrutaba buen concepto á la vez que algunas comodidades, y cuyo respetable jefe era Don Lino Villalongín, hombre de probidad y acendrado patriotismo.

La niñez y primera juventud de nuestro héroe están envueltas en la noche de los tiempos, y sólo se sabe que, ya en el vigor de la edad, y gozando fama de atrevido y diestro jinete, Villalongín se unió al señor Hidalgo cuando, á virtud de la desgraciada batalla de Aculco, volvió el egregio caudillo á Valladolid, en Noviembre de 1810. Acompañólo en su marcha á Guadalajara, donde, al ser reorganizado el Ejército Independiente, fué distnguido con el empleo de Mariscal de campo por el Generalísimo, quien conocía ya el valor temerario y la decisión incondicional que por la causa de la Independencia tenía Villalongín.

Este patriota, después de la catástrofe del Puente de Calderón, se internó á su provincia natal con una guerrilla formada de hombres activos y resueltos; y recorriendo con ella constantemente el territorio michoacano, distrajo de continuo la atención de las tropas realistas, que en vano le per-

seguían; habiendo sido innumerables las veces que el esforzado guerrillero, con golpes de audacia, derrotara al enemigo.

II.

UN HECHO HEROICO.

En Valladolid (hoy Morelia) se hizo memorable un hecho heroico, que ha pasado de padres á hijos con todos sus detalles, y el cual deseamos que, por ser verdadero, lo perpetúe la historia, y no lo lleven al libro de la leyenda sus mismas asombrosas proporciones.

Fungía de Comandante Militar de la ciudad el despótico y cruel Don Torcuato Trujillo, de tristísima recordación, y queriendo tomar venganza de los frecuentes descalabros que los insurgentes causaban á las tropas realistas, mandó aprehender y poner en rigurosa prisión á las cónyuges de algunos de ellos, que vivían en este lugar, como sospechosas de conspiración.

Por supuesto que entre éstas se hallaba la esposa de Villalongín, Doña Josefa Huerta, contra quien, por ser su marido el jefe más odiado, se dictaron las medidas más severas respecto de su reclusión, y aun se le llegó á condenar á muerte á raíz de uno de los brillantes triunfos alcanzados por el valiente guerrillero sobre las fuerzas del Gobierno colonial.

Era el segundo día de capilla de la infeliz esposa, cuando, á los albores de la mañana, tras un ligero tiroteo habido en la Garita del Zapote, al Oriente de la ciudad, se escuchó el tropel de caballos que á galope tendido y persiguiendo al retén que había en dicha garita, penetraban por la calle Real de la ciudad hasta la Plaza de Armas. A ese retén se unieron algunos soldados de los de la guardia de la Casa de Recogidas, que estaba entonces en un sólido edificio de dos pisos, que existió contiguo á la Capilla de las Animas, y en el cual se encontraba presa la esposa de Villalongín.

Motivaba aquel alboroto el hecho de que el denodado insurgente, sabiendo el peligro

que á su cara consorte amenazaba, con treinta hombres de los más valientes de su guerrilla había sorprendido á la fuerza que guarnecía la Garita, y dejando en ese punto la mitad de su gente, y haciendo que la otra mitad penetrase con estrépito hasta el centro de la ciudad, él y su asistente, se detuvieron en la puerta de la Casa de reclusión, y, acometiendo á los soldados que aún quedaban allí, les hizo rendir las armas. Y mientras el bravo asistente guardaba la entrada, el audaz jefe, prendiendo con las espuelas á su arrogante caballo, subió con ligereza las escaleras de mampostería, hasta llegar al piso principal, donde se hallaba la reo de muerte.

Ella, al escuchar el tumulto, sale de la capilla y encuéntrase con los brazos de su esposo, que la estrechan y suben á la silla; descendiendo luego Villalongín las escaleras con aquella preciosa carga que había arrancado á la parca inexorable.

Paso á paso, y radiante de satisfacción, recorrió Villalongín la calzada que conduce á la Garita, seguido de su fiel asistente y de la escolta que, después de llegar á la plaza y sembrar el pánico en la población, regresaba también al punto de partida. Allí, confiando á su asistente el cuidado de la prófuga, tendió su gente sobre las lomas del Zapote, esperando, como era natural, la salida de la fuerza realista á perseguirlo.

III.

EL ATAQUE DEL ENEMIGO.

Así fué: cuando la sorpresa calmó, Trujillo hizo salir violentamente un escuadrón á batir al osado enemigo; pero éste, que se hallaba preparado y tenía un jefe en la extensión de la palabra temerario, tan luego como los realistas hicieron la primera y única descarga, se les echaron encima con tal brío, que les obligaron á voltear grupas y regresar á la ciudad, seguidos largo rato por los jinetes de Villalongín, quien les había ordenado que no usasen los machetes si no era para azotar las ancas de

los caballos del enemigo, pues, como todo valiente, era generoso y humanitario.

De esta manera concluyó aquella hazaña heroica, que hizo popular en toda la provincia de Michoacán al denodado guerrillero.

Muchos fueron todavía los rasgos de arrojo con que siguió ilustrando su breve, si bien gloriosa vida de soldado, aquel infatigable insurgente, al defender la noble y sagrada causa de la Patria. Pero en aquella época de prueba para los dignos hijos del generoso Hidalgo, estaba escrito que llovería sobre ellos nuevas y tremendas desgracias.

A fines de 1814, hallábase ocupando á Puruándiro Villalongín, con un regular número de fuerza. Don Agustín de Iturbide, que había intentado varias veces sorprender —siempre sin éxito—al famoso guerrillero, combinó con el Teniente Coronel Castañón caer sobre aquella plaza en el momento en que fueran menos esperados.

IV.

TRAGICO FIN DEL HEROE.

En efecto, el primero de Noviembre de dicho año, fiesta de Todos Santos, que antiguamente con más pompa que hoy era solemnizada en todas partes, la fuerza insurgente se diseminó por la población, entregándose al paseo y á la alegría, después de que su jefe hubo recibido aviso de los exploradores, de que el enemigo se encontraba en Irapuato.

Serían como las cuatro de la tarde, cuando de improviso llegaron hasta el centro del pueblo dos columnas de dragones y atacaron el cuartel donde tenía su alojamiento aquella fuerza. La guardia resistió inútilmente el empuje de los asaltantes, quienes penetraron al edificio, que era la casa del Diezmo, y á pie y desarmado sorprendieron á Villalongín al salir de una pieza, y en la puerta del mismo cuartel, sin pérdida de tiempo, lo arcabucearon.

Tal fué el trágico fin del hombre que en

pocos años conquistó la fama de temerario y la gloria de patriota.

Su cadáver fué sepultado al siguiente día en el último tramo de la iglesia parroquial del lugar, en donde acaso todavía existan los restos, que el Gobierno debería apresurarse á recoger, para que reposen junto á los de los otros héroes de la Independencia.

Puruándiro ha dado á la calle en que se consumó la ejecución del mártir, el nombre de Villalongín, y la capital de Michoacán ha honrado también la memoria del mismo héroe, haciendo que lleve su apellido uno de los más hermosos jardines de la ciudad, construido precisamente en el sitio que ocupó la cárcel de donde aquél extrajo con audacia inverosímil á su aprisionada esposa, para librarla del cadalso.

Doña Leona Vicario.

LEONA VICARIO.

I.

Fué hija de padres ricos, y era ya una joven de diez y ocho años, cuando éstos fallecieron. Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, su tío materno, como curador, se hizo cargo de su persona y de sus bienes hereditarios, y para cuidar mejor de ella, pensó que debía vivir á su lado. Al efecto, tomó en arrendamiento la casa número 19 de la calle de Don Juan Manuel, en la cual formó dos viviendas separadas, una que destinó á Leona, y otra que reservó para sí y su familia.

Habituada la joven á toda clase de comodidades domésticas, cuidó de conservarlas; y al efecto, en su nueva casa, convirtió una bodega en cochera para guardar sus dos carruajes. Compró y mandó construir muebles nuevos, como canapés con cojines forrados en seda; mesas grandes, rinconeras, sillas, cómodas y aguamaniles de madera de bálsamo y embutidos; espejos grandes con otros ovalados en los copetes; baúles de linaloé pintados, candelabros de cristal azul turquí dorado, bombas de cristal blanco con sus cadenillas para colgar y pinturas de valor. El mismo buen gusto aparecía en su vajilla de Sajonia, en sus vasos de cristal dorado, en sus cucharas, cucharones, tenedores, cuchillo, braserito, candeleros, saleros y vinagrera, todos de plata, y principalmente en los útiles y enseres que sólo ella usaba, como su rosario de perlas

y oro, de siete misterios; sus escobetas con guarnición de seda y plata, para peinarse; su partidor de plata y sus peines de carey; sus fundas de almohada hechas de cambray y entretejidas con lazos de listón; su almohadilla de madera de bálsamo con chapita y llave de plata; su dedal de oro; sus devanadores de carey con seda y su caja de pinturas muy finas, maqueada.

Leona, además de abrigar un intenso misticismo, era muy caritativa: socorría á los pobres, á veces con gruesas sumas de dinero, los curaba con su propia mano en sus enfermedades, los mantenía en su vejez desvalida, y perdonaba cuando le hacían algún mal.

La piedad religiosa que le infundieron sus padres, no decayó en ella después de que murieron. Profesaba igual devoción á Nuestra Señora de los Remedios y á Nuestra Señora de Guadalupe. Cultivaba las bellas artes, las ciencias y la literatura.

Leona era de estatura regular, robusta y bien formada; movimientos graciosos; rostro lleno, afable y sonrosado; frente ancha, alta y vertical; cejas muy delgadas; ojos grandes, negros, de mirar luminoso, firme y enérgico; nariz fina y correcta, y boca pequeña y sonriente; Don Carlos María de Bustamante nos dice que "la naturaleza no le había negado un personal airoso y distinguido."

Leona vestía con elegante distinción. Tenemos una noticia muy incompleta de su guardarropa, pero que, sin embargo nos hace saber que Leona usaba gorras de raso blanco y listones morados; sobretúnicos de gasa azul de Italia, guarnecidos de fleco y lentejuela de plata; bandas de tafetán color de rosa con fleco de plata; guantes grandes y chicos de tafilete; medias con botín bordado, y zapatos de raso, bordados también.

Como, además de hermosa y elegante, Leona era, según dejamos dicho, naturalmente, inteligente; de una virtud acendrada; de una perfecta religiosidad; hábil en el arte de la pintura; instruida en historia, política, ciencias naturales y literatura; conocía el idioma francés; descendía de padres honorables, y poseía un buen capital,

debió sobresalir entre las demás señoritas de la alta sociedad de la Nueva España, por lo común extremadamente ignorantes, y despertar amor en no pocos de los jóvenes que tuvieron la fortuna de tratarla.

Fué el preferido de Leona Don Octaviano Obregón, notable miembro de una de las familias más opulentas de la provincia de Guanajuato; pero emigró á España, en donde á poco fué electo Diputado á Córtes, y no volvió á México.

II.

Entretanto, entró como pasante al bufete del tío de Leona, el joven yucateco Andrés Quintana Roo, quien á la sazón tenía veinte años. Era de rostro ovalado, lampiño y de color moreno, y un tanto encendido; pelo fino y lacio; frente pálida, amplia, eminente y majestuosa; ojos cafés obscuros, muy expresivos y, a decir de nuestro poeta más popular, "húmedos de pasión;" nariz sólida y ligeramente aguileña; labios delgados, cortos y de gesto amable; barba ancha y bien delineada.

Andrés vestía elegantemete; usaba, ora camisa de irlanda, levita negra de paño de primera con alamares de seda, pantalón azul ó blanco, de casimir ó de cotonía lisa y chaleco blanco de cotonía lisa ó con rayas moradas; ora camisa de estopilla lisa, casaca negra ó azul, de paño de primera ó de casimir con botones de seda ó de metal amarillo, calzón negro ó café de paño de primera ó de casimir, chaleco de seda negra, liso, y medias inglesas de hilo ó francesas de seda rayada. Usaba, además, pañuelos ingleses blancos, con orillas de varios colores; rosario de corales engastados en oro y de cruz del propio metal; pesada cadena, también de oro hecha en China; gruesas hebillas, asimismo de oro, en el calzado, y bolsillos para los duros ó pesos de plata y para las onzas y escuditos de oro.

Caracterizaban á Andrés un patriotismo acendrado, viril y capaz de la mayor abnegación; una honradez severa; excelentes sentimientos humanitarios, que lo mante-

nían dispuesto á todo instante para hacer el bien; una gran inteligencia; una inspiración muy levantada; copiosos conocimientos, y una palabra fácil y graciosa, que se volvía fascinadora cuando hablaba de la patria. Pronto figuraría Andrés en la Nueva España como uno de sus mejores poetas, por sus bellos y valientes versos, y como uno de sus escritores más notables, por su estilo clásico y de noble elocuencia.

En la casa de Don Agustín Pomposo, Leona y Andrés tuvieron ocasión de tratarse frecuentemente. Hermosa ella, apuesto él, y ambos jóvenes, buenos, inteligentes, instruidos é igualmente apasionados de su patria, era completamente natural que llegaran á amarse. Y sucedió, en efecto, que acabaron por amarse.

Andrés se hallaba en el bufete de Don Agustín Pomposo cuando estalló la guerra de Independencia; y desde luego se afilió entre los mexicanos que pusieron toda su alma al servicio de ella. Si no se presentó desde luego en los campos del combate, se debió quizá á que esperaba casarse antes con Leona. Solicitó para ello el correspondiente permiso de Don Agustín Pomposo, pero éste se lo negó; y parece que aquella repulsa lo decidió á abandonar la capital para ir á unirse á los insurgentes que combatían en Oaxaca bajo las órdenes de Morelos. Quintana Roo redactaba allá, á mediados de Julio de 1812, el "Semanario Patriótico Americano."

III.

Leona abrazó también la causa de la Independencia, sin vacilaciones ningunas, con todo el entusiasmo de su corazón ardiente, con toda la clarividencia de su gran talento, con todo el poder de su extraordinario carácter, plenamente convencida de que al fin triunfaría aquella causa.

Lanzado ya el grito de Dolores, Leona solía recibir en su casa á diversos amigos, partidarios de la emancipación de México, y á veces al tratar con ellos de ésta, se exaltaban tanto sus sentimientos patrióti-

cos, que la obligaban irresistiblemente á salir al balcón de su casa para gritar allí, enardecida y resuelta: "Vivan mis hermanos los insurgentes." Con frecuencia sus amigos tenían necesidad de reprimir su ardoroso patriotismo, que ella no podía ocultar, por ser de un carácter naturalmente franco é impetuoso. No olvidaba un momento á los insurgentes, ni dejaba de rezar diariamente "por el progreso de su causa." Sentía no ser hombre para lanzarse á guerrear al lado de ellos.

No obstante, en la capital, prestó á la Independencia valiosísimos servicios, tan meritorios, indudablemente, como los que le prestaron los guerreros insurgentes sobre los campos del combate.

Hizo ver á muchas personas partidarias de la Independencia, pero cohibidas por los tremendos edictos de las autoridades eclesiásticas, que aquéllos eran absurdos, y no merecían fe.

Escribía constantemente á los jefes de la revolución para alentarlos en su empresa con frases de fogosa simpatía; para remitirles impresos contrarios al Gobierno virreinal, que, según el Oidor Berazueta, encerraban más veneno que letras tenían, y para ponerlos al tanto de cuantas disposiciones dictaban en su contra las autoridades supremas realistas: con varias de las noticias que adquirió "á costa de muchos riesgos y dinero," y que muy oportunamente envió á los campos de Tenango, Zitácuaro y Tlalpujahua, evitó "muchos golpes á la insurrección," que pudieron haberla "sofocado en su cuna." Escribía también á Andrés, pero no para hablarle de amores, sino para tratar de la Independencia, que era su única ambición; así, en el archivo de Leona, "ninguna carta amatoria" de Andrés se encontraba. Leona puso siempre á la Patria sobre todas las cosas, aun sobre su mismo amor: por esto exigió á Andrés, para corresponderle, que luchara en favor de la Independencia, aunque seguramente no necesitaba exigírselo, pues Andrés demostró muy pronto un patriotismo sincero y profundo.

Mantenía correspondencia, asimismo, con

algunas de las esposas de los insurgentes, á fin de comunicarles noticias tranquilizadoras acerca de sus deudos.

En verdad, Leona "era el conducto por donde se comunicaban los patriotas de Mexico:" á causa de esto recibía de los insurgentes paquetes de cartas muy gruesos, que le traían "varios correos," que ella misma estableció.

Aunque las personas adictas á la Independencia acostumbraban romper ó quemar los papeles de los insurgentes, para evitar, en caso de que fueran procesadas, una segura condenación de parte de las autoridades realistas, Leona conservaba cuidadosamente todos los que recibía, si bien tomando la precaución de contestarlos con cifra cuando se referían á asuntos delicados; trabajaba, así, pacientemente, en formar claves que fueran de las menos usadas; pero no porque pensara en su propia suerte, sino para salvar á sus amigos insurgentes, á quienes designaba prudentemente con los pseudónimos de Telémaco, Robinsón, Nemoroso, Lavoisier, etc., etc., tomados de las mejores obras literarias é históricas que leía.

Atenta de continuo á los demás, se preocupaba mucho de los correos insurgentes, que tanto se exponían á ser aprehendidos por las fuerzas realistas, y los recomendaba del modo más eficaz á los jefes de la revolución, haciéndoles ver que esos hombres humildes prestaban verdaderos "servicios á la patria," y merecían, por lo mismo, algún premio.

Leona hacía algo más aún. Conquistaba con palabras de elocuente patriotismo á jóvenes animosos para que fuesen á engrosar las filas insurgentes; les daba armas y municiones, que no abundaban en los campos de la Independencia, y muy cuidadosa por los mismos jóvenes, escribía para saber si habían llegado allá felizmente.

Ella concibió y llevó á cabo el atrevidísimo proyecto de seducir á los mejores armeros vizcaínos que servían en la Maestranza del Virreinato, y de enviarlos al Campo del Gallo, de Tlalpujahua á fin de que fabricaran fusiles en él, los que construyeron

efectivamente, y resultaron "tan perfectos como los de la Torre de Londres;" no han de haber sido pocos los arneros que mandó, pues pudieron fabricar "diez cañones de fusil por día," y proveer, así, muy pronto, á los soldados insurgentes, con el armamento necesario. Ese proyecto era tal vez el que Leona calificaba de "muy benéfico á la nación," en una carta que escribió á Doña Gertrudis del Castillo, el 10 de Diciembre de 1813. De tal suerte, Leona remedió la principal dificultad que impedía á los insurgentes hacer la guerra eficazmente.

Probablemente Leona persuadió también á su primo Don Manuel, hijo de Don Agustín Pomposo, y al escribiente de éste, Don Ignacio Aguado, á que salieran de la capital á combatir en favor de la Independencia, pues ambos jóvenes se fueron con Andrés á Oaxaca, sentaron allí plaza de soldados insurgentes y mantuvieron desde entonces una correspondencia muy activa con Leona. El "Ilustrador Americano" del sábado 21 de Noviembre de 1812, llamaba á Don Manuel "joven á todas luces, benemérito de la patria, y daba la noticia de que se le había conferido plaza de Alférez de la 3a. Compañía del Regimiento número 1 de Infantería, lo que demuestra que el comportamiento militar de Don Manuel fué completamente satisfactorio.

De su propio peculio Leona socorría "á los presos por causa de la insurrección;" cubría el valor de las armas, municiones y gastos de viaje de los jóvenes que mandaba á los campos de la guerra, y sostenía en la capital á las familias de los arneros vizcaínos que asimismo había enviado allá.

Leona, para hacer todo esto, y distraer cualesquiera cantidades de estas sumas tan reducidas, tenía que prescindir de muchas cosas á que siempre estuvo acostumbrada; verbigracia: dejó entonces de usar coche, vendió las mulas en Enero de 1812, y poco después el único carruaje que había conservado.

IV.

En Febrero de 1813 fueron sorprendidas sus relaciones con los insurgentes, y comprendiendo Leona el inminente riesgo que corría, de que las autoridades realistas la procesaran y condenaran, se resolvió á huir al Sur, donde aquéllos se encontraban. Así lo hizo, dirigiéndose con dos de sus criadas al pueblo de San Juanico. Al buscar allí hospedaje, sólo pudo encontrarlo en estrechos jacales de indígenas, sin camas ni muebles y mal abrigados, dentro de los cuales permaneció oculta dos días seguidos, teniendo que mudarse continuamente de unos á otros, pues no bien conocían sus dueños que andaba fugitiva, la despedían, por temor á las autoridades realistas, que acostumbraban hacer crueles escarmientos en los indios.

A fin de aproximarse á los insurgentes, Leona abandonó á San Juanico, y guiada por un indio, caminó á pie cuatro leguas, sobre ásperas lomas y bajo un sol ardiente, hasta llegar al pueblo de San Antonio Huisquilúcan, de la repetida jurisdicción y alcaldía mayor de Tacuba, el cual tenía una población como de ochocientas familias indígenas. Leona debió llegar muy tarde y sumamente rendida de fatiga, porque no estaba acostumbrada á tan largas y penosas caminatas como aquélla.

También allá tuvo que alojarse en miserables jacalitos y que cambiarse de unos á otros repetidas veces.

Por todo lo cual, quedó al fin hinchada de los pies y enteramente lastimada. Recrudecióse su enfermedad con la falta de alimentos suficientes y sanos; sólo podía conseguir "huevos en mole" para almorzar, y "frijoles mal guisados" para cenar, no obstante que cuanto pedía pagaba "con bastante amplitud:" parece que su ama de llaves le llevó algún dinero. De allí que, enferma, mal alimentada y sin disfrutar reposo, su situación llegase á ser extremadamente angustiosa.

A la sazón, pasó por Huisquilúcan el insurgente Trejo, á quien Leona se apresuró á pedir "socorros y auxilio para pasar á

Tlalpujahua;" pero Trejo, que sin duda carecía de buena educación y muy probablemente ignoraba los importantes servicios que Leona había prestado á la causa de la Independencia, le respondió groseramente "que allí no querían gente inútil ni semejantes muebles, que lo que necesitaban era gente útil para las armas." ¡Con cuánta amargura oiría Leona esta respuesta, que la condenaba casi indefectiblemente á caer en manos de las autoridades realistas!

Averiguado por Don Agustín Pomposo el lugar donde se encontraba, mandó buscarla, y fué hallada enferma y en la mayor miseria. Conducida á México, fué encerrada dos días después en el Colegio de Belén, hoy cárcel del mismo nombre. (Marzo de 1813). Se le siguió el correspondiente proceso, y en él manifestó la mayor entereza, siendo digno de llamar la atención que al contestar los interrogatorios, jamás delató á nadie; se olvidaba de su propia suerte, y sólo cuidaba de salvar á los demás.

V.

Como los insurgentes no podían abandonar á Leona, que tantos servicios les había prestado antes, y que todavía ahora, estando presa, no vacilaba en ir al patíbulo por salvar á algunos de ellos, resolvieron extraerla á toda costa del colegio de Belén y ponerla fuera del alcance de las autoridades realistas. Encargáronse de llevar á cabo esta empresa temeraria, los Coroneles Don Francisco Arróyabe, que había sido Teniente Coronel de Dragones de España; Don Antonio Vázquez Aldana, antiguo Sargento Mayor de las milicias de Campeche, y Don Luis Alconedo, perseguido desde 1808 por el Gobierno español, á causa del movimiento de Independencia de aquel año; funcionaba de jefe el Coronel Arróyabe. Probablemente no consiguieron comunicarse con Leona, porque debió impedírselo la estricta vigilancia á que estaba sujeta; corrobora esto la circunstancia de que no se llegó á notar en ella inquietud ó indicio alguno que hiciera pensar que maquinaba evadirse.

Como quiera que haya sido, diversos hombres comenzaron á rondar el Colegio de Belén, desde el 20 de Abril, y á tomar informes de "por dónde se entraba para el torno de arriba;" de esos individuos, uno andaba á caballo, con "manta de xerga," y otro á pie, con capa, ora obscura, ora de color, y en la copa del sombrero, "dos galoncitos de plata y en el medio uno de oro, con su escarapela." Se sabe que el día 22, eran seis, los hombres que rondaban el Colegio, montados todos á caballo: uno llevaba capote; tres, mantas moradas, y dos, mantas de jerga. Al siguiente día, éstos mismos, armados y bajo las órdenes del Coronel Arróyabe, se estacionaron frente al costado Norte del edificio, y "junto á los Arcos de la Cañería," como á las cinco de la tarde. María Ventura Medina, que los vió allí, todavía á la hora de oraciones, se acercó á ellos, en compañía de su cuñada, pensando que pertenecían á la Acordada; pero al verlas, uno desenvainó el sable, "y, con ademán de darles, les dijo que se fueran para su casa, antes que las volaran de un balazo," amenaza que obligó á las dos mujeres á alejarse á toda prisa.

Al anochecer, tres de aquellos hombres se dirigieron hacia las rejas del Colegio, y los otros tres permanecieron junto á los arcos, cuidando de los caballos. De los tres primeros, uno, alto, traía capote ó "capingón" y sombrero negro y paño de sol, y dos, chaparros, usaban mantas de jerga ó rayadillo obscuro, paños de sol y botas campaneras. Uno de éstos se apostó en la puerta para dar á sus compañeros la voz de alarma en caso necesario. Los otros dos penetraron en la portería, á las siete menos cuarto, precisamente cuando vieron que iban á cerrala; pusieron á las porteras las pistolas sobre el pecho, y les dijeron que matarían á la que se moviese; uno se quedó allí vigilándolas, mientras el otro, que era sin duda el jefe, siguió para el patio y se introdujo en la pieza que habitaba Leona. Una vez dentro, cogió de un brazo á una de las señoras Salvatierras, y le preguntó: ¿U. es?: ella contestó: no, señor, no soy yo:; él volvió á decirle, porque sin duda no conocía á

Leona: sí, U. es; entonces aquella señora cubrió á Leona con su cuerpo para que no la viese, pero él, asomándose por encima del hombro de la señora, preguntó á Leona: ¿U. es?, y como seguramente Leona respondió que sí, la tomó de un brazo y la sacó de la pieza, sin que bastara á impedirlo la señora, que se esforzaba por detener á Leona del otro brazo, y decía á su raptor con suma congoja: por amor de Dios que no se la lleve U. Al llegar á la portería, el hombre que allí estaba se unió á su jefe. En medio de ellos, Leona salió á la calle "con bastante risa." Su extracción no había dilatado "ni dos minutos."

Leona tuvo que sentir un placer inmenso cuando se vió libertada así, después de cuarenta y dos días de rigurosa prisión, por un pequeño grupo de insurgentes que, como ella, luchaban por su patria, y á quienes desde un principio había llamado sus hermanos.

Sus salvadores la condujeron hasta los arcos; montáronla allí "en un caballo que llevaban á prevención;" montaron á su vez ellos y sus compañeros en sus propios caballos; la pusieron en el centro, y violentamente partieron hacia uno de los barrios de la ciudad, donde ocultaron á Leona: era imposible extraerla luego por alguna de las garitas, ya cerradas.

Tampoco pudieron sacarla de la capital durante los días iguientes, porque desde la misma noche de la evasión se dictaron órdenes severas para que se detuviera en las garitas á toda persona que no fuese "notoriamente conocida y de confianza;" y para que los cabos de policía practicaran "las más activas y eficaces diligencias," á fin de averiguar el paradero de Leona.

Leona se vió obligada á permanecer oculta "mucho tiempo" en la capital: hubiera sido una temeridad loca tratar de burlar "la vigilancia multiplicada" que las autoridades realistas desplegaban por reaprehenderla.

Pero cuando al fin esa vigilancia disminuyó un tanto, Leona salió para el Sur, custodiada por los mismos insurgentes que la habían extraído del Colegio de Belén, quie-

nes caminaban disfrazados de arrieros y conducían un atajo de burros, cargados unos con huacales de frutas y legumbres ó con cueros de pulque, montados otros por varias mujeres, entre ellas una negra "harapos," sentada sobre "dos huacales," que era Leona. Antes de salir así, Don Luis Alconedo le dijo, al darle la pintura para que se ennegreciera: "Señorita, va U. á quedar horrible." Y ella contestó al punto: "No importa, aunque parezca una furia infernal, como logre contribuir á la felicidad de mi patria."

Ciertamente, Leona jamás tuvo en cuenta su propia salvación; hoy, no la aseguraba aún, y ya se exponía á nuevos peligros por la emancipación de México, pues dentro de aquellos cueros y legumbres llevaba á las huestes insurgentes tinta de imprenta y letra de molde, en pequeños botes y paquetes, respectivamente.

No de otra manera caminó Leona hasta llegar á Oaxaca, teniendo frecuentemente que pasar á través de los destacamentos realistas.

VI.

Su permanencia allá fué tan penosa como su dilatado viaje. Desde su evasión, Leona no pudo disponer de ningunos recursos pecuniarios; diez y seis pesos que guardaba en el Colegio de Belén, quedaron allí porque no tuvo tiempo para recogerlos.

A pesar de todo, su natural delicadeza y "su destinterés, que era igual á su patriotismo," no le permitieron pedir nada á los jefes insurgentes. Así que, se resignó á hospedarse "en una casa que había servido de caballeriza," y á vivir con la mayor miseria: durante su dilatada caminata, ya había tenido que dormir sobre "un petate."

No hay que dudar de que se apresuraron á auxiliarla su prometido Quintana Roo, su primo Don Manuel Fernández de San Salvador y los varios amigos que tenía allá, como Don José Ignacio Aguado, Don Miguel Gallardo y Don Carlos María de Bustamante, nombrado por Morelos Inspector General de Caballería del Ejército de su

mando con fecha 3 de Marzo de 1813; sabemos de una manera positiva que Don Carlos habló á aquel caudillo acerca de la dificilísima situación de Leona, y que Morelos no sólo le contestó: "Ya está bajo las alas del águila mexicana, muy justo es protegerla, sino que desde Chilpancingo escribió á Leona, el 21 de Octubre, preguntándole dónde pensaba radicarse y cuáles eran sus urgencias "en lo pronto" para ocurrir á ellas, según lo exigiese; no obstante, Leona se abstuvo de pedirle alguna cosa.

Poco tiempo después, Leona contrajo matrimonio con Quintana Roo, en Tlalpujahua, según lo dice uno de sus biógrafos. Formaba parte del Congreso instalado en Chilpancingo, el prometido de Leona, Don Andrés Quintana Roo; y obligado aquél á andar de aquí para allí, á causa de las persecuciones de las fuerzas realistas, á todas partes lo siguió nuestra heroína. Los diputados y personas que los acompañaban se habían visto expuestos continuamente, durante toda su peregrinación, á ser muertos ó aprehendidos por los numerosos soldados realistas que los perseguían. Además, habían tenido que sufrir penosísimos trabajos y privaciones inauditas; caminaban á pie largas jornadas; casi nunca recibían dinero, y, si alguno alcanzaban, era en cantidad irrisoria; comían "los alimentos más groseros," á veces sin sal: el pan muy negro, el maíz tostado y el piloncillo, se distribuían "como pan bendito;" alojábanse en común dentro de las miserables chozas que encontraban, y solía suceder que durmieran "al raso enteramente, como en el llano de Atunes:" el mismo Supremo Congreso llegó á celebrar sus sesiones á la intemperie, "bajo de unos naranjos," en la hacienda de la Zanja; por último, su escolta se reducía á ochenta soldados "desnudos" y armados solamente de garrotes, excepto cinco, que tenían fusiles.

Leona sufrió aquellas desdichas sin cuento, estóicamente, con ánimo imperturbable, sin arrepentirse un solo instante de haber abrazado la causa de la Independencia, ni manifestar tampoco la debilidad propia de su sexo. Por lo contrario, día á día andaba

entre los soldados inmutablemente serena, afable y sonriente, saludándolos con cariño; repartiéndoles sus alimentos, animándolos cada vez que salían á combatir, alabándolos si volvían victoriosos, ó confortándolos si regresaban derrotados, y curando por su mano á los heridos: era para ellos un genio tutelar. Alguna vez que el Supremo Congreso mostró flaqueza, Leona se presentó ante él para "alentarlo con decisión varonil y exhortarlo á concluir la empresa, despreciando la muerte y los cadalzos."

VII.

Los jefes realistas Concha y Llano, ofrecieron á Quintana Roo y á su esposa el indulto; pero ambos lo rechazaron indignados, habiendo la segunda contestado á Concha "que si volvía á querer seducirla, haría que fusilaran á sus enviados." Esto hizo que fuesen perseguidos más y más estrechamente por las fuerzas realistas, viéndose obligados, para escapar, á huir de continuo por desiertos, montes y cerros. Huyendo así, Leona dió á luz su primera hija, dentro de una áspera cueva, el 3 de Enero de 1817, en un lugar llamado Achipixtla, que tal vez hoy nadie conoce. Leona debió sentir mucho no poder envolverla entre ricos pañales, ni acostarla sobre un lecho delicado, ni arrullarla con tranquilo sosiego, como ella lo había sido al nacer. Llevada la niña en un "huacal" hasta algún pueblo cercano, recibió allí el nombre de Genoveva, apadrinando su bautismo el General Rayón.

Como ahora las tropas del Rey entraban en todas partes, y la niña Genoveva hacía muy difícil la fuga constante, Leona y Quintana Roo escogieron, en la Sierra de Tlatlaya, una barranca escondida, donde no existía sino un pequeñísimo rancho, llamado de Tlacocuspa, sujeto á la jurisdicción y Alcaldía Mayor de Sultepec, y allí se escondieron, refugiándose bajo algún techo mísero, sin tratar á los hombres, comiendo escasísimos alimentos, vistiendo ropas groseras y faltos de lo más necesario, mas satisfechas sus almas con su amor recípro-

co, con su pequeña Genoveva y con sus esperanzas, siempre vivas, de ver al fin libre á la patria.

Empero, hasta en aquel lugar solitario penetraron las tropas realistas, el 14 de Marzo de 1818, bajo las órdenes de Don Vicente Vargas y Don Ignacio Martínez, dos antiguos jefes insurgentes indultados, dos antiguos hermanos de Leona, que hoy servían al Gobierno español. Martínez había dado parte de que por aquellos rumbos se encontraba oculto Quintana Roo, y á causa de esto le ordenó su jefe que, acompañado de Vargas y veinte dragones, procediera á la aprehensión.

Al verlos inesperadamente de lejos, debió comprender Quintana Roo que era imposible cualquiera resistencia, y que no le quedaba otra salvación que la huida, porque, si lo aprehendían sin haber solicitado antes la gracia de indulto, sería condenado á muerte de una manera irremisible, á causa de la gran participación que había tenido hasta entonces en los Gobiernos insurgentes; pero estando ya las fuerzas realistas en la barranca, tenía necesidad de huir con la mayor rapidez, y, si llevaba consigo á Leona y á su hija, ni ellas ni él lograrían escapar, y los tres serían muertos seguramente por las balas de los realistas. Quintana Roo confió sin duda en que las autoridades españolas tratarían á Leona con indulgencia y nunca osarían condenarla á muerte, y, sin tiempo para hacer otras consideraciones, extendió violentamente, á nombre propio y de Leona, una brevísima solicitud de indulto, á la cual puso fecha 12 de aquel mes, y escapó sólo, obligado quizás por la misma Leona. Momentos después, llegó Martínez con Vargas y los dragones, y la aprehendió. Leona, grave y digna, se limitó á entregar la solicitud de indulto firmada por su esposo. No obstante, quedó presa y fué conducida al pueblo de San Pedro Tejupilco, de la susodicha jurisdicción de Sultepec, juntamente con "su equipaje," que ya no contenía las gorras de raso, ni los sobretúnicos de gasa de Italia, ni las bandas de tafetán, ni las medias bordadas, ni tantas otras prendas exquisitas á

que antes Leona estuvo acostumbrada; ella misma debió llevar en brazos á su hija desde Tlacocuspa hasta San Pedro Tejupilco.

Comunicóse luego la aprehensión al Comandante de Temascaltepec, Teniente Coronel Don Miguel Torres, y se le remitió la solicitud de indulto presentada por Leona; Torres lo concedió inmediatamente y, además, hizo que llamaran á Quintana Roo.

VIII.

Entre tanto, éste supo, el 15 de Marzo, que Leona estaba presa y que había sido "estropeada y escarnecida." Arrepintióse entonces de haberla dejado; temió tal vez que fuese fusilada, y, poseído de una desesperación sin límites, quiso salvarla á cualquier precio, aun cuando para ello tuviera que servir al Gobierno español contra la causa de la Independencia, por la que había sacrificado todo con suma abnegación: el amor suele enloquecer, y evidentemente Quintana Roo idolatraba á Leona. Escribió, pues, una carta al Comandante Torres, en la cual le decía que, por haber sido "miembro de todos los Gobiernos revolucionarios," durante siete años, había "podido adquirir suficiente conocimiento de la empresa (de Independencia) y de los perjuicios que resultarían á la America de que se llevase al Cabo, quando su verdadero interes es inseparable de su unión con España;" que en fuerza de este desengaño, se habría presentado, desde hacía días, á recibir "la real gracia del Yndulto," si no se lo hubiesen estorbado dificultades insuperables; pero que hoy, aprehendida, maltratada y vejada su esposa Doña Leona Vicario, él no podía menos que estar en ánimo de indultarse "y hacer quantos servicios" pudiera al Monarca español, si se le afianzaba "la libertad, buen trato y seguridad" de su citada esposa, se le restituían "todos sus derechos de ciudadana" y se echaba un velo sobre los acontecimientos que habían motivado su proceso en 1813; que para él nada exigía y todo lo dejaba "á la buena fee y clemencia del Govierno," y que si fuesen necesarios algunos sacrificios, quería sufrirlos en su

persona exclusivamente, con tal de que no se siguiera "el menor perjuicio" á su esposa ni se la incomodara "por ningún motivo."

Escrita la carta anterior, recibió Quintana Roo el llamamiento que le hacía el Comandante Torres, por lo que al momento se trasladó á San Pedro Tejupilco. Reunióse allá con Leona, y ambos quedaron custodiados, mientras que el Virrey resolvía si aprobaba ó no la gracia de indulto que les había otorgado el mismo Comandante Torres. No fué sino hasta el día 27, cuando el Virrey confirmó dicha gracia, y aunque declaró que no la sujetaba á "condición alguna," como á renglón seguido decía que Leona y su esposo debían disfrutarla en España, les imponía palmariamente la terrible restricción del ostracismo.

Leona y su esposo no llegaron á salir para España, porque tampoco el Consulado llegó á pagarles la libranza de ocho mil pesos que habían recibido, y el Virrey no quiso sufragar los gastos de viaje por cuenta del Gobierno. Así que, Leona y Quintana Roo disfrutaron aquí, de hecho, la gracia de indulto.

Entendemos que al fin se les permitió que se establecieran en la capital, pues Quintana Roo se incorporó en el Ilustre y Real Colegio de Abogados, el 22 de Agosto de 1820, y, el 12 de Marzo del año siguiente, resultó electo por la misma capital, Diputado á Cortes para 1822 y 1823, cargo que no desempeñó, á causa, probablemente, de que careció de fondos para ir á España.

Durante aquel año de 1821, Leona tuvo á su segunda y última hija, que fué llamada María Dolores.

IX.

Leona y su esposo se instalaron en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, ó de los Sepulcros; y allí Leona, sin dejar nunca de cumplir con sus "obligaciones de buena ciudadana" y de sincera creyente, se consagró á su hogar, como "fiel esposa y cuidadosa madre de familia," y á hacer el bien á cuantos lo necesitaban y acudían á ella: mantuvo al "benemérito, pe-

ro pobrísimo" P. Sartorio, durante sus últimos años, y á otros individuos, y convirtió su casa en "asilo de muchos pobres;" de su desprendimiento daban también testimonio las ricas alhajas que lucía la imagen de la Virgen de la Capilla del Rosario de Santo Domingo. Por todo lo cual, su viejo amigo Don Carlos María de Bustamante la llamaba "el ornamento de su secso y la gloria de su patria."

Murió piadosamente, como había vivido, á las nueve de la noche del 21 de Agosto de 1842 años, á los cincuenta y tres de su edad, en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, dentro de la recta alta que forma esquina con la calle de Cocheras. Su cadáver fué llevado, primeramente, al templo de Santo Domingo, donde se le hicieron pomposas honras fúnebres, y conducido después al Panteón de Santa Paula, para su inhumación. Presidió los funerales el Presidente de la República, General Don Antonio López de Santa Anna, y concurrieron á ellos otras incontables personas distinguidas. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de Leona con sentidas frases de condolencia y de justo elogio á sus excelsos méritos.

GENARO GARCIA.

MORENO Y MINA EN EL FUERTE DEL SOMBRERO.

I.

Aquellos dos héroes inmortalizaron con sus hazañas el sitio del Fuerte del Sombrero.

Don Pedro Moreno había nacido en la hacienda de la Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de Enero de 1775, hijo de Don Manuel Moreno Verdín, y de Doña Rosario González, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la Independencia, encontraron á Don Pedro Moreno, dueño de las haciendas de La Sauceda, de Matanzas de Abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingan, en el año de 1812, y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con Doña Rita Pérez, quien siendo natural de San Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, Don Luis, sólo contaba doce años de edad, mien-

tras la menor, Guadalupe, cumplía año cuatro meses.

Digno de notar es que la distinguida esposa de Moreno no tratara de disuadirlo de sus patrióticos propósitos, ni se arredrara ante la magnitud de los peligros, ni vacilara en presencia de los sacrificios que tenía que imponerse desde luego.

Mujer de corazón, supo correr la suerte de su esposo, á quien siguió siempre en sus campañas y en medio de las penalidades sin cuento que por todas partes vinieron á probar el temple de su alma; jamás se la vió desmayar ni procurar inducirlo á la vida egoísta y retirada.

Tres años y medio duraron las campañas de Moreno, las que dieron principio con la insignificante acción de Piedras Coloradas, en donde, mandando poco más de cien hombres, fué derrotado por el Comandante Don Santiago Galdamez al frente de una Compañía de soldados del interior, llamados "panzas" porque usaban unos grandes chalecos encarnados.

Retiróse el nuevo insurgente á reorganizar sus huestes, y como su vencedor lo persiguiera con afán, volvieron á encontrarse en el rancho llamado de "Las Jaulas," donde Moreno tuvo la satisfacción de ver huir á su enemigo.

El 12 de Julio de 1814 se aproximó á Lagos, y á dos leguas de distancia, en un sitio llamado hacienda de los Ranchos, logró encerrar á Galdamez con ciento cincuenta hombres.

Empezó el año de 1815 bajo buenos auspicios para el defensor de la libertad de su patria, pues aunque el día 10 fué derrotado en La Sauceda por la división de Revuelta, después, perseguido por éste, se hizo fuerte en un punto llamado "El Zapote," logrando hacerlo retroceder y tiroteándolo "por cosa de dos leguas."

II.

Pero ninguno de tan repetidos combates revistió la importancia de la defensa que hizo Moreno el 23 de Enero de 1816 del Fuerte del Sombrero. Atacólo Brilanti en

combinación con Negrete, y á pesar de haber hecho un empuje extraordinario, tuvo que retirarse con m[illegible] pérdidas.

Así pasaron los primeros años de lucha en encuentros insignificantes, hasta que el nuevo adalid, comprendiendo la necesidad de formar un centro de operaciones militares, á la vez que un baluarte donde pudiera defender con éxito su causa, hizo fortificar el cerro de "El Sombrero" en la Sierra de Comanja, llamado así por la forma que presenta. Dista once y media leguas al Oriente de Lagos, y seis al Norte de León. y como se encuentra en el centro de la expresada serranía, está rodeado de algunas eminencias que lo dominan, como la mesa de las Tablas, que está situada al Norte, á distancia de un tiro de fusil, y otras, de las cuales lo separan barrancas y arroyos, como la mesa de Los Borregos, que se halla al Este, mediando la profunda barranca de Barbosa; el cerro de Negrete al Sur y el cerrito del Comercio al Oeste, del que está separado por la barranca del Rincón. "Reduciase, dice Robinson en sus "Memorias," á una altura de quinientos pasos de larga, en dirección de N. á S. y elevada cerca de mil pies sobre la llanura de León. Al Norte había un sendero estrecho, al borde de un precipicio, por cuyo medio se unía la altura á una serie de colinas, una de las cuales dominaba el fuerte, á distancia de un tiro de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para no poderlo defender contra un serio ataque; pero Moreno se creía muy fuerte, por haber rechazado á los realistas en una tentativa que hicieron para entrar. Al Este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco. Al Sur el declive de la altura era muy rápido, y al Oeste, la bajada al llano áspera y difícil. Por la parte del Sur salían al llano dos estrechas veredas: al fin de la que se unía al fuerte, en un espacio de cincuenta pies de ancho, había un muro mal construido. Flanqueábanlo dos baterías no muy bien planteadas, en cada una de las cuales sólo había un cañón, que dominaba la mayor parte de la vereda y el declive, pero no podía enfilar el barranco. Esta era la

única entrada regular del fuerte. En el lado opuesto había una elevación cónica, coronada por una obra de un cañón que dominaba también la vereda. El fuerte se hallaba también defendido hasta cierta distancia, por rocas perpendiculares y precipicios, y por un muro bajo construido más allá; pero la verdadera defensa era el violento declive de los montes. La artillería consistía en diecisiete piezas, viejas, malas y casi echadas á perder, de calibre de dos á ocho. La casa del Comandante, los almacenes, hospital y la mayor parte de las habitaciones de los soldados, estaban á la parte del Sur, de la elevación cónica. Había, además, algunas chozas, entre las rocas del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, pues la Guarnición tenía que proverse de un arroyo, que estaba á la extremidad del barranco, á cerca de ochocientos pasos de los muros."

Por espacio de cerca de dos años se mantuvo Moreno en aquella posición, que le servía de punto céntrico y cuartel general de sus operaciones, motivo por el cual el Gobierno mostró tanto empeño en apoderarse de ella.

Apenas habían comenzado las campañas del patriota lagueño, y ya los pesares habían acibarado su corazón. A fin de estar expedito con su esposa para expedicionar á toda hora, habían tenido necesidad de abandonar á su pequeña hija, la niña Guadalupe, que sólo contaba año y medio de edad, confiándola en la Hacienda de Cañada Grande al cuidado del padre Don Ignacio Bravo, que á sus buenos sentimientos reunía las circunstancias de ser amigo de Moreno y adicto á la causa independiente. En Abril de 1815 trataron de sorprender al caudillo los realistas Brilanti y Alvarez, quienes aunque no lograron su intento, sí se apoderaron de la pequeña niña, la cual tomó Brilanti en sus brazos, salvándola del furor de su compañero, que empeñosamente quiso que se la matara, estrellándose su furor y su venganza ante la energía de aquél, que tuvo que decirle: "Ni un grano de maíz he tomado de esta hacienda; nada más que esta niña. Ella es mi

prisionera, y usted no tiene ningún derecho sobre ella."

El que trataba de matarla era el mismo Cura Alvarez, que había merecido el apodo de "Chicharronero," por la bárbara costumbre que tenía, de quemar á sus prisioneros, costumbre que bien se adunaba con el no menos bárbaro deseo de matar niños!

Aquel jefe realista, que supo salvar de una muerte segura á la desventurada niña, encariñóse con ella y la hizo su cautiva, tratándola después como si fuese hija suya.

Un año después, cuando el General Cruz le propuso á Moreno el indulto, llevároule el pliego al Fuerte del Sombrero, el padre Don Pedro Vega y Don José María Gómez; y como se rehusara á aceptar aquel humillante perdón, le instaron recordándole que en ello se interesaba su amor paternal hacia la niña Guadalupe, á quien por ese medio podía recobrar. Entonces el héroe respondió con entereza, que aún tenía cuatro hijos de quienes podían apoderarse, pues estaba dispuesto á sacrificarlos todos en aras de la patria.

Al poco tiempo, su hijo Luis, que sólo contaba quince años, moría, peleando como un héroe, en unión de Don Juan de Dios, hermano de Don Pedro, combatiendo en la Mesa de los Caballos, al lado de Encarnación Ortiz!

Con todo esto, llegó día en que á pesar de sacrificios y esfuerzos, de ilusiones y esperanzas, la causa revolucionaria se vió en completa decadencia.

III.

Mas vino entonces un nuevo episodio á renovar la lucha, siquiera fuese para que á la hora de la victoria se contaran mayores merecimientos, ya que no se obtuvo el triunfo desde luego, por más que se contara con él en un principio. Don Javier Mina, con el valor propio de los descendientes de Megara, el invicto de Numancia, y de los defensores de Gerona, con el entusiasmo por la libertad propia de Caton, y con la actividad de César, apareció en la historia

como un redentor, para tornarse al día siguiente en víctima.

Aquel joven guerrero, que contaba sólo 27 años de edad, y había prestado ya grandes servicios á España, contra los franceses, desde que la invadieron en 1808, hasta que fueron arrojados por el valor de sus hijos y la victoria de los Arapiles, sufría en Londres las amarguras del destierro á que lo condenara su amor á la Constitución de 1812 y la ingratitud y el despotismo de Fernando VII. Trabó allí relaciones con el padre Mier, que á fuer de buen mexicano, estimuló á aquel fogoso liberal para que viniese á México á ayudar á los independientes á sacudir el yugo borbónico, y Mina, que acostumbrado estaba á pelear por la independencia y por la libertad, se prestó gustoso á defender en América la misma causa que tanto le debió en España.

A los tres días de llegado á Sombrero recibió Mina aviso de Don Encarnación Ortiz, de que iban sobre él dos brigadas mandadas por el Coronel Don Cristóbal Ordóñez y el Comandante general del Bajío Don Felipe Castañón, por lo que al punto salió á su encuentro, acompañado de Don Pedro Moreno, que llevaba un destacamento de cincuenta infantes y ochenta lanceros mandados por Ortiz, con el cual destacamento, llegaba la fuerza total á trescientos ochenta soldados. Pernoctaron en Aldabalda, y el día 28, cerca de San Felipe, en un punto llamado San Juan de los Llanos, Los Arrastres, ó rancho del Terrero, como le llama Moreno, se encontraron con la brigada realista, fuerte de seiscientos cincuenta hombres. Unos cuantos minutos duró la carga dada por los insurgentes con tal brío, que los hizo dueños del campo, en el que quedaron tendidos Ordóñez, Castañón y Calderón, con trescientos soldados, habiendo ocurrido la notable circunstancia de que los artilleros realistas cargaron los cañones con pesos duros por no tener á la mano la metralla. Mina, generoso y justiciero, llenó de elogios á Moreno y á sus patriotas compañeros, por su brillante comportamiento.

Ufanos y llenos de gloria regresaron am-

bos caudillos al Fuerte del Sombrero, de donde dió aquél su parte á la Junta de Gobierno con fecha primero de Julio, volviendo á salir á los pocos días, porque supo que los ciento y tantos soldados que acababan de escaparse en el último combate, se habían fortificado en la Hacienda del Jaral, con los milicianos y criados que mandaba el Marqués del mismo nombre.

Era éste Don Juan Moncada, riquísimo propietario, descendiente de españoles, pero mexicano de nacimiento, que llevado de su aborrecimiento á la causa de Hidalgo, había procurado su exterminio por cuantos medios estaban á su alcance, ora levantando tropas á sus expensas, ora haciendo cuantiosos donativos á los realistas, ora, en fin, tomando él mismo las armas y haciendo de su propia hacienda un baluarte fortificado de la tiranía.

A la aproximación de las tropas de Comanja, huyó Moncada con sus soldados, encargando á su Capellán que recibiese á Mina y le suplicase que no hiciese daño á sus propiedades. Cumplió el padre con su encargo; mas habiéndole denunciado el joven Navarro, que en una pequeña pieza contigua á la cocina, se había enterrado una gran cantidad de dinero, mandó hacer una excavación, y cuando ya llevaba una profundidad considerable, una palada de tierra arrojada por los excavadores hacia arriba, en la cual iban muchos pesos sueltos, anunció que habían encontrado lo que buscaban.

La noticia del hallazgo se difundió al punto entre la tropa; así es que luego se aglomeró un inmenso gentío que quería ver aquella aventura con sus propios ojos, siendo tal el tumulto, que hubo que colocar dobles guardias en la pieza, en la que sólo permanecieron Moreno, Ortiz, tres oficiales del Estado Mayor del General en jefe y los operarios.

Sacóse hasta la suma de $140,000, la cual fué transportada inmediatamente á Sombrero, cargándola en cuatro carretas tiradas cada una por catorce bueyes, hasta un punto llamado San Bartolo, en donde se cambió á un atajo de burros que la condujeron

hasta el Fuerte. Iba el valioso convoy escoltado por lanceros; pero como caminaban de noche y por entre la sierra, fácilmente se escaparon algunos de los infieles y codiciosos guardianes, llevándose burros cargados, y teniendo por eso frecuentes riñas, de las que resultaron tres muertos, habiéndose con tal motivo extraviado $33,000, pues cuando llegaron al Fuerte sólo se contaron $107,000.

IV

Concluida con tanta fortuna la expedición al Jaral, Mina regresó á Sombrero, sabiendo por un aviso que Borja le llevara, que allí lo esperaban los señores Dr. San Martín y Lic. Cumplido, miembros de la Junta de Jaujilla, con lo cual apresuró su marcha. Celebróse entonces una importante conferencia en la cual se discutió el plan de operaciones, hallándose reunidos los referidos miembros del Gobierno y los principales jefes de la insurrección en el Bajío.

Se dió el mando superior al denodado Mina, lo cual fué del agrado de Moreno, que lo veía acreedor á tal distinción por sus relevantes méritos, así como lo fué también del incansable Encarnación Ortiz, de Borja y otros.

Mientras Mina y Moreno cubrían sus sienes de inmarcesibles laureles, el partido realista en todo el país se hallaba atónito y atemorizado ante tanta audacia y tan gran valor como había desplegado el insurgente español. Por todas partes llovían proclamas de fidelidad á Fernado VII, se levantaban tropas, re recogían fondos, se divulgaban falsas noticias y se hacía alarde de entusiasmo realista.

El Gobierno virreinal viendo el incremento que tomaba el partido insurgente al soplo de Mina, dedicó todas sus fuerzas y sus mejores jefes á su persecución. Acababa de llegar de la península Don Pascual de Liñán, Mariscal de campo, quien por el cuidado que ponía en el aseo de su persona y la elegancia con que vestía, llamó la atención en México, siendo objeto de burlas y chanzas, mas como viniera precedido de en-

vidiable reputación militar, recibió el encargo de mandar las numerosas tropas que de todas partes se destinaron á sofocar el renaciente incendio revolucionario que amenazaba abrasar á la Nueva España.

En tal virtud, Liñán se fortificó en Querétaro, mientras se aproximaban las tropas con que debía operar, y una vez que el brigadier Don Pedro C. Negrete se situó en León con una división de Nueva Galicia, y que llegó el batallón de Zaragoza, mandado por el Coronel Don Estanislao Loaces, se aproximó hacia el foco insurgente de la Sierra de Comanja, en combinación con Orrantia, que bajaba de Dolores, y con el Coronel Ruiz, que venía de San Luis Potosí, formando en su rededor un círculo de hierro y estableciéndose en Silao el 26 de Julio.

Al día siguiente salió Negrete de León para Silao á encontrar al General en jefe, llevando 250 caballos y dos cañones ligeros, y como Mina supiera luego tal movimiento, la tarde del mismo 27 salió del Fuerte acompañado de Moreno al frente de quinientos dragones y por la noche atacó aquella villa.

Desgraciadamente, un destacamento avanzado luego que vió la tropa insurgente se replegó dando la voz de alarma, y como la víspera había sido reforzada la población, circunstancia que ignoraba Mina, fué recibido con un vivo fuego de fusilería, de suerte que aunque llegó hasta la plaza, se apoderó de un cuartel é hizo varios prisioneros, tuvo que retirarse con bastantes pérdidas, pues se contaron 79 muertos y 25 prisioneros, si bien los defensores de León tuvieron que lamentar más de cien muertos.

Fué éste el primer revés que sufrió aquel valeroso caudillo que coronó su atrevido esfuerzo con un acto de generosidad de los que le eran comunes, poniendo en libertad á sus prisioneros, mientras el jefe realista, que era el Coronel Andrade, fusiló al punto todos los que él hizo.

V.

Aquel ligero desastre y la proximidad del enemigo, que redoblaba cada día su vigilancia, obligaron á aquel puñado de patriotas á reducirse á la defensa del Fuerte del Sombrero, en que se hallaban, y que por tanto tiempo había servido de refugio al Mariscal Moreno con el carácter de Jefe de la provincia de San Luis Potosí, que le había dado el Gobierno independiente.

Los elementos con que se contaba en el Fuerte, consistían en seiscientos cincuenta hombres de las partidas de Mina, Moreno, Ortiz, Santiago González y Borja, que llegó dos días antes con 60 jinetes, contándose por todos habitantes como 1,000 personas, con las mujeres, ancianos y niños. Había diecisiete cañones, todos viejos y mal montados, de calibre de dos á ocho, algunas reses, cerdos, borregos, cecina, arroz, maíz, azufre, salitre, etc., etc. Mas la fortificación carecía absolutamente de agua, la cual tenían que ir á tomar de un arroyo, que aunque corría á corta distancia, estaba fuera de las murallas. Sólo en la casa de Moreno había un pozo ó algibe, pero estaba seco.

Por parte de los realistas, según sus propios datos, se contaban 617 españoles del Regimiento de Zaragoza; 463 del de Navarra; 250 criollos del de Toluca; 1,205 de caballería de los Regimientos Fieles de San Luis, San Carlos, Querétaro, Nueva Galicia, Colima, Sierra Gorda, y Realistas de Apam y 1,000 de la brigada del Coronel Don Juan Rafols, ó sea un total de 3,541, con doce piezas de artillería y cuatro obuses.

Mina avisó con fecha 31 de Julio el principio de las operaciones, al padre Torres, que se hallaba en el Fuerte de los Remedios, excitándolo para que atacase á Guanajuato ó á los mismos sitiadores, según le pareciese, llevando la siguiente postdata, que muestra á la vez que su entusiasmo por el ejército el desencanto que abrigaba en el fondo de su alma por la diferencia en la disciplina y equipo de sus subalternos y de sus enemigos: "Se me van los ojos, escribía de su puño, tras del Regimiento enemigo

que está subiendo, por el gusto que me da ver marchar la tropa en tan buen orden."

Desde el primero de Agosto á la madrugada, las baterías de Liñán mantuvieron por muchos días un fuego vivísimo, gastando inútilmente y con profusión las municiones, porque por la posición y las obras de defensa, no originaban gran daño. Pero el día 2 avanzaron algunos cañones, se colocaron otros en el cerro de las Tablas, y se impidió la comunicación del Fuerte con los aguajes.

Mina, en oficio del mismo día 2, rebosando serenidad y buen humor, después de aconsejar al padre Torres mucha actividad para que atacase á Guanajuato y bloqueara al ejército sitiador, le decía: "Por fin la logramos. Figúrese usted qué cara será la mía teniendo por pelendengues á Liñán, Negrete y Orrantia. La cosa sería más divertida que una corrida de toros si tuviésemos víveres: pero gracias á la apatía general que domina tan soberanamente á todos nuestros hermanos, ayunamos sin ser vigilia. En fin, todo se puede remediar; reunan ustedes toda la gente que puedan, y pónganse ustedes cerca de Guanajuato, camino de Silao, sin arriesgarse á atacar esas plazas á no estar seguro de tomarlas. Al mismo tiempo se debe prohibir toda entrada de víveres en las plazas enemigas, y si se nos puede introducir algo por el camino de Barbosa.

"Si el movimiento de usted obliga al enemigo á retirarse le iremos picando la retaguardia, y no dejará de sufrir en la retirada. Salud y libertad. Sombrero, Agosto 2 de 1817.—JAVIER MINA."

Pero el agua se había agotado y empezaron entonces horribles sufrimientos, que el señor Orozco y Berra pinta con admirable verdad y maestría en las siguientes líneas:

"Mina y Moreno habían creído que los fuegos del Fuerte protegerían la toma del agua; fallidos sus cálculos, creyeron que la falta era muy fácil de repararse, supuesto que estando en la época de las mayores lluvias, se haría abundante provisión de las que el cielo les enviara. Pero se pasaron los días, la corta cantidad de líquido reserva-

do en el algibe común y en poder de los individuos se agotó al cabo, aunque cuidado con esmero, y comenzaron terribles padecimientos. Los niños las mujeres, los hombres más débiles perdieron la fuerza y el sentido: unos lloraban, los otros sin vigor para manejar las armas, corrían á todas partes como insensatos. En balde se distribuía para mitigar los horrores de la sed, una ración de mezcal, y se recurrió á mascar el jugo de algunas plantas; aquellos licores irritaban más las desecadas fauces y producían nuevos espantosos males. Los más arriesgados bajaban á la barranca á ver si burlaban la vigilancia del enemigo, y de común pagaban su temeridad con la vida; se aprovechaban también las noches obscuras, pero sentidos por la larga fila de los centinelas realistas, apenas podían llenar una pequeña vasija, que sólo servía en el Fuerte de avivar el deseo de cuantos no podían alcanzar algunas gotas. La lluvia era el único recurso, el remedio ansiosamente esperado. Las nubes se presentaban en el horizonte, subían, engruesaban, ocultaban el sol y formaban sobre Comanja un negro dosel; llenos los corazones de esperanza y ansiedad, sin hacer caso del incesante fuego del contrario, los habitantes del Fuerte, sin apartar los ojos, seguían obstinadamente el movimiento de los vapores; preparaban cuantos utensilios tenían propios para recoger agua; sacaban las imágenes de los santos y les dirigían fervientes é incesantes oraciones; el chubasco iba á caer; vana esperanza; las nubes, impelidas por el viento dejaban caer avara y desdeñosamente algunas gotas en el recinto de la fortaleza, y se desataban á torrentes á pocos pasos, en el campamento español, en las vecinas llanuras de León. Las mujeres recogían tristemente sus vasijas, se dejaba sin rezo á los santos y volvían á los labios las imprecaciones de la desesperación."

El día 3 fué llamado desde el campo realista el vencedor de Peotillos á grandes voces por el oficial Don Pedro Pazos, quien lo invitó á pasar á sus banderas, recordándole que era español. Hallándose los interlo-

cutores á considerable distancia el uno del otro, hablaron públicamente á gritos, contestando el insurgente que él no combatía á España, sino al tirano Fernando, defendiendo la libertad.

En la madrugada del 5 Liñán dió un terrible asalto sin conseguir llegar siquiera á los parapetos, pues tuvo que retroceder dejando muchísimos muertos, y entre ellos el Comandante del Batallón de Zaragoza, Don Gabriel Rivas. "Mina se condujo con su acostumbrada bizarría, dice Alamán, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano y recibió una pequeña herida."

VI.

Durante cuatro días enteros no probaron el agua los habitantes del Sombrero, hasta que por fortuna llovió el 6, con lo cual se mitigó su mayor pena.

El día 8 hizo una salida el héroe español, quitándole á Negrete un reducto que á su vez tuvo también que abandonar por falta de apoyo oportuno, y como el padre Torres no había enviado ningún socorro, Mina se resolvió á salir en esa misma noche, para ir él personalmente á traer refuerzos, y así lo hizo en unión de Ortiz y Borja, con una partida de caballería.

Alejáronse otra vez las nubes y volvió la sed á atormentar á los patriotas, que se vieron también reducidos á pequeñísimas raciones de alimentos, porque todo faltaba ya en el Fuerte. En vano su antiguo jefe quiso tres veces introducir un convoy, pues una fué derrotado por Rafols en los Sauces, á cuatro leguas de Silao y dos ya en las inmediaciones de Sombrero

Liñán, que conocía la apremiante situación de los sitiados, dió el día 15 un memorable asalto en el cual tuvo que reconocer que por la fuerza no sería nunca dueño de aquellas encumbradas posiciones: 35 oficiales y más de 400 soldados muertos fueron las pérdidas de los asaltantes, mientras los defensores contaron poquísimos muertos, si bien en cambio registraron entre ellos al Coronel Young, á quien una de las últimas balas del cañón le llevó la cabeza,

después de terminada ya la batalla. Era aquel extranjero un militar inteligente y valeroso que había tomado parte en las guerras de su patria, los Estados Unidos, donde había llegado á Teniente Coronel del 29 Regimiento, y que contaba con el respeto y la estimación de todas las tropas. Había querido dos días antes proponer una capitulación, convencido de que era imposible continuar la defensa, y como algunos insurgentes extraviados por su deseo de mantener sus posiciones, le dijeron que los mexicanos se defenderían sólos sin ayuda de extranjeros, él, picado en su amor propio, contestó jurando, que lo verían morir en aquella fortaleza.

Siguió, por tanto, la heroica defensa, pero aquel puñado de valientes, sin alimentos, sin agua desde hacía muchos días, en unas fortificaciones llenas de brechas y dominadas por el cerro de las Tablas, casi sin municiones y perseguido por la peste de los cadáveres insepultos, no podía continuar en aquel punto.

Lograron varias personas y miembros de la familia de Moreno, evadirse, pues refiere el Dr. Rivera en la página 44 de su "Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero," escrito con tanta buena fe como sentimiento y patriotismo, que en la barranca del Rincón había un lugar que permitía un descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pie sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas, y recibida abajo por un indio. Este se había subido antes como los gatos, por las peñas, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de éste para no extraviarse, y comenzaban á andar con el menor ruido que podían, por las veredas conocidas bien por el conductor. Cuando el indio sentía algún ruido cerca de él, ó por su caliente imaginación creía sentirlo, se echaba en la tierra y todos se echaban también, hasta que no se veía nada

Así caminaban hasta que se ponían muy lejos del anillo sitiador, en donde se despedía el indio y cada uno se iba por donde le parecía."

En vano después de tanto martirio, se intentó una capitulación, pues el Mariscal realista se negó enteramente; así es que la noche del 29 de Agosto fué la designada para abandonar el Fuerte, siendo Don Pedro Moreno, el mismo que lo había señalado para defenderse y quien por más de dos años se había servido de aquel asilo.

"Fué preciso resolverse á salir, dice Alamán, y para ello se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 se dió la orden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban abandonados y estaban seguros de la suerte terrible que les esperaba, pedían á gritos á sus compañeros que les quitasen la vida, ó se tapaban el rostro con las manos para no verlos partir. Apenas la columna había comenzado á bajar la barranca, cuando por la indiscreción de haber dejado que se adelantasen las mujeres y los muchachos, fué descubierta por los realistas comunicándose la alarma á todo el campo en un instante, por las señas que dieron los cohetes de luz, como estaba prevenido. El fuego, que se rompió en la obscuridad, los gritos de las mujeres y los niños; los lamentos de los heridos, la confusión que se introdujo tratando unos de volver al fuerte, otros de pasar al otro lado de la barranca, formaban una escena de horror difícil de describir. Los que lograron salir dispersos en un país que no conocían, fueron en la mañana siguiente alcanzados por la caballería de Bustamante y de Villaseñor y perecieron casi todos, no llegando á cincuenta los que escaparon á favor de la espesa niebla que había, y entre ellos Moreno y Bradburn: los que volvieron al fuerte, aunque intentaron defenderse, no encontraron medios con que hacerlo, habiéndolos destruido ellos mismos antes de salir. Luego que la niebla se disipó en la mañana del día 20, Liñán ocupó el Fuerte con las Compañías de cazado-

res de Zaragoza y Navarra: los fugitivos que habían vuelto á él trataron de reunirse y aun dispararon algunos tiros, pero toda oposición era ya inútil: Sebastián González (debe decir Santiago, padre del General Don Refugio I. González), las mujeres é hijos de éste y de Moreno, cayeron en poder del vencedor; los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron inmediatamente pasados por las armas; los demás prisioneros con 150 operarios que Revuelta mandó de Lagos, se emplearon en los días 20, 21 y 22, en destruir las fortificaciones, y cuando hubieron concluido esta operación, fueron también fusilados todos los primeros en número de más de 200, sin perdonar más que á las mujeres y á los muchachos; igual suerte tuvo el que descubrió dónde estaba el dinero, que tomó en su mayor parte el Coronel de Navarra Ruiz."

Ante aquella espantosa carnicería, no puedo menos que repetir las palabras del señor Orozco y Berra, que expresan la más respetable sanción del derecho, el juicio póstumo que premia ó castiga según se debe, y del cual ningún tirano ni poderoso puede librarse. "Dios pedirá cuenta á los guerreros de la sangre que vierten en el calor de las batallas; los hombres que las creen inevitables, olvidan á los muertos y admiten la guerra, sin asombrarse, con todos sus horrores y desastres; pero la muerte, dada á sangre fría, la muerte sin provecho, la sangre que se derrama después de la victoria, de enemigos inermes é inofensivos, repugna á los sentimientos generosos, y mancha la reputación de los soldados."

VII.

Moreno logró salvarse precipitándose á una barranca, donde estuvo tres días sólo, casi sin comer, y habiéndose enfermado gravemente de disentería, cayó en tal debilidad que no pudo ya andar, y auxiliado por un vaquero que acertó á pasar por donde él estaba, fué llevado al rancho de "El Chamuscado," en donde permaneció curándose hasta mediados de Septiembre, en que ya restablecido, volvió á la gloriosa cam-

Fusilamiento de Matamoros en Valladolid.

paña, en unión de su hermano Don Pascual, Don Manuel González, Don Manuel Orozco y Don Mariano Zermeño, y al frente de unos cuantos rancheros, sus antiguos criados y soldados, dirigiéndose otra vez á la Sierra de Comanja.

Entre tanto, su virtuosísima y amante esposa, la señora Doña Rita Pérez, había esperado su suerte en su casa de la fortaleza del Sombrero, en unión de sus cuatro hijos, Josefa, de diez años, Luisa, Severiano, de dos y medio y Pudenciana de uno y un mes, oyendo espantada pero resignada las victoriosas trompetas y las homicidas detonaciones de las tropas enemigas que llegaban. Fué entonces puesta presa en un jacal y de allí conducida á pie y entre filas, con sus hijitos en brazos á León, donde estuvo en la cárcel pública en una horrible mazmorra en que aun de día necesitaba, para poder ver, de la luz artificial. De allí fué llevada por las nobles instancias del Capitán realista Pozos y de otras personas caritativas, á Silao, donde estuvo arrestada con más consideraciones, hasta 1819, en que se la puso libre, y donde al siguiente día de llegada vió morir á su hija Pudenciana y abortó poco después.

Cuando recobró su libertad aquella mártir, regresó á su pueblo natal, donde murió á la edad de 82 años, cargada de recuerdos y de pesares.

El constante Moreno, á los muy pocos días de restablecido, cuando iba á la hacienda de Santa Ana, cerca de Silao, á enviar le á su esposa sus cartas por conducto del Capellán, cartas llenas de fortaleza y de resignación, se encontró el 29 de Septiembre con su antiguo camarada el indomable Mina.

Con razón el señor Rivera alaba la energía de Moreno. "El héroe, dice, se hallaba en unas circunstancias que hubieran producido la desesperación de cualquiera alma de otro temple. Veía el Fuerte del Sombrero por tierra; el Fuerte de los Remedios, en vísperas de correr la misma suerte; el ejército independiente desmoralizado, el país sin remedio, su esposa y sus hijos en la prisión, su larga y trabajosa campaña sin

éxito, y su muerte cierta. ¿Se echará, pues, sobre su espada, como Catón en Utica y como Terán en Soto la Marina? De ninguna manera. Volvamos á escuchar las palabras de su primera carta (á su esposa): "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo.... ármate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero." Estas palabras indican que el ánimo de Moreno en la adversidad era semejante á las rocas del Sombrero, y que no sólo tenía fortaleza para sí, sino también de sobra para fortalecer á otros.

VIII.

El Mariscal Liñán, entre tanto, se había dirigido con todas sus tropas á atacar el fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio, á corta distancia de Pénjamo.

Volvió entonces Mina á acercarse al cerro de San Gregorio, uniéndose con el valeroso Moreno. Juntos recorrieron el campamento español, privándolo de víveres y de recursos, hasta el grado de que Liñán llegó á sentir la escasez de ellos, por lo que relevó al Coronel Andrade, que estaba encargado de perseguirlos, dando el mando en jefe al activo Orrantia El 10 de Octubre los encontró éste en la hacienda de La Caja, á tres leguas de Irapuato, trabándose allí un reñido combate en el cual no pudo prevalecer el valor sobre la indisciplina de los soldados insurgentes, que cuanto tenían de patriotas, contaban de reclutas. Las pocas aptitudes de los rancheros del Bajío para la milicia, y el traje de gamuza, que usaban, llamado "cueras," habían hecho que aquel caudillo, desesperado de que sus esfuerzos se estrellaran ante la rudeza de su gente, escribiese á un amigo diciéndole: "Amigo Horbegozo! A estos de las levitas de cuero, nadie les hará nunca soldados." Disolvió Mina su partida por tal motivo, encargando á Moreno que volviera á reunirlos en la misma hacienda, mientras él iba á Jaujilla á conferenciar con la Junta del Gobierno, como lo hizo, habiendo llegado el día 12 y sido recibido con mil muestras de merecida distinción.

Cumplió el ilustre lagueño con aquella comisión, y después de reunirse de nuevo los dos compañeros de destino, atacaron la ciudad de Guanajuato el día 26.

Mina, sin embargo, llevado por su buen deseo de librar á los Remedios de un desastre próximo, y en alas de su temeridad, asaltó sin éxito con su mala caballería esa importante ciudad, defendida por el Teniente Coronel Don Apolonio Linares.

Los dos patriotas Mariscales cuando llegaron al Venadito, considerándose seguros, por vez primera en muchos días, mandaron desensillar los caballos, se quitaron sus uniformes militares y se entregaron al sueño, buscando un pasajero descanso de que mucho necesitaban por su fatigosa marcha de tantos días consecutivos, y que bien pronto habría de trocarse para ellos en descanso eterno!

El jefe realista salió de Silao á las diez de la noche, y cuando á la madrugada del infausto 27 de Octubre de 1817, se encontraba ya en las cercanías del rancho, lanzó á toda brida ciento veinte dragones del Regimiento de Frontera, para que hiciesen imposible la fuga de los perseguidos. Dormían en diferentes trojes Don Javier Mina y Don Pedro Moreno, pues sólo Don Pascual con otros oficiales de menos graduación, se instaló en un bosque inmediato, en donde se hallaban cuando despertaron al estruendo de las armas y de los caballos. Al punto, tomando Don Pedro su espada, huyó en paños menores, acompañado de su asistente, llamado Mauricio, y aunque logró esconderse entre unas peñas, mandó á su criado, á instancias suyas, por los caballos, con la esperanza de más fácilmente ponerse á salvo, y este traidor, que fue aprehendido, denunció á su jefe, apremiado por la amenaza que le hicieron, de darle muerte.

Trataron entonces de aprehenderlo, acometiéndolo en tropel por todas partes; pero él, sin contar el número de sus agresores, esgrimió su espada, tratando más de morir honrosamente que de buscar una salvación imposible. Recibió varias heridas sin deponer por eso su altiva entereza, y

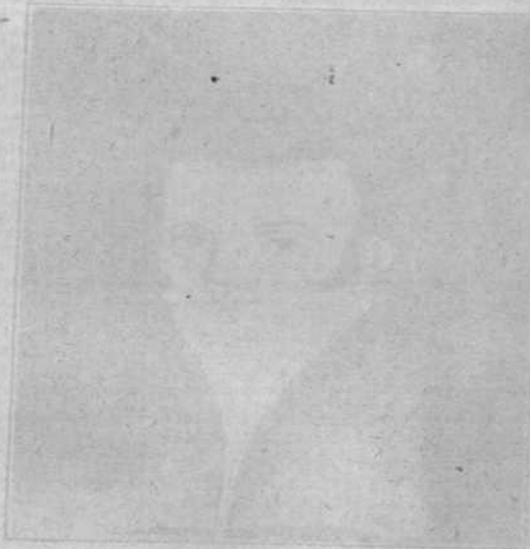
habiendo caído por un balazo que en la cabeza le dieran, se la cortaron al instante llevándola en trofeo al Coronel realista, quien la remitió clavada en una lanza á Don Pedro Celestino Negrete, que á la sazón ocupaba á Silao. De allí la llevaron á Lagos, donde el Coronel Don Hermenegildo Revueita la hizo clavar en una asta en la orilla donde empieza el camino al pueblo inmediato de Buenavista. Por espacio de cerca de tres meses vió Lagos aquel sangriento trofeo de la tiranía, hasta que aprovechando Don Pedro Moreno Guerrero el alborozo en que entró la población al pasar de Obispo para Sonora, Don Fr. Bernardo del Espíritu Santo, la quitó ocultamente y la dió sepultura en la iglesia de la Merced, en el crucero del Evangelio.

Así murió aquel denodado guerrero, que con tanto valor supo agregar el sacrificio de su vida al largo catálogo de sus servicios á la patria!

IX.

Mina, menos afortunado que él, sorprendido y sin armas, fué hecho prisionero desde luego por el dragón José Miguel Cervantes, y conducido á presencia de Orrantia para sufrir el ultraje de que lo regañara como á un niño y le diera después dos cintarazos con su espada, porque contestó con dignidad á sus impertinentes amonestaciones. Algo habría dado el villano realista por no ejecutar acción tan pechera, porque recibió de los labios de su víctima represensión tan justa y severa, que llegará á la posteridad, y ha sido, por lo mismo, el mejor castigo que hubiera podido imponerle el tribunal más adicto á la causa insurgente. "Siento haber caído prisionero, contestó Mina con hidalguía, pero este infortunio me es más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado."

Después fué conducido preso al campamento de Liñán, quien lo hizo fusilar á las cuatro de la tarde del día 11 de Noviembre del mismo año, en el cerro del Bellaco, en presencia de los defensores del de San Gre-



Gral. D. Pedro Moreno

gorio, fortaleza de que se apoderó al fin en la noche del día primero de Enero del siguiente año, dando rienda suelta á su carácter sanguinario, pues quemó los hospitales con todos los infelices heridos que allí estaban asilados; alanceó á los fugitivos y fusiló á más de doscientos prisioneros.

Don Pascual Moreno y sus compañeros huyeron al ruido de la sorpresa, y cuando después de aquel horrendo desastre, volvieron al Venadito por la noche, dieron humilde sepultura al cuerpo mutilado de Don Pedro, regándolo con las lágrimas silenciosas que brotaban de todos aquellos ojos, que tan acostumbrados estaban á mirarlo con respeto. Aquel mártir de la Independencia mexicana, era de alta estatura, robusto, casi obeso, de color blanco, de ojos grandes y negros, barba espesa y cabello castaño obscuro, de movimientos graves y de finos modales. Se le llamaba por sus amigos "El Toro," apodo de colegio que le convenía por su fuerza, gordura y valentía, mostrando en su conversación, siempre seria y reposada, un talento no vulgar, patriotismo exagerado, si así pudiera haberlo, y un extenso fondo moral.

La gloria póstuma ha venido así á reflejarse justamente sobre tan distinguido jalisciense que supo enseñarnos con cuanta verdad asienta Homero que

Es dulce morir por la patria.
"Pulchrum mori."

LUIS PEREZ VERDIA.

LA HEROINA DE PATZCUARO.

I.

Gertrudis Bocanegra era hija de un rico español, avecindado en Pátzcuaro.

Hallándose ya en la pubertad, fué solicitada en matrimonio por un joven de apellido Vega, que era Alférez en los ejércitos del Rey. Para corresponderle, Gertrudis le exigió que abandonara todo servicio del Gobierno virreinal, pues ya desde entonces germinaban en su corazón los sentimientos patrios, que habían de conducirla más tarde hasta el sacrificio. Vega convino en ello, y se dirigió entonces al padre de la joven, á fin de que diera su consentimiento para el enlace.

Trabajo costó que lo otorgara, pues debido á las ideas reinantes, y á que el pretendiente era de color moreno, lo creía de casta inferior á la suya y á la de su hija. Fué preciso que éste empleara algunas influencias no sólo de otros españoles, sino del mismísimo Obispo de Michoacán, y aun del Arzobispo de México.

Vencida al fin la resistencia del padre de Gertrudis, efectuóse el matrimonio, después de renunciar Vega su puesto de Alférez real, en cumplimiento de la palabra que había dado á su prometida.

Como regalo de boda, la hermosa Gertrudis recibió del autor de sus días una casa para habitación, y en ella se estableció con su marido. Gozó de completa dicha en su hogar; tuvo tres hijas y un hijo, y merced

al trabajo del esposo, y á las economías, orden y buen gobierno doméstico de la esposa, aquel feliz matrimonio pudo reunir un regular capital, que le conquistó magnífica posición en el lugar.

II.

Había estallado la guerra de insurrección, proclamada por Hidalgo en Dolores. De un extremo á otro de la antigua Nueva España, se trabajaba por el triunfo de los patriotas. El anhelo de la Independencia era general, y lo mismo palpitaba en el corazón de los campesinos que en el de los ricos, en el de las damas que en el de los niños. ¡Todos querían que México fuera libre!....

En el seno de la familia de Gertrudis Bocanegra, aquel sentimiento había llegado á un grado increíble, pues la animosa matrona, llena de entusiasmo, había comprometido á su esposo y á su hijo, que á la sazón contaba tan sólo diez y siete años, á que abrazaran la causa de la Independencia, tomando las armas y marchando á pelear á las órdenes de algún caudillo insurgente.

En su casa, reuníanse por las noches varias personas de las que simpatizaban con la idea de emancipación, ya para comentar las noticias que se recibían, ya para idear la manera de mandar algunos recursos de gente, dinero y víveres á los jefes que combatían en los campos de batalla. Y á fin de que no se diera á aquellas reuniones, en caso de una sorpresa, el carácter de junta política, se fingía que su objeto no era otro que jugar al tresillo.

Sentábanse todos al rededor de una mesa; pero la señora de la casa tomaba asiento en un canapé de los que entonces se usaban, y desde allí estaba pendiente de lo que pudiera suceder.

Así se fraguaban combinaciones, se tomaban acuerdos y se resolvía lo que debería hacerse, para ayudar á la revolución. Por medio de unos cigarrillos especiales que se torcían por la propia Gertrudis en aquellas fingidas tertulias, se comunicaba lo que allí se acordaba á los que en

lugares próximos ó lejanos luchaban por la patria.

Cierta ocasión, un criado de la señora Bocanegra, que servía de mensajero para llevar á su destino aquellos cigarrillos, fué aprehendido por sospechoso; y aunque nada se le pudo probar, y se mantuvo en una negativa absoluta, fué al fin fusilado, sólo por sospechas. Esto contristó profundamente á la citada dama y sus compañeros; pero no por eso desistieron de sus trabajos, sino que los prosiguieron con el empeño y diligencia acostumbrados.

Sucedió también por aquellos días que un Coronel Gaona, que militaba en las filas insurgentes, se enamoró de la hija mayor de la señora Bocanegra. Excusado es decir que ésta, llena de entusiasmo, consintió gustosa en aquellas relaciones, pues así contaba con un hijo más en el ejército acaudillado por Hidalgo.

Gaona se distinguió de tal manera en la guerra, y fueron tantos los encuentros en que salió victorioso, que según noticia que hemos leído en alguna parte, llegó al grado de General.

Entre tanto, la revolución insurgente había tomado extraordinarias creces. Por todas partes se levantaban guerrillas; en donde quiera se libraban combates.

El hijo de la señora Bocanegra había muerto en uno de ellos, y su esposo, gravemente herido, había sido llevado para su curación al Beaterio de Morelia, en donde estaba, para su seguridad, la hija casada con Gaona. Allí murió Vega á consecuencia de su herida.

III.

El fin de aquellas dos vidas, que le eran tan caras, lejos de abatir á la señora Bocanegra, la llevó á tomar una resolución inaudita, sobre todo, tratándose de una dama acostumbrada á las mayores comodidades. Lanzóse á los campos donde peleaban los independientes, no sólo para compartir con ellos sus trabajos, sino principalmente para exhortarlos á que no desmayaran, así como también para buscarles recursos y

elementos, yendo á los pueblos, haciendas y ranchos en busca de gentes que se agregaran á las filas y tomaran parte activa en los combates.

La ardorosa amazona prestaba así un valioso contingente á la insurrección; pero en cambio, había veces que su presencia en el campamento era embarazosa, especialmente para su hijo político Gaona y sus compañeros, quienes forzosamente tenían que estar pendientes de ella para cuidarla, evitarle molestias y peligros, y ponerla á cubierto de las emboscadas y asechanzas del enemigo. Algunas veces, teniendo que avanzar ó retroceder, según los movimientos de los realistas, no podían hacerlo, sino con grandes dificultades, pues la señora se empeñaba en afrontar las más tremendas situaciones. En vano se le suplicaba que se retirará á su casa de Pátzcuaro, para apartarla de los azares de la guerra; ella se negaba á todo, y decía que quería morir al lado de los que defendían á la patria.

Por fin, fué necesario inventar un plan para obligarla á regresar á la ciudad, donde tenía á su familia. Dijéronle que convenía á los intereses de la revolución que fuera ella en persona á preparar un movimiento que debería estallar en Pátzcuaro, y el cual consistiría en que, al acercarse las partidas insurgentes á que pertenecía Gaona, se lanzara un nuevo grito de Independencia por la guarnición de la plaza, que al efecto sería sobornada. Ese grito sería secundado por aquellas partidas, y así quedaría la ciudad toda á favor y en poder de los insurrectos.

Partió la señora Bocanegra para Pátzcuaro, siendo recibida por sus hijas con extraordinaria alegría. Apenas pasados los primeros momentos de expansión, se dedicó á cumplir con el encargo que había recibido. Todo lo preparó con el debido sigilo, prudencia y sagacidad; mas cuando ya creía próximo á lograrse su intento, una delación infame desbarató su obra y causó su desgracia.

IV.

Cuando aún residía en Pátzcuaro, años ó meses atrás, había salvado del patíbulo, á fuerza de dinero, á un sargento de las tropas insurgentes, el cual, fingiendo un profundo agradecimiento, pidió á la señora Bocanegra que lo recibiera en su casa en clase de criado, pues deseaba servirle hasta la muerte, para pagarle su acción noble y generosa. Consintió la señora, y el criado permaneció á su lado durante algún tiempo, encontrándose todavía en la casa cuando aquélla regresó del campo insurgente.

Juzgólo ella digno de toda su confianza, y desde luego comenzó á utilizarlo en el desarrollo del plan que se proponía realizar; pero sucedió que por aquellos días se perdieron unos cubiertos de plata, y recayendo sospechas en el ex-sargento, la señora Bocanegra le hizo una reconvención en tono suave y benévolo, que sin embargo lo irritó, siendo esta la causa de que, por despecho y con el deseo de vengarse, denunciara á su ama como conspiradora ante el Comandante de las fuerzas de Pátzcuaro.

Esta infame acción dió el resultado que se proponía el ingrato y malvado delator. Aquel jefe montó en cólera, y lleno de temor de que la conspiración se realizara, inmediatamente se dirigió á la casa de la señora Bocanegra para aprehenderla. Esta se hallaba sentada á la mesa comiendo tranquilamente con sus hijas, y al ser intimada para que se diera presa, contestó con toda calma que estaba á disposición de la autoridad.

Conducida á la cárcel, fué interrogada sobre la conspiración que se le atribuía, excitándola, además, á que dijera los nombres de sus cómplices. Ella contestó con toda entereza que no los tenía, pero que, aunque los tuviera, jamás los denunciaría.

El Comandante la instó repetidas veces, y por varios días, para que confesara, prometiéndole que se interesaría con el Virrey para que la perdonara y le devolviera la libertad á ella y á sus hijas, pues éstas también habían sido detenidas. Ofrecióle, además, la devolución del dinero y alhajas

de que las tropas realistas habían despojado á su familia en una de sus haciendas, estando ella ausente. ¡Todo inútil! La señora Bocanegra, con gran energía, siguió sosteniendo que no tenía cómplices, y agregó que si era culpable, se la castigara con la pena que se quisiera, aun cuando fuera la de muerte.

Despechado el Comandante, apeló á las amenazas y al terror para vencer tan fir resistencia.

Leyó á la prisionera el bando del Virrey, en virtud del cual deberían ser fusilados y colgados los que tomaran parte en la insurrección, ó de cualquier manera la ayudaran y favorecieran, ó bien conspiraran para procurar su triunfo, advirtiéndole que esa pena se le aplicaría á ella, si continuaba negando los hecho que se le imputaban.

Doña Gertrudis contestó con toda valentía y entereza: "Que estaba resuelta á todo, aun á sufrir la pena de que hablaba el bando realista, y que podía disponerse de su persona, como se juzgara conveniente, siempre que se le probara aquello de que se la acusaba."

No se dió por vencido el jefe realista ante una respuesta tan terminante, pues él quería á todo trance averiguar quiénes eran los comprometidos con aquella heróica mujer, para sublevar las tropas de su mando. Mas la señora Bocanegra, firme como el primer momento, volvió á repetir que no tenía cómplices, y que aunque los tuviera, jamás diría sus nombres.

Ya con esta última contestación, el Comandante no tuvo otra salida que condenar á muerte á la heroína, ordenándole que se dispusiera, para ser fusilada al día siguiente.

V.

Nombróse para que auxiliara en sus últimos momentos á la señora Bocanegra, á un sacerdote franciscano, el cual, lo mismo que toda la comunidad, le tenía gran afecto, por haber recibido de ella incontables beneficios.

La heroína resistió aun las instancias que le hicieron el Ministro de Dios y sus hijas para poner de su parte lo que fuese necesario, á fin de salvar su vida; y resuelta á morir, antes que otros sufrieran por su causa, recibió todos los auxilios de la Religión con ánimo entero y abnegación sublime.

Así marchó al cadalso. Con toda la energía de su gran carácter, arrancóse la venda que cubría sus ojos, y arengó al pueblo para que no desmayara en la lucha y siguiera trabajando para conseguir su Independencia.

Al pasar frente á la puerta del Hospital fundado por su padre, el sacerdote que la acompañaba le preguntó:

—¿Sabe usted dónde vamos?

—¿Cómo he de saberlo—contestó ella,—si han vuelto á ponerme la venda, y no veo por dónde voy?

—Pues estamos frente al Señor de los Bocanegras que está en la puerta del Hospital.

—¿Y podré orar ante El por última vez?....

—Voy á preguntarlo,—le contestó el sacerdote.

Fué, en efecto, á solicitar la licencia necesaria del jefe de la escolta, y concedida que le fué, la señora se arrodilló ante el Crucifijo, orando por breves momentos con gran fervor.

Al levantarse, dijo con gran serenidad:

—Ahora sí, vamos á mi destino, á juntarme con Dios.

La señora Bocanegra siguió con paso firme por su triste y doloroso camino. De trecho en trecho deteníase para exhortar á la multitud á que no se desanimara y á que trabajara por su Independencia, anunciándole que Dios lo premiaría, concediéndole su libertad.

Llegó por fin al lugar del suplicio. Allí la señora se quitó una peineta de oro que sujetaba sus cabellos y la entregó al sacerdote, suplicándole la llevase á su hija mayor, como un recuerdo maternal. Su reloj lo destinó á otra de sus hijas, y por último, recomendó al sacerdote que el cha-

de seda que la cubría, le fuese entregado á su hija menor.

—Padre, dígales usted á todas ellas, que su madre, desde el cadalso, y ya próxima á expirar, les envía como un recuerdo estas pobres prendas; que les encarga que jamás se aparten del camino de la virtud, y que yo, desde el cielo, velaré por ellas.

El sacerdote, y los que pudieron oír las anteriores palabras, lloraban conmovidos.

Pocos momentos antes de la descarga que había de acabar con aquella preciosa existencia, la señora Bocanegra volvió á arengar al pueblo, tratando de quitarse la venda por última vez.

No pudo conseguirlo, á causa de tenerla atada con mucha fuerza, y resignada al fin, preparóse á recibir las balas que habían de taladrar su cuerpo.

Estas no tardaron en ser disparadas por los fusiles realistas, cortando en un instante la vida de aquella admirable mujer, que supo sacrificarse por la patria.

¡Así terminó su existencia Doña Gertrudis Bocanegra de Vega, la ilustre heroína de Pátzcuaro!....

VICTORIANO AGÜEROS.

PRECIADO SERRANO.

I

Era éste un joven nacido en Veracruz, de buena familia, buen nombre, y que había disfrutado de alguna riqueza.

A la sazón, es decir, en los últimos tiempos del gobierno Virreynal, época en que se desarrolló el episodio que vamos á relatar, pertenecía al batallón provincial de Tres Villas, que se hallaba en nuestro primer puerto.

Serrano había seguido su carrera desde las primeras clases de la milicia hasta la de teniente, que obtuvo al principio de la guerra de Independencia, sobresaliendo siempre en todo por su reconocido valor y honroso comportamiento. Había, pues, pasado por el crisol de todas las pruebas en aquél tiempo de honor y de abnegación militar.

En Octubre de 1822 quiso el joven general Santa-Anna arrebatar del poder español el Castillo de San Juan de Ulúa, punto en que se habían refugiado algunos restos de los cuerpos expedicionarios que salían del país capitulados, con la esperanza, sin duda, de que alguna contrarevolución suscitada por nosotros mismos, devolviese á sus reyes el florón más hermoso de su corona.

El señor don Lúcas Alamán, en el tom. 5o., pág. 671 y siguientes de su "Historia de México," se ocupa de este suceso, pero sin mencionar para nada su origen y mucho menos el nombre de Serrano. Cuando el general Santa-Anna, repetimos, tuvo esta pre-

tensión patriótica, no habiendo podido encontrar entre su Estado Mayor un oficial á propósito que quisiese espontáneamente sacrificar su existencia en bien de la causa pública, tuvo la inspiración, por decirlo así, de fijarse en Serrano que pertenecía á otro cuerpo, y á quien habiendo hecho llamar, le dijo:

—Creo ver en Ud., amigo mío, al hombre que busco, porque tengo en ciernes un proyecto, y es el de que nos hagamos del Castillo de Ulúa por medio de una estratajema. Mis trabajos á este fin los tengo bien adelantados, y el brigadier Lemaur que manda aquél punto enemigo, ha entrado ya en mis designios, porque es tal la preocupación que tienen los españoles respecto de la independencia, que la creen obra de unos cuantos, y que la opinión del país está en su favor. En virtud de lo cual, le he hecho comprender mi arrepentimiento en haber contribuido á nuestra emancipación, y el positivo deseo que tengo de entregarle esta plaza, para lo que está convenido vengan fuerzas de Ulúa, que deberán entrar mediante cierta combinación acordada ya, por dos puntos diferentes: por el baluarte de Concepción unas, y por el de Santiago otras, siendo mi plan el siguiente: En determinado punto habrán de apostarse las nuestras, quienes á su debido tiempo harán prisioneras á las españolas; y despojadas que sean éstas de su vestuario y armamento, se disfrazarán con aquél y éste igual número de soldados mexicanos que partirán para Ulúa inmediatamente, alegando desde á bordo de la primera lancha que se acerque al castillo, haber fracasado el proyecto; dejando así confiado al jefe que conduzca nuestros soldados, el hacerse en el acto de Ulúa, matando ó haciendo prisionero el resto de su guarnición, que naturalmente ha de ser inferior en calidad á las tropas españolas que hayan quedado en nuestro poder, para lo cual será español el jefe que vaya mandando nuestras fuerzas disfrazadas, y españoles también muchos de los soldados que las compongan. Pero, amigo mío, me falta un hombre de entereza y de fría resolución que me secunde, porque Lemaur me

exige rehenes competentes que le garanticen nuestro compromiso; y como éste compromiso reclama, francamente hablando, un corazón como el de usted, un hombre que estime en poco su existencia cuando se trata de la gran causa, he creído advertirle que si la misión es peligrosísima por una parte, por otra, si se logra el objeto, usted se hará acreedor á un renombre imperecedero, á que entre usted en el rango de los militares importantes del país, y á que el gobierno no sea indiferente á los adelantos de su carrera, lo que desde luego le garantizo.

Serrano había escuchado atentamente á su general, y creyendo que aún tuviese que agregarle, permaneció callado y esperando.

Este silencio del joven oficial no dejó de alarmar á Santa-Anna, quien acababa de sufrir tres negativas de sus tres ayudantes de campo, á quienes había hecho igual invitación.

Pero su ojo práctico había prejuzgado en el oficial de Tres Villas el sentimiento de la gloria, é insistió, diciéndole, con una palmadita en el hombro:

—Y bien, amigo mío, ¿qué me contesta usted; ¿quiere usted hacer este servicio á su país, que consiste en consumar su independencia, deshaciéndonos de esa "madre escucha" que tenemos delante, que en todo interviene, y atiza la discordia?

Serrano entonces, arrastrado por ese vértigo que inspira un gran corazón, y el deseo de hacerse notable por medios tan hermosos, se puso en pie, y sin vacilar, contestó respetuosamente á su general:

—Que desde luego aceptaba tan importante comisión.

Y aquél bizarro joven se apresuró para marchar inmediatamente á Ulúa; mejor dicho, al sacrificio, porque no era otro su cometido.....

A la hora, pues, señalada, de la noche del 26 de Octubre de 1822, Lemaur embarcó dos fuertes destacamentos de la mejor tropa que tenía, dirigiendo uno, según lo convenido, sobre el baluarte de Concepción, y otro sobre el de Santiago, quienes eran guiados, con las señales aceptadas, por ayudantes de Santa-Anna. Pero fuese que éste no pudie-

se dividirse y encontrarse en todas partes para dirigir las operaciones con la mesura que el caso exigía, ó porque los españoles caminasen, como era natural, con mucha desconfianza para precipitarse, pues al aproximarse á Concepción, contraviniendo á lo pactado, tomaron casi por asalto el fortín, ó porque los "jarochos" apostados en ambos baluartes, cometiesen la imprudencia de hacer fuego antes de tiempo, el resultado fué que entre mexicanos y españoles hubiese esa noche un combate sangriento en los dos baluartes; en el de Santiago, que tomó á su cargo el general Santa-Anna, y en el de Concepción, que quiso dirigir por sí el general don José Antonio de Echávarri.

Frustrado el designio, los españoles regresaron silenciosamente á Ulúa, para evitar así, mediante la obscuridad de la noche, la certeza de los tiros con que en su retirada se les acribillaba desde la plaza.

II

Serrano había sido aceptado con señaladas pruebas de urbanidad y afecto por parte del brigadier Lemaur, persona grave, pero atenta y complaciente; circunstancia que torturaba, hasta cierto punto, el ánimo del joven prisionero, al ver regresar las fuerzas españolas chasqueadas en su objeto y ofendido y lastimado su orgullo militar, ya por el peligro que corrieran de ser vergonzosamente capturadas, ya por el dolor que sin resultado alguno le causaran sus pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros.

Entre tanto, el regreso á Ulúa de las fuerzas españolas, estaba produciendo allí una excitación febril; escasos eran aquellos batallones, y sin embargo, pedían á gritos volver á la plaza, lo que no pasaba más que de un deseo, obra de las circunstancias, pero que, hasta cierto punto, complicaba la situación de Serrano.

El había ido á Ulúa, no á combatir, sino á servir de garantía en un contrato serio; tan serio, que los españoles daban por sentado adquirir la plaza de Veracruz, mientras que él había jugado enteramente su vida en la esencia de aquél contrato, siendo así que

aquella vida era toda entera de los españoles.

¿En qué pensar, pues, teniendo á la vista el fiasco más completo, y tras él, el abismo insondable de la tumba?

En una noble resolución, hija de sus elevados sentimientos; en una de esas resoluciones que divinizan al hombre en el amor sagrado de la patria: en la apoteósis de los héroes.

El brigadier Lemaur, en efecto, después de conferenciar con los jefes de los destacamentos que habían regresado, se dirigió á Serrano, y con una voz ronca y destemplada por la cólera, le ordenó bruscamente se entregase preso.

Y en seguida, una patrulla lo metió entre filas y lo condujo á un pabellón situado en la misma vivienda del comandante del fuerte, que inmediatamente fué cuajado de centinelas.

En la cortina de la fortaleza de Ulúa que mira al Sur, en la que sobre la izquierda se encuentra el Caballero-alto y sobre la derecha la torre de la farola, hay cercanas al citado Caballero-alto, y próximas al departamento del comandante ó gobernador de la plaza, unas piezas que sirven de almacenes y de cuerpo de guardia á la vez; Serrano iba á ser ejecutado en el ángulo izquierdo de la cortina referida, y de capilla iba á servirle una de las piezas ya citadas.

Todo estaba preparado y dispuesto, y mientras que terminaba la operación, que era festinada por instantes, el reo permanecía esperando en la vivienda del gobernador.

Pero poco antes de partir á su postrer destino, en donde le esperaba ya el capellán de la fortaleza, Lemaur, que iba y venía taciturno, dando disposiciones y con el rostro contraído por la impaciencia, se paró repentinamente para decirle:

—Creo deber exhortar á usted para que se sirva decirme, si al venir aquí con la misión que lo trajo, estuvo usted enteramente de acuerdo en que sólo era una ficción la entrega de la plaza de Veracruz.

Y habiendo escuchado Lemaur punto por punto de boca del oficial mexicano la noble participación que había tenido en aquella

estratajema, se quedó como clavado en el sitio en que estaba, ignorando Serrano si admirado de su franqueza, ó de la paciencia que tenía en sufrirlo.

Mas á los pocos instantes, Lemaur, dando con precipitación algunos pasos por la pieza en que se hallaban, se volvió hacia el prisionero para decirle:

—Y bien, señor Serrano, la persona está ya identificada, y sólo falta que usted se sirva decirme si al presentarse usted, procedente de Veracruz, tenía noticia, ó sospechaba lo que podría sucederle.

—Se comprende, señor general, contestó el joven con dignidad imperturbable.

Toda aquella escena era para el comandante de la fortaleza tan extraordinaria, que no atinaba con lo que habría de hacer. Desde el momento que se le presentó Serrano, le cautivó por la sinceridad de su trato, y le llamaba la atención que habiendo ido allí tan de mala fe para la causa española, tuviese tanta conformidad en sujetarse á la suerte adversa que se le preparaba, porque bien podría objetar cualquiera disculpa como provenida de la juventud inexperta, ó de haber sido sorprendido maliciosamente....

La franqueza de sus respuestas habían prendado á Lemaur, el que, sin embargo, clavándole una mirada pasmosa, á la vez que irritable, le tomó por un brazo, y sacudiéndoselo con violencia, le dijo:

—¿Es decir que usted convino con su jefe en que si fracasaba al ardid, quedaría usted sujeto á sus consecuencias? ¿Vino usted advertido con evidencia que tendría la suerte de los espías, como sucederá dentro de breve?

—Sí, señor general, respondió Serrano, inclinándose; fué voto que hice ante las aras de mi patria.

A lo cual el gobernador, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:

—¡Basta de proceso!

Y continuó su paseo por la pieza.....

El general español, que constituía por sí sólo la justicia en la fortaleza, armado con las leyes de la guerra y excitado por el chasco del sangriento acontecimiento, al interrogar á aquél delincuente que se hallaba

en su presencia sin defensor y abandonado de la tierra, se siente profundamente conmovido en fuerza de sus deberes, de los que, no obstante, no puede excusarse; así que el ruido que haría el sepulturero al estar abriendo aquella tumba anticipada, se confundiría quizá con el eco firme y concentrado de las respuestas del héroe!!

¿Hay por ventura, en nuestra historia, una página más patética?

Serrano en esos momentos, creyó verse conducido á la capilla, miraba al gobernador con ímpetus de estallar. Y sin embargo, se tocó el corazón y observó que no palpitaba más de lo regular.

Su semblante era alegre, festivo, como el de los antiguos cristianos en presencia de las fieras que iban á devorarlos.

Entre tanto Lemaur, pensativo, cabizbajo, suspendió de repente su paseo, y acercándose poco á poco á la mesa de su despacho, se sentó para escribir, y concluido lo cual, se paró y dijo á Serrano, abriéndole los brazos para estrecharlo:

—Estáis libre, caballero, tomad esta carta que pondréis en manos del que os mandó aquí. Un bote de esta fortaleza, con bandera blanca, os conducirá mañana temprano hasta poneros en las gradas del muelle de Veracruz.

Y Lemaur, conmovido todavía, le volvió á echar los brazos y lo despidió.

Un mudo apretón de manos fué la única respuesta del joven héroe hacia aquél noble castellano.

III

Eran las siete de la mañana del siguiente día.

Lemaur cumplía su palabra de caballero y de soldado.

El bote, con la bandera blanca, zarpaba de Ulúa con su ilustre carga.

Serrano surge del borde del sepulcro para mirar de súbito la silueta conmovedora de la ciudad libre de Veracruz, circundada con sus negras murallas y con sus elevados torreones, en uno de los cuales flamea magestuoso el pendón de Iguala, cuyos vivos colo-

res estremecen de gozo su ardiente corazón.

Vuelve á calentarle el sol de su patria, el que se refleja plateando aquellas olas, mudos testigos de grandes sucesos; aquellas olas que, amigas, le empujan hacia la tierra de la libertad; aquellas olas de cuyo murmurio vuelve á gozar, y cuyo perfume para el hijo de los mares es tan halagüeño; hasta las gotas de agua, que lanzan la punta de los remos, que caen sobre sus vestidos, son otros tantos diamantes que relucen en su rica y feliz imaginación.

Después del sangriento suceso de la noche del 26, aquél bote, banderizado con el signo de la paz, llamó fuertemente la atención de los veracruzanos concurrentes al muelle en aquella hora de la mañana.

Mil conjeturas diversas se acumulaban en los fogosos cerebros de aquél pueblo esencialmente parlero y decidor.

Unos creían que los españoles, convencidos de su impotencia, iban á entrar en pláticas para ajustar una capitulación y marcharse.

Otros, ateniéndose al carácter tenaz de los castellanos, el bote conducía un reto á muerte, recordando que aquellos veteranos eran de los bravos de Baylen.

En suma, y mediante los anteojos que aplicaban sobre el bote, fué reconocido Serrano, y ésta inesperada circunstancia dió más vuelo á las conjeturas, á todas las cuales impuso silencio la presencia del joven teniente, á quien, pasmados de admiración, volvían á ver con vida.

El pueblo veracruzano que pisaba el muelle, ebrio de contento y de placer, prorrumpió al fin en un estrepitoso viva á la independencia. Y tomando entre sus brazos al joven héroe, objeto de aquel regocijo, le condujo en triunfo hasta el salón del palacio municipal de la ciudad, en el que, lleno de sorpresa, lo estrechó también entre los suyos el general Santa-Anna.

La carta que Lemaur escribió á este caudillo, fué, á la vez que concisa, enérgica, con algunas recriminaciones relativamente al suceso de la noche ya referida.

La carta terminaba así:

"Mas sea de esto lo que fuere, cábeme el

" deber de caballero devolveros con vida á
" ese recomendable joven; porque mi cora-
" zón, como el suyo, es demasiado noble y
" generoso para destrozarlo en un suplicio;
" creyendo que en justa retribución me de-
" volveréis al capitán don Domingo Lagrú,
" al teniente don Manuel Zelden y al sar-
" gento y á los ocho ó diez soldados que que-
" daron allí prisioneros."

En la historia romana se cuenta la abnegación de Scévola como un suceso de gran mérito; mas el de Serrano, que tiene casi el mismo tinte, lo será también en la mexicana, si este humilde relato tuviese alguno ante los ojos del historiador.

MANUEL M. ESCOBAR.

ITURBIDE EN PADILLA.

I

Por los años de gracia del Señor 1808 y 1809, estaba en plena y pacífica posesión S. M. el rey de España, de Canarias y de Jerusalén, de sus largos y dilatados dominios de América. En cuanto á México, lo gobernaba como viso-rey el bueno y pacífico don José de Iturrigaray, como recordarán los que tengan una regular memoria; pero no obstante su popularidad y genio pacífico, los mexicanos que trascendieron que el gobierno de la metrópoli no andaba de lo más bien parado á consecuencia de la invasión de Napoleón, procuraron también alborotarse por su parte, no sé si con miras de hacer la independencia de la Nueva-España. En este tiempo y guardando las cosas tal estado, se invitó á un capitán, nacido en Valladolid, para un movimiento contra el gobierno. El capitán era un muchacho que tenía los cascos á la gineta; pero valiente, bien plantado y mejor vestido, que causaba celos á más de cuatro maridos, y traía con los cerebros vueltos á más de cuatro muchachas.

—Estoy corriente en entrar en la revolución, dijo nuestro capitán; pero, "yo he de mandar."

Los conjurados no quisieron, y entonces el capitán les dijo:

—Está bien, no me mezclaré; pero les pronostico que "jamás harán nada sin mí."

Esta fué una profecía que se cumplió, por-

que el capitán era nada menos que don Agustín de Iturbide.

El año de 1810 se pronunció por la libertad el cura Hidalgo, y pereció. Después el cura Morelos, y pereció. Después otros, y perecieron también ó se indultaron. ¡Qué de matanzas, qué de sangre, qué de batallas perdidas y ganadas, qué de inocentes sacrificados, y qué de culpables y asesinos ensalzados! Fué ésta una guerra horrible, cruel y bárbara por ambas partes, que duró once años; al cabo de los cuales, como al gobierno español le importaba cuidar su plata, su oro, su riqueza, su perla, en fin, más querida, que era México, mandó batallones tras de batallones, cédulas tras de cédulas; y merced á esto y á la actividad y energía de los virreyes, el movimiento de independencia se apagó casi del todo, y la sangre y esfuerzos de los patriotas se creyeron perdidos para siempre.

El capitán Vallisolitano durante estos diez años de lucha, había hecho prodigios de valor por la causa de su rey. Tan pronto estaba en una parte como en otra, combatía en los puntos de más peligro, caminaba muchas noches sin dormir y muchos días sin comer, dormía en los barrancos, vivía en los montes, destrozaba de repente las gavillas de insurgentes, tomaba pueblos, se paseaba por las ciudades; en fin, era un hombre con un cuerpo y una alma de fierro, que parecía tener además el don de multiplicarse.

Por estos señalados y distinguidos servicios, le concedió el gobierno de su rey, el empleo de teniente coronel, y después el de coronel.

Aconteció, pues, que en el año de 1820 vino el coronel á México, y como entonces todavía los guerreros tenían gran piedad y devoción por nuestro Señor Jesucristo y la Santa Virgen, se resolvió á tomar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, en la casa de la Profesa.

Entró en efecto el coronel, y viéndose sólo en un cuarto, silencioso y obscuro, con las "Verdades Eternas, Tomás de Kempis y las Postrimerias del hombre," reflexionó acaso por primera vez, después de once

años, en su vida aventurera y turbulenta, en sus acciones y victorias en sus crueldades é injusticias, en sus pasiones y desórdenes. Halló, en efecto, que había cumplido como un buen soldado con su rey; pero que como mexicano, había combatido contra su madre la patria. Ocho días de ayuno, ocho días de disciplina, ocho días de cilicio, una confesión general y una comunión, no bastaban para satisfacer á Dios y á su patria. Hay pecados por los cuales se necesita ir como peregrino hasta Roma, para que sean perdonados; pero los del coronel eran mayores que éstos. ¿Qué hacer, pues? No lo acertaba, hasta que concibió una acción grande, muy grande, que lo reconciliara con Dios y con el mundo (*).

El coronel trabajó en la casa de ejercicios el plan de Iguala.

A pocos días salió para el Sur con una división destinada á combatir á Guerrero, ese patriota esclarecido que mantenía entre las montañas una leve chispa de libertad. En el Sur, muy lejos de atacar á Guerrero, le dió un estrecho abrazo y proclamó la independencia con sólo ochocientos hombres, mientras el gobierno español contaba con once regimientos expedicionarios llegados de Europa, siete de veteranos, diez y siete de provinciales, y ochenta mil realistas. Las fuerzas eran desiguales; pero era precisamente una grande obra que había meditado, y nada de extraño había en ésto.

Era un día, el 27 de Septiembre de 1821, puro y diáfano en que brillaba el sol en todo su esplendor, y los árboles, las praderas y campiñas de México, aun no habían perdido su esmaltado verdor. En este día todas las gentes salían de sus casas, y el pueblo estaba apiñado en las calles, en las azoteas, en las torres, en las plazuelas. Era un hermoso día por cierto, el primero después de trescientos y pico de años, en que se respiraba á la vez el perfume de las flores y el aura de la libertad.

Entró por la garita de Chapultepec, primero un inmenso número de mujeres y paisanaje, después un cuerpo de caballería, des-

(*) Véase una nota al fin del artículo.

pués el generalísimo, en un arrogante caballo, rodeado de su estado mayor, después regimientos de caballería y de infantería, cañones, carros y mulas de carga. El ejército trigarante se componía de cerca de veinte y cinco mil hombres. Ese día las madres abrazaron á sus hijos, los hermanos á las hermanas, los esposos á sus esposas, porque el espíritu de independencia se había difundido desde las chozas del ignorante hasta las cátedras de la filosofía, desde la casa del artesano hasta los palacios de los ricos; así que, había en las filas del ejército trigarante, colegiales, licenciados, médicos, artesanos, plebeyos, nobles, ricos y pobres. Los vencedores fueron saludados por la voz de las campanas de las iglesias, por los vivas del pueblo, por los pañuelos de las hermosas, por las lágrimas de los viejos mexicanos; en una palabra, por el regocijo general. Después de esa época México no ha vuelto á tener otro día de tan completo gozo.

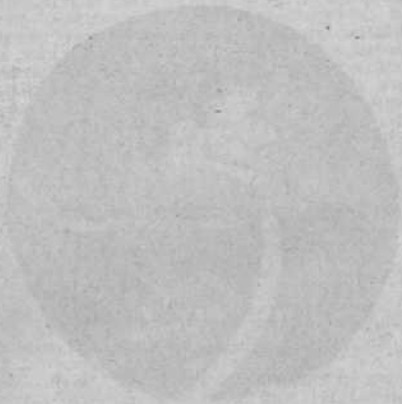
El capitán de 1809, el coronel realista de 1820, era también el generalísimo de 1821, que acabó en menos de un año la obra comenzada por Hidalgo en 1810. No sé si se acordaría el generalísimo de la profecía que había hecho el capitán á doce años antes.

Si los soldados reflexionaran que la fuerza se nulifica ante el talento, y que las obras que comienzan los hombres de "armas," las concluyen ó trastornan "los hombres de ideas," jamás se mezclarían en otra cosa que en conservar la paz. Esto no es una profecía, es un hecho que hemos visto repetido en estos últimos días. Pero, no hablando de éstos, sino de aquellos tiempos, vuelvo á mi cuento.

Terminadas las fatigas de los "hombres de armas," comenzaron las "fatigas de los hombres de ideas." Se instaló la asamblea constituyente, y comenzó sus tareas "el pensamiento".....

Muchas cosas pasaron hasta las nueve y tres cuartos de la noche del 18 de Mayo. A las diez, cierta parte del pueblo seducida por unos cuantos salió de sus barrios, tomó unas hachas de brea y unas cañaveras, y se

D. Agustín de Iturbide.



embocó hasta las calles donde vivían los diputados de la asamblea constituyente, gritando: "¡Viva el emperador, viva Agustín I, mueran los traidores." Ese mismo pueblo quería también hacer algo por su parte, y efectivamente en la noche corrió por las calles, tiró cohetes, encendió luminarias, bebió aguardiente, y concluyó con irse á dormir en tranquilidad, después de haber proclamado un rey.

Bien haremos en notar ahora una cosa. Los "hombres del pensamiento" no son á veces los más valientes, así es que cuando los "hombres de armas" se atufan, los primeros suelen plegar las alas y esconderse. Esta no es tampoco una profecía sino un hecho, y tan cierto, cuanto que en la época de que hablo, como el ejército aun amaba al que lo había conducido por enmedio del triunfo y de la gloria, apoyó la festiva idea del pueblo; los opositores callaron, y el generalísimo fué nombrado emperador al día siguiente.

En esta vez también sonaron alegres las campanas; también se iluminó la ciudad, y el órgano y los músicos de la catedral, los sacristanes, los bedeles y los canónigos, que es buen decir, estuvieron en perpetuo movimiento y actividad, y era muy en razón, puesto que se consagraba S. M. imperial Agustín. I.

El pueblo, á quien le gusta divertirse con espectáculos nuevos, se agolpó en la catedral. Algunos chicuelos se sofocaron, algunas embarazadas mal-parieron, á algunas viejas les dió dolor de costado; pero esto nada importa, el pueblo empujado por los centinelas, azotado por el perrero, desdeñado por los grandes de esa corte improvisada, se retiró contentísimo, con su rey valiente, con su rey rubio y bien parecido, con su rey libertador, con su rey humano y popular. En el momento de la coronación, puede afirmarse que había una simpatía sincera, íntima, profunda, entre el emperador y el pueblo. Desgraciadamente ambas simpatías duran menos que una mariposa, menos que una flor.

II

No había trascurrido un año, cuando el emperador, que no podía saciar tantas grandes y pequeñas ambiciones; que no podía acallar las murmuraciones ni curar las fiebres de cerebros, llenos más de orgullo y presunción que de saber, abdicó la corona, y el capitán de 1809, el coronel de 1820, el generalísimo de 1821, y el emperador de 1822, era el 19 de Abril de 1823 un preso infeliz á quien habían perseguido los españoles, engañado sus amigos, traicionado sus adictos, y olvidado sus soldados y su pueblo. La nación que él hizo libre lo arrojaba de su seno, porque su conducta había dejado de ser justa. ¡Lección enérgica para los ambiciosos! ¡Tan cierto es que la adulación cambia los mejores sentimientos!

El pueblo, dicen los historiadores, sintió algo á su rey; pero el hecho es que por la noche se retiró á descansar tranquilo y satisfecho como el día en que lo proclamó.

En cuanto al emperador, como hizo juramento de no derramar en lo sucesivo una sola gota de sangre, se dejó insultar y arrojar de México. Muchos lo acusan de debilidad; yo creo que el no haber quebrantado su juramento y preferido su sacrificio al de sus conciudadanos, es un mérito que dió cima y lustre á la grande obra que comenzó al meditar el plan de Iguala.

Véamos ahora las cuestiones que se caen de su peso. ¿Subió Iturbide al trono porque así lo deseaba, ó por contentar al pueblo y á sus amigos? ¿Creyó Iturbide que efectivamente el pueblo lo proclama rey, ó que sólo era obra de las maquinaciones de sus adictos? ¿Pensó Iturbide en lo poco que dura el favor del pueblo, y lo mucho que puede la envidia de los que no siendo héroes tampoco son pueblo? ¿Fué malo ó bueno su corto gobierno? Si hubiera durado en el poder todo el tiempo de su vida, ¿cuál hubiera sido su carácter? A ninguna de éstas cuestiones me atrevería yo á responder, y simple narrador de lo que me han contado, me limito á decir que el día 11 de Mayo de 1823, en que se embarcó Iturbide en Veracruz, no era ya ni capitán, ni

coronel, ni generalísimo, ni emperador, sino sólo un hombre desgraciado. Bajo este aspecto es digno de tánta veneración, como cuando se le considera libertador de México; porque me avanzo á creer que la desgracia debe ser más respetada que el poder y que la gloria.

Pero nos habríamos muerto de dolor si hubiéramos podido seguir los pensamientos del desterrado, durante esos días eternos y silenciosos que se pasan en el Océano; silenciosos porque no se percibe ese raquítico y loco bullicio del mundo. En el Océano sólo habla Dios, sólo escucha Dios, y sólo protege Dios; ni la amistad, ni las riquezas, ni la sabiduría tienen poder en medio del Océano. ¡Quién sabe si cada bordada del barco sería para el desterrado una emoción de alegría, puesto que se alejaba de una patria ingrata que no lo había sabido conocer, y que lo premiaba con el ostracismo! ¡Quién sabe si en las oleadas que se deshacen y se pierden, vería la semejanza de una turba de aduladores, que con la miel en los labios y el veneno en el corazón, cercan los palacios, las casas y hasta las cocinas de los grandes! Bien desgraciados y bien "pequeños" son esos "grandes," que nunca oyen una sola palabra de verdad, que tienen cegados los ojos con una nube de cortesanos que les impide ver la miseria de su pueblo, que tienen los oídos de sobra, puesto que los centinelas y magnates, no dejan acercarse al desvalido que pide justicia! Y no nos cansemos, esta es una ley del mundo, aunque bien fatal, que no ha tenido sino muy pocas excepciones en ninguna época ni en ningún país.

El desterrado atravesó, pues, el Océano y llegó á Italia, otra tierra como México, de cielo azul y de verdes campiñas; pero ¿por ventura vió allí las madonas de Rafael y Leonardo de Vinci, las estatuas de Miguel Angelo y Donatello, la arquitectura de Brunellesco y de Giotto? Probablemente estaba tan ocupado de sí propio, tan agobiado con su historia, que vería la tierra de Italia, los edificios y las pinturas, como apariciones mentirosas y fantásticas de un pesado sueño. En efecto, su triunfo, su reinado

y su destierro, fueron sólo una fatigosa transición y un ensueño de gloria y de dolor.

En 20 de Noviembre de 1823 se embarcó en Liorna, con dirección á Londres; pero una fuerte tempestad lo hizo regresar al puerto. Si Dios se digna dar á los mortales algún aviso para que eviten su desgracia, fué éste sin duda el caso en que Iturbide debió haber permanecido quieto en Italia; pero lejos de eso "emprendió su camino por "tierra, atravesó rápidamente el Piamonte; "en lugar de tomar por Francia se dirigió "á Ginebra y siguiendo por la orilla derecha "del Rhin, entró por los Países-Bajos; y "embarcándose en Ostende, llegó á Lon-"dres el 31 del mismo mes."

Los hombres que de alguna manera han figurado y recibido consideraciones en su patria, aunque ésta se componga de pueblo inculto, de aristocracia ignorante y de mezquinas chozas, no pueden avenirse á vivir errantes, aislados y confundidos entre la multitud, en un país extranjero, aunque este país se componga de pueblo ilustrado, de sábia aristocracia, y de palacios de mármol. Hé aquí la razón por qué todos nuestros hombres públicos lanzados al extranjero por las revoluciones, han vuelto á México, y por qué Iturbide se dispuso á regresar, entrando también en su cuenta que podía aún servir de algo, á fin de que el país inquieto y mal constituido no fuera á perder su independencia.

III

En una mañana calorosa del mes de Julio de 1824, estaba el señor general don Felipe de la Garza en una pieza de su casa de Soto-la-Marina, recostado en una hamaca que pendía de los extremos de las paredes; con un pie hacía empuje en el suelo para mecerse, y con la mano contraria intentaba, unas veces asirse de una tosca mesa de madera, y otras espantaba los mosquitos que se paraban por sus romás narices y abultados mofletes. Esta diversión duró hasta que abrió la puerta un personaje alto, flaco, vestido con unas calzoneras de gamuza, unos vaquerillos negros y un

sombrero tendido, que con voz áspera dijo:

—Compadre, buenos días.

—Hola, compadre Juan. ¿qué negocios te traen por aquí á estas horas, que está el sol como una áscua ardiendo?

—Cierto que sí, compadre Felipe; pero venía á decirte que las gentes del pueblo aseguran que en el puerto está un buque de donde han desembarcado unos oficiales que se fueron desterrados con don Agustín.

—¿Qué, don Agustín?—interrumpió Garza.

—Estamos frescos, compadre; don Agustín Iturbide, el emperador.

Garza se levantó bruscamente y dió unos cuantos paseos por la pieza; entretanto el compadre Juan puso una pierna sobre la otra y comenzó á despellejar sus toscos zapatos.

—¿Con que eso dicen, compadre?

—No sólo lo dicen, sino que todas esas viejas verdes están ansiosas de ver al emperador, porque es muy buen mozo.

Los ojos del compadre Felipe brillaron con indecible alegría, y continuó diciendo:

—Bueno, muy bueno; tendremos cerca de nosotros al emperador.

—Pero si no viene, compadre.

—Maldita sea tu lengua. Eres más bruto que una mula mesteña.

—Conozco que soy bruto, contestó el compadre Juan; pero también creo que de pocos días á esta parte te has vuelto muy sordo, pues solamente te he dicho que unos oficiales han desembarcado.

—¿Y dónde estáán esos oficiales?

—Sépalo el diablo.

—Con todo, yo debía haberlo sabido primero que nadie. Vuela, compadre; recorre todo el pueblo hasta que encuentres el alojamiento de esos oficiales, y traeme noticias más ciertas.

—Te diré, Felipe, que hace mucho sol, y será mejor dejarlo para la tarde.

—No, no; importa mucho que yo sepa ahora mismo si es verdad lo que me dices. Corre; y si traes buenas noticias, beberemos un buen vaso de vino.

El compadre Juan seguía sin embargo

despellejando muy tranquilo el cuero de sus zapatos, cuando un criado entró á decir que un extranjero buscaba al señor general Garza, el cual arregló su camisa y pantalones, que estaban en el mayor desorden, y mandó al criado que introdujera al recién venido. En efecto, á poco momento se volvió á abrir la puerta, y se dejó ver un hombre de buenas facciones y gallarda presencia, que se dirigió con los brazos abiertos hacia Garza, con muestras de una vivísima alegría, exclamando:

—¡¡¡General!!!..... Qué famoso y qué robusto encuentro á Ud.

Garza lo abrazó también con señales de placer y ternura, contestándole:

—¡¡¡Coronel!!! Bien venido sea Ud. á esta casa, puesto que también llega con salud. Siéntese Ud., que tenemos mucho que hablar.—Arrimó una silla para el coronel mientras él se sentó en la hamaca, y continuó:—Con que, dígame Ud. ¿qué santo ha hecho el milagro de traer á Ud. tan pronto por su patria adoptiva?

—Qué quiere Ud., general, el pedazo de tierra donde ha hecho uno sus campañas, tiene recuerdos que no se pueden borrar; y una patria adoptiva se ama á veces con más ardor que la tierra natal.

—La verdad, yo me figuré cuando Ud. se embarcó, que jamás volvería á México.

—Pues ya me ve Ud., general, y con verdad le digo, que á pesar de lo triste y melancólico de las playas de México, las he vuelto á ver con cierta alegría.

—¿De veras, coronel? Y á propósito, ¿cómo ha dejado Ud. al emperador?

—Está..... está triste y deseando....

—¡Ah! ¿con que lo dejó Ud. en Europa?

—Oh, sí, en Europa, por supuesto —contestó con vivacidad el coronel.

—¿Y piensa venir?

—Es natural que tenga siempre en su pensamiento á México. Creo que Ud. en su caso no se conformaría con morir en una tierra extraña.

—Ciertamente que no,—interrumpió Garza con una voz compungida;—y mucho más si pudiera aún servir de algo á mi país, como el señor Iturbide.

—¿Con que Ud. cree,—observó el coronel, —que el emperador podría servir todavía á México?

—Por supuesto. Desde que se fué todo se ha vuelto desunión, discordia y desorden; y yo juzgo que su presencia sola, bastaría para reunir la opinión, consolidar el gobierno, y afianzar para siempre la independencia.

—Así se lo han escrito á Londres muchos de sus amigos; pero ha temido que el partido de los borbonistas y republicanos se subleve en su contra y.....

—¡Tontería! ¿Qué podrán unos cuantos miserables contra todo un pueblo?

—Si Ud. viera, general, lo abatido, lo melancólico que está continuamente el emperador. ¡Oh! es un hombre que ama de veras á su país, y que le duele en el alma que sea desgraciado.

—Lo creo así, coronel, y ya digo á Ud. que no teníamos más remedio, sino que viniera, para que confundiera también á tanto ingrato.—Garza se limpió los ojos con su pañuelo, y el coronel que lo observó, acercó su silla, y le dijo:

—Pues bien, general; veo que es Ud. uno de los amigos sinceros del emperador, y deseo confiarle un secreto.—Garza hizo una señal al compadre Juan y éste salió de puntillas y cerró con tiento la puerta. Garza contestó:

—Estamos ya solos, y puede Ud. decirme su secreto, en el concepto que mi influjo, mi espada, mis bienes, todo está á disposición del emperador, de ese hombre desgraciado á quien desterraron tan injustamente unos cuantos ambiciosos.

El coronel se aseguró de que nadie los escuchaba, y acercándose al oído de Garza, le dijo:

—El emperador está á bordo del bergantín en que yo vine, que permanece anclado frente de la barra.

Garza dió un salto, y desencajó los ojos; pero reponiéndose al instante, continuó:

—Coronel, es Ud. muy indiscreto en darme tan de golpe una noticia tan plausible. Bueno, muy bueno; el emperador tiene muchos enemigos, pero aquí lo defenderemos....

vamos, estoy loco de alegría, y ésta noticia merece que bebamos un vaso de vino.

Esto diciendo, sacó de una alacena dos grandes vasos, los cuales llenó de vino, y tomando uno, y dando el otro al coronel, bebieron ambos por el feliz arribo á México de S. M. I., el emperador don Agustín I.

IV

Los ríos parece que no sólo tienen la facultad de abonar las tierras vecinas y hacer crecer lozanos y bellos los árboles y plantas de sus orillas, sino también de crear, por decirlo así, bajo el influjo benéfico de sus aguas, ciudades ó pueblos alegres, fértiles, poblados y abundantes. Por una anomalía inexplicable no sucede así con Padilla, que á pesar de tener en sus orillas un río cristalino, acariciado por las flexibles ramas de los sauces y álamos, siempre ha sido un pueblo tristísimo, ceniciento y melancólico. Padilla, pues, no viene á ser más que un reptil inmundo, que vive y vejeta entre la humedad y los matorrales de su transparente y poético río. Esto no obsta para que en la época de que vamos hablando, fuera capital del Estado libre y soberano de Tamaulipas, y tuviera por consecuencia su congreso, su palacio, sus guardias cívicas, sus casas consistoriales; creo, y es natural, que hasta su tribunal superior de justicia, etc., etc. Todo era por supuesto una miserable parodia de gobierno y de ciudad; pero dejemos esto á un lado, y sigamos con nuestra narración.

Un día, creo que el 16 de Julio de 1824, los pocos habitantes de Padilla estaban agrupados en la puerta de una casa baja de piedra que llamaban el palacio, donde acababa de entrar un hombre de buen parecer, pelo rubio y ojos azules, acompañado del coronel y del general á quienes hemos visto platicando en Soto-la-Marina. El reducido número de gentes que permanecían agrupadas en el dicho palacio y en la plaza, estaban por demás alegres y gozosas con la llegada del nuevo personaje, y ya se debe suponer que las viejas lo bendecían, las muchachas tenían ganas de verlo muy de cerca,

y los chicuelos importunaban á sus madres con preguntas. Pero dejemos también á éstas buenas gentes con su regocijo y con su curiosidad, y entremos un momento á un cuarto reducido, é iluminado por la escasa luz de una claraboya donde estaban los personajes de que se trata. El de pelo rubio estaba sentado al lado de una mesa, en un grande y tosco sillón antiguo; el coronel permanecía detrás, apoyado un brazo en el respaldo de la misma silla, y el compadre Felipe en pie con una cara entre halagüeña y respetuosa. Fué este último el que habló:

—Desearía saber si S. M. no tiene algo que ordenar á su antiguo amigo y servidor.

—Ya dije á Ud., general, que lo único que quería era repetirle mis agradecimientos por sus finezas, y particularmente por haberme otorgado la confianza de que mandara yo la escolta que nos condujo del puerto á esta ciudad.

—En cuanto á eso no cumplí más que con un deber. Cuando estaba á mi lado un emperador, yo, simple brigadier, no tenía más que obedecer.

Iturbide sonrió ligeramente, y dijo:

—De las palabras que acaba Ud. de decir, la mitad son mentira y la otra mitad verdad.

Garza se puso pálido.

—No hay que asustarse,—prosiguió Iturbide.—Voy á explicarme. Ha dicho Ud. que soy emperador. Esto es mentira, pues no soy más que un pobre hombre que deseo servir á mi patria, y nada más. Ha dicho Ud. que es brigadier. Esto es verdad, pues que hasta ahora no ha tenido Ud. la desgracia de que lo destierren ni le priven de los honores que ha adquirido con su espada.

Garza se tranquilizó y contestó:

—Es S. M. bastante ingenioso y no se le acaba ese humor alegre que siempre ha tenido.

—Vea Ud., amigo mío, siguió Iturbide embutiéndose en la enorme silla; si yo estuviera realmente persuadido de que mis paisanos me aman, agradecen y aún quieren mis servicios, sería una recompensa más espléndida para mí que la corona. Esto me volvería mi buen humor, haría olvidar absolu-

tamente algunas épocas, que por más cortas que hayan sido, han pesado sobre mis hombros como una eternidad entera.

—¿Y quién duda que los mexicanos aman á su libertador? Y sobre todo si algunos enemigos obstinados é ingratos se atreven á oponerse, ya tengo dicho al coronel Beneski, que está delante, que mi espada, mis bienes, mi vida, todo está á disposición de....

Iturbide no lo dejó acabar, sino que se puso en pie, le estrechó suavemente la mano, y le dijo:

—Gracias, gracias, general, es Ud. muy generoso; pero yo no quiero aparecer en México con la tea de la discordia, sino con la oliva de la paz. Hablaremos sobre esto más despacio, y Dios mediante, todo se puede arreglar con calma.

Garza se inclinó profundamente y se despidió del emperador. Al salir dijo al oficial de guardia: "El emperador no deberá salir de ese cuarto, y hago á Ud. responsable de su persona. Es menester tomar éstas precauciones para evitar un atentado de parte de los enemigos de S. M." El oficial se tocó el sombrero, y Garza se retiró lentamente.

Al día siguiente Iturbide quiso salir de la puerta de su cuarto; pero el centinela le dijo sin duda, lo que el recluta á Napoleón: "On ne passe pas quoiqu'on soit le petit caporal."—Tres días pasaron así. Iturbide no sabía qué pensar de ésto.

V

El día 19 entró Garza al cuarto de Iturbide con un semblante sereno, tranquilo, indiferente, saludó con una leve genuflexión, tomó asiento, y se puso á jugar con una orilla de la carpeta de la mesa.

Iturbide correspondió el saludo, y le dijo:

—Muchas ocupaciones habrán rodeado á Ud. cuando no ha venido para que tratemos de tántos y tan delicados asuntos.

—Un sólo asunto tenía yo; lo he concluido, y ya me tiene S. M. para anunciarle el resultado.

—Veamos, qué asunto es ese.

—En México han declarado al emperador fuera de la ley, y el congreso de Tamaulipas en sesión plena ha decretado que esa disposición se debe cumplir. En consecuencia, dentro de tres días deberá S. M. subir al patíbulo.

Iturbide se puso pálido; pero pasado un momento respondió:

—General, la amistad, no autoriza á Ud. para usar esas chanzas, y yo mando á Ud. que deje ese lenguaje y se disponga á tratar seriamente sobre los asuntos que conciernen al bien de la patria.

—Emperador, yo respondo á Ud. que nunca he usado chanzas con nadie, y que lo que digo á Ud. no es más que la verdad. Así, pues, todos los asuntos que restan á Ud. es disponer su alma, que en cuanto á la patria no desea quien se interese por ella, ni quien la defienda.

Iturbide se mordió los puños de rabia, y con el semblante encendido y una voz de trueno exclamó:

—¿Con que eso han hecho los traidores? ¿Con que el congreso de Tamaulipas se erige en juez? ¿Con que el amigo que hace poco me ofrecía su espada, es ahora mi verdugo? Por todos los santos del cielo dígame Ud. la verdad, general, porque lo que acaba Ud. de decir ó es una impostura, ó es una obra infame de Lucifer.

Garza tembló; pero echando la vista á los centinelas, recobró su sangre fría y respondió:

—He dicho la verdad, y creo que el emperador me ahorrará el trabajo de repetirle que está condenado á muerte.

—¡Emperador!—exclamó Iturbide.—¿Y porqué añade Ud. al crimen la burla? ¿Por qué combina Ud. estas dos palabras de emperador y de muerte? Pero yo apelo al mundo entero de esta sentencia, porque yo ignoraba la ley, y porque los legisladores no pueden ser jueces.

—Como está Ud. reducido á este cuarto y custodiado por centinelas fieles, el mundo no oirá la apelación de Ud., y la ley se cumplirá.

Iturbide inclinó la cabeza con profundo

desconsuelo, y prosiguió con una voz persuasiva:

—General, es verdad que el mundo no oirá mi apelación; pero Ud., que es mexicano evitará una mancha á su patria, porque no lo dude Ud., cuando á un hombre que ha hecho servicios se le mata tan bárbaramente, es una infamia.

—La ley lo manda.

—Yo no soy un traidor, general. ¿Imagina Ud. que yo destruyera la obra de mis manos? ¿Que yo hiciera esclavo á un pueblo á quien le quité las cadenas? ¡Oh! no debo morir!

—La ley lo manda.

—Cuando conocí que la paz peligraba, que la sangre mexicana iba á correr por mi causa, me acordé que en la santa casa de ejercicios había jurado ante el Dios Crucificado, no derramar ya una sola gota de sangre. Por cumplir mi juramento, arrojé el manto, el cetro y la corona, y me lancé sólo y aislado en medio del Océano, llevando por único tesoro, mis servicios y mi buena fe. Un hombre que da estas pruebas no debe ser asesinado como un bandido.

—La ley lo manda.,

—Llegué á Europa. Encontré en esas cortes bulliciosas y alegres sólo fastidio y melancolía, porque el recuerdo de mis compatriotas envueltos en las discordias, destrozaba mi alma y pesaba sobre mi corazón. Fuí en estas circunstancias invitado por mis amigos para calmar los ánimos, para ver si conseguía darles otro tesoro que les faltaba, que era la paz, y me encuentro con un patíbulo que reclama mi cabeza. ¿Es justo esto?

—La ley lo manda.

—General, Ud. podía salvar á mi pobre familia concediéndole la vida de su padre. Esta acción estoy seguro que el cielo la recompensaría.

—No puede ser. La ley manda que sea Ud. fusilado.

—He dicho á Ud. que yo ignoraba tal ley. Disponga Ud. que me reembarque, y prometeré no volver jamás al país. Haga Ud. una obra de piedad con un desgraciado, ó ¿es preciso que muera?

—La ley lo manda.

—General, gritó Iturbide frenético. Maldito sea Ud. y la tierra en que vió la luz. Es Ud. una hiena, y no un hombre. Suplico á Ud. que olvide que he implorado su compasión. Bien, muy bien, puesto que no hay remedio, moriré con valor, con orgullo, y conservando hasta el último momento la enorme distancia que hay entre Ud. y yo; es decir, entre el inocente y el verdugo; entre el libertador y el asesino. Vamos, general, levante Ud. los ojos, no tiemble, míreme de frente sin temor.

Garza tembló y bajó la vista: entonces Iturbide le apretó la mano fuertemente, y le dijo:

—Gracias, gracias, general; es Ud. muy infame y muy vil.

Garza salió desconcertado; pero pasadas unas cuantas horas Iturbide le mandó suplicar que le concediese una entrevista de diez minutos. Garza tuvo valor de ponerse en presencia del emperador. Este con voz dulce le dijo:

—General, he llamado á Ud. para pedirle perdón. Hace un momento tenía, según creo, una especie de delirio, y he proferido palabras injuriosas. Veo que mi suerte está trazada por la mano del que es dueño de las coronas y de los imperios, y que los hombres no son más que instrumentos de su justicia. Muchas faltas he cometido en mi vida, y Dios tiene infinita misericordia de mí, castigándome en el mundo para perdonarme en la eternidad. En cuanto á Ud., general, no hace más que cumplir con la ley, y lo perdono.

Garza salió sin proferir una palabra, é Iturbide se puso á escribir y á implorar el perdón del Altísimo.

Como el pueblo amaba á Iturbide, se temió un levantamiento, y se apresuró la ejecución; así es que al día siguiente salió del llamado palacio para la esquina de la plaza, donde estaba el suplicio. Allí dió sus disposiciones para el regreso de su familia, y la encomendó á la piedad de su patria. Exhortó en seguida á los mexicanos á la unión y á la concordia; perdonó á todos sus enemigos, y les deseó acierto y prosperidad. Hizo al Señor su última oración, y aguardó la

muerte con tranquilidad. Los soldados que lo fusilaron lloraron de dolor y despecho. ¡Dios haya recibido su alma!

La familia del héroe de Iguala vive en los Estados Unidos. Su hijo mayor lleva al pecho la cruz de Ayacucho, que ganó combatiendo por la independencia de Colombia á las órdenes de Simón Bolívar, y es actualmente secretario de la legación mexicana en Inglaterra. Beneski se suicidó.

En cuanto al general Garza, como llegó su hora final, habrá reunídose en la eternidad con su víctima. El héroe y el verdugo han dado cuenta de sus obras á un tribunal más justo y más severo que el de los hombres. Lloremos sobre la tumba del desgraciado, y roguemos al cielo por el criminal.

VI

Un día llegué á Padilla. El pueblo estaba casi desierto, y me pareció que la maldición del cielo lo agobiaba. Busqué al alcalde y tuve la fortuna de encontrar un hombre de buenos modales y algún talento. Como fué testigo presencial de la muerte de Iturbide, me contó algunas particularidades que unidas á los apuntes históricos que existen impresos, me han servido para formar este artículo. Me enseñó los sitios donde se desenlazó este drama histórico, que comenzó por un alegre grito de libertad, y concluyó con un lúgubre lamento de muerte. La sala donde se reunió el congreso para sentenciar al supuesto reo, es una galera de veinte varas de largo, sucia y lóbrega, y que entonces, lo mismo que ahora, estaba ocupada con algunos costales de maíz. El sitio es muy digno de los representantes que legislaban y juzgaban en él.

La pieza donde estuvo preso Iturbide es un cuarto estrecho con una alta claraboya por donde recibe escasa y triste luz. Las paredes están llenas de letreros y rúbricas pintadas con carbón; pero entre esas líneas mal formadas se encuentra un barquito pintado. El alcalde me aseguró que este barco lo pintó el mismo Iturbide.

Del palacio nos dirigimos á una iglesia de adobe, que está amagando ruina. A un lado

de la puerta estaban dos palos que sostenían una pequeña campana, y frente á la puerta de la iglesia una gran lápida sin inscripción, debajo de la cual reposaban los restos del mártir de la independencia. En la esquina, que forma un jacal situado frente de la iglesia, se halla una cruz de madera clavada en un montón de piedras. En este sitio fué fusilado Iturbide. La cruz estaba cayéndose, por lo cual me entretuve en amontonar más piedras y ponerla derecha, cavilando mientras en el destino que arrastra á los hombres desde un lecho de púrpura, hasta el camaranchón de un calabozo; desde el esplendor de un trono hasta la obscuridad de una sepultura.

MANUEL PAYNO.

México, 1843.

NOTA

(Correspondiente á la página 273.)

El señor Pedraza en el manifiesto que publicó en Nueva Orleans en 1831, refiere de este modo los planes que proyectó Iturbide para realizar la independencia. "Yo lo co-"nocí, dice, en 1812 y frecuenté su casa los "años 18 y 19; varias veces por accidente, "hablamos acreca del estado del país; él no "gustaba de la democracia, y nuestras opi-"niones discordaban: el año de 20, sea dis-"gustado re la conducta que se había tenido "con él; sea convencido de la justicia de la "independencia, pensó en ella y se propuso "declararse; entonces por qué sé yo que bo-"beras ridículas, nuestra amistad estaba inte-"rrumpida, y el rompimiento había sido muy "sério; por aquel tiempo fuí nombrado por "la provincia de México para las cortes de "Madrid, y cuando iba á partir me encontré "con él en la calle del Angel; iba yo con el "Dr. Licéaga, cuando se me acercó y me di-"jo:—¿Tendrá Ud. embarazo en esperarme "á las ocho de la noche de hoy en esta es-"quina?—Le respondí que ocurriría sin fal-

"ta, y nos separamos; á la hora convenida "me dirigí al sitio señalado, él había llegado "primero, me cumplimentó por mi puntua- "lidad, con la gracia que le era genial, invi- "tándome á que le acompañase; anduvimos "un buen espacio en silencio, cuando me pre "guntó:—¿Qué juicio se forma Ud. del estado "político de nuestra patria?—Se prepara, le "contesté, un movimiento general, que im- "portaría rectificar y conducir.—¿Ud. cree "que yo sería capaz de hacer eso?—Mejor "que nadie.—¿Y Ud. me ayudaría?—En cuan- "to Ud. me juzgue útil.—En esto remató "nuestra conversación, y quedamos empla- "zados para vernos al siguiente día."

"En efecto, á las nueve de la mañana nos "reunimos en mi casa, y entonces me comu- "nicó el siguiente plan que tenía meditado. "El inspector Liñán iba á ser nombrado go- "bernador de México y debía elegir ayudan- "tes generales á Concha é Iturbide, quienes "alternarían por semanas á ejercer sus fun- "ciones; en una de las que Iturbide estuvie- "ra de servicio, pensaba colocar alguna tro- "pa de su confianza en la Ciudadela, depósi- "to entonces de la artillería y parque, y pro- "nunciarse por la independencia; más para "esto necesitaba una fuerza exterior, que co- "rrespondiendo á su plan, se acercara á la "capital y secundase el movimiento; y á "este fin había puesto los ojos en el coronel "Armijo, general después de la primera di- "visión del rumbo de Acapulco; yo debía pa- "sar á Chilpancingo, en donde Armijo resi- "día, para determinarlo á adoptar el plan "y hacerle acercar á Cuernavaca. Tal fué "el primer proyecto de independencia de "México, que no tuvo efecto por mi obstina- "da oposición; le hice ver á Iturbide lo in- "digesto del plan, la ligereza de confiarlo á "Armijo, que estando mal con el virrey, apro- "vecharía la ocasión de acreditarse á nues- "tra costa, y concluí diciéndole, que en mi "opinión el movimiento debería de comen- "zarse de la circunferencia al centro, y que "la ocupación de la capital sería el último "paso de la empresa: conformóse con mi dic- "tamen, y desde ese momento se pensó en "que saliera á ponerse al frente de alguna "fuerza armada, y en relacionarlo con los

"jefes que yo conocía, y de quienes se podía "tener confianza: para lo primero, pasó á "los dos días á presentarse al virrey, quien "siempre que lo veía le manifestaba el deseo "de que saliese de la obscuridad en que es- "taba; así fué que en aquella vez el bendi- "to Apodaca le hizo la insinuación de esti- "lo; Iturbide se le ofreció, y el virrey que "deseaba un jefe que reemplazase á Armijo, "en el acto le confirió el mando de la divi- "sión de Acapulco: Iturbide aceptó y por "mi consejo le pidió el batallón de Celaya "de que era coronel: dado este paso impor- "tante, le formé una noticia de las personas "influentes del territorio que iba á mandar; "combinamos una clave de inteligencia pa- "ra escribirnos, y le dí unas pequeñas es- "quelas para Parres, Echávarri, Bustaman- "te, Anastasio Roman de Teloloapan, y Ar- "ce de los Llanos de Apam.

"Ya entonces el plan había cambiado de "hecho, y estaba reducido á que los diputa- "dos que marchaban á España, se reunie- "ran en Veracruz, y que allí se constituye- "sen en congreso nacional, bajo la protec- "ción de Iturbide, que debía pronunciarse "en el Sur simultáneamente con los diputa- "dos en Veracruz: convenidos en esto, él "marchó para Cuernavaca y yo para Puebla; "en el camino comuniqué el proyecto á Mo- "linos del Campo y González Angulo, mis "compañeros de viaje; en Puebla trabaja- "mos con poco éxito; casi fué lo mismo en "Jalapa; en Veracruz nos vimos altamente "comprometidos; los diputados deseaban la "independencia, pero querían que cayera del "cielo; hubo hombre que al oír el proyecto "de emancipación, se embarcó al día siguien- "te, creyendo que la tierra se hundía bajo "de sus pies; de todo informaba yo á Itur- "bide, y él apresuraba sus preparativos pa- "ra acertar el golpe: los pasos que dábamos "Molinos del Campo y yo, no pudieron estar "ocultos al gobierno; cada día nuestra si- "tuación se volvía más difícil: pensamos "una mañana marcharnos á unir con Itur- "bide; pero nos detuvo la reflexión de que "nuestra fuga de Veracruz, podría tal vez "alarmar al virrey y frustrar los proyectos "de aquél; nos resolvimos, pues, á embar-

"carnos para la Habana, en donde esperába-
"mos que nuestras ideas fuesen bien recibi-
"das, y nuestras personas disfrutasen de
"seguridad; tal era el concepto que teníamos
"de la buena disposición de los habaneros
"hacia la independencia; pero fuimos des-
"engañados á nuestro pesar, y tuvimos que
"pasar á Europa, más bien para librarnos
"de la persecución, que para negociar en Ma-
"drid en favor de nuestra causa."

"Iturbide al despedirse de mí para ir al
"Sur, me ofreció de la manera más solem-
"ne, que tan luego como lograse la Indepen-
"dencia, haría un manifiesto á los pueblos
"exponiéndoles que el haber llamado á los
"Borbones al gobierno de México, había si-
"do una medida de política para que cier-
"tamente no estaba facultado; pues el dere-
"cho de constituirse residía en la nación y
"sólo en ella; que excitaría la convocación
"de un congreso y se retiraría á su casa, pe-
"ro la victoria lo sedujo; Iturbide que en
"la adversidad habría sido otro Régulo, no
"pudo resistir los ataques de la prosperi-
"dad; y aquél hombre que en la campaña
"imitó á los héroes, en México cayó en las
"flaquezas más vulgares.

"Yo llegué á la capital en vísperas de la
"coronación; un amigo me llevó á ver al
"emperador; éste me recibió con la mejor
"cordialidad, hablamos dos horas ó por me-
"jor decir, dos horas duró la historia que
"me hizo de los sucesos desde nuestra se-
"paración; yo le informé de las cosas de
"Europa, del concepto que había ganado en
"Francia como libertador, y de España en
"particular; y aunque respetuosamente le
"recordé su promesa solemne y la infrac-
"ción, Iturbide mudó de color, balbució las
"disculpas de rutina, hizo mérito de la nece-
"sidad, no olvidó la razón de Estado, y nues-
"tra conversación terminó con embarazo de
"ambos, quizá me excedí en afearle su con-
"ducta; sin embargo es menester confesar
"en honor suyo, que mis reconvenciones no
"le irritaron, y que su alma aún estaba exen-
"ta de la susceptibilidad propia de los po-
"derosos".....

"El señor Iturbide salió desterrado de la
"patria, y al año de su salida volvió á ella

"y fué fusilado. México perdió un buen ge-
"neral á quien le debibó su sér político y su
"independencia; Iturbide cometió errores á
"que lo impulsaron los que se llamaban sus
"amigos; cuando fuí comisionado por él pa-
"ra proponer las capitulaciones, me dijo con
"el acento de la verdad que nunca engaña:
"diga Ud. á Negrete que cuanto he hecho
"ha sido por su consejo; ó con su aproba-
"ción;" jamás olvidaré éste remarcable men-
"saje.

"La muerte de Iturbide se quiso apoyar
"en una ley que no pudo comprenderle, por-
"que no había tiempo para que la supiera;
"ley de proscripción de que se abusó enor-
"memente: su vuelta de Europa para mí,
"hasta hoy es un misterio; sin que fuese lla-
"mado no es creíble que hubiera dado un
"paso tan impertinente y avanzado. Iturbi-
"de tuvo todas las cualidades que distinguen
"á los hombres grandes; si hubiera amado
"la libertad habría sido un héroe. México
"algún día honrará sus cenizas. "Sum cui-
"que decus posteritas rependit."

LOS RESTOS DE ITURBIDE.

Catorce años después de los acontecimientos relatados en el artículo anterior, por disposición del gobierno de don Anastasio Bustamante, se trasladaron de San Antonio Padilla á esta capital, los restos de don Agustín de Iturbide, exhumados el 23 de Agosto de 1838 en el referido pueblo de Padilla, habiéndose dispuesto sus funerales después de su llegada á esta capital, para el 27 de Octubre de 1838, aniversario del juramento del Acta de Independencia de 1821.

Sus cenizas recibidas con solemnes honras en Ciudad Victoria y San Luis, llegaron á México el 25 de Septiembre y fueron depositadas en la capilla del noviciado de San Francisco, entretanto la comisión nombrada al efecto, concluía los preparativos para su traslación á la Catedral, para la construcción del catafalco y urna donde debían depositarse, y para el arreglo de las exequias.

No habiéndose podido terminar esos trabajos para el 27 del mismo mes, aniversario de la entrada del ejército trigarante en la capital, se designó para los funerales el 27 de Octubre, y así tuvieron lugar con desusada pompa en los días 24, 25, 26 y 27.

A las cinco y veinticinco minutos de la tarde del martes 25 de Septiembre de 1838, se anunció con tres cañonazos en la Garita de Peralvillo, la llegada de los restos. Inmediatamente empezó el doble de campanas en todas las iglesias, comenzando por la Catedral.

Habíanse hecho ya honores fúnebres en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, á su tránsito, pues se cantó una solemne vigilia, y se iluminó profusamente toda la iglesia. Su cabildo salió á recibir la urna hasta el Cementerio, la condujo y colocó en una decente pira, y terminó con un solemne responso.

Los huesos venían en una caja forrada de terciopelo negro galoneada de oro y mezclados con afrecho. Colocáronse en un coche cubierto, que llaman hoy landó, tirado por cuatro hermosos caballos con gualdrapas y penachos negros de plumas muy airosas. Venían en dicho coche, el Prefecto, el Mayor de Plaza y dos Ayudantes del Presidente Bustamante, y en seguida el coche de éste de respeto.

Abría la marcha un piquete de lanceros de Iguala, al lado marchaban los gastadores de los batallones de infantería, é inmediatos y á caballo los Ayudnates del Presidente. Desde la Garita formaron valla, los cuerpos numerosos de la guarnición con banderas enrolladas y armas á la funerala. Seguían cuatro cañones de Artillería montada. En la Plazuela de Santo Domingo se situaron dos culebrinas y un obús y la música de artillería. Esta batería no se incorporó á la comitiva, sino que se destacó por la calle de Medinas á situarse en la Plazuela de San Francisco. En la mitad de la carrera, se dispararon tres cañonazos y se hizo una descarga á la llegada á la iglesia. Allí aguardaban las comunidades religiosas.

Los restos se colocaron en una tumba rodeaba de grandes hacheros de plata y cirios imperiales en todo el crucero de la iglesia.

En derredor del túmulo, hicieron guardia los gastadores del batallón Jiménez, y después del solemne responso se retiró la tropa. El Gobernador, Prefecto y Ayuntamiento, condujeron la urna á la capilla interior del Noviciado, donde se la entregaron al guardián después de sellada. La llave quedó en poder del Prefecto. Un pabellón negro adornado con galón de oro, cubría la urna.

Las calles del tránsito tuvieron vestidos sus balcones con cortinas blancas ó negras. Al tocar el alba de la mañana del 24 de Octubre, sonó la campana mayor de la Catedral, y en seguida un cañonazo que se repitió cada cuarto de hora en las baterías de la Plaza, Ciudadela y Chapultepec, respondiéndose dicho toque en todas las iglesias y Parroquias. En la iglesia de San Francisco se presentó la urna en la pira, siendo aquella de cristal, y se colocó en el extremo, de una pirámide truncada, colgando de un extremo de la caja, un velo negro tras del cual se percibían los huesos y la calavera, dejando visible la oquedad de la bala que la atravesó. La pira estaba rodeada de blandones de plata, y en cada esquina tenía una columna enlutada sosteniendo un pebetero de plata.

A las dos de la tarde de dicho día rompieron las iglesias en un doble general, y á las diez y media del siguiente, salió la comitiva de San Francisco bajo el toldo o "vela" del Córpus.

La guarnición inclusive una división de mil hombres acantonada en Tacubaya, al mando del General Arista, formó valla. Abrieron la márcha, gastadores de á caballo. Seguían las Cofradías, Santa Escuela del Espíritu Santo, las cruces de las Parroquias, comunidades religiosas, clero secular, y los canónigos presididos por su vicario Capitular, don Manuel Posada, después Arzobispo de México. La urna venía colocada en un carro de exquisita construcción tirado por seis caballos frisones, haciendo de cochero el Coronel Chavero y de postillón el Teniente Coronel Mejía. De la caja del carro pendían sendas borlas de seda que llevaban de sus extremos dos generales. Cerca de la urna y á sus lados marchaba el Colegio Militar, formado de jóvenes bizarros y muy apuestos. Delante de la comitiva iban los niños del Hospicio con velas encendidas. Precedían la urna 4 mulas enlutadas con sus respectivos palafreneros; en las gualdrapas iban bordadas en oro y plata, las armas de nobleza del difunto. Seguía de acompañamiento el estado militar con multitud de oficiales y personas afectas

á Iturbide; entre ellas se colocó el famoso y leal sargento Pío Marcha, que fué el primero en proclamarle Emperador. Seguía el duelo con todos los Tribunales, inclusive la antigua Audiencia de México, con una diputación compuesta de ocho diputados y los Presidentes de ambas Cámaras. Presidió el duelo, el Lic. don Juan Gómez Navarrete, confidente que había sido de Iturbide. Seguía la Universidad de Doctores. Bajo las mazas del Ayuntamiento, iban todos los Colegios de jóvenes, y muchas personas principales. Seguía la tropa de la Guarnición marchando en columna. A la vanguardia de la comitiva marchó la artillería de á caballo, con seis cañones de á ocho tirados por mulas enlutadas. Detrás de la infantería, marchó la caballería, sobresaliendo los lanceros. En seguida multitud de coches de ministros y particulares y el del Presidente Bustamante perfectamente enlutados. La concurrencia de público fué inmensa. Los balcones del Palacio se veían cubiertos de cortinas negras y cerrados. En los balcones de la Diputación bajo un dosel negro, se veía el retrato del Héroe de Iguala, alumbrándole seis candiles de bronce con velas encendidas. La pira ó túmulo que se puso en la Catedral, fué la misma que en un tiempo servía para los funerales de los Reyes de España, y en la parte superior, se colocó la urna ó sarcófago. El servicio fúnebre fué verdaderamente magnífico, acompañándole una orquesta de cien músicos. El bloqueo que á Veracruz tenían puesto los franceses, impidió que llegase en esos días el hijo segundo del señor Iturbide. El sepulcro del primer Emperador mexicano, levantado después de la Independencia, se colocó en la Catedral, en la Capilla de San Felipe de Jesús, á la mano derecha, en donde todavía existe, y en donde un grupo de admiradores de su memoria, cada año mandan celebrar Misas por el descanso del alma del Libertador.

En el cajón de madera en que fué depositada la urna que contiene sus huesos, y cuya llave fué entregada á don Manuel Barrera, se lee la inscripción siguiente:

AGUSTIN ITURBIDE
Autor de la Independencia Mexicana.
COMPATRIOTA, LLORALO
Pasajero, Admíralo.
Este monumento guarda las cenizas de un héroe.
SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

* * *

Para concluir repetiremos las palabras con que el autor de un pequeño libro de Historia Patria, termina el doloroso relato de la muerte de Iturbide:

"UNA GENERACION MAGNANIMA DECLARARA QUE ESE DIA ES DE LUTO NACIONAL, COMO REPARACION DE UN CRIMEN."

Este relato fiel del acto de justicia llevado en aquél entonces á la práctica, por el Gobierno Nacional, lo hemos tomado en parte de una descripción hecha por don Carlos María Bustamante, testigo presencial de los hechos. De él es también la inscripción que tiene la caja de los restos, y que hemos copiado textualmente, leyéndola cada año que nos reunimos allí varios amigos para oír las Misas celebradas por su alma. ¡Quiera Dios que la hora de la verdadera justicia suene, y don Agustín de Iturbide ocupe el lugar que le corresponde como al "AUTOR DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA."

ENTRADA DEL EJERCITO TRIGARANTE A MEXICO.

(Narración de un viejo asistente).

I

Me acuerdo de todo como si lo viera—dijo el viejo soldado, masticando la colilla de un puro recortado que amenazaba quemarle las blancas y gruesas hebras del bigote,—me parece que está sucediendo todavía lo que sucedió entonces.

Ya se sabía en México que iba á entrar por las calles el ejército de las tres garantías, y las gentes estaban ansiosas de ver por la primera vez tremolando libre en las manos de los guerreros el pabellón verde, blanco y encarnado.

Se hacían grandes preparativos para recibir al ejército, y como el Ayuntamiento no tenía dinero, un español que era alcalde, don Juan José de Acha, facilitó 20,000 pesos, sin ningún rédito, á fin de dar brillo á la fiesta.

No ha vuelto á haber regocijo más grande en esta tierra, ni he visto entrar un cuerpo de ejército más numeroso que aquél por estas calles de Dios.

—¿Tú eras de Iturbide?—le pregunté interrumpiéndole.

—No, nunca fuí de Iturbide; yo—agregó el inválido cuadrándose, dejando correr dos lágrimas y suspirando—fuí soldado del gran Morelos y luego me incorporé á las fuerzas del Sur con mi General Guerrero, y con

esas fuerzas, que formaron parte del ejército trigarante, entré en México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde la víspera, obedeciendo la orden dada el día 25, nos habían reunido á todos los cuérpos en Chapultepec para venir en columna mandados por D. Agustín de Iturbide.

Como veníamos muchos, sobre todo los verdaderos insurgentes, desnudos y descalzos, nos vistieron con unos uniformes que habían servido al Regimiento del Comercio, y que nos parecieron flamantes, aunque en realidad estaban muy usados.

Por cierto que nos consolábamos repitiendo de memoria las palabras de la proclama del día 20, en que se nos recomendaba el orden y la compostura para entrar á la capital.

"Soldados: no os aflija vuestra pobreza y desnudez; la ropa no da virtud ni esfuerzos, antes bien, así sois más apreciables, porque tuvísteis más calamidades que vencer para conseguir la libertad de la patria."

—Háblame de la entrada del ejército trigarante, díme cómo fué, cómo desfiló, cómo lo recibieron.

II

—Hacía un sol muy hermoso, era un día claro, brillante, limpio; parecía que los cielos y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones. Y era natural, todos teníamos fe en Iturbide y en el porvenir. No había todavía desengaños, ni tristezas, ni odios; ¡ah! ¡qué hermoso, qué hermoso día 27!...

Al frente de la columna marchaba Iturbide, sin distintivo, montado en un gran caballo negro, rodeado de su Estado Mayor, y arrogante como una estatua.

—¿Era muy querido Iturbide?

—El día 27 era idolatrado por todos, hasta por los soldados de Hidalgo y de Morelos, y la verdad es que en el plan de Iguala, en su proclama, nos había dicho:

"Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores el año de 1810... fijó también la opinión pública de que la unión ge-

Entrega á Iturbide de las llaves de la ciudad de México, el 27 de Septiembre de 1821.

neral entre europeos y americanos, indios y criollos, es la única base sólida en que puede descansar nuestra felicidad." Decir esto, y solicitar el concurso del General Guerrero, nos hizo á todos obedecerlo, y ¿por qué no he de decirlo?.... ¡Venerarlo!

Montaba muy bien á caballo y tenía distinción y garbo en sus movimientos. Entramos por la calzada de Chapultepec á la garita de la Piedad, tomando luego el paseo de Bucareli, la avenida de Corpus Christi hasta la calle de San Francisco, donde frente al convento se levantó un arco de triunfo, debajo del cual esperaba el Ayuntamiento. Al llegar allí, el General Iturbide descendió del caballo y recibió en un azafate de plata y de manos del Coronel Don José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, unas llaves de oro, que simbolizaban ser las llaves de la ciudad.

Un momento las tuvo entre sus manos Iturbide, y luego se las devolvió al Coronel Ormaechea, diciéndole con voz robusta y clara:

—"Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á vuestra excelencia, fiando de su celo que procurará el bien público, al cual representa."

Montó de nuevo á caballo, marchando seguido del Ayuntamiento á pié, y de las parcialidades de indios de Santiago y San Juan, hasta el palacio sobre el cual ondeaba ya nuestra bandera.

No puedo describir el entusiasmo, la alegría, la locura, el vértigo de placer que dominaba á todos los mexicanos, sin distinción de sexos, de edad, de rangos, ni de bienes de fortuna.

Todas las casas estaban literalmente cubiertas de flores y colgaduras con los colores trigarantes. En los balcones despedían vivísimos rayos los platos y jarrones de oro, de plata y de porcelana de China, pues las mejores piezas de cada vajilla se ostentaban como adornos distinguidos.

Las señoras lucían en sus trajes y en sus peinados los colores verde, blanco y rojo, y por donde pasaba el primer jefe atrona-

ban el aire los vivas, los aplausos y las exclamaciones de la más intensa alegría.

Iturbide sonreía satisfecho; saludaba con afabilidad y con aristocrática atención á todos, hasta que se perdió de vista al entrar á palacio.

Apareció á pocos instantes en el balcón principal, y entonces desfiló en su presencia todo el ejército.

O'Donojú, que le recibió en el palacio donde debió haber gobernado como virrey, le acompañó á presenciar el desfile en unión de distinguidos personajes, principalmente los miembros de la Diputación provincial, que allí lo agasajaron al saludarle.

No había en aquellos momentos un rostro triste, ni un corazón desesperanzado, ni una boca maldiciente, ni una mano pérfida. Abrazábanse unos á otros los desconocidos, en las calles, como si fueran hermanos ó amigos íntimos; los soldados no sentíamos el ardor del sol, ni las fatigas de la marcha; no teníamos sed, ni nos incomodaba el polvo. Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutridos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del General Vicente Guerrero... ¡ah!, entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur, y por la pólvora de los combates.

Éramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los "insurgentes;" descendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos, de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, odiados, atormentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.

Por esto el pueblo pobre, el pueblo humilde, el que siente muy á lo vivo las desgracias, los duelos, las tristezas y los sacrificios de sus hermanos que lo comprenden, lo aman y lo defienden, se conmovía y gri-

taba con júbilo y la gratitud que escondía en su pecho desbordaba al vernos desfilar delante de sus ojos

Yo no era soldado de los virreyes, yo había surgido con Hidalgo, y la mejor oración que brotó de mi alma, la recé en la misa que el gran Padre de la patria celebró sobre el Monte de las Cruces....

III

El viejo inválido dejó rodar de sus ojos otras dos lágrimas, y recobrando su serenidad militar, prosiguió entusiasmado:

—Entramos en México más de dieciséis mil hombres.

Y no se equivocaba el buen viejo. Fueron dieciséis mil ciento cuarenta y nueve hombres los que entraron en México aquel día en columna de honor, dividida en doce secciones de infantería, dieciséis de caballería, y la artillería, compuesta de sesenta y ocho piezas de todos calibres, y custodiadas por setecientos setenta y ocho artilleros.

En la infantería se contaban los regimientos de la Corona, de Celaya, Granaderos, Imperiales, Tres Villas, Guadalajara, "Santo Domingo," Cazadores de San Luis, de Fernando VII, Ligero del Imperio, Ligeró de Querétaro, 20 de la Libertad, Fijo de Puebla, Cazadores de la Patria, Comercio de Puebla, Tlaxcala, batallón de la Lealtad, Guanajuato, Zacualtipan, Comercio de México, batallón 1o. Americano, regimiento Fijo de México, Constancia, Valladolid, batallón del Potosí, 1o. de la Unión, 2o. de México y la infantería del Padre Izquierdo, haciendo un total de siete mil cuatrocientos diez y seis hombres.

La caballería la componían: escolta de Iturbide, al mando del Coronel D. Epitacio Sánchez, Dragones de México, Caballería de Echavarri, Dragones de Santander, Fieles del Potosí, Dragones del Rey, Sierra Gorda, San Carlos, Provinciales de México, Dragones de Valladolid, Moncada, regimiento de Toluca; Caballería del Padre Izquierdo, regimiento de Querétaro y del Príncipe, Dragones de Puebla, de Tulancin-

go, Apam, de la Libertad, de Atlixco y de la Unión, Voluntarios del Valle, Voluntarios Nacionales, Dragones de América, de Guanajuato, de la Sierra, de San Miguel, Chilpancingo, Dragones del Sur, Dragones de los Campeones, Santa Rita, compañías del Sur, escolta del General Guerrero, (146 surianos), Flanqueadores, compañía de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec, Dragones de Atzcapotzalco, de Xilotepec y de San Luis Potosí, haciendo un total de siete mil novecientas cincuenta y cinco plazas.

Después del desfile, asistió el General Iturbide á un "Te Deum" en la Catedral, y en seguida escuchó el discurso que pronunció el doctor Gúridi y Alcocer, orador de fácil palabra, que había sido Diputado á las Cortes de Cádiz.

Terminado todo esto, dirigióse el primer jefe del ejército Trigarante al palacio, donde se efectuó un banquete de doscientos cubiertos.

El regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, miembro de la Junta provisional, leyó una oda que le fué varias veces interrumpida por los aplausos, y que terminaba así:

"Hossanna, pues, hossanna, mexicanos,
Repitamos cien veces y otras ciento,
En inmortal contento;
Y digamos ufanos
¡Vivan por dón de celestial clemencia
La Religión, la Unión, la Independencia!

Después del banquete, fué Iturbide al paseo, donde le saludaron con nuevos vivas; volvió al palacio, y allí el Ayuntamiento le obsequió con un refresco. En la noche asistió al teatro. Toda la ciudad estaba profusamente iluminada: en cada corazón se abrigaban las más hermosas ilusiones para lo porvenir, y los verdaderos "insurgentes," los que volvíamos de una lucha larga y terrible, pensando en la desgraciada pero gloriosa muerte de nuestros caudillos, nos consolábamos exclamando:

—"Si se ve desde el cielo lo que pasa en la tierra, estarán ya tranquilos y satisfe-

chos todos los mártires de la causa de 1810; ellos, sin más elementos que sus esfuerzos propios, sin más baluarte que sus convicciones, sin otra fuerza que la del derecho y la de la justicia, derramaron su sangre generosa, y hoy el pueblo los bendice al consumar su independencia."

El viejo asistente se quedó meditando, y con la vista clavada en el infinito, como si delante de sus ojos desfilaran todos los que habían muerto por la patria.

JUAN DE DIOS PEZA.

LA JURA DE LA INDEPENDENCIA.

I

Inmenso júbilo é inusitado regocijo descubríase á la simple vista, en todos los rostros y en todos los corazones de los habitantes de la ciudad de México, en los días que siguieron á la entrada triunfal del Ejército de las Tres Garantías.

Los ideales realizados después de una lucha gigantesca por su heroicidad, sangrienta por el número de sus mártires, habían hecho olvidar antiguos odios y rencores, y los insurgentes del año de 1810, y los realistas que los habían combatido, se unían entonces comulgando con las mismas opiniones y acariciando las más halagüeñas esperanzas.

El patriotismo era desbordante, sincero, entusiasta. Los valientes y sufridos soldados de la división del Mariscal Don Vicente Guerrero entraron en la ciudad victoriosos, pero desnudos, y para vestirlos se abrió en Tacubaya una subscripción á la que acudieron muchos sin distinción de clases; contribuyendo con su óbolo desde los ricos propietarios que cedieron una casa, hasta las humildes costureras que á porfía daban uno, dos, tres días de su haber para comprar los uniformes.

¡Con cuánta alegría y solemnidad se publicó por bando el "Acta de la Independencia!" Los vecinos de la antigua México vieron desfilar el 13 de Octubre de 1821 las tropas del bando. Delante iban arrogantes y fieros los jinetes de un escuadrón de caballería; después, las bandas de tambores y

pífanos, con las músicas de los regimientos: luego, el Sargento Mayor de la Plaza con sus ayudantes, el Escribano Mayor y el Alguacil de Guerra, cerrando el acompañamiento piquetes de cuerpos de infantes, que á la sazón había en la Plaza, y dos escuadrones de caballería. En medio del hermoso "toque de bando," el primer cartel que contenía el "Acta" fué fijado al lado de la puerta principal del Palacio, y en seguida desfiló la comitiva frente á las Casas Capitulares, el Portal de Mercaderes y las calles de Plateros, San Francisco, Vergara, Tacuba y Escalerillas, para rematar en la esquina N.E. del Palacio, llamada desde antaño, "esquina de Provincia." Los papelones del bando se fijaron también en los otros lugares acostumbrados, y la gente se apiñaba para leer aquél elocuente documento, encabezado con letras grandes y gruesas, que así principiaba:

"Don Ramón Gutiérrez del Mazo, Gefe Político de esta Capital, Intendente de ella y su Provincia y Superintendente de Hacienda Pública, etc."

El bando para la "Jura de la Independencia," que había de verificarse el 27 de Octubre del citado año, se publicó con las mismas ceremonias é igual pompa, fiestas y "Paseo del Pendón," que se acostumbraba en las antiguas juras de los reyes españoles.

La Junta Soberana había señalado aquél día para tan solemne acto, y en los que le precedieron no se observó en toda la ciudad de México más que los preparativos para solemnizar "tan augusta función;" resonando el golpe de martillos de los artesanos que levantaban el tablado: estorbando el paso de los transeuntes los andamios levantados por los pintores que aseaban las fachadas de las casas: saliendo y entrando, en los talleres de sastres y modistas, los buenos habitantes, que con el adorno de sus personas y las colgaduras en sus hogares, querían demostrar la dulce satisfacción que les causaba jurar la independencia de su Patria.

El adorno de la Plaza Mayor fué especial para aquellas fiestas. Dentro de la elipse,

en que se hallaba entonces la estatua ecuestre de Carlos IV, se levantó un templete de dos cuerpos y forma circular, recibido por columnas de orden corintio. El centro lo constituía el pedestal del monumento, cubierto con diez y seis grandes lienzos alegóricos, lo mismo que la estatua que desapareció bajo el remate en forma de cono en cuya extremidad podía verse un nopal donde se posaba el águila, simbolizando la libertad de la Nación.

Las Casas Consistoriales, la Aduana, la Dirección de Tabacos, la Universidad y las de algunos particulares, sobresalieron en su adorno, unas por su sencillez y elegancia, otras por sus riquezas, pues en medio de flámulas y colgaduras, hallábanse candiles de maciza plata y finísimo cristal.

II

Amaneció el día 27. Las calles se henchían de gente y el regocijo y alegría rebosaba en los semblantes. Las felicitaciones, los abrazos, los vivas á los héroes; las aclamaciones á las personas que en los balcones se asomaban y que habían tomado alguna participación en la gloriosa lucha; el lujo de los trajes en los ricos; la limpieza de los vestidos en los pobres; la decoración de las fachadas de los edificios públicos; las músicas, los cohetes, los repiques de las campanas de todos los templos: todo daba á la ciudad un aspecto grandioso, y no parecía sino que una eterna felicidad iba á reinar para siempre en la joven México, que había sacudido la tutela de la vieja España.

Conforme al ceremonial publicado de antemano, á las diez de la mañana, reunidos en las Casas Consistoriales, el Ayuntamiento y dos individuos de cada una de las corporaciones; autorizando el acto el Jefe Político, y después de leída el "Acta de Independencia," el "Plan de Iguala" y los "Tratados de Córdoba," todos prestaron el solemne juramento.

A la una de la tarde se publicó el bando amplísimo concediendo indulto á todo reo condenado á la pena de muerte, como para significar que los hijos de la Nación nacían

á una nueva vida, aunque en la pasada hubieran sido seres nocivos á la sociedad. Las tropas que marcharon en el bando anunciaban con sus tambores y músicas la clemencia del precepto, y lo hermoso del vestuario de los cuerpos, su aseo, su noble marcha y su crecido número, dieron al espectáculo un tono de respeto por lo solemne y de placer por el fin de libertar de horrenda muerte á séres desgraciados.

A las cuatro de la tarde, los miembros de la Regencia, cuyo Presidente era el Libertador don Agustín de Iturbide, y los individuos de la Junta Soberana Gubernativa, en el Palacio Imperial, así llamado porque la Nación había adoptado la forma monárquica, recibieron á la Excelentísima Diputación Provincial y á una comisión del Ayuntamiento de la Ciudad, que bajo mazas y precedida de cuatro Reyes de Armas, iban á participar á las Supremas Autoridades del Imperio, que ese día era el señalado para jurar solemnemente la Independencia, y á pedirles su venia para proceder públicamente á ella; presentando en aquel acto el Primer Alcalde Constitucional á cada uno de los Vocales de la Junta, una moneda de oro y otra de plata de las que había mandado acuñar exprofesamente el Ayuntamiento á fin de perpetuar el recuerdo de día tan memorable, y entregándoles también las que se habían de arrojar al pueblo; medallas que conducían en ricos azafates dos de los cuatro Reyes de Armas. La Diputación Provincial salió luego del Palacio saludada por los sonoros repiques de la Catedral, precedida de un piquete de tropa que les abría paso por entre la inmensa multitud que llenaba la gran Plaza, llevando á la retaguardia un piquete de dragones; continuó en dirección del tablado, que dentro de la elipse del monumento á Carlos IV se había allí erigido; prosiguió por el frente del Portal de las Flores, de los cajones de fierro del Parián, y penetró por la puerta Norte de la elipse; sentándose los individuos de la Diputación en los asientos que estaban al oriente.

El "Paso del Pendón" se organizó al instante saliendo de las Casas Consistoriales. Ese paseo, que durante tres centurias se ha-

cía en las juras de los reyes y en los aniversarios de la toma de la Capital, el 13 de Agosto de cada año, ya no recordaba á los buenos habitantes de la ciudad de México ni el principio de la dominación hispánica ni la exaltación al trono de un monarca castellano. El paseo de aquel día simbolizaba ideas contrarias. El principio de una vida independiente y el pleito homenaje no á un ser que podría ser un padre ó un tirano, sino el juramento de un ideal acariciado por luengos años, defendido á costa de bregar heróico y realizado felizmente por las tres garantías del hermoso pabellón que iba á ser paseado triunfalmente por muchas de las calles por donde antaño había sido conducido el viejo Pendón de la Conquista.

Delante de la comitiva de aquel nuevo paseo, abría la marcha una de las más bizarras compañías del Regimiento de Infantería de línea del Comercio, seguida de una música marcial. Después marchaban los cuatro Reyes de armas costosamente vestidos. En seguida caminaban respetuosamente los Regidores del Ayuntamiento en unión de los más respetables vecinos de la ciudad, y unidos también, en abrazo fraternal, unos al lado de los otros, los clérigos con sus capas y sotanas, los doctores de la Universidad con sus borlas, los frailes con sus hábitos ya blancos y negros, ya azules ó pardos; unos descubiertas las cabezas, y otros con sombreros de ancha alas ó con las capillas de sus hábitos, los pies calzados con sandalias. Proseguían los individuos de los tribunales y oficinas públicas con sus insignias ó sin ellas, y la oficialidad del Ejército con vistosos uniformes, en los que predominaban las casacas y los pantalones rojos, azules, blancos, y entorchados y presillas de plata ú oro. Concluía la procesión cívica con el Alcalde Constitucional que llevaba el Pendón tricolor, y á la retaguardia marchaban la 2a. Compañía de Granaderos del Comercio, otra de fusileros y un escuadrón de dragones.

El pabellón recorrió admirado por una infinidad de espectadores las calles del Portal de Mercaderes, Plateros, 3a. y 2a. de San Francisco, Vergara, Santa Clara, Tacuba,

Escalerillas y Seminario, entrando á la elipse del monumento de Carlos IV por la puerta Oriental.

Los miembros de la Regencia y los Vocales de la Junta Soberana presenciaron el desfile desde seis balcones del Palacio, y se pusieron en pie al ser colocado el Pendón en el tablado del templete, lo mismo que en los momentos de la jura que iba á verificarse.

III

Leídos de orden del Alcalde Constitucional, por un Rey de Armas el "Plan de Iguala," y el "Acta de Independencia," y por otro los Tratados de Córdoba; acto continuo los mismos Reyes de Armas impusieron silencio, y el mencionado Alcalde, tomando el Pendón nacional, y dirigiéndose primero al rumbo del Oriente, hizo la proclamación en estos términos: "México, México, México jura la Independencia del Imperio Mexicano bajo las bases fundamentales de Iguala y Tratados de Córdoba." Todo el pueblo como si fuera un solo individuo y tuviese una sola voz, prorrumpió en un grito solemne: "Así lo juramos." Las Autoridades arrojaron las medallas de la proclamación, la artillería comenzó á disparar los cañones, y las campanas á todo vuelo anunciaron á la Ciudad, que hacia el Oriente, quedaba hecha la proclamación; y en el mismo instante se procedió á la misma ceremonia por los rumbos Sur, Poniente y Norte de la Imperial Metrópoli.

Organizado de nuevo "el paseo," regresó á las Casas Consistoriales. El Ayuntamiento fué al Palacio á participar á la Junta Soberana que la solemne proclamación había concluido. Vuelto en seguida el ilustre Cuerpo, á las citadas Casas Consistoriales, se sirvió allí un refresco delicado y abundante en obsequio de las distinguidas personas que formaban la concurrencia.

Durante la noche del día de la jura y las de los siguientes en que continuaron las fiestas, hubo iluminación general, presentando un aspecto brillante las fachadas de los edificios públicos, el tablado donde se había

hecho el juramento, la Catedral y las calles de Plateros, que desde aquella época se distinguían en estas solemnidades.

En esos tres días, hubo corridas de toros, representaciones en el Coliseo, que fué iluminado tanto en la parte exterior como en la interior, de una manera inusitada; función religiosa en la Catedral en que cantó la Misa el Arzobispo, estrenándose una música nueva y ostentando el Altar Mayor todo el riquísimo juego de candeleros, blandones, palabreros y atriles de brillante oro, y en fin, el día 29 hubo "besamanos" en el Palacio para felicitar á la Junta Soberana Gubernativa, ante la cual desfilaron desde los altos miembros de la Regencia hasta los humildes escribientes de las oficinas, pronunciando don Agustín de Iturbide un elocuente discurso como Presidente de la Regencia, que fué contestado por el de la Junta Soberana que era el Obispo don Antonio de Pérez.

Pocas ocasiones la antigua Tenochtitlán se ha visto regocijada y ataviada como lo estuvo en esos días, en que sus buenos vecinos demostraron el más ingenuo patriotismo; entusiastas por haber dado cima á la más grandiosa dé las ideas que puede conquistar un pueblo, su libertad é independencia. Las calles y las plazas, los paseos y los jardines, los cafés y el Coliseo, las azoteas de los edificios, los balcones y las puertas, se hallaron como nunca henchidos de gente ávida de presenciar aquellos espectáculos y feliz al poder vitorear á los esforzados caudillos de la emancipación, siendo entonces el blanco ó imán de sus afectos don Agustín de Iturbide.

Pasadas las fiestas, todavía impreso el entusiasmo en todos los semblantes y colgados los restos de los atavíos en las altas torres ó en las cornisas monumentales, una parvada de chicuelos, desarrapados, pero bulliciosos, corrían por las calles voceando los periódicos y anunciando con chillonas voces:

—¡La "Gaceta Imperial!" "¡El Noticioso!" ¡Con las fiestas de la Jura de la Independencia!

LUIS GONZALEZ OBREGON.

INDICE

		Págs.
1	El 15 y 16 de Septiembre de 1810, por D. Lúcas Alamán.	1
2	Comienzo de la lucha, por D. José María Lafragua.	7
3	Granaditas, por Domingo Revilla.	11
4	Morelos, por Vicente Riva Palacio.	23
5	Morelos ante el Océano, por Ezequiel A. Chávez.	31
6	El Tesoro de Pedro Asencio, por Alejandro Villaseñor.	37
7	El General Manuel Mier y Terán, por Manuel Payno.	49
8	Treinta contra cuatrocientos, por Domingo Revilla.	79
9	La Batalla de Atzcapotzalco, por el mismo.	87
10	El 27 de Septiembre de 1821, por el mismo.	107
11	El Giro, por Fulgencio Vargas. .	123
12	El Camarista Alvarado, por el mismo.	131
13	Rita Pérez de Moreno, por Antonio de P. Moreno.	139
14	La Esposa de Abasolo, por el mismo.	147
15	Tomasa Esteves y Salas.	155
16	La Magnanimidad de Bravo, por Antonio de P. Moreno.	159
17	¡Filicida!	165
18	Alegría heróica, por F. Zariñana.	167
19	El Indio de Noyoó, por Adalberto Carriedo.	179

		Págs.
20	El Barrigón, por Eduardo E. Zárate.	187
21	¡Todo un amor! por el mismo.	189
22	El Cuasimodo de Morelos, por Joaquín Trejo.	193
23	Dos Episodios del Sitio de Cuautla, por Demetrio Mejía.	199
24	Por su Patria y por su Dama (Villalongín).	207
25	Leona Vicario, por Genaro García.	213
26	Moreno y Mina en el Fuerte del Sombrero, por Luis Pérez Verdía.	231
27	La Heroína de Pátzcuaro, por Victoriano Agüeros.	253
28	Preciado Serrano, por Manuel M. Escobar.	261
29	Iturbide en Padilla, por Manuel Payno.	271
30	Los Restos de Iturbide.	295
31	Entrada del Ejército Trigarante á México, por Juan de Dios Peza.	301
32	La Jura de la Independencia, por Luis González Obregón.	309